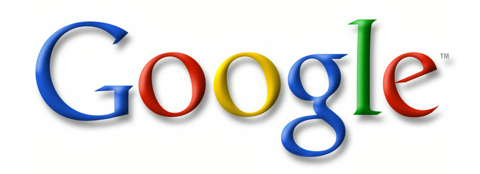
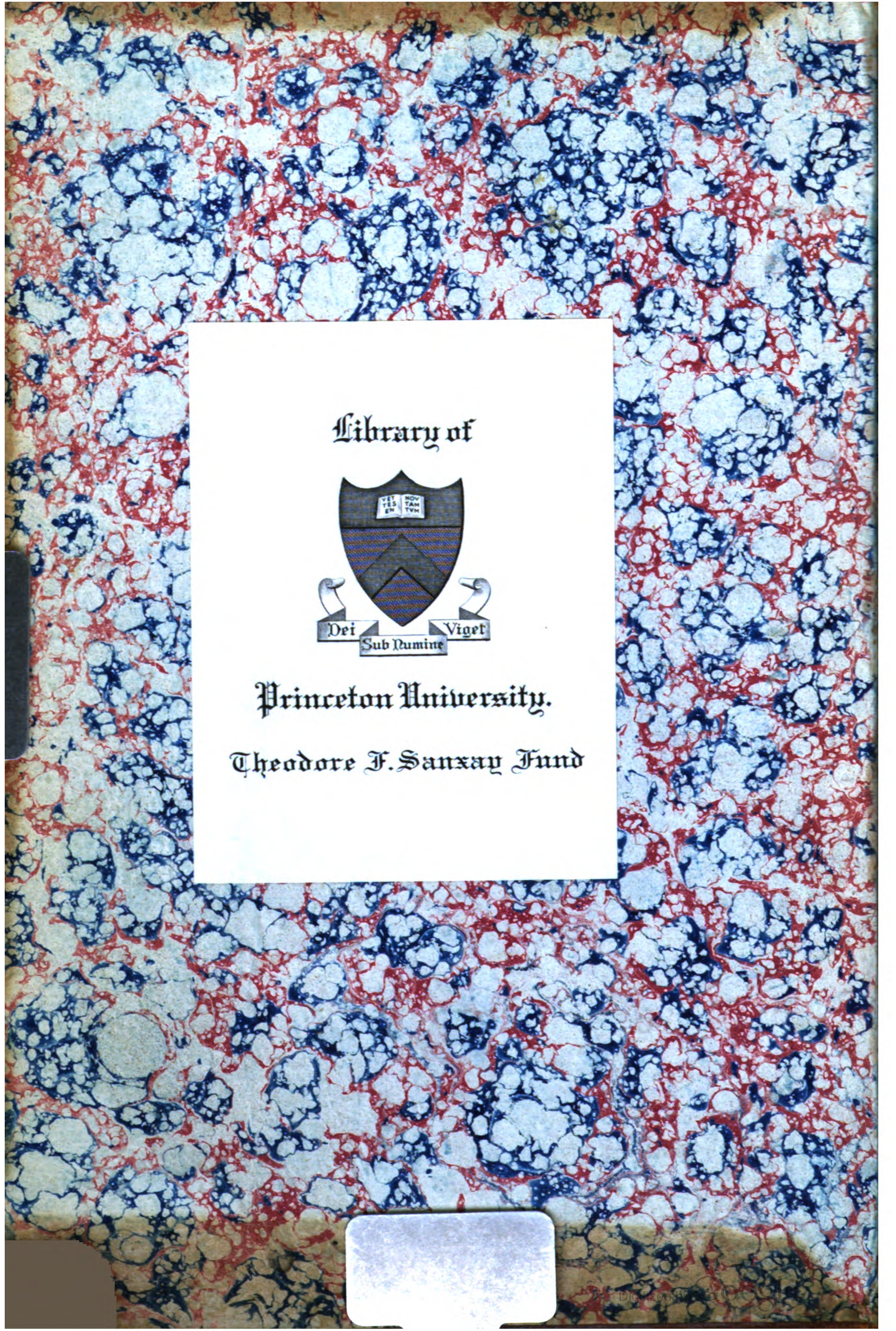
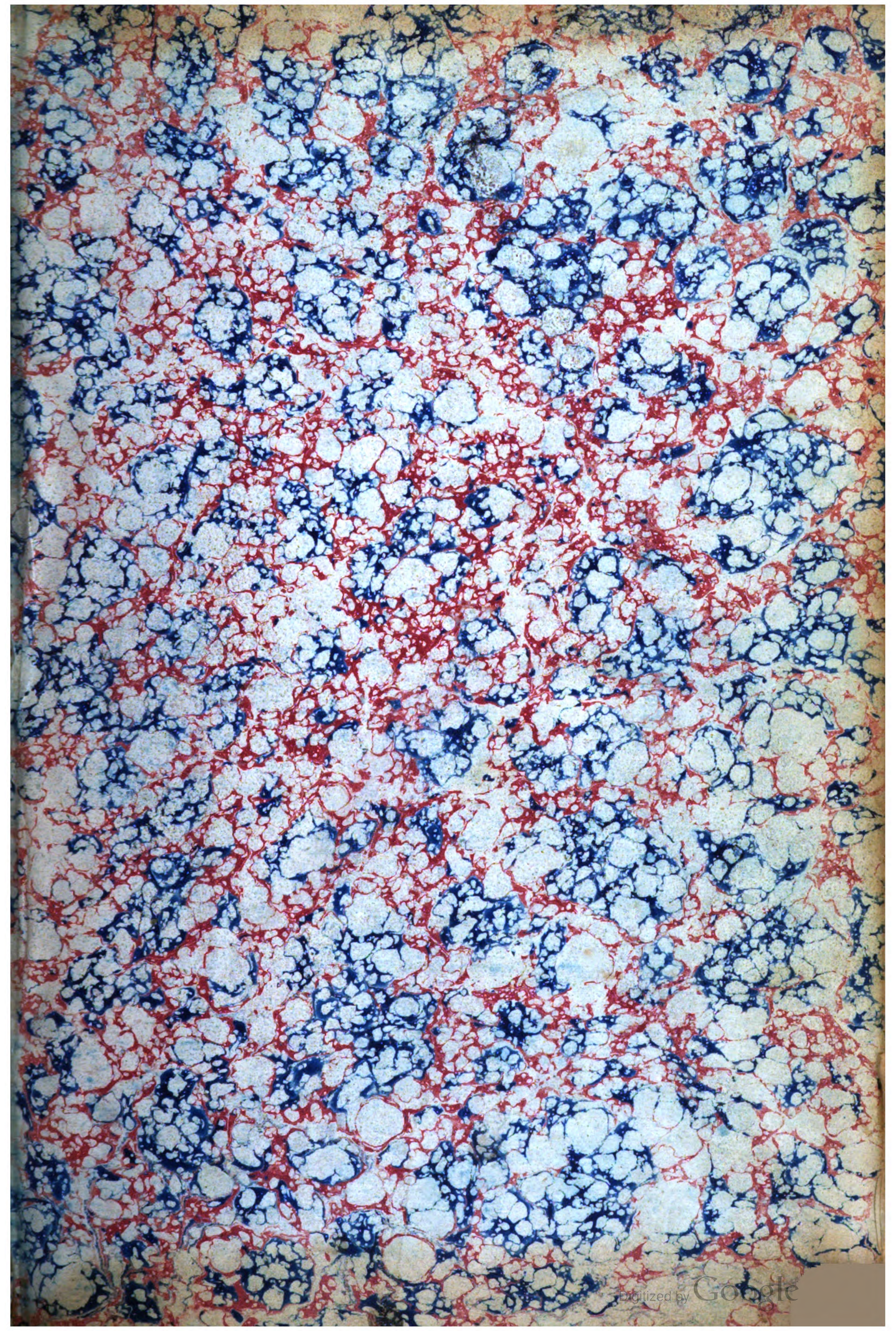




Pobres y ricos, ó, la bruja de Madrid

Wenceslao Ayguals de Izco, Blas María Araque


Library of
VET TES TAM EN
NOV TAM TVM
Dei
Sub Numine
Viget
Princeton University.
Theodore F. Sanxay Fund



POBRES Y RICOS

ó

LA BRUJA DE MADRID.

POBRES Y RICOS

ó

LA BRUJA DE MADRID,

NOVELA DE COSTUMBRES SOCIALES

ORIGINAL DE

D. Wenceslao Ayguals de Izco.



TOMO I.

II

MADRID — OCTUBRE — 1849.

Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco, calle de Leganitos, núm. 47.



PRÓLOGO

> La jovial primavera con mil flores,
> El céfiro bullendo licencioso,
> Y el trino de las aves sonoroso
> Nos brindan á dulcísimos amores
> En lazo delicioso.
> MELENDEZ.

> Vedete come il tutto a noi riveli
> La Providenza del Signor de'cieli.
> TASSO.

> J'adore le Printemps qui nous rend la verdure:
> J'invoque les Zéphyrs, dont l'aimable retour
> Pare de fleurs le temple et l'autel de l'Amour.
> DEMOUSTIER.

Deslízase el año de 1808.

El apacible mes de abril acaba de espirar, legando al florido mayo todos los encantos, todas las galas, todas las riquezas de la *reina de los placeres*, la encantadora primavera, que de céfiros rodeada, huélgase en la sublime regeneracion de la naturaleza.

Rico el ambiente de perfumes deliciosos, los valles y colinas lujosamente cubiertas de matizadas alfombras, ofrecen un mag-

nífico espectáculo que revela la omnipotencia de la Divinidad.

¡Cuántas lecciones de amor! ¡Cuántos ejemplos de consoladora fraternidad! ¿Permanecerá el hombre siempre obcecado? ¿siempre insensible á los impulsos de la naturaleza? ¿siempre rebelde á la voluntad de Dios?

Hombre insensato, ven, siéntate conmigo junto á esta sonora fuente, cuyo límpido manantial, repartido en mil arroyos, se desliza en distintas direcciones dando vida á la pradera.

¡Hombre incrédulo! ¡póstrate de hinojos ante la radiosa aparicion del astro del dia! Que tu criminal indiferencia no aparezca en tan solemne instante como un horrible destello de la maldad que germina en tu corazon de bronce. Póstrate de hinojos y únete á la naturaleza toda, que rinde al Supremo Hacedor ovaciones de amor y de gratitud.

El canoro gilguerillo ¿lo ves? abandona sus hijuelos al celo maternal, y mientras la cariñosa madre cobija con sus pintadas y trémulas alitas á los tiernos frutos de su amor, desde la hermosa espesura de algun álamo frondoso saluda el padre el rojizo resplandor del sol naciente.

¡Todo anuncia regeneracion y vida! ¡Todo respira júbilo y amor!

Salpicadas aun de innumerables perlas las matizadas alas de la abigarrada mariposa, párase sobre una flor, cuya corola acaba de abrirse para enviar su aroma al sol, y agitando pausada y acompasadamente las alitas humedecidas por el rocio matinal, ostenta alegre sus aterciopelados colores.

¡Bien venida seas, magnífica estacion! Yo te saludo, primavera bienhechora! Yo que detesto el bullicio de los palacios, yo que amo la quietud del desierto, yo que en mis paseos solitarios, sin mas compañía que la de mi fiel mastin, siento dulce arrobamiento al contemplar el brillo de tus galas y la inmensidad de tus dones, uno mi gozo al gozo universal.

Tu radiosa presencia ¡oh reina de los placeres! impele á solazarse en los goces de la fraternidad, en las venturas del amor, en

las delicias de la procreacion. ¡Todo respira júbilo y bienaventuranza! ¡Todo convida á amar!

Todo ama como la fuente, el pajarillo, y la mariposa. Las aguas cristalinas corren llenas de amor á fecundizar plantas y flores. La candorosa avecilla que desde la rama del árbol entona melodiosos cánticos, llama al dulce objeto de su amor y le enamora con gorgeos inimitables. La pintada mariposa agita con donosa coquetería sus alas de oro y terciopelo, juguetona entre las flores para inspirar amor á su compañera.

Pero no solo en el valle florido es donde el amor impera. Allá en lontananza vése un monte gigante, inmenso zócalo que parece sostener el cielo, engalanado de hermosos grupos de nubes que á manera de transparentes gasas color de oro, de zafíro, de topacio y de púrpura, forman mil visos y cambiantes á merced del sol benéfico que las besa con amor.

La falda de aquel magnífico zócalo semeja de esmeralda con lunares de coral. De aquel verdor salpicado de amapolas destácase de trecho en trecho multitud de retozones corderillos, blancos como la nieve, que festivos triscan, destellando en sus alegres brincos, en todos sus rápidos movimientos, la voluptuosidad de sus amores.

No hablaré de las melancólicas y sentidas quejas de la tortolilla, ni del dulce arrullo de la cándida paloma, exhalaciones de amor y de ternura... Si posible fuera lanzar desde aquí una ojeada á los desiertos africanos, veriais á las fieras, hermanadas entre sí, rendirse mútuamente ovaciones de cariño.

Hasta lo inanimado ama en la bella estacion de la primavera. Amar y procrear, he aquí la sublime ley de natura. La florescencia es el emblema del amor... es el mismo amor. En efecto, todo es amor en las flores, halagadas por los céfiros de los vergeles, para morir acaso entre los cristales y porcelanas de los palacios, cuyo ambiente embalsaman de aromáticas esencias.

¿Y de qué modo aman las flores? Destituidas al parecer de las facultades de la sensibilidad y animacion así del hombre como del

irracional, ¿cómo han de imitar á estos en el afan de elegir la compañera que mas simpatice con sus inclinaciones? ¿Cómo admirar su belleza? ¿Cómo aspirar su fragancia? ¿Cómo quererla y enamorarla y consumar el acto amoroso de la perpetuidad de su raza?

Verdad es que las flores no atesoran la razon del hombre, ni la sensibilidad de la tórtola, ni el rápido vuelo y melodioso canto del gilguerillo; y así es que la flor imposibilitada de ir en pos del objeto amado, alberga en su corazon los delicadísimos órganos sexuales, únicos actores y testigos de las amorosas escenas de su procreacion (1).

Lo que decimos de las flores es aplicable á todo vegetal, porque en todo lo creado se ve la mano de Dios y sus leyes de amor y de fraternidad. Y cuando hasta las flores nos dan ejemplos de ternura, cuando desde la cándida paloma hasta el astuto gavilan, desde el inocente corderillo hasta las mas carnívoras fieras, alientan entre sus respectivas razas benévolos instintos de fraternidad, ¿serás tú, hombre insensato, de peor condicion que estas mismas fieras? Permanecerás rebelde á los decretos de Dios?... sordo á la voz de la naturaleza?

A este estremo han logrado conducirte tus opresores y sus lisonjeros. Árbitros del poder, dueños de las riquezas, dispensadores á su antojo de gracias y mercedes, apoyados en la fuerza de las bayonetas ó la dictadura del sable, toda vez que sus violencias

(1) No todas las flores son hermafroditas. Las que pertenecen á distinto sexo, y sin embargo son vástagos de una misma planta, por un prodigio de la naturaleza, vese á las hembras prolongar sus tallos para recibir las caricias del otro sexo, y cuando alguna distancia las divide porque están los órganos sexuales en distintas plantas, la flor masculina envia á su compañera el ósculo de su amor entre las cristalinas aguas de un arroyo ó en alas de la brisa halagadora.

Sabido es que las partes principales que constituyen una flor perfecta son los *estambres*, los *pistilos*, el *cáliz* y la *corola*. La flor que carece de las dos primeras dotes, es incompleta é inútil para la fecundacion.

Llámanse estambres los órganos sexuales masculinos, y pistilos los órganos femeninos. La mayor parte de las flores son hermafroditas y atesoran en su seno estambres y pistilos. Las que solo tienen estambres, conócense por *unisexuales masculinas*, y las dotadas únicamente de pistilos se llaman *unisexuales femeninas*.

Hemos indicado ya el acto de la fecundacion que es siempre precursor de la eflorescencia. Despréndense los pétalos del pedúnculo, se hincha el ovario y he aquí el precioso depósito de la semilla, primer elemento de la vegetacion, de la reproduccion, de la perpetuidad de las flores.

é injusticias de modo alguno inspiran ese amor del pueblo que es el diamantino escudo de un buen gobierno, los opresores hánse visto en todas épocas rodeados de asquerosos reptiles que se arrastran por el fango de todo jaez de infamias para llegar á las gradas del trono y lamer los piés de su rey. Los que de tal guisa degradan la magestad del hombre, osan apellidarse magnates, y no son mas que despreciables y embrutecidos esclavos. Estos entes de prostitucion germinan de una manera asombrosa en los palacios, al impulso de la emponzoñada atmósfera cortesana, donde no se respira otro hálito que el de la falsedad y la lisonja. ¿Quereis saber lo que es un rey absoluto? ¿Quereis saber lo que son los palaciegos? Abrid el gran libro de la historia y leed el siguiente escándalo:

«Habiendo heredado jóven la corona Felipe IV, era todo su valimiento el conde de Olivares, tercer hijo de la casa de Medina Sidonia, con quien tenia gran cabida D. Gerónimo de Villanueva, protonotario de Aragon y ayuda de cámara, todos tres mozos; y con la ocasion de ser el protonotario patron del convento de la Encarnacion Benita, unido junto á su casa, estando un dia en conversacion los tres, casualmente dijo que en su convento estaba por religiosa una hermosísima dama. La curiosidad del rey y el encarecimiento del protonotario dió motivo á que Felipe quisiese verla: pasó disfrazado al locutorio, donde D. Gerónimo, patron, con su autoridad dispuso el que la viera. Enamorose el rey, el conde con su poder facilitó las disposiciones, y en fin todas las noches en el locutorio eran largas las visitas. No se pudo esconder tanto este galanteo, que no se censurase en el convento, y el rey encendido en el fuego de su apetito, no pretendiese atropellar con todos los inconvenientes. Las dádivas y ofrecimientos del conde, la maña del protonotario y la vecindad de las casas hicieron romper la clausura por una cueva de la casa del patron, que dió paso de una bóveda del convento destinada para guarda del carbon. La dama religiosa, entre resuelta y tímida no se atrevió á la ejecucion del sacrilegio sin dar parte á la abadesa, la cual, estrechán-

dose con el conde y D. Gerónimo, procuró con todo recato el disuadir tal empeño. Los dos decididos á complacer al monarca, la respondieron resueltos, á lo que ella animose la noche que estaba destinada para la ejecucion, dispuso en la celda de la dama un estrado, en cuya almohada la hizo reclinar, y á su lado un devoto crucifijo con luces. Entró por la mina, primero D. Gerónimo, dejando en su casa al rey y al conde, y á vista de aquel espectáculo volvió confuso y se suspendió la ejecucion. Volvió el conde las baterías hacia la prelada, y en fin se consiguió el intento, pasando la adulacion desde sacrilegio á irreligion, pues ó fuese por adornar la belleza ó fuese por ignorancia, PUESTA CON RICA GALA DE AZUL Y BLANCO EN TRAGE DE CONCEPCION SE PRESENTÓ LA DAMA AL REY, Y EL CONDE Y D. GERÓNIMO CON DOS INCENSARIOS LES DABAN OLOROSOS PERFUMES ALREDEDOR DE SUS PERSONAS POR UN RATO, RETIRÁNDOSE HASTA EL ALBA QUE SALIA EL REY.» (1)

Así era un rey de aquellos tiempos en que el odioso tribunal de la inquisicion, sacrílegamente llamado *santo*, abrasaba en sus hogueras á los hereges. Así era un rey, señor de vidas y haciendas, á quien no menos sacrílegamente calificaba el ciego fanatis-

(1) No pudo estar secreto este suceso (continúa el códice de la Biblioteca Nacional, de donde está sacado este relato, publicado en el *Bibliotecario*, semanario de escritos antiguos que daba á luz D. Basilio Sebastian Castellanos, y recientemente en *La Tertulia*, periódico que se publica en Cadiz) los prelados de la religion confusos averiguaron el todo. En fin llegó á noticias del tribunal del santo oficio todo el caso. Era inquisidor general don fray Antonio Sotomayor, religioso dominico, arzobispo de Damasco, confesor del rey. Este tuvo audiencias repetidas y secretas con el rey, advirtiéndole los muchos errores que se habian cometido en todo el cuento. Dió Felipe IV palabra de abstenerse de la comunicacion, y que inadvertido se habian hecho aquellas demostraciones, pero luego se lo participó al conde-duque, para que discurriese la enmienda.

El santo tribunal fulminó causa contra el D. Gerónimo de Villanueva. En las declaraciones secretas que se habian tomado resultó culpado, y se pasó á prenderle. El rey y el conde resolvieron el disimular aquella prision, pero el conde receloso no le sucediera á él algun desaire, previno al rey el riesgo, y procuró atajar todo el cuento.

Lo primero que hizo fué irse una noche á la casa del inquisidor general á estar con él. Y sin darse por entendido de nada, le puso delante dos decretos del rey, el uno en que S. M. le concedia doce mil ducados de renta con la calidad que hiciese renuncia de la Inquisicion y se retirase á Córdoba (que era su patria) luego; y no aceptando esto, el otro decreto era ocupándole las temporalidades dentro de 24 horas, saliendo desterrado de todos los reinos.

Aceptó el arzobispo el primer decreto, hizo dejacion y se retiró á Córdoba.

Estaba por embajador en Roma el conde de Peñaranda, y empezaba su pontificado Urbano VIII: despachó postas el conde-duque con pliegos al papa y al embajador, y dentro de poco vino órden muy apretada de Roma para que la causa original la remitiese la Inquisicion á Su Santidad, cesando en España las diligencias que se practicarian en aquella córte. Obedeció el santo tribunal, y nombró á Alfonso de

mo de sus vasallos de IMÁGEN DE DIOS SOBRE LA TIERRA! Y este rey sacrílego que llevaba la impiedad y el escarnio de la religion, hasta el estremo de profanar con criminales amores el templo del Divino Redentor, era el ídolo de sus corrompidos cortesanos, porque estos seres degradados solo medran por sus infamias; y avezados á la mentira, prodigan lisonjas á los mas soeces desvarios del que puede enaltecerlos. Los magnates comprar suelen su elevacion con bajezas denigrantes; y solo de este modo se concibe, que así como en otro tiempo hubo en España un conde-duque que se alardeaba en el repugnante oficio de incensar los criminales escesos de la brutal sensualidad de un monarca, haya en el dia algun fátuo marqués que empuñe tambien el incensario para rendir ovaciones á los desmanes del poderoso, apadrinando con enfática ridiculez y pedantería insoportable, la dictadura militar.

¿Al ostentar semejante avilantez, creen acaso los imbéciles sectarios del retroceso que es posible en el mundo la reaparicion de los hijos de Loyola y los autos de fé de Torquemada? ¡Delirio! Los pueblos conocen su dignidad y sus derechos. No quieren ser patrimonio de las testas coronadas, y se lanzaron á una revolucion su-

Paredes, uno de los notarios del consejo, para que pasase á Roma, y en una arquilla cerrada y sellada le entregaron los papeles.

El conde-duque, luego que supo la eleccion del ministro, lo primero que hizo fué sacar su retrato con todo secreto por un pintor del rey, de que se hicieron copias, y enviar una á Génova al embajador de España, otra al virey de Sicilia, otra al de Nápoles y otra al embajador de Roma, con órdenes del rey para que estuviesen con gran cuidado, y á cualquier paraje donde pudiese ser habido Alfonso de Paredes cogiesen su persona y se la remitiesen al virey de Nápoles con suficiente guardia y gran secreto, y al virey que en Castel del Obo, castillo muy fuerte de Nápoles, le pusiese preso señalándole cóngrua suficiente para su sustentacion, y que la arquilla con el mismo secreto la remitiesen al rey con un cabo de los de mejor confianza sin permitir la abriesen.

Alfonso de Paredes con su encargo se embarcó en Alicante, y llegado á Génova donde desembarcó, el embajador que ya tenia prevenido al Dux mucho antes con las cartas y el retrato que habia recibido, luego supo su llegada, y pasando inmediatamente á noticiárselo al Dux, aquella noche le prendieron y sacaron de la ciudad por la via de Milan, cuyo gobernador que tambien estaba prevenido, le remitió con el mismo recato á Nápoles, donde el virey ejecutó la órden poniéndole en el castillo, señalándole dos ducatones cada dia para su mantenimiento, poniéndole pena de la vida si hablaba ó decia la menor cosa de quién era ó á lo que habia venido, sin permitirle escribir, y al alcaide le hicieron la misma prevencion, y así estuvo mas de quince años que tuvo de vida.

El virey de Nápoles remitió la arquilla con un capitan confidente suyo al conde-duque, quien se la llevó al rey cerrada como habia venido, y abriéndola los dos solos quemaron en la chimenea del cuarto del rey la causa original.

En este tiempo habia el rey nombrado, á instancias de la reina doña Isabel, por inquisidor general á D. Diego de Arce y Reinoso, y la religion benedictina habia

blime, impulsada por la mano de Dios que hizo dar la señal al Sumo Pontífice.

Ondeó en el Quirinal la inmaculada insignia de reformas civilizadoras, antes de que el HOMBRE FUNESTO de España contaminase las aguas del Tiber con su calamitosa presencia; y por do quiera se alzaron las naciones para derribar á los tiranos que se oponian al movimiento regenerador.

Entes de corvo espíritu, de tímida condicion y reducidos alcances, se estremecieron ante las grandes oscilaciones del año de 1848 impelidas por la digna conducta del sucesor de San Pedro, y amilanados entre el bélico estrépito, entre las sacudidas de la tremenda liza, han esclamado trémulos:

«¡MALDITO SEAS!»

Sellad los labios, criaturas pusilánimes. El año de 1848, ese año que imprudentes maldecís porque sois miopes, fué un año de gloria y de bendicion, fué el año mas feliz de cuantos ha devorado el tiempo, fué el año en que, despertando el mundo entero de un letargo vergonzoso, ha colocado la piedra fundamental del templo de su gloriosa regeneracion.

puesto el mas conveniente remedio en la reforma del convento de la Encarnacion Benita; siendo desde entonces así la cómplice, como todas las religiosas, un relicario de santidad.

Como la causa no llegaba á Roma (no obstante que se susurraba todo el cuento) el protonotario se estaba preso en Toledo, á donde le habian llevado desde el principio, á pesar de que hacian diligencias sus parientes. El rey y el conde-duque disimulaban, pasando en esta suspension mas de dos años. Escribiéronse cartas por el inquisidor general á Roma y el conde de Oñate se estrechó con el Papa, quien tambien disimuló dejándolo todo en silencio. El inquisidor general, de su motu propio, dispuso que en la sala de la Inquisicion de Toledo, delante de los inquisidores y secretarios convocados, el guardian de San Juan de los Reyes, el prior de San Pedro Mártir, el prepósito de la Casa Profesa de Toledo, el comendador de la Merced, dos canónigos de la santa iglesia y el prior del Cármen, saliese D. Gerónimo de Villanueva á la sala en cuerpo y sin pretina, sentado en un taburete raso. Sin leerle la causa fué gravemente reprendido por el guardian de San Francisco, sin declarar la causa, diciendo haber incurrido en casos de irreligion, sacrilegios y supersticiones, y otros pecados enormes por donde habia sido incurso en la Bulla de la cena, y por usar de misericordia el santo tribunal le absolvia en todo con la calidad de que por un año ayunase los viernes, no entrase en el convento de las monjas, ni tuviese comunicacion con ninguna, y repartiese dos mil ducados de limosna con intervencion del padre prior de Atocha. De todo esto se dió testimonio por el secretario del secreto, y fué absuelto.

Volvióse á su casa y empleos con órden precisa del rey de que nunca le hablase ni al conde-duque de todo este secreto.

Así tuvo fin un tan singular escándalo y que ocasionó tantos disturbios.

A un hijo que dejó en España Alfonso de Paredes, le dió el rey empleo decoroso con que se mantuvo con toda decencia.

A principios de 1848 el cetro de hierro del absolutismo abrumaba á cien infelices pueblos, entre los cuales era el mas digno de compasion la liberalísima Italia, condenada bajo el yugo de estrangera dominacion á apurar hasta las heces el cáliz de su horrenda esclavitud.

Los inícuos opresores reposaban en todas partes tranquilos á la sombra de una confianza sin límites, porque embotados los sentidos con los placeres de sus orgías, estaban asaz lejos de vislumbrar siquiera un destello de insurreccion popular. Entre los cánticos de sus bacanales, entre el ruido de sus brindis, las quejas de los pueblos morian sin oirse, como los ayes del náufrago entre el estrépito de las olas. ¿Ni cómo habia de caerles en mientes que sobreviniera de improviso un suceso de tan colosal magnitud, que desquiciara los cimientos seculares sobre los cuales descansaba el orgullo de altivos soberanos, ni menos que rodasen por el suelo sus cetros y coronas?

Sucedió así apesar de cuantos diques se levantaron contra el torrente de la revolucion, porque la causa de la justicia es la causa de Dios. Los primeros himnos de triunfo que entonó el pueblo parisiense y el estrépito de las salvas resonaban aun en las márgenes del Sena, cuando ya los denodados milaneses arrojaban de su patria al ejército austriaco dando el grito entusiasmador de ¡INDEPENDENCIA!

Y la Italia toda se sublevó.

Tras la heróica Milan pronuncióse libre la mas galana y preciosa joya del Adriático.

Sacudió las melenas el *Leon de San Marcos*, y su bélico rugido despertó á los valientes.

Venecia dió el ejemplo á los piamonteses, napolitanos, romanos y toscanos.

El generoso alzamiento fué impelido hasta mas allá de los Alpes, y el grito de libertad que sonára en el Sena, retumbó en el Tiber, en el Danubio, en el Rhin!....

El triunfo de Viena y de Berlin hubiera, á no dudarlo, asegu-



rado para siempre el de la democrácia europea, si el ex-demagogo, si el que habia sido encarcelado en el fuerte de Ham por agitador, en una palabra, si Napoleon *el pigmeo* no se hubiera vendido á una inmunda gavilla de apóstatas ambiciosos.

La reaccion levanta su cabeza sedienta de sangre y pide al Czar de Rusia sus cosacos.

El papa se estremece de *su obra!*..... No quiere ir tan lejos por la senda de las reformas que la revolucion cercene su autoridad temporal, y prefiere la fuga á una gloriosa transicion!

A las sacramentales palabras de la Francia: *libertad*, *igualdad*, *fraternidad*, responde el eco del desengaño: *¡Mentira! ¡Mentira! ¡Mentira!*

¡Una república ahoga á otra república!!!

Las bombas francesas derrumban los gloriosos monumentos de la capital del mundo católico!

Triunfan los opresores..... Se restablece la inquisicion en la ciudad de Rómulo!..... Corre á torrentes la sangre de los liberales!..... ¡Maldicion!.....

Pero guardad silencio, aduladores de los déspotas, no canteis victoria..... no entoneis el *hossanna* á la restauracion, ébrios de alegria ante la vencedora águila imperial. Vuestro gozo será efímero, y esa sangre vertida en los cadalsos será fructífero semillero de héroes, gérmen de valientes campeones que tarde ó temprano alcanzarán el galardon de sus esfuerzos, y brillará un dia solemne, el dia de la justicia y de la espiacion que debe preceder á la eterna paz del mundo.

Digan lo que quieran los enemigos del progreso. El año de 1848 fué pródigo de portentos y fecundo de bellas esperanzas. La avasallada humanidad, rompiendo sus cadenas, dió un paso gigantesco hácia su gloriosa emancipacion. Emancipacion justa y sublime, que no es posible deje de verificarse, por que todo se encamina á la inmensa fraternidad de todos los paises, á la paz del mundo. Los ejércitos de los tiranos lograrán retrasarla; pero no vencerla y exterminarla para siempre. Ellos sí, los opre-

sores de la tierra, sucumbirán un dia para no levantarse jamás.

Una vez conocidos de los pueblos los poderes *bastardos* que convierten el gobierno en fraude y monopolio para enaltecer privadas fortunas sobre la miseria general, una vez derrocados bajo el peso de sus iniquidades, no han de volver á entronizarse esos déspotas que apelan á la ridícula sandez de su *derecho divino*, como si las naciones ignorasen que no puede haber honra y prosperidad en ningun sistema gobernativo, cualquiera que sea su denominacion y su forma, que no emane de la SOBERANÍA DEL PUEBLO.

Pero ¿no tiene la humanidad otro linage de enemigos? Sentada la imposibilidad de triunfo duradero en la reaccion ¿no pueden los pueblos ser víctimas de esas sectas de insensatos demagogos, que adulan á las masas con lisonjeras utopias para esplotar su credulidad y buena fé?

Hé aquí el peligro de la actual crísis europea, peligro grave; pero no inminente de todo punto, y hay debates de tal importancia, que es punible en todo escritor concienzudo no lanzarse al palenque para contribuir al triunfo de la humanidad.

No sin desconfianza de nuestras escasas fuerzas emprendemos tan espinosa mision.

Tal será la parte filosófica de este libro.

Deseamos que una verdadera fraternidad reemplace el odio que ciertas pasiones de índole bastarda hacen germinar entre POBRES Y RICOS.

¡Feliz el dia en que no se vea ese espectáculo espantoso, de EL HOMBRE DERRAMANDO LA SANGRE DEL HOMBRE!

¿Llegará ese dia dichoso en que se acaten los preceptos de Dios y se oiga la voz de la naturaleza?

Victor Hugo ha dicho:

«La ley del mundo no puede ser diferente de la ley de Dios, que quiere la paz y no la guerra. Es evidente que los hombres tienden á la paz al través de la lucha. La armonía del universo salió del caos. Si en épocas lejanas se hubiera dicho á los picardos

y á los borgoñeses y á los normandos, «ya no os batireis mas, y os encontrareis reunidos, de esta contienda saldrá una Asamblea única que dirá á cada uno: hé aquí tu derecho, ¡abajo las armas! ya no habrá mas Borgoña, Normandía, Picardía, Provenza, no habrá mas que civilizacion;» si esto se hubiera dicho entonces, ¿cuánto no se hubiera censurado á los profetas? Pues bien; el tiempo ha cambiado, todos los pueblos que combatian entre sí no forman mas que uno. Llegará dia en que la guerra será imposible, desde Paris á San Petersburgo, á Lóndres etc. etc. Llegará dia en que todos los intereses serán debatidos ante una gran Asamblea de todos los pueblos, sustituida á los Parlamentos de Inglaterra, Francia, Bélgica etc. etc. Llegará dia en que se enseñará en nuestros museos, un cañon como una cosa rara. No pasarán cuatrocientos años.....»

Nosotros vaticinamos tambien que llegará ese dia; pero ese dia de paz, de fraternidad y de ventura, llegará en pos del triunfo de la democrácia universal, que indudablemente ocurrirá mucho antes del plazo que prefija Victor Hugo. Para que haya paz es preciso que sucumba la tiranía y se respete el derecho de las naciones. Mientras haya pueblos oprimidos, la paz es de todo punto imposible; pero el sufrimiento y paciencia de los pueblos no han de durar cuatrocientos años.

¡Sublime naturaleza!..... Hemos trazado tu panorama encantador..... ¡Hemos visto que todo convida á amar..... y los hombres se aborrecen! ¡y los hombres se asesinan!.....

. . . .

Era el dos de mayo.

Mientras en el campo respiraba todo júbilo y contento....... mientras la galana primavera esparcia sus benéficos dones por todas partes..... mientras las sublimes obras del Criador semejaban querer dar á los hombres ejemplos de fraternidad, y repetirles con muda elocuencia estas evangélicas palabras: AMAOS LOS UNOS Á LOS OTROS, el mortífero plomo y asesinas bayonetas de un ejército usurpador salpicaban de sangre española las calles de Madrid!



La Bruja de Madrid, por D. Wenceslao Ayguals de Izco.

Daoiz y Velarde, impelidos por el santo amor de patria, osaron dar la voz de ¡INDEPENDENCIA! y acaudillando con sin igual bravura á un puñado de valientes, retaron animosos á las aguerridas y numerosas huestes del héroe del siglo que ocupaban la metrópoli. Su primera hazaña fué apoderarse del Parque haciendo ochenta prisioneros, cuyos fusiles fueron repartidos entre los sublevados.

Ahuyentadas por sus descargas las primeras fuerzas que osaron aproximarse al Parque, y destrozada posteriormente otra fuerte columna por el fuego de la artillería, inflamose de entusiasmo el corazon de todos los valientes madrileños, y generalizándose la encarnizada lucha, corrió la sangre á torrentes, siendo víctimas de su inaudito arrojo los dos valientes caudillos que dirigian el glorioso alzamiento.

Esta pérdida irreparable, unida á la escasez de armas, á la absoluta falta de municiones, y á la confusion de una muchedumbre indisciplinada, acrecentaba la desproporcion entre aquel heróico paisanage, que de todo carecia menos de entusiasmo, honor y denuedo, y un ejército numeroso, disciplinado, acostumbrado á vencer en todas partes..... Triunfó tambien esta vez; si es que pueda calificarse de triunfo una venganza cobarde. La sublevacion habia germinado á impulsos de un arranque noble de amor patrio, y las huestes intrusas quisieron hacer expiar á Madrid el denuedo de sus hijos, abusando de una superioridad invencible. Lejos de acatar el noble arrojo español despues del triunfo, holgáronse en prolongar la matanza, y derramar la sangre de mugeres indefensas y de inocentes niños, cometiendo excesos....... ¡ellos, los extrangeros que nos acusan de instintos feroces!... consumando atrocidades que avergonzarian á los mas estúpidos salvajes de la Caribana.

Una infeliz madre huia despavorida con su tierno hijo en los brazos, seguida de un criado; y al pasar por la Carrera de San Gerónimo, un piquete que estaba formado á la entrada del patio del Buen Suceso le disparó una descarga.

La infortunada cayó.

Un momento despues estaban madre é hijo como incrustados en un charco de sangre. Examinó el criado á los dos, y gritó con acento dolorido:

—¡Han muerto!!!

En seguida huyó horrorizado.

¿Seria aquella catástrofe un castigo de Dios?

¿Empezaria por ella la expiacion de algun amor criminal?



FIN DEL PRÓLOGO.



CAPITULO PRIMERO.

EL BANQUETE.

. . . . ¿dónde vas?
—Amor, decírtelo quiero:
Buscando el amor primero
Que no se olvida jamás.
BERNARDO DE LA VEGA.

Die Liebe wuchs in unsern jungen Herzen
Wie eine stille Frühlingsblume auf.
KÖRNER.

¿No bebes, Enriqueta?—preguntaba una hermosa muger de unos treinta y cinco años á una lindísima jóven de unos quince, estando ambas tomando café en el de la Cruz de Malta.

—Está muy caliente—contestó la niña balbuceando.

—¡Caliente! pues mi taza está fria..... y debe estarlo tambien la tuya. Á ver...—y la buena muger, probando el café de la jóven, exclamó:—¡Pues! ¿no lo dige yo? Como un hielo... y amarga como el acibar. ¡Si no le has puesto azúcar!...

La pobre niña era en aquel momento víctima de la primera sensacion de amor, y ni sabia lo que hacia, ni lo que estaba su madre hablando.

Cecilia, que así se llamaba la mas avanzada en edad de entrambas hermosuras, lejos de semejarse á esas mamás del gran mundo, que juntan á la perspicacia de la ardilla la escudriñadora y

penetrante mirada del lince, era una alma candorosa y sin malicia. No es pues extraño que hubiesen pasado desapercibidos por ella, ciertos amorosos signos de un telégrafo inmediato, causa única é imperiosa de la turbacion y repentina inapetencia de la ruborizada vírgen.

—Ahora está bien—exclamó Cecilia despues de haber puesto azúcar en la taza de Enriqueta.

—Bien está—dijo Enriqueta libando apenas su café;—pero no tengo ya sed.

—Muchacha... si eso no se bebe por sed... Y á tí que te gusta tanto el café... Ya verás... acaba de llenar la taza y estará mas caliente... ¿No respondes?

—¿Decia usted algo, madre?

—¡Alabo tu frescura!... ¡Y que colorada estás, muchacha!... ¿Te sientes indispuesta?

—No señora.

—¿Pues por qué no tomas café?

—No quiero mas.

—Vaya que te luces, hija mia... Despues de recordarme continuamente mi promesa de traerte á tomar café el dia de mi santo, cuando llega la hora de cumplirla te vienes con esos dengues? Eso no está bien, son niñerías que me hacen muy poca gracia.

—No se enfade usted. Voy á tomar mi café.

Y haciendo un esfuerzo, se bebió mas de media taza.

—Ah! ah!... Así me gusta... ¿no es verdad que está rico?

—Sí señora; pero...

—Pero... ¿qué?

—Quisiera que nos volvieramos á casa.

—¿Sin concluir?

—¡Hay aquí tantos hombres!

—¡Y qué! ¿Se nos han de tragar estos caballeros?

En este momento hallábase muy próximo á la mesa de las dos beldades un bizarro jóven de arrogante figura, moreno, de ojos negros y mirada atrevida; pero de modales muy finos.

Al oir las últimas frases del anterior coloquio, exclamó en voz cariñosa:

—¿Tanto aborrece esta señorita á los hombres?

La encantadora sonrisa que contraia los labios del elegante jóven, descubria la blancura de sus dientes, dando á su agraciado rostro una expresion indefinible, que profundizó la herida del tierno corazon de Enriqueta.

Los ojos de la cándida vírgen fijáronse un momento en los del atrevido galan; pero á impulsos del rubor, cayeron lánguidamente los sonrosados párpados hasta cubrir parte de las azules pupilas, que sombreadas por larguísimas pestañas de oro, hacian resaltar todos los encantos de la modestia.

—Caballero—respondió con amabilidad Cecilia—no ha sido el ánimo de mi hija ofender á usted.

—¿Es hija de usted esta señorita?—repuso el entrometido jóven.—No debiera hacer esta pregunta, pues demasiado se deja ver en la belleza que ha heredado de su mamá.

—Mil gracias por la lisonja; pero... Usted nos disimulará que nos retiremos...—objetó la madre—hemos tomado ya nuestro café... y... ¡Mozo!—añadió dirigiéndose á un muchacho—cóbrese usted.

—Ya está pagado—dijo el mozo.

No era difícil adivinar quien habia hecho este obsequio.

Levantáronse madre é hija en ademan de salir del café.

—Si ustedes me permiten el honor de acompañarlas...

Apenas acababa el oficioso jóven de decir esto, oyéronse grandes risotadas, y á continuacion repetidos gritos de:

—¡Eduardo! ¡Eduardo!

—Señor duque—dijo el mozo acercándose al jóven de los ojos negros.—Los señoritos de arriba están llamando á vuecencia.

—Agradecemos á usted tanta amabilidad—respondió Cecilia—pero no podemos permitir que se separe usted de sus compañeros.

—A lo menos—repuso el galante jóven—no me dará esta

señorita el disgusto de ver desairado este pequeño obsequio.

Y presentaba á Enriqueta un cucurucho de dulces. La candorosa niña alzó con timidez los ojos, como si buscara en los del amable galan la correspondencia del primer amor.

—Vamos, niña... no desaires al señor—le dijo su madre.

Enriqueta levantó su trémula mano, y al asir el cucurucho cruzó otra expresiva y aun mas tierna mirada con el obsequioso jóven.

Mientras las dos hermosas abandonaban el café, oíanse repetir los gritos de:

—¡Eduardo! ¡Eduardo!

—¿Quién hay arriba?—preguntó el duquecito al mozo.

—Todos son amigos de vuecencia—respondió el mozo pasando la servilleta por la mesa donde habian tomado café las dos bellezas que acababan de marcharse.—¡Oh! está lo mas encopetao de Madril... toa gentualla de alto copete.

—¡Necio! ¿qué sabes tú?...

—¡No que no!... El que mas y el que menos es marqués, ó dinamarqués, ó... Esceptuando D. Agapito, que todo el mundo sabe que no tiene el probecillo sobre que caerse muerto.... con todo..... dígole á usted... que me gusta ese muchacho... ¡Y cómo le sopla la musa! Si viera su merced qué coplas enjareta á lo mejor... Ahora mismo ha echao una décima á *Fernandito el deseao*, que no hay mas que ver, porque ha de saber usía, que toda la groma es en celebridad de la güelta del rey.

. . . .

En efecto, el 22 de noviembre de 1823, dia de Santa Cecilia, habíanse reunido varios jóvenes aristócratas para celebrar lo que ellos apellidaban *feliz restauracion*.

La Constitucion de la monarquía habia sido asesinada en la heróica ciudad de Cádiz, su gloriosa cuna, por el intruso ejército del duque de Angulema, ciego instrumento de esa infernal coalicion de tiranos que, haciendo alarde de la impudencia, osaba engalanarse con un título sagrado.

La Santa Alianza, enemiga de todo sistema liberal, quiso

repetir en España el afrentoso espectáculo que habia tenido lugar el año anterior en Nápoles, y reunidos en Verona los representantes de las cinco altas potencias, acordaron pasar notas al gobierno español, con la condicion ultrajante de que si no se adheria á ellas, quedaba la Francia autorizada para intervenir con las armas en las cosas de la Península.

Herido el orgullo nacional por este escándalo, dió á los déspotas extrangeros una contestacion tan concisa y severa como su desacato merecia; pero que desgraciadamente no podia sostenerse con las armas á que en último resultado era forzoso apelar, porque la encarnizada lucha civil en que ardia la nacion poníala en inmenso desnivel, comparados sus elementos de defensa con los de agresion que aprestaba la Santa Alianza contra el gobierno liberal.

En el discurso de apertura anunció Luis XVIII á las cámaras que estaban prontos cien mil franceses para intervenir en los negocios de España.

No juzgándose con suficiente seguridad en Madrid, resolvieron las Córtes trasladarse á Sevilla con el gobierno.

El 11 de abril de 1823 llegó el rey á Sevilla.

A la sazon, el ejército invasor habia cruzado ya el Vidasoa y entró el 24 en Madrid, donde el antiguo Consejo de Castilla é Indias, convocado por Angulema, nombró una regencia que se compuso de los duques de Montemar y del Infantado, el baron de Eroles, el obispo de Osma y D. Antonio Gomez Calderon, personas todas del mas furibundo retroceso.

Entretanto en Sevilla nombraban las Córtes otra regencia compuesta de Valdés, Ciscar y Vigodet, prévia aprobacion en las mismas de una proposicion de D. Antonio Alcalá Galiano, por la que se suponia demente al rey, á consecuencia de haberse opuesto á pasar á Cádiz, que como punto mas seguro habian elegido las Córtes al aproximarse á Sevilla el general francés Bourmont con 17,000 hombres.

El 15 llegó el rey á la isla de Leon, instaláronse las Córtes, y cesó la regencia nombrada en Sevilla despues de haber devuelto

sus derechos al monarca. El 16 formalizó el mismo Angulema el asedio de Cádiz, y en tan apurado trance, siendo toda resistencia inútil y aun precursora de horrendas catástrofes, dejose en libertad al monarca bajo solemne y espontánea promesa de que daria al olvido todo resentimiento, ofreciendo además reconocer y acatar los intereses creados por el régimen constitucional, y no permitir que se persiguiera, castigase ni molestase por opiniones ni actos pasados á ningun español.

Esta promesa fué quebrantada á las pocas horas, convirtiendo en sangriento sarcasmo el célebre dicho de uno de nuestros mejores poetas antiguos:

¿El rey no pudo mentir?
No, que es imágen de Dios.

No bien pasó el puerto de Santa María donde le aguardaba el duque de Angulema, confesó Fernando su vergonzosa debilidad y atroz perfidia en un decreto que por todas sus líneas destellaba amagos de venganza. Anulaba todos los actos del gobierno constitucional desde el 7 de marzo del año 20 hasta el 1.° de octubre del 23, alegando que habia sido víctima de la violencia al sancionar leyes, al expedir órdenes, al firmar decretos!!! (1).

El 13 de noviembre á la una de la tarde llegó Fernando VII á Madrid, tan sediento de sangre, que no titubeó un momento en mandar establecer, en todas las capitanías generales, comisiones militares para llevar víctimas en abundancia al patíbulo.

(1) Las cláusulas mas notables de este padron de ignominia son las siguientes:
«Bien públicos y notorios fueron á todos mis vasallos (decia) los escandalosos sucesos que precedieron, acompañaron y siguieron al establecimiento de la democrática constitucion de Cádiz en el mes de marzo de 1820: la mas criminal traicion, la mas vergonzosa cobardía, el desacato mas horrendo á mi real persona, y la violencia mas inevitable, fueron los elementos empleados para variar esencialmente el gobierno paternal de mis reinos en un código democrático, orígen fecundo de desastres y de desgracias... El voto general clamó por todas partes contra la tiránica constitucion; clamó por la cesacion de un código nulo en su orígen, ilegal en su formacion, injusto en su contenido; clamó finalmente por el sostenimiento de la santa religion de sus mayores, por la restitucion de sus leyes fundamentales y por la conservacion de mis legítimos derechos que heredé de mis antepasados, que con la prevenida solemnidad habian jurado mis vasallos.
«Sentado ya otra vez en el trono de San Fernando por la mano sabia y justa del Omnipotente, por las generosas resoluciones de mis poderosos aliados y por los denodados esfuerzos de mi amado primo el duque de Angulema y su valiente ejército,

El trágico fin del infortunado Riego que habia espirado en la horca el 7 de aquel mismo mes, despues de haber sido arrastrado por las calles del tránsito, no habia apaciguado el furor del rey.

Desde la víspera de su entrada en la córte activáronse las persecuciones de una manera espantosa. Los individuos del ayuntamiento de Madrid en los varios años del régimen constitucional, fueron presos y conducidos á la cárcel, siendo arrebatados de sus camas á las altas horas de la noche. Tratóseles peor que á foragidos, cometiéndose mil monstruosidades en la escandalosa causa que se les formó.

La indignacion y el terror de la parte sensata del pueblo de Madrid contrastaban con el alborozo y entusiasmo de algunas turbas de miserables, interesados en aquella espantosa cuanto impolítica y denigrante restauracion.

. . . .

De esta ruin calaña eran los que en la *Cruz de Malta* celebraban el regreso de *Fernando el deseado*, como dijo el mozo del café á don Eduardo, hijo del duque de la Azucena.

Al oirse llamar tan repetida y desaforadamente por la aristocrática pandilla, presentose este ilustre jóven ante sus amigos y fué recibido con estrepitosa gritería y una salva de palmadas que solo cesaron á la voz de ¡bomba! palabra mágica que pronunció otro jóven elegante, alto, flaco y descolorido, que agitando á guisa de aspas de molino de viento sus inconmensurables brazos,

deseando proveer de remedio á las mas urgentes necesidades de mis pueblos, y manifestar á todo el mundo mi verdadera voluntad en el primer momento que he recobrado mi libertad, he venido en decretar lo siguiente:

1.° Son nulos y de ningun valor todos los actos del gobierno llamado constitucional (de cualquiera clase y condicion que sean) que ha dominado á mis pueblos desde el dia 7 de marzo de 1820 hasta hoy dia 1.° de octubre de 1823, declarando como declaro que en toda esta época he carecido de libertad, obligado á sancionar las leyes y á espedir las órdenes, decretos y reglamentos que contra mi voluntad se meditaban y espedian por el mismo gobierno.

2.° Apruebo todo cuanto se ha decretado y ordenado por la junta provisional de gobierno y por la regencia del reino, creadas, aquella en Oyarzun el dia 9 de abril, y esta en Madrid el dia 26 de mayo del presente año, entendiéndose interinamente hasta tanto que, instruido competentemente de las necesidades de mis pueblos, pueda dar leyes y dictar las providencias mas oportunas para causar su verdadera prosperidad y felicidad, objeto constante de todos mis deseos. Tendréislo entendido y lo comunicareis á todos los ministerios.=A don Victor Saez.»

pronunció algo tartamudo una cosa que, únicamente por tener cinco renglones, mas ó menos largos como las flautas de un órgano, podia llamarse quintilla. Decia así:

Con fausta musa y abundante vena,
libando la dulce copa
de agradable Cariñena,
digo á la faz de Europa
que viva el duquecito de la Azucena.

Como los demás señoritos de aquella selecta reunion apenas sabian leer ni escribir, pues su educacion esmerada habíase concretado á ciencias mas útiles... por ejemplo: la equitacion, el baile y la esgrima, entusiasmáronse al oir la prodigiosa afluencia poética del longanísimo trovador, y repitieron enardecidos el ¡VIVA! con que este canoro vate acababa de saludar al recien llegado.

—Gracias, amigos mios—exclamó el duquecito, y tomando asiento entre los demás, apuró una copa de *Champagne* que le fué presentada por otro de los concurrentes.

No queremos pasar adelante sin dar á nuestros lectores algunas nociones biográficas del poeta, cuya improvisacion habrá sin duda cautivado tiernas simpatías.

Don Agapito, que así se llamaba el cándido cisne, era el segundon de una casa mallorquina de antiquísima nobleza y escaso peculio. Sus padres, establecidos en Mallorca, habíanle inclinado á la carrera de la abogacia; pero el mozalvete hacia tan pocos adelantamientos en la universidad, que por no ser todos los dias el objeto de la rechifla de los demás estudiantes que hacian burla de su torpeza, resolvió huir de Salamanca y camparla por sus respetos en la coronada villa.

Perdonáronle sus padres la travesura, y toda vez que no se hallaban en el caso de poder auxiliar con metálico ni papel moneda á su segundo vástago, mandáronle otra clase de papel que no dejó de serle sumamente provechoso. Don Agapito habia recibido car-

tas de recomendacion para las familias mas distinguidas de la aristocrácia madrileña, é introducido con semejantes pasaportes en el teatro social del gran tono, pasábalo como un príncipe, comiendo un dia en casa del marqués, otro en la del duque, otro en la del conde y así iba distribuyendo la semana, mostrándose amable con todas esas momias que estan en perene rebelion contra el tiempo y le hacen una guerra sin treguas con los proyectiles de dentaduras postizas, rizos comprados, colorete, blondas y brillantes. Obsequiando á las mamás, hallaba don Agapito ocasion de hacer el amor á las hijas, y esto amenizaba su existencia.

Como don Agapito carecia de toda instruccion, creyó que el único oficio á que podia dedicarse era el de literato (perdónesele la sandez) y hecha la resolucion, no le fué difícil ser admitido en la redaccion del *Restaurador*, periódico realista que con *seráfica mansedumbre y evangélico celo* dirigia el nunca bien ponderado fray Manuel Martinez.

Reducido y mal pagado era el estipendio que por sus tareas periodístico-literarias recibia don Agapito, pero unido este recurso á los regalos de las viejas, préstamos de amigos que no reintegraba, y otros arbitrios que ofrece la córte á los *talentos despejados*, pasábalo nuestro poeta perfectísimamente, adquiriendo cada dia mayor solidez su reputacion literaria..... entre los defensores de la horca, de la inquisicion, de los privilegios, de los frailes y del rey absoluto.

Don Agapito era el ente que con ciertos chistes y agudezas de mal gusto, pero que no dejaban de caer en gracia á sus admiradores, animaba en primer término aquella reunion de mentecatos. La biblioteca de D. Agapito se reducia á un tratado de mitología, que habia comprado en las ferias y sabia de coro. Siquiera tenia conocimiento de la fábula, que no todos los que pasan por literatos conocen.

Debemos hacer presente á nuestros lectores, que aunque don Eduardo era amigo de todos los concurrentes, disentia de opinion política, porque habíase proporcionado mejor instruccion. Estas

serian seguramente las causas de que no se le hubiese convidado. Así lo presumió á lo menos; y sin darse por ofendido, procuró abastecerse de prudencia para oir sin inmutarse las sanguinarias blasfemias, y brindis los mas repugnantes y soeces, que ponian en evidencia, no solo la estupidez, sino los instintos feroces de unos jóvenes, que por sus títulos y posicion social pertenecian á la flor y nata de esas encopetadas familias que con sus rancias preocupaciones pretenden enaltecerse y únicamente alcanzan ponerse en ridículo espectáculo.

Despues de agotados contra los liberales toda suerte de insultos y denuestos, con que aquellos elegantes señoritos hacian gala de sus *finos modales*, intercalando las groseras diatribas con palabras obscenas que avergonzarian á los que ellos califican de tabernaria plebe, levantose uno de los que mas atrocidades habian proferido, inclusas las del poeta, y en tono magistral dijo:

—Señores: cosas magníficas se han dicho en esta reunion celebrada en homenage de gratitud hácia el mas digno de los soberanos.

—Opino del mismo modo—dijo otro que llevaba anteojos verdes.

—¡Viva el rey absoluto!—gritaron todos menos D. Eduardo.

El orador continuó:

—Hemos cumplido parte de una sagrada obligacion al rendirle este tributo de amor; pero no debemos contentarnos con tan justo desahogo, con tan inocente regocijo. Cumple á nuestro honor dar un paso mas importante. Es preciso dirigir á nuestro amado rey y señor una exposicion congratulatoria.

—Repito que opino como el preopinante—gritó el de los anteojos verdes.

—Sí, sí..... lo aprobamos..... Que se escriba inmediatamente..... ¡Viva Fernando VII!..... ¡Viva la religion!..... ¡Mueran los francmasones!.....

Estas y otras exclamaciones parecidas, enmedio de estrepitosas palmadas, formaban un ruido infernal.

—Que redacte Agapito la exposicion ahora mismo..... y á firmarla todos—dijo una voz.

—Esa es cabalmente mi opinion—exclamó el de los anteojos verdes.

—Señores—respondió D. Agapito introduciendo el pulgar de la mano izquierda en la sisa del chaleco y gesticulando con la diestra á compás del tono enfático con que peroraba.—Desde que Vulcano abrió la cabeza á Júpiter para que saliese de ella Minerva, diosa de la sabiduría, los varones doctos tienen una divina protectora. No me cuento en este número; sin embargo, doy gracias á mis dignos compañeros por el concepto favorable que mis humildes talentos les merecen. Yo soy de opinion, señores, que un opúsculo de tal naturaleza elaborarse debe con la prudencia del anciano Nestor, rey de Pilos, y la precipitacion haria que no saliese digno de la sagrada persona á quien se dedica. En este caso podria la diosa castigar mi audacia, como castigó la de Aracnea, doncella natural de Celofon, á quien Minerva convirtió en araña por haber osado competir con ella en sabiduría. Confieso que para escribir un himno congratulatorio al rey nuestro señor, desconfio de mis pigmeas fuerzas. Quisiera ser un Aquiles, un Hércules de la literatura, quisiera tener cien brazos como el terrible Briareo, ó cien cabezas de serpiente como el gigante Tifoe, y sus brazos que alcanzaban de polo á polo con otros tantos reptiles venenosos en la extremidad de cada uno de los dedos de las manos; y así como él escaló el Olimpo, escalaria yo el monte Parnaso para beber en las aguas de Hipocrene la sublime inteligencia. Mas ya que soy un vil insecto, propongo, señores, que se confie esta delicada obra á los talentos de una cabeza como la de Dárdano, que fundó la ciudad de Troya entre los rios Xanto, Simoente y Escamandro. Esta cabeza es la de mi digno amigo y gefe de redaccion el reverendo padre fray Manuel Martinez, que es el Júpiter del Olimpo monástico, el Laoconte de este siglo, el sábio profundo, cuyas sienes acaba de coronar el mismo rey, nuestro amo y soberano señor don Fernando VII, con la mitra de Málaga, en aten-

cion á la elocuencia de sus partos mentales, y al celo apostólico con que ha dirigido el *Restaurador*, (1) predicando con fervor evangélico y caridad cristiana el exterminio de los hereges revolucionarios, y la necesidad y urgencia de restablecer sin demora el santo tribunal de la inquisicion, súplica importante, señores, que debemos apoyar en la solicitud congratulatoria, porque es preciso que nos desengañemos, señores..... la santa inquisicion es la cabeza de Medusa de los francmasones, el áncora de salvacion de un rey absoluto, y el escudo de la religion cristiana. He dicho.

Una tempestad de bravos y de palmadas estalló al pronunciar el *digno* orador la última palabra de su discurso.

—No sin temor, señores,—exclamó uno de los concurrentes—voy á tomar yo la palabra, despues de haber oido el afili-

(1) El lenguaje descomedido, sanguinario y procaz del *Restaurador*, llegó á disgustar al mismo Fernando, y á los que sin embargo de sus sentimientos poco liberales, no aprobaban la desenfrenada anarquía que iba entronizándose lentamente y minando por el pie la respetable institucion monárquica. Fué menester prohibirlo, pero en cambio, para acallar al encargado de su redaccion, el padre fray Manuel Martinez, que á fuerza de predicar esterminio y ruina habia llegado á hacerse temible, se le hizo merced de la mitra de Málaga; que hasta en los obispados, ministerios de mansedumbre y religiosidad, alcanzó la inmoderada ambicion de los nuevos demagogos, apoderándose del báculo episcopal, para trocar las ovejas de su grey en lobos rapaces y carniceros. La Gaceta de Madrid, aunque no tan descompuesta, manifestaba tambien su atroz espíritu de venganza, y examinando y desmenuzando los artículos de los periódicos liberales, fuesen españoles ó estranjeros, las sesiones de las córtes de Cádiz, las resoluciones del gobierno constitucional, desfogaba su venenosa cólera en amargas diatribas. Llenaba de improperios á sus enemigos, apellidándoles *pillos*, *asesinos*, *ladrones*, calificándolos de otros mil modos, impropios en lo general, y casi todos de estragado gusto, y sentando teorías cuyo principal fundamento era la interpretacion viciosa de las voces ó la sutileza de los razonamientos, en que necesariamente habia de incurrirse tratando de desfigurar las mas luminosas verdades ó de establecer como innegable axioma cualquier absurdo.

Tales eran en este tiempo los móviles mas visibles de la opinion sin contar con otros mil que secretamente coadyuvaban al propio objeto, y que tenian su principal residencia en los conventos, en las casas de los eclesiásticos, en las de las autoridades de los pueblos y en los parages mas frecuentados del vulgo. Alimentábase allí el frenético espíritu de reaccion que se habia notado en las esposiciones congratulatorias dirijidas por varios pueblos y corporaciones, primero á la regencia, y al monarca despues, así que llegó á la capital de sus dominios. En muchas de ellas se hacia ostentacion de los principios mas odiosos, creyendo lisonjear al monarca con las súplicas que se le hacian para el restablecimiento del santo oficio y otras instituciones no menos inútiles y aun perjudiciales; y para que borrando, si posible fuese, hasta el recuerdo de constitucion y representacion nacional, mandase como soberano absoluto y señor de vidas y haciendas. El gobierno, de quien emanaban aquellas semillas de corrupcion, se complacia en ver el copioso fruto que habian dado, y preparados de esta suerte los ánimos, no hallaba dificultad para dictar resoluciones violentas, que eran el mayor desprecio que podia hacer del merecimiento de un pueblo digno de mas ventura, de la docilidad de sus súbditos y de la sinceridad del príncipe que habia juzgado llegaria á ser la invasion cuyo caudillo era, fecundo principio de la verdadera restauracion española.

Historia de España, tomo XXIII, folio 53.

granado discurso del preopinante, que lejos de hacerme desistir de mi primitiva idea, la corrobora y ratifica. Seré breve, señores; pero no puedo menos de hacer presente á mis dignos compañeros, que quien tanta elocuencia acaba de mostrar en una simple improvisacion, dejaria asombrado al mundo si redactase la exposicion de que se trata.

—Soy del mismo parecer—dijo el de los anteojos verdes.

—Pues yo no—añadió un tercero.—La exposicion debe hacerla el padre Martinez.

—Opino del mismo modo—repuso el de los anteojos verdes.

—Pues yo creo, señores—objetó otro de los concurrentes—que ni uno ni otro.

Este dictámen fué interrumpido por una estrepitosa griteria de desaprobacion.

—Me explicaré, señores, me explicaré—continuó el mismo orador procurando hacerse oir en medio de la tempestuosa indignacion que acababa de estallar.—Ni una ni otra de las personas que merecen la honrosa confianza de todos los presentes debe hacer aisladamente el escrito de que se trata; pero sí las dos unidas y de comun acuerdo.

—¡Bravo! ¡bravo!—gritaron todos, menos D. Eduardo que presenciaba con repugnancia esta escena; y el de los anteojos verdes añadió:

—Señores, reclamo el órden.

Como los gritos de aprobacion continuaban, repitió esforzando la voz:

—Reclamo el órden... Reclamo el silencio... Pido la palabra.

—Concedida, concedida—dijeron algunos, y todos callaron.

—Señores—continuó el de los anteojos verdes—he pedido la palabra para manifestar á esta ilustre concurrencia, que en cuanto al asunto de que se trata opino de la misma manera que opinamos todos.

—Sí, sí...—gritaron varias voces.

—La exposicion estará escrita por dos ingenios.

—Pero la firmaremos todos los que estamos aquí.

—Y no solo los que estamos aquí, sino muchos mas.

—Todos los españoles honrados.

—Reuniremos, si conviene, catorce millones de firmas.

—No cabe duda—repitió el de los anteojos verdes—reuniremos catorce millones de firmas. Yo, á lo menos, opino de este modo, y puede asegurarse que en este asunto represento la opinion del pais. ¡Viva la inquisicion!

—¡Viva!

—¡Mueran los constitucionales!

—¡Mueran!

En este momento abriéronse de repente las dos hojas de la puerta principal donde esta escena pasaba, como impelidas por una violencia irresistible, y apareció una muger desgreñada, de rostro mutiladamente horrible, cubierta de negros andrajos, que trémula y despavorida gritaba con furiosa desesperacion:

—¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Asesinos!





CAPITULO II.

EXPLICACIONES.

> Depositar en una alma honrada la confianza de un secreto pesar, es aplicar á la úlcera del corazon adolorido un bálsamo de consuelo.
>
> * * *
>
> Nous pleurâmes d'abord, et puis nous causames.
>
> LAMARTINE.

La muger que con bruscos y despavoridos ademanes acababa de invadir la estancia del banquete, mas bien que criatura humana semejaba una furia escapada del Averno. Su semblante era un conjunto de facciones deformes, como velado por la entre canosa y negra cabellera, que parecia desgreñada con el intento de que, á manera de fúnebre crespon, ocultase la repugnante monstruosidad de aquel rostro, cuya catadura siniestra era espantosamente repugnante, y mas en aquel momento en que la infeliz se mostraba con el corazon agitado por un acceso de horrorosa desesperacion.

El desaliño de los harapos que cubrian su cuerpo aumentaba la deformidad del conjunto.

Presentose la infeliz con los brazos abiertos, á la manera del desvalido que implora el ageno amparo; y este ademan con que se lanzaba en busca de un protector, ahuyentaba á todos, porque á sus desaforados gritos, á su asqueroso desórden, á la iracunda expresion de su semblante, del cual, por un natural impulso habia separado los desordenados cabellos, uníase otra circunstancia mas horrorosa que todas. ¿Quién no habia de retroceder estremecido al ver que en los brazos tendidos de aquella desventurada faltaba la mano derecha?

Arrojáronse todos precipitadamente á la calle, gritando: «¡LA BRUJA! ¡LA BRUJA!» apodo con que era ya conocida en Madrid como pordiosera la pobre mutilada, y con el cual, ó el nombre de Inés, seguiremos designándola en la presente historia.

¡Todos!... Hemos dicho mal... no huyeron todos. Huyeron los que pocos momentos antes hacian alarde de valor contra los vencidos... Huyeron de una débil muger los que en su orgullosa altanería parecian poco antes dispuestos á arrogarse el derecho de avasallar á todo el orbe. Así son los aduladores de los reyes. Quieren ser señores y no son mas que embrutecidos esclavos, cuyos mentidos blasones respiran por todas partes orgullo y cobardía. Estos miserables son de mas baja condicion que esa misma plebe que tanto les repugna.

Huyeron los que acababan de juzgarse aludidos y amenazados al oir repetir la palabra ¡ASESINOS!; pero el bizarro jóven de los ojos negros no hizo mas que ponerse de pié y mirar absorto á la infortunada muger que se le acercaba.

Impelido como por un instinto de compasion, abrió el jóven maquinalmente sus brazos, y lanzándose en ellos la pordiosera, permaneció largo rato exhalando sollozos y vertiendo copioso llanto de dolor, que enterneció de un modo estraño el bello corazon del duquecito. Ambos derramaron lágrimas primero, y entraron despues en conversacion.

—Buena muger—exclamó el duquecito violentándose por ocultar su emocion—¿qué le sucede á usted?

—¿Qué me sucede? Una gran desgracia.

—Explíquese usted, y si puedo remediarla..... Ya sabe usted que somos antiguos conocidos...

—Sí... lo sé... es verdad... conocidos... nombre que se dá á los que no inspiran interés... á aquellos á quienes menos se conoce. No puedo quejarme... soy pobre y desgraciada.

—Precisamente son esas las dos recomendaciones mas interesantes para mí, y estraño la reconvencion, cuando tiene usted pruebas de que no me es indiferente la suerte de los desvalidos. La expresion de *antiguos conocidos* es en verdad poco afectuosa... mejor hubiera hecho en decir *antiguos amigos*; pero no hacen falta las palabras, cuando creo haber probado á usted con obras que mis mejores amigos son los pobres, y si estos son desgraciados tienen un lugar predilecto en mi corazon. ¡Maldito sea el rico á quien no conmueven los infortunios del pobre! ¡Maldito sea el que atesora riquezas para derramarlas con profusion en escandalosas orgías, mientras ve con ojos serenos y corazon empedernido el espectáculo desgarrador de una familia indigente! ¡Maldito sea el que emplea el oro para seducir á la virtud y gozarse despues en la indigencia, en el lloro y padecimientos de sus víctimas!

—¡Maldito, sí, maldito!—exclamó con frenético rencor la *Bruja*.

—Pero es preciso tener presente que entre los ricos hay almas caritativas y honradas, así como hay gentes malas y buenas entre los menesterosos. Los hombres de bien, cualquiera que sea su posicion en la sociedad, deben amarse como hermanos, y consolarse recíprocamente, toda vez que en todas las clases hay venturas y sinsabores. Yo tambien, en medio de todas mis riquezas y comodidades, abrigo en el corazon un pesar que le desgarra de contínuo.

—¡Un pesar!—interrumpió la *Bruja* con ansiedad.

—No es nada—repuso el jóven como arrepentido de una imprudencia, y fingiendo sonreirse, añadió:—El hombre mas di-

choso alimenta siempre algun deseo..... alguna ambicion que no puede satisfacer... y esto debe disgustarle... causarle un pesar...

—No, no, don Eduardo, el pesar que desgarra el corazon de usted es mas profundo... Yo daria mi vida por mitigarle...

—Cuando se trata solo de un disgusto efímero...

—En vano quiere usted ocultarme su dolor. Hace tiempo que le he adivinado... y la causa tambien.

—¡Qué dice usted?!!

—A mí nada se me oculta, don Eduardo... *La Bruja de Madrid* lo sabe todo.

Y esta última frase la pronunció en tono misterioso y solemne.

—Hágame usted mas favor, Inés, y no me confunda con el vulgo ignorante, ni con esos necios fanáticos que acaban de huir de este sitio á la aparicion de usted. Yo no creo en tan estúpidas supersticiones... Hábleme usted pues con franqueza, y explíqueme sin rodeos la causa de todos sus males y la nueva desgracia de que hace poco me hablaba usted. ¿Por qué daba usted tan horrendos gritos al entrar aquí?

—El orígen de todos mis males, don Eduardo... está á la vista. Soy pobre... mi presencia espanta... mi rostro repugna..... todos huyen de mí en vez de favorecerme..... y si algunos se reunen en mi alrededor es para hacer mofa y escarnio de mis infortunios. Ellos se divierten al oir mis pronósticos, que procuro amenizar con chistes que excitan generales risotadas, y cada chiste que yo pronuncio riéndome tambien, hace en mi corazon el mismo efecto que hiciera al caer en él una gota de plomo derretido.

—¿Pues por qué no abandona usted ese modo de vivir? ¿Por qué se hace usted el juguete de la soldadesca y de los ociosos?

—Es mi profesion, y por desgracia me es imposible ejercer otra alguna.

Al decir esto enseñó la infeliz el brazo derecho sin mano.

—¿Y qué necesidad tiene usted de ejercer profesion alguna?

—Quise dedicarme á la mendicidad; pero al dirigirme á las personas que me parecian mas caritativas, lejos de compadecerse

de mis lamentos, alejábanse de mí, volviendo la vista al otro lado sin favorecerme. Dichosamente empezaron algunos muchachos á llamarme *Bruja*, apodo que se generalizó en breve, y no contribuyó poco á ello mi astucia. Escudriñé agenas conductas, atisvé las acciones de algunas gentes, instruime en la carrera que abrian á mis pasos los mismos ultrages del vulgo, y no tardé en parecer adivina y profeta. Procuraba sembrar mis pronósticos de esas chocarrerías groseras que suelen caer en gracia á la multitud, ganaba así algunos cuartos, y con esta industria proporcionaba pan á mis padres.

—¿Viven los padres de usted?

—Mi padre fué en otro tiempo un zapatero de los de mas fama. Hizo una regular fortuna, y la sacrificó en las aras de la libertad. Abrazó de buena fé un partido..... el de los constitucionales... y sufrió las consecuencias que sufren todos los que en este mundo obran de buena fé. Se arruinó cuando era ya viejo en demasía para hacer nueva fortuna.

—¿Y su muger?

—Está ciega. Imposibilitados ambos, no tenian mas recursos que las ganancias de la escarnecida *Bruja*, que para reunir una cantidad insignificante tiene que arrostrar públicamente todo género de ultrages, y recibirlos con risotadas que aparentan alegría y son exhalaciones de la mas cruel tortura.

—Eso es horrible; y usted ha sido muy criminal, señora.

—¡Criminal!... Es verdad... y Dios me castiga.

—Sí señora, ha sido usted criminal en no admitir mis socorros.

—No los he necesitado nunca, me bastaba mi profesion.

—Pero esa profesion es humillante. Yo soy hijo de un potentado, me sobra el dinero... y se lo he ofrecido á usted mil veces.

—Y mil veces le he dicho á usted que no puedo admitir dádiva alguna de los potentados... lo he jurado ante la Divinidad y preferiré todos los horrores del mundo á quebrantar mi juramento. Estoy resuelta, y crea usted don Eduardo, que poco esfuerzo ne-

cesito para llevar á cabo mi resolucion, porque las dádivas de los ricos me degradarian. Les detesto á todos... menos á usted, don Eduardo.

—¡Cómo! ¿y no son mas degradantes las limosnas de los vagos que se divierten á costa de la desgracia?

—No son limosnas lo que me dan, es el pago de mis sortilegios.

—¿Y cómo cree usted que la degradaria un socorro mio, cuando no entro en el número de los que merecen su odio?

—Un socorro pecuniario... usted es el último de quien lo recibiera mientras el señor duque de la Azucena viva.

—¿Qué misterio es este?

—Ninguno. Es un odio inextinguible que profeso á los ricos; ya lo dije.

—Yo soy rico tambien.

—Usted es la escepcion de la regla... tambien lo he dicho.

—Pues siendo así, ¿por qué rehusa usted mis auxilios?

—Pecuniarios no los admitiré nunca; pero puede usted prestármelos de otra naturaleza.

—Hable usted.

—Me han arrebatado á mis padres.

—¿Quién?

—Los asesinos.

—¿Los asesinos? Me llena usted de terror. ¿Qué asesinos son esos?

—Los que mandan.

—Silencio... sea usted mas prudente... pueden oirnos...

—No temo á nadie.

—Pero me compromete usted.

—Es verdad... soy muy indiscreta. ¡Perdon! ¡perdon!...

—¿Dónde están sus padres de usted?

—En la tumba mi padre, y mi pobre madre en la Galera.

—¡Dios mio! Es usted efectivamente muy desgraciada. ¿Y por qué no ha puesto usted antes en mi conocimiento esta ocurrencia?

—Estuve dias y dias á la puerta de su casa aguardando que usted saliese de ella. Cansado el portero de verme allí, me dijo que estaba usted ausente, y que era inútil aguardarle.

—Es verdad, he estado un mes en Andalucia.

—Yo no creí al portero y mi desgracia hacíase mas acerba con la zozobra de si estaria usted enfermo. El caso es que, sin ningun protector en mi apurado trance, porque en este mundo soy un ente odioso y despreciable para todos..... menos para usted, hijo mio... señorito quise decir, disimule usted si me excedo á impulsos de mi gratitud.

—Todavía nada he hecho en favor de usted.

—Pero usted no me odia como los demas... no huye usted de mí... me promete proteccion..... y esto mitiga mis padecimientos. Nunca lo habia dudado, y he aquí porque buscaba á usted con ahinco. Me decia el corazon que hubiera usted salvado á mis padres; pero ahora... les han asesinado ya... Mi padre ha bajado al sepulcro y no tardará mi madre en seguirle. Cuando pienso en tan cruel injusticia, maldigo á los verdugos que la han consumado, la sangre se me aglomera en las sienes y prorumpo en gritos contra los asesinos de mis padres, porque les condenaron á diez años de encierro en una prision, y esto ha sido clavar el puñal en el corazon de dos virtuosos ancianos.

La desventurada hija anegose en acerbo llanto.

—Tranquilícese usted—repuso don Eduardo enjugándose los ojos.—Aun hay medios para ver si logramos suspender los efectos de la condena, y salvar á lo menos á su madre de usted. Tengo buenas relaciones y todas las pondré en movimiento.

—Gracias, don Eduardo, gracias—exclamó la *Bruja* pasando por sus lacrimosas mejillas su descarnada mano izquierda.—Conozco el buen corazon de usted, y sabía que no me abandonará... Así es que estaba yo hace poco á la puerta del café.... con el corazon lacerado como siempre... haciendo reir á los demas... cuando he oido la voz de usted, y acordándome de mis padres y de sus verdugos, me ha acometido un violento acceso de furor. He encon-

trado abiertos los brazos de mi protector generoso, y derramando copioso llanto en su seno he sentido un consuelo inexplicable.

—Confio que ese consuelo es précursor de otras satisfacciones—dijo en tono afectuoso don Eduardo.

Al decir esto prometíase don Eduardo alcanzar la libertad de la presa y señalarle una pension, toda vez que su hija nada queria admitir. De esta segunda idea nada quiso decirle temeroso de que aquella muger extraordinaria, desdeñase tambien semejante generosidad á nombre de su madre. Contentose con preguntar:

—¿Y qué crímen se les imputaba?

—Horrorícese usted, señorito... He dicho antes que mi padre era liberal; pues bien, conservaba en casa un retrato del infortunado Riego, y por este solo delito ha sido condenado á diez años de presidio y llevar pendiente del cuello el retrato hasta la plazuela de la Cebada, donde fué quemado por el verdugo. Al oir esta sentencia, un horroroso accidente le ha quitado la vida, como si Dios hubiese querido arrebatarle de los asesinos y conducirle á su lado.

—¡Es posible!!! Diez años de presidio por tan leve causa! ¡Dios mio! esto es espantoso. Los desiertos del Africa son preferibles á esta nacion avasallada siempre por inícuos ambiciosos. ¿Y su madre de usted?

—La pobre ciega ganaba algunos cuartos cantando canciones patrióticas, y se le hace expiar esta falta en la Galera, donde tambien debe permanecer diez años, si es que puede la infeliz sobrellevarles.

—Imposible parece que á tal extremo lleven su espíritu de venganza, los hombres que por su posicion debieran dar ejemplo de tolerancia y fraternidad.

En este momento presentose de repente azorado y seguido de un piquete de tropa armada, un hombre de trage negro y mugriento, de bruscos ademanes y siniestro continente.

—Aquí está—exclamó con iracunda alegria señalando á la *Bruja*.—Prendedla.

—Deteneos—dijo don Eduardo á los soldados.

—Prendedla os digo!—gritó con imperio el hombre de ruines trazas.

Los soldados arrebataron á la pobre Inés de los brazos de su protector y se la llevaron con violencia, casi arrastrándola mientras la infeliz lanzaba desaforados gritos de desesperacion. Don Eduardo quiso hablar en favor de aquella infeliz y sus razones fueron groseramente despreciadas.

. . . .

Si se cree que hay exageracion é inverosimilitud en la sentencia pronunciada contra los padres de la *Bruja*, ábrase la historia de España escrita por el padre Juan Mariana con la continuacion de Miniana y Toreno y se hallarán las sangrientas líneas siguientes:

«Suspéndenos muchas veces enmedio de nuestra tarea el reflexionar cuán ingrata suerte nos ha cabido en haber de referir sucesos tan poco gloriosos como los de las calamitosas épocas que dejamos atrás, y los que ahora con la asombrosa fecundidad del mal se agolpan á nuestro alrededor. Sin embargo, de estos últimos, aunque en lo general puede decirse que no se ofrecen totalmente destituidos de importancia, su escaso interés por una parte, y por otra la semejanza que relativamente entre sí conservan, así como el deber de no prolongar demasiado una relacion que por la homogeneidad de hechos se haria insípida y enojosa, nos fuerzan á exponer solamente los de mas bulto, á distribuirlos en puntos generales, siempre que sea posible, y dar á la narracion la ligereza que reclama un periodo meramente transitorio, cuyos pasos retrógrados hemos seguido diez años antes, dado que en el actual adquiere un carácter de reaccion mas marcado todavia, por el desenfrenado impulso del fanatismo, el desprecio de los saludables avisos de la experiencia y el vértigo destructor de antiguos y mal saciados rencores. La pluma debiera trazar con sangre los caracteres que expliquen la historia de tan infandos dias; pero el honor de la patria, que no es posible defender á veces sin faltar á la verdad, deberia

tambien dictarnos un lenguaje de moderacion, incompatible con los sentimientos que tan atroces escándalos inspiran, y digno de las altas prendas de historiador y de filósofo, de que por nuestra parte no somos deudores ni al estudio ni á la naturaleza.

Lo que primeramente llama nuestra atencion en el año que nos ocupa es el establecimiento de comisiones militares, ejecutivas y permanentes, para conocer de los delitos de conspiracion y hurto, las cuales existian en todas las capitales de provincia, residencia de los capitanes generales; y como su mismo título lo indica, estaban compuestas de gefes militares, que juzgaban y fallaban segun el reglamento especial que al efecto se habia formado. Este era por sí sobrado arbitrario y duro desde un principio, pero con motivo de varias dudas á que su oscuridad dió márgen, fué preciso algun tiempo despues marcar las penas que debian imponerse á cada delito; ley de que avergonzados y temerosos á un tiempo sus autores, no se hizo mencion en la Gaceta de Madrid, como de todas las resoluciones importantes del soberano, haciéndolo únicamente el Diario de la capital. Quedaban sujetos por ella á la pena de muerte los enemigos de los derechos del trono y los parciales de la constitucion; los escritores de papeles ó pasquines concebidos en el mismo sentido; los que hablasen contra la soberanía de S. M. ó en favor de las abolidas instituciones, á no ser que como efecto solo de una indiscrecion exaltada, mereciese su delito un castigo mas humano; los que incitasen á otros á formar alguna partida, mediando actos positivos, como entrega de dinero, armas, municiones ó caballos; los que con el fin de trastornar el gobierno de S. M. ú obligarle á condescender en cualquier acto contrario á su voluntad soberana, promoviesen alborotos que alteraran la tranquilidad pública, no siendo caso de excepcion ni aun la embriaguez misma, si el delincuente era consuetudinario en este exceso; los que gritasen muera el rey, mueran los serviles ó los tiranos, y viva Riego, la constitucion ó la libertad, y por último los masones, comuneros é individuos de otras sociedades, que no estuviesen comprendidos en un decreto que se publicó con fecha 1.º de agosto.

Una junta compuesta de hombres agenos de todo conocimiento legislativo, sin práctica de juzgar, obligados, si no por sus opiniones, por su posicion al menos y compromisos, á hacer ostentacion de un rigor, que se hubiera llamado ferocidad en el juez mas inexorable, ¿cómo podia administrar justicia rectamente ni infundir á los ciudadanos el contento y la tranquilidad que hacen tolerables las miserias de la vida? ¿A quién no espanta la sola idea de que el grito de viva Riego fuese sofocado por el dogal del verdugo, y que el hombre que manifestase abiertamente sus opiniones hubiese de expiar su imprudencia en un cadalso, como el mas perverso de todos los criminales? Enmedio de tan terribles zozobras, ni aun la esperanza quedaba de que el ánimo compasivo de los jueces atenuase la crueldad de aquella bárbara ley: todos ellos eran elegidos de entre los que mas aptos se creian para desempeñar tan repugnante cargo; y aun cuando alguno hubiese intentado mostrarse sensible á la voz de la humanidad, la interpretacion que se hubiera dado á sus sentimientos le hubiese puesto muy pronto en el caso de no poder ejercer las funciones de protector de la inocencia. Una vil y muchas veces falsa delacion, una envidia, una palabra cualquiera que se reputase ofensiva á la religion, al monarca, ó á los que se apellidaban defensores suyos, sobraban para sumir á un español en sucias prisiones, poner en inminente riesgo su vida, y si por singular merced se le perdonaba esta, para arrastrar las cadenas de la desgracia en medio de los seres envilecidos que gemian en los presidios.

¡Cuántos fueron condenados á ellos á consecuencia de una acusacion infame! ¡cuántos sacrificados en un patíbulo por no haber podido reprimir su indignacion en vista de los atropellos y brutal conducta de aquel gobierno sanguinario! A los que pongan en duda semejantes aserciones, pudiéramos citar innumerables casos que desvanecerian su incredulidad: llenas están las Gacetas de aquel tiempo de sentencias de las comisiones militares que estremecen y horrorizan; ciento doce individuos fueron fusilados ó ahorcados en el espacio de diez y ocho dias que median desde el 24 de agosto

hasta el 12 de setiembre, y acaso ni uno solo habia merecido tan desventurada suerte. POR EL SOLO HECHO DE CONSERVAR COLGADO EN LAS PAREDES DE SU HABITACION EL RETRATO DE RIEGO, FUÉ CONDENADO UN ZAPATERO LLAMADO FRANCISCO DE LA TORRE, Á DIEZ AÑOS DE PRESIDIO, Y Á LLEVAR PENDIENTE DEL CUELLO EL RETRATO HASTA LA PLAZUELA DE LA CEBADA DE MADRID, DONDE DEBIA PRESENCIAR LA QUEMA DEL MISMO RETRATO POR MANO DEL VERDUGO; y su muger María Mancera, por la conservacion del mencionado retrato, y por su irreverencia y poca devocion á una estampa de la Vírjen nuestra Señora, á la pena de otros diez años de Galera. ¡Qué cúmulo de reflexiones no pudieran deducirse de este solo ejemplo, casualmente entresacado de otros mil en que abundan los fastos de época tan ominosa! Jamás la inmoralidad y la venganza se vieron tan autorizadas y protegidas: estimulábase al hijo para que se hiciese delator de su padre; á este de aquel, á la esposa de su marido, y mútuamente unos de otros, á los hermanos y parientes, á los amigos y á los adversarios, á cuantos hallaban por último en este medio el de mejorar su fortuna ó satisfacer su enemistad y vicios. Parecíase el régimen de España á la sazon al que de los antiguos tiranos del mundo nos refieren las historias; los mónstruos que conducian sus riendas habian jurado no alimentarse sino de sangre liberal, no caminar sino entre lágrimas y exterminio. Los pobladores de nacion tan malhadada yacian víctimas sin duda de la maldicion del cielo, puesto que contínuamente expuestos á perder sus bienes ó su existencia, y despojados de los derechos que en los pasados siglos les dieran la ilustracion de sus mayores, y aquel mismo trono tan avaro al presente de ensanchar su poder y prerogativas, mas bien que ciudadanos de una de las sociedades cultas de Europa, podian contemplarse esclavos aherrojados de los déspotas del Oriente.»

Una sola reflexion añadiremos á las del historiador que con tan vivos colores ha trazado el fiel retrato del gobierno de *un rey absoluto*. El heróico pueblo español ha rechazado y anonadado pa-

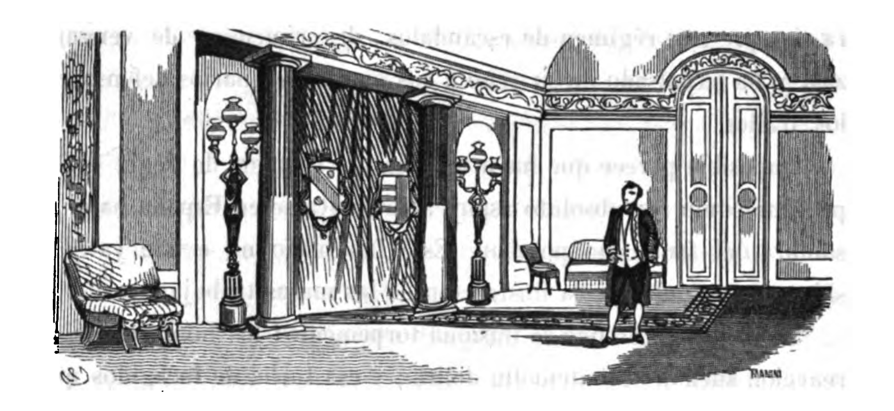
ra siempre este régimen de escándalos, de crímenes y de venganzas, y ha expulsado de su seno á sus mas sanguinarios defensores, los frailes.

Imposible parece que haya todavia un vástago de régia estirpe, que como rey absoluto aspire á aclimatarse en España bajo la sombra del fanatismo popular. Este fanatismo no existe ya. Ha sido reemplazado por la ilustracion de las masas trabajadoras.

El bando apostólico se ilusiona torpemente: los hombres de la reaccion sueñan: Montemolin delira; y esa turba de foragidos que acaudillados por el estúpido *grumete de Tortosa* (1) tremola el estandarte de la religion con una mano asesina salpicada de sangre inocente, no tiene mas simpatías en el pais, que las que pueden alcanzar de una nacion culta los miserables instrumentos de ambiciones bastardas.

(1) Esto se escribe el 5 de marzo de 1849.





CAPITULO III.

PROMESAS DE PALACIEGOS.

Dicen entre juglerias
Razones desaguisadas,
Y porque non vomitedes
Va la píldora dorada.
Mil mentiras falagüeñas
Non verdades á vos fablan,
Ca una vegada bregaron
La verdad é la privanza.
ROMANCERO DEL CID.

«Un rey que hace alarde de gobernar con cetro de hierro (ha dicho un historiador coetáneo con referencia á Fernando VII) y se opone bruscamente á toda esperanza de reconciliacion, da pruebas ó de ingenio muy escaso ó de la mas fementida malicia. Fernando participaba de entrambos defectos.»

Así era la verdad; con inaudita obstinacion persistia Fernando en el afan de consolidar la mas ominosa tiranía. La sola idea de cercenar su omnímodo poder, atormentábale de un modo violento, y soñando conspiraciones, revueltas y peligros, decia á todas horas que estaba resuelto á no hacer concesion alguna á los pueblos

y QUE ERA SU SOBERANA Y TERMINANTE VOLUNTAD REINAR COMO REY ABSOLUTO, COMO DÉSPOTA Y ARBITRARIO SEÑOR DE SUS VASALLOS.

No contento con hacer públicos entre los palaciegos sentimientos que amancillaban el decoro de la nacion, dirigió á esta un manifiesto, en el cual con tono altivo y amenazador decia haber sabido con dolor é indignacion que se circulaban insidiosamente voces alarmantes de que se le queria obligar á hacer reformas en el régimen de sus reinos, alterando sus antiguas y venerandas leyes fundamentales y limitando su soberana y real autoridad. Añadia ser para él un deber desvanecer del todo tan criminal como maliciosa invencion, y en su consecuencia declaraba que no solamente estaba resuelto á conservar intactos y en toda su plenitud los legítimos derechos de su soberanía, sin ceder entonces ni en tiempo alguno la mas pequeña parte de ellos ni permitir que se estableciesen cámaras ni otras instituciones, cualquiera que fuese su denominacion, prohibidas por nuestras leyes, y opuestas á nuestras costumbres; sino que tenia las mas solemnes y positivas seguridades de que todos sus augustos aliados, que tantas pruebas le habian dado de afecto y eficaz cooperacion al bien de sus reinos, continuarian auxiliando en todas ocasiones á la autoridad legítima y soberana de su corona, sin aconsejar ni proponer directa ni indirectamente innovacion alguna en la forma de su gobierno.

Este guante arrojado á la faz del pueblo del DOS DE MAYO era un horrible destello de la mas negra ingratitud. La nacion aceptó el reto y desde entonces quedó abierta la liza, en la que es de todo punto imposible deje de hundirse para siempre en el abismo la tiranía de los reyes.

Al declarar de tal guisa su impolítica resolucion, queria Fernando alardearse cual señor de vidas y haciendas; pero el pobre rey no era en realidad mas que un mísero esclavo del tenebroso club de fanáticos frailes, curas supersticiosos y aristócratas ignorantes, que con la denominacion de *bando apostólico*, cuyo gefe era el Canónigo Victor Saez, á la sazon primer consejero de la corona, teníale avasallado á la manera de ridículo maniquí.

En este período vergonzoso de abominables injusticias conoció don Eduardo la dificultad de hacer triunfar á la inocencia por medios legales, cuando eran los sacerdotes de la misma ley, los primeros que la infringian para adular al tirano.

Quiso poner en movimiento sus vastas relaciones para alcanzar la libertad de sus protegidas; pero si bien es verdad que mil personas de grande influjo le prometieron gestionar para facilitarle el logro de su intento, cierto es tambien que ninguna de ellas osó dar un solo paso en este asunto por temor de comprometerse. Además, tratábase de dos pobres indigentes, y lejos de interesarse por ellos los magnates, ridiculizaban en la ausencia del duquecito, su excesiva caridad para con unos miserables nacidos de la hez del populacho.

Veamos lo que á los pocos dias le aconteció en la tertulia de la marquesa de Verde-Rama.

Esta señora, que en su juventud habia sido una de las mas lindas notabilidades de la córte de Cárlos IV, tanto por sus gracias y hermosura, como por la extremada coquetería con que sabia dar pábulo y esperanzas á un enjambre de galanteadores que la obsequiaban á la vez, no habia aun cumplido los diez lustros; pero faltábale solo un invierno para cargar con la pesada cruz de medio siglo. Con todo, merced á ese mismo tesoro de años y experiencia que poseía, habia adquirido tal destreza en el arte de ocultar los estragos del tiempo, que al salir del tocador hubiera parecido una beldad de treinta abriles, á no ser las delatoras y fementidas ojeras, hijas de voluptuosos excesos y lúbricos insomnios, que se rebelaban contra los primores del tocado, el brillo de las joyas y la elegancia y lujo del traje.

Esta muger, altiva por demás, tanto por el rango que ocupaba en la córte, como por los recuerdos de sus triunfos en amorosas lides, tenia el placer de contemplarse reproducida en su hija única, que verdaderamente era un fiel retrato de su digna mamá, y habia aprendido en su escuela toda la táctica de la mas refinada coquetería.

Inmenso era el catálogo de los adoradores de la niña, si bien parecia dar la preferencia á don Agapito, de quien poseía una coleccion de poesías eróticas, en las cuales figuraba como protagonista, y que paulatinamente le habian sido entregadas en momentos críticos y solemnes.

La madre, heroina de corazon asaz gastado, imitando el ejemplo del veterano en su retiro, contentábase con repetir una y mil veces el relato de sus antiguas conquistas, sin renunciar por eso á alguna que otra escaramuza; pero de nadie recibia los piropos con tanto agrado, como de su antiquísimo apasionado el viejo duque de la Azucena, que la tenia en contínuo bloqueo.

Tal para cual, como suele decirse; pues lo que le faltaba á la marquesa de Verde-Rama para completar su medio siglo de fecha, sobrábale al duque, por manera que entre ambos á dos venian á formar un siglo ambulante hermafrodita.

Hacia mas de treinta años que estos dos personages se profesaban singular cariño, cariño que en algunos intervalos habíase convertido en fogosa pasion, y en otros en vengativo despecho producido por el impulso de los celos mas ó menos fundados.

Unas relaciones tan íntimas como antiguas, plagadas de románticas peripecias, era para los vetustos enamorados un manantial copioso de grata conversacion. Cuando sus frases adoptaban el comienzo del inagotable *se acuerda usted*, era tal la aglomeracion de ideas en sendas imaginaciones, que los argumentos de uno y otro sucedíanse con tal celeridad, que acababan por hablar á la vez dirigiéndose preguntas cuya contestacion se eludia por sabida y supérflua.

—¿Se acuerda usted, marquesa—preguntábale el duque aquella noche—se acuerda usted del brillante sarao en que tuve el gusto de hacer á usted mi primera declaracion amorosa? Fué en agosto del año mil setecientos noventa y cinco, en el palacio del duque de la Alcudia, en celebridad de haberle agraciado el rey don Cárlos con el título de príncipe de la Paz. ¡Oh! no olvidaré nunca aquel feliz momento. ¿Se acuerda usted de la magnificencia

y suntuosidad de aquellas reuniones? ¿Se acuerda usted de la libertad que habia en ellas? ¿De las intrigas amorosas que amenizaban aquella elegante y selecta sociedad? ¿De la multitud de damas de excesiva belleza, entre las cuales descollaba usted por todos conceptos, lanzando miradas homicidas, que asesinaban de envidia á las demas hermosuras y de amor á sus adoradores?

—Gracias, amigo mio, por el galanteo—respondió la marquesa dirigiendo al duque una lánguida mirada con magistral coqueteria.—Y usted, buena alhaja, ¿se acuerda de quien era el preferido, ó mejor diré el único que me interesaba de cuantos me rendian sus obsequios?

—¿Quién era ese feliz mortal?

—¿Lo ignora usted?

—Presumo adivinarlo, y tendria una satisfaccion en oirselo decir á usted.

—Era el duque de la Azucena, pero usted, siempre ingrato..... siempre con nuevos desaires.....

—¿Yo, señora?!

—Usted... Defecto muy reprensible... del cual adolece usted todavia. ¡Siempre desprecios!...

—¡Desprecios!... No entiendo por vida mia...

—¡Pues qué!... ¿no acaba usted de ponderar los antiguos saraos, calificados por su entusiasmo de usted de suntuosos y magníficos, que daba Godoy el favorito de Carlos IV, ó por mejor decir de María Luisa? Con todo, señor duque, usted es la única persona á quien he oido tributar elogios á la elegancia de los salones de aquel aventurero. No parece sino que ignora usted el orígen de la elevacion de aquel valido. Godoy era un admirable tocador de guitarra, y á la habilidad con que tañia este instrumento, tan plebeyo como insípido, debió su repentina elevacion, que no fué por cierto obra del rey, sino de la reina... de la reina, señor duque... Creo que entiende usted mi reticencia.

—¡Siempre maliciosa y siempre severa!

—¿Maliciosa por que no se me ocultaban las travesurillas de

la reina? ¿Severa por que hago justicia á la estupidez de Godoy?

—Pero no me hace usted justicia á mí. Verdad es que acabo de elogiar los saraos del duque de la Alcudia.....

—¿Y cree usted que esos himnos de alabanza son tolerables? ¿Cree usted que la sociedad que se reunia en el palacio del *guitarrista* de Cárlos IV, admite parangon siquiera con la que ocupa los salones de la marquesa de Verde-Rama? ¿No se reune aquí lo mas selecto de la córte? ¿En cuanto á lujo y elegancia tienen mis salones algo que envidiar á los del valido del rey..... favorito de María Luisa? Ha dicho usted bien, amigo mio—añadió la marquesa exhalando una risa burlona, destello de su excesivo orgullo...—ha dicho usted bien, en los saraos de Godoy reinaba la mayor libertad..... que frisaba en licencia, así como las intrigas amorosas de que ha hecho usted grata mencion, no eran mas que un gérmen de inmoralidad y escándalo. Compare usted aquella ebullicion de mal gusto con la grave etiqueta que impera en mis salones, y espero que rectificando su juicio, hará la debida justicia al buen tono, á la verdadera elegancia y exquisito gusto que campea en este recinto.

—Conozco, marquesa, que he sido un insensato en prodigar elogios á otras reuniones, cuando este palacio atesora todos los hechizos de un Eden; pero no ha sido tan grave mi pecado, que no merezca absolucion.

—Ya sabe usted que no hay absolucion sin que preceda penitencia...

—Cumpliré gustoso la que se digne usted imponerme; que no será muy cruel si ha de ser proporcionada á la culpa. He sido indiscreto en ensalzar los saraos del príncipe de la Paz; pero no olvide usted que estaba usted en ellos, y cualquiera que sea la morada que usted embellece con sus gracias y talentos, se convierte para mí en deleitoso paraiso.

—Bravísimo, señor duque..... ha estado usted feliz en la confesion y me reservo para otro momento el derecho de imponerle la penitencia. Entre tanto queda usted absuelto; pero cui-

dado con la reincidencia, porque en tal caso seria inexorable. No puedo tolerar elogios agenos. Todavía no sabe usted lo celosa que yo soy..... y á fé que bien debia usted estar escarmentado. ¿Ha olvidado usted el motivo de mi casamiento?

—Fué usted muy cruel á la sazon.

—¡Alabo la serenidad de usted! ¿Con que fui muy cruel, cuando usted faltó á todas sus promesas y juramentos?

—Porque prodigaba usted lisonjas á mil galanteadores.

—Es que usted veia fantasmas en todas partes.

—Veia la realidad..... y quise vengarme.....

—No hable usted mas, duque, no hable usted mas; pues aun cuando hubiera sido yo culpable, debiera usted haber elegido una venganza mas digna de mí..... mas digna de usted mismo. ¡Encapricharse por una mozuela del pueblo! ¡Eso es horroroso! Hice yo muy bien en casarme, y no debia haberme acordado mas de usted. Pero ahora que estoy viuda... ¡tonta de mí! he vuelto á enredarme en las mismas redes.....

—Yo le juro á usted que todos mis afanes y desvelos tendrán siempre por norte la felicidad de usted, y me lisonjeo de que nunca tendrá usted el menor motivo de arrepentimiento en corresponder á mi amor. Solo falta ya fijar el dia para celebrar las bodas.

—Dia solemne..... Dos enlaces á la vez..... Esto exige grandes preparativos. Pero ¿y si nuestros hijos frustran el proyecto? ¿Ha dicho usted algo al duquecito?

—Aun no; pero aprovecharé la primera ocasion que se me presente, y no dudo que se allanará á mis deseos.

—Como no tenga otros amorcillos secretos.....

—No es probable. Estas cosas dificilmente se ocultan al ojo avizor de un padre. La caza y los libros son los objetos predilectos de su afan. No le he conocido otra pasion, y si lográsemos introducir en su pecho una sola chispa de amor..... Elisa es linda y graciosa... como su madre... y no creo que Eduardo permanezca apático á la dicha de poseer tantos hechizos.

—Seria una ingratitud; porque..... hablando con franqueza, amigo mio..... Eduardo es un gallardo jóven digno de aprecio por todos estilos; pero lleva la mancilla de su nacimiento.

—Nadie mas que usted sabe que sea hijo natural. La historia de mis locos amores, ó mejor dicho, la historia de mi ya olvidada venganza, no es conocida en la córte.

—Así parece segun el aprecio que se hace en todas partes del duquecito. Con todo, confiese usted que es una gran prueba del amor que le profeso, el consentir en darle á mi hija por esposa.

—¿Y no se opondrá Elisa á este casamiento?

—Elisa es dócil y complaciente..... No tiene mas voluntad que la mia.

—¿Pero está su corazon libre? Entre tantos como rendirán homenage de admiracion á sus encantos, ¿no habrá algun jóven afortunado que haya merecido su predileccion? ¿Será posible que no haya sentido aun la llama de los primeros amores?

—¿Qué entiende ella de amores? El baile y el tocador son sus ídolos. Le gusta, como á todas las niñas, parecer bella, y mas oirselo decir á los jóvenes elegantes..... Así es que habla y se rie con todos ellos; pero estoy muy segura de que ninguno ha turbado la tranquilidad de su alma.

Mientras así ponderaba la mamá el candor y la inocencia de su hija, ocurria entre esta y el poeta don Agapito una tierna escena que no dejaba de ofrecer contraste con las maternales pa labras.

—¿Con que tanto me ama usted, don Agapito?—preguntaba la jóven al poeta con voluptuosa languidez.

—¡Oh! si la amo á usted!—respondia con entusiasmo el inspirado vate.—No amó tanto Júpiter á Juno, ni Apolo á Climene, ni Céfiro á Cloris, como yo á mi encantadora Elisa.

—No sé si lo crea.

—Jamás falto yo á la verdad, y si no la digo en este feliz instante, consiento en que el Dios del Olimpo me transforme en pez

como á Venus, en cuervo como á Apolo, en vaca cómo á Juno, en cigüeña como á Mercurio, en macho cabrio como á Baco, ó en gata como á Diana; pero no, no... Si alguna metamorfosis ambiciono, es la de que se valió el mismo Júpiter convirtiéndose en cuclillo ó abubilla para volar á refugiarse en el seno de nieve de una hermosa.

—¿Y quién habria de ser esa beldad tan feliz?

—¿Quién sino mi adorada Elisa, jóven y bella como Hebe la copera de los dioses, ataviada de encantos como Circe y llena de donosura, donosura sublime que podrian envidiar las mismas gracias Eufrosina, Aglae y Talía?

—¿Y puedo creer que soy la única á quien dirige usted semejantes lisonjas?

—No son lisonjas, amiga mia, si no verdades que manan de mis lábios y germinan en mi corazon. Son hijas de una pasion fogosa, que solo usted me inspira y á nadie podria consagrar.

—Sin embargo, he visto ciertas cosas...

—¿De quién, amable Elisa? Ni con los cien ojos de Argos verá usted jamás en mí una sola mala accion.

—Pues hoy he visto muchas, y su conducta de usted me tiene enojadísima.

—¡Mi conducta!

—Ya se vé que sí... obsequiando á todas las damas...

—¡Oh, no!... no... Solo he dirigido á alguna que otra los cumplidos que la buena educacion recomienda.

—Pues ya sabe usted que yo no quiero que dirija cumplidos á nadie.

—Pero á lo menos el acostumbrado saludo...

—No señor... no debe usted saludar á nadie.

—Me tendrán por un grosero.

—No importa.

—Me apellidarán la hidra de Lerna...

—Digan lo que quieran.

—El dragon de Colcos...

—Mejor.

—El buitre de Prometeo...

—¡Inconstante! ¡Siempre haciéndome sufrir!

—¿Yo?

—Usted ¡cruel! usted... ¿No he visto yo que regalaba usted un dulce á doña Natividad?

—¿A la condesa del Arroyo?

—A la misma.

—Por Dios, Elisa, ¿y es posible que tenga usted celos de aquella esfinge con mas años que Metra?

—¿Y quién es esa Metra?

—La bisabuela de Ulises, vea usted si será vieja la tal doña Natividad.

—Vieja ó no vieja, la estaba usted obsequiando.

—¡Qué desatino! Si yo no puedo sufrir á las viejas. Le digo á usted francamente que á todas las arrojaria en las negras aguas del rio Aqueronte.

—¿Y á las jóvenes no?

—Las jóvenes... Las jóvenes... no deben desaparecer...

—Ya... porque le gustan á usted todas...

—Solo una es el ídolo de mi corazon, bien lo sabe usted, Elisa; pero bueno es que vivan todas para que rabien de envidia al contemplar los hechizos de usted. El caso es que me está usted reprendiendo, cuando soy yo el que tiene mil motivos de queja. Siempre veo á usted rodeada de impertinentes, que la están adulando...

—¿Puedo yo impedirlo?

—Si yo tuviese la habilidad de forjar rayos como los cíclopes...

—¿Qué haria usted?

—Un espurgo de rivales. La primera víctima seria ese marqués jiboso, mas deforme que Priapo, rey de los sátiros, y tragon cual Heliogábalo. ¿No le daria á usted pena casarse con ese mónstruo? Capaz seria de comerse los hijos como Saturno.

—Calle usted, y no diga vaciedades. Demasiado sabe que ni mi corazon, ni mi mano serán nunca de nadie mas que de usted.

—¿De veras? ¿Me lo promete usted?

—Lo juro. ¿Está usted contento?

—Soy el mas feliz de los mortales.

Este amoroso coloquio fué interrumpido por los finos cumplimientos de un elegante jóven, que despues de haber saludado á la marquesa de Verde-Rama, con indecible complacencia del duque de la Azucena, habíase aproximado á la hija de la casa para rendirle igual homenage de galantería.

Este jóven era don Eduardo, cuyo simpático rostro habia adquirido muchos quilates de interés desde que una ligera sombra de melancolía velaba sus expresivas facciones.

Las frases que dirigia á la hija de la marquesa, sin ser estudiadas ni altisonantes, rebosaban dulzura y sencillez. La jóven favorecida oíalas con agrado y contestaba á ellas con amabilidad, dando motivo á que don Agapito empezase á bullir de impaciencia, que procuraba disimular, ora arreglándose las descomunales puntas del cuello de la camisa, ora jugueteando con el cordoncito del lente, ó componiéndose el enorme lazo de la corbata.

La angustia de don Agapito duró breves minutos, porque no tardó don Eduardo en dejarle el campo libre; pues habíale atraido á aquella sociedad un motivo mas grave para él que el pueril placer de prodigar galanteos al sexo hermoso.

Habia recibido aquella misma tarde una esquelita de un personage de grande influjo, concebida en estos términos:

«Querido Eduardo: Espero que esta noche nos veremos en la tertulia de la marquesa de Verde-Rama. Estás servido en el asunto que me encargaste. Te explicaré verbalmente lo que he logrado en favor de tus protegidas y no dudo que quedarás satisfecho.»

Ademas, en casa de la marquesa tenia proporcion de ver á otros muchos que tambien le habian hecho formal promesa de gestionar en favor de las infelices presas. Violes en efecto y tuvo ocasion de hablarles á uno tras otro; pero recibió un nuevo desengaño

de lo que son los amigos en la córte, todos ellos alegaron ridículas disculpas, y sacó en limpio que no habian dado un solo paso, despues de haberle colmado de promesas y seguridades.

Por último presentósele como llovido del cielo el personage de la esquelita, y tendiéndole con aire de proteccion la mano, díjole muy formal:

—Sea el parabien, querido mio.

—¿Cómo así?

—He logrado mucho en obsequio de tus recomendadas.

—¿Su libertad?

—No; pero su prision les será ya mas soportable.

—Explícate.

—En lugar de estar separadas, estarán madre é hija en una misma habitacion de la Casa-Galera.

—¿Y es ese todo el gran favor que has alcanzado?

—¿Te parece poco?

—Gracias, amigo, gracias por el interés que te has tomado en este asunto.

Desengañado y lleno de ira iba don Eduardo á salir del salon, cuando fué detenido por un personage á quien no conocia.

—Caballero—dijo el incógnito.

—¿Qué se ofrece?

—¿Está usted interesado en la suerte de dos infelices que han sido encerradas en la Galera?

—Todos los infelices me interesan; pero ¿puedo saber con qué motivo se me hace esta pregunta?

—Acabo de oir, sin querer, algunas palabras que me han descubierto los deseos de usted..... y afortunadamente estoy en situacion de poderlos satisfacer.

—¿Me será permitido saber á quien tengo el honor de hablar?

—Mañana lo sabrá usted, si se digna acudir á mi cita.

—¿A que hora?

—A media noche.

—Es bastante intempestiva.

—No puedo disponer de otra.

—Iré..... pero á dónde?

El desconocido sacó su cartera, escribió en una hoja con el lapicero, y la entregó á don Eduardo.

—Seré puntual—dijo el duquecito.

—No le pesará á usted—replicó el personage misterioso, que era nada menos que uno de los gefes de la policía secreta.

¿Cuál será la intencion del polizonte, complacer á don Eduardo, ó tenderle un lazo á traicion? Las citas á media noche son de mal agüero. Los siguientes capítulos nos esplicarán este enigma.





CAPITULO IV.

LA CONFIANZA.

> Madre mia, amores tengo,
> Lindos son á maravilla,
> No sé como me sostengo:
> Mi pena no oso decilla;
> Si quereis, madre, sentilla,
> Miradme cuando aquí vengo:
> Madre mia, amores tengo,
> . . . .
>
> ANÓNIMO.

> Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos, ut et vos diligatis invicem.
>
> S. JUAN, *cap.* 13, *vers.* 34.

Habíanse deslizado algunos dias desde aquel en que Cecilia y Enriqueta recibieron los agasajos del duquecito don Eduardo en el café de la *Cruz de Malta*. Este generoso y amable jóven, abrumado con las gestiones que le ocupaban incesantemente en favor de las dos desgraciadas, que por el único delito de ser esposa la una y la otra hija de un liberal, habian sido ferozmente encerradas en la Casa-Galera, sin que la desgarradora catástrofe de haber presenciado la muerte de aquel anciano inocente, hubiese miti-

gado la vengativa saña de sus verdugos, sentíase dominado por el afan de alcanzar la libertad de aquellas pobres mugeres, y este noble sentimiento, unido á la indignacion que la injusticia de los hombres hizo brotar en su corazon sensible, ocupábanle en términos que borraron de él los mas dulces recuerdos. Don Eduardo habia olvidado ya la singular y profunda impresion que hicieron en su alma los candorosos atractivos de la hermosa Enriqueta. Habia olvidado aquella herida de amor; pero la herida existia aunque ahogada por la acerba tortura de ver padecer á la inocencia.

¡Cosa admirable! Un jóven lozano, que salia apenas de la sensual adolescencia y empezaba á sentir el fuego abrasador de la hermosa juventud, habia olvidado los encantos de una niña seductora, por el afan de prestar su generoso apoyo á una muger deforme y repugnante! ¿Y quién era esta muger que tan marcada predileccion alcanzó sobre la hermosura? Una pobre cubierta de harapos á quien el vulgo daba el denigrante apodo de *Bruja*, á quien los muchachos escarnecian y apedreaban por las calles! Estas horribles circunstancias que en los orgullosos suelen enjendrar el desprecio hácia el desvalido, eran los atractivos que habian cautivado el noble corazon de don Eduardo.

. . . .

Hé aquí el jóven que presentamos por tipo de la juventud aristócrata. Así deseamos que sean los que se apellidan nobles. La verdadera nobleza es hija de la virtud, y cuando se blasonan ridículos pergaminos, títulos heredados como diplomas de necia vanidad, sin que una sola accion benéfica justifique la nobleza de que se hace gala, semejante nobleza es bastarda y degradante, es una mentira que pronuncia el crímen. En este caso, los miserables que tan estúpidamente pretenden enaltecerse sobre los demás hombres, no tienen derecho á quejarse si levanta el pueblo su diestra soberana para aplastar la insolente cerviz del orgulloso.

Convénzanse los que se apellidan aristócratas, los magnates,

los poderosos, los ricos, de que entre ellos y los demás hombres, Dios y la naturaleza establecieron la mas perfecta igualdad. El desnivel de fortunas, consecuencia inevitable de mil vicisitudes, eventualidades y causas infinitas, no da derecho á los ricos para avasallar á los pobres é insultar su indigencia con provocativas miradas de desprecio.

Tan insensata y absurda es la conducta de esos magnates frenéticos que tratan de erigirse en altivos señores extigmatizando á las masas populares con el sello de infamante servidumbre, tan inícuo y brutal es este proceder de la ciega ambicion de los poderosos, como anárquico, disolvente y criminal es el aserto de los flamantes abogados de los pobres, que aseguran *que la propiedad es un robo hecho al pueblo y que este pueblo tiene derecho á exigir la restitucion de lo que se le ha arrebatado y apoderarse de las fortunas de cuantos poseen para repartirlas entre la comunidad.*

¡La propiedad un robo! Imposible parece que haya en el presente siglo hombres tan osados que tengan la avilantez de confundir la rapiña del bandido con la honrada adquisicion, el pillage del facineroso con el galardon del talento, el botin del salteador con el fruto del trabajo.

Y estos hombres que empiezan la regeneracion del orbe por negar la existencia de su Criador, estos hombres que pretenden abolir la religion, el matrimonio y la familia, se dan á sí mismos el título de filósofos humanitarios, de celosos abogados de las clases desvalidas; pero en realidad no son mas que dementes, haciéndoles favor, porque si no hay en ellos desorganizacion mental, hay perversidad de corazon, hay satánica hipocresía, hay intencion depravada.

Arránqueseles esa máscara de aparente virtud que les cobija, y presentándoles en toda su deformidad, veremos que su decantada filantropía se convierte en la maldad mas horrenda.

¿Y creen conquistar el honroso título de filántropos insultando grosera y calumniosamente á todos los propietarios? ¿Creen poderse llamar benéficos defensores de los pobres, porque excitan á

estos á sublevarse contra los ricos? ¡Delirio! ¡delirio horrible!

Díganlo sin embajes! «ASPIRAMOS Á LA MENGUADA GLORIA DE SER CAPITANES DE BANDOLEROS» y entonces reconoceremos la veracidad de sus palabras.

En efecto, no son los pobres honrados los que resultan protegidos por las disolventes máximas de los *comunistas*, porque los pobres honrados, son amantes del trabajo, y el trabajo y la honradez son las mas sólidas bases de la propiedad. Unicamente los vagos, los crapulosos holgazanes dispuestos á perpetrar todo linage de crímenes, constituyen la asquerosa clientela de los apóstoles del comunismo, de la expoliacion de la propiedad, de la abolicion de la familia. Llámense caudillos de vagos, capitanes de ladrones, abogados de la disolucion social, y no insulten á la humanidad pregonándose sus mas celosos regeneradores.

¡ABOLIR LA FAMILIA! ¡Mónstruos! sois de peor condicion que las mismas fieras. El leon ama á su compañera, el tigre acaricia á su madre, la hiena se deja matar en defensa de sus hijos, y vosotros, sofistas insensatos, quereis arrancar del alma de los hombres los mas dulces sentimientos de amor!

«El cristianismo, ha dicho un escritor contemporáneo, el cristianismo que ha hecho tanto por la sociedad humana, conteniendo al hombre, obligándole á inmolar sus inclinaciones, á respetar la debilidad de la muger y la del esclavo, ha formado la familia cual está. Para un padre una madre no mas, una raza de hijos no mas. He ahí lo perfecto de tan santa institucion. Inconstantes el hombre y la muger en sus gustos, pueden, no cabe duda, dejar de seguir siempre la continencia que la ley cristiana ordena. Es muy raro verles igualmente amantes en la juventud y en la vejez, pero con el tiempo el afecto conyugal sucede al amor. El ser que se asoció á vuestros intereses durante toda la vida, que tiene el mismo orgullo, la misma ambicion, la misma fortuna, no podrá nunca seros indiferente; y si el contacto contínuo, extremado, de vuestras existencias, produjo sinsabores, el dia en que la muerte os arrebata el ser que formaba vuestra compañía, el vacío que sentís os prueba

qué lugar aquel ser ocupaba en vuestra alma. Por otra parte ¿no quedan los hijos, móvil institutor de la familia? El esposo, la esposa, cuyos sentimientos sufrieron alteracion, se vuelven á hallar, se unen cuando se trata de aquellos seres queridos, objeto único de la vida cuando esta carece ya de objeto. Sufren por ellos, sufren cruelmente, pero ay! que sufren mucho mas aun cuando no los tienen! Quién osaria, en efecto, arrancar del alma humana el sentimiento de la maternidad? Sentimiento amargo, dulce, delicioso, terrible, que vela en la hija, conserva su pudor, la acompaña en el lecho nupcial, ese sentimiento amado por ella, una vez madre, ese sentimiento que le hace amar á sus hijos cual á sí misma; ese sentimiento que sigue al jóven en su azarosa carrera, despues de haberle cuidado de niño y adolescente, que le acompaña temblando en la primavera de la vida, que sufre cruelmente de sus reveses, y que goza con delirio de sus venturas. Veces hay en que esa madre tan tierna consiente en ver á su hijo abrazar la carrera de las armas, pero cuánta zozobra al saber que se hallaba en la víspera de una batalla! Cuánto gozo al saber que se ha cubierto de gloria! ¡Oh! cierto, la infeliz sentiria desgarrársele el corazon si se lo presentasen muerto, aun cuando fuese sobre mil banderas cogidas al enemigo, y desgarrársele el corazon hasta desear la muerte, hasta morir quizás! Convengo en que el bruto mas digno de consideracion, el perro, tan preferido por el hombre, no tiene pesares tamaños. Quereis con vuestro sistema degenerar en brutos, abdicar el alma, cesar de ser criaturas libres, calculando bien ó estando errado en vuestros cálculos, gozando y sufriendo profundamente? Pues bien, arrancaos esa alma, caed sobre vuestros cuatro miembros, haced dos pies de vuestras manos, inclinad hácia la tierra esa frente destinada á elevarse hasta el cielo, *erectos ad sidera tollere vultus*, convertios en brutos y no sufrireis.»—

Los comunistas dicen á los pobres: no teneis nada porque os lo han robado los ricos. Vuestras escaseces, vuestras privaciones, vuestra insoportable indigencia tienen su orígen en el actual es-

tado de la sociedad, en que el rico lo es todo, y se desprecia al pobre como á un negro esclavo.

¡Hombres de las riquezas! ¡hombres del gobierno y del poder! desmentid con vuestros actos estas abominables acusaciones. Vean los pobres que lejos de ser sus opresores los ricos, son sus benéficos hermanos, y se evitará el sangriento panorama que presenta á nuestra vista Mr. Thiers en su famosa defensa de *La Propiedad.* «Se persuade al pobre de que el rico es causa de todos sus males, dice este célebre publicista, de que el estado social tiene la culpa de todo, ese estado social hecho para los ricos y por los ricos; de que toda la felicidad de que se halla desposeido, se le rehusa con intencion depravada. Al oir esto, el pobre ya desesperado en su indigencia, siente hervir la ira en su adolorido corazon y se lanza al robo y al asesinato... mata, se hace matar y multiplica de este modo sus acerbos padecimientos. Aquellos ricos que estaban muy agenos de desearle mal alguno, y que por el contrario estaban dispuestos á emplearle, huyen ó se esconden, ocultan sus tesoros, le niegan el salario, y el pobre va á espirar de hambre y rabia en el umbral de las puertas de esos palacios silenciosos y desiertos donde sueña que reside la felicidad, y donde por el contrario no hay mas que espanto y desesperacion tambien, pues en presencia del pobre que se cree oprimido, el rico que se mira amenazado piensa en su defensa, y como no es menos valiente que el pobre, pues la educacion aumenta el valor lejos de disminuirlo, se apronta para dar la muerte al que la lleva á su morada. Terrible confusion, semejante á la de un ejército en el cual los soldados se despedazan entre sí, engañados por las tinieblas de la noche y por la perfidia de un enemigo, que lanzando en la oscuridad el grito de alarma ha hecho que se precipiten unos sobre otros.»

Lejos pues de atizar esta sangrienta lucha entre ricos y pobres, procuremos que la insultante cuanto imbécil altanería de los ricos, así como la estúpida envidia de los pobres, se conviertan en sincera fraternidad, y una vez extirpado el cisma que amaga hundir á la humanidad entera, renacerán la calma y la felicidad

para los hombres sensibles que profesen la sublime máxima del Evangelio: AMAOS LOS UNOS Á LOS OTROS.

Convénzanse los menesterosos de que lejos de proceder sus desgracias de la maldad de los ricos, hay ricos honrados que se afanan por aliviar la suerte de los desvalidos. Convénzase tambien á los ricos de que sus tesoros no les dan superioridad ninguna sobre las masas trabajadoras. Un artista, aunque pobre, es mil veces mas útil á la sociedad, que un conde ó un marqués que no sepa mas que guiar los alazanes de su tilburí. El mas infeliz jornalero es tan apreciable, si es laborioso y honrado, como el mas encopetado aristócrata. Tiéndanse pues mútuamente una mano fraternal, y Dios bendecirá esta reconciliacion precursora de eterna prosperidad.

. . . .

Hemos dicho que el duquecito don Eduardo no sentia las consecuencias de una herida de amor que acababa de recibir, porque la acerba tortura de ver padecer á la inocencia, ahogaba el fuego de aquella naciente pasion, pero Enriqueta, la cándida niña, cuya turbacion reprendió su madre cuando estaban tomando café en la *Cruz de Malta* el dia de Santa Cecilia, no habia olvidado un solo instante las fascinadoras miradas del elegante cuanto obsequioso jóven que le habia regalado un lindo cucurucho de dulces.

Enriqueta, como casi todas las niñas, era extremadamente golosa, y aunque los dulces parecian de los mas exquisitos, apenas los habia probado, no por tenerlos en poca estima, ni por desaire, sino precisamente porque guardaba aquel regalo como su mas precioso tesoro, y sacrificaba el paladar al corazon, el gusto de saborearlos al placer de verlos á todas horas y suspirar de amor.

¡Pobre niña! sentíase enamorada, ciegamente enamorada de un jóven de la aristocracia mas distinguida, y ella pertenecia á una familia plebeya.... era hija de un pintor, y esto la sumergia en tristes reflexiones.

—¿Qué motivos tengo para creer que un jóven de tan ilustre nacimiento se haya enamorado de mí? Las miradas que me di-

rigia no tendrian acaso mas objeto que el de una mera curiosidad. ¿Y los requiebros? ¡Estoy tan acostumbrada á oirlos!..... No parece sino que sea costumbre en todos los hombres elogiar á las mugeres..... Con todo, he oido siempre con cierta indiferencia y hasta con desprecio las ternezas de los hombres. Siempre me han parecido afectadas lisonjas, efímeras alabanzas, que si bien se complacia el oido al escucharlas, no llegaban al corazon, y la mente las condenaba sin demora al olvido. Sobre todo, las palabras afectuosas de los jóvenes que no pertenecen á familias de elevada clase, parécenme atrevidas, las escucho á veces con repugnancia y respondo con desden, como si fuese yo, necia de mí, hija de algun conde ó marqués. Mi buen padre funda su vanidad, su noble orgullo en la profesion que ejerce, y no puedo yo familiarizarme con la triste idea de no ser mas que hija de un pintor. ¡Hija de un pintor!... es tan poco elegante esta posicion social.... y desgraciadamente soy tan ambiciosa.... Quisiera ser reina de España. ¡Oh! si yo fuera reina de España, entonces sí que me quisiera el amable duquecito, y mi gloria, mi dicha, mi único afan, seria elevarle al trono y compartir con él mi regia autoridad, mis blasones y venturas. Pero ahora... ¿á quién ha de enamorar la humilde hija de un pintor? Ocho dias se han pasado desde que ví al amable jóven de los negros ojos... ocho dias que me han parecido ocho siglos... y no le he vuelto á ver... porque sin duda me habrá olvidado. ¡Dios mio!... No me ama, no.... Prefirió quedarse con sus amigos á la molestia de acompañarnos. Verdad es que mi madre se opuso á sus instancias; pero si me hubiese amado, hubiera persistido... y nos hubiera acompañado.... y sabria nuestra casa.... y.... y hubiera descubierto que era hija de un pintor, y me hubiera olvidado como ahora. ¡Qué infeliz soy! Hay señoritas tan graciosas en Madrid!... Yo las veo en esas lujosas carretelas que cruzan calles y paseos.... ¡Cuánto envidio su suerte!... Y siendo tan lindas la mayor parte ¿no habrá una siquiera que no haya cautivado el corazon del jóven.... á quien sin esperanza adoro? ¡Válgame Dios, que desgraciada he nacido!

La inocente niña dejose caer en una silla de su reducido dormitorio, y lloró largo rato sin acordarse de que eran las diez de la mañana, hora en que acostumbraba estar todos los dias haciendo labor en compañía de su madre. Esta que habia notado ya la profunda melancolía que dominaba á la pobre Enriqueta, inquieta de no haberla visto en todo el dia, receló si estaria enferma, y con la zozobra y solicitud de una amorosa madre dirigiose apresuradamente al cuarto de la jóven y la sorprendió enjugándose los ojos.

—¿Qué tienes, hija mia?—le preguntó con acento cariñoso.

—¿Yo?...—respondió Enriqueta haciendo esfuerzos por sonreirse — nada, madre mia... no tengo nada.

—Tú has llorado, Enriqueta... Tú me ocultas algun pesar.

—No por cierto, madre.... ¡Jesus! qué ideas tiene usted!.... Yo pesares al lado de unos padres que me quieren tanto!... que se esmeran por darme gusto en todo... que no hay capricho mio, por impertinente que sea, que no satisfagan al momento.....

—Es verdad, hija mia, no tenemos en este mundo mas delicia ni mas ambicion que la de hacerte feliz. Pero tú eres una ingrata, Enriqueta.

—¡Yo una ingrata! No me diga usted eso por Dios, pues ni en chanza puedo sufrirlo.

—Pues bien, hija de mi alma—prosiguió la buena Cecilia en tono maternal, asiendo á Enriqueta de la mano,—siéntate aquí, al lado de tu madre, junto á tu mejor amiga.

—Con mucho gusto.

Ambas se sentaron en un pequeño confidente.

—Creo, hija mia, que el acendrado cariño que te profeso, este dulce cariño de madre al cual correspondes tú con filial ternura llenando mi corazon de inefable gozo, me da algun derecho á tu confianza.

Enriqueta, cuyas virginales mejillas habíanse matizado de encendido carmin con la inesperada presencia de su madre, palideció de repente, y confusa y temblorosa, con la vista clavada en el suelo, permaneció en un profundo y misterioso silencio, entrete, entretenién-

dose maquinalmente en juguetear con las anchas cintas que de su delgada cintura pendian con donosura y estudiado abandono, y cuyo color de púrpura contrastaba con la mortal palidez de su rostro.

—¿Nada respondes?—prosiguió su madre ciñendo con su brazo izquierdo el breve talle de la turbada niña.

—¡Madre mia!—exclamó Enriqueta asiendo con sus dos manos la diestra de Cecilia; y llevándola á los lábios inundola de lágrimas y de besos.

—¿Qué es esto?... ¡Pobre Enriqueta!... Vamos, sosiégate... y cuéntaselo todo á tu madre. ¿Qué te aqueja, hija mia?

—Me ha llamado usted ingrata....

—Ha sido una chanza... ya sé yo que tú me quieres.

—Mas que á mi vida.

Enriqueta abrazó á su madre con exaltacion, y permanecieron algunos segundos formando un grupo angelical, sin que el enternecimiento les permitiese articular una sola palabra.

Cecilia enjugó las lágrimas de Enriqueta primero que las suyas. Pasose luego el pañuelo por los ojos, y procurando recobrar su serenidad, exclamó:

—Baste, baste ya de lloro. ¿Quién es tu mejor amiga?

—Usted, mi cariñosa madre.... usted.... ni tengo otra amiga en el mundo.

—Pues bien, cuando yo veo que no estás tranquila..... que hace dias que la tristeza te consume... ¿no he de tener derecho á preguntarte el motivo de tus inquietudes? ¿No sabes que estando tú triste no puede haber alegría en esta casa? ¿A qué viene pues la reserva? Si alguna pena acibara tu corazon, compártela conmigo... Así te será mas llevadera, hija mia, y tal vez hallaremos entre las dos el consuelo apetecido. ¿Estás acaso enojada con tu padre?

—¡Oh, no!... no... nunca... Veo que cifra todos sus afanes en tenerme contenta... que me ama... como usted, madre mia... y hallo una delicia en quererle... lo mismo que á usted... con delirio.

—¡Con delirio! ¡Válgame Dios!.... ¡Qué sospecha me hace concebir esa expresion!

—¡Una sospecha!

—Sí, querida mia—continuó Cecilia en tono cariñoso y jovial.—¡No que no! Los padres solemos ser como los niños mimados.... muy egoistas.... Todo lo queremos para nosotros.... y mas de cuatro veces nos mortifican los celos. Tú acabas de decirme que amas con delirio.....

—¿Yo?—respondió Enriqueta sobresaltada.

—A tus padres.

—¡Ah! sí.

—¿Te arrepientes de haberlo dicho?

—Al contrario, madre, lo repito... porque es así la verdad.

—Lo creo, hija mia; pero.... vamos, Enriqueta, contestame sin rubor: no amas á nadie mas?

Esta vez coloreose como la grana el rostro de la inocente vírgen, y con voz apagada y trémula respondió despues de una breve pausa:

—Sí, señora.

—¡Ah picaruela!—repuso la madre en tono festivo para dar ánimo á su hija.—¿Con que ya te han flechado ese corazoncillo? ¿Y ocultarás á tu madre..... á tu amiga, el nombre del atrevido amante?

—No le he visto mas que unos cortos momentos, y en compañía de usted.

—¿En mi compañía?

—Sí, señora.... aquel jóven elegante que nos pagó el café el otro dia, que me regaló dulces, que queria acompañarnos..... y usted cometió la crueldad de no consentirlo.....

—Acaba....

—Pues aquel gallardo jóven....

—¿Qué?

—Me habia estado mirando mientras estuvimos en el café.

—¿Y qué mas?

—Es que me contemplaba de un modo tan.... así.... ¿qué sé yo? Habia una expresion tan dulce en sus negros ojos..... habia tanta bondad en su encantadora sonrisa..... tanto atractivo en su interesante melancolía....

Enriqueta seguia elogiando al duquecito de la Azucena con todo el entusiasmo del amor, como si efectivamente no fuese madre suya la que estaba en su presencia, sino una amiga poseedora de todos sus secretos, á quien se complacia en darle una uneva prueba de íntima confianza.

—¡Niña! ¡niña!—gritó su madre al ver el enagenamiento de Enriqueta,—¿estás en tu juicio?

—Usted quiere que hable con franqueza.

—Verdad que sí, y te agradezco en extremo tu confianza; pero, hablando formalmente, hija mia, debes hacerte cargo de que si ese jóven te amase, te hubiera dado otras pruebas....

—Tiene usted razon... no me ama... y esta es la causa de mi tristeza.

—No seas loca, Enriqueta... Tú eres graciosa y linda, y nada tiene de particular que gustes á los hombres. Aviados quedariamos si te fueras á enamorar de todos los que te miren y requiebren. Ten juicio, hija mia, y procura no acordarte mas del tal caballerito.

—Es imposible.

—No hay imposibles que valgan. Debes hacer un esfuerzo..... ¡Cuidado que es ocurrencia la tuya!... ¡Irse á enamorar de buenas á primeras de un hombre que no sabes quién es!

—Si lo sé, madre.

—¿Lo sabes?

—Sí, señora.

—¿Sabes quién es ese jóven?

—Es un jóven muy amable.

—Todos lo son cuando meditan alguna conquista amorosa.

—Muy atento.

—¿Por que te regaló dulces?

—Queria acompañarnos.....

—Y yo no lo permití, porque era un desconocido.

—No lo era para mí.

—¿Le habias visto otras veces?

—Aquella fué la primera.

—¿Y cómo sabes quién es?

—Sé su nombre y su posicion social.

—¿Cómo así?

—Usted no paró la atencion.... ya se vé, ¿qué interés habia en ello? Pero yo no olvidaré nunca el nombre de Eduardo. ¡Qué nombre tan bonito!

—¿Y cómo sabes que se llama Eduardo?

—Porque cuando este nombre resonó en el café, se le aproximó un mozo y le dijo: «señor duquecito, están llamando á Vuecencia.»

—¡Duquecito!

—Sí, madre mia, se llama Eduardo, es duque y tiene excelencia.

—¡Es duque!

Cecilia quedó sumida en profundas reflexiones.

—¿En qué piensa usted, madre?

—En nada—respondió Cecilia, disimulando mal que estaba dominada por graves meditaciones.

Despues de una larga pausa, exclamó:

—Estaba pensando que es muy grande tu locura.

—¿Por qué, madre?

—¿Cómo quieres tú que un duque vaya á enamorarse de tí? Tú eres pobre, hija mia, y á esos grandes señores no puede inspirarles un amor puro la hija de un artista, por acreditado y honrado que este sea.

—Es verdad—respondió Enriqueta con melancólica persuasion.

—Debes olvidar para siempre á ese hombre.

—Procuraré hacerlo, madre mia; pero quisiera que mi padre no supiera nada.

—Al contrario, querida Enriqueta, es preciso que ahora mismo se lo participemos.

—Me da tanto rubor.....

—Yo se lo explicaré todo, y él nos ayudará para que renazca en esta casa la alegría, que ese tu insensato amor ha hecho desaparecer.

—Desde que he depositado mi confianza en el cariño de mi madre, creo sentirme ya con fuerzas para vencerme.

—Pues bien, un paso mas... hagamos partícipe á tu padre de esta misma confianza, y aliados los tres, no dudes, hija mia, que el triunfo coronará nuestros deseos.

Madre é hija se dirigieron al estudio del pintor.





CAPITULO V.

EL INSONMIO.

Antes que en tus brazos
Me mirase incauta,
De hacerme tu esposa
Me diste palabra.
Y abriendo las puertas
Entró la muchacha,
Que viniendo virgen
Volvió desflorada.
HAMLET, *traduccion de* MORATIN (D. Leandro.)

I am alone, alone!
BYRON.

El mes de noviembre acababa de espirar.

Escaso resplandor que las bulliciosas y nacientes llamas de una marmórea chimenea arrojaban, daba cierto tinte fantástico á una estancia lujosa.

Destacábase de la oscuridad de su centro una mesa cubierta de blanquísimos manteles, sobre los cuales habia solo dos platos de china, uno encima de otro, que contenian una servilleta arrollada dentro de una argollita de marfil. Habia además, colocado todo con inteligencia, un tenedor y una cuchara de plata, un cuchillo

con mango del mismo metal, un vaso, dos copas de elegantes y distintas formas, una botella con vino, y otra con agua.

Un hombre de aspecto respetable, cuya edad pasaba ya de los sesenta años, añadió un poco de leña al fuego, y despues de revolverle con las tenazas y soplarle con los fuelles, sentose en un cómodo sillon, desde el cual parecia holgarse en contemplar el chisporroteo de la lumbre y las trémulas llamas que brotaban de las rojas ascuas y se elevaban en mil colores indefinibles, formando hermosos grupos que en incesante ebullicion presentaban siempre un nuevo y singular espectáculo á los ojos de aquel anciano.

—¡Pobre viejo!—decia para sí—esas llamas te divierten, como entretienen á un niño las fugitivas sombras de una linterna mágica. Los que llegamos á una edad avanzada somos dos veces niños. Pasamos la primera niñez sufriendo porque ansiamos que los años vuelen... aquellos años en que todo el mundo tiene derecho á hacernos padecer... ¡Siempre en la escuela!... Con cuánto afan deseamos ser hombres para ser felices! Entonces nos parece un siglo cada año.... y ahora.... ¡válgame Dios, qué diferencia! Los años que ambicionábamos, llegaron con asombrosa rapidez... y luego se alejaron... como los hermosos grupos que forman esas llamas... No hay mas sino que llegaron... se alejaron, y Cristo con todos. De la misma manera que pasan unos tras otros esos alegres dibujos de fuego, he visto deslizarse todos los goces que alimentaban el fuego de mi juventud.... pero este fuego de la vida se ha apagado.... como se apagarán en breve esas llamas. ¡Cuán deleznable es la existencia del hombre! Sin embargo, bueno es procurar pasar dias toda vez que es imposible detener su curso. Verdad es que los hay aciagos; pero tambien los hay felices. ¿Qué le hemos de hacer? Tomarlos conforme vienen, y Cristo con todos.

En estas y otras semejantes reflexiones fué aletargándose el pobre viejo hasta quedar profundamente dormido.

Ardia á la sazon en toda su fuerza el combustible, y una luz radiante bañaba la magestuosa frente del anciano, que dormia dulcemente con el rostro caido sobre el pecho.

El resplandor del fuego daba realce á los preciosos muebles que adornaban aquel recinto lujosamente alfombrado, rodeado de taburetes cubiertos de terciopelo carmesí, que alternaban con cómodos sillones. En el lienzo frontero al de la chimenea habia una graciosa fuentecilla, cuyo caño salía del pico de un cisne de plata, y caía sobre una concha de mármol. Esta circunstancia, y la clase de cuadros que ornaban las paredes, no dejaban la menor duda que era esta pieza el comedor de un palacio. Algunos de los cuadros eran del famoso Van-es, que sobresalió en la escuela flamenca, y representaban aves muertas, pintadas con admirable naturalidad. Habia otros que con aquellos rivalizaban en mérito artístico. Representaban varias frutas; pero ejecutadas con la asombrosa maestría que inmortalizó el nombre de Menendez, célebre pintor español, acaso sin competidor en este género. Los demás eran escenas báquicas, la mayor parte excelentes copias de las mejores composiciones de la escuela alemana.

De repente sonaron las dos en un magnífico reloj que habia sobre el mármol de la chimenea, entre dos grandes floreros con flores artificiales cubiertas por sendos guardapolvos de cristal.

A las sonoras vibraciones del reloj despertose azorado el viejo que dormia, y encendiendo dos velas, colocolas en la mesa, diciendo:

—Ya no puede tardar. Pongamos esto corriente.

En seguida se puso á pasear por lo largo del comedor con los brazos cruzados en ademan meditabundo; hasta que al estrépito de un carruage que parecia invadir la entrada del palacio, se distrajo de sus meditaciones. Cogió una de las dos velas de la mesa y desapareció.

Pocos momentos despues apareció en el comedor el duque de la Azucena seguido del viejo de quien acabamos de hacer mencion.

—Perfectamente, Ambrosio—dijo el duque á su criado dándole una fraternal palmada en el hombro—ya veo que eres precavido... El frio es hoy irresistible, y has hecho muy bien en no andar escaso de lumbre.

—Si eso es reconvencion... no viene á pelo—replicó el anciano con cierto aire de superioridad que suelen adquirir sobre sus amos los criados viejos, despues de haberles servido luengos años con lealtad.—No es cosa de pasar aquí las horas muerto de frio aguardando que venga su excelencia del baile.

—¡Hola! ¿tratamiento? Que pronto se te sube la mosca á las narices. ¿Y por qué? ¿porque alabo tu conducta?

—Es que yo conozco á usted mejor que á mí mismo. Entiendo el tonillo en que se me habla y...

—Lo que es ahora, te aseguro que te has equivocado de lo lindo, pues lejos de hablarte con ironía, apruebo francamente que hayas encendido esa lumbre.

—Mejor es así, y yo me alegro de haberlo acertado. ¿Cena usted?

—No, Ambrosio, no tengo apetito.

—Aunque no sea mas que unas sopas.....

—Nada, nada.

—Va usted á no poder dormir de frio.

—Tomaré una taza de té bien caliente.

—No estoy por ese método de entrar en calor.

—¿Por qué no?

—Porque es un método inglés, y á mí me gusta calentarme á la española. ¡Una taza de té! No hay duda que es alimenticio el recurso.

—Ya se vé que lo es.

—Como no tuviese usted otras provisiones de boca.....

—Nada me prueba mejor que el té. Abre los poros y excita la transpiracion, por manera que suda uno aun en medio del invierno.

—Eso es lo peor que tiene... calienta de pronto, y por la misma razon que hace sudar, debilita y luego siente uno mas el rigor del frio.

—Pues bien lo bebias en Lóndres.

—Tuve que acostumbrarme á aquellos usos..... y acompañándole con buenas tostadas de manteca y algunos huevos y buena le-

che, no me era del todo insípido. Pero señor, ahora estamos en España, y para que el calor corporal sea duradero, prefiero cenar á la española, intercalando unas sopas caldositas y un buen guisado con algunos tragos de Valdepeñas.

—Tú siempre has sido un tragon. ¿A que te gustaba mas la comida en Francia que en Inglaterra?

—No he pasado malos ratos en los *restaurants* de París. A lo menos no se comia en ellos la carne cruda como en Lóndres.

—Siempre has sido mas amigo de los franceses que de los ingleses.

—¿Yo amigo de los franceses? Bien sabe usted que tengo, como usted mismo, muy poderosos motivos para odiarlos.

—Pues ese casacon y esa peluca con que apareces tan respetable á los ojos de todo el mundo, es trage oriundo de la restauracion francesa.

—Me he aclimatado á él sin intencion, y á mi edad no es cosa de ir en pos de los figurines para acicalarme á la moda. Con que ¿no se anima usted á cenar?

—No, tomaré, como he dicho antes, una taza de té.

—¿En la cama?

—No... Aquí mismo.

—Voy por ella. Hay agua caliente... no tengo mas que echarle algunas hojas de té, y Cristo con todos.

Mientras Ambrosio fué en busca del té, quitose el duque el frac y se puso un leviton con pieles que al efeto habia dejado Ambrosio en el respaldo de un sillon, lo mismo que una gorrita de paño con visera como á la sazon solían usarse. Zapatillas de pieles sustituyeron á los zapatos de charol.

Hechas estas evoluciones de trage, sentose el duque en un sillon junto á la mesa.

No tardó en reaparecer Ambrosio con el té.

—Déjalo ahí, que yo me lo arreglaré á mi gusto—le dijo el duque.

—Como usted mande.

—Ahora toma asiento.

El criado no se hizo de rogar y ocupó el mismo sillon junto á la lumbre donde poco antes habia echado un breve sueño.

Mientras el duque iba echando terroncitos de azúcar en la taza del té, entabló con su fiel criado la conversacion siguiente:

—¿Ha vuelto Eduardo?

—Hace dos horas que duerme... Tampoco ha querido cenar. Sin embargo, tiene mas juicio que su padre. Rara es la noche que á las once no esté ya en casa.

—Demasiado juicioso en efecto.... Siempre se me antoja que está triste, y esto aumenta mi desazon. Así no podemos vivir. Esto parece un palacio encantado... todo respira melancólica soledad. Yo no he nacido para vivir aislado, Ambrosio... Aquí solo... me consumo... Las noches que no paso en acerbo insomnio, asáltanme horribles pesadillas.

—Es un castigo de Dios.

—Si Dios es justo, no debe castigarme tan severamente.

—La falta de usted ha sido muy grave.

—¿Grave?

—Sí señor, gravísima.

—Propia de todos los jóvenes.

—De los libertinos.

—Entonces pocos dejan de serlo.

—Desgraciadamente es positivo.

—Pues si tan grave era mi falta ¿por qué me ayudaste?

—Creí que las intenciones de usted eran mas honradas.

—¿Hablas de veras?

—No es la primera vez que hablo á usted en estos términos.

—Y te vas haciendo insufrible.

—Porque no apruebo la conducta de usted.

—¿Tan mala fué?

—Perversa. ¡Seducir á una pobre niña, de humilde condicion, sacarla del hogar paterno, establecerla en un palacio, y despues de haberla hecho dos veces madre, abandonarla sin pie-

dad! No tiene usted derecho á quejarse si es usted toda su vida infeliz.

—Tú mismo dices que abandoné á esa muger, y ahí empezó mi arrepentimiento.

—Ahí empezó lo mas horroroso del crímen que ha de exacerbar incesantemente los sinsabores que hacen á usted desgraciado.

—¡Ambrosio!—gritó con imperio el duque.

—Señor, alegó el criado con dignidad—si le ofende á usted mi franqueza, arrójeme de su lado como arrojó á la pobre señorita: iré á pedir limosna; pero estará tranquila mi conciencia. Llamaré á todas las puertas para pedir pan, menos á la del palacio del duque de la Azucena. Su dueño tiene un corazon empedernido.

—¡Eres muy cruel!—exclamó con abatimiento el duque.—¡Muy ingrato! Cuando yo te colmo de beneficios, parece que tú hallas singular placer en lacerar mi corazon.

—Mas desgarrado tengo yo el mio, por haberse mostrado usted siempre sordo á mis consejos.

—¿Y qué me aconsejabas tú, Ambrosio?

—Le aconsejaba á usted, que en vez de abandonar á la cándida jóven que habia seducido, la hiciera su esposa, devolviéndole con tan noble proceder el honor que villanamente le habia usted arrebatado.

—¡Ambrosio!—gritó otra vez el duque, destellando marcado enojo.

—Fuí su cómplice de usted para seducir á la inocencia, esto nos hace iguales siempre que se trata de un crímen perpetrado entre los dos, y esta igualdad me autoriza á vituperar su conducta de usted. Cuando ya no hay en el mundo mas que una sola persona que esté en el horrible secreto, ¿quiere usted que esta persona enmudezca y no le arroje á usted continuamente en rostro su iniquidad? Esto seria hacer tambien á Dios cómplice de nuestro crímen; Dios no puede permitir que viva usted tranquilo, y por eso exalta mi fantasía hasta el frenesí con el recuerdo de la desastrosa muerte que sufrió mi señorita. Si usted no la hubiera abandonado,

si la hubiera usted hecho su esposa, viviria aun... y acaso los dos serian ustedes felices.

—Eso era imposible.

—¡Imposible!

—Tan solo el imaginarlo era delirar.

—¡Delirar! ¿Por qué razon?

—Ya te lo dige entonces. Tú no entiendes de estas cosas, buen Ambrosio.

—Demasiado las entiendo. Los grandes señores, los hombres que atesoran riquezas bien ó mal adquiridas, créense autorizados para cometer impunemente todo linage de escesos. Ven á una linda jóven, y les basta saber que es pobre para no arredrarse por los medios de seducirla. Le juran ternezas, prodigan el oro, la fascinan con promesas de fingida honradez..... cede la incauta niña á tantos halagos, se perpetra el crímen, y Cristo con todos. Satisfecho ya el brutal apetito, las molestias del hastío reemplazan los gérmenes de la pasion que se marchita á la par que la purpurina rosa del honor de la niña.

—Tu elocuencia es impertinente, Ambrosio... Cesa ya de una vez... Me martirizas con esos recuerdos.

—No es mia esta elocuencia... Me la inspira Dios... porque si los ricos no hallan en este mundo quien castigue sus demasías, la justicia de Dios alcanza á todos.

—Demasiado lo sé, Ambrosio, y te juro que mi arrepentimiento es sincero.

—Ahora es tarde ya.... ¡No existe la desgraciada! ¡Yo la ví morir! Cuando vivia podia usted haberla desagraviado.

—No era posible.

—¿Por que era pobre?

—Pobre y de humilde condicion.

—Era virtuosa.

—Pero no era noble.

—¿Y por qué no reparó usted en todos esos inconvenientes, antes de seducirla?

—Qué sé yo..... Confieso mi falta; pero hace tanto tiempo que la estoy expiando!... Tú mismo ves que son espantosas las pesadillas que de contínuo me atormentan!.... Ellas..... y tú... he aquí mis torturas! Tú, Ambrosio, á quien he querido siempre como hermano.... me estás martirizando.... Ten, por Dios, compasion de mí.....

El duque se levantó, se acercó á su criado y pronunció con tanta emocion sus últimas palabras, estrechando fraternalmente entre las suyas las manos de Ambrosio, que el anciano se enterneció, y despues de enjugarse una lágrima, dijo en tono consolador:

—Dios quiera apiadarse como yo de ese arrepentimiento, que aunque tardío es un destello de virtud.

El duque volvió á su asiento.

—Sí, mi buen Ambrosio, Dios se apiadará de mí.

—Y yo tendré en ello una verdadera satisfaccion.

—Lo sé, amigo mio, lo sé.

—Conozco, señor, que soy insoportable cuando me abandono á ciertas reflexiones, que no debiera ya alimentar, pues se trata al fin de un desliz de la juventud, que no tiene remedio. Dice usted bien, me llena usted de beneficios, y le pago con ingratitudes. Desde ahora prometo enmendarme y no molestar á usted mas con intempestivas reconvenciones.

—Mucho te agradezco tu resolucion, Ambrosio.

Este virtuoso anciano habia nacido en casa del duque, habia sido su compañero en la niñez y su confidente en las travesuras de la juventud. Era fiel depositario de todos sus secretos, y solo por estas poderosas razones sufria el duque, á pesar de su genio altivo, las impertinentes reconvenciones del sexagenario regañon.

—¿De veras, cree usted vivir tranquilo?—Preguntó con afecto el viejo Ambrosio á su amo.

—Confio en Dios que se acabarán pronto estos padecimientos.

—¿Cómo así, señor?

—Tú que has sido siempre el confidente único de todos mis

secretos, quiero que sepas primero que nadie lo que ocurre.

—Estoy ya en brasas, señor duque.

—Siempre has sido curioso.

—Cuando se trata de dar fin á esos padecimientos que usted pondera...

—Te he dicho que esta melancólica soledad me asesina.

—¿Y bien?

—¿No adivinas lo que voy á decirte?

—A los sesenta años no se adivina cosa alguna.

—Pues has de saber que me caso.

—¿Qué ha dicho usted?

—Que me caso.

Ambrosio se pasó las manos por los ojos como dudando si soñaba.

—¿Se casa usted, señor? Ha reflexionado usted que á nuestra edad...

—¡A nuestra edad! Yo soy un niño en comparacion tuya.

—Pero....

—Diez años me llevas lo menos.

—No son sino nueve.

—Es igual.

—¿Y no le basta á usted haber hecho infeliz á una muger?

—A una muger, cuyo recuerdo es mi eterna inquietud. Quiero olvidarla, y no tengo mas recurso que consagrar mi amor á otra muger mas digna de mi nacimiento.

—Otra muger mas digna de ser amada no la hallará usted, señor. Aquella era un ángel... era un tesoro de virtudes y de belleza. Con todo, se cansó usted de ella. La abandonó... no le quedó á la infeliz mas que el afan, el cariño del pobre Ambrosio... ¡Oh! si viviese, no estaria yo con usted, señor duque... Preferiria vivir con mi señorita, aun cuando tuviese que mendigar con ella la agena caridad, á todas las comodidades de este palacio. Era tan buena la pobrecita. El corazon se me parte cuando me acuerdo de su desastrosa muerte.

—¿Volvemos á las andadas? Pero... ¿estás cierto que murió?

—Cayó á mis piés el dia 2 de mayo de 1808, con la criaturilla que llevaba en brazos, acribillada de heridas. ¡Malditos sean los franceses! ¡Qué no hubiese recibido yo solo toda la descarga! Ni un balazo siquiera... Salveme por un milagro. Cuando ví caer á mi señorita, me arrodillé á su lado... era ya cadáver... mis afanes fueron enteramente inútiles. Al ver mi desesperacion, aproximose hácia mí un granadero con la bayoneta calada, y tuve que huir precipitadamente, dejando muertos y encharcados en su sangre aquellos adorados objetos.

Al decir esto, gruesas lágrimas surcaban el venerable rostro del anciano.

—Basta, basta—exclamó el duque gravemente conmovido—no me hables mas de esa desastrosa escena. Esos recuerdos atosigan mi corazon. Exijo el cumplimiento de la promesa que me has hecho de no hablarme mas de semejante asunto. Quiero expiar los extravíos de mi juventud, proporcionando á mi hijo una madre cariñosa y una esposa que lave la mancilla de su nacimiento. Voy á casarme con la marquesa de Verde-Rama, y la hija de esta señora dará al mismo tiempo la mano á mi Eduardo. Espero que este doble matrimonio hará renacer en esta casa la paz y la alegría.

—¡Dios lo quiera así!

El duqué acabó de tomar el té cuando el reloj daba la media.

—¡Cáspita! ¡Las dos y media! Ya es hora de ir á descansar.—El duque se levantó, y asiendo uno de los dos candeleros, añadió en tono afectuoso:—¡Buenas noches, Ambrosio!

—¡Felices, señor duque!

El lector habrá conocido sin duda, que el precedente coloquio pasó la misma noche que don Eduardo habia recibido en casa de la marquesa de Verde-Rama un saludable aunque cruel desengaño de lo que son los amigos cortesanos y de lo que valen sus promesas.

Habia regresado á su casa dos horas antes que su padre, y

aunque inmediatamente se acostó, no pudo dormir un solo instante. Su ardiente fantasía vagaba en mil reflexiones tristes que alejaban la idea consoladora de salvar á sus protegidas.

—No existen verdaderos amigos en la córte—decia indignado.—¡Cuántos hombres hay entre los que constituyen la nobleza, entre los que osan apellidarse grandes de España, que son bien mezquinos! El único móvil de sus acciones es el egoismo. Todo lo que no sea en provecho de su necio orgullo, les es de todo punto indiferente; pero si se trata de obtener algun favor que enaltezca su posicion social, degrádanse hasta el extremo de adular á los lacayos de sus patronos. Estos miserables no conocen mas aliciente que el de saciar su frenética avidez de títulos y riquezas. Su empedernido corazon es insensible á las quejas de la humanidad oprimida, y aun cuando se muestran justos, razonables y benéficos, no hay mas que falsía en sus palabras. Los palacios son escuelas de la hipocresía, cátedras de la lisonja y de la inmoralidad. ¡Todos me han engañado!... *Estoy solo, absolutamente solo*.... ¡Ni uno de los que se llaman mis amigos ha hecho gestion ninguna en favor de esas mugeres desgraciadas!.... Son pobres..... y solo porque son pobres se las desprecia.... se las abandona.... No, yo no las abandonaré jamás, aun cuando me dejen solo en mi empeño. ¿Y quién será aquel hombre misterioso que ha prometido satisfacer mis deseos? ¿Deberé dar crédito á sus palabras? Poco cuerdo he andado en no exigirle mas explicaciones. Todos los dias se cometen crímenes horrendos á nombre de la justicia.... ¿No podria ser esto alguna trama....? ¡A media noche! La hora es intempestiva..... Sin embargo.... iré, nada temo. ¿Solo? ¿Por qué no? ¿Tengo acaso algun amigo de quien poder fiarme? Dios me acompañará, que es el protector de la inocencia.

Cuatro argentinas vibraciones, que á manera de misteriosos ecos se repitieron á un tiempo por todos los ángulos del palacio, hicieron notar á don Eduardo que iba á deslizarse la noche entera sin dormir un solo instante.

El generoso jóven ansiaba, no que llegase, sino que hu-

biese ya pasado el dia siguiente, para salir de la ansiedad en que le tenian las misteriosas palabras del hombre de la cita.

Llegó por fin á rendirle el sueño; pero este sueño fué breve y precursor de una escena aterradora.

Horribles lamentos, prolongados ayes de dolor y de espanto, como los de la víctima de algun asesino, despertaron de repente á don Eduardo, que reconociendo la voz de su padre en aquellos gritos de terror, saltó del lecho, y tomando una de sus espadas dirigiose aceleradamente á la alcoba del duque.





CAPITULO VI.

LA REVELACION.

> Angels and ministers of grace, defend us!
> Be thou a spirit of health, or goblin damn'd,
> Bring with the airs from heaven, or blasts from hell,
> Be thy intents wicked, or charitable,
> Thou com'st in such a questionable shape,
> That I will speak to thee; . . . .
>
> SHAKESPEARE.

> . . . .
> Pero el rico de fama
> Da vuelcos en la cama
> Como la mala vida allí le acosa,
> Y la triste conciencia
> Aun en sueños le llama á penitencia.
>
> PEREA.

Al propio tiempo que don Eduardo llegaron de tropel á la alcoba del duque los criados del mismo, algunos con luces.

Incorporado el duque en su lecho, miraba como fuera de sí á cuantos le rodeaban, y parecia no conocer á nadie. Copioso y frio sudor bañaba su pálido rostro, al cual daban la expresion del espanto el erizado cabello, la azorada vista, y los espumosos y descoloridos lábios que temblaban como impelidos por horrible convulsion.

Clavó por fin sus desencajados ojos en el duquecito que se aproximó á la cabecera de la cama gritando:

—¡Padre mio!

—¡Salvadme! ¡Salvadme!—exclamó de repente con delirante expresion el duque; y asiéndose de su hijo, parecia querer huir del lecho.—¿No la veis?... Esa sombra...—añadia con voz trémula.—Ese fantasma lleno de sangre... me abrazaba ahora mismo... me ahogaba en sus brazos.... ¡Salvadme por piedad!... ¡Ha desaparecido!... Haced que vuelva... *Sombra infernal ó aparicion celeste, necesito hablarle... quiero pedirle perdon.*

—¡Padre! ¡padre! ¿Qué es esto?—repuso don Eduardo con filial solicitud.—Tranquilícese usted...... está usted rodeado de personas que le aman... está usted en mis brazos... soy Eduardo...

—¡Eduardo!... ¡Eduardo!

—¡Sí, padre mio!

El duque fijó la vista en el rostro de su hijo, y como si empezara á recobrar la razon, añadió:

—¿Eres tú?

—Yo soy.... Ambrosio está tambien aquí.

—Todos los de casa, señor duque—dijo el buen viejo—estamos á las órdenes de vuecencia.

Este antiguo criado nunca dejaba de dar el tratamiento á su amo delante de testigos, á pesar de la franqueza que mediaba entre los dos cuando estaban solos.

—¡Todos aquí! ¿por qué razon?—preguntó el duque un poco mas tranquilo.

—Nada, señor—continuó el anciano.—Si todo eso no vale nada. La maldita pesadilla de siempre.... Hoy ha dado vuecencia algunos gritos.... y.... la verdad.... nos hemos asustado todos.—Y dirigiendo la palabra á los otros sirvientes, añadió:—cada mochuelo á su olivo, muchachos.... pues gracias á Dios todo ello no ha sido mas que una alarma falsa. A acostarse todo el mundo, procurar dormir, y Cristo con todos.

Aunque esta especie de accesos de delirio, que de algun tiempo iban adquiriendo mayor gravedad cada vez, afectaban sobre manera al buen viejo, procuraba disimularlo, usando en semejantes

lances un lenguage festivo que contrastaba con la acerba sensacion que le hacian. Tenia su dormitorio contíguo al de su amo, y hasta aquella noche habia bastado él solo para interrumpir aquellos tristes ensueños.

Mientras los demas criados se retiraban, dijo el duque:

—Ambrosio, tengo sed.

—Ya iba á darle á vuecencia el consabido cordial que le prueba tanto.

—¡Padre mio! pues qué... ¿tan á menudo sufre usted esas desazones?—preguntó don Eduardo.

—Sí, querido, casi todas las noches—respondió el duque, y despues de tomar una bebida que le presentó Ambrosio, díjole:—Vete tú tambien á descansar. Me basta la compañía de Eduardo.

—Traeré antes la ropa del señorito, que hace un frio horroroso, y está á medio vestir. Los inviernos de Madrid dan las pulmonías de valde y no hay que andarse con repulgos de empanada. En este mundo pecador es preciso no chancearse con los elementos. La conservacion del individuo es lo primero. Procure cada cual guardar el pellejo, y Cristo con todos.

Desapareció Ambrosio, y no tardó en volver con la ropa de don Eduardo. Este se acabó de vestir y se sentó á la cabecera de la cama del duque.

Quedaron solos padre é hijo.

—¿Está usted mejor?—preguntó don Eduardo al duque.

—Sí, hijo de mi alma—respondió el duque con ternura.—A tu lado me siento muy bien. ¿Y tú, hijo mio, estás contento? Te veo siempre tan melancólico...

—Estaria muy contento.... si usted fuera feliz.

—¿Y quién te ha dicho que no soy feliz?

—El que es feliz suele dormir con sosiego. ¿Disfruta usted de este beneficio? No, padre mio, no. Un pesar profundo le roba á usted el sueño ó le acibara con tristes pesadillas. Tiene usted un hijo que daria su vida por ver á usted dichoso; pero este hijo no merece la confianza de usted.

—¡Que no merece mi confianza!...

—Perdone usted, padre..... soy un impertinente..... Hay secretos que no debe saberlos un hijo... y en vez de consolar á usted, parece quiera propasarme á reconvenirle!.... Perdone usted; pero mientras no sepa yo el motivo de sus pesares, no debe usted tampoco extrañar mi melancolía.

—¿Y puedes tú creer que te oculto algun secreto?

—Sí, padre, me lo oculta usted; pero por desgracia me ha revelado usted lo mas acerbo de él.

—¿Yo?

—Sí, padre mio—respondió don Eduardo, enjugándose una lágrima que caia de sus ojos.

—¡Y lloras!

—¡Lloro por mi madre!

A estas palabras que don Eduardo balbuceó entre sollozos, sobrecogió al duque un estremecimiento convulsivo.

—Explícate—dijo con ansiedad el padre.

—¿Lo desea usted?

—Lo mando—respondió el duque como fuera de sí; pero arrepentido inmediatamente de su imprudencia, añadió en tono afectuoso:—te lo ruego, hijo mio.

—Ciertas palabras inconexas que pronunció usted un dia...

—¿Yo?

—Usted, padre, en una pesadilla ligera.....

—¡Siempre pesadillas!

—Me hicieron sospechar que mi nacimiento....

—Acaba.

—Era de bastardo orígen.

—¡Silencio!—exclamó el duque mirando en derredor como receloso de que hubiesen podido oir la frase que acababa de pronunciar don Eduardo, y estrechando afectuosamente entre las suyas las manos de don Eduardo, añadió con ternura:—voy á decirte la verdad, hijo mio, y confio en el talento de que te ha dotado la Providencia, que la franca revelacion que voy á ha-

certe, será precursora de nuestra dicha. Tendria yo la edad que tienes ahora, cuando me enamoré de tu madre. Era una jóven linda y virtuosa; pero de humilde nacimiento. Era imposible mi enlace con ella; pero era mas imposible aun que extinguiese yo la pasion que sus encantos y sus virtudes habian hecho germinar en mi alma. Amábala con frenesí, y fuí correspodido. Tú fuiste el fruto de este amor....

—Que es ilegítimo á los ojos de la sociedad—interrumpió don Eduardo con amargura.

—La sociedad ignora los pormenores de tu nacimiento. No hay para qué repetirte la desastrosa muerte de tu madre acaecida el 2 de mayo de 1808. La presenció Ambrosio, y mil veces nos ha referido sus pormenores.

—¡Pobre madre mia!—exclamó don Eduardo, y rindió un tributo de lágrimas á su memoria.

El duque pasó el pañuelo por sus ojos y continuó:

—El año doce, mal avenido con el nuevo régimen establecido por la Constitucion de Cádiz, emigré contigo y con el buen Ambrosio. Hemos pasado doce años entre París y Lóndres, y á mi regreso he representado en la sociedad el papel de viudo. Una sola persona, además del honrado Ambrosio, es la única iniciada en el secreto de tu nacimiento.

—Lo comprendo.... mi reputacion está pendiente de la voluntad de una persona extraña.

—Esa persona es incapaz de revelar el secreto. Además, Eduardo—continuó el duque en tono misterioso—de tí depende el que esa persona esté tan interesada como nosotros en guardar silencio sobre el particular.

—¿De mí?

—De tí.

—Explíquese usted.

—¿Me hablarás con toda sinceridad?

—Es mi costumbre.

—Díme, hijo mio, ¿está tu corazon libre?

—No entiendo esa pregunta.

—¿Amas á alguna muger?

—No señor, pues aunque alguna vez he sentido latir mi pecho á la vista de una beldad, ha sido una emocion pasagera.

—¿Hablas de alguna belleza determinada?

—No por cierto; pues á la niña que mas me ha interesado por sus encantos, la ví un solo dia, y no he vuelto á verla.

—¿Pero la conoces?

—No sé quien es, ni donde vive, ni tengo esperanzas de verla mas.

—Todo eso nada significa. Quiere decir que no has contraido compromiso alguno.

—No señor.

—Pues eso es tener libre el corazon.

—Lo comprendo muy bien; pero lo que yo no entiendo es, por qué me hace usted tan singular pregunta.

—¡Cómo, Eduardo! ¿Extrañas esta pregunta en un padre?

—La extraño en esta ocasion.

—Es la mas á propósito supuesto que tratamos de nuestra felicidad.

—Hablábamos de mi nacimiento.

—Es verdad.

—De que existe una persona enterada de todo.

—Tambien es verdad; pero te decia que esta persona jamás revelará á nadie el secreto, y que de tí depende que esté tan interesada como nosotros en guardar silencio sobre este asunto.

—¿Y no puede usted decirme el nombre de esa persona?

—Es una señora respetable.

—¡Una señora!

—Sí, Eduardo, una buena amiga.

—¡Dios mio!

—¿Qué es eso?

—Nada.

—¡Oh! no, Eduardo, tú no estás tranquilo.

—No tengo nada.

—Sin embargo, veo correr una lágrima por tu mejilla. ¿Qué tienes, hijo mio?

—¿Usted está muy seguro de que la persona que sabe el fatal secreto, no le ha de revelar?....

—Seguro como de mí propio.

—Y con todo, esa persona.... es una muger....

—Pero es una muger de talento.....

—¡Ay, padre!

—¿Qué, hijo mio?

—Tengo ya la edad suficiente para conocer lo que es el mundo.

—Tanto mejor. Yo espero mucho de tu penetracion.

—Se necesita poco para distinguir los vicios de la sociedad.

—No te entiendo.

—La amiga de quien usted me habla, cualquier dia, en un momento de humor, creerá contar una historieta agradable, y revelará ese secreto. La reserva no es la virtud de las mugeres.

—Te repito que puedes estar tranquilo sobre este particular.

—Pero.....

—Cuando sepas de quien se trata..... Te he dicho que de una íntima amiga.

—Pero su nombre...

—¿Quieres saberlo tambien?

—Si merezco esta confianza.....

—Sí, hijo mio. Tú conoces á la marquesa de Verde-Rama.

—Señora muy amable, y de lo mas distinguido de la aristocrácia de Madrid por sus títulos y por su riqueza.

—Esos elogios llenan mi corazon de júbilo. ¿Y qué te parece su hija?

—Muy amable tambien y de una belleza encantadora; pero no entiendo por qué me hace usted semejantes preguntas, siendo una sola la persona que está en el secreto.

—La marquesa de Verde-Rama es la única que sabe el misterio de tu nacimiento.

—¿Y no lo sabrá su hija?—preguntó el jóven con recelo.

—No, Eduardo.... Y ahora, para que veas, no solo que no guardo yo secretos para mi querido hijo, sino que no tengo mas ambicion que la de hacerte feliz, te manifestaré el proyecto cuya realizacion hará renacer en esta casa el gozo y la felicidad. Siempre los dos solos en los inmensos salones de este palacio.... todo tiene melancólico aspecto.... todo respira tristeza.... Por la noche particularmente, es insufrible semejante soledad. Faltan en esta casa las gracias y atractivos del bello sexo.... Tú has ponderado, hijo mio, la belleza y amabilidad de dos mugeres, ó mejor dicho, de dos ángeles, que do quiera que moren, llevan en derredor la deliciosa aureola de la felicidad. Si embellecieran este palacio con sus hechizos ¿no te parece, hijo mio, que ambos seriamos dichosos?

—Pero.....

—Permíteme concluir, Eduardo. Yo estoy convencido hasta lo sumo, de que la horrible soledad de este palacio es la causa principal de mis pesadillas; pero no quiero ser tan egoista que lo sacrifique todo á mi provecho. No puede haber dicha para mí sino vá esta enlazada con la felicidad de mi Eduardo. Pues bien, la marquesa de Verde-Rama, esa señora de lo mas distinguido de la alta aristocrácia, única que sabe el secreto de tu nacimiento, te admite por esposo de su hija.

—¡De su hija!—exclamó con sorpresa el duquecito.

—De esa jóven amabilísima y de una belleza encantadora, como tú dices con justicia. Además, no solo quiero darte una esposa digna de tí, sino una madre cariñosa. La misma señora marquesa admite mi mano con la condicion de que se verifique el doble enlace en un mismo dia. ¿No te parece magnífico el pensamiento?

—Me basta que labre la ventura de usted para que merezca mi aprobacion.

—No esperaba menos de tu recto juicio. Ya me parece que desde este momento dá comienzo para nosotros una era de gozo bienhechor.

El duque exhalaba por todos lados los destellos de su alegría.

—¿Pero si la marquesita no me ama....

—Tengo noticias muy satisfactorias sobre este particular. Ahora lo que he pensado hacer, es dar en este carnaval un gran baile. En él has de empezar tu conquista. Yo tengo ya la plaza bloqueada y entabladas las capitulaciones de rendicion. Veremos si eres tú tan diestro como tu padre.

La presencia de Ambrosio interrumpió esta conversacion interesante.

—¿Qué hay de nuevo?—preguntó el duque.

—Nada, señor; venia á saber cómo se halla vuecencia.

—Gracias por tu buen cuidado, Ambrosio—dijo el duque en tono jovial.

—Eso no es decir si está vuecencia mas sosegado.

—Estoy muy bueno... Jamás me he sentido mejor, amigo mio. Eduardo es un gran médico... Acaba de darme la salud, y con ella mi antiguo buen humor.

—Me alegro en el alma, y toda vez que ya se ha hecho el milagro, creo que le seria conveniente al señorito irse á dormir un rato. Me parece que ya es la hora del relevo. Yo que he dormido como un patriarca, me quedaré aquí hasta que se levante vuecencia. Ya empieza á amanecer, con que, señorito, aun puede vuecencia descansar algunas horas.

—Dice bien Ambrosio—añadió el duque—Dáme un abrazo, hijo mio, y vete á dormir. Bien puedes entregarte al sueño con la dulce satisfaccion de haber colmado la dicha de tu padre.

—Yo estoy muy bien aquí en compañía de usted—repuso don Eduardo—pero si es de su agrado que me retire...

—Mi gusto seria tenerte siempre á mi lado; pero ya ves que estoy bueno, y no hay necesidad de que acabes de pasar la noche en vela. Mañana volveremos á hablar de nuestro asunto. Entretanto reflexiona sobre las inmensas ventajas de mi proyecto, y no dudo que cada vez le hallarás mas acertado. A Dios, hijo mio.

Don Eduardo abrazó á su padre, y recibió en la frente un beso de bendicion.

Así que hubo salido el generoso jóven de la alcoba, su padre dijo al viejo criado:

—Es como un ángel. Dáme el parabien, Ambrosio.

—Con mucho gusto; pero estoy ansioso por saber el motivo de esa alegría.

—Yo me caso.

—Ya me lo dijo usted antes.

—Mi hijo se casa.

—Tambien me indicó usted algo de eso.

—Los dos nos casamos.

—¿Y cree usted alcanzar por ese medio una verdadera felicidad?

—¡Oh! estoy seguro de ello. Desaparecieron ya para siempre las pesadillas. Mi corazon, lacerado hace poco de amargura, late de júbilo y me presagia el mas dichoso porvenir.

—Siendo así, esfuércese usted por ver si puede ahora lograr dormirse al impulso de esas gratas impresiones. Es el medio de que su sueño sea dulce y apacible, y toda vez que tantas felicidades se promete usted de los matrimonios en cuestion, pelillos á la mar, vengan las novias cuanto antes, eche el cura su santa bendicion, y Cristo con todos.

Mientras el duque se dormia arrullado de hermosas ilusiones, encontrados afectos luchaban en el corazon del hijo. Lejos de parecerle descabellado el proyecto de su padre, hallábale efectivamente ventajoso. El carácter de la marquesa de Verde-Rama parecíale lleno de bondadosa franqueza, su hija era amable y hermosa. Emparentando con estas notabilidades de la aristocrácia, el orígen de su nacimiento quedaba oculto para siempre, y esta ventaja unida al placer de dar gusto á su padre, era una felicidad positiva que por ningun estilo debia despreciar. Con todo, parecíale que su corazon sentia alguna repugnancia al enlace propuesto. Acordose de la niña que habia visto algunos dias atrás en el café, y él mismo se ruborizó de que los recuerdos de aquel momentáneo cuanto insignificante suceso viniesen ahora á perturbar su ima-

ginacion. Despues de inmensas reflexiones, resolviose á seguir en un todo los deseos de su padre.

Todo aquel dia fué un dia de gozo, un dia de hermosas esperanzas para el padre y para el hijo.

Al término de este dia feliz habia una cita misteriosa, una cita entre las tinieblas de la noche!... Ella será el objeto del siguiente capítulo.





CAPITULO VII.

LA CITA.

D'un masque saint ils couvrent leur vengence.
BERANGER.

Chi v'ha rapito, o secoli
Degni d'eterna lode?
Tutto svani. Trionfano
Fasto, avarizia, e frode.
SAVIOLI.

Como si las comisiones militares que llevaban el terror, el llanto, el luto al seno de honradas y pacíficas familias, no fueran suficientes para saciar con sus abominables injusticias la sed de sangre y de venganza del club apostólico que avasallaba al rey, creose una legion de espías, compuesta de crapulosos vagos, gente ruin, viciosa y de mal vivir, educada en las cárceles y presidios, asesinos de profesion los mas de ellos, gente dispuesta á todo jaez de crímenes y vilezas. Esta legion de infames esbirros, que solo germina entre la podredumbre de una córte cor-

rompida, llamábase *policía secreta* é invadia traidoramente lo mas sagrado y recóndito de la vida privada; pero no se contentaba con estos excesos, por que si á las miras del bando frailuno, de quien era miserable instrumento, convenia sacrificar la inocencia, inventábanse calumnias que conducian la honradez al cadalso, así como rara vez, aquel oculto enjambre de verdugos, dejaba de amoldarse á la voluntad del rico. El castigo ó el perdon eran objeto de inícuas especulaciones, y nunca dejaba el oro de ablandar aquellos corazones empedernidos.

La policía secreta es en todos tiempos una institucion de ignominia, de opresion y de inmoralidad, á la que solo pueden pertenecer gentes perdidas, entes irracionales que carecen de toda idea de esa estimacion propia en que estriban el honor y dignidad del hombre.

El último resultado de los paises avasallados por una policía secreta, es divinizar al rico sobre la degradacion del pobre, y no debe causar asombro si hastiado el pobre un dia de la avilantez con que se abusa de su paciencia, se despereza y ruge como el leon aprisionado, y destrozando sus grillos desgarra tambien las entrañas de sus opresores.

Cese la insolencia de los ricos si no se quiere que los pobres se insolenten á su vez.

. . . .

Tan exacto fué don Eduardo en acudir á la cita del personage misterioso, que cuando llegó al parage convenido acababan de dar las doce.

—¡Viva la puntualidad!—exclamó saliéndole al encuentro un embozado de capa parda y sombrero calañés.

—¿Quién es usted?—preguntó el duquecito.

—El amigo de anoche—respondió el embozado.—No es estraño que me desconozca usted. Me vió un breve instante, no le hablé á usted mas que cuatro palabras, el trage es muy diferente, y en veinte y cuatro horas ya ve usted si me ha crecido la patilla!

—En efecto, parece usted otro con ese disfraz.

—Es mi trage usual. Ayer sí que me disfracé de diplomático para poder pisar los salones de la marquesa de Verde-Rama.

—¡Cómo! ¿fué usted sin ser convidado?

—Mucho que sí.—Luego en tono significativo añadió:—Yo, señorito, pertenezco á una familia, que se halla siempre en todas partes sin que en ninguna se la convide. ¿No fuma usted, señorito?

—No tengo ganas—respondió con sequedad el duquecito, que desconfiaba ya de tantos misterios.

—Pues con su licencia picaré un cigarrito.

El desconocido se desembozó, y con cachaza sobrado impertinente, sacó del bolsillo de su zamarra un cañuto de hoja de lata, que era su estuche de fumar, pues contenia tabaco del Brasil, papel, yesca y pedernal.

Empezó la operacion por un papelito que estaba pegado á los otros y tuvo que soplar repetidas veces para separarlo. Luego le colocó por uno de sus cantos entre los lábios hácia el estremo derecho de la boca. Guardó el cañuto en el mismo bolsillo de donde lo habia sacado, no sin quedarse entre el pulgar, el índice y el dedo del corazon de la mano izquierda el trozo de tabaco. Sacó en seguida una descomunal navaja y fué picándolo con ella y colocando los cachitos en la palma de la citada mano. Retiró la navaja y el tabaco sobrante, prensando el otro entre las dos palmas, y deshilándolo despues con los dedos de la mano derecha, colocó el papel abarquillado entre las yemas de los dedos y la palma de la zurda, de modo, que dejando caer el brazo, pasó el tabaco á unirse con el papel. Entonces levantó otra vez la mano, y con los tres primeros dedos de entrambas arrolló el papel con la natural destreza de un consumado fumador. Hecho el cigarro, se lo colocó en la boca ladeado hácia la derecha, sacó la yesca, el pedernal y la navaja-mónstruo, y al primer choque del acero con la piedra tuvo lumbre.

—Ha de saber usted, señorito—añadió encendiendo con

mucha sorna el cigarro—que como usted se avenga á la razon es negocio concluido.

—Explíquese usted. La hora es intempestiva y deseo concluir esta conferencia.

—De buena gana me explicaria; pero es el caso que yo no sé de este asunto mas que lo que ya le tengo dicho.

—¡Cómo! ¡bribon!—exclamó colérico don Eduardo.

—Me han llamado bribon tantas veces, que van haciéndome creer que tendré algo de ello. Sin embargo, señorito, hablando ahora con toda formalidad, esta vez se trata de completar una accion benéfica. Yo no soy la persona con quien se ha de arreglar el asunto en cuestion. No soy mas que uno de sus agentes, encargado de conducirle á usted á la habitacion de un hombre benéfico con quien deberá usted entenderse.

—Pues vamos sin dilacion.

—Cachaza, señorito, la cosa es grave, y no me es permitido faltar á las órdenes que se me han dado.

—¿Qué órdenes son esas?

—¿Ve usted en aquella esquina un coche simon?

—¿Y qué?

—Nos está aguardando.

—¿Para qué?

—Para ir á casa de ese buen hombre.

—Pues vamos.

—Es que antes debo prevenir á usted una cosa, que seguramente le parecerá una impertinencia; pero que no significa nada.

—Hable usted sin rodeos.

—¿Consentirá usted en vendarse los ojos antes de llegar al punto donde hemos de apearnos?

—De ningun modo.... Eso seria demasiada humillacion.

—Tiene usted mucho talento y no abandonará por un obstáculo tan leve una empresa de éxito seguro. Mañana mismo quedarian en libertad las protegidas de usted; pero si usted no quiere.....

—Acabemos de una vez. ¿Por qué se me exige esa condicion?

—¡Válgame Dios, señorito! ¿No vé usted los tiempos que corren? ¿Le parece á usted leve compromiso el sacar de la cárcel á dos individuos que pertenecen al partido de los negros?

—¡Dos pobres mugeres!

—¿Y que le hemos de hacer? Lo cierto es que hay una persona caritativa que desea combinar con usted los medios seguros de que mañana mismo obtengan la libertad, pero esta persona no quiere que antes ni despues de hecho el beneficio se le conozca. Todos los hombres benéficos tienen ciertas manías... ¿Y qué le importa á usted entrar en la morada de este protector con los ojos abiertos ó cerrados?

—Vamos pues allá—dijo con arrojo don Eduardo, y se encaminó hácia el coche simon seguido del misterioso personage.

Encajonáronse ambos en el coche, y despues de dar mil vueltas y revueltas por calles extraviadas, dijo el personage misterioso al jóven don Eduardo:

—Ya estamos muy cerca de la morada del protector, y espero que me permitirá usted vendarle los ojos.

—Vive Dios que nada voy á perder con esa ridícula operacion. Así como así nada veo. La noche está fria y tenebrosa que es un pasmo—repuso el duquecito.

—Tanto mejor. Por un lado no se le perjudica á usted, una vez que está ya en la oscuridad, y por otro llevará usted el rostro mas abrigado al saltar del coche, y no pillará una pulmonía.

—Pronto, si ha de ser—replicó en tono de mal humor don Eduardo.—Ahí tiene usted mi pañuelo. Vamos á ver cómo se maneja usted á oscuras y con el traqueo de este maldito simon.

—A las mil maravillas—respondió con jovialidad el incógnito.—Soy pájaro nocturno, y tengo por consiguiente vista de murciélago.

Aun no habia terminado esta frase, ya se habia apoderado del pañuelo de don Eduardo, y lo estaba doblando á manera de ancha corbata.

—Si he de quitarme el sombrero con el frio que hace, será un fastidio.

—No hay necesidad; pero si usted me ayuda, se hace esto en un abrir y cerrar de ojos. ¡Ea!—añadió el incógnito un momento despues—ya está usted como el dios Cupido, y la operacion no podia terminarse mas oportunamente, pues no tardaremos en llegar al término de nuestro viaje.

—¿Y á dónde vamos?

—A la habitacion de un hombre de bien.

—¿De un hombre de bien?

—¿Le parece á usted imposible?

—Es efectivamente muy raro encontrar en el dia un hombre de bien.

—Pues va usted á hablar con uno que es un santo.

—¿Pero en dónde vive ese santo?

—En una celda.

—¡En una celda! ¿Luego nos dirigimos á un convento?

—Me hace usted hablar demasiado.

—¿Pero á qué conduce esa reserva? ¿Qué significan tantos misterios?

—Los santos no son como los pecadores, señorito.

—Yo creo que se burla usted de mí.

—¡Dios me libre! Es el asunto demasiado grave.

—Infeliz de usted, si abusa de mi credulidad.

—Tenga usted paciencia algunos minutos mas, y verá usted como no le engaño.

—Con todo, empiezo á sospechar.....

—¿Qué sospecha usted, señorito?

—Que me ha tendido usted un lazo.

—Pronto saldrá usted del error.

—Es que si tardamos.....

—No tardaremos.

—Se me acaba la paciencia, y como llegue á convencerme de que usted me engaña..... le ahogo.

—¡Cáspita! ¿Conque tan valiente es usted?

—No añada usted el sarcasmo á su misteriosa conducta. No acabe usted de irritarme.

—¿Y de qué serviria que se irritára usted?

—¿Trata usted de insultarme?

—Nada de eso, señorito; pero quiero decir que sería inúlil que se irritára usted.

—¡Inútil!

—Ya se vé que sí. Usted podrá tener mucho valor; pero yo tambien le tengo. Usted es un gallardo jóven; pero criado entre los mimos de la fortuna. Yo soy un hombre forzudo y desalmado si conviene..... avezado á luchar cuerpo á cuerpo con temibles contrarios, y vencerles. Además, nunca voy desprovisto de cierta manufactura de Albacete, y hoy precisamente la llevo recien afilada. Usted se me ha entregado sin arma alguna. Ya vé usted que es mi prisionero.

—¡Malvado!—gritó lleno de cólera don Eduardo, y por un natural impulso iba á quitarse la venda de los ojos.

—Sosiéguese usted, señorito—repuso soltando una carcajada el hombre misterioso.—Cuanto acabo de decir no es mas que una chanza. Yo sigo la broma que usted ha empezado. Repito que no le pesará á usted el haberse fiado de mí.

Don Eduardo reflexionó que efectivamente era demasiado crítica su posicion. Se hallaba desarmado, y su conductor acababa de soltar una amenaza que le hacia ver el peligro en que estaba. Conoció que además de ser inútil su enojo, podia costarle cara cualquiera imprudencia, y reprimiendo su natural viveza, limitose á dirigir nuevas preguntas á su compañero, por si alcanzaba con ellas adquirir alguna luz que le sacara del estado penoso de incertidumbre que le agobiaba.

—¿Con que me asegura usted que no ha de pesarme el haberme fiado de usted?

—Ya lo dige, señorito, sus deseos de usted quedarán satisfechos.

—Pero es preciso que conozca usted, buen hombre, que corresponde muy mal á mi caballerosidad.

—¿Qué correspondo mal?

—Con la mayor ingratitud.

—No estamos de acuerdo en esta parte, señorito.

—Usted mismo ve que me he entregado á usted lleno de confianza.

—¿Y qué?

—Y usted me corresponde con una reserva insultante.

—Nada tiene de insultante mi reserva, ni mi conducta adolece en lo mas mínimo de la ingratitud que usted pondera.

—¿Cómo que no?

—Como que si hay aquí alguna persona que deba estar agradecida á otra, no soy seguramente yo, sino usted, señorito.

—¿Yo?

—¡Pues qué! ¿Ha olvidado usted que ya se retiraba del baile de la marquesa de Verde-Rama, aburrido y desesperado por no saber como salvar á sus protegidas... porque todos sus mas íntimos amigos le abandonaron á usted.... cuando yo me comprometí á proporcionarle el medio de ver sus deseos realizados?

—Es verdad.

—Luego por esta misma confesion de usted, yo soy el bienhechor, y usted el que debe estarme agradecido.

—Y lo estaré en efecto, cuando el beneficio se haya consumado.

—Antes de veinte y cuatro horas, antes de doce tal vez, estarán en libertad las dos mugeres por quien usted se interesa.

—¿Cómo se atreve usted á prometerme ese resultado con tanta seguridad? Milagro será que así suceda.

—Es que es propio de los santos hacer milagros.

—¡Siempre frases misteriosas!

—No hay en esto misterio alguno. He dicho antes que la persona á quien vamos á visitar es un santo.

—¿Y por qué no me ha de decir usted su nombre?

—Yo mismo le ignoro.

—Ha dicho usted que vive en una celda.

—Se me ha escapado esta expresion. Hace usted tantas preguntas...

—Y usted empeñado en no responder á ninguna de ellas.

—Me parece haber contestado á todas.

—Pero de una manera irritante.

—Crea usted que no es ese mi ánimo, señorito. Yo quisiera poder satisfacer su curiosidad de usted, pero no puedo separarme de las instrucciones que tengo.

—¿Y de quién recibe usted esas instrucciones?

—De mis gefes.

—Hace tiempo que sospecho que es usted de la policía secreta.

—He dicho antes que me hace usted hablar demasiado, y estoy resuelto á no contestar mas á ninguna de sus preguntas.

—He adivinado por fin algo de sus misterios. ¡Policía secreta y frailes de por medio!... Mucho puede alcanzarse... si no se me tiende alguna red.

—Ya hemos llegado á nuestro sitio.

—¡Gracias á Dios!

Efectivamente, acababa de pararse el coche.

A unos pequeños golpes que con la palma de la mano dió el personage desconocido, oyose el ruido de un gran cerrojo y el rechinar de una pesada puerta que giraba sobre sus goznes.

Con el auxilio del incógnito apeose don Eduardo del carruage, y asido del brazo de su misterioso lazarillo pasó el dintel de la gran puerta, que volvió á rechinar al cerrarse con estrépito.

Reinaba un profundo silencio, interrumpido á intervalos por el melancólico quejido del buho.

Hacia rato que andaba don Eduardo por aquel siniestro recinto, cuya atmósfera parecia impregnada del hedor que arrojan en un templo las hachas apagadas despues de unos funerales, cuando el lúgubre sonido de una campana que doblaba á muerto oyóse como si resonara por las bóvedas de un cementerio. El eco triste de

un coro de multitud de voces que semejaba el rezo de una comunidad religiosa, completaba la tétrica ilusion de este cuadro fantástico.

Ni una sola pregunta dirigió don Eduardo á su compañero, y le siguió con paso firme hasta que se le sentó en un sillon de vaqueta.

Entonces dijo una voz en tono humilde:

—Quítele, hermano, esa venda, y salga.

Obedeció el personage misterioso, y don Eduardo se vió en un estrecho recinto, opacamente iluminado por una lamparilla que habia encima de una mesa junto á una calavera, un breviario y un crucifijo. Detrás de esta mesa; y en la parte mas oscura, distinguíase apenas un padre religioso, cuya capucha sombreaba sus facciones.

Levantose el duquecito sobresaltado.

—Siéntese, hijo mio—le dijo el fraile—y hablemos del consabido negocio.

Volviose á sentar don Eduardo, y se entabló entre él y el religioso la conversacion que será objeto de otro capítulo.





CAPITULO VIII.

DÁDIVAS QUEBRANTAN PEÑAS.

> Todo se vende este dia,
> Todo el dinero lo iguala,
> La córte vende su gala,
> La guerra su valentia;
> Hasta la sabiduría.
> Vende la universidad.
> GÓNGORA.

El fraile que tenia enfrente don Eduardo era uno de los individuos mas influyentes del bando apostólico, y pertenecia al club secreto que tenia avasallado al monarca.

Este indigno sacerdote sacaba todo el partido posible de su posicion social. Relacionado con los corifeos de la policía secreta, de la cual era agente el misterioso personage de la precedente cita, especulaba con los agenos infortunios; pero especulaba de una manera hipócrita y soez, vendiendo por actos de generosa beneficencia lo que solo eran criminales excesos de codicia y egoismo.

Esto es muy comun entre los individuos de ciertas instituciones degradantes, creadas en las tinieblas para ejercer el espionage de un modo vil y traidor, oprimir al pueblo con injusticias y vejaciones escandalosas, y halagar á los poderosos prestándoles servicios de inmoralidad é infamia.

. . . .

—La vista de esta pobre celda, hijo mio, le ha conmovido sin duda—dijo en tono afectuoso el fraile al sobresaltado jóven.—No tema nada.

—Yo nada temo, padre—respondió don Eduardo, afectando serenidad;—pero noto con extrañeza que se multiplican los misterios en un asunto el mas sencillo.

—No tanto como á primera vista parece.

—¿Puede haber cosa mas natural que interesarse por la suerte de los desgraciados?

—En efecto, hijo mio, es muy propio de todo corazon noble y generoso el apadrinar á los desvalidos, pero en el ejercicio de tan bellos sentimientos hay, por desdicha, un riesgo inminente.

—¡Un riesgo!

—Sí, un riesgo.

—Si es el de hacer un papel ridículo á los ojos de los que tienen á mengua el defender la causa de los menesterosos, miro como una honra el que los necios me califiquen de extravagante. Mas quiero ser extravagante de este modo, que hombre razonable, siempre que la razon se confunda con el orgullo y el desprecio de la humanidad oprimida.

—Es mayor el peligro de que hablo.

—Si usted tiene la bondad de explicarse...

—Con mucho gusto, hijo mio; y espero en la misericordia de Dios, que las palabras que él me inspire en alivio de la inocencia perseguida, producirán el mejor efecto. La religion acaba de salir triunfante de entre las garras del demonio, porque no son otra cosa que satélites de Satanás, hijo mio, esos hereges que cometieron el atentado horrible de llevarse cautivo á Cádiz al mejor de los

soberanos. Con el regreso del rey y el restablecimiento de su poder absoluto, la iglesia ha recobrado á su protector por un acto de la justicia divina; ahora toca á la justicia humana vengar los agravios hechos á la magestad del trono y á los ministros del altar por los implacables enemigos de Dios, por esos revolucionarios impíos y maldecidos francmasones.

—Yo creo, padre—replicó don Eduardo—que de la venganza á la justicia hay una distancia inmensa.

—Sí, hijo mio—interrumpió el fraile, y conociendo que habia dado mal comienzo á su discurso, procuró darle otro giro, añadiendo:—á eso voy. Que se castigue con severidad al delincuente, es cosa inevitable. Los tribunales faltarian á su deber, y el mundo seria una mansion de fieras si los malvados quedasen impunes. El mismo Dios, con ser todo bondad y mansedumbre, les condena á un suplicio eterno. Esto es lo que entiendo yo por justicia. La venganza tiene otro orígen. Hija por lo regular de pasiones bastardas, se ceba muchas veces en la inocencia.

—Ahora estamos de acuerdo—repuso el duquecito.

—No podemos dejar de estarlo cuantos sintamos en el corazon los latidos del amor á nuestro prójimo. Lo contrario seria faltar á las sublimes doctrinas evangélicas; pero como desgraciadamente no todos los hombres piensan como nosotros, hay momentos en que no es prudente hacer alarde de tan sanos principios, principios llenos de moral y de sabiduría.

—Sin embargo, yo creo que nunca pueden perjudicar á nadie los sentimientos de honradez.

—Así deberia ser.

—¿Y no es así?

—No, hijo mio, no.

—Me pasma el oir de boca de un religioso tales doctrinas.

—Mis doctrinas son benéficas.

—¿No dice usted que los sentimientos de honradez pueden perjudicarme?

—Y lo repito.

—Luego quisiera usted que no poseyera semejantes sentimientos.

—Muy al contrario; ellos son la delicia y el consuelo del hombre de bien.

—¿Qué contradicciones son esas?

—No hay ninguna contradiccion en mis palabras.

—Confieso entonces que no las entiendo. Dice usted que pueden perjudicarme los sentimientos de honradez, y que ellos son la delicia y el consuelo del hombre de bien.

—Es la pura verdad.

—¿Y no hay contradiccion en esas palabras?

—Repito que no.

—Espero, padre, que tenga usted la bondad de explicarme un enigma que no comprendo.

—El Hijo de Dios murió enclavado en una cruz por ser todo bondad infinita.

—¿Querrá usted argüirme con eso que no se debe tomar por modelo la bondad de Dios?

—Somos demasiado pecadores para poder imitar tan sublime virtud.

—Pero ya que no alcancemos poder comparar nuestra generosidad con la del Supremo Hacedor, por qué nos ha de ser perjudicial el ejercicio de la beneficencia?

—El ejercicio de la beneficencia conduce al camino del cielo.

—Creo haber triunfado en esta cuestion.

—Puede ser.

—Dice usted que el ejercicio de la beneficencia conduce al camino del cielo.

—Y lo repito.

—Pues bien, ¿no es el ejercicio de la beneficencia hijo de los sentimientos de honradez?

—Lo es en efecto.

—Luego de ningun modo pueden perjudicar unos sentimientos que conducen el alma á su salvacion.

—No digo yo que sea perjudicial á nadie el hacer bien.

—Pues entonces ¿qué es lo que pueda serme nocivo?

—El hacer alarde de esos generosos sentimientos.

—Yo no lo creo así, el hombre de bien no debe ser jamás hipócrita.

—Va mucha diferencia, hijo mio, de la hipocresía á la modestia.

—¿Y no puede uno vanagloriarse de ser benéfico?

—No, porque entonces no se prodigan los beneficios por el deber de socorrer á los desgraciados, sino por satisfacer el propio orgullo.

—El orgullo de haber ejercido una buena accion es un orgullo noble.

—Mas noble y generoso es ejercerla en secreto. Ademas, hay á veces peligros inminentes en la publicidad de las buenas acciones. Esto iba á explicarle, hijo mio, pero sus contínuas interrupciones...

—Perdone usted, padre, si he sido tal vez indiscreto.

—¡Oh! no, de ningun modo. Al contrario, las objeciones que me ha hecho, las he oido con la mas dulce complacencia. Todas ellas son hijas de una virtud que admiro, tanto mas cuanto que es muy rara en estos tiempos de inmoralidad y prostitucion.

—Gracias por el buen concepto que merezco á usted; pero esos elogios son sin duda hijos de su indulgencia.

—Son hijos de la justicia. Es usted un jóven adorable, y Dios sin duda me le ha traido aquí para salvar á las dos inocentes que gimen en la Casa-Galera.

—Ese es todo mi afan, ese es mi ardiente deseo.

—Y se verá cumplido.

—¿De veras?

—Sí, se verá cumplido, si obra usted con mas cordura, si procede con mayor reserva.

—¡Con reserva!

—Es usted aun demasiado niño para conocer á los hombres;

yo pensaba como usted en mi juventud, y aunque retirado del mundo, he recibido tantos desengaños! ¡Dios perdone á mis enemigos! La experiencia me ha hecho conocer que el mejor medio de servir á Dios, es ejercer la beneficencia en secreto, y así lo hago en cuanto alcanzan mis débiles fuerzas. Esto es suficiente para explicar el modo misterioso con que se le ha conducido á mi pobre morada, y le aconsejo que imite mi reserva, si quiere ver cumplidos sus humanitarios deseos de dar la libertad á esas dos infelices que hace pocos dias han sido conducidas á la Casa-Galera. He dicho antes que habia un riesgo inminente en hacer gala de ciertos principios filantrópicos, y mas en dirigirse indiscretamente á las personas de posicion elevada para mendigarles proteccion. Estos magnates no solo jamás hacen cosa alguna en favor de los pobres, sino que sospechan del hombre generoso que toma la defensa del desvalido. Las desgraciadas que á todo trance hemos de salvar, hijo mio, son en verdad hija y esposa de un revolucionario. Esta circunstancia, que nosotros debemos olvidar, porque nada tienen que ver dos débiles mugeres con los extravíos de un hombre que ha dado ya cuenta de ellos al Todopoderoso, es alarmante... á lo menos para los espíritus vengativos, y no vacilan un momento en calificar de complicidad lo que no es mas que un sentimiento generoso.

Don Eduardo escuchaba con atencion al religioso, y fascinado por su acento de aparente bondad y de dulzura, habia olvidado la siniestra impresion de sus primeras palabras. Cayó en la red que se le tendia con el solo objeto de hacerle comprar á peso de oro la libertad de la *Bruja* y de su madre.

Los desengaños que acababa de tocar en la tertulia de la marquesa de Verde-Rama, en donde no le quedó la menor duda de que ninguno de los que se llamaban sus amigos y gozaban favor en la córte, habia querido hacer gestion alguna en favor de aquellas pobres mugeres, favorecian las ideas que acababa de emitir el astuto fraile.

—¡Oh!... es verdad, es verdad, padre—exclamó don Eduar-

do lleno de conviccion.—El proteger á los pobres es un crímen para los palaciegos...

—Un crímen que no perdonan—repuso el religioso—y que si hallan oportunidad, no le dejan nunca sin castigo. Créame, hijo mio, no haga alarde de esa generosa proteccion que dispensa á esas desdichadas. Se le puede acusar de haber pertenecido á la secta de francmasones, y aun cuando esto sea una calumnia, no dejaria de proporcionarle gravísimos disgustos.

—Todo eso será cierto; pero por mas riesgos que corra, estoy decidido á no abandonar mi empresa. Si los hombres me niegan su amparo, Dios me protejerá.

—Sí, hijo mio, Dios nos protejerá.... ó mejor dicho, Dios proteje ya, á no dudarlo, á esas infortunadas mugeres. Dios ha dispuesto esta entrevista para que allanemos cuantas dificultades se oponen á la realizacion de nuestras benéficas miras.

—¿Cómo así?

—Sacando partido de la misma inmoralidad de los hombres.

—Explíquese usted, padre.

—Escuche, hijo mio. En este siglo de corrupcion, todo lo alcanza el oro.

—Si de eso depende el éxito de la empresa, gracias á Dios soy bastante rico para prodigarle, y nunca me tengo por mas feliz que cuando le empleo en socorro de los desvalidos.

—Ya lo sé, generoso jóven, y por esta razon no he puesto un solo momento en duda que el triunfo coronará nuestra esperanza. Aquí... en reserva, hijo mio... sepa que tengo el medio de comprar la libertad de nuestras protegidas. Ya lo hubiera hecho si me hallase en otra posicion; pero un pobre sacerdote...

—¿Y qué cantidad se necesita?

—Han tenido la audacia de pedirme veinte mil reales; pero con mucho menos tendrán que contentarse. Me explicaria mas claro; pero me han exigido el secreto en cuanto á las personas que median en este asunto, y como religioso, de ningun modo puedo revelarle.

—De nada me sirve el nombre de esa persona con tal de que logre mi objeto. Dígale usted que están á su disposicion los veinte mil reales, tan pronto como se me entregue una órden para que se deje en libertad á las mugeres en cuestion. Pero esa órden.....

—Será de la autoridad competente. No es la primera que la direccion de la Casa-Galera ha recibido, y á su presentacion será obedecida sin dilacion ni repugnancia alguna.

—¿Pero está usted cierto, padre, que se obtendrá esa órden?

—¿Por qué no?

—Usted mismo acaba de hacerme una pintura exacta del empedernido corazon de los poderosos.

—No importa... DÁDIVAS QUEBRANTAN PEÑAS, hijo mio. A las nueve de esta mañana, tendrá en su poder la deseada órden.

—¿Quién la pondrá en mis manos?

—La persona que le ha conducido á este sitio.

—¿En mi casa?

—Sí, generoso jóven.

—Tendré preparados en oro los veinte mil reales.

—Y yo dirigiré á Dios mis oraciones para que premie ese rasgo de sublime beneficencia. Nada mas tenemos que hablar. Ahora, hijo mio, saldrá de esta humilde morada, del mismo modo que ha entrado en ella, con los ojos vendados, pero llevará ademas la bendicion de un pobre religioso.

—La bendicion de un santo sacerdote es la bendicion de Dios—dijo en un acceso de alegria don Eduardo, y levantándose de su asiento fué á postrarse ante el fraile y le besó la mano. El fraile la levantó despues, y mientras permanecia aun don Eduardo de rodillas, bendíjole con ademan solemne, y le dijo en tono de bondad:

—Siéntese, hijo mio.

Don Eduardo volvió á ocupar su asiento.

El fraile tosió de una manera significativa.

Apareció el personage misterioso, vendó los ojos de don

Eduardo y se retiraron sin que ocurriese cosa alguna digna de mencion.

El dia siguiente á las nueve de la mañana recibió don Eduardo la órden de la libertad de sus dos protegidas, y entregó á su portador los veinte mil reales consabidos.

Lleno de júbilo corrió don Eduardo á la Casa-Galera. Una nueva catástrofe laceró su corazon generoso.

El lector se acordará de las fúnebres vibraciones de una campana que doblaba á muerto. El capítulo que sigue explicará este enigma.





CAPITULO IX.

LA CASA-GALERA.

Combien la nature est feconde
En plaisirs ainsi qu'en douleurs!
BERANGER.

A guisa de visiones fantasmagóricas, una multitud de mugeres asquerosas se agitaba en un ancho salon, cuyas paredes ennegrecidas y mal enladrillado pavimento, revelaban la desidia de los que tenian á su cargo el aseo de aquel departamento de la Casa-Galera.

Veíanse acá y acullá animados grupos de aquellas infelices escuálidas, cubiertas de andrajos, que á pesar de verse allí condenadas, acaso á perpétua reclusion, despues de haberse gozado en los brutales placeres de una vida sin freno, libre y licenciosa hasta el escándalo, no aparentaban pesar ni arrepentimiento. Satánica sonrisa animaba sus rostros cadavéricos, y entre aullidos de feroz alegría entonaban alegres cantares, que formaban un

contraste incomprensible con el hambre, el frio, la miseria y esclavitud que las abrumaba. Semejante resignacion en la desgracia hubiera merecido la calificacion de heroísmo, si no tuviera por orígen la insensibilidad que enjendra la prostitucion.

Un farol que pendia del techo, y cuyos cristales empañados por el humo amortiguaban su opaca luz, iluminaba aquel cuadro, parecido á una de las fabulosas escenas de Rubens, ó mas bien á los grupos fantásticos de David Teniers.

Solo dos de aquellas infelices hallábanse abismadas en la mas horrible tristeza. Estas dos reclusas eran la *Bruja* y su anciana madre, que sentadas sobre un gergon, parecian entretenidas en algun triste coloquio que las hacia prorumpir con frecuencia en amargo lloro.

Entretanto se abandonaban las demás á una alegría salvage.

—Oye, Jesusa—dijo una jóven, dirigiendo la palabra á otra bien parecida que estaba bailando la cachucha con bastante gracia en medio del corro donde mas zambra se movia—¿qué estará haciendo ahora tu novio?

—Déjame en paz—respondió la infatigable sílfide.

—Calla, muger—dijo otra á la que habia hecho la pregunta.—¿Hablas de Pacorrillo *Pelagatos*?

—Del mismo. ¿No queria casarse con la Jesusa?

—Así lo decia, pero ya no puede casarse.

—¿Por qué?

—Porque el otro dia le llevaron á hacer bendiciones con los piés en la plazuela de la Cebada.

—¡Qué me dices!

—Lo que oyes.

—¿Con que le han apretado el corbatin?

—Cabalito.

—¿Y hace mucho de eso?

—La semana pasada.

—¡Jinojo! y ella bailando que se las pela en sufragio del alma del difunto.

—¿Y qué ha de hacer la probecilla? ¡Y con qué sandunga baila!

—Como que es hija de Cádiz—repuso una repugnante vieja que era la que mas alborotaba.—Siga la broma, que voy á cantar yo unas cuantas coplitas.

Y con voz cascada y trémula cantó, haciendo ridículos visages y contorsiones, lo siguiente:

Que viva la gente crua
del bello suelo andaluz,
donde las gembras derraman
toda la sal de Jesus.
Vámonos, gachona mia,
vamos á echar una caña,
y brindaremos juntitos
por la sandunga de España...
Vámonos.

—

Yo creo que tú me engañas
cuando dices que me quieres,
porque teneis malas mañas
toditicas las mugeres...
Vámonos, tierna paloma,
vámonos al Trocadero,
y en el primer ventorrillo
te haré ver lo que te quiero...
Vámonos.

—

Las rubias de ojos azules
son la miel de la colmena;
mas yo estoy por lo salao,
¡viva la gente morena!
Vámonos, prenda del alma,
vámonos á la Caleta,
te daré los boquerones
que te saben á canela...
Vámonos.

—¡Vivan los boquerones!—exclamó una mozuela, dando recios empellones á las demás, é interrumpiendo con desaforados gritos la cancion y el baile.—Yo tengo hambre de boquerones... que nos traigan boquerones para cenar!...

Todas siguieron el repentino impulso de insubordinacion, y empezaron á dar saltos y chillidos, agitándose como furias infernales.

Este movimiento era natural. Parecia una explosion de alegría, y era un destello del hambre. Acababan de dar las ocho, hora en que se repartia á las infelices un desabrido potage de patatas para cenar.

En efecto, aun vibraba la última campanada de las ocho cuando apareció una forzuda Maritornes con un gran caldero.

Apiñáronse las reclusas en torno de ella, quién con una taza rota, quién con media cazuela, esta con un cacharro de vasija, la otra con un puchero resquebrajado, y todas aguardaban su cena con indefinible avidez.

Hemos dicho mal; no todas se abalanzaron al insípido alimento que se les presentaba. La *Bruja* y su anciana madre permanecian inmóviles, mientras las demás devoraban su racion, que consistia en algunas cucharadas del citado potage de patatas y un cuarteron de pan.

—¿No cenan esas dos alhajas?—preguntó una de las miserables.

—Yo no tengo hambre—respondió la *Bruja*—y mi madre se ha puesto muy enferma... Vuestros gritos la aturden. Si no movierais tanto ruido, os lo agradeceria mucho, buenas mugeres...

—Ese mónstruo se burla de nosotras. Nos llama buenas, como si tanto á ella como á nosotras no nos hubieran traido aquí por sér malas mugeres.

—¿No sabeis por qué no tiene hambre ese demonio?

—¿Por qué?

—Porque es bruja, y á media noche se echa á volar y hace provision para todo el dia.

—Verdad es que es bruja, y es una injusticia haberla traido á la Galera. ¡Qué la encierren en la inquisicion!

—¡Qué la arrojen á una hoguera!

—¡Fuera de aquí!

—¡Fuera! ¡fuera!

Estas exclamaciones en que prorumpian á un tiempo todas aquellas furias en tono amenazador, producian una gritería espantosa.

La pobre anciana temblaba convulsivamente.

—¡Madre, madre mia!—exclamó con sobresalto la *Bruja*, al ver convulsa á la pobre ciega.—¡Dios mio! ¡Piedad! ¡piedad!... Mi madre se muere.

—Tranquilizaos todas—dijo la que habia traido la cena.—Tengo órden dc trasladar á otro aposento estas dos mugeres.

—¡Bien! ¡bien!—gritaron las reclusas.

Una voz añadió:

—Eso es que las van á poner en capilla para quemarlas por brujas. Si lo es la hija, tambien lo será la madre.

—Seguidme—dijo la muger que, despues de haber repartido las raciones, se retiraba con el caldero vacío—tengo órden del director para que se os coloque en buen aposento, y se os trate con distincion.

—¡Dios mio!—exclamó con desesperacion la *Bruja*.—No tiene ya fuerza para sostenerse.

—¡Ánimo, buena anciana!—prosiguió la misma muger.—Venga un brazo... el otro á su hija de usted... Así... Ya está preparada la cama... y con buenos caldos recobrará usted pronto la salud. ¡Oh! se conoce que tiene usted buenos protectores.

. . . .

Pocos momentos despues ocupaba la enferma una cama aseada en otra habitacion decente.

No tardó en visitarla un buen facultativo, y se la prodigaron todos los auxilios de la medicina. Ya eran ineficaces. El médico cedió su puesto al religioso. El cuerpo no podia salvarse ya, era preciso consagrar los pocos momentos que á la enferma le quedaban de vida para salvar el alma.

Recibió los santos sacramentos con edificante resignacion, y aunque pálido y moribundo, habia recobrado su semblante la ex-



La Bruja de Madrid, por D. W. Ayguals de Izco.

presion de la felicidad. Conservaba la infeliz todo su conocimiento, y ansiaba el instante de verse ante la presencia de Dios.

—No llores—decia la moribunda á su inconsolable hija.—No acibares con tu llanto los últimos momentos de mi existencia. Estos momentos felices en que veo terminados todos mis infortunios. Tu padre me llama, hija mia..... ¿Qué hago yo en este mundo?

—¿No tiene usted una hija que la adora?

—Es verdad.... y á quien yo tambien he querido siempre con idolatría; pero yo... pobre ciega, no puedo ver sus facciones.... Me acuerdo que era tan linda!....

La *Bruja* se estremeció, y prorumpió en nuevo llanto.

—Hija mia—continuó su madre con voz apagada ya por la agonía—¡cuánto siento no poder verte en este instante!... Acerca á lo menos tus lábios á los mios... Deja... hija adorada... que te dé mi último beso....

La *Bruja* rozó sus lábios con los de su madre, y no pudo contener las lágrimas que bañaron el lívido rostro de la moribunda.

—¿Por qué lloras, hija mia? Tú debes alegrarte de mi muerte..... Reflexiona bien lo que padecia en este mundo..... Y sin mi pobre Francisco... Bien sabia yo que no podria sobrevivirle. Me está llamando, hija mia... ¿No oyes su cariñosa voz?... Mira... ese hermoso niño.... que bate sus hermosas alas como una mariposa... que me tiende su manecita.... ¿le ves?... es un ángel... Viene... en mi busca... para llevarme... á donde... está... mi esposo... mi es... poso... mi es...

Despues de pronunciar estas palabras con acento apagado, repentina convulsion agitó los miembros de la moribunda.

—¡Madre! ¡Madre!—gritó azorada la *Bruja*, y viendo que su madre estaba fria como el mármol, dió voces de dolor y de desesperacion.

Presentose aceleradamente el religioso que habia confesado á la enferma, y con el crucifijo en la mano la dirigió las últimas exhortaciones.

Era la media noche cuando aquella pobre muger murió embellecida con la aureola del justo. La muerte tenia para ella mil encantos..... esa muerte cuyo recuerdo atosiga acerbamente á los criminales hasta en el goce de los tesoros y todo linage de placeres de su deleznable y azarosa existencia.

Cuando se presentó don Eduardo en la Casa-Galera, contáronle el triste suceso que acabamos de describir, añadiendo que la *Bruja*, despues de haber sufrido frecuentes convulsiones, que ponían su vida en peligro, logró llorar largas horas, y estaba ya sosegada; pero en cama y con calentura.

Al oir esto, brilló en el semblante de don Eduardo la expresion de la ira como una llamarada fosfórica. Acordose de que todas estas desgracias eran consecuencia de la injusticia de los poderosos y del criminal abandono con que se trata á los pobres. Pero á este destello de indignacion siguió un acceso de amargura. No pudo contener algunas lágrimas. Recomendó muy encarecidamente la enferma al facultativo y al director, entregando á este último la órden para que se dejase libre á la *Bruja* tan pronto como estuviese del todo restablecida, y se despidió encargando que se hiciese de su cuenta un lucido entierro á la madre, dejando algunas monedas de oro de limosna, para alivio de las desgraciadas que expiaban sus extravíos, ó eran víctimas de alguna venganza en aquella reclusion.

Regresaba don Eduardo á su casa con el corazon prensado de tantos sinsabores.

—*¡La naturaleza es tan fecunda en placeres como en amarguras!*... Desechemos la melancolía—decia por el camino.—La pobre anciana que ha muerto, no podia ser ya feliz en este mundo. ¿Y su hija? Me valdré de todas los medios posibles para que deje de ser el escarnio del vulgo. Le señalaré una pension... ¡Nunca ha querido admitirla!... ¡Cuántos misterios en esta muger!... Yo no sé por qué me interesa.... por qué me conmueven sus desgracias. ¡Oh! es preciso lograr á todo trance mejorar su situacion. Yo voy á ser feliz con las bodas proyectadas, toda vez que de ellas depen-

de el sosiego de mi padre. La felicidad no es verdadera cuando no se propaga á las personas que nos circundan. Sí... sí... esa muger misteriosa ha de ser dichosa tambien.

La niebla del mal humor que oscurecia el semblante del duquecito, disipose por fin.

Un lacayo le aguardaba en su casa á la puerta de la calle, y al pasar, entregole un papel, y desapareció.

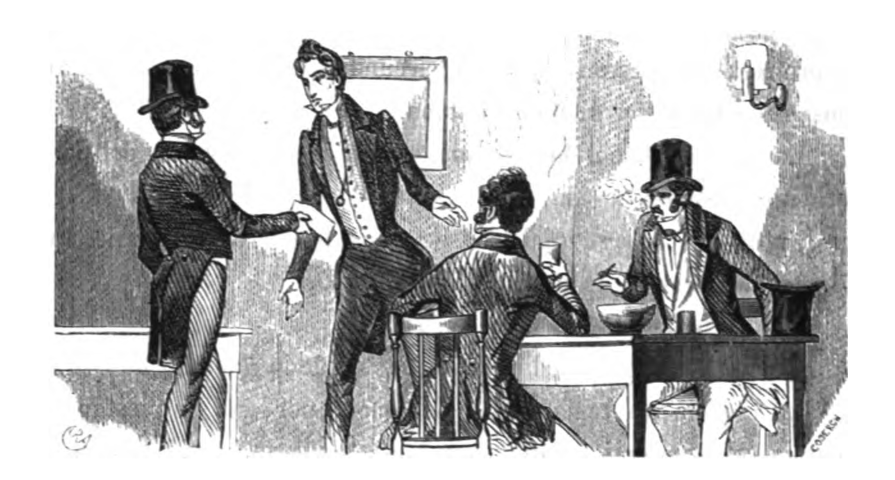
Era un billete de desafio á muerte.

Citábasele para el medio dia en el café de la *Fontana de Oro*.

La esquela no tenia firma, y aunque por esta circunstancia merecia el desprecio del duquecito; este jóven que era tan valiente como generoso y compasivo, miró su reloj, y dijo para sí:

—Las doce menos cinco minutos... no se puede perder un momento. La provocacion es donosa, y no puede menos de suceder algun lance jocoso que me desimpresionará sin duda de la triste escena que me acaban de relatar.





CAPITULO X.

EL CONVENIO.

> Vente á mi, que un caballero solo soy, que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida....
>
> CERVANTES.

Vibraba todavía la última campanada de las doce, cuando el duquecito de la Azucena cruzaba por debajo del dintel de la puerta principal de la *Fontana de Oro*.

La concurrencia en aquel sitio era á la sazon escasa, por manera que una ojeada breve bastole á don Eduardo para pasar revista á cuantos ocupaban las mesas ó se paseaban por el salon.

No vió un solo rostro que destellase expresion hostil.

Encendió un puro para dar lugar á que su misterioso rival se diese á conocer; y reparando que en uno de los rincones del café estaban tomando ponche tres de sus mas íntimos amigos, aproxi-

mose á ellos, y por un efecto de natural reaccion, despues de la melancolía que le habia afligido hasta poco hacia, empezó á reir como un loco.

Al verle don Agapito, que era uno de los tres jóvenes, perdió el escaso color que el ponche habia encendido en sus mejillas, y en voz balbuciente murmuró:

—¡Me hace gracia la risita!

—En efecto—añadió uno de los otros dos personages—muy risueño se nos descuelga Eduardo.

—¿De qué provienen esas carcajadas?—preguntó el tercero de los susodichos al mismo don Eduardo.

—¿Pues no me he de reir?—contestó el duquecito.—Y vosotros os vais tambien á desternillar de risa al saber la causa de mi hilaridad. ¡Cosa mas graciosa!...

Y prorumpió en nuevas y estrepitosas carcajadas.

De repente procuró dar á su rostro la expresion de burlona tristeza, y fingiendo compuncion y amargura exclamó en tono solemne:

—¡Ay, amigos mios! mi última hora ha sonado, como dicen los malos traductores de novelas. Y tú, Agapito, exclarecido cisne del Manzanares, ya puedes preparar un epitafio para mi losa sepulcral.... Unas sentidas endechas.... una tierna elegía para recitarla junto á la huesa de este desgraciado. ¡Oid!... ¡Oid mi sentencia de muerte.

Y sacando del bolsillo de su chaleco el billete que acababa de recibir, leyó lo que sigue:

«Caballero: en este mundo no cabemos los dos. La mejor razon la espada. Las nuestras decidirán quién está de más. Al medio dia me hallará usted en el café de la *Fontana de Oro* para dar cima á este lance de honor... ¡Duelo á muerte! Si usted no acude á la cita, si usted se oculta, sabré encontrarle aunque sea en las cavernas del Báratro.»

—El caso es—añadió don Eduardo, riendo con mejor gana que nunca—que segun las apariencias soy yo quien tendré que

bajar á los dominios de Pluton para hallar á mi romántico rival, porque se pasa la hora de la cita, y no veo por acá persona alguna que lleve trazas de lanzarse al palenque. Debe de ser un caballero muy gordo, cuando asegura que él y yo no cabemos en el mundo.

—¿Y no ha conocido usted por la letra quién puede ser el autor de esa carta?—preguntó con gravedad don Agapito.

—¡Oiga!—repuso con sorpresa don Eduardo.—Ese tono.... el estilo poético de la esquela.... la pregunta que me haces, y los términos de cumplimiento con que me tratas... tú que siempre me has tuteado..... Pero no, no es posible..... ¡Estás tan flaco!....

—¿El qué no es posible?—dijo don Agapito.

—Que me hayas dirigido tú estos ridículos renglones.

—Pues yo soy quien se los ha dirigido á usted, caballero—replicó en tono solemne el aristocrático poeta.

—¿Tú?... ¡Oh! será una chanzoneta....

—Yo no me chanceo en materias de alta importancia, señor duque. *Quiero probar sus fuerzas de usted..... Quiero quitarle la vida.*

—Pues es una friolera—respondió don Eduardo sentándose; y dando una palmada en la mesa, gritó:—¡Mozo! un ponche.—Y dirigiéndose á sus compañeros, añadió:—¿Sabeis, amigos mios, que este lance se hace cada vez mas jocoso y divertido?

—Hablo con toda formalidad, señor don Eduardo.

—Lo creo así; pero ¿me será permitido saber qué motivo hay para que salgamos al campo á derramar nuestra preciosa sangre?

—El mónstruo cíclope Polifemo, á pesar de su fiereza y rusticidad, pagó tributo al amor.

—¿Y nos hemos de batir nosotros porque Polifemo estuvo enamorado?

—Y adoró los encantos de Galatea....

—¡Linda muchacha sin duda!

—La mas hermosa de las Nereidas despues de Tetis.

—¡Cáspita!... Pero todo eso, aunque muy poético y sublime, no me dá la menor idea del motivo de tu resentimiento.

—Es que yo soy el predilecto de la bella marquesita de Verde-Rama, como lo fué Acis de la encantadora Nereida; y no permitiré que ningun satélite de Vulcano invada la misteriosa gruta de mis amores... el teatro secreto de mis voluptuosas delicias.

—Me parece que voy cogiendo el hilo del ovillo. Te perdono el que me hayas llamado mónstruo, y cíclope, y satélite de Vulcano, en gracia del buen rato que me dan tus singulares ocurrencias. Segun veo, todas esas frases mitológicas se reducen á decirme que amas á la marquesita; no es esto?

—Y que ella me corresponde—respondió con orgullo el dichoso poeta.

—Si eso es así—repuso don Eduardo—no tengo inconveniente en abandonar el campo.

—¿De veras?—exclamó radiante de gozo don Agapito.

—Lo juro delante de estos amigos.

—No esperaba yo menos de tu buena amistad—dijo don Agapito abrazando con alegría á don Eduardo.—Ya lo oís—añadió, dirigiéndose á sus dos compañeros—el duquecito abandona la liza.... Ya no hay duelo, amigos mios, los dos encarnizados rivales se han convertido en Pílades y Orestes.

—Poco á poco, Agapito—dijo don Eduardo, haciendo caer con el dedo meñique la ceniza de su puro en el braserillo.—Tú estás cierto, segun acabas de decirme, de que eres el único objeto del amor de la marquesita?

—Ya se vé que sí. ¡Pues qué! ¿podrias creer acaso que pertenece mi amada á esa turba de ninfas, conocidas entre nosotros los literatos por el nombre de Propétides, que allá en Chipre, isla consagrada al culto de Venus, se abandonaron tan sin freno á la lubricidad, que tuvo que castigarlas la diosa Citerea transformándolas en rocas?

—No por cierto.

—¿O te imaginas, cual otro Pigmalion, que todo el bello sexo es capaz de cometer los mismos deslices que las Propétides?

—Nada de eso; pero si tanto os amais recíprocamente.....

—Como Píramo y Tisbe: y apelaremos como ellos á la fuga, si nuestros parientes se oponen á nuestra union.

—Espero que no llegará semejante caso.

—¿Por qué razon?

—Porque si es cierto que la marquesita te ama, renuncio desde ahora á su mano. Solo por dar gusto á mi padre consentia yo en este enlace, que al parecer ha sido proyectado por la señora marquesa y él. Ellos están en la inteligencia de que la niña no desdeñará mi amor.

—¡Oh! se equivocan solemnemente.

—Tanto mejor para tí; pero quiero recibir el desengaño de su propia boca.

—¿Es decir que quieres enamorarla?

—Ya se vé que sí.

—¿Con que persistes en ser mi rival?

—¿Por qué no?

—Siendo así, fuerza será batirnos.

—¡Batirnos!

—Sí, la espada decidirá quién ha de ser el dichoso.

—¿No seria mejor que lo decidiese la interesada?

—Dice bien Eduardo—exclamó uno de los dos testigos de este original coloquio.

—En efecto—añadió el otro—nada mas justo que sujetarse á la eleccion de la favorecida. No seas tonto, Agapito, pues si efectivamente la marquesita está enamorada de tí, el triunfo tuyo es indudable.

—Repito—dijo don Eduardo con formalidad—que si el corazon de la marquesita no está enteramente libre, abandono el campo.

—Ya puedes pues abandonarle—exclamó con insolente sonrisa el poeta.

—Lo veremos.

—Y para darte una prueba de la seguridad que tengo en la constancia de mi amada, me allano á tus deseos. Verdad es que cuando Céfalo quiso poner á prueba la constancia de Procris, hija de Erecteo rey de Atenas, esta impertinente curiosidad fué el orígen de su trágico fin; pero toda vez que estos amigos hallan justa tu proposicion, no quiero que seas víctima de mi destreza en el manejo de toda suerte de armas.

—Gracias por la generosidad con que me perdonas la vida, amigo mio—dijo don Eduardo con sarcástica sonrisa.—Sin embargo, si quieres que salgamos á batirnos, me arredran muy poco las ventajas que reconozco en tí, y aun te dejo la eleccion de las armas.

El tono con que fueron pronunciadas estas palabras, llenó de miedo á don Agapito. Procuró, no obstante, disimular aquella impresion, soltando una burlona carcajada.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah!.... Señor enamorado, no quiero yo darte una leccion que seria demasiado terrible. Mejor será que la recibas de los hermosos lábios de la beldad que te ha vuelto el juicio. ¡Pobre duquecito! Voy á darte un consejo: ya sabrás que en la isla de Léucade hay una eminencia sobre las encrespadas olas, que los griegos tenian como el único remedio de los amantes desesperados.

—¡Oigan!

—Era un remedio prodigioso para las dolencias de amor. La misma Venus dió el salto de Léucade para olvidar á Adonis.

—¡Cáspita y lo que sabe este chico!—prosiguió con ironía don Eduardo.

Los otros dos amigos no pudieron contener su risa, pero el pedante continuó con mucha formalidad:

—No hay que reirse, señores. Safo, la muger mas hermosa de Lesbos, no pudiendo ablandar el diamantino pecho de Faon, dió tambien el salto de Léucade.

—¿Y qué?

—¡Y qué! La cosa es muy sencilla, señor enamorado sin esperanza, ya no te queda mas áncora de salvacion que dar el salto de Léucade.

—Allá veremos... quién hace saltar á quién.

Esta conversacion se prolongó hasta la hora en que era de buen tono dar algunos paseos por el Prado.

Don Eduardo se levantó é hizo un signo al mozo del café, que queria decir: «no cobres, que yo te pagaré el gasto que se ha hecho.»

—¿Te vas ya?—preguntó don Agapito á su rival.

—Sí, querido: no quiero desperdiciar un solo momento.

—¿Cómo así?

—Como que la marquesa y su hija suelen ir todos los dias al Prado.

—En efecto, allá iré yo dentro de poco á ofrecer mi brazo á la beldad que eclipsa los encantos de la hermosa Juno.

—No te le admitirá.

—¡Eduardo!

—¡Agapito!

—¿Dices que no admitirá mi brazo?

—No le admitirá.

—¿Por qué razon?

—Porque tendrá el mio.

—Si tan imprudente eres que permaneces á su lado á mi llegada, harás un ridículo papel.

—¿Lo crees así?

—Te desdeñará como Eurídice á Aristeo.

—Tal vez; y si así sucede, te repito que renunciaré á su mano. Pero lo mismo has de hacer tú, si conquisto su amor.

—Es un absurdo el imaginarlo.

—Allá veremos.... ¡A Dios!

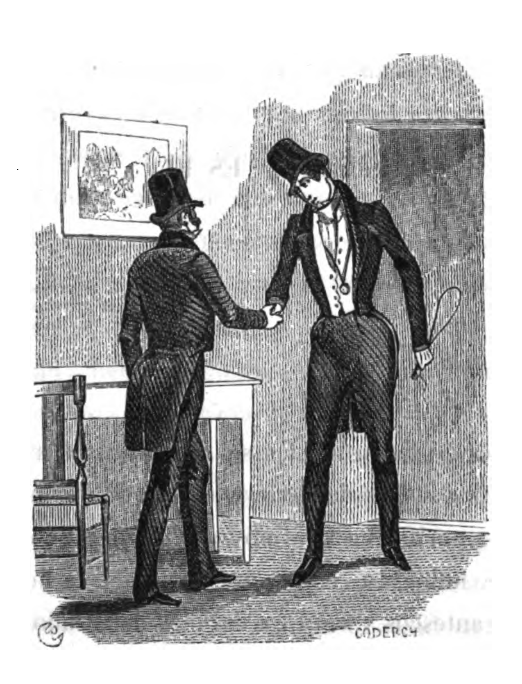
Los dos rivales se dieron un apreton de manos en muestra de conformidad.

Desapareció don Eduardo, y aguijoneado el poeta por los ce-

los, tardó pocos momentos en tomar la misma direccion que su rival. ¿Cuál de estos dos amantes será el favorecido? Don Agapito está seguro de la fidelidad de la marquesita, porque le ha jurado mil veces eterna constancia. Pero en los enamorados es el perjurio tan frecuente como en los reyes.

De todos modos se aglomeran donosos elementos que no podrán dejar de producir una escena verdaderamente cómica.

Quisiéramos poseer el ingenio y la gracia de Paul de Kock, para describirla. Ensayaremos nuestras débiles fuerzas en el capítulo inmediato.





CAPITULO XI.

¡ES ÉL!... ¡ES ÉL!...

E um passeio
bem agradavel.
F. MANUEL.

Eran las tres de la tarde. Un sol radiante y abrasador, como el que en los serenos dias de invierno baña de inmensa claridad la coronada villa, purificaba la atmósfera, y alejaba el frio hasta el extremo de que hubiérase creido que imperaba la hermosa primavera, si los gigantescos y vetustos árboles del Prado no estuvieran ya despojados de su pompa de esmeralda. Sus verdes hojas habian palidecido, y caian secas y sin vida al frio soplo del cierzo.

Lucida y animada concurrencia poblaba la parte de este magnífico paseo conocida por el nombre de *salon*.

Muchas eran las beldades que cautivaban por su elegancia y hermosura la atencion general, y entre el escaso número de las

mas notables por sus hechizos, descollaba la fascinadora Elisa, cuya donosura, superior á todo encarecimiento, campeaba no solo en la elegancia de su trage, sino en la expresion de sus lindos ojos, en los encantos de su dulce sonrisa y en la agradable coquetería de sus ademanes.

Esta aglomeracion de atractivos era el imán de los jóvenes mas elegantes. Todos ellos se disputaban el honor de entablar conversacion con la hermosa marquesita, y mientras el duque de la Azucena obsequiaba á la mamá, su digna hija veíase rodeada de galanteadores que la enamoraban en coro.

Este enjambre de impertinentes moscas de frac ó levita, que revoloteaba en torno de la jóven seductora, atraido por la hiblea miel de su hermosura, fué menguado preludio para don Eduardo; pero deseoso de vencer al fátuo poeta que acababa de provocarle, aproximose á la dichosa beldad, no sin haber antes dirigido sus finos cumplimientos á la mamá, que de bracero con el duque de la Azucena iba delante, llevando en brazos un doguito faldero.

No tardó el duquecito en merecer de la agraciada niña tan marcada predileccion, que poco á poco fueron dispersándose los demás candidatos, conociendo que no era muy airoso el papel que desempeñaban en aquella escena.

—La verdad, hermosa Elisa—decia don Eduardo con ternura—¿tan libre está su corazon de usted?

—Lo estaba, Eduardo—respondió la marquesita.

Al dar esta misteriosa contestacion, dirigió al duquecito una dulce mirada, y como agobiada de rubor, dejó caer sobre las negras pupilas de sus ojos los sonrosados párpados festoneados de larguísimas pestañas. Una sonrisa melancólica dió en este momento á las bellas facciones de la marquesita toda la expresion del amor y de la inocencia.

Sin embargo, esta expresion fascinadora no era mas que un destello de coquetería.

—¡Es posible!—repuso don Eduardo conmovido.—¡Tan linda!... ¡Tan amable!... Dotada de mil perfecciones...

—Me sonroja usted, Eduardo.

—Rodeada de galanteadores ¿es posible, repito, que no haya entre todos ellos uno solo que merezca la predileccion de usted?... ¿Es posible que conserve usted la libertad de su corazon entre los homenages de tantos apasionados?

—Aseguro á usted, amigo mio, que todos esos jóvenes que hace poco estaban á mi lado, me son del todo indiferentes.

—Será así, son encantadores en demasía sus bellos lábios para que la mentira empañe su virginal carmin; pero si entre los amigos que acaban de separarse, no hay ninguno tan afortunado que pueda aspirar al amor de usted... ¡quién sabe!... no todos los que la adoran estarian presentes...

—No le entiendo á usted.

—¿De veras, no me entiende usted?

—Jamás supe mentir.

—¡Oh! eso acabo yo mismo de decirlo.

—Es verdad, usted lo ha dicho por galantería, pero yo se lo aseguro á usted con toda formalidad: mi corazon y mis lábios no se contradicen jamás.

—Ese es un nuevo atractivo digno de los muchos que atesora usted.

—Gracias por la lisonja.

—No es lisonja sino verdad, que tampoco yo acostumbro decir lo que no siento.

—Entonces me considero muy feliz de merecer á usted tan ventajosa opinion; pero he dicho á usted que no entendia cierta frase... y usted no se ha dignado explicármela.

—Es muy justa la reconvencion.

—No es reconvencion, es curiosidad de muger.

—Voy á satisfacerla con mucho gusto. Decia yo que aun cuando entre los jóvenes que estaban en compañía de usted cuando he llegado, no haya ninguno á quien mire usted con ojos de predileccion, tal vez no tardará en presentarse algun mortal mas dichoso. ¿Me entiende usted ahora, amable Elisa?

—Le he dicho á usted que mi corazon estaba libre.

—Pues no falta quien hace alarde de ser correspondido por usted.

—¡Jesus!... será algun loco...

—No es un loco... es un poeta...

—¡Pues!... allá se van... ¿Es por ventura don Agapito?

—El mismo... ¡Qué pronto lo ha adivinado usted!

—Es que no conozco á otro que pueda decir semejante majadería. El pobre muchacho se deshace en poéticas adulaciones..... ¿Qué ha de hacer una sino reirse de tales extravagancias, y tomarlas á broma?... Esto puede acaso haberle hecho concebir alguna esperanza...

—Es que no se trata de meras esperanzas... Hoy mismo... no hace media hora... me estaba diciendo que usted le ama.

—¡Yo!... ¡Ah! ¡ah! ¡ah!... Estoy segura de que no lo diria en mi presencia.

—¿Y si en presencia de usted lo digese?

—Sabria darle un desengaño.

—Eso me tranquiliza.

—¿A usted, Eduardo? ¿Acaso le importa á usted algo que yo quiera á otro?

—Seria para mí una desgracia.

—¿De veras?—exclamó con júbilo la marquesita.

—Elisa, yo no sé si tendrá usted noticia de cierto proyecto fraguado entre mi padre y su mamá de usted.

—Sí, Eduardo, lo sé todo.

—¿Y qué le parece á usted?

—No me atrevo á decirlo.

—¿Pero aprueba usted el pensamiento?

—¡Ay, Eduardo!—exclamó la marquesita como en un acceso de amor—su realizacion colmaria mi felicidad. ¿Y usted?

—Si no temiera algun rival..... Precisamente llega ahora Agapito.

Así era la verdad. En aquella sazon acababa de aproximarse

don Agapito á la marquesa de Verde-Rama, y despues de dirigirle un respetuoso saludo, acercose á su hija con talante risueño, y en tono de confianza le dijo:

—Perdone usted, Elisa, he venido un poco tarde... Sin embargo, ya sabe usted que así como Leandro cruzaba las olas del Helesponto, para tributar sus homenages de amor á la hermosa Hero, cruzaria yo...

—¡Oh! don Agapito—exclamó la marquesita con fria indiferencia.

—Ya le habrá dicho á usted mi amigo Eduardo que estaba entretenido en el café con unos amigos...

La marquesita, sin hacer el menor caso de las palabras de don Agapito, dijo á don Eduardo:

—Es preciso confesar que el Prado *es un paseo muy agradable*... Hoy le he encontrado mas atractivos que otros dias.

—Cuando está usted en él—repuso don Eduardo—atesora en efecto muchos atractivos.

—Eso no es verdad, amigo mio, porque vengo todos los dias, y siempre he experimentado cierto fastidio que hoy no siento; prueba evidente de que tiene este paseo alicientes que otros dias no tenia... á lo menos para mí.

—Vamos que cuando la acompaña á usted mi amigo...

—¿Quién? ¿Agapito? No hay duda que es un jóven muy apreciable; pero anda tan distraido con sus queridas...

—¡Yo!—exclamó con asombro don Agapito.

—Sí señor, usted—dijo riéndose Elisa.

—¿Quiénes son esas queridas?

—Las nueve ninfas del Parnaso—respondió Elisa.—Nueve queridas, mire usted si tiene el picarillo bien ancho el corazon.

—Ya sabe usted que en él solo cabe un amor..... el amor que sus ojos de usted han encendido, y arde ahora como un volcan...

—Un balcon tengo en el pecho—interrumpió Elisa, remedando el tono declamatorio del poeta.

—¿Se burla usted?

—¿Burlarme yo de un jóven de tan esclarecido talento?..... ¡Dios me libre!—Y dirigiendo la palabra á don Eduardo, añadió:—prosigamos nuestra conversacion, amigo mio. No interrumpamos á don Agapito, que probablemente estará buscando un consonante difícil para terminar algun idilio á su Filis.

—¿Y no es usted su Filis?—preguntó don Eduardo.

—No entiendo esa pregunta—respondió Elisa con seriedad—y comprendo aun menos cómo se atreve usted á dirigírmela.

—Habla tú, Agapito. Sácame de este apuro. ¿No me has dicho esta mañana que tú amabas á esta señorita, y que eras correspondido? ¿No acabas de decírmelo en el café?

—¿Qué es esto, caballeros? ¿Es posible que se me ultraje de semejante modo? ¿Es posible que haya quien propale..... y nada menos que en un café, tan atrevidas suposiciones?

—Perdone usted, amiga mia, si he abusado de su confianza. Filoctetes....

—Filoctetes no le ha autorizado á usted nunca para faltar á la verdad.

—¿Con que no me ama usted?

—No señor.

Don Eduardo dijo por lo bajo á don Agapito.

—Creo, amigo mio, que has perdido el pleito.

—Es que ahora está celosa; pero ya le pasará—repuso don Agapito en voz baja tambien.

—Sin embargo, me parece que tendrás que recurrir al último remedio.

—¿Y cuál es el último remedio?

—El de los desesperados.

—¡Cómo!

—Dando el salto de Léucade.—Y dirigiendo la palabra á Elisa, dijo en alta voz:—reflexione usted, señorita, que el pobre Agapito no ha querido ofender á usted; y si algo valen mis súplicas, espero perdonará usted su ligera falta.

—La falta de este caballero, don Eduardo, no es tan ligera

como usted supone; pero toda vez que es amigo de usted.....

—Amigo íntimo...—añadió don Eduardo.

—Olvidaré una ofensa, que espero será la última que ese caballerito se tome la libertad de hacerme.

Don Agapito se mordia los lábios de cólera y de confusion.

—Doy á usted mil gracias por su generosidad, amable Elisa—repuso don Eduardo.—Es usted tan buena como hermosa.

—Usted me ha suplicado que fuese indulgente con su amigo, y las súplicas de usted son mandatos para mí, que me huelgo sobremanera en obedecer.

—Perdone usted, mi buena amiga, nunca será mi ánimo imponerle á usted obediencia. Me llena de orgullo y de satisfaccion la amabilidad con que accede usted á mis deseos; pero en cuanto á mandatos solo yo debo recibirlos de usted, yo que me considero su mas rendido esclavo.

El poeta oia este amoroso diálogo con toda la iracundia de los celos; pero por no ponerse mas en ridículo á los ojos de su rival, procuraba disimular, y seguia silencioso al lado de su amigo, hasta que, pasando á la izquierda de la marquesita, con voz trémula se atrevió á preguntarla:

—¿Le ha pasado á usted el enojo?

Elisa no le respondió.

—Pregunta mi amigo si se le ha pasado á usted el enojo—dijo don Eduardo.

—Yo no puedo estar nunca enojada al lado de usted.

—Me honra usted mucho, señorita; y doy á usted gracias por mí y en nombre de mi amigo, que debe estar muy satisfecho por la amable contestacion de usted.—Y dirigiéndose á don Agapito, añadió:—vamos, ya se acabó todo.

Don Agapito lanzó una mirada tan feroz á don Eduardo, que parecia decirle con los ojos: «¡Maldito seas!» pero el duquecito se habia propuesto castigar severamente la petulancia del poeta, y estuvo mas cruel con su rival de lo que era de esperar de su caracter bondadoso.

—Mire usted si mamá lo entiende!... Asida del brazo del duque...—dijo Elisa á don Eduardo.

—¿Quiere usted el mio, Elisa?—repuso en tono apasionado el poeta.

—Gracias, don Agapito—contestó la marquesita.—Don Eduardo es tan amable... él y el señor duque quieren acompañarnos á casa.

La marquesita se asió del brazo de don Eduardo, y llamando á la marquesa, añadió:

—Mamá, mamá, me he tomado la libertad de convidar á comer con nosotras á este caballerito.

Don Eduardo hizo un movimiento de asombro.

—Muy bien, hija mia, y espero que tambien nos favorezca el duque.

—Mil gracias, marquesa—respondió el padre de don Eduardo,—aceptamos los dos el convite con mucho gusto.

—No digo nada á don Agapito—prosiguió la marquesa—porque sé que está abrumado de ocupaciones. Sin embargo, bien podria hacer un esfuerzo... aunque no fuese mas que á los postres.

—¡Qué cosas tiene usted, mamá!—dijo la hija—¿por qué se ha de incomodar este caballero?

—¡Me gustan tanto sus ocurrencias!...—repuso la madre.—No hay remedio... le aguardamos á usted á la hora del café... Queremos que nos recite usted alguna letrilla..... que nos haga usted reir..... Me divierten mucho los versos de usted.

—Vamos, no hagas falta, chico—añadió el duquecito en tono zumbon.—Sé amable una vez en tu vida. A la hora del café, ¿lo oyes? Estas señoras quieren que las hagas reir.

—Retirémonos ya—dijo la marquesa—estoy cansada de tener á este animalito en brazos.

—Agapito lo llevará—repuso don Eduardo.—Y tomando el perrito de la marquesa lo confió al cuidado de su amigo.

—Con mucho gusto—contestó don Agapito temblando de cólera.

Y las tres parejas se dirigieron al palacio de la marquesa de Verde-Rama por el órden siguiente: iban delante en muy animada y alegre conversacion don Eduardo y la marquesita; seguian el duque y la marquesa, cerrando la marcha don Agapito, que á guisa de lacayo llevaba al mimado faldero en brazos, como si condujera un chiquillo á bautizar.

Poco antes de entrar en el palacio se oyó una voz que exclamaba como fuera de sí:

—¡Es él!... es él!...

¡Y una hermosa niña cayó desmayada en los brazos de su madre!





CAPITULO XII.

UN FANTASMA.

Nos convivia, nos prælia virginum
Sectis in juvenes unguibus acrium
Cantamus vacui, sive quid urimur
Non præter solitum leves.
HORACIO

El carnaval del año 1824 no fué en Madrid tan bullicioso y alegre como suele serlo de costumbre.

Obcecado Fernando VII en sus tiránicos planes de gobernar como rey absoluto y señor de vidas y haciendas, habíase rodeado de estúpidos consejeros, si es que el nombre de *consejeros* cuadra á entes relajados, sin otro mérito que el saber amoldarse á los deseos del monarca, adular sus torpezas é iniquidades, y concretar la ciencia del gobierno á un sistema de sangrienta intolerancia y espantoso retroceso.

La consternacion veíase pintada en casi todos los semblantes.

La zozobra agitaba los corazones de los honrados madrileños, que con escasas escepciones de algunas clases interesadas en los abusos de la teocracia, ó estúpidamente ilusas por fanatismo, constituyen uno de los pueblos mas liberales y cultos de Europa, al cual no le era posible respirar alegria en los tristes momentos en que se le arrebataba la libertad.

Un pueblo víctima de tan execrables opresores, repetimos, no podia dar muestras de júbilo viendo humear sangre inocente en el cadalso, y restablecida la tiranía con el insultante dictado de *gloriosa restauracion*.

Unicamente en ciertas hediondas tabernas donde celebraban sus crápulas los realistas, y en los alcázares de la aristocrácia, abandonábanse los partidarios de Fernando á los regocijos propios del carnaval.

No podia presentarse ocasion mas oportuna al duque de la Azucena para rendir á la marquesa de Verde-Rama un obsequio digno de su alta categoría, un obsequio brillante á todas luces, que debia ser considerado como el prólogo del porvenir halagüeño que germinar debia entre las sacras piras del doble tálamo nupcial.

En sus largos viajes habia visto el duque, así en París como en Lóndres, magníficos y suntuosos bailes, y aunque los elementos de que podia disponer á la sazon en España, no le permitieron dar á la realizacion de su pensamiento toda la extension que apetecia, logró sin embargo asombrar á la aristocrácia de Madrid con el sarao que dedicó el último dia de carnaval á la elegante marquesa que debia ser en breve su esposa.

Los salones del palacio del duque presentaban un conjunto fantástico. Decorados con esquisito gusto y lujosa elegancia, veíanse poblados de las personas mas distinguidas por su posicion aristocrática.

Las riquísimas sedas de los cortinages que en graciosas undulaciones se armonizaban con la preciosa sillería de oro y terciopelo carmesí, con los suntuosos relojes y selectos cuadros al óleo, floreros de porcelana, anchurosos espejos y otros mil costosos muebles

de sobresaliente mérito, brillaban al resplandor de millares de luces simétricamente agrupadas en arañas de cristal.

El bello sexo estaba encantador. Realzadas sus gracias por la profusion de sus riquísimos adornos, no parecia sino que todas las beldades de mas nombradía se hubieran lanzado á una liza de competencia para alcanzar el galardon debido á la hermosura.

La mayor parte de los hombres alardeaban en sus vistosos uniformes esas grandes cruces, esas placas, bandas y bordados que tanto halagan el orgullo de los palaciegos, y son las mas veces el premio de bajas adulaciones ó el resultado de abominables y viles intrigas.

La circunstancia de ser de máscaras el baile, dábale cierta animacion y franqueza de que no suele disfrutarse en las sociedades cortesanas donde se observa una rigurosa etiqueta.

Habíase tenido la precaucion de distribuir las correspondientes targetas, á fin de evitar la invasion de algun intruso que no perteneciese á la elevada categoría de los convidados.

Tal vez al recurso de la mascarilla, debíase principalmente el que no se viera en aquella lucida reunion un solo rostro repugnante.

Tanto las jóvenes que no tienen motivo alguno de vivir agradecidas á la madre naturaleza por su injusticia en no haberlas dotado de agradables facciones, como las beldades caducas, en cuyas mustias megillas llevan su impertinente fé de bautismo, son generalmente elementos de ebullicion en los bailes de máscaras, y si el talle no adolece del infortunio del rostro, suelen, merced á la careta, dar solemnes chascos al hombre mas lince y perspicaz.

Un festin de máscaras es el palenque mas á propósito para esas intrigas y combates de amor que el mismo Horacio cantó en sus inmortales odas.

El duque de la Azucena y su hijo hacian gala de su exquisito esmero en los honores de la casa, y llenaban la incumbencia de su posicion con elegancia y finura, sin cometer el mas leve descuido ni faltar en lo mas mínimo á las leyes del buen tono.

No por esto dejaban de mostrar su justa prediléccion en favor de la marquesa y de su hija.

Empezó el baile por un wals coreado, novedad que el duque importó del extrangero, y que causó agradable sorpresa en los concurrentes.

La letra de los coros llevaba por título LA SAL DE MADRID (1), y estaba concebida en los términos siguientes:

I.

Siempre amables y risueñas
Con sin igual donosura,
Las beldades madrileñas
Son modelo de hermosura:
Sus ojos bellos
Lanzan destellos
Que abrasan de amor el alma;
Y al ver tantas perfecciones
Pierden su apacible calma
Mil corazones.
Es su divisa
Tierna sonrisa;
El dulce aliento
De estas palomas
Esparce al viento
Suaves aromas
Que enardecen las pasiones,
Y sucumben en la lid
Mil corazones.
¡Viva!
¡Viva la sal de Madrid!

II.

Feliz el hombre que alcanza
De estas sílfides graciosas
En la bulliciosa danza
Las miradas amorosas!
Y en dulces lazos
Entre sus brazos,

(1) Esta innovacion no se ha generalizado en España hasta estos últimos años. Para el baile de *Piñata* que en 1849 se celebró en los salones orientales de la córte, compuso el acreditado maestro don Sebastian de Iradier un lindísimo wals, coreado con esta misma letra de LA SAL DE MADRID, que el autor de la presente novela tuvo á honra facilitarle. Fué tocado por cincuenta profesores y cantado por un numeroso cuerpo de coristas.

Cuando el talle esbelto agitan
Ligeras ondulaciones,
Heridos de amor palpitan
Mil corazones.
Es su divisa
Tierna sonrisa;
El dulce aliento
De estas palomas
Esparce al viento
Suaves aromas,
Que enardecen las pasiones,
Y sucumben en la lid
Mil corazones.
¡Viva!
¡Viva la sal de Madrid!

Mientras don Eduardo estaba walsando con la marquesita, presentose don Agapito, que por efecto de generosa delicadeza de parte de su rival, habia sido uno de los primeros en la lista de los convidados.

Despues de saludar al duque y á otras muchas personas conocidas, particularmente á las señoras mas notables por sus títulos de nobleza, fué á sentarse en una de dos sillas, únicas que halló vacantes, y mientras duró el wals tuvo clavados los ojos á través de su lente, sobre la marquesita de Verde-Rama, y parecíale mas bella, mas linda, mas interesante, mas encantadora que nunca.

No se le ocultó á don Eduardo la avidez con que el poeta contemplaba á su futura, y como esto no dejaba de mortificarle, aunque levemente, quiso tomar venganza aprovechando cuantas ocasiones se presentasen de dar tortura á su rival, contra quien era acaso mas severo de lo que le dictaban sus nobles sentimientos, por la antipatía que le inspiraba la necia presuncion de un pedante que pasaba entre los aristócratas por un profundo literato, solo porque hablaba mitológicamente y escribia en términos campanudos que nadie entendia, y que únicamente los necios celebraban.

Al terminar el wals, dirigiose don Eduardo, conduciendo de la mano á la marquesita, hácia la silla vacante junto á la que ocupaba don Agapito.

Este, como es natural; levantose para saludar á la hermosa jóven; y aun tuvo la generosa amabilidad de ofrecer, con repetidas instancias, su asiento á don Eduardo. Aparentó este no querer mostrarse menos caballero, y obligó á don Agapito á permanecer junto á la que entrambos amaban.

El objeto del duquecito era castigar el atrevimiento con que el poeta habia enristrado el lente y le habia mantenido largo rato fijo recreándose en los encantos de la marquesita, haciéndole oir los piropos que con apasionado acento iba á dirigir el primero al bello objeto de su flamante cuanto afortunada conquista.

—¡Qué hermosa está usted, Elisa!—decíale don Eduardo con ternura.

—Es lisonja de usted, Eduardo—respondió la marquesita mirando tiernamente á su galanteador;—pero no importa, las lisonjas de usted me llenan de orgullo y de placer; con todo..... soy tan ambiciosa, que no me satisface aun el parecerle á usted bonita... desearia me digese usted algo mas...

—Todo mi afan se reduce á complacer á usted; ¿qué desea usted que le diga?

—Que me ama usted.

Estas palabras las pronunció la hermosa jóven fingiendo un candor angelical.

—No puedo satisfacer á usted—contestó con amable sonrisa don Eduardo.

—¿Cómo así?—replicó alarmada la marquesita.

—Porque prefiero decir á usted... que la adoro.

Al oir esto, levantose bruscamente don Agapito, en ademan de alejarse.

—Quieto, quieto—díjole con ironía don Eduardo deteniéndole.—Estás perfectamente.

—Perdona, amigo mio—replicó don Agapito fingiendo extraordinaria alegría.—Veo allí en frente una hermosa mascarilla á quien hace rato que aguardaba. Es una niña agraciada con quien estoy en amorosas relaciones..... Apenas cuenta quince abriles y

es hechicera como Licosia, la mas hermosa de las tres Sirenas.

—Eso ya es otra cosa..... Anda, chico, anda á camelar á tu Sirena de quince abriles y mira de no tener que dar esta vez el salto de Léucade.

Ya supondrá el lector que lo que acababa de decir don Agapito en voz bastante alta para que pudiese oirlo la marquesita, era una falsedad hija de los celos.

Sentada en frente de la jóven marquesa, habia en efecto una máscara que llevaba un riquísimo trage de valenciana de la Huerta. Un aderezo de hermosísimos brillantes se armonizaba perfectamente con la blancura de su erguido cuello de cisne. Su pecho divinamente contorneado, contrastaba con su reducida cintura, que al menor movimiento, mecíase de un modo flexible y graciosamente voluptuoso.

Don Agapito no conocia á esta encantadora máscara; pero para vengarse de la inaudita ingratitud de la marquesita, afectaba mostrarse muy complacido á su lado. No la abandonaba un momento, bailaba con ella cuanto la música tocaba, y esmerábase por darla gusto en todo, con tan ardiente entusiasmo, que no parecia sino que estuviese frenéticamente enamorado de ella.

Entretanto, la marquesita y don Eduardo curábanse poco de las extravagancias del poeta, ambos embebidos en su amorosa conversacion.

Y no se crea que don Eduardo estuviese enamorado de la marquesita. Nada de eso. Habíale dicho que la adoraba, únicamente por dar celos á su rival; pero no era así. Gustábale aquella hermosa jóven; mas estaba muy lejos de amarla. Notaba en ella algunos defectos, y como eran susceptibles de fácil correccion, no queria oponerse al deseo de su padre, mayormente cuando tantas ventajas resultaban de los dos matrimonios, segun hemos indicado ya en otro capítulo.

El duquecito queria hacerse ilusion, pretendia engañarse á sí mismo, y con este objeto continuaba prodigando galanteos á la marquesita.

Eran ya las altas horas de la noche, y se acercaba el término del baile, cuando mas animada estaba la conversacion de estos amantes.

—No necesita usted adornos para estar hermosa—le decia mostrándose cada vez mas amartelado;—pero sin embargo, sabe usted hacer uso de ellos con tanta elegancia, que añaden, si es posible, nuevos atractivos á los muchos que usted atesora.

—Será así; pero con todo... me falta una joya que seria para mí la mas preciosa... la mas querida.

—¿Una joya?

—Si tuviera el retrato de usted...

—¡Mi retrato!

—¿Lo estraña usted?

—Como yo no poseo el de usted.....

—No repetirá usted semejante escusa—dijo la marquesita entregando su miniatura á don Eduardo.

—Parecido es; pero no tan bello como el original.

—¿Puedo contar ya con el de usted?

—Nada mas fácil, Elisa. Solo tardará usted en poseerle los dias que el pintor necesite para retratarme.

—Gracias, amigo mio, gracias. Crea usted que le llevaré siempre junto al corazon, porque dentro del corazon solo cabe el original.

—Es usted tan amable como hermosa.

Don Agapito á su vez no habia estado menos galante con la *Sirena de los quince abriles*. Toda la noche obsequiándola por todos estilos, sin dejar de bailar un wals ni una sola contradanza con su graciosa valenciana.

—¿Por qué no te quitas la careta, amable mascarilla?—deciale con afan.

—No, que soy muy fea—le respondió la máscara.

—¡Oh!.... es imposible!.... Ese cuello de alabastro.... esos ojuelos donde se anida el Dios vendado..... ese pecho virginal que se eleva encantador á semejanza del trono de Venus... esa angosta

cintura flexible como las palmas, candoroso emblema de la virginidad, anuncian otras mil perfecciones que anhelo conocer, y que solo tú, linda mascarilla, y la diosa de Citeres poseeis en tan alto grado.

—¿No has dicho que me acompañarias á mi casa?

—Y lo repito.

—Pues bien, allí verás mi rostro.

—¿A qué fin dilatar el momento feliz de admirar tus bellas facciones?

—¿De veras lo quieres?

—Me abraso en la mayor ansiedad.

—Pues ármate de resignacion.

—¿Por qué?

—Porque tal vez has andado algo ligero en elegirme por el objeto predilecto de tus amores. Quién sabe si al quitarme la mascarilla dejarás de amarme.

—No por cierto; entonces mas que nunca..... ¡oh!..... juro amarte como amaba Adonis á la enamorada Venus bajo la sombra de los altísimos cedros del Líbano.

La gentil mascarilla quitose de improviso la careta.

Don Agapito lanzó un grito de horror y abandonó despavorido el baile, huyendo á ocultar en su lecho la vergüenza y desesperacion que le ahogaban.

Entretanto reíase de una manera horrible la vieja tarasca, que habia ocultado hasta entonces los estragos de medio siglo y tres lustros, bajo el pintado carton que velaba su rostro de mandril.

De repente un prolongado murmullo cautivó la atencion del dueño de la casa.

Todos los concurrentes se agolpaban ansiosos en torno de una máscara que con andar lento y magestuoso atravesaba el salon.

Todos la contemplaban atónitos y le dejaban libre el paso.

Parecia una sombra.

Era sin embargo una linda gitana vestida con sin igual dono-

sura; pero un negro crespon la cubria toda, dándole el misterioso aspecto de un fantasma.

Lleno de jovialidad corrió el duque de la Azucena á recibir á la recien llegada.

Apenas la vió dió un grito de espanto y cayó en el suelo acometido por un horroroso accidente epiléptico.

Todos acudieron á socorrer al dueño de la casa, y la sombra desapareció enmedio del terror general.

Abandonemos la espantosa confusion que brotó entre los placeres de un palacio, para ver si hay mas tranquilidad en la humilde morada de un laborioso artista.

Conduciremos el lector á la modesta habitacion de los padres de la enamorada Enriqueta.





CAPITULO XIII.

LUCHAS DEL CORAZON.

Es giebt eine entusiastische Reflexion, die von dem grössten Werth ist, wenn man sich von ihr nur nicht hiurcissen lasst.
GOETHE.

Melanconia,
Ninfa gentile,
La vita mia
Consegno a te.
I tuoi piaceri
Chi tiene a vile
Ai piacer veri
Nato non é.
PINDEMONTE.

Era el último dia del mes de febrero de 1824.

Se acordará el lector que Enriqueta confió un dia á su madre el secreto de su melancolía, y que ambas se dirigieron en busca del bondadoso Federico Cerneda para hacerle igual confianza y escuchar sus prudentes consejos.

El honrado pintor, despues de haberse enterado minuciosamente de la pasion de Enriqueta, le habló con la natural y expre-

siva elocuencia que suele inspirar á un padre bondadoso el deseo de ver felices á sus hijos.

Muy lejos de reprender con groseras amenazas á la incauta niña, como acaso hubiera hecho otro padre menos conocedor del corazon humano, habíase esmerado en alentarla con palabras de consuelo, y su prudente amabilidad alcanzó mas que si la hubiese intimidado con acerbas reprensiones.

Convencida Enriqueta por las razones de su buen padre, de que era una locura imaginar siquiera que un apuesto y gallardo jóven de la mas elevada gerarquía, pudiese amar con sanas intenciones á la hija de un pintor, razones que á ella misma se le habian ocurrido antes de revelar á sus padres su insensata pasion, procuraba esforzarse por vencerla, y hubiera en efecto recobrado en breve su tranquilidad, si no acibarára todas sus meditaciones una idea cruel que jamás podia apartar de su imaginacion.

—No puedo aspirar á ser su esposa—decia una tarde que estaba sola en su dormitorio—porque soy pobre y él es rico..... Es hijo de un duque.... y yo.... ¡miserable de mí!.... ¿qué soy en la sociedad? ¡Cuánto mas valiera no haber nacido, que vivir en un estado humilde, sujeta á toda suerte de humillaciones! Verdad es que con frecuencia me llaman hermosa... pero ¿quién?... Siempre jóvenes de pobre condicion... que no pueden proporcionarme una posicion brillante en la sociedad..... y yo les desprecio..... porque siento un deseo tan vehemente de habitar un palacio..... ¡Cuán felices deben ser las que nacen en él! Do quiera vuelvan los ojos no ven mas que agradables objetos que les recuerdan su felicidad... su grandeza..... ¡Un palacio!..... Un palacio debe ser una morada deliciosa. Mueblage magnífico, preciosas colgaduras de seda y oro, joyas de brillantes pedrerías, lujosos trenes y numerosas falanges de lacayos... he aquí los únicos elementos de felicidad que hay en el mundo. ¿Y cómo han de proporcionarme esta felicidad á que frenéticamente aspiro, los jóvenes que ponderan mi hermosura?.... Uno solo.... el mas interesante de todos.... un jóven encantador que hubiera podido elevarme á la categoría que

ambiciono..... ¡me ha olvidado! ¡y me ha olvidado porque soy pobre! Si yo fuera rica... Si mis padres alardeasen en sus blasones alguna corona ducal, á buen seguro que no hubiera hecho mofa de mí el apuesto jóven por quien suspiro. Su bella imágen no se borrará un momento de mi memoria. Sus tiernas y elocuentes miradas parecian revelarme un acendrado amor, una pasion vehemente..... ¡y me ha olvidado porque soy pobre! ¡Dios mio!..... ¡qué tormento es amar sin esperanza! Dice bien mi padre, debo olvidar esta pasion funesta que me aniquila. Debo resignarme á mi humilde condicion... debo renunciar á la felicidad que disfrutan otras mugeres..... Nacieron con mejor estrella..... ellas solo merecen los halagos del mortal á quien adoro. ¡Dios mio! ¡Dios mio! concédeme al menos la gracia de no presenciar escenas que laceran mi corazon.

Al dirigir esta súplica á Dios, acordábase la pobre niña de que habiendo salido á paseo con su madre, vió un dia casualmente al duquecito don Eduardo que daba el brazo á la marquesita de Verde-Rama, é impelida por sus celos, aproximose maquinalmente hasta escuchar la conversacion de la envidiable pareja. Oyó que don Eduardo decia á la marquesita «usted es el único objeto de mi amor» y estas palabras tan dulces para la belleza á quien iban dirigidas, filtraron en el tierno corazon de Enriqueta á guisa de plomo derretido. Gritó «¡es él!.... ¡es él!....» y quedose desmayada en los brazos de su madre, sin que semejante ocurrencia hubiera sido apercibida por el duquecito.

Este nuevo infortunio acibaró de pronto la tortura de Enriqueta; pero sirvió para ratificar su conviccion de que no seria nunca esposa del jóven cuya memoria no se apartaba un momento de su ardiente fantasía.

—¡Olvidémosle para siempre!—gritó con resolucion, y tributó un raudal de lágrimas á su memoria.

Despues de una larga pausa, enjugose el llanto, y sonriéndose con amarga ironía añadió:

—Soy muy infeliz... es verdad; pero ¡cuántas mugeres cam-

biarian conmigo su desventurada suerte! Ahí está esa desdichada pordiosera que venia diariamente á recoger los desperdicios de nuestra comida y mantenia con ellos á sus padres!... ¡Dios mio!... ¿Si le habrá sucedido alguna desgracia? ¡Hace tantos dias que no la veo!..... ¡pobre Inés! por no abandonar á sus padres, renunció siempre á mejorar de situacion... porque no hay duda que aquí, aunque en clase de criada, lo hubiera pasado mil veces mejor que escitando la befa y el escarnio por las calles y plazas, donde era tenida por bruja entre la crédula muchedumbre.

No bien hubo pronunciado estas palabras, quedose Enriqueta abismada en profundas reflexiones.

—Bruja..... es verdad... Y dicen todos que sus vaticinios resultan realidades... En este caso no seria una bruja..... seria una santa, porque es tan buena!..... Todas sus palabras son de consuelo..... sus avisos tan cariñosos..... y sus consejos destellan moralidad y virtud por todas partes. ¡Oh! no hay duda..... es una santa. Todos creen en sus profecías..... Pues bien, yo tambien quiero saber por ella mi porvenir. Quiero saber si veré algun dia satisfecha mi ambicion. A lo menos si yo llegára á ocupar en la sociedad una posicion brillante, no despreciaria á los pobres..... ¡Oh! no... al contrario, tendria un placer imponderable en prodigar limosnas..... Derramaria mis riquezas entre los menesterosos..... ¡Válgame Dios! todas las felicidades son para los ricos. ¿Por qué no vendrá esa pobre muger?... Acaso está enferma..... é ignoro su morada..... no ha querido nunca decirme donde vive.....

En este momento presentose en el cuarto de Enriqueta su madre.

—¡Enriqueta!

—¿Qué se le ofrece á usted, madre?

—Que voy á salir y te quedas sola en casa, por que la criada tampoco está.

—¿No está padre?

—Sí, pero se viene conmigo.

—¿Van ustedes á paseo?

—No, hija mia, en este caso hubieras venido tú con nosotros. Vamos á ver á un enfermo de gravedad, y como esta visita nada tendria de agradable para tí, es mejor que te quedes en casa ¿no es verdad?

—Como usted guste.

—Pero no estes triste, hija mia.

—La tristeza me es grata y consoladora.

—Pero ¿qué motivos tienes tú para estar triste?

—Ninguno..... es mi genio.

—Pues debes corregir tu genio.

—¿Qué mal hago yo á nadie?

—¡Friolera! ¿No sabes que tu melancolía llena de amargura el corazon de tus padres?

—¿Pero por qué?

—Porque no es cosa que pueda hacernos gracia ninguna el verte siempre pensativa y triste.

—Sin embargo, tanto usted como padre, debieran considerar que yo no padezco.....

—Eso es imposible. La tristeza es hija de algun pesar.

—Muchas veces no tiene fundamento, y en este caso está precisamente mi melancolía. Crea usted que lejos de serme dolorosa, nunca estoy mas á mi gusto que cuando me abandono á la expansion de mi sensibilidad.

—Es decir, que prefieres á todo estar sola, y llorar.....

—Es tan dulce muchas veces el llanto.....

—Pues, hija mia, sin motivo nadie llora, y para llorar es preciso que alguna pena desgarre el corazon. Solo así comprendo que pueda ser consoladora la melancolía, solo así puede ser agradable el llanto; pero lo es porque desahoga la opresion del alma, y mitiga el dolor que la corroe. Yo bien sé la causa de tu pesar.

—¿Si la sabe usted, por qué extraña mi tristeza?

—Porque me figuraba que tenias mas talento. Vamos, sé

prudente Enriqueta, y olvida á ese jóven que te ha vuelto el juicio.

—Cuanto mas procuro hacerlo, mas fijas tengo en la memoria sus expresivas miradas.

—Lo que tú llamas expresion, no es sino picardia de los hombres, querida Enriqueta. Todos ellos miran á las muchachas con buenos ojos; pero desgraciadamente no suele haber la misma bondad en su corazon. Yo creia que te habias ya convencido de que el jóven que tan amable se nos manifestó en el café, lo hizo solo en aquel momento por mera galantería.

—Así lo creo, madre.

—Y es así á no dudarlo, pues si en él hubiese habido alguna intencion amorosa, te hubiera dado otras pruebas de su pasion.

—Es verdad.

—Pues si conoces que está muy lejos de amarte, ¿de qué proviene tu tristeza?

—De eso mismo, madre mia. Si él me amase me juzgaria la mas feliz de las mugeres; pero como no corresponde al amor que yo le profeso, me considero muy desgraciada, y no me queda mas consuelo que llorar pensando en él.

—Eso no es lo que tú has prometido á tu padre, hija mia.

—Tiene usted razon, le he prometido olvidar á un jóven que por ningun concepto puede amarme.

—Ya se vé que no. La desigualdad que media entre los dos, pone un obstáculo invencible á vuestro casamiento. Y bien mirado, hija mia, es para tí una felicidad que ese jóven no te quiera. Me digiste que era duque y que tenia tratamiento de excelencia..... ¿dónde vamos á parar? Al fin y al cabo tú no eres mas que la hija de un artista, que aunque á nadie cede en honradez, carece de los requisitos que pudieran darte esa nobleza de nacimiento, sin la cual es una locura concebir ilusiones que no pueden realizarse.

—Lo sé, lo sé, madre, y espero que sabré vencerme.

—Yo tambien confio en tu discrecion; pero has de empezar por alegrarte. Con tantos libros como tienes, bien habrá alguno que te divierta. A Dios, hija mia.

—¿Volverán ustedes pronto, sí?

—Dentro de media hora estamos de vuelta. Con todo, pasa el cerrojo de la puerta y no abras á nadie.

—Pierda usted cuidado.

Las dos se dirigieron hácia la puerta que daba á la escalera, donde Federico aguardaba á su muger.

—¿Qué quieres que te traiga, Enriqueta?

—Nada, padre.

—Vamos, golosilla, que no te vendrán mal algunos merengues.

—¿Para qué quiere usted hacer ese gasto?

—Para que tú te los comas, hija mia, ya sabes que cuando salgo de casa te traigo siempre alguna golosina á la vuelta. Lo que siento es que no quieras decirme que es lo que mas te gusta. Sin embargo, se me figura que das la preferencia á los merengues.

—Todo me gusta... y mas el ver que se acuerda usted de mí.

Enriqueta besó afectuosamente la mano de su padre.

—¿Y á mí?—preguntó Cecilia, envidiosa de aquella caricia.

—A usted, madre, un abrazo y un beso.

Madre é hija se abrazaron y besaron con ternura.

—¡Qué buenos son!—dijo para sí Enriqueta cuando estuvo sola.—¡Y me quejo de mi suerte! Soy una loca. Hasta mi tristeza me hace feliz. *¡Es tan dulce la melancolía!.....*

Así empezó Enriqueta á sumergirse de nuevo en sus acostumbradas reflexiones, ilusionándose á veces con halagüeñas esperanzas que se desvanecian al momento. *Hay una reflexion entusiasta, preciosa,* ha dicho Goethe, *cuando no se deja uno avasallar por ella.*

La virtud y la ambicion estaban en contínua lucha, tanto en su corazon como en su poética fantasía, donde germinaban

con frecuencia ideas absurdas que la sana razon combatia al momento.

Enriqueta era no solo aficionada á la lectura de las poesías de nuestros antiguos vates, sino inteligente en literatura, que cultivaba con pasion sin perjuicio de los quehaceres domésticos, y aun le sobraban algunos ratos para dedicar al dibujo bajo la direccion de su bondadoso padre.

Para mitigar su tristura, apeló la pobre niña á esta consoladora distraccion; pero se cansó en breve y dejó el lapicero para apoderarse de uno de los tomos de poesías de Melendez, su modelo favorito.

Leyó largo rato, y de repente, como si alguna idea avasallára su imaginacion, dejó el libro, cojió la pluma, y se puso á escribir.

Apenas empezó, dulce sonrisa de satisfaccion contraia sus hermosos lábios. Sus ojos lanzaban destellos de entusiasmo. Encendido carmin coloreaba sus virginales mejillas.

De vez en vez detenia el rápido curso de la pluma, y despues de hacer un gesto de leve disgusto, borraba alguna palabra ó frase que escribia en otros términos, exhalando á continuacion un suspiro de alegría.

Por fin, cierta prolongada sonrisa, anunció que habia terminado su tarea, y parecia satisfecha de su obra. Cogió el papel donde acababa de vaciar sus tiernas inspiraciones y leyó el siguiente

APOLOGO.

LA NIÑA Y LA ROSA.

Estaba Cloris
en su jardin
un dia hermoso
del mes de abril.
Sus tiernos labios
al sonreir

perlas ostentan
entre carmin.
  A la azucena
vence en la lid
su tez de vírgen
ó querubin.
  Con donosura
y aire infantil
como las brisas
vuela sin fin.
  Y entre las flores
se pierde allí,
cual mariposa
bella y gentil.
  Besa ora el lirio,
ora el jazmin,
ora el jacinto
ó el alelí.
  Pero una rosa
de alta cerviz
diosa descuella
de aquel pensil.
  Cloris la mira
con frenesí
y poseerla
codicia en fin.
  Mas cuando incauta
pretendió asir
á la flor bella,
gritó: ¡Ay de mí!
  Sus lindas yemas
de albo marfil
se matizaron
de carmesí.
  Aleve espina
la hirió sutil
cuando pensaba
ser mas feliz,
  Y en triste lloro,
lanzó de sí
la flor mas bella
de su jardin.
  Aprende, aprende
niña infeliz,

que entre los goces
hay penas mil.

Despues de la lectura de su produccion, quedose de nuevo Enriqueta avasallada por sus meditaciones.

Llaman de improviso á la puerta.

Enriqueta mira por el agujero de la cerradura, y haciendo un movimiento de alegria abre con rapidez sin acordarse del mandato de su madre.

La persona que acababa de llamar..... ¡era la *Bruja!*





CAPITULO XIV.

EL VATICINIO.

> Tan desigual dolor no sufre modo:
> No me podrán quitar el dolorido
> Sentir, si ya del todo
> Primero no me quitan el sentido.
> GARCILASO.

Apenas acababa de entrar la mutilada pordiosera en la habitacion del pintor, se arrojó á los brazos de Enriqueta, y sin que le fuera posible articular una sola palabra, prorumpió en sollozos precursores de un raudal de lágrimas.

—¿Qué es esto, buena muger?—preguntó Enriqueta mezclando su lloro con el de la infortunada *Bruja*.

—¡Ay! señorita.....—pudo por fin exclamar.

—¡Dios mio!..... Estoy temblando.

—¡Pobre niña!..... Soy muy cruel..... La aflijo á usted con mis pesares.

—Yo no quiero que tenga usted pesares.

—¿Quién no los tiene en este mundo, hija mia?

—Es verdad,—respondió Enriqueta, y enjugó con el pañuelo una lágrima que brillaba sobre la púrpura de sus megillas, como el rocío sobre la corola de un clavel.

—¡Es verdad!...—repitió alarmada la *Bruja*.—¿Es verdad, ha dicho usted, señorita?..... ¡Pues qué!... ¿tiene usted tambien pesares?

—Usted lo ha dicho antes: ¿quién no los tiene en este mundo?

—Lo he dicho; pero usted no debe tenerlos, hija mia.... de ningun modo. Su alma de usted conserva todo el candor de la infancia, su tierno corazon no ha sido pervertido aun, es un corazon de ángel, un corazon puro como la divinidad, y los infortunios de este mundo solo alcanzan á los que tienen crímenes que expiar. No abandone usted nunca la senda de la virtud, hija mia, si ambiciona ser feliz. ¡Oh! los pesares de usted facilmente se adivinan!

La *Bruja* queria decir con esta frase, que pronunció sonriéndose, que los pesares de una niña los adivina cualquiera, pues deben reducirse á un efímero deseo no cumplido, á una inocente voluntad contrariada, ó á otras pueriles desazones; pero como la muger que acababa de asegurar QUE ADIVINARIA FACILMENTE LOS PESARES de que se hablaba, era tenida por bruja, la pobre niña llenose á un mismo tiempo de espanto y de rubor.

—¿Con que es verdad que lo adivina usted todo?—balbuceó Enriqueta.

—Así lo cree el vulgo en sus necias supersticiones.

—¿Pues cómo quiere usted adivinar mis pesares?

—Porque los pesares de una niña los adivina cualquiera.

—No, no, no es eso—repuso con angelical inocencia la jóven.—Yo he leido cosas maravillosas en algunos libros. Las Hadas, de quienes hacen mencion muchos poetas, se llamaban así porque pronosticaban lo que estaba dispuesto en los hados. ¿Por qué no ha de haber Hadas en el dia? ¡Me gustaria tanto saber mi

porvenir! Y si el Hada que me lo vaticinase fuese tan buena como usted, la oiria sin miedo y con entera confianza de que no me anunciaria desgracia alguna, ¿verdad que no?

—No, hija mia, no, jamás tendria yo valor para lacerar el corazon de usted.

—¿Pero si penetrara usted en mi sino algun infortunio?...

—Dios no lo permitirá, porque Dios es justo y solo castiga á los criminales.

—Siendo así, ¿por qué es usted desgraciada? Usted que es tan buena...

La *Bruja* prorumpió en acerbo llanto.

—¿Llora usted? Veo que he sido indiscreta; pero si supiera el motivo de su afliccion, tal vez pudiera consolarla, y esto seria para mí sumamente agradable, porque me dá tanta angustia verla á usted llorar!... Vamos, confíeme usted alguna de sus penas, si es que no deba saberlas todas, y prometo en pago darle tambien á usted una prueba de confianza. Si usted me dice el motivo de su llanto, yo le diré á usted tambien las inquietudes de mi corazon.

—Sí, hija mia, quiero saber esas inquietudes.

—Pues serénese usted—replicó Enriqueta con bondadosa oficiosidad.—Tome usted asiento, y estrechemos nuestros vínculos por medio de nuestras recíprocas confianzas. Precisamente estamos solas en casa.

—¡Amable criatura!

Al pronunciar esta exclamacion, besó la *Bruja* con todo el ardor de la gratitud la mano de su angelical bienhechora, y ambas tomaron asiento.

—En breves palabras, generosa niña, diré á usted la causa de mis angustias, que me ha privado tantos dias de venir á esta casa á mitigar mi infortunio con solo ver á usted. Acabo de perder á mis padres.

Y la pobre mutilada vertió copioso llanto.

—¡Dios mio!... ¡Pues qué! ¿han muerto los dos?—preguntó Enriqueta horrorizada.

—Sí, hija mia, los dos, con breves dias de intervalo. El Divino Salvador ha querido sin duda premiar sus virtudes con el galardon que reciben los justos en la mansion celeste.

—¡Oh! es verdad... es verdad, buena muger. Dios es misericordioso y no ha podido permitir que los males de esos virtuosos ancianos se prolonguen. Mil veces me ha dicho usted que en este mundo no habia para ellos placeres ni atractivos, sino al contrario privaciones y amarguras. Pues bien, buena muger, ya que el mismo Dios se ha encargado de terminar los infortunios de tan buenos padres, permítame imitar el ejemplo de la Divinidad, mejorando la suerte de la hija.

La *Bruja* no pudo responder, porque las palabras con que Enriqueta pretendia consolarla, conmovian su corazon ya acibarado por sus graves é incesantes martirios.

La infeliz permanecia anegada en llanto.

En vano se esforzaba Enriqueta por aparentar serenidad. Enjugándose las lágrimas, dijo en voz conmovida, que hacia traicion á la jovialidad que en aquel momento quiso fingir:

—Vaya, vaya... cese ya ese llanto intempestivo. ¡Es cosa singular! Ahora que empieza su felicidad de usted... esas lágrimas no vienen al caso.

Y con el pañuelo que habia recogido las suyas, enjugó las que humedecian el repugnante rostro de la pordiosera.

—No hay remedio—añadió la solícita jóven—es preciso que yo me encargue de hacer á usted dichosa. Ahora ya no hay inconveniente ninguno en que se venga usted á vivir con nosotros. Bien sabe usted que mis padres lo desean, y que siempre se ha negado usted á complacernos alegando que de ningun modo queria abandonar á los suyos. Este obstáculo acaba de vencerle Dios.

La *Bruja*, que á fuerza de llorar sentia su corazon muy aliviado, estaba ya en el caso de saborear los consuelos que recibia de la adorable jóven, y quiso responder á la última proposicion de Enriqueta; pero tomando esta un aire enteramente jovial, interrumpiola exclamando:

—No admito réplicas sobre este particular; y ahora, pasando á otro asunto, me toca á mí la vez de dar cumplimiento á mi promesa.

La ambiciosa jóven ardia en deseos de oir el parecer de la *Bruja* acerca de su porvenir. Lisonjeábase de oir pronósticos halagüeños, porque siempre le habian sido consoladoras las palabras de aquella infeliz, á quien apellidaba *buena muger*. La queria sinceramente y la respetaba por sus infortunios, al paso que admiraba su instruccion, su elocuencia y amabilidad. Era Enriqueta demasiado ilustrada para incurrir en las groseras supersticiones del vulgo; pero aunque no daba crédito á las brujerias que se contaban de su protegida, veía en ella una muger misteriosa, una criatura extraordinaria, un tesoro de sabiduria y de virtudes, que la inclinaban á sospechar si Dios la habria dotado de los atributos de una santa. Contra esta opinion habia sin embargo una circunstancia grave. La *Bruja* decia incesantemente que habia sido una muger criminal. Con todo, es muy grato el arrepentimiento á los ojos de Dios, pensaba Enriqueta, y acordándose de la historia de Santa Magdalena, acabó de fascinarse hasta el punto de creer que la *buena muger* se hallaba en el caso de penetrar en los arcanos del porvenir. Con esta confianza resolvió consultar á la *Bruja* acerca de la suerte que le aguardaba en el mundo.

He prometido—añadió Enriqueta—que revelaria á usted las inquietudes de mi corazon, y voy á hacerlo con la ingenuidad con que una hermana confia sus penas á otra hermana. Tal vez mi franqueza me perjudicará en su afecto de usted, porque conozco que usted me tiene por una inocente niña, sin defecto alguno, y sin embargo...

—¿Qué, hija mia?...—interrumpió la *Bruja* trémula de zozobra.

—Soy muy ambiciosa.

—¡Ambiciosa!—gritó la *Bruja* con tan dolorosa expresion como si una flecha se hubiera clavado en su pecho; pero reconociendo su imprudencia, apeló al disimulo, y con forzada sonrisa

añadió:—Será sin duda una ambicion pueril la de usted, hija mia. Una de esas ambiciones, sin consecuencias, de que todas las jóvenes hermosas adolecen.

—Es una ambicion que me hace infeliz.

—¿Por qué razon, Enriqueta? ¡Usted infeliz! Rodeada de personas que la quieren con extremo, que se esmeran por dar á usted gusto en todo, por satisfacer sus deseos y hasta sus caprichos, que le proporcionan una esmerada educacion, y la miran á usted como la mas preciosa joya de la familia, ¿qué mas puede usted desear?

—Desearia que mis padres pertenecieran á la alta aristocracia, porque de este modo no tendria que ruborizarme de mi humilde cuna. Habitaria un magnífico palacio, me veria rodeada de criados sumisos, y si algun jóven marqués ó duque se enamorase de mí, me hallaria digna de él, y no tendria que sufrir las humillaciones á que está sujeta la pobre hija de un pintor. Pero toda vez que he tenido la desventura de nacer en plebeya morada, ¿por qué no he de hallar un esposo rico y noble que enaltezca mi posicion social? ¿Es este acaso un imposible? ¿No lo he leido yo mil veces en mis libros? ¡Si Dios me concediera esta fortuna!... Dígame usted, buena muger, ¿llegaré á ver algun dia satisfecha mi ambicion? No es una ambicion criminal, porque yo no deseo hacer mal á nadie. Quisiera ser noble porque se me figura que no puede haber nobleza sin virtud... Quisiera ser rica para socorrer á los pobres... de consiguiente nada tiene de punible mi ambicion, ¿no es verdad? Dígame usted pues si la veré algun dia satisfecha, porque de otro modo voy á ser muy desgraciada. Yo no creo, buena muger, que usted sea una bruja que todo lo adivine, como el vulgo asegura; pues hasta me atormenta que le den á usted semejante apodo; pero veo en usted todas las perfecciones de una santa, y las santas bien pueden penetrar en lo futuro de toda humana criatura. ¿Qué será de mí, señora? ¿Cuál será mi porvenir?

—Horrible; trágico, sangriento—respondió en tono amena-

zador y solemne la *Bruja*, que trémula y convulsa habia oido con horror la sincera y espontánea manifestacion de la candorosa adolescente.

Amilanada esta paloma sin hiel, por los desaforados gritos y bruscos ademanes de la *Bruja*, cayó de rodillas á sus piés, y sepultando su bello rostro entre las manos, escuchó con espanto el terrible vaticinio.

La *Bruja*, arrogándose todos los derechos de la autoridad que solo un padre posee sobre sus hijos, pronunciaba estas crueles palabras:

—¡Ay de tí, jóven incauta, si no arrancas de tus ojos la venda que les ciega! ¡Ay de tí, si buscas tu felicidad en el lujo, la magnificencia y los tesoros! ¡Ay de tí, si entregas tu corazon á un palaciego! En los palacios no hay mas que engaños, prostitucion... Si algun hombre de los palacios te habla de amores, huye de él, infeliz, huye de él como si fuera el ángel de maldicion. El hombre de los palacios fascina á las vírgenes con halagüeñas promesas y juramentos de amor; pero la ternura de su acento está empapada en horrible ponzoña, y á las escenas de voluptuosa embriaguez y amoroso deleite, sigue la acerba tortura del desengaño, y al desengaño el inútil y doloroso arrepentimiento, y escenas de escándalo, infortunios sin límites, padecimientos incesantes, tal vez espectáculos sangrientos...

—¡Basta!..... ¡basta.... por compasion!—gritó horrorizada Enriqueta, y se abrazó á las rodillas de la *Bruja* como impelida por un acceso de espanto.

La *Bruja* habíase exaltado progresivamente hasta la frenesía. Sus ademanes eran los de un ente convulso, los de un energúmeno atormentado por los espíritus malignos. Su rostro mutilado y deforme destellaba la horrible expresion de una furia infernal. Estaba fuera de sí; pero al sentirse asir por Enriqueta, calló de repente, y á este silencio siguió un estremecimiento prolongado.

Despues de una larga pausa exhaló un profundo suspiro, y con estudiada amabilidad, pronunció las siguientes palabras:

—Perdone usted, señorita, perdone usted si la he faltado al respeto..... ¡Usted á mis plantas! ¿Qué es esto?..... ¡Tiembla usted!...

—De miedo, sí, de miedo..... Me ha vaticinado usted tantos desastres...

Enriqueta se levanta y se arrima á la *Bruja* como si buscase amparo contra alguna aparicion fantástica.

—El dolor de haber perdido á mis padres me trae loca, señorita..... *es un dolor inextinguible*. Conozco que he sido demasiado severa...

—¡Sálveme usted!..... ¡Sálveme usted por Dios!—gritaba como fuera de sí la pobre niña.

—Sosiéguese usted, hija mia... Usted tiene demasiado talento para caer en el lazo de una infame seduccion. Tiene usted demasiada virtud para dejarse alucinar por las falaces promesas de los palaciegos. De consiguiente, hija mia, usted misma sabrá salvarse del abismo á que una ambicion imprudente pudiera arrojarla. Sea usted cauta, mi buena señorita. Procure usted alejar de su fantasía esas quiméricas ilusiones de grandeza, y no dude usted que será feliz, porque la felicidad no germina precisamente entre el fausto de oropelados salones. La morada del honrado artesano, el taller del laborioso artista, y hasta la choza del jornalero cobijar pueden la verdadera felicidad. Es muy conveniente, hija mia, que jamás olvide usted que el lujo no es el único compañero de la dicha. ¡Cuántas veces los ayes del dolor resuenan por todos los ángulos de un fastuoso y marmóreo alcázar, mientras reina pura y vivificadora alegría en el modesto y tranquilo albergue de la pobreza! El bienestar, la paz del alma y el gozo del corazon no se compran con el oro, hija mia, son emanaciones de la virtud y del honor; y el honor y la virtud suelen ser con frecuencia el tesoro de los pobres. En una palabra, señorita, si alguna vez algun jóven rico dice á usted que la ama... ese hombre miente... quiere hacer á usted infeliz... Huya usted de él para siempre.

—¿Tan perversos son los ricos?

—Las preocupaciones de la aristocracia... Su insensato orgullo embota sus sentidos... Seducir á una niña es para ellos un hermoso triunfo... Enlazarse con ella seria un crímen imperdonable que les haria degenerar de su elevada alcurnia.

—¿Y cree usted posible renunciar á un amor que halaga el alma?

—A una niña virtuosa le es fácil evitar el emponzoñado aliento de la seduccion.

—¿Amó usted alguna vez?

—Hasta las fieras aman, hija mia.

—¿Y ha sido usted amada?

—¡Pobre de mí!—exclamó la *Bruja* despues de un momento de vacilacion y angustia.—¡Pobre de mí! ¿Quién puede haber amado á esta infeliz? Nací deforme, como usted ve... Los que no me dan el epiteto de *Bruja*..... suelen llamarme *el Mónstruo.* Me falta la mano que el sacerdote enlaza para bendecir ante Dios los vínculos del matrimonio, y me pregunta usted si he sido amada!!!

—¿Así como yo la amo á usted, no pudiera tambien amarla un hombre?

—Los hombres buscan juventud y hermosura—contestó la *Bruja* sonriéndose.

—Pues yo prefiero la belleza del corazon—repuso Enriqueta.

—Gracias, hermosa niña. ¿Y de veras, me ama usted?

—¡Oh! muchísimo. Así es que ahora estoy muy contenta porque la tendré á usted siempre á mi lado.

—Perdone usted, hija mia. No me ha dejado usted contestar cuando iba á hacerlo, y sin embargo...

—¿Qué va usted á decir?

—Que me es imposible complacer á usted.

—¿Por qué razon?

—Porque no debo abandonar mi pobre buhardilla.

—Ahora no viven sus padres de usted.

—Pero han vivido allí... Allí se me figura tenerlos siempre á mi lado... Allí he llorado con ellos... No... no exija usted de mí

un imposible. Sin embargo, prometo venir á ver á usted todos los dias.

La repentina vibracion de un recio campanillazo interrumpió este interesante coloquio.

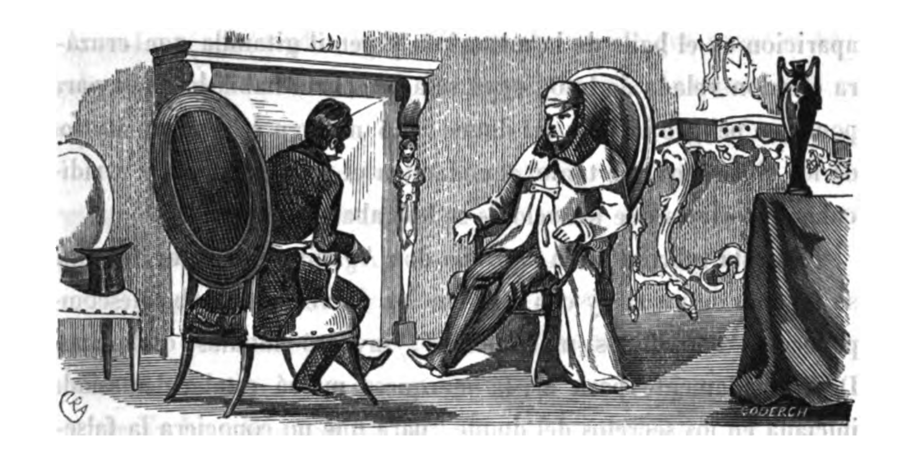
—¡Mis padres! —gritó con alborozo Enriqueta. —Ellos me ayudarán á convencer á usted.

Y la candorosa niña se fué corriendo á abrir la puerta.

De repente dió un grito de sorpresa, retrocedió azorada y cayó sin sentidos en los brazos de la *Bruja*.

En el curso del siguiente capítulo verá el lector explicada la causa de este inesperado suceso.





CAPITULO XV.

EL ARDID.

Con mal medio procura la riqueza
Que con mal medio disipó el insano
Dándose torpemente á su torpeza.
OVIDIO.—Epistola de *Safo* a *Faon*
traducida por MEXIA.

. . . .
Lugar donde tanta gente
Vive de pedir prestado.
LOPE DE VEGA.

En pos del accidente epiléptico que acometió al duque de la Azucena en presencia de toda la aristocracia de Madrid, que habia concurrido al suntuoso baile con que se propuso obsequiar á su antigua amiga la marquesa de Verde-Rama, sufrió aquel personage una grave enfermedad, que puso en gran peligro sus dias, por las frecuentes convulsiones é incesante delirio que le atormentaban.

El proyecto del doble enlace no era ya un misterio; pero la

aparicion en el baile de la misteriosa y gentil gitanilla que cruzára el salon velada de luto, cuya sola presencia habia bastado para poner en peligro la vida del duque, dió márgen á los comentarios de los chismosos que tanto abundan en el gran mundo, y á ridículas historietas que los ociosos se holgaban en inventar.

En esta sabrosa tarea aguzaba don Agapito en primer término su ingenio de poeta, y con la intencion de ver si lograba descomponer los consabidos matrimonios, inventó fábulas diabólicas. Desgraciadamente para él, la marquesa mamá estaba demasiado iniciada en los secretos del duque, para que no conociera la falsedad de cuanto se murmuraba contra el paciente, y aun el orígen de las calumnias de don Agapito. Reíase, en consecuencia, de todas las hablillas de la córte, y tanto ella como su hija mostrábanse cada dia mas apasionadas de sus futuros esposos.

Esto, añadido á los contínuos desaires que sufria el pobre alumno de Apolo de su ingrata Fílis, indújole á meditar una séria venganza.

Entretanto iba el duque convaleciendo, y se hallaba ya casi enteramente restablecido, merced á los auxilios del arte, á los esmeros del viejo Ambrosio, y asiduos cuidados de don Eduardo, que no se apartaba un momento del lado de su padre.

Viendo que le faltaba poco para su completo restablecimiento, no quiso dilatar mas el cumplimiento de la primera promesa que habia hecho á su novia, y salió de casa cuando juzgó que ya su presencia no era indispensable.

Con todo, apenas estuvo un cuarto de hora ausente, y á su regreso, corrió solícito en busca de su padre y le preguntó con afectuoso acento:

—¿Cómo está usted, padre?

—Bien, hijo mio, muy bien—respondió el duque;—pienso salir hoy mismo de casa, y espero que no tendrás inconveniente en acompañarme.

—Ninguno... muy al contrario, tendré un gran placer en que se apoye usted en mi brazo, si no vamos en coche.

—Lo sé, Eduardo, lo sé. Siempre he creido que serias el báculo de mi vejez. Ya ves que ha llegado la hora de que se realice mi esperanza.

—Si vivimos los dos treinta ó cuarenta años mas, seré entonces el báculo de la vejez de usted; pero ahora..... ahora daré el brazo á un convaleciente, no á un viejo.

—Llevo medio siglo á cuestas, hijo mio.

—¿Y qué es eso? La mejor edad del hombre. Aun le queda á usted otro medio siglo que recorrer.

—Yo bien lo quisiera, pero...

—¡Bah! ¡bah! ¿Quién se acuerda de la vejez en vísperas de casarse?

—Dices bien.

—¿Y á dónde quiere usted ir?

—Hoy nos concretaremos á hacer una sola visita.

—¿A la marquesa, por supuesto?

—Es claro... Ya ves tú que hay poderosos motivos para que tanto ella como su hija merezcan nuestra preferencia.

—Es verdad.

—No solo por los vínculos que vamos á contraer, sino por el interés que han manifestado en esta ocasion.

—Es cierto.

—Ni un solo dia han dejado de mandar recado mañana y tarde.

—Así es.

—Y muchos dias han venido en persona á verme... ó mejor dicho, á vernos.

—No hay duda.

—Hoy nos limitaremos á cumplir esta sagrada obligacion de gratitud y... de amor, ¿no es verdad?

—Ya se vé que sí.

—Y si, como espero, sigo bien...

—¿Pues no ha de seguir usted bien?

—Mañana ó el otro... pagaremos las visitas de los amigos.

—Como usted guste.

—Nuestra visita á la marquesa es urgente por muchos conceptos. En primer lugar es tiempo ya de que se fije el dia de nuestro enlace.... porque.... ya ves.... otras veces te he dicho que le considero como el remedio de mis infortunios..... y de todos mis males. Tambien te conviene á tí por la razon que sabes...

—A mí me basta que dependa de él la felicidad de usted.

—¿Con que tan á gusto te casas, hijo mio?

—Con tal de verle á usted feliz haria yo un sacrificio.

—Es que no se trata aquí de sacrificarte, Eduardo, si no de hacer tambien tu dicha. ¿Te repugna acaso tu enlace con la hermosa marquesita?

—Si me fuera odioso, no hubiera dado hoy el paso que he dado.

—¿Pues qué paso has dado, hijo mio?..... Cuéntamelo sin reserva.

—He estado en casa de un pintor.

—¿De un pintor?

—Para que me haga el retrato en miniatura.

—¡Ah! ya... quieres regalárselo á tu Elisa.

—Me manifestó deseos de poseerlo, despues de haberme dado el suyo.

—¡Cáspita! pues estais mas finos que nosotros. ¡Si vieras que gusto me das con eso! ¿Y se ha empezado ya el retrato?

—No señor.

—¿Cómo así?

—He llamado á la habitacion del pintor. He oido correr hácia la puerta, y cuando pensé que iban á abrir, he oido un grito de niña, al cual ha seguido un profundo silencio. He llamado otra vez, y entonces un vecino de la misma casa me ha dicho que el pintor y su muger habian salido juntos á paseo.

—¡A paseo! eso es... y si uno los necesita... Los artistas no deben nunca abandonar su taller.

. . . .

El lector habrá ya comprendido que cuando Enriqueta fué á abrir la puerta de su casa creyendo que eran sus padres, vió á don Eduardo por la ventanilla sin ser ella vista. Esta inesperada aparicion, despues del funesto vaticinio de la *Bruja*, debió causar una violenta impresion en el tierno corazon de la enamorada adolescente, y cayó desmayada en los brazos de la *Bruja*, que ocupada en socorrerla, se curó poco de si habian vuelto á llamar á la puerta.

. . . .

—Pienso volver un dia de estos á casa del pintor—continuó don Eduardo.

—Mañana mismo—dijo el duque—y si no está en su estudio, tanto peor para él... te haces retratar por otro. Apuradamente no hay mas que pintores de sobra en Madrid.

—Mamarrachistas los mas.

—Pues el que has ido á elegir, no será de gran mérito cuando pasa las horas holgando.

—Me han asegurado que es el mejor de Madrid.

—¿Y cómo desperdicia el tiempo paseándose?

—Todos los que trabajan, padre mio, necesitan sus horas de recreo y descanso.

—Pero el paseo es mas á propósito para cansarse que para descansar. No quieras disculparle, y creeme: si mañana no está en casa, busca otro. El caso es que el retrato se haga sin dilacion. La pobre Elisa lo estará esperando con la impaciencia... con la ansiedad de una enamorada... porque se conoce que te ama de veras, Eduardo. Ya verás cuán dichoso vas á ser con ella.

Nada respondió don Eduardo, que parecia embebido en alguna meditacion importante.

El duque no reparó en la reciente distraccion de su hijo, y mirando su reloj, exclamó:

—¡Cáspita! es mas tarde de lo que me figuraba. Y quiero estar de vuelta al anochecer... No es cosa de echarla de valiente el primer dia que sale uno de casa... y con el frio que hace...

Visita de familia... Probablemente estarán comiendo, pues estilan hacerlo á la francesa.

En 1824 eran pocas las personas, aun entre la aristocracia, que comiesen despues de las dos, y las que lo hacian á las cinco ó mas tarde, solian darse tono siempre que se les presentaba ocasion de exclamar: *yo como á la francesa.*

El duque tiró de un cordon, y al sonido de una campanilla presentose en la sala el viejo Ambrosio.

—La carretela—dijo el duque.

—¡Hola! ¿Con que tan animoso ya?—repuso con satisfaccion el criado.

—Sí, Ambrosio, voy á salir con Eduardo.

—Procure V. E. arroparse bien, porque hace hoy mucho frio.

—Pierde cuidado, voy bien envuelto en franela..... Ademas, me siento perfectamente.

—Lo celebro mucho, señor duque, pues quisiera que siempre estuviera V. E. sano y alegre.

—Mira, ahora vamos á hacer una diligencia, de la que espero los bienes que tú deseas.—Y dirigiendo con sonrisa una mirada á su hijo, añadió:—Ambrosio es mi antiguo confidente, bien podemos decírselo.

Eduardo hizo un movimiento de adhesion, y dando el duque una palmada en el hombro de Ambrosio, prosiguió:

—Vamos á fijar el dia de los dos matrimonios.

—Eso quiere decir que está ya V. E. enteramente restablecido. Pues señor, magnífico.

—¿Hablas con ironía?—preguntó el duque.

—No por cierto—respondió con gravedad el viejo sirviente.

—Es que si supiera que no eran de tu gusto estos enlaces, por castigo habia de hacerte bailar en las bodas.

—Está V. E. de buen humor.

—¿Lo sientes?

—Me alegro mucho de ello, señor duque.

—La conducta de Eduardo me tiene loco de contento. Se casa

tan á gusto como yo. Ahora mismo acaba de asegurármelo. Hé aquí el motivo de mi jovialidad. Ahora vamos á ver á nuestras futuras... No perdamos tiempo.

—Voy á disponer que preparen la carretela. Por lo demas hacen vuecencias muy santamente en casarse habiendo humor y brios para ello. Siento yo carecer de ellos, pues de lo contrario habia de pedir la mano de alguna fregatriz de la señora marquesa para que hubiera triple festin, y triple cantidad de confites; y en pos de la triple algazara, pasariamos mas calentitas y acompañadas las noches de invierno, cada oveja con su pareja, como suele decirse, y Cristo con todos.

Mientras se retiraba Ambrosio, dijo el duque á su hijo:

—Ese vejete siempre satírico y burlon; pero por otra parte es muy honrado.

—¡Pobre Ambrosio! ¡Nos quiere tanto!.....—repuso el duquecito.

—Tambien le correspondemos, ¿no es verdad?

—Todo lo merece. ¡Con qué interés cuidaba de usted durante la enfermedad! Por las noches no dormia un momento; ya vé usted que á su edad podia haberle costado cara semejante conducta. Yo se la reprendia; pero todo era inútil.

—Mira, aprovecharemos la salida de hoy para comprarle alguna chucheria. A los viejos es preciso tratarles como chiquillos. Le compraré una bonita caja de oro, y se la regalaré llena de esquisito rapé.

—Bien pensado, padre, esto alargará la vida del pobre viejo.

—Hoy es dia de gracias y de recompensas. Aguárdame un rato mientras me arreglo un poco. Los novios que ya somos..... así..... algo maduros..... tenemos que acicalarnos mas que los jóvenes.

En este momento se presentó don Agapito, y adelantándose arrastrando los piés y haciendo afectadas cortesías, dijo.

—Felices tardes, amigos mios. Señor duque, celebro verle á usted enteramente bueno. No hay que preguntar por su salud. Ese

buen color, esa robustez, me recuerda la de los cinco hermanos llamados Dáctilos del monte Ida, á quienes confió Cibeles la custodia de Júpiter cuando era niño.

—Efectivamente estoy bueno y pienso salir ahora mismo de casa. Mientras voy á vestirme, puede usted, si gusta, contar á Eduardo la historia de Júpiter y su triunfo sobre los titanes.

—Nada de eso—repuso con ironía don Eduardo.—Agapito viene á hablarme del salto de Léucade.

Don Agapito soltó una gran carcajada fingiendo que le hizo mucha gracia la ocurrencia.

El duque, despues de haber cruzado un saludo con don Agapito, se retiró, y quedaron solos los dos rivales.

Don Eduardo estaba sentado junto á la chimenea, y señalando el sillon que el duque acababa de dejar vacante, dijo á su amigo:

—¿No tomas asiento?

—¿Quién es capaz de despreciar esta silla patriarcal? Vive Dios que con el frio que hace no es mas apetecible el trono de Vulcano en su palacio de bronce, ni mas agradables que este bullicioso fuego, las fraguas de la isla de Lemnos donde los cíclopes forjaban los rayos para Júpiter.

—¿Si tendrá razon mi padre?

—¿De qué?

—De que vas ahora á contarme la historia de Júpiter.

—No por cierto. Vengo á contarte la historia de mi corazon.

—¿De veras?

—Sí, amigo mio.

—¿Pues qué le sucede á tu magnánimo corazon?

—Bien puedes llamarle magnánimo á boca llena. Ha triunfado por fin de su loco amor. Amigo mio, te doy el mas cordial parabien.

—¿Cómo así?

—Ya puedes saborear tranquilo tu felicidad. Convencido hasta la evidencia de que Elisa te ama, no quiero disputarte su blanca mano. Imitaré el ejemplo de Apolo, que despues de haber

renunciado á Casandra, galanteó con muy buen éxito á la oceánida Climene.

—¿Con que renuncias á la mano de la hermosa Elisa?

—Sí, amigo mio.

—¿Y no te es doloroso el sacrificio?

—Sacrifico el amor á la amistad.

—Gracias por tan singular merced, querido mio—dijo don Eduardo sonriéndose maliciosamente.—¿Y qué puedo hacer en galardon de semejante fineza?

—Atis se redujo voluntariamente al estado de eunuco...

—¡Qué bárbaro fué Atis!—interrumpió don Eduardo.

—Creyó que era el único medio de sustraerse á su frenético amor.

—Ya lo entiendo; y tú quieres sufrir la misma operacion.

—No por cierto—respondió terminantemente don Agapito.—El ejemplo de Apolo es mas cómodo que el de Atis. He renunciado á mi Casandra... y tengo ya mi Climene.

—¡Oiga! ¿Con que tienes ya otros amores?

—Sí, Eduardo mio, unos amores que me hacen el mas dichoso de los mortales.

—¿Y se puede saber el nombre de la afortunada ninfa?

—Aun no, mi querido Eduardo; pero te juro por la laguna Estigia que serás el primero á quien participaré mi felicidad cuando sea completa.

Don Agapito no podia decir otra cosa á su amigo, porque él mismo ignoraba quien habia de ser en breve la predilecta de su corazon; pero esperaba tenerla á su lado antes de ocho dias.

—Eso de *cuando sea completa tu felicidad*, querrá decir cuando estés casado, ¿no es verdad?

—No haré semejante desatino.

—¡Desatino! ¿Por qué razon?

—Porque siempre que veo algun marido, se me figura ver á Prometeo amarrado de pies y manos, mientras su muger le despedaza las entrañas á manera de buitre.

—Pues entonces ¿cómo piensas adquirir tu completa felicidad?

—Del modo mas fácil. Oye... para que veas que deposito en tu buena amistad y discrecion toda mi confianza. Ayer escribí á mi papá para que me mande sin dilacion veinte mil reales. Con este dinero tengo suficiente para el arreglo de una habitacioncilla.....

—Con veinte mil reales se puede poner con algun lujo...

—No quiero gran lujo, pero sí toda suerte de comodidades.

—¿Y qué?

—¡Qué inocenton eres!

—¡Ah! ya caigo en ello. Quieres *disipar tu fortuna*. Te vas á vivir con tu Climene.

—A quien haré pasar por una primita recien llegada...

—Sois el mismo diablo los poetas.

—Pero es el caso, que hasta Dios sabe cuando, no recibiré los veinte mil reales, que me hacen falta... porque probablemente me mandará mi papá alguna letra á cuatro ú ocho dias vista...

—Vamos, que no es tan largo el plazo.

—Para un corazon enamorado son siglos los instantes; y si tú me haces el favor de adelantarme la cantidad en cuestion, yo te la devolveré tan pronto como reciba la letra de papá. Ya ves... tú mismo has dicho que no es muy largo el plazo. Ademas, querido mio, no hace mucho me preguntabas que es lo que podrias hacer en galardon de haberte cedido á la hermosa Elisa. Pues bien, si es que merezco alguna recompensa...

—Quiere decir todo eso en resumidas cuentas—dijo el duquecito con sarcástica expresion—que me das á Elisa por veinte mil reales.

—¡Tienes unas ocurrencias tan chistosas!—exclamó don Agapito soltando una fingida carcajada.

—Regateemos un poco—añadió en tono jovial don Eduardo...—Diez mil reales es todo cuanto puedo ofrecerte.

—Como gustes. Dáme ahora los diez mil reales, y me deberás los otros diez mil.

—¿Qué es eso?

—Nada, amigo mio, trato de seguir tu buen humor... Una chanzoneta. ¿Con que vas á darme los diez mil reales? Es decir: á anticipármelos.

—No, no te los quiero anticipar.

—¿Hablas de veras?—preguntó sobresaltado don Agapito.

—No te los quiero anticipar; pero te los regalaré.

—Si te empeñas en ello... tanto mejor.

Ya sabe el lector que la generosidad era una de las bellas prendas del corazon del duquecito. Sabia que don Agapito andaba siempre escaso de recursos, y sin dar importancia á su ridículo proyecto, solo por un impulso de beneficencia holgose en favorecerle. Aproximose á una cómoda, y sacó de ella en oro la cantidad en cuestion, que entregó al aristocrático poeta.

—Gracias, gracias, mi incomparable amigo, mi ilustre Mecenas,—exclamó lleno de alegria don Agapito.—Con esto voy á ser mas feliz que los habitantes de las tierras del Lacio gobernadas por Jano en el siglo de oro. Permíteme ¡oh digno protector de las letras! que me retire para gestionar los preparativos de mi halagüeño porvenir.

—Anda con Dios.

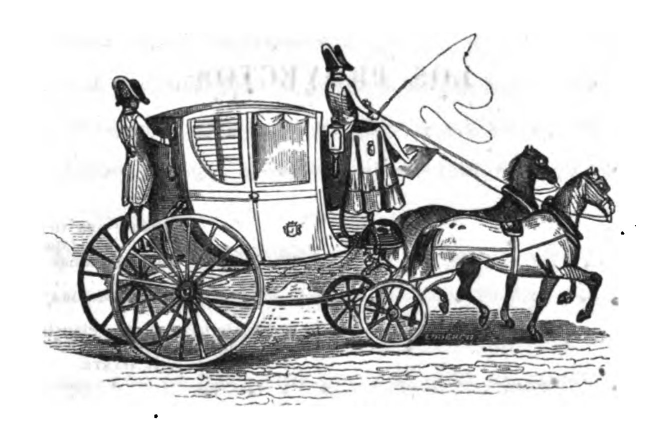
Don Agapito se ausentó diciendo para sí con aire de triunfo:

—¡Oh poder de la elocuencia! Este es el tercer pez que se traga hoy el anzuelo. Bueno es que haya en este pícaro mundo almas cándidas y crédulas, pues de otro modo no sé á qué tendriamos que atenernos los personages que hemos nacido para brillar en el gran mundo y carecemos de riquezas. Desgraciadamente los que nos hallamos en esta situacion en Madrid, formamos una falange numerosísima, que invade todos los salones de la alta aristocracia. Es preciso pues aguzar el ingenio para encontrar benévolos prestamistas. Hoy he tenido suerte... he logrado hacer tres víctimas, y eso que no he llegado aun á otras tres que son mis tres filones mas productivos..... á las tres viejas presumidas que me sacan de todos los apuros. Luego dirán que las viejas no

pertenecen al bello sexo. Son la flor y nata del bello sexo, y con su voz acatarrada, y su histérico, y su tos, y sus reumas, y sus flatos y otros alifafes propios de la inconmensurabilidad de años, son verdaderas sirenas encantadoras cuando compran los requiebros á peso de oro. Una vieja rica y dadivosa es un Potosí, es un *monte de piedad* que socorre á muchos elegantes de Madrid, sin necesidad de depositar en él mas que algunas alhajas falsas, esto es, requiebros y alabanzas que distan mucho de la verdad. Lo malo es que ahora tendré que romper enteramente con mis tres gracias sexagenarias, porque así que empiece yo á dar publicidad á mis amores con mi Climene, se van á irritar de lo lindo, y las viejas irritadas son verdaderas Harpías. Pues bien, toda vez que se me han de escapar de las manos estas tres minas, haré muy profunda la última excavacion, y ojalá pudiera dejarlas sin ningun filon en las entrañas de sus tesoros. Hay personas á quienes es mas fácil arrancarles una muela que un peso duro; pero cuando las personas no tienen muelas, mas fácil es arrancarlas el dinero. Es pues ya completa mi seguridad de reunir un bonito capital para llevar á efecto mi estrepitosa venganza. No hay como el descaro para medrar en el mundo. Sin descaro no hay talento, no hay prosperidad. El descaro es el cuerno de la cabra Amaltea. Proporciona de contínuo flores y frutos en abundancia. Con todo, es preciso considerar que voy á verme abrumado por la inmensidad de mis deudas. Objecion ridícula. Las deudas no abruman á los nobles. Los duques, los condes, los marqueses sin acreedores son plantas exóticas que no pueden eclimatarse en España. Contraigamos pues deudas sin escrúpulo, y démonos tono, toda vez que la primera ley de la naturaleza es *ir viviendo*. Ahora es lo primero improvisar una linda Cloris que no tenga inconveniente en vivir con su Céfiro. En esta operacion tendrá que auxiliarme alguna Celestina, alguna de esas intrépidas mómias *zurcidoras de voluntades* como las llamaba un poeta antiguo. Nadie mas á propósito que la *tia Pelona*. Es muger de chispa y tiene peores entrañas que la serpiente Piton. Es un verdadero halcon de doncellas.

Y don Agapito aceleró su marcha hácia el *establecimiento comercial* de la *tia Pelona*.

Mientras una elegante carretela con sus lujosos lacayos, tirada por altivos corceles, conduce rápidamente los ilustres novios al palacio de la marquesa de Verde-Rama, nosotros conduciremos al amable lector, aunque sea modestamente á pié y como de bracero, á casa de la *tia Pelona*. No hay que alborotarse, que ningun mal pensamiento guia nuestros pasos, sino el deseo de presenciar el donoso coloquio que es natural se entable entre la apergaminada vieja y el longanísimo vate.





CAPITULO XVI.

LOS PROYECTOS.

Erase una vieja
De gloriosa fama,
Amiga de niñas
. . . .
GÓNGORA.

In cerchio le facevan di se claustro
Le sette ninfe, ...
IL DANTE.

La *tia Pelona* tenia su establecimiento público en la calle de *Sal-si-puedes*. En esta calle triste y angosta hacíase de noche una hora antes de lo regular.

Cuando pasó don Agapito por frente de las rejas del establecimiento de la *tia Pelona*, que estaba en piso bajo, había aun en ellas siete ninfas que con el rostro embadurnado de albayalde, una plasta de almazarron en cada megilla, con cintajos de vivos co-

lores en la cabeza alguna de ellas, y otra con su puro en la boca, ostentaban su hermosura y sus gracias para atraerse á los transeuntes, á quienes disparaban no solamente las agudas flechas de escitadora sonrisa y voluptuosas miradas, sino palabras de finura y amabilidad, como por egemplo: «¡A Dios hermoso!» su piropo favorito, con que regalaban á veces los oidos de algun prógimo mas feo que el hambre.

Al cobijarse don Agapito en el reducido y oscuro portal de aquel ilustre colegio de costumbres sociales, las siete susodichas sirenas volaron á recibirle y se abalanzaron al infeliz con tan cariñosos modales, que le hubieran descuartizado á buen seguro, si no se hubiera apresurado á prevenirles, que no dedicaba á ninguna de ellas la visita, sino á su digna directora, con quien tenia que tratar de un asunto urgente.

A fuerza de ruegos y protestas alcanzó por fin que se entibiara paulatinamente la desgarradora amabilidad de aquellas *vírgenes*, y una de ellas, tuvo la condescendencia de servirle de lazarillo hasta la cocina, donde estaba junto á la lumbre la *tia Pelona* hilando, mientras las judias de un gran puchero se iban cociendo con magestuosa calma, gracias á la escasez del elemento abrasador.

Un gato negro se destacaba de la ceniza, y estaba tan inmediato á las áscuas, que parecia se le hubiese puesto allí para asarle. Al otro lado del puchero formaba simetria y contraste al mismo tiempo con el gato, un perro blanco de aguas, que al oir pisadas gruñia sordamente, pero bien fuese por vejez ó por civilizacion, nunca llegaba á ladrar, y si alguna que otra vez se desperezaba, era para ir á restregar sus mugrientas melenas contra las piernas del recien llegado, como esmerándose por hacer los honores de la casa.

Una luz misteriosa y opaca, triste emanacion de un vetusto candil exhausto de aceite, iluminaba aquel grupo parodiando el melancólico resplandor que bañaba el lecho de la infeliz Desdémona poco antes de sucumbir á los celos del africano Otelo.

Distinguíanse no obstante las inusitadas facciones de la *tia Pelona*.

Hacia pocos años que se la habia bautizado con este apodo, por cierto paseo que le mandó hacer la autoridad. Sus proezas habian merecido los honores de ser llevada en triunfo por las principales calles de Madrid, con la cabeza rapada, caballera en un mansísimo jumento, y entornada de un lucido cortejo de ministriles y corchetes.

Aunque habíanse deslizado años despues de este repugnante espectáculo, la vejez habia hecho seguramente poco fértil el terreno de la siega, por manera que la cabeza de la heroina se cubrió de un cáñamo muy poco crecido, y esto dió márgen á que se le concediera el título de *Pelona*.

Su frente formada á pliegues, asemejábase á una persiana sin pintar.

Por debajo de esta persiana asomaban dos ojos de gato entoldados de algodon y divididos por una nariz de gran mérito arquitectónico, puesto que su delgada punta formaba unos alicates con la punta de la barba.

Hacia años que la *tia Pelona* disfrutaba el ahorro de los mondadientes. El marfil habia desaparecido de sus encías, y esta circunstancia daba cierta expresion á sus labios, que aumentaba la dificultad del diminuto rostro. Este campeaba trémulo sobre un cuello que pudiera parecer de cisne..... ya que no por lo blanco, por lo prolongado y erguido.

La estatura de la *tia Pelona* era reducida. Vestia á guisa de beata.

Cuando el poeta invadió aquella morada silenciosa, la *tia Pelona* hilaba con los anteojos calados.

—Buenas tardes,—dijo don Agapito sin quitarse el sombrero.

—Buenas noches, digo yo—repuso *la Pelona*.

—Como quieras.

—¡Hola! ¿tú por acá, buena alhaja?

—Sí, *Pelona*; y vengo á proporcionarte un buen negocio.

Ni la vieja respetaba la aristocracia del recien llegado, ni este la superioridad de años de la dueña de la casa. Tuteábanse recíprocamente con la mayor familiaridad, como los cuáqueros, los gitanos y los grandes de España.

—¡Un buen negocio!—exclamó la vieja, y quitándose los espejuelos, y dejando la rueca en un rincon, aproximose á don Agapito frotándose las manos de alegría.—Explícate, hijo mio.

—Quiero hacer la felicidad de una muger.

—¿Es algun voto, no es verdad? Pues mira, hijo mio, Dios te pague el que te hayas acordado de mí. Cuanto mas me voy acercando al término de mis dias, mas ganas tengo de mudar de oficio. Es ya hora de pensar en el exámen de conciencia, y si tú me favoreces de modo que pueda pasar tranquilamente la vejez, me será fácil arrepentirme de mis pasadas culpas y hacer firme propósito de no volver á pecar. Así como así anda perdida la profesion... Ya se vé, las aficionadas abundan tanto, que las pobres del oficio no pueden menos de sentirse perjudicadas. Están los tiempos tan malos, que apenas se gana para la manutencion, y eso que desde la invencion de la vacuna ha mejorado mucho la mercancía. Se ven jóvenes en el dia que parecen querubines. Tengo yo una coleccion de ellas...

—Pues las sílfides que revolotean por esos corredores, no me han parecido cosa muy superfina.

—Es que los manjares mas esquisitos los reservo yo para las personas de gusto y delicado paladar. Pero dejemos esto, y hablemos de mi felicidad. ¿Con que has hecho un solemne voto?...

—No media aquí voto alguno; pero he resuelto hacer feliz á una muger.

—Gracias, hijo mio, gracias por haberte acordado de esta viejecita.

—¿Pues quién mejor que tú puede proporcionarme la muger de que se trata?

—¿Luego... no soy yo á quien deseas hacer feliz?



—Tú tendrás una buena recompensa; pero la belleza cuya dicha me propongo labrar, no debe haber cumplido veinte abriles.

—Pues yo... ¿para qué engañarte?... los he cumplido ya..... mas de cuarenta años atras.

—Ha de reunir mas encantos que Dido, mas intrepidez que Safo.

—No conozco á esos caballeros.

—No son caballeros, sino dos de las mugeres mas célebres y hermosas de la antigüedad.

—Pues por hermosas que hayan sido, tengo yo quien les aventaja.

—¿De veras?

—Juanilla, la hija del *tio Palique* es bocado de canónigo.

—¿La conozco yo?

—Difícil será que la hayas visto. Es muchacha muy pundonorosa.

—¡Pundonorosa!

—Como lo oyes.

—¿Pundonorosa... y está en relaciones contigo?

—Gracias por la merced. ¿No eres tú un personage de pro?

—¿Y qué?—contestó ruborizado don Agapito.

—¿No median amistosas relaciones entre nosotros?

—Pero una jóven...

—Una jóven como Juanilla puede pasearse por las calles de Madrid con la frente levantada.

—No digo yo lo contrario.

—¡Que si quieres! La hija del *tio Palique*... ¡Poquita vanidad tiene su padre de haber enjendrado tan lindo pimpollo!

—¿Y qué profesion es la de su padre?

—Él es torero sin ejercicio, como si dijéramos indefinido ó impurificado. Fué cachetero en la cuadrilla del célebre Pepe-Hillo. Da gusto oirle contar la muerte de su camarada.

—¿Pues de qué vive ahora?

—De lo que gana Juanilla.

—¿Dónde?

—¡Toma! en casa de los dibujantes..... porque como es tan graciosa y linda.... tan bella.... tan bien formada.... les sirve de modelo cuando quieren pintar alguna vírgen, ó algun San Sebastian... ó así...

—Esa jóven es la que á mí me conviene—exclamó con alegría don Agapito dando una palmada.—¿Cuándo podré ver á esa jóven?

—Es preciso que sepa yo antes para qué.

—Ya he dicho que quiero hacerla feliz.

—¿Pero de qué modo?

—Con muchos escrúpulos me anda mi señora *la Pelona*—exclamó impaciente don Agapito.

—Es que has de saber, hijo mio, que Juanilla es una jóven honrada, de una conducta ejemplar..... y sobre todo, piensa con mucho juicio. Ya ves tú si entiendo yo el intríngulis de hacer entrar en vereda á cuantas palomas caen en mi lazo. Pues, amigo, todos mis esfuerzos, todos mis ardides, toda mi elocuencia se ha estrellado siempre contra la firme resolucion de Juanilla.

—¿Y cuál es esa resolucion? ¿Hacerse monja?

—¡Bonito genio tiene la niña para encerrarse en un claustro! Siempre vivaracha y alegre, no hay otra mas amiga de bailes y paseos..... sobre todo si puede concurrir á ellos con elegancia y lujo; porque es preciso confesar que le da el naipe para vestirse. Cuando sale en trage de manola con su rica mantilla terciada, su peineta hasta las nubes, y el escaso zagalejo que se pega en sus torneadas formas sin cubrir la escitante pantorrilla, es el asombro de Madrid; y si le dá el antojo de acicalarse como una señora, hasta sabe tomar el aire de una marquesa, y no parece sino que haya pasado su vida en los estrados del duque de Medinaceli. ¡Oh! si pudiese yo conquistarla... seria para mí una mina inagotable.

—Apetecerá sin duda los vínculos de Himeneo.

—¿Qué hablas ahora de meneo?

—Digo que deseará casarse.

—Nada de eso. Profesa un ódio mortal al matrimonio.

—¿Cómo así?

—Dice que quiere ser libre como los pajarillos del bosque, y no quiere vivir nunca encerrada en una jaula á la disposicion de un bárbaro marido.

—Eso es magnífico, es verdaderamente poético. Ya simpatizo desde este instante con esa jóven seductora... con esa sacerdotisa de Venus...—exclamó con entusiasmo don Agapito.—¿Y se concreta á esto su resolucion?

—Voy á decírtelo todo. Cada vez que he tratado de seducirla, se me ha reido con mas descaro, y ha despreciado mis consejos y proposiciones. «Desengáñese usted, *tia Pelona*, me dice continuamente, yo sé que soy jóven y muy bonita, tengo mucho orgullo y no quiero degradarme hasta el extremo de atender á las proposiciones de usted. Merced á mi hermosura, gano lo suficiente para vivir con decencia y mantener á mi padre. Verdad es que no satisfago todos mis caprichos y deseos; pero si algun dia me encuentra usted alguna persona acaudalada, capaz de proporcionarme una colocacion duradera, mucho oro, muchas joyas, mucho lujo... entonces... tal vez me decidiré á escuchar proposiciones; pero aun en tal caso, ha de saber usted que seré muy exigente; con que no me venga mas con consejos que me dan risa, y ofertas que oigo como quien oye llover.»

—¡Oh! me encanta el modo de pensar de esa jóven. Aunque sea ingrata y desdeñosa como Cídipa, estoy resuelto á ser su Acónceo. Quiero ver á Juanilla.

—¿Con qué objeto?

—Con el de asegurarme si es tan hermosa como supones.

—Pues te digo que he andado escasa en elogios, porque no hay palabras con que expresar sus atractivos.

—Entonces será una divina Hebe.

—Ignoro á qué casta pertenece ese pájaro.

—No es pájaro, sino la copera de los Dioses..... la misma Diosa de la Juventud.

—A lo menos su cara es la de un ángel. Entre blanca y morena, pelo negro..... y tiene unos ojuelos tan vivarachos..... y siempre la sonrisa en la boca... Luego es tan amable... tan cariñosa... Dice una desvergüenza al mas pintado; pero lo hace con tanta gracia que sus insultos no ofenden. Siempre está de buen temple, toca la guitarra á las mil maravillas, baila con un gracejo que enamora, y canta que es un primor. Donde ella está no cabe la tristeza, porque todo lo alegra con su buen humor.

—Bueno, bueno, estoy al corriente de todo; pero es preciso que la examine por mí mismo, y si, como espero, encuentro que efectivamente posee todas esas dotes que acabas de referirme, esa jóven logrará ver su ambicion satisfecha.

—¿Pues cómo?

—Me has dicho hace pocos momentos, que deseaba encontrar algun patrono.

—No es eso lo que ella dice.

—¿Pues qué dice?

—Jamás me ha mentado para nada patrono alguno.

—Explícate de una vez.

—Pues bien claro lo he dicho antes. Lo que quiere esa niña, y no anda por cierto desacertada, es encontrar una buena alma que la regale por todos conceptos y le proporcione toda suerte de comodidades, y muchas alhajas y magníficos trenes... y... ¿qué sé yo? todo eso que poseen las marquesas.

—Cabalmente esa buena alma que hace todo eso por una muger se llama su patrono; y yo quiero serlo de esa linda jóven.

—Eso es otra cosa. Con tantos años que llevo de ejercicio, no sabia yo que el que disipa su patrimonio por satisfacer los caprichos de una muger se llamase patrono. Yo creí que los patronos eran ciertos santos, como por ejemplo, San Isidro patrono de Madrid; pero no hay como vivir para aprender cosas nuevas.

—¿Pues qué nombre das al que obsequia á una muger?

—Si es jóven, el de amante, galan, ó apasionado; y si es viejo el de padrino.

—Lo mismo significa padrino que patrono ó protector, y te repito que he de serlo de esa graciosa niña, con tal de que atesore todos los atractivos que le atribuyes.

—Mira, hijo mio, que la niña es muy exigente.

—Creo poder satisfacer todas sus exigencias.

—Pues siendo así, podemos desde ahora entrar en tratos. Díme las condiciones bajo las cuales te propones hacerla feliz, y luego sondearé á la muchacha para darte una contestacion, que ya puedes suponer haré todos los esfuerzos imaginables para que esté arreglada á tus deseos.

—Gracias, *Pelona;* pero no debo decirte ya nada mas de lo que sabes sobre este negocio. La niña dice que está dispuesta á escuchar las proposiciones de una persona que trate de proporcionarle los placeres y comodidades que disfrutan las mas elevadas señoras de la córte. Yo soy esa persona.

—Pero, ¿y las proposiciones?

—Se las haré á ella misma; de consiguiente lo que tú debes hacer es prevenirla hoy de mi deseo, y decirle, que mañana á medio dia estaré aquí para tratar con ella misma de las bases sobre las cuales hemos de fijar su dichoso porvenir.

—No me parece mala idea.

—Y que venga con todo lo necesario para lucir sus habilidades.

—Se entiende.

—La guitarra sobre todo.

—Y que no se hará de rogar, porque nunca está mas contenta que cuando canta alguna coplita andaluza. A mí se me cae la baba cuando la escucho... Es muy salada y muy mona.

—Por supuesto que no hemos de celebrar nuestra conferencia en esta cocina.

—¡Quieres callar! En el estrado de las visitas... allí os dejaré solitos para que os arregleis del mejor modo. Supongo, hijo mio, que no abusarás de mi confianza.

—Me ofende esa sospecha.

—Perdóname; pero como en el dia hay tan poco que fiar de los hombres...

—¿Te he engañado yo alguna vez?

—No por cierto.

—Pues entonces ¿á qué viene la advertencia?

—No te enfades por eso, hijo mio.

—Yo no me enfado; pero es extraño que desconfies de mí.

—Tampoco desconfio.

—¿Temes acaso que no he de recompensarte como sea justo?

—Quita allá. Siempre estoy dispuesta á servirte aunque sea de balde.

—Siendo así, confieso que no he entendido tus palabras.

—Te he dicho en broma, que espero que cuando estés solo con la niña, no abusarás de la confianza.

—Te prometo que la respetaré como si fuese una hermana mia.

—Eso ya lo sé yo.

—Me limitaré á hacerle mis proposiciones.

—Así me gusta... eres un hombre de juicio.

—¿Y si las acepta?...

—Si las acepta... allá hareis de vuestra capa un sayo.

—Pero en el caso de que se resista...

—¿A qué?

—A aceptar mis proposiciones, espero que me ayudarás á convencerla.

—Cuenta con ello. Dios me ha dado una gracia particular para dar consejos á las niñas. Yo misma me aturdo á veces de mi habilidad.

—Con todo, me has dicho antes, que la niña de quien se trata es muy terca, y que á pesar de tus esfuerzos nunca has podido sacar partido de sus encantos.

—Así es, de manera que el que logre vencerla, se la lleva en flor, cosa que no se encuentra á cada esquina.

—Por la misma razon me temo que no cederá fácilmente.

—¿Pues no ha de ceder?

—Así como se ha mantenido hasta ahora indiferente á los halagos de los hombres...

—Es que hasta ahora no se le ha proporcionado el acomodo que ella busca.

—De manera que crees tú que el éxito es seguro.

—Segurísimo, como tú no me engañes en eso de que puedes proporcionar á la chica mucho lujo, muchas comodidades, y satisfacer todos sus caprichos.

—Cuando uno es rico...

—Es que es preciso serlo mucho, cuando se trata de dejar satisfechos todos los caprichos de una jóven bonita y coqueta.

—Por este lado nada hay que temer.

—Tanto mejor... Es negocio concluido.

—¿Positivamente?

—Como que es lo que ella ambiciona.

—Siendo así, puedo contar con que no faltará á la cita, ¿no es verdad?

—Cuando vuelvas estará ya en el estrado aguardándote.

—Mañana á medio dia.

—No hará falta. Estando yo de por medio...

—Cuento con tu habilidad.

—Y yo con una buena propina.

—No te quejarás de mi.

—¿De veras?

—Como esa muchacha se allane á mis deseos...

—¿Qué ha de hacer sino allanarse?

—Hasta mañana.

—Ya verás como todo saldrá á pedir de boca, hijo mio, y espero que serás generoso con esta pobrecita vieja.

—Procura tú servirme bien, que por mi parte ya sé yo lo que me toca hacer.

Al decir esto, sacó don Agapito un puñado de las monedas de oro que acababa de recibir, y entregó una de cuatro duros á la *tia Pelona*.

—Mira, hijo mio, que todavia no he hecho nada—dijo aturdida la vieja.

—Por esa razon es una bicoca lo que te doy. Mas adelante pagaré tus servicios segun lo que ellos valgan. ¡A Dios! y hasta mañana á medio dia.

—Sí, hijo mio,—respondió la vieja radiante de alegria—hasta mañana, y esta noche la pasaré rogando á Dios que todo salga á medida de tus deseos.

Cogió la vieja el candil, y por sí misma quiso alumbrar y acompañar á su generoso parroquiano.

Si contenta se mostraba la *tia Pelona* por el resultado de aquella conferencia, no estaba menos satisfecho don Agapito al ver cuán fácil y prontamente habia encontrado una jóven, que si los informes de la vieja no mentian, parecia llovida del cielo expresamente para vengar los agravios de la ingrata Elisa.

Figurábasele inagotable el caudal que acababa de reunir, y aun cuando gastase con prodigalidad, tenia algunos amigos millonarios, que, como don Eduardo, se habian dejado alucinar por la mágia de la elocuencia mitológica, y le habian dado repetidas muestras de una generosidad sin límites. Estos bondadosos amigos, eran en el concepto de don Agapito, inagotables minas que estaba explotando á su sabor; y una vez halladas tan abundantes vetas, estaba en la inteligencia que ya jamás habia de perderlas.

El entonado poeta llevaba su petulancia hasta el extremo de figurarse, que todas las familias mas notables de la aristocracia madrileña, ansiaban su amistad por considerarle como un literato de privilegiado talento. Habia observado que se le obsequiaba en todas partes con marcada predileccion. Los hombres de estado, los cortesanos mas distinguidos le escuchaban con complacencia y aun le colmaban de elogios.

Hay gentes que llaman sabiduria y elocuencia, á una palabrería tonta y de pésimo gusto, compuesta de frases rimbombantes, vacías de sentido, y que únicamente los pedantes aparentan entender para darse importancia; pero con esta lastimosa conducta,

solamente logran degradar su ignorancia hasta ponerla al nivel de la del ridículo pigmeo que se empeña en parecer gigante.

Ignoraba don Agapito, lo mismo que otros muchos de los que se dan á sí mismos el título de literatos y poetas, que es de muy mal gusto la extravagante hinchazon de estilo; ignoraba que la belleza de lenguage no está en las palabras escogidas entre las mas raras del diccionario, ni en los conceptos oscuros, ni en los galicismos que tanto seducen á los jóvenes inexpertos, ni en ostentar excesivo lujo de erudicion con fatigosa aglomeracion de citas; ignoraba en fin, como todos los escritores de inteligencia raquítica, que las flores mas galanas de la elocuencia son la verdad y la sencillez.

A pesar de su insufrible pedanteria, tenia don Agapito inmensidad de admiradores y apologistas, de consiguiente no era del todo infundada su excesiva presuncion. Creiase un sábio, una joya de la alta sociedad, indispensable en todos los salones de tono. Acaso llegó á lisonjearse de que dispensaba un alto honor á cualquiera á quien pidiese dinero. Esto era siempre una prueba de amistosa confianza á la que no era dable se mostrase ingrato ninguno de sus mas íntimos amigos. Así reflexionaba el buen alumno de Apolo, y sacaba en consecuencia que ya nunca podrian faltarle recursos.

Con esta seguridad, y las noticias satisfactorias que acababa de adquirir en la cocina de la *tia Pelona*, abandonó el poeta su enferma fantasia á todo linage de ilusiones y delirios.

Era de todo punto indispensable hacer ver á su ingrata y pérfida Elisa, que lejos de sentir su inconstancia, juzgábase don Agapito feliz, embebido en nuevos amores. Esta suele ser siempre la dulce venganza á que apelan generalmente los mas fogosos enamorados. Tras de mil promesas y juramentos de eterna fidelidad, acontece con frecuencia, que aquel fino amador, que arrodillado á los pies de su amada exclamaba en sus accesos de frenesía, que no podria vivir á la mas leve perfidia del ídolo de su corazon, recibe con dolor el primer desaire, pero en breve se enciende la

ira de los celos donde ardia antes el amor, y apela á cuanto pueda lastimar á la beldad que antes bendecia. Quisiera crear las mas acerbas torturas y hacerlas sufrir á la ingrata, para que emponzoñasen todos los instantes de su vida, aquellos instantes que antes le deseaba inundados de goces, de dichas y de placeres.

Lejos pues de apelar al trágico suicidio, lo primero que suele hacer un amante engañado y desengañado, pasada la primera y mas dolorosa impresion que causa una inesperada infidelidad, es armarse de estoica resignacion y preparar una venganza que corresponda á la deformidad del agravio. Rara vez deja de empezar esta venganza por públicas manifestaciones de buen humor é insólito regocijo de parte del ofendido, con las cuales hace alarde del solemne desprecio que le merece la muger que le fué infiel, y alienta nuevos amores, como para indicar que hay otras beldades en el mundo, y muéstrase mas rendido, mas obsequioso, mas galante y enamorado con la heroina de la conquista reciente, que lo fué en otro tiempo con la inconstante coqueta, de quien aparenta no conservar ya el mas leve recuerdo. Sin embargo, la misma severidad de semejante conducta, y el empeño de atormentar á una ingrata, prueban que no se la puede borrar de la fantasía ni desalojar su imágen del corazon.

Esto le pasaba precisamente á don Agapito. En medio de los mas furibundos celos, creíase feliz porque iba á mostrarse de una manera pública y solemne, superior al desaire de la hermosa marquesita. Iba á aparentar á la faz de toda la aristocracia, que él era el veleidoso que desdeñaba á la marquesita y rendia sus galanteos á otra hermosura. Y á fin de excitar completamente los celos y hasta la envidia de la novia del duquecito, se propuso el poeta, que como todos los pedantes era rencoroso y vengativo, aprovecharse de la generosidad del mismo don Eduardo para proporcionar á su nuevo ídolo, á la improvisada primita que debia vivir en compañía suya, no solo una habitacion suntuosamente amueblada, sino ricas alhajas, magníficos trenes, y cuantas comodidades y goces saciar pudieran la ambicion de una jóven y linda cortesana.

Los proyectos del poeta eran sin duda de colosales dimensiones, y aunque estaba repleto su bolsillo á la sazon, no recelaba verle exhausto ya en su vida, porque, como hemos dicho ya, tenia ciega confianza en el inagotable filon de la generosa amistad, cuya mina explotaba con descaro inaudito.

Quédese embebido en sus dulces y dorados ensueños de venganza, y pasemos á casa del pintor.

Dejamos á Enriqueta desmayada en los brazos de la *Bruja*. La pobre niña acababa de ver al amable jóven del café, cuando su corazon sentíase violentamente impresionado por el espantoso vaticinio de la mendiga misteriosa. No es extraño que cayera sin sentidos. ¿Qué le ocurrió despues? Lo veremos en el capítulo inmediato.





CAPITULO XVII.

LA PESADILLA.

No seas ambiciosa
De mejor ó mas próspera fortuna;
Que vivirás ansiosa
Sin que pueda saciarte cosa alguna.
No anheles impaciente el bien futuro;
Mira que ni el presente está seguro.
SAMANIEGO.

Sei pur tu, pur ti veggio, o gran Latina
Città, di cui quanto il Sol aureo gira
Nè altera più nè più onorata mira,
Quantunque involta nella tua ruina.
GHEDINI.

Mais elle avait cette paleur
D'une jeune et mourante fleur.
. . . .
C. A. D.***

Era el anochecer cuando la *Bruja* se retiraba de casa del pintor despues de haber dejado á Enriqueta con sus padres, que si bien al regresar á su casa hallaron á la jóven ya vuelta en sí, no dejó de sobresaltarles la estremada palidez de su rostro y alguno que otro estremecimiento convulsivo que hacia temer un nuevo desmayo, ó tal vez algun accidente nervioso de peligrosas consecuencias.

Al volver de su desmayo creyó Enriqueta que la aparicion de

don Eduardo no habia sido mas que una fantástica ilusion, y en esta inteligencia nada quiso decir á la *Bruja* ni á sus padres, del fútil motivo de su dolencia.

Habíase llamado á un médico, y este conoció por la alteracion del pulso y la vista azorada de la enferma, que habia tenido algun susto. Enriqueta se vió en la precision de tener que confesarlo; pero se limitó á decir que habiendo oido llamar á la puerta corrió á abrirla creyendo que serian sus padres, y era un hombre, cuya presencia la sobresaltó.

Un desasosiego muy marcado y un frio intenso habian sucedido al desmayo de Enriqueta, que por disposicion del facultativo fué á descansar en la cama despues de haberla recetado un ligero narcótico, del cual debia tomar una cucharada cada media hora hasta quedar dormida.

El objeto del facultativo era tranquilizar el espíritu de la enferma por medio de un sueño apacible, y encargó especialmente á su madre que hasta que su hija se durmiese procurase entretenerla con la conversacion que pudiera serle mas agradable y divertida.

El facultativo se despidió asegurando que ningun síntoma alarmante notaba en Enriqueta. Todo se reducia á un susto pasajero propio de una niña medrosa, del cual ni siquiera se acordaria al dia siguiente, como pasára tranquilamente la noche, y era de presumir que la pasaria durmiendo, merced á la bebida que le habia recetado.

Quedáronse el pintor y su esposa junto á la cama de Enriqueta.

Despues de una hora de conversacion sobre trages de moda, paseos, teatros y cuantos asuntos se juzgaban mas á propósito para divertir á Enriqueta,

—Federico—dijo Cecilia á su marido—cuéntanos algo de cuando estuviste en Roma. He notado que Enriqueta suele escucharte con placer, siempre que nos refieres las bellezas de Italia. ¿No es verdad, hija mia?

—Sí señora,—respondió Enriqueta—y me gustaria mucho ver aquel delicioso pais.

—En efecto—dijo Federico—es un pais deliciosísimo..... como que los poetas suelen llamarle *el jardin de Europa*. ¿De veras te gustaria ir á Italia?

—¡Me ha ponderado usted tantas veces las preciosidades de Roma!...

—Te he hablado con frecuencia de las cosas notables de Roma; pero no he ponderado nada, hija mia, porque no cabe la ponderacion cuando faltan palabras que expresen suficientemente el gran mérito de las sublimes creaciones que atesora aquel recinto encantador.

—¿Y quiere usted que no tenga deseos de verlo?

—Ese deseo es muy natural—repuso el pintor, y sonriéndose añadió:—particularmente en una poetisa...

—Pues yo no soy poetisa—interrumpió Cecilia,—y me gustaria admirar de cerca esos prodigios de la inteligencia humana. Yo tambien quiero ir á Roma—añadió riendo.

—Corriente, iremos los tres—exclamó Federico siguiendo el buen humor de su muger.—No hay mas que hablar, todos á Roma... se entiende, en cuanto haya recursos para los gastos del viaje.

—Con media docena de cuadros que vendas...—repuso Cecilia.

—Si hay quien los compre y los pague bien... negocio concluido—respondió el pintor.—Y hablando formalmente, os digo que no teneis vosotras mas vivos deseos que yo de ir allá... y os prometo que he de hacer todos los esfuerzos imaginables para satisfacer un capricho en que los tres estamos tan acordes.

—¿Lo dice usted de veras?—preguntó Enriqueta en voz algo debilitada por el sueño.

—¡No que no! Apuradamente despues de mi permanencia en Roma, donde hice mis estudios, quise viajar por el resto de Italia; pero el ardiente deseo de regresar cuanto antes á mi patria que-

rida, fué causa de que lo verificase con sobrada rapidez. Apenas tuve tiempo suficiente para saborear los encantos que por todas partes me llenaban de asombro. Es indefinible la belleza de aquel cielo puro, de aquellas matizadas colinas, inmenso semillero de plantas aromáticas, de aquellas amenas y fértiles llanuras embalsamadas por el perfume de las flores y halagadas por las brisas recreadoras.

—Eso es verdaderamente poético...—dijo Enriqueta con la sonrisa del candor.

—Es pintoresco hasta lo sumo—añadió Federico.

—Sí, poético, pintoresco—interrumpió Cecilia.—Todo os lo arreglais á medida de vuestro gusto. *Poético*, como quien dice *á propósito para ser visitado por una poetisa*, y es indipensable que Enriqueta escriba un poema sobre sus impresiones de un viaje por Italia. Es *pintoresco* y un pintor de fama como lo es mi señor esposo, hallar debe paisages hermosísimos y vistas de grande efecto que copiar de aquel magnífico panorama; pero han de saber ustedes que yo no me quedo en Madrid aunque no haya en Italia cosa alguna que reclame la presencia de quien tiene la desgracia de no saber manejar la pluma ni el pincel.

—¿La dejaremos venir, Enriqueta?—preguntó en tono jovial Federico.

—No faltaba mas—respondió Enriqueta—sino que nos fuesemos sin mi madre. Es mi única amiga y compañera de paseo... No, no quiero que se quede en España.

Al concluir esta frase, Enriqueta estrechó la mano de su madre entre las suyas.

—Quedas admitida..... Te incluiremos en el pasaporte; pero con la condicion de que tambien has de sacar alguna ventaja del viaje.

—El que viaja siempre aprende—respondió Cecilia esforzándose por divertir á la enferma con arreglo á las instrucciones del médico.—Ahora me ocurre una excelente idea que hace indispensable una visita mia al palacio episcopal.

—¿Qué tienes tú que hacer con el papa?—preguntó el pintor.

—Con el papa nada; pero he de tener una conferencia con un personage de su palacio.

—¿Con un personage de su palacio?

—Ya se vé que sí.

—Algun cardenal.

—No estoy por los cardenales ni por las contusiones.

Enriqueta se sonrió y Cecilia se aplaudió á sí misma por la ocurrencia que acababa de caer en gracia á la enferma.

—¿Y quién es ese personage?—exclamó Enriqueta.

—¡Válgame Dios, qué curiosidad la vuestra!

—¡Pues qué! ¿es algun secreto?

—No, hija mia, ni yo tengo secretos para tí.

—Pues dínos de una vez, ¿quién es el personage en cuestion?—preguntó Federico manifestando impaciencia.

—¡Hola!—exclamó sonriéndose Cecilia.—Yo creia que la curiosidad era propiedad exclusiva de las mugeres.

—No es curiosidad; pero....

—Pero son deseos de saber quien es el personage cuya proteccion trato yo de implorar. Necesito una audiencia en el palacio episcopal.

—¿De quién?

—Voy á decíroslo. Tiene el papa en su palacio una persona que es su principal sosten. Sin los auxilios de esta persona ú otra equivalente, no duraria el papa ocho dias.

—¿Quién es esa notabilidad?

—Su cocinero.

—¡Su cocinero!—exclamaron Federico y Enriqueta á un mismo tiempo riéndose de tan singular contestacion.

—Su cocinero, que deberá guisar muy bien los macarrones, porque en Italia se ha llevado hasta la perfeccion el arte de guisar los macarrones, y quiero que me instruya y civilice sobre este particular, á fin de que siempre que os dé antojo de comer macarrones, los comais tan ricos y bien aderezados como el papa.

Ya veis pues que mi viaje á Italia es mas urgente que el vuestro.

—A lo menos su objeto es mas alimenticio y estomacal—repuso Federico.

Enriqueta, despues de haber celebrado con una carcajada el último chiste de su madre, víctima de una natural reaccion ó de alguna siniestra idea, cayó en una profunda melancolía.

Es inútil advertir que cada media hora le suministraba su madre con la mayor exactitud el narcótico ordenado por el facultativo. Esta bebida hacia tambien su efecto.

—¿Con que nó hay remedio—exclamó Federico prosiguiendo la misma conversacion—todos vamos á Roma?

—Sí—dijo Cecilia á su marido—y es preciso que te des aire en ganar dinero, porque debemos pasar allí el primer carnaval.

La buena Cecilia se afanaba por hacer recaer la conversacion en asuntos alegres.

—Pues no eliges mala época—repuso Federico.—Verdad es que en todas partes el carnaval es un periodo exclusivamente avasallado por la alegría, ó mejor dicho, por la locura; pero la aficion á las mascaradas en ningun pais se ha desarrollado en términos mas ingeniosos que en Italia. Verdad es que en todas las grandes capitales del mundo hay una ebullicion sin ejemplo durante el carnaval, y somos injustos al concretarnos á las populosas ciudades, porque la alegría penetra á la sazon hasta las mas insignificantes aldeas; pero generalmente se agita, grita y rie la multitud á expensas de unos pocos que tienen el placer de explayar su buen humor á merced de cuatro guiñapos y una careta de carton.

—¿Y qué hacen en Italia?—preguntó Cecilia.

—En Italia son mas las máscaras que los que no llevan disfraz.

—Y así debe ser—repuso Cecilia.—Cada cosa á su tiempo y los nabos en adviento, como dice el refran. El carnaval es para disfrazarse. Desde ahora propongo que nos disfracemos los tres. ¿No te parece, Enriqueta, que debemos disfrazarnos?

—Como usted guste—respondió Enriqueta sonriéndose melancólicamente.

—¿Y cómo suelen disfrazarse por allá?

A esta nueva pregunta de Cecilia, contestó Federico de este modo:

—Las masas populares tienen en todas partes los mismos instintos. En Roma, lo mismo que en San Petersburgo, en Londres, en Paris y en Madrid, vénse grandes turbas de máscaras asquerosas, cubiertas de harapos ó de viejas esteras, llevando al hombro una sucia escoba ó algun paraguas roto; pero es preciso confesar que hay en los italianos mas ingenio para inventar donosas comparsas; que con sus airosos trages y estudiadas evoluciones divierten sin faltar al decoro ni causar escándalo. Vénse cuadrillas de pastores alternar con otras de marineros en lindísimos bailes. Otras cantan en coro melodiosos himnos, y con estas pacíficas reuniones se mezcla á lo mejor de improviso una multitud de diablos, con sus cuernos y luengas colas dando chillidos infernales, ó aparece una interminable chusma de beatas con largas narices, que bailan la danza de las brujas.

—¡Oh!... eso debe ser muy divertido—exclamó Cecilia.

—En medio de todas las ridiculeces propias de las circunstancias, vénse disfraces que asombran por la riqueza de los vestidos. Grandes cabalgatas en soberbios corceles enjaezados con asiático lujo, que representan los individuos de alguna córte de la antigüedad, suelen llamar á veces la atencion de los curiosos.

—¡Qué bien! ¡qué bien! ¿no es verdad, Enriqueta?

—Sí señora... me gustaria verlo...

—Pues lo veremos, hija mia..... Continúa, Federico.

—Hay tambien suntuosas reuniones de doradas carrozas imitando el séquito de algun poderoso monarca antiguo en alguna régia solemnidad, y así en las vistosas libreas de los lacayos y palafreneros, como en los oropelados trages de los palaciegos, nótase ostensiblemente marcada la época á que se refiere aquel pomposo espectáculo.

—Enriqueta, Enriqueta, ¿qué te parece eso?...

—¡Oh! será magnífico.

—Lo es en efecto; pero á pesar de mis pocos años, no me entusiasmaban tanto estas diversiones como las obras maestras de la inteligencia humana, que á cada paso llaman la atencion en Roma. Así es, que mientras la multitud celebraba las agudezas de las máscaras ó aplaudia los pensamientos satíricos y grupos alegóricos que descollaban entre las muchas sandeces de los aficionados, yo me extasiaba contemplando el mérito arquitectónico de los infinitos monumentos de mármol ó de bronce, y otros mil objetos seductores que excitan la admiracion de los viajeros.

La conversacion habia ido tomando un giro formal é interesante.

—Debe ser delicioso—murmuró dulcemente Enriqueta.

—Yo tenia veinte y tres años. Estaba en la hermosa edad de las ilusiones. El nombre de artista era para mí cien veces mas bello y envidiable que el de monarca. El fuego de la gloria ardia en mi corazon y abrasaba tambien mi fantasía. Yo estoy seguro que te sucederia lo mismo, Enriqueta, porque la cuna del Dante y de Petrarca, la patria de Ariosto y del Tasso por todas partes destella inspiracion y poesía.

—¡Sublime!..... ¡sublime!.....—exclamaba Enriqueta, á la manera que una somnámbula responde al magnetizador.

—¿No es verdad que te exaltarias como yo á la vista de aquellos prodigios?

—Verdad... verdad...

—Como yo... sí... como yo, cuando contemplaba con admiracion y arrobamiento las ricas colecciones de cuadros entre los preciosos objetos que se cobijan bajo las marmóreas bóvedas de los palacios de Roma.

—Los palacios...—balbuceó Enriqueta dormitando.

—Te entusiasmarias como yo cuando visitaba los inmensos salones del castillo de San Angelo, del Quirinal, del Capitolio, del Vaticano..... ¡Oh! el Vaticano es magnífico. Verdad es que no guarda perfecta armonía en su construccion, porque desde Carlo-Magno han ido los papas acreciéndole, por manera que llegó á

tener durante la residencia en él de los Sumos Pontífices *once mil salones*. Allí ví con asombro el APOLO DEL BELVEDERE, el famoso grupo de LAOCONTE y otras estátuas admirables. Allí contemplaba absorto de envidia los inimitables cuadros de Rafael. Mi corazon palpitaba de entusiasmo y desesperacion á un mismo tiempo. La mágia de aquellas obras maestras me estimulaban y llenaban de amargo desaliento por intervalos. Todo lo olvidaba delante de semejantes prodigios. Estoy cierto que te sucederia lo mismo, Enriqueta. Tú que tan aficionada eres á la lectura de buenos libros, te quedarias estupefacta al ver la inmensa coleccion que constituye la *biblioteca del Vaticano* que se halla precisamente debajo del museo. Allí pasarias tú deliciosamente las horas, mientras yo estudiaria en una capilla, que hay en frente de la biblioteca, los grandes modelos del arte. En esta capilla, á la que dan el nombre de *Sixtina* porque contiene los restos de Sixto V, es en donde entre muchas pinturas de los mas célebres artistas, se encuentra el famoso fresco del JUICIO FINAL pintado en uno de los lienzos de la pared por Miguel-Angel. Esta capilla es donde se reunen los cardenales cuando tienen que proceder á la eleccion de un nuevo papa. Durante la Semana Santa está imponente. No es posible ver un espectáculo mas grandioso que el de la celebracion del oficio divino en esta capilla. La pompa y magnificencia que en ella resplandecen, solo puede ponerse en parangon con la que se nota el jueves y viernes de la misma semana en la iglesia de San Pedro.

—¿Y el Vaticano, no es ya la morada del Sumo Pontífice?— preguntó Cecilia.

—No—respondió su marido.—La actual residencia de los papas es el Quirinal.

—¿Y el Capitolio?

—Ese santuario no es en el dia lo que era en otro tiempo. El Capitolio está situado en el *monte capitolino*, donde se han erigido despues muchos palacios que cercan una espaciosa plaza en cuyo centro campea la estátua ecuestre de Marco-Aurelio, que es la mejor de la antigüedad.

—Tambien has nombrado el *castillo de Santo Angelo*—dijo Cecilia con mugeril curiosidad.

—Ese castillo es en el dia una formidable fortaleza, copiosamente abastecida de provisiones de guerra. Dá paso al Vaticano por medio de una galería oculta, y no pocas veces ha servido á los papas de refugio en peligrosos azares. Su nombre tiene el orígen en la colosal efigie de un ángel de bronce que descuella en la cúspide del campanario, donde en celebridad del aniversario de la coronacion pontifical, se da un espectáculo sorprendente de fuegos artificiales: este espectáculo se repite el primer dia de Pascua.

—¿Y no hay en Roma otros palacios notables?—preguntó Cecilia.

—Hay muchísimos—contestó el pintor;—pero seria cosa de nunca acabar si quisiera hablar de todos, aunque lo hiciera tan imperfecta y sucintamente como de los que he nombrado. Ademas de los públicos, los hay que pertenecen á familias particulares, y aunque estos por lo general suelen ser de humilde aspecto, no dejan de atesorar mil preciosidades artísticas. Hay cierta clase de palacios que por sus inmensos y deliciosos jardines son considerados como granjas. De estos figura en primera línea la *villa Borghese*, opulento alcázar que cuando yo estuve poseia la riquísima coleccion de estátuas, bajos relieves y vasos antiguos, que segun tengo entendido compró despues Napoleon y existen actualmente en el museo de París.

—¿Y las iglesias?—preguntó Cecilia.—Supongo que serán dignas de la capital del mundo católico.

—En efecto—respondió Federico.—Sobre cuatrocientas son las de primer órden y entre ellas descuella la de San Pedro, cuya construccion duró mas de un siglo, habiéndose empezado por los años de 1506 é invertido en ella la equivalencia de mil millones de reales.

—¡Válgame Dios, cuánta riqueza!—exclamó asombrada la muger del pintor.

—El edificio forma cuatro alas á guisa de cruz, y desde su

centro se eleva una cúpula asombrosa debida al genio de Miguel-Angel. Sobre ella descansa una especie de templo que sirve de zócalo á una pirámide que se pierde en las nubes. Todo el interior de la nave ofrece una encantadora aglomeracion de bellezas arquitectónicas, de modelos de escultura y pintura. Marmóreas columnatas, estátuas colosales, cuadros magníficos y otros mil ornamentos de todo linage cautivan la admiracion del hombre. Debajo de la cúpula está el altar mayor rodeado de elegantes columnas broncinas. Este altar está exclusivamente destinado al papa. Hay debajo de él una bóveda que cobija los restos de San Pedro y San Pablo. En otros subterráneos hay multitud de sepulturas de papas, príncipes y otros personages de alta categoría.

—¿Luego la iglesia de San Pedro estará sin duda al frente de todas las iglesias del mundo?—exclamó Cecilia.

—No por cierto.

—¿Cómo así?

—Como que la que está á la çabeza de todas las iglesias del mundo católico, es la de San Juan de Letran, (1) por ser el papa, cura de esta iglesia parroquial, á la cual se dirige en procesion y se hace coronar de la tiara pocos dias despues de haber sido elegido.

—Yo me entusiasmo al oirte—dijo Cecilia.—Y tú Enriqueta ¿qué dices? ¿No es verdad que tambien te entusiasmas?

Enriqueta no respondió.

—¿No es verdad?...

—Calla—dijo en voz baja el pintor interrumpiendo á su esposa.—Enriqueta duerme cuando no ha contestado á tu pregunta.

—Veamos.

Cecilia aproximó una luz al rostro de Enriqueta. La inocente jóven dormia tranquilamente, y esta vez la expresion de la alegría velaba su virginal semblante. Encantadora sonrisa contraia ligeramente sus labios, dando mayor realce á su hermosura.

—¡Qué linda está!—exclamó Cecilia.

(1) Omnium ecclesiarum urbis et orbis caput et mater.

—Duerme y está contenta—dijo el pintor.—El médico ha acertado..... pasará tranquilamente la noche, y mañana estará buena. Retirémonos.

Federico y Cecilia besaron á Enriqueta en la frente como para darle su paternal bendicion.

La jóven no hizo el menor movimiento, y esto era una prueba de que estaba profundamente dormida y no habia riesgo en dejarla sola.

Ademas, la alcoba de los dos esposos, no estaba tan lejos que no se apercibieran del menor indicio de novedad que pudiera alterar el sueño de su hija.

Esta se habia dormido al arrullo de mil frases lisonjeras. Se le habia hablado de trages lujosos, de teatros, de viajes, de festines, de obras maestras, de climas deliciosos, de ricos trenes, de voluptuosas danzas de brujas y de diablos, de suntuosos palacios y de cuantas preciosidades encierra la hermosa Italia.

—¡Roma!—exclamaba la candorosa adolescente en su dorado ensueño.—¡Roma!..... Ciudad de los magníficos palacios..... ¿Quién me trajo á Roma?.... Mi esposo..... el actual primogénito de la antigua y nobilísima casa de los duques de la Azucena. Ya no soy la hija de un pintor... de un pobre artista..... Soy duquesa... Viajo por gusto con mi esposo... con mi querido Eduardo... ¡Y decian mis padres que evitase sus obsequios! ¡Qué mal juzgaban de su hermoso corazon! Eduardo es un ángel..... Es tan bueno como agraciado y elegante... y ¡me ama tanto!... Mi voluntad es la suya; pero yo tambien le amaré eternamente... Siempre he creido que era el único mortal que podia hacerme feliz. ¡Y lo soy tanto al lado suyo!... Nadie... nadie es mas dichoso en este mundo que yo... y Eduardo, mi querido Eduardo es quien me ha proporcionado esta dicha inefable... ¡Oh! yo le juro gratitud y amor eterno... ¡Es tan dulce para una alma enamorada vivir junto al objeto amado... estar unida á él con lazos indisolubles!... No hay ventura comparable á la de dos enamorados que solo viven el uno para el otro, y ambos jóvenes y felices, rodea-

dos de fausto y de magnificencia... En Roma hay mugeres muy lindas que deslumbran con sus riquísimos trages, y ostentan sus hechizos en lujosas carretelas, y es un placer oirse proclamar la reina de todas ellas..... verlas absortas de mi hermosura... Todos me han dicho siempre que soy hermosa... El espejo no miente... y sobre todo, ¿esa envidia que en vano tratan de disimular las jóvenes mas encantadoras de la alta aristocracia... ¿qué significa? Y no solo envidian mi belleza, sino mi alta posicion social... mis tesoros... mis títulos... mis palacios... ¡Cuántos lacayos! todos ellos observan atentamente mis pasos, mis mas insignificantes movimientos para adivinar mi voluntad y anticipar su obediencia á mis mandatos. No veo en torno mio mas que personas que me halagan y me sirven como esclavos. Pero esa muger ¿quién es esa muger cuyos harapos hacen singular contraste con la pompa de este palacio?... ¡Dios mio!... ¡es la *Bruja!*... ¡Ha quedado lucida con sus vaticinios! Quiero vengarme del modo que á mi posicion corresponde. Le daré oro en abundancia para que sea feliz. Yo quisiera que en el mundo no hubiera un solo infortunado. Procuraré que no los haya en derredor mio... que participen todos de mi dicha. Seria para mí un tormento insoportable que el quejido de los desgraciados llegára á resonar por entre las bóvedas de jaspe que me cobijan. No permita Dios que el lloro penetre hasta estas estancias suntuosas, donde entre la abundancia, el lujo y la grandeza, germinar deben únicamente el gozo bienhechor y la inocente alegría. Todo respira júbilo en este recinto fascinador. El baile... ¡oh! el baile estará magnífico!... Lo mas selecto de la aristocracia... Es preciso eclipsar á todas las beldades... Me será fácil... Nadie posee tan ricos trages como yo... Mi aderezo de perlas... Mi diadema de brillantes... Entremos en el tocador. ¿Qué hace esa muger entre mis doncellas? ¡Ah! no la habia conocido... ¡Siempre la *Bruja!* ¡Dios mio!... ¿Por qué me dejan sola con ella?.... ¡Todas han huido!.... Yo quiero huir tambien..... tengo miedo... Esa muger... El vaticinio... el sangriento vaticinio... ¿A dónde... á dónde me llevas, siniestra aparicion?... ¿Al

baile?... Ese baile me horroriza... es una infernal danza de brujas... Apagad la hoguera... Esas llamas son del infierno... veo entre ellas espectros espantosos... Apagad la hoguera... Así ... así... Todo ha desaparecido... solo queda un monton de ceniza... Ya brama el huracan... ya la arroja... ¡pero debajo de la ceniza habia un cadáver! ¿No le veis?... ¡un cadáver ensangrentado!... ¡el cadáver de Eduardo!!!

La desventurada Enriqueta, *pálida como una flor marchita*, bañada en copioso y frio sudor, se agitaba horriblemente y prorumpió al fin en sofocados gritos de espanto, hasta despertar en los brazos de su madre, que al oir las voces de su hija, habia acudido á socorrerla.





La Bruja de Madrid, por D. W. Ayguals de Izco.



CAPITULO XVIII.

LA VISITA.

Sabe, niña, aprovecharte,
Porque, como dice el vulgo,
Buena cara y pocos años
Es un riquísimo juro;
Que un censo que está fundado
En esta córte del mundo
Sobre la edad y belleza,
Ya sabes que no es seguro.
ROMANCERO GENERAL.

El 1.º de marzo de 1824, á las siete de la mañana, estaba la *tia Pelona* llamando á la puerta de un cuarto bajo de la calle de la Gorguera.

No tardó mucho en asomarse á una reja inmediata á la puerta un rostro amoratado, pero expresivo y alegre.

—¿Quién es?—preguntó el rostro antes de abrir.

—Gente de paz—respondió en tono muy humilde la *tia Pelona*, que cubría casi enteramente su cara con un negro manton de estameña.

—Naris de pas, podrá ser, alma mia, pues naa mas se ve

dende aquí que una naris bastante intrincaa por sierto.

—Siempre de buen humor el *tio Palique*—exclamó la vieja poniendo en evidencia sus inaveriguables facciones.

Abriose la puerta y se cerró otra vez despues de haber entrado la *tia Pelona* en casa de Juanilla.

—No tabía conosío, *Pelona*—dijo el *tio Palique*.—¿Qué embajaa te trae por estos andurriales? Vendrás sin duda á darme los dias... cabalito... ya debia yo suponerlo; pero ¿qué le hemos de haser?... creo que mi pregunta naa tiene de chocante. Hase años que nos conosemos, y jamás ta dao la humoraa de visitarme el dia de mi santo.

—¡Pues qué! ¿es hoy san *Palique?*

—Es que aunque me yaman *Palique*, yo no me yamo *Palique*. Me han plantao este apoo como una banderiya á toro parao, pero el nombre que me puso mi padrino, cuando el cura me rosió la crisma fué el de Angel, porque cuando yo era criaturiya, disen toos cuantos man conosío, que era rubio y gordinflon como esos angelitos que pintan en las iglesias.

—Celebro saber que es hoy tu santo, que de veras no lo sabía, pues la hora es á propósito para tomar chocolate.

—Aquí no se gasta cuchuflate. Esa purga podrá ser muy güena para el estógamo de un marqués, pero la gente crua preferimos un gaspacho condimentao como solemos haserlo los hijos de la tierra de Mariasantísima á toitícos los cuchuflates de los usías. Apuraícamente lo estamos saboreando cuatro calaveras ayá dentro toos con corta diferensia de mi edad, y bien puedes alternar con nosotros, y echar una copa á la salud de la güena vida.

—Gracias, amigo mio; pero ¿cómo demonios permites que te llamen *Palique,* teniendo tan bonito nombre?

—¿Qué quieres? Me levantaron una calumnia..... empesaron algunos á desir que en soltando la sin güeso no paresía sino que se mabía roto el freniyo... y naa mas que eso... por hablaor y amigo de conversasiones me clavaron el rehilete susodicho. Al prinsipio, cada ves que oía el nombre de *Palique* me ponía furioso como el

toro que siente la puya del picaor; pero cuanto mas bramaba tanto mas se reian de mí los condenaos que no me yamaban ya por otro nombre. Yo no soy un mándria... Como que tengo mandaos setesientos ochenta y tres difuntos á la eterniá, muertos por mis propias manos pecaoras.

—¡Jesus! ¿con que tantos difuntos has muerto?

—No hay que asustarse.

—Pero setecientas muertes...

—Setesientas ochenta y tres; no de presonas, que tengo yo religion como caa hijo de vesino, porque soy hombre de esperensia. He muerto setesientos ochenta y tres toros que en toavía son de peor caliá que los hombres mas valientes.

—Eso es otra cosa.

—Verdad es que los vichos estaban ya medio muertos, cuando les aplicaba yo mi cachete; pero es cuando los toros son mas temibles, porque entonses les arden los pitones como áscuas. Aquí donde tú me ves, he sío yo camaráa de los mejores espaas que se han visto en los redondeles de Madrid. Pepe Hillo y Pepe Romero han trabajao conmigo y no eran poquitas las veses que me pedian algun consejo. En toavía macuerdo de la desgrasiaa tarde en que fué cogío el probe Pepe Hillo y espachurrao por el toro. Pues señor, era el onse de mayo de 1801 y se lidiaban toros corríos en otra funsion. Esta fué la gran bestialiá que le costó el pellejo á mi compañero. Yo le dige en antes de empesar la corria: «Cudiao, Pepe, con lo que se hase... los vichos están ya enseñaos y de naa sirve la muletiya. Se van derechito al bulto sin encomendarse á Dios ni al diablo.» El probesiyo se burló de mi advertensia y dos horas dempués ya nó pudo contarlo á naide. Macuerdo como si fuera hoy. Salió el sétimo toro, tan cobarde y reseloso que solo tomó cuatro puyas de Juan Lopez. Antonio de los Santos le puso un par de banderiyas y tres pares Joaquin Diaz y Manuel Jaramiyo. Yegó el momento fatal, y presentose á matar con la sandunga de siempre el salao José Delgao Hillo, que alternaba con nuestro no menos sélebre camaraa José Romero. Dió al vicho tres

pases de muleta, dos por el órden natural, despidiéndole por la isquierda y el otro á rosa–pecho; pero como el animaliyo era de mala intension y buscaba el bulto, no dejó Pepe de verse apurao. Tomó luego el toro querensia á la derecha del toril. Yo como soy hombre de esperensia, conosí dende luego la idea de Pepe Hillo, y le grité: «cudiao con la alimaña, que sabe mas que Merlin.» Tanteole sitándole, y despresiando mi advertensia, sarrojó á darle la estocaa á toro parao introdusiéndole medio estoque, pero el infelis quedó enganchao en el piton derecho por la pierna isquierda únicamente de los calsones. Lo tiró por ensima de la espaldiya al suelo, y quedose boca–arriba, no se sabe si verdaderamente sin sentios ó hasiéndose el muerto. Recogiole el toro, y le ensartó con el cuerno isquierdo por la boca del estógamo, campaneándole en el aire largo rato, hasta que le soltó.

—¿Muerto?—preguntó horrorizada la *tia Pelona*, á pesar de no ser la primera vez que oía contar este suceso al viejo torero.

—No—respondió el *tio Palique.*—Entoavia vivió un cuarto de hora, y se le pudieron administrar los socorros espirituales. Diole Romero dos estocaas mas al toro, y matándole yo con mi cachete, dejé vengaa la memoria de Pepe Hillo. Voy ahora al desir, que así como los toros mas bravos son ovejas para mí y les despacho en un santiamen, si se me hubiera antojao, del mismo moo hubiera hecho espichar á los que me yamaban *Palique*. ¡Qué quieres! tuve lástima de eyos; y dije para mi capote, que too el mundo viva... y naa mas. Dempues fuime acostumbrando al nombre de *tio Palique*... así como tú al de *tia Pelona*. Ya ves, antes te yamaban por toas partes la señora Felisiana, y dende aqueya chansa, bastante pesaa por sierto...

—Bien, bien... ¿Dónde está Juanilla? Esta visita es exclusivamente para ella.

—Dende lo del poyino y la rapaúra... ¡Qué rapaúra aqueya!

—¿Qué decias antes del gazpacho?

—Te dejaron la moyera lo mesmito que una calabasa.

—Bueno, ¿y qué?

—Si te hubíeras encasquetao una peluca... como hasen mas de cuatro usías cuando se les caen las crines..... no te hubieran llamao *Pelona*. Tú tenias esta ventaja; pero yo, probe de mí, aunque me la hubiera puesto empolvaa como para ir á la prosesion del Corpus; me hubieran llamao siempre *tio Palique*. Lo que mas me carga y aburre es que mayan motejao así por hablaor... Vale mas reirse. Mira tú... ¡yo hablaor!

—Efectivamente es una calumnia; pero hace largo rato que estamos aquí perdiendo el tiempo inútilmente, y tengo que partici par un asunto muy importante á tu hija.

—¿A Juaniya?

—¿Tienes acaso otra?

—No, muger; pero...

—¿Está en casa?

—Sí, no ha salío aun el toriyo del chiquero, está en su cuarto; pero debe de estar ya levantaa. Yo no sé cuando duerme esa chica. Figúrate que se acuesta casi toas las noches á la una ó las dos de la madrugaa, y al amaneser nos dispierta á toos con su guitarra y sus albaríos. Yo le he dicho mil veses que...

—Bien, bien... eso no importa. Se va haciendo tarde y he de verla.

—Vamos ayá.

—Vamos en gracia de Dios.

—¿Pero sin probar antes un poquito de gaspacho?

—No, que llevo prisa.

—En menos que canta un poyo te lo sampas.

—No es posible.

—Siquiera una copita de moscatel.

—Nada, nada.

—¿Pero por qué?

—Porque hay hombres.

—Esa reflision me convense..... No expongas tu virginiá..... podrian darte una estocaa á volapié..... y asertarte en los mismos rubios.

—¿Qué demonio estás hablando? Llama á tu hija ó entro yo en su cuarto, que ya sé donde está.

—No seas súbita: voy á avisarla. Siéntate entretanto.

—Pero si no hay sillas en este pasillo.

—Es verdad. ¿Sabes por qué no las hemos puesto?

—No, ni quiero saberlo; lo que quiero es hablar á tu hija.

—Corriente, y pasareis horas y horas charlando... Por eso no pude yo nunca haser migas con vosotras. ¡Sois tan hablaoras las mugeres!

Y refunfuñando y hablando solo se dirigió el *tio Palique* al dormitorio de su hija, del cual regresó á poco rato diciendo:

—¡Ea! ya puedes ir ayá; mientras yo voy á ver si mis camaraas man dejao siquiera un poco de salsa del gaspacho. ¿Quieres que te esplique de qué moo se hase el güen gaspacho?

—No.—dijo terminantemente la *tia Pelona*, y se dirigió al dormitorio de Juanilla.

La alcoba donde dormia esta graciosa jóven separábase, por medio de unas puertas vidrieras, de un pequeño gabinete con una gran reja que daba vista á la calle.

Cubria esta reja por la parte interior una cortina de lienzo blanco con anchas listas azules.

El gabinete lucia mas por su aseo que por sus adornos, toda vez que estos consistian en una mesa de caoba, un gran espejo con marco dorado, varios cuadros de figurines de modas parisienses, seis sillas de nogal, y un confidente en el cual estaba á la sazon sentada la encantadora ninfa, que aunque frisaba ya con sus veinte abriles, apenas aparentaba quince, y era la gloria y esperanza del *tio Palique*. No se habia aun ataviado y estaba naturalmente hechicera.

—Buenos dias, hija mia—dijo la *tia Pelona* sentándose con familiaridad en el mismo confidente donde estaba Juanilla.

—Felices, *tia Pelona*—contestó la jóven, que con un pedazo de guante viejo de cabretilla estaba frotando unos pendientes para sacarles brillo.

—¿Qué haces ahí?

—Estoy limpiando estos pendientes, que hoy son los dias de mi padre y quiero vestirme con elegancia.

—¡Cáspita! y tienen piedras preciosas..... te habrán costado un dineral.

—Catorce reales, si mal no me acuerdo.

—¡Demonio! ¿Y á una muchacha tan linda como tú, no le dá vergüenza llevar perendengues falsos?

—No tengo otros... y el mismo efecto producen que si fuesen de brillantes.

—Quita allá.

—Cuando tenga un novio muy rico, verá usted que aderezos estreno todos los dias; pero ya se vé, usted ha olvidado mi encargo, y me he de contentar con mis pobrezas. Sin embargo, no me va del todo mal.

—¿Qué merecias ahora?

—¿Por qué me dice usted eso?

—¿Qué merecia tu ingratitud?

—¡Mi ingratitud!

—Ya se vé que sí. Bien sabes que mil veces te he propuesto el medio de hacer fortuna.

—Y siempre lo he despreciado, porque me parecia degradante.

—Pues vamos á ver, ¿qué es lo que podria colmar tu ambicion?

—Déjeme usted en paz. Ya le he dicho á usted mil veces que no logrará nunca seducirme. Aunque no tengo muchos años, Dios me ha dado la suficiente penetracion para ver las cosas con claridad. Perdí á mi madre siendo muy niña, y la absoluta libertad en que mi bendito padre me ha dejado siempre, en vez de alucinarme, ha quitado la venda de mis ojos, y he aprendido mucho en los infortunios y humillaciones de algunas de mis incautas amigas. Yo amo mucho mi independencia, mi tranquilidad, y sobre todo la conservacion de mi buen humor, para que me deje esclavizar por

los caprichos de nadie. Ya lo sabe usted, solo en el caso de que algun viejo millonario, ó algun tonto excesivamente rico, pretendan... no avasallarme, porque yo quiero vivir siempre libre como la mariposa, sino rendirme homenages de obediencia y esclavitud, solo en este caso, que juzgo muy remoto, me resolveria tal vez... Pero ¡mire usted que relucientes están ya!—añadió interrumpiéndose de improviso, y contemplando sus pendientes.—¿Quién no dirá que son de oro?

—Lo que yo te digo es que bien puedes arrojarlos á la calle.

—¡Qué gracia! ¿A la calle los habia de arrojar?

—Ya se vé que sí; y no seas tonta. El caso que juzgas tan remoto... está presente.

—Alguna pamplingada. Explíquese usted.

—Hay una persona que quiere hacerte feliz.

—¡Hacerme feliz! ¿Y de qué modo?

—Proporcionándote riquezas y placeres.

—Con que me proporcione las primeras, de mi cuenta y riesgo corre el obtener los segundos.

—Y tiene la ventaja de que no es viejo ni tonto.

—Es imposible.

—Ayer noche estuvo en mi casa, hablamos largamente, y te aseguro que es una persona digna por todos estilos...

—De que se la desuelle ¿verdad usted?

—De que se corresponda á su generosidad. Como yo pudiera aligerarme de medio siglo... no te habias de comer tú la breba. *Buena cara y pocos años son la mejor dote de la muger*.

—¿Tan rica es esa breba?

—Hablemos con formalidad, Juanilla. Es un hermoso jóven á quien por ningun estilo debes desairar.

—¿Y tiene el infeliz noticia de mis exigencias?

—Se allana á todo; tú misma lo verás.

—¿Yo?

—Sí, tú misma, porque quiere oir de tu boca esas exigencias, y sujetarse á tu voluntad.

—¿Sin restricciones?

—Como un borreguito.

—¡Qué bárbaro! ¿Y cuándo me hablará ese hombre?

—Hoy mismo.

—¿Dónde?

—En mi casa.

—¿A qué hora?

—A medio dia; pero como yo le ponderé todas tus gracias, quiere cerciorarse personalmente de ellas. Ponte muy rozagante, y vente con la guitarra. Si logras embaucarle eres feliz para toda tu vida.

—¿No podria ser eso un lazo?

—Quiá, nada de eso.

—De todos modos iré con mi padre, á quien informaré antes de todo lo que ocurre.

—Como te acomode.

—Iré á su casa de usted de trapillo, y allí me acicalaré. ¿Tiene usted tocador?

—Hermoso, y está inmediato á la sala donde se ha de celebrar la entrevista.

—Magnífico para la realizacion de mi plan.

—Que no me vayas á hacer alguna diablura.

—Pierda usted todo recelo. Llevaré mis mejores vestidos.

—Y la guitarra sobre todo.

—Por supuesto. ¡Como me gustan á mí estos lances!

—Que no lo tomes á chanza.

—Ya tengo deseos de ver á mi rendido amante.

—¿Con que estamos de acuerdo?

—Enteramente.

—Pues hasta luego.

Cuando la *tia Pelona* se levantaba del confidente para marcharse, presentose en el gabinete el *tio Palique* ostentando una botella de vino en la mano derecha y un vaso vacío en la izquierda.

—¡Ea! *Pelona* del alma mia, un traguiyo del güen moscatel

á mi salud. No has querio entrar en el comeor por no ruborisarte á la vista de mis camaraas. Siempre has sio tú muger muy recataa; pero como yo no quiero que te najes sin probar este cordial, acá le traigo para que eches un brindis.

—Por no despreciarlo..... venga acá—respondió la vieja, y apoderándose del vaso, despues que el *tio Palique* húbole llenado de moscatel, añadió con picaresca intencion:—¡A la salud del protector de Juanilla!

La *tia Pelona* apuró el trago.

—¡Cáspita!—exclamó el *tio Palique*—ni una gota se ha quedao en el dedal. Pero ¿quién es el protector susodicho?

—Juanilla te lo explicará—respondió la vieja.

—¿Qué protector es ese, hija mia?

—Cosas de la *tia Pelona*. Dice que un caballero muy rico desea entablar relaciones amorosas conmigo.

—¿De veras?—exclamó el *tio Palique* radiante de gozo paternal.—¿Y cuándo has de ver á ese cabayero?

—Hoy mismo al medio dia, si usted gusta acompañarme.

—¿Y á dónde hemos de ir?

—A casa de la *tia Pelona*.

—Corriente. Supongo que el susodicho será presona de formaliá y de respeto, como si dijéramos: un vicho de güen trapío.

—Es todo un caballero—repuso la *tia Pelona*—jóven, generoso y muy rico.

—Pues ¡viva el protector! Vaya otro sorbo á su salud, *Pelona*.

—No, que se me sube á la cabeza.

—Déjate de aprensiones y apura ese traguiyo. ¿Querrás hacerme un feo?

—Venga. ¡A la salud de Juanilla... y del consabido!

La vieja no bebió esta vez mas que la mitad del vino que habia puesto en el vaso el *tio Palique*.

—Poco ha mermao—dijo este mirando el vaso.

—Es que no quiero emborracharme—replicó la vejancona.

—Aun no has brindado tú á la salud de tu futuro yerno.

—¡Bendita sea su alma... y su bolsa!—exclamó con entusiasmo el *tio Palique*, añadiendo:—y que la felisiá que se nos ha entrao por las puertas el dia del Angel de la Guarda, nos dure para *in eternun*.

—Amen—respondió la *tia Pelona* mientras su amigo saboreaba el moscatel.

—Oye—dijo despues de una pausa el *tio Palique*.—Sabe el consabio que mi hija pretenese á una familia honraa?

—Todo lo sabe.

—¿Y que soy hombre de esperensia, y que he sio yo camaraa de los mejores toreros de España?

—Tambien.

—¿Y que he vengao la muerte de Pepe-Hillo?

—Eso tú se lo dirás.

—Ya se vé que sí, porque fundo toa mi vaniá en eyo. ¡Qué tarde aqueya! Era el onse de mayo de 1801 y se lidiaban toros corríos en otra funsion.

—Lo sé, me lo has contado ya.

—¿Te lo he contao?

—Sí, me lo has contado hace poco por la milésima vez.

—¿Con lo de los tres pases de muleta?

—Sí.

—¿Y cuando se quedó boca arriba?...

—Sí.

—¿Y cuando le recogió el toro por el estógamo?...

—Tambien.

—¿Y le campaneó mas de un minuto?...

—Sí, todo me lo has contado, todo.

—Pues con aquel vicho son setecientos ochenta y tres los que he mandao á la eterniá. Esto vale mas que toos los blasones de un monarca, y no estraño que los mas nobles cabayeros se disputen la hija del camaraa y vengaor de Pepe-Hillo.

—Con que á las doce en punto en casa—dijo la vieja.

—Media hora antes estaremos allí—respondió Juanilla—porque tengo que arreglar el escenario para que la primera representacion produzca todo el efecto posible.

—Pues con Dios, y hasta la vista.

—Con Dios, *Pelona*—exclamó el *tio Palique*,—y como la vieja bamboleaba todo su cuerpo al marcharse, añadió:—¡Viva el meneo y la sandunga de España!—E iba acompañando á su amiga hasta la puerta.

—No te burles, vejancon, que allá nos vamos—respondió la vieja algo atufada.

—Es verdad, alma mia—repuso el padre de Juanilla.—Somos ya dos carcamales... no servimos mas que para cabestros.

—Hasta luego, baboso.

—Hasta luego, querubin sin dientes. Cuida mucho de tu cabeyera.

Ambos interlocutores se separaron riéndose de sus apasionados piropos.





CAPITULO XIX.

LA ENTREVISTA.

> Solamente con cantar
> Diz que engaña la sirena,
> Mas yo no puedo pensar
> Cual manera de engañar
> A vos no vos venga buena.
> JUAN DE MENA.

Aun no habian dado las doce, cuando don Agapito el poeta, muy estirado y elegante, entraba en la calle de *Sal-si-puedes*.

Así que le vieron, alborotáronse de nuevo las consabidas siete ninfas, que habia repartidas entre las rejas de los dominios de la *tia Pelona*, y que á pesar del colorete y de los perifollos, podian muy bien ser el emblema de los siete pecados mortales, segun el espanto que sus hechizos infundian á toda persona timorata.

Las siete salieron, como en la tarde anterior, á recibir al preclaro ingenio, y este no dejó de reparar en el número de ellas, pues las comparó á las constelaciones conocidas por las siete cabrillas, exclamando:

—Dios os guarde, Pléyades seductoras... ¿está la *tia Pelona* en casa?

—Está en la cocina como siempre—respondió una de las siete cabrillas.

Don Agapito se dirigió apresuradamente á la cocina, y las siete Pléyades repartiéronse de nuevo entre las rejas, para probar fortuna con sus miradas y sonrisas en la pesca de los incautos transeuntes.

Así que la *tia Pelona* apercibió á don Agapito,

—¡Viva la puntualidad!—exclamó con alegría.

—¿Ha venido esa jóven?—preguntó don Agapito sin acordarse siquiera de dar los buenos dias á la oficiosa beata.

—Está en el estrado—respondió la *tia Pelona* sonriéndose de satisfaccion.

—Voy allá—dijo con impaciencia don Agapito.

—No, no, debo avisarla antes.

—¿A qué esa ceremonia?

—¡No faltaba mas! Con el geniecillo que tiene, me arañaba despues... Ya te lo dige, hijo mio, esta muchacha no es una cualquiera..... Muy al contrario..... es persona digna de tí por todos estilos. ¡Y cuidadito como la tratas! No vayamos ahora á echarlo todo á perder antes de empezar.

—No te entiendo á fé, *Pelona*.

—Quiero decir que no vayas á tutearla de buenas á primeras, y mucho menos á propasarte...

—¡Que escrúpulos! ¿De cuándo acá hay que hacer semejantes prevenciones en tu casa? ¿No es este un colegio de fraternidad y de union?

—Ya se vé que sí; pero Juanilla no es educanda de este colegio.

—¿Con que no es discípula tuya?

—Nada de eso; jamás ha querido escuchar mis lecciones ni hacer caso de mis consejos.

—Pues entonces fracasará mi plan.

—¿Por qué razon?

—Porque es una encantadora sirena...

—Ya se vé que sí...

—Y no tengo el poder de Orfeo...

—Por supuesto que nada tienes de feo..... esta es la razon porque digo yo que sois el uno para el otro; pero seria una lástima que cometieses alguna imprudencia antes de sazon. El tiempo madura las brebas, hijo mio, y soy de opinion que, tratando á Juanilla como su honestidad y recato merecen, no tardarás en cantar victoria.

—¡Me sorprende cuanto oigo! ¿De cuándo acá tienes tú relaciones con jóvenes recatadas y honestas? Pero abreviemos palabras, que tengo deseos de ver á esa chica.

—A esa señorita querrás decir.

—Estás hoy de buen humor, *Pelona*.

—Hablo con formalidad, y en breve te convencerás por tí mismo.

—¿Pero no me digiste que era hija de un torero?

—Eso en otro tiempo.

—¿Con que ahora ya no es hija de su padre?

—Sí, pero su padre ya no es torero, y si fuesemos á averiguar el orígen de muchos duques y condes del dia....

—¡Ea! Anda á avisar á Juanilla.

La *tia Pelona* desapareció y volvió á poco rato diciendo:

—Te aguarda en el salon de visitas. Sigues ese pasillo, y á la derecha hallarás la puerta del salon abierta de par en par con colgaduras de damasco..... No puedes equivocarte.

Don Agapito se dirigió precipitadamente al salon, y entraba en él de un modo brusco y familiar, cuando fué sorprendido por la presencia de una candorosa jóven elegantemente vestida.

Parose de repente el atrevido poeta á la vista de aquella angelical beldad.

Juanilla, sentada con voluptuosa coquetería, parecia profundamente embebida en la lectura de un libro que tenia en la mano.

—Señorita—dijo respetuosamente el poeta.

—¡Ah!—exclamó ruborizada Juanilla, y tomando una posicion mas modesta, dejó el libro en un velador que tenia al lado y quedose maquinalmente deshojando una francesilla temprana que llevaba prendida junto al corazon.

—¡Señorita!—repitió don Agapito verdaderamente asombrado de la hermosura de la jóven.

—¡Caballero!—respondió ella con voz trémula y apagada.

—Si molesto.....

—Creo que es usted amigo de la casa.....

—Amigo antiguo.....

—Quiero decir..... que un amigo..... no puede molestar.

Al pronunciar las últimas palabras, Juanilla levantó los ojos que habia tenido hasta entonces clavados en el suelo como para ocultar su rubor, y con sus bellas pupilas dirigió á don Agapito una de aquellas miradas homicidas con que suelen hacer estragos las coquetas de España.

—¿Y consiente usted en que me atreva á hacerle compañía?

—¿Por qué no?

—¿Me permitirá usted sentarme á su lado?

—No necesita permiso, quien honra con su presencia á la persona que merece semejante distincion.

—Yo soy el favorecido en esta ocasion—dijo el poeta sentándose junto á Juanilla—pues tan buena acogida merezco á una beldad que puede competir en hermosura con Galatea, la mas bella y amable de las nereidas.

—Caballero, usted me ruboriza con semejante lisonja.

—No es lisonja, sino verdad.

—Me hace usted demasiado favor.

—Hago á usted justicia.

—Mil gracias, caballero—dijo Juanilla, y recogiendo el libro que antes habia dejado en el velador, se puso á hojearle como para disimular su turbacion; pero el objeto de este movimiento fué poner en evidencia sus diminutas y bien torneadas manos.

—¿Es usted aficionada á la lectura?

—Los buenos libros siempre instruyen.

—¿Seré indiscreto en preguntar á usted el título del que merece ahora su predileccion?

—Los peligros del amor, memorias de una muger sensible.

—Conozco esa obrita, y me parece que ha elegido usted una consejera que trata á los hombres con sobrada severidad. La autora de ese libro fué víctima de un seductor; pero su desgracia no le daba derecho para medir con igual compás á todos los hombres; pues si hasta los dioses del Olimpo hacian alarde de su inconstancia en aventuras amorosas, no por eso dejó de haber amantes fieles que como Píramo, Céfalo y Leandro fueron víctimas de su pasion. Tisbe, Procris y Hero fueron amadas con idolatría, porque lo merecian por su belleza; y usted que reune mas encantos que las tres fabulosas beldades juntas, puede estar segura que será siempre amada.....

—¿De quién? ¡Pobre de mí!—respondió Juanilla meciendo la cabeza en ademan de desconfianza.

—De cuantos posean un corazon sensible, y desde ahora vaticino que el mortal que tenga la fortuna de merecer el amor de usted, no podrá menos de adorarla mientras viva.

—¿Lo cree usted así?

—Lo creo así por las dulces sensaciones que experimento cerca de usted, hermosa niña—exclamó el poeta con apasionado acento;—y juro á usted que si fuera yo el mortal que tanta dicha lograse, sabria mostrarme siempre digno de ella.

—¿De qué modo?

—Procurando labrar la felicidad de mi amada.

—¿Y si fuera la tal exigente en demasía?

—Procuraria siempre anticiparme á sus deseos. Su menor insinuacion seria para mí un mandato irrevocable, y le obedeceria con placer y orgullo.

—¿Pero si la niña fuese tan ambiciosa que aspirase á eclipsar el lujo de las mas encopetadas señoras de la córte?

—Los recursos me sobran, y en nada los emplearia con tanto gusto, como en ver á la predilecta de mi corazon descollar como reina entre las mas bellas y elegantes hermosuras de Madrid, radiante en su trono cual la misma aurora en su lecho de rosas celestiales.

—¡Magnífico! pero dice usted que haria todo eso en obsequio de la predilecta de su corazon.

—Así es..... seria su esclavo.....

—La expresion de *predilecta* supone rivalidad, y á ninguna muger de estimacion, por mas que sea la preferida, puede gustarle ver á otras que, aunque en grado inferior, participan de un afecto que debiera ser exclusivamente para ella.

—Es usted tan hermosa, como entendida..... reune usted la belleza de Venus á la sabiduría de Minerva.

—Una lisonja no es una disculpa.

—Es que no tengo mas disculpa que la de confesar mi falta de locucion. Ha sido un *lapsus linguæ* y nada mas; pues cuando pronuncié la palabra *predilecta*, quise decir el ídolo exclusivo de mi corazon.

—La aclaracion es satisfactoria, y á la verdad, que si hemos de creer á la autora de este libro, seria un milagro encontrar un amante que albergase tan generosos sentimientos. Yo, á lo menos, creo que la muger que alcanzára tal dicha podria bendecir su estrella.

—¿Y aceptaria usted semejante amor?

—A no ser que hubiese perdido el juicio.....

—Quiere decir que yo que la amo sinceramente puedo esperar.....

Lleno de entusiasmo al hacer esta amorosa declaracion, atreviose don Agapito á coger la mano de Juanilla é iba á besarla, cuando la severa ninfa la retiró de repente, interrumpiendo la sentida peroracion que empezaba el inspirado vate, y con una mirada altanera dejole lleno de confusion.

—¡Caballero!—exclamó con dignidad la astuta jóven al re-

tirar su mano.—Mal empieza usted sus obsequios. Para lograr lo que usted, sin haber contraido mérito alguno, se toma la inaudita licencia de apropiarse, no basta el que me diga usted que me ama. Los hombres prodigan esa frase á todas las mugeres, y el atreverse á tocar una mano que no se ha conquistado aun, prueba mas osadía que amor, osadía de mala índole, muy comun entre vulgares galanteadores.

—La reconvencion es dura, amiga mia; pero confieso que la he merecido. ¿Me perdona usted?

—¿Qué corazon generoso no perdona al que reconoce su falta y se arrepiente de ella?

—Gracias, gracias, jóven hechicera. Todo lo reune usted. Virtud, talento, hermosura y generosidad.

—Tal vez soy demasiado indulgente; pero advierto á usted que no lo seré tanto si, lo que no creo, se atreve á propasarse segunda vez.

—No por cierto, y si falto en lo mas mínimo al respeto que usted se merece, quiero morir ahogado como Faeton, que acabó su vida en el rio Eridano, donde le precipitó el Tonante por haber querido guiar la carroza del sol. Usted, hermosa Juanilla, es el sol que ilumina mi existencia, y para disfrutar sus favores, aguardaré no solo merecerlos, si no que usted me los conceda. ¿Qué debo hacer para alcanzarlos?

—Darme pruebas de que es verdadero su amor.

—Estoy dispuesto á darle cuantas exija usted de mí.

—Yo me contento con una posicion social que me ponga en el caso de no tener que envidiar nada á nadie. El que me proporcione este bien sin coartar en lo mas leve mi libertad, ese será el mortal predilecto de mi corazon.

—Pues bien, yo la trasladaré á usted á un palacio. Vivirá usted en mi compañía como si fueramos dos hermanos; porque estoy dispuesto á respetar su virtud. Pasaremos como primos á los ojos del público. Usted pondrá á prueba mi amor todo el tiempo que usted guste, y yo aguardaré mi sentencia sin resollar. Sufriré

y callaré resignado como Quelonea símbolo del silencio. ¿Admite usted este partido?

—Imposible es rehusarlo; pero ¿cómo puedo haber inspirado á usted tan vehemente pasion en un solo instante?

—En ese instante he visto que cuantos elogios me habian hecho de usted son escasos.

—¡Elogios! ¿pues qué le habian dicho á usted de mí?

—Qué es usted un tesoro de perfecciones.

—¿De veras?

—Tan linda, como dotada de virtudes y habilidades.

—¿Y ha presenciado usted mis habilidades?—repuso la jóven riéndose con hechicera coquetería.

—Yo no; pero como es usted tan buena, espero que no me negará el placer de admirar esos nuevos atractivos.

—No quiero hacerme de rogar toda vez que ya empezamos hoy á ser íntimos amigos, y aun confio que no hemos de tardar en ser amartelados amadores.

Al decir estas palabras, la jóven desapareció con la velocidad de una centella por entre las cortinas de unas vidrieras que daban paso á un tocador.

Don Agapito corrió detras de la jóven, exclamando:

—¡Vuela como una sílfide!... No, bien mio, no me abandone usted.

Descorrió una de las citadas cortinas, y en vez de la encantadora Juanilla, halló detrás una figura estrambótica. Era un viejo de cara amoratada, estatura regular, y ademanes truanescos, que en trage de chulo andaluz, saludaba respetuosamente á don Agapito con el calañés en la mano.

—¿Qué hace usted aquí?—preguntó con enojo el chasqueado poeta.

—Vengo, con premiso de su mersé—respondió el *tio Palique*—á haser por un momento las incumbensias de esa pelra que acaba de najarse.

—¡Cómo! ¿seria esto una burla?.....

—Naa de eso, cabayero, no semos nosotros amigos de chansas pesaas. Yo soy el padre del pimpoyo que ha salío de aquí. Ha ido por la guitarra, y en menos que cacarea el gayo la tiene su mersé de güelta. Entretanto, yo le haré á su mersé compañía. Poco socorría será mi conversasion, porque, la verdá, nunca he sio yo hablaor ni ma gustao entrometerme donde no me yaman.

—¿Con que es usted el padre de Juanilla?

—Cabalito, si hemos de creer á lo que desia la difunta.

—¿No tiene madre la niña?

—Ni hase falta denguna.

—¿Cómo así?

—Era una serpiente..... muy amiga de cortejos. Juaniya no se le parese en naa. Es muchacha de mucho talento, como su padre, bonita y siempre de sambra y gresca como su padre, y aquí donde su mersé me está viendo, en toavia no le he dicho á su mersé quien soy yo. Tengo mandaos setesientos ochenta y tres toros á la eterniá. Yo he sío camaráa y vengaor del famoso Pepe Hillo. En toavía macuerdo, como si fuera hoy, de la cogía que tuvo el probesiyo. Pues señor, ha de saber su mersé que era el onse de mayo de 1801 y se lidiaban toros corríos en otra funsion. Yo dige en antes de empesar la corría: alguno va á dejar los bofes en el redondel, y le aconsejé á Pepe que se anduviera con cudiao que los vichos eran marrajos y de sentío por haber estao ya enseñaos; pero ¡quiá! como si no hubiera dicho naa. «Mira Pepe que se van derechito al bulto sin encomendarse á Dios ni al diablo.» Ni por esas. El probesiyo se burló de mí, y dos horas dempués habia espichao ya.

—¿Y cómo fué su muerte?—preguntó don Agapito.

—Macuerdo como si susediera ahora mismo. Salió el sétimo toro, y solo tomó cuatro puyas de Juan Lopez. Antonio de los Santos le puso un par de banderiyas y tres pares Joaquin Diaz y Manuel Jaramiyo. Yegó el momento fatal, y el salao Pepe Hillo se puso en suerte con toa la sandunga del mundo. El toro era

reseloso y cobarde. Yo estaba tan serca del animaliyo como ahora de su mersé, con perdon de la comparansia. Diole tres pases de muleta, dos por el órden natural, despidiéndole por la isquierda y el otro á rosa-pecho; pero como el animaliyo iba en saga del bulto, no dejó de verse muy apurao el probe Pepe. Tomó el toro querensia á la derecha del chiquero; y temiendo yo que Pepe hisiera una atrosiá le grité: «cudiao con la alimaña, que sabe mas que Merlin.» Tanteole sitándole con la muleta, y despresiando mi advertensia, sarrojó á darle la estocaa á toro parao.

—Y tengo entendido que se la dió magnífica.

—Medio estoque le introujo, pero el infelis quedó enganchao en el piton derecho por la pierna isquierda.

—¿Y le hirió entonces?

—No señor, habiale cogío únicamente por los calsones; pero le tiró por ensima de la espaldiya al suelo.

—Quedaria sin sentidos del golpe.

—Eso pensaron algunos, aunque otros creyeron que se hiso el muerto. Lo sierto es que se quedó inmóvil. Entonses recogiole el toro, y le ensartó con el cuerno isquierdo por la boca del estógamo y le campaneó largo rato en el aire.

—Le soltaria muerto.

—En toavía vivió sobre un cuarto de hora.

—No hablemos de tan repugnante espectáculo, sino de otra cosa que á los dos nos interesa mas. Tengo la mayor satisfaccion en conocer al padre de la hermosa jóven á quien trato de hacer feliz. Espero que usted, como interesado en la suerte de su hija, le aconsejará que no desprecie la ocasion que se le presenta, pues aseguro á usted que no hay en el mundo quien la ame mas de veras y reuna todos los elementos para hacerla completamente dichosa.

—Hablando en plata, acá para los dos, mi hija sabe mejor que yo lo que le conviene. Yo ni entro ni salgo en estas materias. Solo puedo asegurar á su mersé que Juaniya es un estuche. Ahí la tiene su mersé. ¡Juy! ¡Viva el salero de España!

Estas exclamaciones de entusiasmo iban dirigidas á Juanilla que se presentó mas hermosa y rozagante que nunca, lujosamente vestida de macarena, zagalejo corto, mantilla terciada, castañuelas en los dedos y una guitarra que entregó al *tio Palique*, exclamando:

—¡Viva la gente de buen humor!

—¡Bendita sea tu boca!—añadió el viejo torero.

Don Agapito habíase quedado como en éxtasis contemplando la hermosura de Juanilla, cuya delgadísima cintura alardeaba cierta flexibilidad voluptuosa capaz de trastornar el juicio al mas taciturno misántropo. El poeta que no era misántropo, ni solia adolecer de atrabilis, con mayor motivo se volvia loco de entusiasmo al contemplar las perfecciones de aquella graciosa criatura. Su airoso trage era á propósito para lucir sus bellas formas, particularmente las robustas piernas y diminutos piés capaces de inspirar envidia á las seductoras ninfas del Guadalquivir.

—Está usted encantadora, Juanilla—exclamó don Agapito.

—¿Quieres bailar conmigo un bolero, esgalichao?—Le preguntó la niña enjarrándose con donoso desenfado delante del aturdido poeta.

—Si yo supiera, de muy buena gana, prenda mia—respondióle con apasionado acento;—pero no me ha dotado el cielo de esa gracia que tú posees en grado sublime.

El poeta aprovechó la ocasion de tutear á la que le acababa de dar este ejemplo de franqueza; pero le parecia imposible que la traviesa macarena que tenia delante fuese la amable y ruborosa señorita de antes.

Conoció desde luego que no podia hallar una muger mas á propósito para vengar el desaire de la ingrata Elisa.

—No importa, bailaré el zapateado—dijo Juanilla—con que siéntate, pichon, y verás si tiene garbo tu Juanilla. A ver, padre, como puntea usted esa guitarra con alma y salero.

Tocó el *tio Palique* el zapateado, y le bailó Juanilla con arrebatadora donosura. Su padre prorumpia en graciosas ocurrencias

siempre que su hija verificaba algun paso voluptuoso, y el poeta quedó tan afectado, que temió olvidar á Elisa y enamorarse de veras de la hija del cachetero.

—¡Muy bien! ¡muy bien!—exclamó batiendo con entasiasmo las palmas.—Ni la misma Terpsícore es capaz de bailar con tanta gracia.

—No, pues eso es naa en toavía: si la oye su mersé cantar—repuso el *tio Palique*—acompañándose eya misma con la guitarra, se güelve su mersé jalea de gusto. El mundo se junde cuando mi Juaniya canta. ¡Ea! ven acá, pimpoyo, y siéntate junto á este cabayero. La probesiya está cansaa, deje su mersé que recobre aliento, y dempués nos cantará una de sus coplas favoritas. ¿Verdá que sí, gachona?

—Para dar gusto á mi chaval—respondió Juanilla mirando con significativa y alarmante sonrisa á don Agapito—haria yo un arco de iglesia.

Don Agapito sintió un extraño estremecimiento en todo su cuerpo y palideció como si fuese á ser víctima de alguna congoja. Lanzó un prolongado suspiro, y sintió su corazon mas aliviado; pero en vez de responder á Juanilla la estaba contemplando en dulce éxtasis.

—Entre tanto, y mientras descansa Juaniya, voy yo á contarle á su mersé algunas de las aventuras que á mi man pasao en este mundo pecaor; porque aquí donde su mersé me está viendo, tengo mandaos setesientos ochenta y tres toros á la eterniá, con la mesmita frescura que si me hubiera engullio setesientos ochenta y tres sorbetes de fresa.

—Ya lo sé—dijo don Agapito.

—Pues ¿y cuándo el toro enganchó á Pepe Hillo por la boca del estógamo?

—Tambien, tambien lo sé.

—Y le estuvo campaneando... Macuerdo como si fuera hoy. Era el onse de mayo de 1801 y se lidiaban toros corríos en otra funsion.

—Repito que lo sé—exclamó don Agapito con la expresion del aburrimiento.

—¿Lo sabe su mersé? Pero no de tan güena tinta como yo, que lo presensié. Sobre que me hayaba tan serquita del animal como ahora de su mersé.

—Pues todo eso me lo ha contado usted ya.

—¿De veras? Pues naa, seré muo..... Mas vale ser muo que hablaor. Si supiera su mersé el odio que tengo á los hablaores..... ¡Ea! peliyos á la mar. Vamos á ver, Juaniya, como le entonas al señor alguna de las cansiones de rechupete que tú sabes.

—Eso, eso es lo que estoy aguardando con ánsia—dijo el poeta.

Juanilla se apoderó de la guitarra, y sin hacerse de rogar, siempre amable y complaciente, tomó una posicion encantadora, y prévios algunos preludios de maestra, cantó con expresiva gracia y notable afinacion, la siguiente cancion popular:

LA AGUADORA.

¡Ahora es hora!
De la fuente viene ahora!
¡Fresquita como la nieve!
¡La aguadora!
¡Agua y panales! ¿Quién bebe?

I.

Para aliviar á una dama
de conducta novelesca
que arde en amorosa llama,
¡Agua fresca!
Y si en su amor hay falsía
mientras su rendido amante
se abrasa fino y constante,
¡Agua fria!

¡Ahora es hora!
De la fuente viene ahora!
¡Fresquita como la nieve!
¡La aguadora!
¡Agua y panales! ¿Quién bebe?

II.

Para el que suelta un suspiro
con intencion picaresca
por el amor que le inspiro,
¡Agua fresca!
Pero si no se desvía
y el infeliz hace alarde
de la pasion en que se arde,
¡Agua fria!

¡Ahora es hora!
De la fuente viene ahora!
¡Fresquita como la nieve!
¡La aguadora!
¡Agua y panales! ¿Quién bebe?

III.

Aunque pobre y aguadora
ningun usía me pesca,
pues si jura que me adora.....
¡Agua fresca!
Y si otra vez el usía
por delante de mí pasa
y me dice que se abrasa,
¡Agua fria!

¡Ahora es hora!
De la fuente viene ahora!
¡Fresquita como la nieve!
¡La aguadora!
¡Agua y panales! ¿Quién bebe?

IV.

Y eso que yo soy, señores,
amiga de zambra y gresca;
pero si me hablan de amores
¡Agua fresca!
Y si dan en la manía
Juan, Gil, Blas, Anton ó Diego
de ponderarme su fuego,
¡Agua fria!

¡Ahora es hora!
De la fuente viene ahora!
¡Fresquita como la nieve!
¡La aguadora!
¡Agua y panales! ¿Quién bebe?

Don Agapito que habia interrumpido ya con vítores y bravos de entusiasmo todas las coplas de la precedente cancion, aplaudió como un loco al final y pidió permiso al padre y á la hija para abrazar á la divina cantora. Fuele otorgado, no sin alguna resistencia de parte de la interesada; pero tuvo que obedecer á su padre, y aquel dichoso abrazo, que parecíale al poeta indispensable para su sosiego, alterole de manera, que de repente se sintió enfermo de bastante gravedad, y tuvo que retirarse con récia calentura, despues de repetir sus juramentos de amor á Juanilla y sus promesas de hacerla feliz si no se mostraba tan desdeñosa como la aguadora de la cancion. Quedaron en volver á verse por la noche en casa de Juanilla.

Al despedirse, el poeta dejó en la mano del *tio Palique* cuatro duros en oro.

—Voy á acompañar á su mersé hasta su casa, no sea que por el camino arresie esa congoja...—dijo el *tio Palique* chispeando de alegría.

—Gracias, no es menester—respondió don Agapito—en cuanto me dé el aire, me pongo bueno.—Y mirando á Juanilla, añadió con melífluo acento:—¡A Dios, hermosísima Euterpe! ¡A Dios sirena! ¡A Dios digna competidora de Orfeo!

—¡Con Dios, chairo mio!—respondió la zalamera jóven.

—¿Con que de veras no quiere su mersé que le acompañe?—preguntó el viejo.

—De ningun modo—dijo el poeta.

—Tanto peor para su mersé. No sabe su mersé lo que se pierde.

—¿Qué?—preguntó receloso don Agapito.

—Naa, naa, otro dia le explicaré á su mersé.....

—¿Pero qué?—repitió con afan y curiosidad el pobre vate temiendo por lo menos que el viejo se iba á oponer á los obsequios de su hija.

—Naa, que por el camino hubiera esplicao á su mersé el desastroso fin de Pepe Hillo. Era el onse.....

—Vive Dios que el padre es tan pesado y molesto, como ligera y amable la hija. Este hombre es peor que la colosal oruga campea,—dijo para sí don Agapito, y cruzando una apasionada mirada con Juanilla, se lanzó precipitadamente en busca del aire libre, que al parecer reclamaba con imperio la notable alteracion de su preciosa salud, ocasionada por los atractivos de Juanilla y agravada por las impertinencias del *tio Palique*. Este se fué á contar la muerte de Pepe Hillo á la *tia Pelona*, mientras Juanilla con toda la alegría del triunfo, se mudaba el trage en el tocador.





CAPITULO XX.

LA FONDA DEL AGUILA NEGRA.

> Que havemos nos de fazer? Quem anda pelas estradas, está sujeito á ser esfolado nas estalagens.
>
> MOURA.

Media hora despues de la precedente escena, estaban en la calle de la Gorguera el *tio Palique* y su linda hija; pero no en su casa, si no en la fonda del *Aguila negra* á donde habíales parecido conveniente solemnizar el dia del Angel de la Guarda, tanto por ser patrono del padre, como para inaugurar dignamente la amorosa conquista de la hija.

—¡Moso!—gritó el *tio Palique* al entrar en la fonda.

—¿Qué se ofrece?—preguntó un jóven saliendo al encuentro de los recien llegados.

—Dos comidas—dijo el *tio Palique*.

—¿De qué precio?

—¿Qué te parese, Juaniya?—preguntó por lo bajo el padre á su hija.

—Usted mismo, padre—respondió con zalamería la donosa jóven.—Hoy es usted el pagano, con que á su discrecion dejo los gastos del convite.

—Siendo así voy á espilfarrarme. En el bolsiyo yevo los cuatro duros que ma regalao esta mañana tu pimpoyo. Voy á haser que nos traigan dos comías de á duro y los otros dos duros para café y rosoli.

—¿Está usted en su juicio?

—Me he empeñao en coger hoy un sernícalo á tu salú y á la del cabayerito de en antes.

—Eso no lo consentiré yo.

—Pues dispon tú lo que sea de tu agrao.

—Dos comidas regulares—dijo Juanilla en alta voz dirigiéndose al mozo.

—¿Quieren ustedes seguir mi consejo?—preguntó el mozo al ver la indecision de los recien llegados.

—Habla—repuso Juanilla.

—Lo mejor que pueden ustedes hacer es tomar asiento en la mesa redonda. Toda es gente muy decente la que come en ella, no vayan ustedes á creer que.....

—Pero comerán hombres solos—replicó Juanilla.

—No por cierto, señorita. Tambien hay mugeres, personas todas de buen porte, y algunos forasteros que suelen variar todos los dias. Estarán ustedes mas divertidos y les resultará mucho mas barata la comida, porque solo se pagan diez reales por barba.

—¿Qué hasemos?—preguntó á su hija el *tio Palique*.

—No tengo inconveniente en comer en mesa redonda.

—Pues al avío.

—Es que no se come hasta las dos—objetó el mozo.

—Pues no estarán muy lejos que digamos—repuso el *tio Palique*.

—Son los tres cuartos. A las dos en punto se sirve la sopa. Ya es sabido que no se aguarda á nadie..... Si ustedes se resuelven les acompañaré al comedor.

—Vamos ayá. ¿Y se paga empués ó aelantao?—preguntó el *tio Palique*.

—Del modo que ustedes gusten.

—Pues toma veinte reales.

—Déle usted dos de propina—añadió Juanilla.

—¿Además de los veinte?

—En las fondas ya se sabe: le desuellan á uno, y hay que agradecerlo, y dar propina á los mozos.

—Muchas gracias, señorita—exclamó el mozo con alegría al recibir los veinte y dos reales que le entregó el *tio Palique*.—Síganme ustedes.

Y les condujo á una sala en que habia una larga mesa con veinte cubiertos.

Una señora obesa, ya entrada en años, estaba sentada entre dos jóvenes, y varios hombres agrupados se mostraban en animada conversacion; pero al presentarse Juanilla con su padre, todas las miradas se fijaron en la belleza de la jóven. Solo un extranjero gordo permaneció indiferente, sin interrumpir su pausado paseo por lo largo de la sala, y cada vez que pasaba por frente de un plato que contenia aceitunas sevillanas, lo cercenaba de una, y entretenia el hambre con este inocente pasatiempo que no dejaba de ser gravoso á la comunidad. Continuamente estaba diciendo:

—*Um welche zeit essen wir heute*? (¿A qué hora comemos hoy?)

El *tio Palique* y su hija se sentaron enfrente de las tres mugeres que hemos citado, por manera que tanto por la distancia como por el rumor de la conversacion de los hombres y el ruido que reina siempre en las fondas á la hora de mayor concurrencia, podian entablar su diálogo sin el menor recelo de ser oidos.

—¿Has reflexionao, Juaniya—decia el *tio Palique*—la felisiá que se nos acaba de entrar por la puertas?

—¿Qué felicidad?

—¡Me gusta la aprension! ¿Con que no es felisiá la conquista que acabas de haser?

—Si corresponde lo demás á la primera entrevista.

—¿Y por qué no? Toas las trasas del cabayerito en cuestion son á peir de boca y no duo que cumplirá lo prometio. Ya sabes que yo rara ves me equivoco..... soy hombre de esperensia y como dijo el otro, la ocasion es calva..... Cuando venga esta noche á casa, es presiso que lo haye too bien arreglao.

—Pues mire usted, padre, no dejo de sentir ciertos remordimientos.....

—¡Remordimientos!—interrumpió asombrado el *tio Palique.*

—Lo que usted oye. Sin duda ha olvidado usted mi compromiso.

—¿Qué compromiso?

—¿Ha olvidado usted que tengo dada palabra á Manolo de casarme con él?

—¿Y qué?

—Y que usted aprobaba este casamiento.....

—Corriente.

—Que se hubiera verificado ya si no hubiera sido por aquel maldito contrabando.....

—Que fué causa de que lo sambuyesen en la casa de *Poco trigo.*

—Y lo desterrasen luego al presidio de Tarragona.

—Por qué sé yo cuantos años, con que ya ves tú que tardará Manoliyo en venir á reclamarte el cumplimiento de tu promesa.

—Sin embargo, á mí me toca portarme como muger honrada.

—Ya se vé que sí.

—Y cumplirle mi promesa.

—Por suponío.

—Pero si sabe que he admitido los galanteos de otro hom-

bre..... La verdad; padre, yo le quiero tanto, que cada vez que me acuerdo de él me palpita el corazon.

—Too eso es muy natural, y por lo mismo que le quieres debes aprovechar la fortuna que se te presenta. A la fin y proste no creo que se trate de naa malo.....

—Eso no, y si tales son las intenciones del señorito de esta mañana, ya sabré yo el medio de entretenerle y sacar ileso mi honor, sin haberme aprovechado mas que de la generosidad de mi apasionado. Apuradamente la resistencia y el desden suelen acrecentar el amor de nuestros adoradores, y cuando se les ha explotado la mina, no faltan pretestos para dejarles en paz y gracia de Dios. De este modo conservo yo mi honra, castigo á los seductores, y vengo á muchas infelices que son víctimas de la perfidia de sus amantes.

—¿Sabes, gachona, que me dejas alelao cuando te escucho? Hablas mejor que el Flosantorum y mas de corrío que un preicaor. Te has justificao á las mil maraviyas, y por lo que tú misma acabas de decir se vé claramente, que en naa ofendes á Manolo, y que toitico lo que le hagas suar al usía consabío, puede servir para dar á tu futuro marío una vida regalona. Espero que tampoco te olvidarás nunca de tu probesiyo padre.

—Siempre vivirá usted á mi lado. Ya sabe usted que con esta condicion dí mi palabra de casamiento á Manolo.

—Lo sé, hija mia..... ¡Bendita seas!

—Y si llego á ser rica, le proporcionaré á usted un capital.

—Toa mi ambision se reuse á poseer una toráa.

—Pues la poseerá usted si Dios me ayuda.

—Y como yo sé manejá el busíli, ganaré mucho parnés con la toráa, porque yo soy hombre de esperensia, y en materia de ganao, no me dejo mojá la oreja por naide.

—Pues si es verdad que el susodicho usía sea un señor acaudalado, está hecha su fortuna de usted, pero con la condicion de que no ha de salir usted á torear.

—Entonses toas las corrias serán deslusías.

—Peor seria que algun toro le ensartase á usted como á Pepe Hillo.

—Era el onse de mayo de 1801 cuando.....

—Lo sé, padre, lo sé.

—Pues me cayaré, no quiero que digas que soy hablaor. Si supieras que corage me dan los hombres hablaores.....

En este momento se presentan dos mozos y colocan dos soperas una á cada extremo de la mesa.

Una sopa era de arroz y la otra de macarrones.

El extranjero gordo ocupó la silla mas inmediata á la sopa de arroz, y mientras llenaba el plato preguntó al mozo:

— *Was haben wir zum Mittagessen?*

—No le entiendo á usted—respondió el mozo.

—Este sinior habla aleman solamente—dijo un inglés con mucha dificultad—é hace á osté un pregunto de las cosas que tenemos por comer este dia de hoy.

—Ya lo verán ustedes—respondió el mozo, y desapareció.

El inglés se sentó junto al aleman.

Otro extranjero habia aun en la sala, que por la prisa con que corrió á apoderarse de la sopa de los macarrones, dió á conocer que era italiano.

Este, aunque tan egoista como el aleman, salvó á lo menos las apariencias, y fué preguntando individualmente á todos, empezando por las señoras:

— *Vuole un pó di zuppa?..... Pigliera della zuppa?*—Y fué sirviendo á los que quisieron macarrones.

Verdad es que el italiano tuvo la precaucion de repartir porciones muy limitadas, segun exige la finura; pero no estuvo tan fino cuando le llegó el turno, y llenó á colmo su plato, de manera que aun cuando nada mas hubiese comido, podia muy bien aguardar la cena sin desmayarse.

El aleman no habia andado con tantos escrúpulos. Llenó su plato de arroz, de un modo escandaloso, y endosó la mision de servir á los demás, al intérprete inglés que tenia á su lado.

Empezó por fin la general masticacion reinando en la sala sepulcral silencio, hasta que satisfecha la primera necesidad de alimento, entablose alguna conversacion, que fué sucesivamente animándose y tomando un carácter cada vez mas jovial y familiar segun el Arganda y Valdepeñas iban fermentando en los estómagos.

Solo el rubicundo aleman permanecia apático al general bullicio, sin curarse de otra cosa mas que de rellenar su insaciable abdómen, y cada vez que los mozos mudaban los platos, preguntábales el impasible gastrónomo:

—*Was werden wir jezt haben?*

El inglés añadia:

—Esto sinior hace el pregunto de qué cosa es la que se comerá ahora.

Los mozos no respondian, y el tudesco Heliogábalo continuaba diciendo:

—*Ich fürchte, dass wir ein ziemlich schlechtes Mittagessen haben verden.*

El intérprete exclamaba:

—Esto sinior habla ahora que tiene muy mieda que la comida está poco bien.

—Ya se conoce que no le gusta—dijo con sarcástica sonrisa el mozo—Con pocos parroquianos como el aleman, pésimo negocio haria el amo.

La justa observacion del mozo hizo prorumpir á todos en carcajadas, pues habíanse ya asombrado del voraz apetito del aleman. Este no se inmutó, ni reparó siquiera en que tenia todas las miradas fijas sobre él, y con mucha sorna pidió vino al inglés en estos términos:

—*Geben Sie mir gefälligst ein Glas Wein.*

Sirviole el inglés en medio de las generales risotadas, y el aleman con mucha sorna contestó á ellas brindando por la salud de todos de esta manera:

—*Ich habe de Ehre auf Ihre Gessundheit zu trinken.*

Y prosiguió devorando con imperturbable serenidad.

—¿A qué habrá venido á España este ente original?—exclamó uno de los concurrentes.

—Esto sinior—respondió el inglés—está venido á esto paiso per escribir las costumbros de la Ispania.

—¿Y piensa estar mucho tiempo en Madrid?

—No sinior, solamente que tres dias.

—¿Y habla el español?

—Tambien no sinior.

—¿Pero le entiende?

—Tambien no sinior.

—¡Qué diablos! ¿Y quiere escribir nuestras costumbres? Irá á los teatros, á los conciertos..... á las tertulias..... para enterarse.....

—Tambien no sinior, nada, nada. Esto sinior no hace que únicamente comer é dormir.

—Así escriben ustedes tantos disparates, tantas atrocidades y calumnias contra la España.

—¡Oh! no sinior; mi no escribe ningun cosa contra la Ispania. Mi está mucha amico de los manolas é gusta muy á mí la fandanga é los torros.

—¡Hola! ¿con que le gustan á usted nuestras manolas, nuestros bailes y las corridas de toros?

—¡Oh! sí, sí... *It gives me the greatest pleasure*..... mi quiere decir, sinior, que esto causa á mí muy placer.

—Eso mismo sucede á todos los extranjeros. Desde su pais nos llaman cáfres porque nos gustan unos espectáculos que califican de bárbaros y sangrientos; pero lo cierto es que no hay corrida de toros á la que no acudan todos los extranjeros que hay en Madrid, muchos de ustedes vestidos de macarenos, para lo cual es preciso confesar que les ha dado Dios poquísima gracia; pero ustedes creen que toda la inteligencia se reduce á gritar en la plaza, y se desgañitan que es una compasion.

El *tio Palique* que habia estado hasta entonces en animado

coloquio con el de los macarrones, no bien se apercibió que al otro extremo de la mesa se hablaba de toros, dejó su asiento para ocupar una silla que se hallaba vacia no lejos del inglés y su interlocutor, abandonando á Juanilla á merced de los requiebros del italiano.

—Aunque sea descortesía, cabayeros—dijo el *tio Palique* á los de la cuestion tauromáquica—se mantoja por alguna espresionsiya que ha llegao á mis oidos, que han de ser sus mersées gente de caliá... afisionáa al toreo como toa presona desente.

—Me decia este caballero inglés—repuso el otro concurrente—que es efectivamente muy aficionado á las corridas de toros.

—Pues lejos estará de imaginar siquiera quien tiene tan serquita de su presona.

—¿Seria usted acaso de la profesion?

—Y naa menos que camaráa de Romero y de Pepe Hillo.

—¿Lo oye usted?—dijo el otro llamando la atencion del inglés.

—Yo no he comprendida bien á esto sinior.

Dice que ha sido compañero de los dos mejores espadas que ha habido en España.

—¿Esto sinior?

—El mismo.

—¡Oh demonio! *¿How is that possible?* (¿Cómo es posible?)

—¿Ve usté esta mano de hierro?—preguntó el *tio Palique* enseñando su diestra al inglés.

El inglés movió la cabeza en ademan afirmativo, y el *tio Palique* prosiguió:

—Pues con eya he matao setesientos ochenta y tres toros.

—*God damn! It is terrible! It is dreadful.* (¡Ira de Dios! Esto es terrible!..... es espantoso!)

—El famoso Pepe Hillo murió á mi lao.

—*What a pity!* (¡Qué lástima!)

—Era el onse de mayo de 1801 y se lidiaban toros corrios

en otra funsion. Algun probe pagará el pato, dige yo para mí, y aconsejé á Pepe que se anduviese con cudiao porque eran marrajos los vichos. Dios habia disponío la catrástofe y de naa sirvió mi aviso. Antes de dos horas el probesiyo habia espichao.

—Yo no comprende este palabro *espichao*—interrumpió el inglés.

—Habia muerto—dijo el otro concurrente.

—¡Muerto! ¿lo toreador?

—El mejor toreador que ha habido en España.

—*It is shocking!* (¡Eso hace temblar!) Dica, sinior, fué matado por la torro?

—Como su mersé lo oye—continuó el *tio Palique.*

—¿Con las cuernas?

—¡No, que iria á matarle con el rabo! Sí señor, con los cuernos, y con la mayor sandunga del mundo.

—¡Oh! *¡God damn!* ¡Con la sandungo tambien! *It is a cruel case!* (¡Eso es muy cruel!)

Mientras el *tio Palique* acababa de referir al inglés circunstanciadamente el modo como el toro *ensartó con el cuerno isquierdo á Pepe Hillo por la boca del estógamo y le campaneó por el aire etc. etc.*, la coquetuela de su hija recibia con su acostumbrado buen humor los galanteos del italiano de los macarrones, que aunque tampoco hablaba el español, no por eso dejaba de ser comprendido.

—¿Con que de veras desea usted ser amigo mio?—le decia la hermosa jóven respondiendo á las lisonjas con que el extranjero acababa de improvisar su amorosa declaracion.

—*Ne saró lietissimo*—respondió con afectacion el italiano.—*Credetelo, mia cara, ne avró grandissima gioja, e vi prego quanto so e posso a volere acettare i sensi della mia stima... del mio afetto..... del mio amore.....*

En este momento dejose oir una espontosa gritería.

Todos los concurrentes se asomaron á las ventanas y balcones de la fonda; pero tuvieron que retroceder porque el pueblo amo-

tinado arrojaba piedras, lanzando desaforados gritos de «¡muera! ¡muera!»

Presentose el amo de la fonda, y exclamó azorado:

—Cierren ustedes esos balcones..... Hay revolucion... He visto matar á pedradas á una pobre muger... Dicen que era bruja.....

Al oir esto creció la confusion... Unos huian... otros gritaban. Desmayáronse algunas señoras..... Todos se hallaban poseidos de horror y espanto.

Solo el obeso y rubicundo aleman, que seguia comiendo impasible en medio de la general confusion, exclamaba con estóica impasibilidad:

—*Dieses gespickte Kalbfleisch ist prächtig.* (Es delicioso este fricandó.)

. . . .

Como la principal habilidad del fondista es *saber desollar á sus parroquianos*, quiso probablemente aquel sacar partido del asesinato de la *Bruja*, y asustarles para que dejasen de hacer consumo, una vez que todos ellos habian pagado anticipadamente.





CAPITULO XXI.

ODIO POR ODIO.

They are rich and wicked.
COOPER.

Cuando el amo de la fonda del *Aguila negra* dijo que habia visto matar á pedradas á una muger, dominado sin duda por el miedo, figurose ver lo que no habia sucedido, ó se habia complacido en exagerar la verdad por el raro prurito que tienen ciertas gentes de atemorizar al prógimo, ó llevaba la intencion de hacer huir á sus parroquianos para que no le hicieran tanto consumo.

El motin, la revolucion, la muerte anunciada por el fondista, se redujo á la diabólica griteria de una bandada de muchachos que insultaban á la pobre *Bruja* apedreándola furiosamente; pero lejos de sucumbir á los desmanes de la soez pillería, tuvo la fortuna de

llegar ilesa á la plazuela del Angel donde el duque de la Azucena vivia, y refugiarse en una de sus cocheras, que se comunicaba con un hermoso jardin.

Estaba á la sazon en aquel ameno sitio el jóven don Eduardo, quien al oir los gritos de la multitud, acudió á la cochera y mandó soltar un mastin que habia allí encadenado. Bastaron los ladridos y el aspecto amenazador del enorme perro para ahuyentar á la bandada de granujas tan envalentonada poco antes contra una pobre y débil muger.

Don Eduardo, impelido por su carácter compasivo y generoso, queria conducir la *Bruja* á una de las habitaciones de su casa; pero ella lo rehusó con tal entereza que fueron inútiles los esfuerzos del duquécito.

—¿A qué viene esa obstinacion?—decíale don Eduardo insistiendo en su empeño.—Sígame usted, y arriba tomará usted un poco de alimento.

—Gracias, buen señorito—replicaba la *Bruja;*—pero no tengo necesidad.

—Sin embargo... una friolera... y un poco de vino generoso le probarán á usted.

—Aquí estoy bien... Este banco de piedra es muy cómodo..... Tambien el sol me reanima. Aquí descansaré un rato si la presencia del dueño de ese palacio no me arroja.....

—Mi padre no desaprueba nunca lo que yo hago. Aunque él se presente aquí, puede usted permanecer tranquila á mi lado, y si es por ese temor que no se atreve usted á pasar á una habitacion mas cómoda, hace usted muy mal.

—Ni aquí permaneceria un momento—respondió la *Bruja*—si no estuviéramos solos. Repetidas veces he dicho á usted, señorito, que mi odio á los señores de los palacios es inextinguible, y que usted es la única persona que excluyo de mi anatema. ¡Debo á usted tantos beneficios! Es usted tan generoso..... tan bueno..... que me parece imposible haya nacido usted en un palacio.

—Agradezco mucho esa honrosa exclusion—dijo el duquecito sentándose en el mismo banco de piedra donde estaba la *Bruja*—pero me permitirá usted que le diga, que ese odio á los ricos.....

—Es muy fundado, hijo mio—interrumpió la *Bruja* con dolorido acento.

—¡Fundado! ¿En qué?

A esta pregunta extremeciose la pobre muger y guardó por un rato misteriosa reserva. Rompió el silencio con un suspiro, y agitando tristemente la cabeza, exclamó:

—Dios preserve á usted, señorito, de tener que mendigar la caridad de los magnates. Los ricos, tienen el corazon de hiena..... Las puertas de sus palacios solo se abren á la lisonja, á la prostitucion, á la maldad. Cuando llama el pordiosero á la puerta de un palacio, es bruscamente arrojado por lacayos insolentes..... tal vez mordido por algun perro que devora los desperdicios de una opípara mesa... por que se tiene cuidado de que los perros coman bien, mientras al escuálido mendigo se le dice con desprecio: «¡Dios te socorra!»

—¡Válgame Dios!—exclamó tristemente don Eduardo.—¡Cuántas veces se habla mal de los palaciegos solo por costumbre! ¡Cuántas veces se les culpa sin razon! Usted, buena muger, me ofrece ahora mismo una prueba de esta dolorosa verdad. Dice usted que los ricos tienen corazon de hiena, y lo dice usted precisamente en el momento en que en la casa de un rico se le ofrece á usted fraternal hospitalidad.

—¿A mí?—gritó como horrorizada la *Bruja*.

—A usted, buena muger—repuso tiernamente don Eduardo.—Y crea usted que son ofrecimientos que nacen del corazon.

—¡Ah! sí..... es verdad...—respondió la *Bruja*, como si volviera en sí de alguna siniestra preocupacion—es verdad..... me ofrece usted su amparo; pero repetiré lo de siempre: usted es la excepcion de la regla.

—Y esos lacayos á quienes trata usted con tanta dureza, la han recibido con humanidad..... Hasta mi leal mastin ha salido

en defensa de usted, logrando ahuyentar á sus perseguidores. Confiese usted pues que con todos ha sido severa en demasía.

En este instante el inteligente perro se restregaba contra las rodillas de la *Bruja*, como queriendo manifestar que comprendia y aprobaba la objecion del duquecito.

La *Bruja* le acarició, y satisfecho el bondadoso animal con esta recompensa, fuése á tender junto á la cadena que solia sujetarle, y lamió la mano del criado que le amarraba de nuevo.

—Es cierto—dijo la *Bruja*—debo estar agradecida á esos buenos hombres..... y al pobre perro tambien. Si no hubiera encontrado asilo en este jardin, hubiéranme asesinado á pedradas.

—Toda vez que se halla usted convencida de que tambien en los palacios puede albergarse la virtud, subamos al comedor, y.....

—Perdone usted mi terquedad, don Eduardo..... me es absolutamente imposible complacer á usted.

Don Eduardo se levantó, y habló reservadamente á un criado.

Este se inclinó con respeto, y desapareció precipitadamente.

—Ahora que estamos solos—dijo sonriéndose el duquecito—voy á reconvenir á usted.

Y volvió á sentarse junto á la *Bruja*.

—¿A reconvenirme?

—Ya se vé que sí.

—¿Por qué motivo?

—Por el olvido con que paga usted mis afanes.

—¿Yo olvidar los beneficios de usted?

—Si no los hubiera usted olvidado, no se hubieran pasado tantos dias sin dejarse ver despues que alcancé su libertad.

—He faltado—dijo enternecida la *Bruja*—he faltado en no venir á postrarme ante el mas generoso mortal.

La *Bruja* hizo un movimiento como queriendo arrodillarse á las plantas del duquecito, pero este la contuvo.

—¿Qué hace usted, señora?

—Quiero reparar mi falta..... quiero besar los piés de mi bienhechor.

—Lo que yo he hecho, lo hace cualquiera que tenga corazon. Nada tiene usted que agradecerme. Al decir que ha olvidado usted mis afanes, no es de manera alguna mi ánimo reclamar de usted extremos de gratitud..... no, buena muger, nada de eso. Mi amistosa reconvencion es porque me ha dejado usted tantos dias en la mayor ansiedad, sin saber nada de usted, despues de su último infortunio.

—Pues qué, señorito, ¿es posible que la suerte de esta infeliz mutilada, de esta criatura informe que solo merece los insultos de la sociedad... de esta asquerosa bruja escarnecida y apedreada por la hez del populacho, pueda interesar á nadie en este mundo?

En este momento interrumpió el coloquio el mismo criado que poco antes habia desaparecido despues de recibir en secreto una órden del duquecito, y presentó á la *Bruja* un plato con una pechuga de perdiz en escabeche, un panecillo, un vaso y una botella de vino de Jerez.

—¿Qué es esto?—dijo la *Bruja*.

—No ha querido usted subir al comedor..... Esto no es mas que para que se reponga usted del reciente susto, y recobre aliento, porque tenemos aun mucho que hablar.

Al decir esto, se alejó don Eduardo, presumiendo que su presencia seria un estorbo para que aquella infeliz tomase el alimento que se le ofrecia.

—¡Gracias! ¡gracias!—exclamó la infortunada muger, y comió y bebió con la avidez de la indigencia.

Ausentose el criado, y don Eduardo se aproximó de nuevo á la *Bruja* y le preguntó con su habitual amabilidad:

—¿Qué tal, se siente usted bien?

—¡Oh! muy bien, muy bien, hijo mio; pero ¿por qué se dá usted tantas molestias?

—Porque soy rico, y quiero que se reconcilie usted con los ricos.

—¡Ay! Si todos ellos tuvieran un corazon tan hermoso como el de usted, no habria desgraciados en el mundo.

—Los habria—repuso don Eduardo—si todos rechazaran los beneficios con incomprensible terquedad.

—Hay beneficios que deshonran, y vale mas ser infeliz que deshonrado.

—Jamás he ofrecido á usted nada que pudiera serle infamante.

—Me ha ofrecido usted oro.

—El oro no infama cuando no tiene un orígen bastardo.

—El oro de los palacios hace germinar en ellos la prostitucion. Suplico á usted, don Eduardo, que no me hable nunca de nada que tenga conexion con el fausto de los magnates. No me hable usted de esas riquezas con que fascinan á la virtud para amancillarla..... para convertirla en espantoso crímen.

La *Bruja* pronunció estas palabras de una manera misteriosa á la par que solemne, y aunque don Eduardo no podia comprender su significado al oirlas de boca de una muger físicamente repugnante, guardó silencio por un rato, y despues de profundas meditaciones, exclamó:

—Buena muger, por mas que reflexiono me es imposible comprender á usted. Los obstáculos que usted misma levanta á su bien estar, acrecen mi deseo de mejorar su suerte.

—Gracias, señor duquecito, gracias.

—Cuando vea yo mi deseo satisfecho, podrá usted darme gracias; pero ínterin desprecie usted mis ofertas, es una burla el mostrarse agradecida.

—No crea usted, señorito, que soy tan desgraciada como todo eso. Una vez resignada á mi infortunio, mi pecho siente aun palpitaciones deliciosas que alternan con los acerbos sinsabores que le desgarran. Tengo momentos muy felices. Ahora mismo experimento toda la dulzura del consuelo. No parece sino que un bálsamo vivificador circule por mis venas cicatrizando las úlceras del alma. Las virtudes que usted atesora me embelesan..... su

generosidad me encanta..... y lo que me hace olvidar todos mis males, es el tierno afan con que dá usted inequívocas muestras de interesarse por la suerte de esta miserable.

—Es verdad, señora, la suerte de usted me interesa... La he visto víctima de un cúmulo de desgracias, y quisiera ver á usted feliz..... No sé por qué se opone usted á ello. No le ofreceré grandes riquezas, ni oro en abundancia, ni absolutamente nada que argüir pueda fausto y suntuosidad. Usted me lo tiene prohibido y respeto sus mandatos; pero ¿qué inconveniente puede haber en que señale á usted una módica pension para que viva con decencia sin tener que mendigar la caridad pública? Y toda vez que su obstinacion me obliga á hablar con entereza, desde ahora le declaro formalmente, señora, que si en algo estima usted mi adhesion, es preciso que abandone esa vida azarosa y denigrante..... es preciso que se abstenga en lo sucesivo de provocar las risotadas del vulgo, y de dar pábulo á las fanáticas preocupaciones de los supersticiosos. No quiero yo que exponga usted de nuevo su vida al furor de un populacho sin freno..... Es preciso..... Pero ¡qué veo! ¿Llora usted? ¡Dios mio! soy un insensato..... Hablo á usted con demasiada severidad... Perdone usted.

—Lloro..... es verdad... pero lloro de gozo, hijo mio, al ver el empeño de usted por verme dichosa. En este momento, no trocaria yo mi dicha por la de una hurí rodeada de placeres.

—¿En este momento se cree usted feliz?

—¡Oh sí! estoy saboreando la mas pura de las felicidades.

—Pues bien, de usted depende prolongarla.

—¿De mí?

—Sí, señora, de usted.

—¿Cómo, hijo mio?

—Admitiendo la hospitalidad que yo le ofrezco, y viviendo en este vergel.

—¡Qué dice usted!

—La casita del jardinero tiene cómodas habitaciones; en una de ellas estaria usted perfectamente.

—Es verdad..... y le veria á usted todos los dias, ¿no es cierto?

—Todos los dias.

—Y tendriamos nuestras conferencias como ahora, ¿no es así?

—¿Por qué no?

—Esa felicidad es demasiado grande para que pueda aspirar á ella. Con todo, yo tengo precision de ver á usted todos los dias. Yo no puedo pasar veinticuatro horas sin ver á mi bienhechor.

—Acuérdese usted que desde que alcancé su libertad, esta es su primera visita..... esta es la primera vez que nos vemos...

—¡La primera vez que nos vemos! Usted lo creerá así; pero es un error. Yo le he visto á usted todos los dias, y en muchos de ellos dos veces. ¿Podria vivir sin este consuelo?

—¡Eduardo! ¡Eduardo!—sonó una voz.

—¡Dios mio!—gritó atemorizada la *Bruja*, y huyó precipitadamente exclamando:—¡Maldita sea la hora en que me acogí á este sitio!

—Es mi padre—decia el duquecito para detener á la *Bruja;* pero esta desapareció con la rapidez de una centella.

—¿Eduardo, qué haces ahí? Apuesto á que estás arreglando algun ramillete para tu Elisa, de las pocas francesillas tempranas que puede haber en el jardin. Mala época es esta para ramilletes, como no encuentres algun alelí amarillo, algun tulipan.

—¡Qué! ¡si no hay nada!

—Pues en el mes de marzo los primeros céfiros de la primavera ya suelen halagar algunas flores.

—Verdad es que estamos en marzo, pero es hoy el primer dia.

—¿A que encuentro yo flores para un ramillete?

—Como no sea en el invernadero.....

—Sin recurrir al invernadero.

—No hallará usted ninguna.

—¿De veras?

—¿No vé usted que parece que estemos en enero?

—Verdad es que el invierno se dilata este año.

—La florescencia se retardará bastante.

—Ya debia empezar á dar señales de vida la naturaleza.

—Pues no hay nada de eso.

—Y mira tú, á mediados del presente mes se nos echa encima la primavera.

—El dia veintiuno.

—¿Y no hemos de encontrar flores?

—No tiene usted mas que echar una ojeada en derredor.

—Verdad es que ha hecho pocos progresos la vejetacion. Pues hablemos de otra cosa. ¿Han acabado ya tu retrato?

—Esta mañana he ido por él.

—¡Y no me habias dicho nada! Veámosle.

—Es que no he querido admitirle.

—¿Cómo así?

—Porque era un mamarracho, sin dibujo, sin arte, y sobre todo sin parecido alguno.

—¡Qué diablos! Ya me figuraba yo que seria algun chapucero el bueno del retratista. ¿Habrás vuelto al que suele estar fuera de casa, no es verdad?

—No señor; quise ir á otro, y me ha fastidiado. Mañana pienso ir al de la Carrera de San Gerónimo.

—Dios quiera que no te digan que está en paseo.

—Pero si no me lo han dicho mas que una vez..... la única que fuí á verle.

—¡Qué sé yo! No conozco á ese hombre, y me es antipático desde que me digiste que habia salido á paseo en horas de trabajo. No hay cosa peor en este mundo que un artista holgazan.

—Pero confiese usted que es una rareza encontrar un artista holgazan, así como es un milagro hallar entre nosotros, los de las clases privilegiadas, quien sea laborioso y útil á la sociedad.

—Tú siempre sacando á relucir tus ideas democráticas. Te aseguro que debes estar agradecido á los que las profesan. Por

ellos hemos estado largos años en la emigracion. Déjate de bobadas, hijo mio, y no quieras apadrinar á la plebe.

—Es que en los artesanos que componen la plebe, veo yo mas virtudes y hasta mas nobleza que en los que nos damos el título de nobles.

—No digas disparates. Tú y los que profesan tus principios sois los que contribuís á que cada dia esté la gentualla mas insolente. Hace poco rato que ha habido un motin en esta misma calle, y estas escenas se repiten todos los dias desde que los constitucionales de antaño nos quisieron civilizar á su modo.

—El motin de esta tarde, padre, le he presenciado y acaso contenido yo mismo. No confundiré jamás á la hez del populacho con los artesanos virtuosos. Los vagos no pertenecen á las honradas masas del pueblo; y solo hay vagos donde se gobierna mal.

—Verdad es que hace falta una leva.

—¡Una leva! Esas medidas son arbitrarias, horrorosas si no se procede antes á otros actos de mas imperiosa necesidad.

—¿Y qué entiendes tú de eso?

—Entiendo que es injusto, despótico y atroz, el lanzar del pais que les dió el ser á unos desgraciados que no tienen mas delito que carecer de medios de subsistencia.

—Por esa misma razon se les hace á ellos un favor, y se expurga el pais de malhechores.

—No es justo confundir los pobres con los malvados.

—Los holgazanes nunca pueden ser hombres de bien.

—Por eso hay tantos pícaros en los palacios.

—Hablo de los vagos que pordiosean por las calles.

—Precisamente en esa clase de vagos es donde puede haber gentes muy honradas.

—¡Disparate! Las gentes honradas pueden ganar su subsistencia trabajando.

—¿Y si no hallan trabajo?

—Que lo busquen.

—¿Pero si no le hay?

—Si no le hay.... si no le hay...

—Si no le hay, padre, el gobierno tiene obligacion de proporcionarle. A un gobierno ilustrado jamás le faltan medios de ocupar á las clases jornaleras. Solo así puede estirparse la miseria que es un semillero de crímenes.

—¿Con que ya confiesas que los crímenes son hijos de la miseria?

—Digo que la miseria es un semillero de crímenes, porque el hombre que tiene hambre se entrega á la desesperacion. El padre que vé á sus hijos en la agonía, no tendrá reparo, por ejemplo, en cometer un mezquino robo para salvarles, y por este crímen se le llevará al cadalso, mientras vemos en nuestros salones aristocráticos, magnates orgullosos, que todos sabemos de qué modo han atesorado sus inagotables riquezas.

—Esas son las sempiternas quejas del vulgo, que por lo comunes y repetidas extraño que tú las reproduzcas. La envidia busca siempre donde hincar el diente.

—Yo creo que no será por cierto la envidia la que me estimule á mí á decir lo que siento, pues gracias á Dios y á lo que usted posee, nada me hace falta, y si las quejas del pueblo contra sus opresores son siempre las mismas, esto solo significa que la inmoralidad de los gobernantes es incorregible.

—Noto que cada dia son tus principios mas revolucionarios, Eduardo, y eso no me gusta.

—Mis principios son humanitarios, y nada mas.

—Humanitarios como los de los liberales.

—¿Y siente usted que yo sea liberal?

—¡Eduardo!—gritó con enojo el duque.

—Callaré si usted se incomoda.

—Tus sandeces me irritan.

—Lo siento mucho, nunca es mi ánimo ofender á usted; pero como hablábamos de lo que esta tarde ha sucedido.....

—¿Y qué?

—Yo atribuyo estos escándalos al gobierno, y por lo mismo he dicho que solo hay vagos donde se gobierna mal.

—Cállate, tonto; ¿qué tiene que ver eso con el motin de hace poco?

—Le han empezado algunos muchachos, de los que nacen en asquerosos lupanares, y crecen entre esas gentes viciosas que truecan la religion por el fanatismo. Han principiado á insultar á una pobre muger, á llamarla bruja y perseguirla á pedradas. Estas escenas, usted lo ha dicho antes, ocurren todos los dias; pero como los precoces héroes serán sin duda hijos de realistas, y la persona á quien se insulta es una desgraciada, no importa el desenfreno, ni hay para que molestar á la policía. Lástima es que no esté ya restablecida la inquisicion para hacer morir en una hoguera á la infeliz. ¡Qué tiempos alcanzamos, Dios mio!

—No quiero replicar á tus delirios, porque acabaria mal nuestra disputa. ¡Ea! vámonos arriba. Con la puesta del sol empieza á dejarse sentir el relente y es muy pernicioso para la salud..... Pero díme, he visto que te bajaban unos platos y una botella..... ¿Con quién estabas aquí?

—Con la pobre apedreada que se ha venido á refugiar en este jardin.

—¿La apedreada?

—La misma. Me ha parecido que la infeliz venia desfallecida y he mandado que le diesen algun alimento.

—Eso es muy digno de tu buen corazon. La accion es muy laudable y la apruebo; pero la manera de ejecutarla me repugna.

—¿Por qué, padre mio?

—Porque se puede socorrer á los pobres sin necesidad de rozarse con ellos. La dignidad de nuestra nobleza se degrada con semejante humillacion.

—Si es un crímen rozarse con los desgraciados, yo me huelgo en haberle cometido. Solo siento, padre mio, que no sea usted de mi opinion, porque me he declarado protector de esa muger.

—¡Calla, miserable!—exclamó el duque como escandalizado

de la revelacion de su hijo.—¡Tú protector de una muger! ¡y de una muger indigente!

—Sí señor.

—Me haces estremecer.

—¿Por qué razon, padre?

—¿No ves tú las funestas consecuencias de esa proteccion?

—Si usted la aprueba, no producirá mas que consuelos y felicidades.

—¡Nunca!... ¡nunca! Yo no puedo aprobar, ni consentir escándalos.

—No se trata de ningun escándalo..... se trata solo de ejercer un acto de beneficencia..... de hospitalidad.....

—Los beneficios que se prodigan á las mugeres pobres, suelen traer deplorables resultados.

—Ahora entiendo los temores de usted.

—Mis temores son hijos de una cruel experiencia.

—La infeliz por quien me intereso no debe infundir á usted semejantes recelos.

—¿Has olvidado, Eduardo, que esa proteccion daria motivos de enojo á Elisa?

—¿De enojo?

—Ella que es naturalmente celosa..... Eduardo, es preciso que renuncies á esa extravagante idea. ¡Declararte protector de una muger en vísperas de casarte! ¿Estás en tu juicio? ¿Sabes lo que ibas á hacer?

—Jamás he resuelto una cosa con mas reflexion.

—Pues has resuelto un imposible—repuso el padre con marcado enojo.

—Siento que usted se enfade; pero si me permite explicar.....

—No hay explicaciones que puedan justificar tu conducta.

—La muger de quien se trata.....

—Será alguna picarona que tratará de seducirte.

—¡Padre!—gritó don Eduardo conmovido—esa muger es la misma virtud.

—¡Tomas su defensa con mucho calor!—repuso sonriéndose sardónicamente el duque.

—Abogar por los desvalidos es un acto de nobleza.

—Sin duda será jóven y linda esa desgraciada; pero ¡infeliz de tí si insistes en tu loco empeño!

—No insistiré si usted lo desaprueba; pero tendré en ello un gran pesar, porque está usted en un error muy grave.

—Tú eres el incauto que te dejas fascinar por los atractivos de una belleza desgraciada... No me hables mas de este asunto si no quieres acrecer mi cólera.

—Tranquilícese usted, señor; esa muger es tan digna de compasion por sus desgracias, como repugnante á la vista por su deformidad.

—¿Y tú la proteges?

—Hasta el extremo de haberle rogado encarecidamente que viniese á vivir con nosotros.

—¡Eduardo!

—Padre mio, esa infeliz es ya vieja y no tiene asilo ninguno. Vaga mendigando por las calles, y su misma deformidad, sus negros harapos le dan una apariencia siniestra, orígen á no dudarlo de los groseros insultos que el vulgo le prodiga. En una de las habitaciones que ocupa con su honrada familia el jardinero, podrá vivir tranquila al abrigo de toda suerte de agravios.

—Esa peticion, Eduardo, es una locura, una extravagancia que me irrita. De ningun modo puedo acceder á tus deseos, y desde ahora te prohibo que me vuelvas á hablar de esa muger.

El duque pronunció las precedentes palabras con la grave autoridad de un padre enojado, y se retiró á paso lento como profundamente agobiado por el peso de tristes meditaciones.

Don Eduardo siguió á su padre haciendo esta triste reflexion:

—¡He provocado su enojo... Así son la mayor parte de los ricos..... les repugna y molesta el oir hablar de los pobres..... les niegan su proteccion y hasta el título de hermanos, porque creen envilecerse con su roce... No es extraño que los pobres á

su vez se quejen de los ricos y les prodiguen *odio por odio.*

De repente se presenta el jardinero jadeante de fatiga y con voz alterada dice por lo bajo:

—¡Señorito! ¡Señorito!

—¿Qué hay?—respondió el duquecito retrocediendo sin que su padre lo viera.

—Una desgracia.





CAPITULO XXII.

LA ACCESION.

Sempre richezze riverir ho visto
Pui che virtù. . . . .
ARIOSTO.

—¿Qué desgracia es esa?—preguntó impaciente don Eduardo.

—Yo no sé si ha sido desgracia ó fortuna para ella—respondió el jardinero.

—¿Quién es ella?

—No se lo he dicho á V. E., señorito?

—No me has dicho nada.

—¡Si soy mas posma!.....

—Tienes razon. Vamos, explícate..... ¿de quién me hablas?

—De la pobre muger que acaba de salir de aquí.

—¿Qué le ha sucedido?—preguntó con sobresalto don Eduardo.

—Cuando salió de la cochera, todavía habia en la calle algunos grupos de haraganes. La infeliz echó á correr hácia la calle de Carretas, y los muchachos detrás dando gritos de «¡muera! ¡muera la bruja!» Temiendo yo alguna catástrofe, salí con intencion de acompañarla para que no la maltratasen. Perdóneme V. E. si lo he hecho sin su permiso. He temido que si me entretenia en pedirlo, hubiera perdido de vista á esa desgraciada á quien queria salvar. Me bastaba haber visto que V. E. se interesaba por ella, para no vacilar un momento; y sentiria mucho haber incurrido en el desagrado de V. E.

—Lejos de merecer mi reprobacion, aplaudo tu conducta; pero no me has dicho aun que desgracia le ha sucedido á esa pobre muger.

—Es verdad. Ha de saber V. E. que apesar de mi actividad no he podido alcanzarla. Verdad es que la turba ha crecido rápidamente y no se componia solo de muchachos, si no que á sus gritos y al ver correr como una loca á una muger cubierta de andrajos, la multitud de curiosos me impedia ganar terreno. Cuando la infeliz ha llegado á la Puerta del Sol era ya aquello un verdadero motin. Muchos gritaban: «es la hija de un herege á quien ahorcaron por francmason!» Aparece de repente fuerza armada, y toda la gente echa á correr. Yo he querido mantenerme firme hasta saber en qué paraba el lance, y he visto á la pobre haciendo violentos ademanes de rabia y desesperacion entre los soldados que la conducian al principal.

—¿Y has notado si la maltrataban?

—Los soldados no trataban de hacerle daño al parecer; pero de todos modos tenian que llevarla á empellones, porque no queria seguirles.

—Habrán querido librarla del furor de los fanáticos.

—Por eso decia yo, señorito, que no sabia si aquello ha sido desgracia ó fortuna para ella.

—De todos modos, es indispensable sacarla de allí. Oye, buen

Andrés..... Siempre te he tenido por un hombre de juicio y sentimientos humanitarios, y tu última accion me hace ver que no me equivoco en la ventajosa opinion que de tí tengo formada.

—Doy á V. E. las mas expresivas gracias por el honroso concepto en que me tiene, y puede V. E. estar firmemente persuadido de que me esmeraré cada dia mas y mas por no decaer de él en lo mas mínimo.

—Siendo así, no quiero retardarte el galardon que mereces.

—Yo no quiero mas recompensa, señorito, que el aprecio de V. E.

—Pues con esta recompensa precisamente voy á premiarte.

—¡Cómo, señorito!

—Quiero darte una prueba evidente de afecto y predileccion haciéndote mi confidente en un asunto reservado; pero en cambio exijo de tí celo y discrecion.

—Ninguna de estas circunstancias puede faltarme cuando cifro mi mayor dicha en complacer á mi señorito.

—Oye pues. Hace largo tiempo que he formado empeño en mejorar la suerte de la pobre muger que segun dices han conducido presa al principal. La edad de la infeliz, y mas que la edad su asqueroso desaliño y repugnantes mutilaciones, me ponen al abrigo de toda sospecha.

—Es cierto, si se tratase de una linda jóven nadie extrañaria que encontrase..... no digo yo un protector, si no ciento; pero cuando la protegida es vieja, fea, manca y desnarizada.....

—¡Andrés!

—Merezco la reprension, señorito..... Conozco muy bien que no se deben sacar á colacion los defectos físicos de los desgraciados; pero voy al decir que eso de no tener narices, ni mano diestra, por mas que una individua pertenezca al bello sexo, debe contar con pocos atractivos, mayormente cuando ya su edad está en el ocaso, y los adornos que la atavian no estan muy conformes con las modas de Paris.

—¡Andrés! ¿Todavía?.....

—Yo no sé como explicarme, señorito; pero quiero decir, que si interesa á V. E. esa muger, no será á buen seguro por que sus hermosas narices le hayan flechado, sino porque le han conmovido sus desgracias.

—Sí, Andrés, la série de sus no interrumpidos infortunios me desgarra el corazon, y no parece sino que porque he resuelto hacerla dichosa, haya una fatalidad que quiera estorbarlo. Por lo mismo que se ofrece tan sencillo proporcionar su tranquilo bienestar á una muger indigente, avezada á toda suerte de privaciones, sin ambicion ni grandes necesidades, parece que el diablo se empeñe en frustrar mis afanes, aglomerando contra aquella desventurada azares y sinsabores, que á cada infortunio la hacen mas interesante á mi corazon. Tú te reirás sin duda, de ver á un jóven abogar con tanto calor por la dicha de un ente despreciable á los ojos de la sociedad; pero no importa que te rias con tal de que me sirvas bien. Ya sé yo que por desgracia es natural en este mundo mirar con desprecio á los pobres.....

—Señorito, yo le serviré á V. E. en cuanto me ordene con el mismo cariño que obedezco á mi madre, y lejos de provocarme á risa lo que está V. E. haciendo en favor de esa desgraciada, me enternece y llena de orgullo al mismo tiempo... porque tengo orgullo en servir á un amo tan bueno y generoso.

—Pues escúchame con atencion. A fin de librar para siempre á esa infeliz de insultos parecidos á los de hoy, he pedido á mi padre su consentimiento para dar hospitalidad á la misma en alguno de los cuartos que hay desocupados en tu habitacion.

—Perfectamente, señorito, y tanto mi anciana madre como yo, tendremos un gran placer en cuidarla y hacerle olvidar todos sus infortunios.

—¡Bien, Andrés, bien! No me he equivocado al depositar en tí mi confianza.

—Precisamente la habitacion inmediata á la capilla está siempre cerrada porque de nada nos sirve. Tiene hermosas vistas, recibe toda la fragancia de las flores del jardin y unos aires purí-

simos. Esa pobre muger que no puede aspirar á los goces sociales, disfrutará á lo menos de los halagos de la naturaleza.

—Un terrible obstáculo se opone á la realizacion de mi proyecto..... Un obstáculo, que confio vencer con el tiempo; pero es el caso, que convendria que hoy mismo ocupara esa desgraciada su nueva habitacion, porque cada momento está mas expuesta á insultos y persecuciones.

—¿Y qué inconveniente hay en que ocupe la pieza contigua á la capilla?

—Uno muy grande.

—Ya caigo, el estar la pobre muger arrestada en el principal, y Dios sabe si la habrán llevado á la cárcel de Villa.

—Por ese lado nada temo. Me lisonjeo de que la habrán arrestado únicamente con la intencion de quitar á los fanáticos todo pretexto de alboroto, y en cuanto tú te presentes al principal con una esquela mia para el comandante de la guardia, saliendo fiador, estoy cierto que la dejarán en libertad.

—¿Pues de qué obstáculo habla V. E.?

—De que mi padre se opone resueltamente á darme gusto.

—¡Es posible! Siendo tan bueno..... tan caritativo.....

—Por eso confio atraerle á la razon; pero entre tanto no quiere que de ningun modo se le dé hospitalidad en casa á esa pobre muger; y por otro lado es preciso ir á buscarla ahora mismo.

—¿Qué se pudiera hacer?

—Yo estoy resuelto á desobedecer á mi padre. Se trata nada menos que de salvar á una infeliz. Acaso mas tarde aprobará mi conducta. Entretanto la conducimos con todo sigilo á la habitacion consabida por la puertecilla falsa á fin de que no tenga que pasar por la cochera ni por este jardin.

—Precisamente la puertecilla que menciona V. E. hace tiempo que no se ha abierto porque dá á esa pieza que de nada nos ha servido hasta ahora.

—Tanto mejor, lo que hay que hacer, es limpiar ahora el

local y habilitarlo como se pueda para esta noche, y mañana lo harás arreglar decentemente. No hay que perder tiempo. Yo me voy ahora al principal. Son las seis y empieza á anochecer. Cuando esté mas entrada la noche, la conduzco yo mismo por la puertecilla de la calle de Atocha.

—¿V. E. mismo?

—Sí, mejor será que vaya yo. Primero habia pensado que fueses tú por ella con una carta mia; pero ¿para qué fiar ciertas cosas al papel? Además, pudiera muy bien el comandante de la guardia oponer alguna dificultad, y estando yo presente me será fácil vencer todos los obstáculos. Tú ya tienes que hacer con el arreglo del cuarto, con que manos á la obra y mucha reserva sobre todo.

—Pierda V. E. cuidado que todo se hará como desea, y estoy cierto que S. E. el señor duque no sabrá nada hasta que V. E. determine decírselo, porque nunca visita las habitaciones que estan bajo el dominio de este pobre jardinero. Si no fuera porque tengo repetidas pruebas de su bondad, diria que no está contento de mí. Jamás me saluda.

—Es su genio; pero me consta que te quiere.

—A lo menos veo que hace cosas que así lo indican; pero lo que es visitar mi humilde morada..... hablarme una sola vez... mirarme con sonrisa..... ¡oh! eso nunca. Y á nosotros los pobres, nos halaga tanto que los ricos nos traten con amabilidad..... así como V. E. que no parece que sea un amo, sino un amigo..... un padre..... Esto, créalo V. E., señorito, acrece el amor y respeto de los criados. Yo de mí sé decir, que mil vidas que tuviese las sacrificaria por V. E., señorito.....

—Déjate ahora de impertinentes reflexiones, y anda listo en el desempeño de lo que te acabo de encargar, pues antes de media hora viene conmigo la consabida inquilina.

—Con permiso de V. E.—repuso el jardinero inclinándose respetuosamente, y se marchó.

Don Eduardo subió á su aposento, tomó la capa y el sombrero

y se dirigió precipitadamente al principal. No quiso ir en coche para evitar que los lacayos fuesen testigos de su proyectada escena.

Presentose en el cuerpo de guardia, y entablando conversacion con el comandante de la misma, supo que no se habia equivocado en el concepto que formó cuando le dijo el jardinero que la *Bruja* habia sido conducida entre bayonetas al principal. Lo fué en efecto para ponerla á cubierto de las amenazas del populacho realista, de consiguiente no tuvo el gefe de la guardia el menor inconveniente en conceder la libertad á la pobre arrestada, que con las promesas que bondadosamente le habia hecho el mismo oficial, de que en breve se la dejaria libre, porque solo se habia tratado de salvarla, habíase tranquilizado y aun se mostraba reconocida á su libertador.

Grande fué su sorpresa al ver á don Eduardo.

—¿Usted aquí, señorito?—preguntole con asombro.

—Vengo á sacarla á usted otra vez de su prision; pero será la última que me entrometa en prestarle mi apoyo, si por su parte no accede usted á mis razonables exigencias.

—¿Pues qué exige usted de mí, don Eduardo?—repuso la *Bruja* en extremo conmovida.

—Que admita usted desde hoy el hospedage que la he ofrecido.

—Me es imposible, don Eduardo, me es absolutamente imposible.

—¿Por qué razon?

—Porque yo no puedo vivir en un palacio. En los palacios reina una atmósfera pestilente que ahoga á los pobres.

—No vivirá usted en el palacio.

—¿Pues dónde?

—En la humilde morada de un pobre jardinero.

—Es el jardinero de un duque, y este duque invadirá siempre que se le antoje la habitacion de su jardinero.

—No ha entrado nunca en ella.

—Pero puede entrar.

—No entrará.

—¿Quién lo afirma?

—Yo.

—Pero si sabe que en ella se ha dado hospitalidad á una pobre....

—Tampoco lo sabrá.

—Pero el jardinero.....

—Es hombre de bien, de toda mi confianza, y tiene mis instrucciones que seguirá escrupulosamente.

—¿Y los lacayos que me vean entrar y salir?.....

—Entrará y saldrá usted por otra puerta que da á la calle de Atocha.

—Pero seria indispensable que yo saliese al jardin, porque usted me ha prometido que allí le veria todos los dias... Yo tengo precision de ver todos los dias á mi buen protector..... A la única persona á quien amo en este mundo hasta la idolatría..... Digo mal, porque amo tambien, como si fuera hija mia, á una tierna jóven que se esfuerza como usted en mitigar mis infortunios.

—Celebro mucho no ser solo en la grata empresa de consolar á usted; pero aquí perdemos el tiempo y es urgente que me siga.

—Pero no ha contestado usted á mi última objecion.

—¿A cuál?

—A la de que es preciso vernos en el jardin del duque, y no quiero yo exponerme á que nos sorprenda otra vez.

—Es verdad..... no conviene por ahora que la vean á usted en el jardin. Su permanencia de usted en casa del jardinero debe ser reservada; pero yo dedicaré todos los dias algunos momentos para verla á usted en su propia habitacion.

—¡Cuánta bondad!

Y la *Bruja* besaba con pasion la mano de su jóven bienhechor regándola con lágrimas de gratitud.

—Vamos, vamos—exclamaba don Eduardo esforzándose en

vano por ocultar su emocion — ahora no es tiempo de llorar, sino de tomar una pronta resolucion.

— Yo quisiera complacer á usted; pero.....

— ¿ Qué ?

— Me es imposible.

— ¿ Por qué razon ?

— Por muchas, y todas ellas las sabe usted.

— Son razones que no me convencen, ó mejor dicho, no son razones, sino caprichos de una terquedad ridícula.

— No se enfade usted.

— Yo no me enfado; pero usted no deja de hacer todo lo posible para disgustarme. No parece sino que se huelga usted en contrariar mis deseos.

— Si usted supiera cuánto siento parecer ingrata á los ojos de usted, no me atormentaria con tan severas reprensiones. Yo daria mi vida primero que causar á usted el mas leve disgusto.

— Mal se conoce.

— No me diga usted eso, por Dios, don Eduardo. Semejantes palabras desgarran mi corazon. ¿ Es usted capaz de figurarse que no agradezco las bondades que me prodiga?

— ¡ Qué se yo !

— ¡ Oh ! no las olvidaré nunca... Bien puede usted estar persuadido que las llevo esculpidas en mi alma.

— No concibo semejantes contradicciones.

— ¡ Contradicciones !

— Ya se vé que sí; dice usted que tiene grabados en su corazon mis beneficios, y veo que los rehusa usted.

— Rehuso los que no puedo admitir.

— Y una cosa que se desprecia no se agradece.

— ¿ Y quién ha dicho que desprecio yo los beneficios que usted me dispensa?

— Usted misma.

— Estoy tan lejos de despreciarles, que mil veces me han hecho ellos derramar lágrimas de gozo y de gratitud; pero me

veo en la dura precision de tener que rehusar algunos.

—Los que mas halagarian mi voluntad.

—¿Qué le hemos de hacer? Es desgracia mia, don Eduardo.

—No, no, es terquedad de usted.

—Yo no puedo admitir dádivas deshonrosas.

—Las dádivas de la amistad no deshonran á nadie.

—Yo no debo vivir en un palacio.

—Se le ofrece á usted una habitacion humilde.

—Pero en el jardin del palacio de un duque.

—Es del todo independiente del jardin, si bien es verdad que se comunica con él; pero la entrada principal de la habitacion de que se trata, está en la calle de Atocha. Usted no quiere hacerse cargo de mis réplicas, porque no desea usted complacerme. Renuncia usted á la idea de verme todos los dias.

—¡Oh no!..... Eso no..... me moriria de dolor si no viera á usted todos los dias. ¿Le veré á usted en esa casa?

—Con mucha frecuencia.

—¿Y estará usted contento?

—Sí, lo estaré si usted se allana á mis deseos.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Y me juzgaba yo infeliz!

—¿Por qué ha de serlo usted?

—Una miserable..... que ha sido siempre el escarnio del vulgo.....

—Por lo mismo es preciso que cese ya semejante degradacion.

—Usted no quiere que maltraten á esta pobre indigente ¿no es verdad?

—Lo que yo quiero es, que no se exponga usted á ser escarnecida y apedreada como hoy mismo. Lo que quiero es que no mendigue usted su alimento á nadie.....

—¿Y cómo pagaré yo á usted tantas bondades?

—Resolviéndose á no separarse de mis instrucciones.

—Es verdad, es verdad..... Usted será mi guia..... Yo debo allanarme á cuanto usted disponga..... porque desea usted que

yo sea feliz..... y toda mi felicidad estriba en verle á usted contento.

—Siendo así, estará usted resuelta á seguirme, ¿no es cierto?

—Sí, hijo mio, sí, seria ofender al Todopoderoso, no seguir los pasos del ángel que me envia, porque usted es mi ángel custodio, hijo mio..... Por usted, y por esa candorosa niña, á quien debo tambien mil beneficios, todavía me es grata la existencia. ¡Qué contenta se pondrá cuando sepa lo bien que voy á estar en lo sucesivo! Ella tambien deseaba tenerme en su compañía, y mil veces me habia reprendido el que pordiosease mi subsistencia por las calles ó la ganase dando pábulo á las preocupaciones del vulgo, convirtiéndome en su vil juguete y siendo la mofa y el ludibrio de la hez de los holgazanes. Entonces mis padres vivian, y me era imposible abandonarles. Ahora estoy en otra posicion, y gracias á Dios puedo allanarme á los deseos de las dos únicas criaturas que me interesan en este mundo. Usted, don Eduardo, usted, y esa jóven angelical, son mis ángeles de salvacion. Cuando he abandonado el jardin del duque, iba á refugiarme en la casa donde vive esa candorosa criatura, porque hoy no la he visto aun, y tampoco puedo pasar un dia sin verla..... Usted que es tan bueno, señorito, me permitirá ir ahora á verla... No está lejos de aquí... Vive en casa de un honrado pintor, en la Carrera de San Gerónimo, junto al café de Lorenzini.

—¡Qué casualidad! precisamente quiero yo ver á ese pintor. Me habia propuesto ir un dia de estos..... para tratar de cierto retrato... Iremos los dos ahora. Usted verá á esa niña, mientras hablo yo con el pintor.

La *Bruja* y el duquecito se encaminaron hácia la casa del honrado artista.

¡Pobre Enriqueta! ¡Enamorada niña! ¡Qué agena está de imaginar siquiera que la misma *Bruja*, que atemorizó su inocente corazon con vaticinios de sangre, conduce el ídolo de su amor á su morada! ¡Y qué ageno á su vez está el generoso jóven de sospechar que camina hácia un abismo!

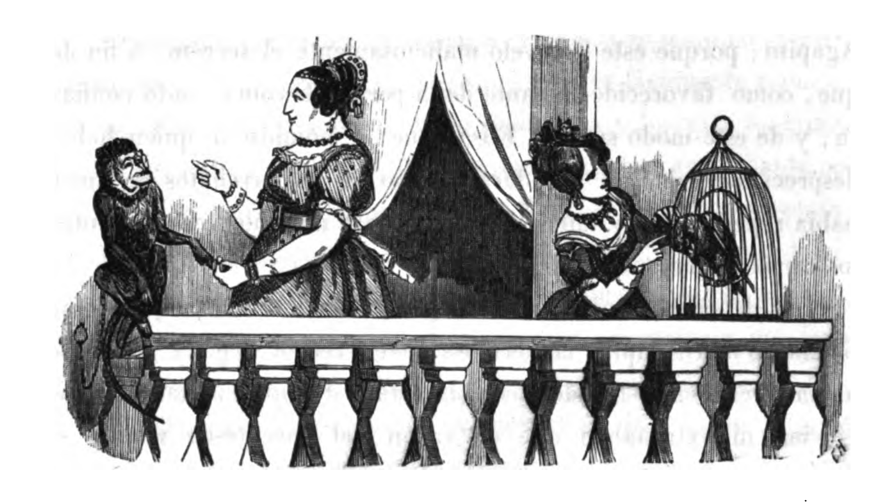
¡Incautas criaturas! Ya se acerca la fatal entrevista que inaugurar debe para sus enamorados corazones una série no interrumpida de dolorosos infortunios.

Ella hija de un pobre artista, él hijo único del orgulloso duque de la Azucena y prometido esposo de una jóven marquesa, ¿podrán amarse sin exponerse á desastrosas consecuencias?

La una pobre, el otro rico, y la sociedad avasallada por funestas preocupaciones, esa sociedad corrompida *que tiene en mas estima y veneracion las riquezas que las virtudes!* ¡Desdichados!

Una hora despues de entrada la noche, la *Bruja* y don Eduardo llamaban á la puerta de la casa que habitaba el honrado pintor.





CAPITULO XXIII.

ARISTOCRACIA IMPROVISADA.

> Que tonos á sus galanes
> Cante Juanilla estafando,
> Porque ya piden cantando
> Las niñas como alemanes;
> Que en tono, haciendo ademanes
> Pidan sin ton y sin son,
> Chiton.
> QUEVEDO.

Tres dias habian bastado para dar á las amorosas relaciones del poeta y la hija del torero toda la publicidad que exigian los descabellados proyectos de venganza, que en su frenética presuncion y resentido orgullo habia concebido don Agapito, para castigar los desdenes de la ingrata Elisa, que despues de haberse mostrado sensible y tierna á los obsequios del amartelado vate, habia trocado en cruel desvío la fidelidad jurada en mas bellos dias.

Solo don Eduardo sabia que Juanilla no era prima de don

Agapito, porque este le reveló maliciosamente el secreto, á fin de que, como favorecido amante de la pérfida heroina, se lo confiara, y de este modo supiera Elisa, que el hombre á quien habia despreciado, lejos de suicidarse, como en sus arrebatos de amor habia repetido una y mil veces, solazábase muy alegremente entre los cariñosos brazos de otra beldad.

Los demás no tenian motivos para dejar de creer que fuese prima de don Agapito la hermosa jóven recien llegada (segun se habia hecho creer á todos) con su mamá de una capital de provincia; ni extrañaban que en razon del parentesco viviese el dichoso poeta en compañía de la hechicera jóven.

La que representaba el papel de mamá, muger de unos cincuenta años de edad, era precisamente la madre del contrabandista consabido, á quien Juanilla habia jurado fidelidad eterna. La traviesa jóven quiso entrometerla en la farsa, para cuando llegase el caso de justificarse con su novio. Seria fácil probar que á instancias de la señora Antonia (que así se llamaba la madre de Manolo) y del *tio Palique*, se habia decidido á admitir los regalos de don Agapito sin corresponder á su amor mas que con lisonjeras esperanzas, todo á fin de explotar la candidez del generoso amante en favor del único hombre á quien de veras amaba Juanilla, que era su inolvidable Manolo.

La señora Antonia por su parte nada podia dejar que apetecer. Era á propósito para desempeñar á las mil maravillas el papel que se le habia confiado. Obesa como corresponde á una mamá de la alta aristocrácia, color sano, ojos negros y bulliciosos, y una marcada sonrisa que abultaba de contínuo sus rollizos mofletes. Era presumida, melindrosa, y no carecia de civilizacion, pues desde que enviudó, habia sido largos años ama de gobierno de dos célebres artistas que representaban los papeles de dama y galan en los principales teatros de las provincias. La señora Antonia habia aprendido á arreglar el tocado de su ama, y aun á vestirla con la inmensidad de trages que la escena requiere, de modo que no le faltaba gusto y elegancia para embellecerse despues de

tan prolongado aprendizage. Ademas, el contínuo trato con personas distinguidas, la ponia en el caso de poder fácilmente remedar los modales de las señoras de buen tono. Ella y Juanilla lo creian así á lo menos, y esto era suficiente para arrostrar su brillante posicion social. ¡Cuántas señoras hay en Madrid de semejante estofa!

Verdad es que nuestras improvisadas aristócratas eran el blanco de la sarcástica ironía con que suele censurarse en los círculos del gran mundo todo lo que revela escasa experiencia del buen tono.

El bello sexo en esta parte es inexorable de todo punto. ¡Ay del que delinque en lo mas mínimo contra los sagrados preceptos de la elegancia! Mil lengüecillas mas agudas que el afilado visturí del colegial de cirujía, huélganse en hacer sangrienta anatomía de la víctima infeliz. Así es, que para vengarse del entusiasmo con que los jóvenes pagaban tributo de admiracion á la hermosura de Juanilla, las envidiosas bellezas de la córte zaherian los inexpertos modales de la supuesta primita del poeta, atribuyendo á provincialismo las frecuentes chocarrerías en que solian incurrir tanto ella como la que pasaba por su mamá.

Cuanto mas se esmeraban las aristócratas novicias en semejar palaciegas, tanto mas descubrian la hilaza de su humilde condicion.

Para ellas no habia diferencia en las horas del dia. Las distinciones de los trages de *negligé*, de paseo, de tertulia ó de baile les eran de todo punto desconocidas, y creian que para parecer señoras, era preciso mostrarse á todas horas engalanadas de prendas de mucho valor.

Así es, que apenas apuntaba el dia se las veia ya en los balcones de su palacio dando bizcochos á su loro ó nueces al mandril, animalitos que segun ellas, debian formar parte de toda familia distinguida; pero hacian estas cotidianas operaciones por la madrugada, vestidas ya como si les aguardara la carretela para ir á un baile.

Tenian sobre todo grande aficion á ostentar riquísimos adere-

zos y llevar inundados de sortijas los dedos de las manos, con las cuales gesticulaban de una manera á propósito para lucir estas joyas, que ellas mismas contemplaban á menudo con placer, como queriendo examinar el asombro que habian de producir en los demás.

Decidan nuestros lectores si esta conducta daria márgen á las coquetas de la aristocrácia madrileña para aguzar su ingenio en la acrimonia de la sátira.

Sin embargo, Juanilla y la señora Antonia, desde que se habian instalado en su palacio de la calle Mayor, estaban muy satisfechas de que desempeñaban con toda perfeccion su papel. No dejaban de tener razon en parte, pues si no hacian las cosas á gusto de las envidiosas que las criticaban, los resultados correspondian enteramente á sus deseos.

El incauto jóven que por tan raros medios habia querido vengar la ingratitud de su fementida Elisa, hallábase ya apurado para apagar la insaciable sed de regalos de aquellas dos hidrópicas arpías.

Todo el caudal que habia sabido reunir con los préstamos de sus amigos, aquel inmenso erario que el imprudente cisne creia inagotable, habia desaparecido en los pocos dias que llevaba de suprema felicidad en compañía de la supuesta primita y su empalagosa mamá.

Decimos empalagosa, porque lo era en grado superlativo para el alumno de Apolo, pues además de doblar el gasto con sus incesantes socaliñas, era un perenne estorbo que solia colocarse entre los dos supuestos primitos, pues no abandonaba un momento á Juanilla.

Don Agapito que en realidad habia llegado á enamorarse de la singular belleza de Juanilla, creia que eran ya suficientes las pruebas de amor que le prodigaba, para atreverse á exigir de la encantadora niña el galardon á que aspiran los amantes; pero ¿cómo tratar de tan importante cuestion, si la maldita vieja parecia la sombra de la hermosa jóven?

Viendo que no la perdia de ojo un solo instante, acabósele al poeta el sufrimiento, é impelido por los deseos que tenia de conferenciar á solas con la seductora *primita,* una mañana que estaban los tres en familiar conversacion, despues de haber tomado el té, cuando ningun criado les importunaba con su presencia, dirigiéndose á la señora Antonia, dijo el poeta:

—Muy satisfecho estoy, señora mia, del talento, circunspeccion y dignidad con que representa usted el papel de mamá de Juanilla; pero no hay necesidad de que se lleven las cosas hasta un extremo vicioso.

—No entiendo lo que usted quiere decirme—contestó la señora Antonia.

—Quiero decir—repuso el poeta—que está muy bien que en público sea usted un Argos, un Can Cerbero, como suelen serlo todas las mamás siempre que se trata de vigilar el honor de una hija; pero cuando nos hallamos en casa, bien podria usted dejarla alguna vez á solas con un hombre, que á buen seguro debe ya inspirar á Juanilla una entera confianza.

—Me parece que entiendo la indirecta—replicó sonriéndose la señora Antonia, y cruzando una mirada de recíproca inteligencia con Juanilla, añadió:—precisamente no me falta que hacer para los preparativos del baile de esta noche. Voy á dar algunas órdenes á los criados, con arreglo á las instrucciones de usted, señor don Agapito.

—Perfectamente—exclamó el poeta con alegría; y despues que se hubo ausentado la señora Antonia, mirando afectuosamente á Juanilla, añadió con toda la expresion del amor—Gracias á Dios, hermosa mia, que puedo sin testigos disfrutar de los encantos de tu hermosura.

—¿Pues qué estorbo hace esa buena muger?—preguntó Juanilla haciéndose la candorosa.

—¡Pues si la maldecida no se aparta de tí un momento!...

—Porque representa bien el papel de madre, amigo mio, y de esto debieras tú darte por muy satisfecho.

—Calla por Dios. Esa tia ha hecho con su presencia tantos estragos en mi corazon, como en mi bolsillo con sus contínuas exigencias.

—¡Estragos en tu bolsillo!

—¡Oh! sí, mas estragos que las Gorganas en las remotas legiones del Occidente, capitaneadas por la feroz y terrible Medusa.

—¿No me has dicho mil veces que son inagotables tus riquezas?

—¿Pero por qué no han de ser exclusivamente para tí, paloma de mi alma? Perdona Juanilla; pero yo siempre he creido que esa muger está aquí demás. No parece sino que seas tú una ovejita de los rebaños del gigante Crisaor, y ella Eurition, el perro de dos cabezas que los guardaba. Ya es hora, prenda mia, de que vivamos el uno para el otro, sin mas compañía que nuestro amor.

—¿Estás en tu juicio? ¡Vivir los dos solos!.....

—Solos no, porque ya ves que en el suntuoso palacio que habitas, estás á todas horas rodeada de doncellas y lacayos..... pero esa mamá postiza me empalaga. Solo por darte gusto la admití en tu compañía, pero.....

—Es que sin ella jamás hubiera consentido en habitar esta casa. Ya que tú, con toda tu sabiduría, te muestras indiferente á mi reputacion..... y á la tuya tambien; yo que soy una pobre niña sin experiencia ni talento, me veo en la precision de tener que darte lecciones de cordura. Esto deberia avergonzarte, amigo mio.

Esta reprension fué generosamente dulcificada por una sonrisa de ángel.

—¿Dices que deberia avergonzarme?—replicó el poeta.

—Ya se vé que sí.

—¿Por qué?

—Porque tú debieras haber sido el primero en conocer que sin la postiza mamá, como tú dices, toda la elegante sociedad

que ahora frecuenta nuestros salones, te hubiera mirado con desprecio.

—¿Cómo así?

—Como que lo que parece ahora un suceso muy natural, hubiera sido un escándalo, si nos hubieran visto ocupar solos la misma habitacion.

—Cada vez admiro en tí mayores motivos de adoracion. A los hechizos de tu belleza reunes toda la inteligencia de una Sibila. Hermosa Juanilla..... ¡si vieras lo que te adoro!.....

—Empiezo ya á creerlo—dijo la astuta jóven con graciosa coqueteria.

—¿Lo crees ya... y no me das ni una leve esperanza de consuelo? ¿Quieres alguna nueva prueba de mi amor?

—La verdad.....—respondió Juanilla fijando la vista en el suelo como ruborizada.

—Explícate... Ya sabes, hermosa, que no tengo mas voluntad que la tuya, ni mayor placer que llenar todos tus deseos. Habla.

Juanilla levantó el rostro sin hablar palabra, y despues de dirigir una dulce mirada á su protector, volvió á inclinarle sobre su pecho, alargando maquinalmente la diestra, que el poeta estrechó entre sus manos y besó con amorosa frenesía.

—¡Qué feliz soy en este momento!—exclamó don Agapitó.—Pero díme, ídolo mio, ¿qué nueva prueba exiges de mi amor?

—No me atrevo á decirlo.

—Esa reserva me ofende.

—Es que.....

—Vamos, acaba.

—Ya sabes que esta noche tenemos baile.

—Que tú presidirás mas hermosa que Juno en el Olimpo.

—Hermosa..... será así..... pero.....

—¿Pero qué?

—Todas se presentarán con tanto lujo.....

—¿Y qué te falta á tí?

—Nada; pero todo lo que tengo lo han visto ya..... y verifi-

cándose el baile en nuestra casa... la verdad..... siento no estrenar alguna joya que llamase la atencion tanto por su novedad como por su valor.

Calcule el lector si llegaria á tiempo el capricho de la niña, cuando el desdichado poeta se hallaba ya casi exhausto de recursos pecuniarios, y abundantemente provisto de no insignificantes deudas; pero en medio de sus apuros tenia toda la serenidad que se requiere para ser un verdadero aristócrata.

Ya engolfado en su temeraria empresa, no era cosa de retroceder por una deuda mas ó menos. Debia el alquiler del palacio, de sus muebles, y de sus trenes, debia crecidas cuentas á las modistas, debia al sastre, debia al fondista, debia hasta el salario de los numerosos lacayos y doncellas que cruzaban las salas de sus dominios..... ¿qué importaba deber una cuenta mas al joyero? Acordose del célebre dicho *audaces fortuna juvat,* y echando el pecho al agua, resolvió comprar un rico aderezo para su amada por medio de un pagaré á corto plazo segun tenia de costumbre, y abrir sala de juego en el baile preparado para aquella noche, donde se proponia aventurar los escasos restos de su caudal, con grande creencia de que la fortuna le iba á sacar de todos sus compromisos.

Y no se tenga por inverosímil la confianza de los acreedores, porque en Madrid bastan la ostentacion y el boato para alucinar á la codicia de los mercaderes. Así es que las deudas contraidas por don Agapito eran inmensas.

Antes de acceder al capricho de Juanilla, quiso don Agapito pedir á su vez el ansiado galardon á que su generosidad le hacia digno, y dirigió la palabra á su amiga en estos términos:

—Tu deseo es muy justo, querida mia, y estoy dispuesto á satisfacerle ahora mismo; pero ¿querrás tú ser tan ingrata como la bella Bolina, que se arrojó al mar para huir de las caricias de Apolo?

—¿Por qué dices eso?

—Porque yo me afano en satisfacer todos tus deseos, y tú no

te decides nunca á corresponder á uno solo que me abrasa el corazon.

—¡Pobrecillo! es cierto—exclamó con zalamería la jóven fascinadora—estoy abusando de tu amor. No quiero retardar tu dicha y la mia.

—¿De veras?.....—interrumpió el poeta con arrobamiento.

—Sí, bien mio..... pero no..... todavía no.—Y sonriéndose con voluptuosa expresion, añadió:—Cuando hayas satisfecho tú mi deseo, yo tambien satisfaré el tuyo.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

—¿Formalmente?

—Con toda formalidad.

—¿Premiarás mi amor?

—Seré tuya.

—¿Cuándo?

—Lo he dicho antes.

—¿Cuando haya satisfecho tu deseo?

—Sí, entonces satisfaré el tuyo.

—Pues esta noche lucirás tu nuevo aderezo.

—Pues esta noche recibirás el premio de tu amor.

—¡Esta noche!—exclamó loco de gozo el poeta.

—Si, querido mio, despues del baile.....

—Entonces será mañana..... No importa... Al amanecer..... cuando la aurora aparece aun soñolienta sobre su lecho de claveles..... cuando las tórtolas empiezan á acariciarse..... Nosotros tambien..... Por Dios, Juanilla, por Dios no seas como Casandra que burló la credulidad del enamorado Apolo. Díme que hablas formalmente y me voy ahora mismo en busca del mejor aderezo que haya en Madrid.

—Mis lábios dicen siempre la verdad.

—Pues ¡á Dios, ídolo mio!.....—dijo el poeta besando la mano de Juanilla.—Voy á vestirme y á comprar la joya que apeteces. ¡A Dios!

El poeta desapareció precipitadamente por un lado, y por el opuesto salió de entre unos cortinages que cubrian las vidrieras divisorias de la sala en que estaba Juanilla y otras piezas interiores, la señora Antonia, diciendo con alegría:

—Todo lo he oido. ¿Con que un nuevo aderezo?

—Así parece.

—Con todo, no me ha gustado el trato.

—¿Por qué razon?

—Porque, en cambio, le has hecho tú cierta promesa que me dá mala espina.

—Pierda usted cuidado, señora Antonia, que toda la sandunga de este cuerpecillo está asegurada de incendios, y por nadie se ha de abrasar..... mas que por el aquel de mi Manolo.

—¿Y cómo te vas á componer para....?

—Eso corre de mi cuenta. Que venga el aderezo; que no ha de faltar despues algun pretexto para vencer el compromiso.

—Eres el mismo diablo.

—Soy una muger de bien que hago tres buenas acciones de un solo golpe, á saber: proporciono, al que ha de ser mi marido cuando se le desenjaule, riquezas para poder vivir tranquilo sin necesidad de volver á las andadas, castigo á uno de esos ricachos que por que tienen dinero se creen con facultades para seducir y deshonrar á las doncellas de humilde condicion, y vengo á las muchas mugeres que han sido víctimas de los hombres.

En este momento se presentó el *tio Palique* con su levita de rico sedan y sombrero de copa alta, sobre un gorro negro de cura que tapaba su coletilla. De cachetero cesante habia ascendido á señor de alto coturno, merced á los proyectos del trastornado juicio del poeta.

El *tio Palique* era por los criados respetado como un individuo de la familia; pero no sabian el grado de parentesco que le unia á los demás, aunque presumian que era hermano de la señora mayor. Habia recobrado su nombre de pila precedido de un aristocrático don que no dejaba de halagar su vanidad.

Con todo, nuestro buen don Angel sentíase mortificado hasta lo sumo en presencia de testigos, porque se le habia impuesto la condicion de hablar lo menos que le fuera posible, á fin de no descubrir el orígen de su verdadera gerarquía delante de los criados, y mucho menos en los círculos de sociedad.

Adaptó en consecuencia el medio mas prudente para no dar ninguna pifia, y fué pasar el dia fuera de casa, exceptuando las horas de comer y dormir. Apesar de esto, costábale gran trabajo contenerse cuando los criados formaban algun corrillo ó jaraneaban entre sí; pues entonces le atacaba la comezon de ir á contarles sus proezas tauromáquicas y el desastroso fin de su camarada Pepe Hillo.

La presencia del *tio Palique* en la sala donde se hallaban la señora Antonia y Juanilla á las once de la mañana, era seguramente asaz misteriosa. Así es que su hija exclamó al verle:

—¿Hay algo de nuevo?

—Tú lo dirás—respondió el recien llegado entregando una carta á Juanilla.

—¿Qué carta es esta?—preguntó la hija apoderándose de ella.

—Léela y todos lo sabremos—dijo la señora Antonia—pues tambien estoy yo en ascuas.

—Eso es, léela y salimos de curiosiá—añadió el *tio Palique*.

—¿Pero cómo ha llegado á sus manos de usted?—preguntó Juanilla.

—Yo te diré, como no sabe uno como yegar á las horas de comer y de tumbarse sin naita que haser, me paso las horas muertas paseándome por los soportales del patio de la casa de correos. Ya sabes tú que yo he sío siempre muy afisionao á la letura..... Si mis padres me hubieran dao otra educasion, te aseguro que hubiera sío uno de los mejores abogaos de España. Yo soy hombre de esperensia, y...

—Todo eso no es del caso—interrumpió Juanilla impaciente.—Antes de abrir esta carta, quiero saber quien se la ha entregado á usted.

—Naide, hija mia.

—¿Pues cómo ha llegado á sus manos?

—No seas súbita, Juaniya. Eso es lo que voy á desirte. Como disen que la letura es lo que mas instruye á los hombres, me entretengo toos los dias en leer las listas de la casa de correos. Hoy me he quedao como el que vé visiones al verme á mí en eyas. He sacao la carta que me correspondia; pero al querer enterarme de su contenío, me he quedao en ayunas, porque para mí no habia mas que el sobre, y dentro estaba la carta que tienes en tu mano.

—¿Con que ha venido por el correo?—preguntó Juanilla.

—Eso es.

Juanilla rompió el sobre, y leia el escrito con avidez, cuando repentinamente lanza un grito indefinible. A este grito sucede un prolongado y convulsivo estremecimiento.





CAPITULO XXIV.

EL PRESIDIARIO.

O ouro e a prata por toda
a parte brilhaó.
M.***

Los placeres y dulzores
De esta vida trabajada
Que tenemos,
¿Qué son sino corredores,
Y la muerte es la celada
En que caemos?
MANRIQUE.

¡Es de Manolo!..... ¡Es de Manolo!—gritaba Juanilla besando la carta y saltando como una loca de pura alegría.

—¡De Manolo!—exclamaron á un tiempo la señora Antonia y el *tio Palique*.

—¿Y qué dice mi hijo?—añadió la señora Antonia.

—Escuchen ustedes.

—Aguarda un poco—repuso el *tio Palique* á su hija que iba á empezar la lectura de la carta.

El prudente viejo fué á cerrar todas las puertas de paso, y volviendo al lado de Juanilla, le dijo:

—Vamos á ver lo que dise Monoliyo.

La carta del contrabandista, que leyó Juanilla con notable emocion, empezaba de este modo:

«Juanilla de mi corazon: me alegraré que estos cuatro renglones te hallen en perfecta y cabal salud, como para mí deseo, en compañía de tu padre y de todas aquellas personas de tu mayor estimacion y aprecio.»

—¡Qué bien pone la pluma el hijo de mis entrañas!—Interrumpió llena de gozo la señora Antonia.

Juanilla continuó leyendo:

«Sabrás como tengo una gran noticia que manifestarte, y no dudo que te será muy satisfactoria, si, como no dudo eres siempre la misma en la fidelidad y constancia de tu amor, pues no dudo que no habrás olvidado tus juramentos, ni la palabra de esposa que me manifestaste delante de tu padre.»

—Too eso es el puro evangelio—exclamó el *tio Palique*.

Juanilla prosiguió la lectura en estos términos:

«Sabrás que la gran noticia que tengo que manifestarte, es que tan pronto como supimos en esta que Fernando séptimo habia vuelto á Madrid, nos aconsejó un abogado de mucha ciencia y experiencia que le dirigiésemos cuatro toscos renglones, lo cual le hicimos en forma de representacion que escribió el mismo abogado, hombre que maneja la pluma mejor que el memorialista mas pintado, y que se pinta solo para estos lances.»

«Sabrás como en la representacion le manifestábamos á Fernando séptimo que nos alegrábamos mucho de que hubiese vuelto á Madrid y que Dios le guardase su importante vida muchos años para hacer la felicidad de todos sus fieles vasallos, y que como padre que era de sus hijos, nosotros le manifestábamos que en celebridad de su triunfo tuviese la honra de indultarnos.»

«Sabrás como á vuelta de correo ha venido nuestro pérdon, y todos los que pusimos la firma estamos ya libres.»

—¿Será cierto?—balbuceó sollozando de placer la señora Antonia.

—Dejá que acabe la letura—replicó el *tio Palique*.

Juanilla se enjugó una lágrima y continuó:

«Harás inmediatamente una visita á mi madre, y le manifestarás que tome esta por propia, y que en breve tendré el gusto de darle un fuerte abrazo.»

—¡Hijo de mi vida!—interrumpió la señora Antonia llorando.

Juanilla concluyó su lectura de este modo:

«No sé cómo ni cuando saldré de acá; pero no me escribas, porque no es regular que tu respuesta me hallase en esta. Espero darte pronto un fuerte abrazo.»

«Darás un fuerte abrazo á mi madre y otro á tu padre, y manda lo que gustes á tu rendido amante que solo desea el momento de darte su blanca mano, y manifestarte que es y será hasta la muerte tu fiel=Manuel Redondo.»

—Ya ven ustedes—dijo Juanilla rebosando de júbilo—que Manolo puede llegar de un dia á otro, y no es razon que me encuentre en esta casa.

—¿Por qué no?—preguntó el *tio Palique*.

—Porque pudiera sospechar algo malo de mí.

—Déjate de aprensiones.

—No son aprensiones, padre.

—¿No está á tu lao la señora Antonia?

—Sin embargo.....

—¿No estoy yo tambien contigo?

—Todo eso es verdad..... pero.....

—Manoliyo sabe que soy hombre de esperensia y de mucho aquel para que fuese á premitir yo que degüeyen nuestra honra de un goyetaso. Naa de eso.

—Pues digo á ustedes que no estoy contenta.

—¿Pero por qué?

—Porque me gustaria mas que me hallase en mi casita de la calle de la Gorguera.

—¡Graciosa ocurrencia!—exclamó en ademan de desaprobacion la señora Antonia.

—Le vá á disgustar mucho á Manolo el encontrarme aquí—repuso Juanilla.

—¿Cómo ha de serle desagradable encontrarte rica?

—Rica porque hay un caballero que me obsequia; y como él es tan celoso.....

—Se hará cargo de la razon, y.....

—De todos modos, yo creo que tendrá sobrados motivos para sospechar de mí.

—Quita allá—repuso la señora Antonia.—Eso fuera bueno si no estuviera yo á tu lado.

—Pero como vive con nosotras don Agapito.....

—¿Y qué? Es un huesped como otro cualquiera. Apuradamente no hay otra cosa en las casas de Madrid. Es un huesped muy rico, que paga bien y nos ha puesto en zancos, como suele decirse. En todo esto no hay cosa que no sea natural.

—Pero es un huesped que me tutea..... que me obsequia continuamente con regalos..... que pasa por primo á los ojos de todo el mundo.....

—Pues precisamente por todas esas circunstancias—replicó con maliciosa sonrisa la señora Antonia—no debe abandonarse la viña del señor. ¿Te parece moco de pabo un hombre que regala y que es aficionado á pasar por primo?

—Será un tesoro; pero cuando hay otro hombre de por medio á quien se ama y se le ha jurado eterna fidelidad.....

—En semejante caso es muy laudable desollar al rico para socorrer al pobre, mayormente cuando el rico lleva una intencion perversa aunque viva en un palacio, y el pobre es honrado aunque venga de presidio.

—Cabalito—exclamó el *tio Palique*.—A vicho marrajo estocaa de siego. No abandones la muletiya ni te salgas del redondel, prenda, que Dios sabe cuando nos veremos en otra. Lo primero es lo primero; y en disiendo á Manoliyo esto es lo que

hay, te querrá mas en toavía que si te hubieras hecho monja para yorar su ausencia.

—Los consejos de ustedes son muy sábios—replicó Juanilla—pero yo me contento con las joyas y trages que tengo en el tocador y el aderezo que voy á estrenar esta noche. Me parece que es una riqueza suficiente para mi dote, y convirtiéndolo todo en dinero, podrá Monolo pasar sus dias eu mi compañía sin necesidad de exponer el pellejo. Además, la señora Antonia sabe que hay otro motivo poderoso para que esta noche riña yo con don Agapito.

—¿Otro motivo?—repuso vacilante la señora Antonia, y despues de una breve meditacion añadió:—¡Ah! ya caigo..... es verdad.

—¿Y qué motivo es ese?

—Que cansado ya don Agapito de esperar que premie su amor, me ha pedido hoy uua explicacion.

—¿Y qué?

—Que se la he dado.

—¿En qué términos?

—En los que convienen á una muger honrada. Le ha dicho que obtendria el premio que deseaba si se allanaba á una condicion.

—¿Qué condicion es esa?

—La de que me ha de regalar para esta noche un rico aderezo.

—¡Juaniya!

—Tranquilícese usted, padre, mi honor vale mas que todos los aderezos del mundo. Ese buen señorito me ha ofendido gravemente suponiendo que yo me venderia por un aderezo, y como esta conducta merece un castigo, le he prometido lo que desea, con intencion de apoderarme de la nueva joya, y reñir luego.

—Todo eso está muy bien pensado—objetó la señora Antonia—¿pero de qué pretexto has de valerte luego para reñir?

—No faltarán—respondió Juanilla sonriéndose.—Con fingir

unos celos..... con pedir un imposible..... En fin, esto corre de mi cuenta. Lo cierto es que mañana volvemos á nuestra humilde condicion.

—¡Linda grasia!—exclamó el *tío Palique*.—Ahora que le iba yo tomando querensia á mi sombrero de copa alta..... y á este balandran.....—y enseñaba la levita.

—¿Quién le impide á usted seguir con ese trage?—repuso Juanilla.—Ahora aunque no tengamos lujosos coches, no por eso dejaremos de pasarlo bien.

—Pues señor, que venga Manoliyo, y casaos en grasia de Dios, verdá Antoñica?

—Ya se vé que sí, y Dios les bendiga y les haga felices.

—Y en compañía de ustedes—añadió con amabilidad Juanilla.

—Eso por suponío—dijo el *tio Palique*.—Y con toa esa riquesa que vas á yevar en dote, lo mejor que puede haser tu marío es comprar un buen soto y estableser una vacaa de lo mas escogío..... y luego se arrienda la plasa de toros..... y.....

—Esas son cosas para mas adelante—interrumpió Juanilla.—Lo que ahora conviene es no dar nada que recelar. Usted, padre, se vá de casa como los demás dias, y nosotras nos entretendremos en embaular nuestras riquezas para tenerlo todo listo cuando sea hora de emprender la retirada. Solo dejaremos fuera lo preciso para esta noche. Mas tarde saldremos á ver mi antiguo cuartito, cuyo alquiler no ha vencido aun, y de este modo tendré la satisfaccion de hacer feliz á mi Manolo, sin darle celos, que atendido su genio pronto y arrojado, podrian muy bien ocasionar alguna desgracia.

Puestos por fin de acuerdo los tres aristócratas de farsa para dar término aquella misma noche á la que estaban representando, procuraron desempeñar durante el dia sus respectivos papeles con toda la perfeccion posible.

Juanilla visitó su modesta habitacion de la calle de la Gorguera depositando en ella cuatro cofres con todas sus alhajas y

vestidos que hizo trasladar á hurtadillas de don Agapito, esceptuando solo lo que necesitaba para aquella noche.

La señora Antonia habia confiado á una amiga suya el cuidado de una prendería que tenia en el Rastro, de consiguiente se proponia volver á ella por de pronto; pero tenia grandes proyectos para despues del casamiento en ciernes, y á fuer de muger de experiencia y disposicion para todo, segun ella misma decia, lisonjeábase de que una vez reunidas las dos familias, no habria mas voluntad que la suya.

No queremos perder tiempo en detallar las conversaciones de aquel dia entre el malparado poeta y sus protejidas. Ambas estuvieron amables y complacientes como nunca, particularmente la supuesta primita aparentaba los mas vehementes deseos de que llegara el instante de cumplir la solemne promesa que habia hecho á su enamorado galanteador.

El poeta por su parte habíase abandonado á todo linage de ilusiones.

El bello panorama de un porvenir rodeado de poéticas felicidades, preocupaba su caliente fantasía.

Habia convidado á los jugadores mas famosos de la córte, con la esperanza de que en aquel dichoso dia en que todo iba saliendo á medida de sus deseos, no habia de abandonarle por la noche la fortuna.

El oro que le faltaba para salir de todos sus apuros, era fácil adquirirlo. Solo se necesitaba osadía y un cuarto de hora de buena suerte. ¿Puede haber cosa mas fácil?

Llenar de asombro á Madrid con el baile magnífico que iba á dar á lo mas selecto de la aristocrácia, sacar del juego todo el oro que necesitaba para salir airoso de todos sus compromisos, y para colmo de su ventura apurar la copa de los placeres de amor en los brazos de una beldad, eran para él tres solemnidades que no podian dejar de acontecer, y en pos de ellas prolongábase una senda cubierta de flores, por la cual habia de verle caminar de contínuo la pérfida Elisa, atosigada por los celos

al contemplarle dichoso con las caricias de otra dama. La venganza era completa y deliciosa á la vez.

Llegó la hora del baile. Tuvo comienzo á las nueve de la noche; pero hasta las diez no empezó á estar animada la concurrencia.

A las once fué cuando los salones, adornados con mas profusion de riqueza que gusto y elegancia, viéronse poblados por una inmensa y escogida muchedumbre compuesta de las personas mas distinguidas de la aristocracia.

La diversidad de los trages y caprichosas formas de los tocados de las damas, que entre matizadas flores y preciosos encages hacian ostentacion de sus riquísimas joyas, la inmensidad de luces que se reproducian en los cristales causando temblorosos cambiantes de diminutas estrellas en los aderezos de piedras preciosas de vivísimos colores, la ebullicion que reinaba por do quiera, la alegría de los acalorados rostros, la donosura y belleza de las jóvenes elegantes, la vivacidad de los enamorados y traviesos mozalvetes, todo en fin contribuia á formar de aquel conjunto un cuadro delicioso, de un efecto sorprendente y fascinador.

En medio de aquella agradable animacion, descollaba, tanto por su hermosura como por su trage y el magnífico aderezo que estrenaba, la traviesa Juanilla. Llevaba para que armonizase con la riqueza del aderezo, un lindo vestido de gro amarillo, un precioso prendido de frutas artificiales, entre hojas verdes guarnecidas de brillantes que parecian querer imitar el rocío, y brazaletes de gran valor.

Otras jóvenes ostentaban mayor elegancia y finura; pero no tan donosa coquetería, no tan seductora belleza. Bailaba divinamente las alemandas y los walses con figuras, que estaban á la sazon en voga. Llamábanse así, porque sin dejar de bailar tomaba la muger distintas posiciones entre los brazos del compañero, y Juanilla fingia ora un sueño, ora un desmayo con tan voluptuosa gracia, que su flexible y angosta cintura parecia quebrarse. De repente aparentaba volver en sí y querer fugarse de entre los bra-

zos que la tenian presa. Todos estos movimientos verificábalos con expresiva donosura, mostrando en sus diminutos pies la destreza de una verdadera notabilidad coreográfica.

Todos los jóvenes se disputaban el honor de bailar con ella, y mientras procuraba complacer á todos, saboreando el placer de verse preferida á las demas beldades, su rendido amante don Agapito no era menos feliz en la pieza del juego.

Los mas fuertes jugadores habian perdido ya grandes cantidades en oro. Todo estaba amontonado en frente de don Agapito que llevaba la banca. Ya no quedaba apenas quien apuntase, y lleno de júbilo el poeta por ver colmados todos sus deseos y satisfechas sus ambiciones, disponíase á abandonar el juego para ver si Elisa y el duquecito de la Azucena estaban en el salon del baile. Su intencion era pagar sin dilacion su deuda al duquecito para hacerle ver que ya no necesitaba los auxilios de nadie, hacer sus cumplidos á la marquesita, sin mostrar el menor resentimiento por su ingratitud, y acabar por mostrarse muy obsequioso con su encantadora *primita*. Esto era magnifico; pero desgraciadamente ni la marquesita ni el duquecito habian tenido por conveniente honrar con su asistencia la suntuosa funcion del que se creia el hijo mimado de Apolo y de la fortuna.

La señora Antonia, por su parte, procuraba desempeñar su papel dignamente. Su trage no era menos rico que el de Juanilla; pero habia elegido tal diversidad de colores, que no dejaba de tener su conjunto alguna semejanza con el guacamayo, salva la diferencia de volumen; pues era de elefanta el de la buena señora.

Con todo, no la estorbaba su obesidad para mostrarse amable con todo el mundo, y se la veia correr con la ligereza de una sílfide de un lado á otro, haciendo los honores de la casa con arreglo á las prévias instrucciones y competentes ensayos dirigidos por el poeta.

Convertida la señora Antonia en mariposa mónstruo, vagaba de flor en flor, es decir, que su extremada amabilidad no dejaba

ningun hombre bien parecido sin acometerle, llenarle de cumplidos y excitarle á bailar, concluyendo el breve pero tierno coloquio con esta frase: «*á los pies de usted, caballero.*» con cuyo saludo acababa de aplastar al prógimo.

Como no era cosa de desperdiciar tan solemne ocasion, so pretexto de dar una oportuna tregua á las fatigas de los danzantes, tuvo la señora Antonia la singular ocurrencia de ir por la lujosa guitarra de Juanilla, y atravesó la sala columpiando su gigantesca humanidad á guisa de fragata, hasta echar anclas enfrente de la silla de su aparente hija, á quien, presentándole el democrático instrumento, dijo con maternal solicitud:

—Hija mia, algunas damas y caballeros me han manifestado que tendrian suma complacencia en oirte cantar. No es cosa de hacerles un desaire, y he ido por la guitarra, porque estoy segura que no te opondrás á darles gusto.

—¡Jesus, mamá—exclamó con zalamería la hija del *tio Palique*—qué ocurrencias tiene usted tan originales!

—Hija mia—replicó la señora Antonia—si son estos caballeros..... que desean oirte...,. ¿Verdad, señores, que tendrán ustedes mucho gusto en oir cantar á mi hija?

Todos respondieron afirmativamente como era regular, y enmedio de las escusas y dengues de la heroina, se hizo tan general la súplica de parte de los hombres, que satisfecho el orgullo de Juanilla, no quiso hacerse mas de rogar, y prévio un corto y bien ejecutado preludio de guitarra, cantó con seductora gracia y admirable afinacion la siguiente estrofa:

Soy marinera, y mi nave
Cargadita va de sal.
Y su movimiento es suave
Aunque arrecie el temporal.
Con la española bandera
Como una flecha ligera
Surca la mar sin temor.
Venid, que soy marinera,
Marinerilla de amor.

Mientras una prolongada salva de aplausos premiaba el talento filarmónico de Juanilla, la señora Antonia abandonó su silla, y andaba por el salon preguntando á todos:

—¿Qué tal? ¿Qué tal canta mi hija?

De repente apareció en el salon, pálido y descompuesto, con los ojos desencajados, deshecho el lazo de la corbata y el cabello en desórden, el desventurado don Agapito, que habia perdido cuanto tenia y contraido nuevas y exorbitantes deudas.

—¿Dónde está Juanilla?—preguntó á la señora Antonia con voz trémula y sofocada que revelaba su desesperacion.

—¿Qué es esto, don Agapito?—preguntole á su vez la fingida mamá llena de espanto.

—No quiero preguntas, sino respuestas. ¿Dónde está Juanilla?—repitió con ansiedad el poeta.

—Está allí cantando.....

—¡Maldita sea!—exclamó rabioso don Agapito.—Usted sabe sin duda donde tiene sus joyas.

—¿Yo?

—Esa flema me asesina..... Pero me basta este reloj.....

Los ademanes de don Agapito parecíanse á los de un frenético. Al pronunciar: *me basta este reloj*, arrancó del seno de la señora Antonia uno guarnecido de perlas que la buena mamá llevaba pendiente de una cadenita de oro que cedió fácilmente al brusco esfuerzo del poeta, en cuyo demudado rostro brilló como llamarada fosfórica una diabólica sonrisa de esperanza. Desapareció de nuevo el infeliz dejando á la señora Antonia estupefacta, y Juanilla, que nada sabia de aquel siniestro incidente, cantó otra estrofa en estos términos:

El que guste de mareos
Que se venga á mi bajel,
Satisfará sus deseos
Y navegaré con él.
Mi navecilla velera
Se mece si el mar se altera
De babor para estribor.

Venid, que soy marinera,
Marinerilla de amor.

—A tu bordo voy, marinera de mi vida. ¡Bendita sea tu gracia!—dijo un nuevo personage que apareció en la escena por entre las cortinas de una puerta inmediata al asiento que ocupaba Juanilla.

—¡Manolo!—gritó Juanilla tirando al suelo la guitarra y lanzándose al cuello del recien llegado.

—¡Hijo mio!—exclamó la señora Antonia abrazando á su vez al aparecido.

—Madre—repuso Manolo con noble orgullo—vengo de presidio, es verdad; pero honrado como siempre... El contrabando no es pecado mortal.

—¡De presidio!—gritaron con asombro algunas voces.

Figúrese el lector cuál seria la general sorpresa de aquella aristocrática reunion al ver que las dueñas de la casa abrazaban á un contrabandista, que si bien era arrogante mozo, se presentaba allí en trage de chulo, pobremente vestido, con su vieja capa parda y cubierto de polvo.

¿Cómo estaba allí aquel hombre? Lo explicaremos. La carta que habia recibido por la mañana Juanilla, llevaba ya algunos dias de atraso, circunstancia que la interesada no habia advertido. Manolo habia llegado aquella tarde, y como sabia de muy antiguo las dos ó tres tabernas predilectas del *tio Palique*, donde solia al anochecer confortar el estómago con alguna copa de Arganda ó Valdepeñas y pasar luego algunas horas en el café de Santo Domingo viendo jugar al villar, fácil le fué dar con él.

Enterole el viejo ex-cachetero de la curiosa historia de Juanilla y el poeta, sin olvidar la tranquilizadora circunstancia de que la señora Antonia desempeñaba en aquella chistosa comedia el papel de madre, y supuesto que aquella misma noche debia cesar todo aquel enredo, aconsejó al contrabandista que se volviese á la posada, que durmiese tranquilo, y que él mismo iria por la mañana en su busca para presentarle á su hija.

Manolo regresaba del presidio mas enamorado que nunca de Juanilla, á quien deseaba abrazar, y despreciando el consejo del *tio Palique*, se empeñó en ver aquella misma noche á su amada.

Todas las reflexiones del torero para disuadir á Manolo de tan loco empeño fueron de todo punto infructuosas, y el experimentado viejo tuvo que ceder á los deseos del enamorado mozo. No lo hizo, sin embargo, tan á la ligera que no exigiese *palabra de honor* al presidiario de que no cometeria la menor imprudencia. Solo con esta condicion se allanó el *tio Palique* á acompañar á su futuro yerno al palacio donde estaba su hija, y por vias interiores llevarle á una pieza contigua al salon del baile, desde la cual, cobijado por el cortinage, podria contemplar á su querida cómodamente sin ser visto de los concurrentes.

Manolo hizo solemne promesa al viejo de ocultarse entre las cortinas y permanecer sin pestañear; pero como el amor puede mas que todo compromiso, cuando el enamorado jóven se presentó en la sala, fué porque no le era ya posible resistir al deseo de abrazar á su ídolo.

En vista de semejante arrojo, dijo para sí el *tio Palique*:

—Esto no va güeno. Tomemos el olivo por lo que pueda tronar.

Y se lanzó á la calle.

—No hay que alborotarse, caballeros y madamas—dijo Manolo ante toda aquella asombrada sociedad, asiendo á Juanilla de la mano.—Han sido usías engañados como chinos..... Esta perla es posesion mia... Con que tengan usías buenas noches—y se embozó y caló el calañés.

Y asiéndose la señora Antonia y Juanilla, cada una de un brazo de Manolo por debajo de la capa, desaparecieron los tres dejando á todos los circunstantes en el mas completo estupor, que no tardó en convertirse en infernal desórden.

Muchos huyeron precipitadamente, otros gritaban por averiguar la causa de aquel extraño suceso, no fueron pocas las señoras que se desmayaron, y en medio de la confusion que iba en aumen-

to, todos exclamaban que aquello habia sido una burla intolerable, y llenos de ira preguntaban por don Agapito.

—Ha perdido una gran cantidad en el juego y ha ido por ella—dijo una voz.

Muchos fueron los que al oir esto, bien fuese por curiosidad ó por deseos de vengarse del inaudito agravio que acababan de recibir, invadieron las habitaciones interiores de la casa y dieron por fin con don Agapito... Pero ¡qué horror! halláronle tendido en el suelo, y empapado en un charco de sangre, que aun estaba caliente... aun humeaba!

Junto á su cadáver habia una mesa, y encima de ella un estuche de afeitar.

El desdichado acababa de degollarse.





CAPITULO XXV.

CASTILLOS EN EL AIRE.

¡Oh loca fantasía!
¡Qué palacios fabricas en el viento!
SAMANIEGO.

Juanilla, la señora Antonia y Manolo, encontraron en la calle al *tio Palique*, á quien endosó el contrabandista su madre.

Manolo y Juanilla iban embozados en la capa del primero; pero el *tio Palique* tuvo que renunciar al abrigo, pues la suya apenas bastó para cobijar la colosal humanidad de la señora Antonia, que iba muy descotada y no era cosa de abandonarla á merced de una pulmonía. Además, el viejo torero era demasiado galante y rumboso, como suelen serlo los de su profesion, para aprovecharse él de su capa y dejar á la intemperie las sonrosadas carnes de su amable compañera. Además que él iba ya abrigado con su flamante leviton.

Aviados los cuatro en la forma que acabamos de referir, dirigiéronse mas que de prisa al cuarto que tenia alquilado Juanilla en la calle de la Gorguera, y en donde ya á prevencion habia mandado depositar los cofres de sus ricos trajes y preciosas alhajas.

Lejos estaban todos ellos de imaginar el trágico fin que habia tenido una escena que les parecia la mas divertida y jocosa de cuantas habian presenciado en su vida, por manera que durante su tránsito para la modesta habitacion que debia reemplazar al magnífico palacio, celebraban con incesantes carcajadas el chasco solemne con que acababan de castigar la insolencia de uno de esos señoritos que se creen facultados para seducir impunemente á las jóvenes de humilde condicion.

—¿Sabes, Manolo—decia el *tio Palique*—que tienes un moo lusío de cumplir tus promesas?

—No me venga usted con reprensiones, que hoy es dia de gala, ó por mejor decir, es noche de gloria, pues he abrazado á mi macarena y la llevo aquí... pegadita á mi corazon para que ya nadie la separe de él.

Y al decir esto estrechaba el enamorado mozo á su constante Juanilla.

—¿Con que es de verdad que me quieres mucho?—repuso la jóven con tierna emocion.

—Y tan de verdad, que he de ahogarte entre mis manos.....

—Pues mira, Manolo, vale mas que no me quieras tanto y que me dejes vivir en paz y gracia de Dios.

—Si me hubieras dejado concluir, verias que nada tienes que temer de mí mientras te portes como Dios manda; pero el dia que me faltes á tus promesas..... aquel será el último de tu vida. Eso iba á decirte, que te amo tanto que he de ahogarte entre mis manos en el momento en que me hagas una traicion.

—Siendo así estoy segura de que no he de morir como los pichones.

—Y eso que eres tú la pichona de mi corazon.

—Anda allá, zalamero. Dios sabe las picardías que me habrás hecho por aquellas tierras de Dios.

—No hay duda que podia hacerte muchas picardías en el presidio. Que yo sospechara de tí, nada tendria de particular, pues al fin y al cabo en plena libertad te dejé.

—Ya se vé..... despues de haberme esclavizado el alma y el corazon.

—Vamos, picarilla, que no ha sido tan estrecha esa esclavitud, cuando he tenido que arrebatar á mi paloma de las garras del gavilan.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que cualquiera muger se tendria por muy feliz con ser esclava del modo que tú lo has sido.

—Y tambien yo me considero dichosa con ser esclava de tu amor y de mi deber.

—Es una esclavitud muy cómoda por cierto.

—Y muy agradable para mí, eso es otra cosa.

—En un magnífico palacio..... rodeada de galanteadores..... recibiendo los obsequios de un galan.....

—¡Desagradecido! ¿No te ha explicado mi padre el objeto de toda esta farsa? ¿No he tenido siempre á mi lado á tu misma madre? ¿No deberemos á esta inocente estratagema nuestro futuro bien estar..... nuestras riquezas?

—¿De qué riquezas hablas? ¿De los trajes que tú y mi madre llevais puestos? ¿De las joyas que os adornan? Algun partido podrá sacarse de todo eso; pero no será tanto que nos ponga en zancos. Ya sabes que yo soy ambicioso, y que si elegí la arriesgada profesion de contrabandista, fué porque quiero hacerme rico, muy rico en poco tiempo. Deseo poseer muchas riquezas para proporcionarte toda suerte de felicidades.

—Y yo que sé tu afan, no debia despreciar la ocasion favorable que se me ha presentado.....

—¿De qué?

—De ver colmada tu ambicion.

—Yo no veo ese resultado.

—Pero le verás en breve.

—¿Cómo así?

—Como que hallarás en mi casa un tesoro.

—¿De dinero?

—No.

—¿De alhajas?

—Encages, sedas, blondas, plata, oro, brillantes... ¡qué sé yo el bien de Dios que encierran aquellos cofres!

—¿Y dónde están esos cofres?

—En la casa á donde vamos ahora.

—Nadie puede mejor que yo convertir todo eso en metálico. Tengo buenos parroquianos... personas de alto copete, que tienen noticia de mi profesion, y no ha de infundirles la menor sospecha cualquiera que sea la alhaja que les presente.

—Y que sospechen lo que quieran ¿qué importa? Son alhajas que me han regalado, son absolutamente mias, y puedo hacer de ellas lo que se me antoje sin que nadie tenga derecho á entrometerse en el uso que quiera yo hacer de mi propiedad.

—Dices bien. Cada uno puede hacer de su capa un sayo. ¿Para qué te han de servir ahora todos esos aderezos y vestidos, que no son propios de nuestra clase? Porque has de saber, Juanilla, que por muy ricos que seamos, no quiero yo nunca dejar mi porte ni echarla de conde ó marqués, que por lo regular son todos ellos unos pobres petates, con mas vanidad y mas trampas que blasones. Lo dicho dicho, se convierte en dinero toda esa hojarasca, y.....

—Con tu premiso, Monolo, y perdona si te interrumpo—dijo el *tio Palique* mezclándose en aquella conversacion por su prurito de hablar.—Ya sabes que yo soy hombre de mucha esperensia, y aunque me esté mal el desirlo, en toavía no hay ejemplo de que el *tio Palique* haya pronunsiao en toa su vía una barbaridá. Dalgo man de servir los años, Manoliyo, y aquí donde tú me ves rosagante y bien plantao, yevo un puñao de eyos debajo

de mi coletiya. Bien puedo dar consejos al mas pintao, ya que en mi probesa no puedo dar dinero á naide; pero toa ves que tú lo tienes, ó vas á tenerlo cuando hayas trocao en monea toos esos perifoyos de Juaniya, es presiso que mires como lo gastas. Acá sabemos toos lo que cuesta ganar el dinero honraamente, y no es cosa de espilfarrar lo que tantos suores cuesta. ¿Quieres creerme?

—¿Por qué no?

—Lo que tú debes haser en tocando los munises, es comprar un güen soto y criar una toraa de lo mas escogío.

—No es malo eso; pero hay otro negocio mejor—respondió Manolo.

—¿Mejor que una toraa?—repuso el *tio Palique*—no cuela.

—Lo mas acertado será hacer el contrabando por mayor.

—Eso es—objetó Juanilla—y que te echen de nuevo el guante y te me zampen otra vez en presidio.

—Pierde cuidado, gachona mia. Hasta ahora he sido yo una especie de instrumento de otros mas *encopetaos* que recogen la verdadera ganancia del contrabando, quietecitos en sus casas, sin correr el menor peligro. Desde hoy, en lugar de ser subordinado, puedo erigirme en gefe, gracias á la moneda que vamos á adquirir.

—Eso es peor aun—replicó Juanilla—pues si capitaneas alguna partida, será mayor tu responsabilidad, y todos los dias andarás á trabucazos con la tropa.

—No me has entendido, Juanilla. Yo no quiero separarme ya de tu lado. Mucho me gustaba esa vida vagabunda que hacia mis delicias en otro tiempo; pero desde que me pusieron la cadena.....

—¡Cómo! ¿Has llevado tambien cadena?

—¡No que no! y á medias con otra buena alhaja..... el hombre mas impertinente..... era catalan por cierto, hijo del puerto de Salou, muy aficionado al aguardiente. Hablaba siempre á gritos y disputaba sin cesar.

—¿Y te obligaban á ir siempre en su compañía?

—Como que estábamos sujetos por una misma cadena.

—Eso es horroroso.

—Ya se vé que lo es. Afortunadameute fué cosa de pocos dias, pues mientras regia la Constitucion íbamos sin cadena, y solo nos pusieron este pesado adorno en celebridad de haber triunfado el rey absoluto. Pero no quiero hablar mal de Fernando VII pues al cabo nos ha concedido la libertad. Si en lugar del maldito catalan me hubieran dado por pareja á mi Juanilla, hubiérame parecido un cielo el presidio, y gustoso hubiera pasado toda mi vida en él; pero aquello de tener que ser testigo de cuanto acontecia á mi brusco camarada, y presenciar todas sus habilidades de bueno y de mal género, á una distancia tan corta, y tener que dormir al arrullo de sus estrepitosos ronquidos, me ha dejado escarmentado tan de veras, que te aseguro no me han de pillar en otra.

—¿Pues cómo dices que aspiras á ser gefe en la misma profesion que has ejercido hasta ahora?

—Gefe he dicho, es verdad; pero no vayas á creer que me he de poner al frente de una partida con mi trabuco al hombro, nada de eso..... me acordaré mientras viva de la amable compañía del feroz hijo de Salou. Lo que voy á hacer es poner una gran casa de comercio, en algun punto marítimo será mejor, y será mi cuartel general. Desde allí, á guisa de general prudente, expediré mis órdenes sin entrar nunca en la batalla. Mis subordinados correrán el peligro, harán el negocio, y yo recogeré la ganancia, y la disfrutaré en compañía de mi esposa, de mi madre, de tu padre..... y de mis hijos, pues si los brios no me engañan, hemos de tener un regimiento.

—Too eso está muy güeno—exclamó el *tio Palique*—pero yo estoy por la toraa. Soy hombre de esperensia y sé donde me aprieta el sapato como suele desirse.

—Tranquilícese usted—dijo Manolo sonriéndose—habrá tambien torada tan pronto como las ganancias lo permitan y desde ahora se la regalamos á usted, ¿no es verdad, Juanilla?

—Ya se vé que sí—respondió Juanilla—pero ha de haber tambien un regalo proporciónado para la señora Antonia.

—Yo me contento con un almacen bien provisto de buenos muebles en un punto céntrico de Madrid—dijo la madre de Manolo.

—Concedido—exclamó el hijo—por mas que nos sea sensible tener que separarnos de su compañía de usted, madre.

—Tambien me será á mí doloroso, hijo mio; pero conozco que el permanecer mucho tiempo en vuestra casa os seria una carga pesadísima.

—Naa, lo dicho dicho—repuso el *tio Palique*.—Caa mochuelo á su olivo. Manolo y Juaniya en su casa de comersio, mi señora doña Antonia en su almasen de muebles, y yo en mi soto entre los vichos de mi toraa. Y que han de ser toos de güen trapío. Y no los han de ver en el reondel sin pagármelos á peso de oro. Entonses sabrán quién es el *tio Palique*, el que yeva ya mandaos setesientos ochenta y tres toros á la eterniá, el camaráa de los sélebres Romero y Pepe Hillo. En toavía macuerdo de la desgrasiaa tarde en que fué cogío el probe Pepe. Era el onse de mayo de 1801 y se lidiaban toros corríos en otra funsion.

—Hemos llegado ya—exclamó Juanilla deteniéndose á la puerta de una casa de la calle de la Gorguera.—Deje usted ahora en paz á Pepe Hillo, padre, y abra usted que tiene la llave.

—Es verdad, en el bolsiyo de este leviton—respondió el *tio Palique*.—Esto no son bolsiyos, sino alforjas de padre capuchino que too lo admiten y too cabe en eyas. Vive Dios que no las yevo yo poco repletas... Ya lo vereis en yegando adentro. Aquí está la yave y tambien una bolsica de cuero, que contiene, además de los chismes para ensender lus, un cabo de vela de sera, que no hemos de entrar á oscuras en nuestras posesiones. El hombre prevenío vale por dos, dise el adagio, y como yo soy hombre de esperensia, no me duermo nunca en las pajas como suele desirse. Obras son amores y no güenas rasones..... Por eso me ha gustao á mí siempre hablar poco y obrar mucho. Así es que en toavía

no se ma olvidao nunca cosa que á mí maya convenío, que de algo man de servir los muchos años que yevo de mundo. Con que al avío.

Abrió el *tio Palique* la puerta de la calle, encendió su cabo de vela, volvió á cerrar la puerta despues que toda la compañía habia entrado y se entraron en la habitacion de Juanilla, que además del mueblage de que ya tiene conocimiento el lector, ocupaban la mayor parte del aseado gabinete los cuatro descomunales cofres que encerraban los ricos objetos, gérmen de las doradas ilusiones y bellas esperanzas de los cuatro personages que acababan de invadir aquel recinto.

—Aquí no hay mas que dos camas—dijo muy oportunamente Juanilla—y como no es cosa de hacer lo que cuentan las gentes de los gitanos, que duermen juntos sin distincion de sexos, edades, ni parentesco, creo que una vez que hemos pasado ya gran parte de la noche, será lo mejor aguardar el dia en agradable conversacion. Manolo y yo tenemos mucho que hablar, si hemos de indemnizarnos del tiempo que hemos estado sin dirigirnos una sola palabra.

—En efecto—añadió Manolo—tengo tantas cosas que decirte, que no sé por donde empezar.

—Y usted, padre—dijo Juanilla al *tio Palique*—ahí se las compondrá usted con la señora Antonia.

—¿Por qué no?—repuso el viejo torero.—Eyo es sierto que no soy yo muy hablaor; pero cuando lo exijen las sircunstansias, tambien echo mi cuartiyo á espaas, y suelto la sin güeso como el abogao mas parlanchin. En toavía no sabes tú quien soy yo, Antoñica, y mientras los muchachos se derriten en amorosos sircunloquios, te contaré los lanses que he presensiao en varias plasas de toros. Con la historia del trágico fin de Pepe Hillo, podria escribirse un romanse mas largo que el del guapo Fransisco Esteban. Era el onse de mayo.....

—Nada de eso—interrumpió la señora Antonia.—Demasiado tiempo les quedará á los chicos para echarse requiebros. Lo que

ahora debemos hacer es registrar todos estos baules, y recrearnos con la vista de los objetos que contienen. Esto debe ser del gusto de todos y muy particularmente de Manolo, que podrá formar un concepto acertado del partido que puede sacarse de ellos.

—No dice mal mi madre—exclamó Manolo.

—Pero será operacion muy entretenida y larga—repuso Juanilla.

—Tanto mejor—replicó la señora Antonia,—así tendremos ocupacion agradable hasta que amanezca; y una vez que de todos modos es urgente pasar revista de comisario á estos cuatro cofres, seria necedad dejarlo para otra ocasion.

—Me conformo con el parecer de Antoñica—dijo el *tio Palique;*—pero creo que deberiamos tomar antes un refrigerio y echar un brindis á la salud del señorito nuestro protetor, que se habrá quedao el probesiyo bramando como un vicho con banderiyas de fuego.

—Es que no hay nada en casa—repuso Juanilla—y no es hora de ir por algo al *Aguila negra.*

—Qué águila negra ni que cuervo—exclamó riendo el *tio Palique.*—Eso era güeno para no sé que santo ermitaño, á quien segun contaba mi abuela, le proporcionaba un avechucho de esos la comía. Ya os he dicho en antes que un hombre prevenío vale por dos, y que los bolsiyos de este balandran no eran bolsiyos sino alforjas de padre capuchino. Pues bien, en estas alforjas viene lo que ahora nesesitamos. Dos boteyas de esquisito vino de Málaga, un rico troso de jamon en adobo, y dos panesiyos. Too esto me lo yevé de la mesa donde estaba preparáa la sena de toos aqueyos señorones. Tambien cogí un puñao de cucharas y teneores de plata y algun cuchiyo. Aquí está too, que no he traido poco cudiao para evitar un choque entre las dos boteyas. Yo creo que tendremos bastante con estos adminículos para calentar el estógamo y adquirir brios, si es que se ha de haser en regla el despejo de la plasa, ó mejor dicho de esas cuatro plasas.

Y señaló los cuatro cofres despues de haber dejado encima

de una mesa todos los artículos que acababa de citar.

—¡Viva el mas amable de los suegros!—gritó Manolo apoderándose de las dos botellas; y despues de empinar una de ellas, añadió:—¡Cáspita y que rico es! Probemos de esta otra.—Y llevando la otra á los lábios, echó un prolongado sorbo, y exclamó luego:—Este caldo es mucho mas estomacal que el de gallina. Como los médicos me lo recetaran, quisiera estar toda la vida enfermo.

—Estamos seguros de que es muy rico—dijo Juanilla arrebatando á su novio las botellas—y no hay necesidad de nuevas probaturas, que á pocas como las que tú has hecho, tendremos que beber orchata de ranas despues del jamon.

—¡Ea!—exclamó el *tio Palique*, frotándose las manos—haz tajaas de ese tarugo, muchacho, que ahora viene como de periya aqueyo de ¡arrea, Manolo! Destrosa el jamon, mientras hago yo otro tanto con la grasia de Dios.

El *tio Palique* partió por el medio cada uno de los dos panecillos, y los cuatro circunstantes quedaron socorridos con medio por barba. Tomaron luego sendas tajadas de jamon, y cuando empezaba la general masticacion, la señora Antonia dijo á Juanilla:

—Bien hubiéramos podido quitarnos todos estos atavíos de madamas para engullir con mas comodidad.

—¿Por qué razon?—contestó riéndose la jovial Juanilla.—Seamos grandes señoras hasta que amanezca. Dios sabe cuando nos veremos en otra. Sin embargo, lo primero que he hecho yo al llegar ha sido guardar en mi antigua cómoda mi precioso aderezo. Lo que si es muy conveniente, es que demos algun ensanche al corsé. Mira, Manolo, desabróchame los corchetes de la espalda, mientras hago yo la misma operacion con tu madre.

—¡Dios me libre!—repuso con truhaneria el novio.—Ya estoy algo alegre de cascos con los dos sorbitos de Málaga, y solo falta que acometa semejante operacion en esa cinturilla de culebra que Dios te dió para que se me alborote el cotarro.

—¡Quita allá!—exclamó el *tio Palique*.—Yo haré esa evolusion á las mil maraviyas, que otras veses he desempeñao el papel de donseya en el tocaor de Juaniya.

Efectivamente, no solo desabrochó con inteligencia los corchetes del vestido á Juanilla, sino que le aflojó el cordoncillo del corsé, mientras Juanilla hacia lo mismo para dar desahogo á la oprimida y anchurosa cintura de la madre de Manolo.

—Esto es recobrar la vida—exclamó la señora Antonia dando una especie de respingo de satisfaccion.

—Tomemos ahora posesion de los baules—dijo el *tio Palique*, y se sentó en uno de ellos.

Los otros tres personages, imitando el ejemplo del viejo, tomaron asiento cada uno en su cofre, y empezaron á comer y beber, llevando su buen humor hasta la hilaridad, formando mil castillos en el aire del halagüeño porvenir que proporcionarles debia toda aquella riqueza que ya estaba en su poder.

—¿Sabes, gachona—dijo Manolo á Juanilla—que me has entusiasmado con la cancioncilla de la marinera? Yo habia dado á tu padre palabra de honor de no cometer ninguna imprudencia; pero al oirte cantar con tanta gracia, he perdido el juicio, y me he presentado en la sala sin saber lo que me hacia.

—¡Y cómo se habrán quedao toiticos aquellos señorones!—replicó el *tio Palique!*

—Yo tampoco he podido contenerme, y me he lanzado á tu cuello—añadió Juanilla.

—Too eso es muy natural—dijo el *tio Palique*.

—Lo peor—exclamó la señora Antonia—es que arrojaste al suelo la guitarra que te regaló el señorito, y sin duda se habrá quedado allí rota.....

—Verdaderamente es una lástima—añadió Juanilla.

—Si ahora la tuviéramos aquí—repuso Manolo—completaríamos la funcion cantando algunas coplillas.

—Lo que es yo—replicó Juanilla—no puedo cantar despues de comer.

—Esto no es comer, hija mia—dijo el *tio Palique*.

—Ya lo veo, esto es devorar—añadió sonriéndose la graciosa jóven.

—Digo que no es devorar ni comer—replicó el viejo torero.—Esto es senar.

—¡Cenar cerca de la madrugada!—exclamó la señora Antonia—no lo habia visto en mi vida.

—Tambien tiene rason Antoñica—prosiguió el *tio Palique*.—Entonses es almorsar.

—De todos modos—dijo Juanilla—nos estamos atracando barbaramente y no haria yo buena digestion si cantara ahora.

—Pues yo—alegó Manolo—nunca estoy de mejor temple ni tengo mejor voz que cuando he reforzado el estómago. Luego este vinillo de Málaga dulcifica el gaznate que es un gusto.

—Verdad es que tú tambien cantas—exclamó Juanilla.—Ya no me acordaba.

—Y como un ruiseñor—añadió la señora Antonia.—Eso está en la masa de la sangre. Su padre tenia tambien una excelente voz, tanto, que era el mejor sereno de Sanlúcar de Barrameda. Era un gusto oirle cantar las horas.

—En mi alcoba está la guitarra, padre—dijo Juanilla.—No hace falta la del señorito.

—Voy por eya—exclamó el jovial vejete—pero os voy á dejar á oscuras por un momento.

El *tio Palique* tomó la luz y desapareció volviendo inmediatamente con la guitarra, que entregó á Manolo diciendo:

—Vamos á ver como se luse un güen moso.

—Es usted el mejor de los suegros, *tio Palique*—dijo Manolo—y en su obsequio voy á cantar ahora la cancioncilla del *Contrabandista*.

—Que me plase—repuso el viejo meciendo con truaneria su cuerpo y preparando sus manos para palmotear á compás de la música.

—Suavicemos un poco la garganta—dijo Manolo.—Y des

pues de saborear un sorbo de Málaga, cantó con donaire las siguientes seguidillas:

Al verme en mi jamelgo
Con mi trabuco,
Prenda mia, de miedo
Se junde el mundo.
Soy un Herodes
Que de una escupitina
Mato á los hombres.

—

No rejuyo el encuentro
De mis contrarios,
Porque solo con verme
Tiembla el resguardo.
Juye la ronda,
Porque en el mundo, prenda,
No hay quien me tosa.

—

Los mozos me contemplan
Con mucha envidia,
Porque por mí se mueren
Todas las niñas.
Pero mi pecho
Solo de amor palpita
Por mi embeleso.

—

Llámenme norabuena
Contrabandista,
Mientras pase en el mundo
Sabrosa vida,
Con pesos duros,
Una hermosa que me ame,
Y buenos puros.

—

Muy aplaudidas fueron las precedentes coplas. La señora Antonia lloraba de gozo mientras el *tio Palique* jaleaba con sus chistosas ocurrencias al cantor.

Juanilla no se mostró del todo satisfecha, porque notaba que su amante parecia cada vez mas apasionado á la vida azarosa que la habia privado tanto tiempo de su compañía, y no pudo menos de exclamar:

—Bonita música y cantada con mucha gracia; pero no me gusta la letra.

—¿Por qué causa, cuando digo en ella que mi pecho solo palpita de amor por mi embeleso?—repuso Manolo.

—Porque no quiero que seas contrabandista.

—Tiene rason Juaniya—exclamó el *tio Palique*.—Venga acá la guitarra.

—¿Va usted tambien á cantar?—preguntó la señora Antonia.

—¿Y por qué no?—respondió el travieso vejete.—Voy á cantaros mi cansion favorita. Con eya conquisté el amor de mi difunta. Bien dise el proverbio que la música domestica á las fieras. Mi difunta era una serpiente y empesé á domesticarla cantando. Verdá es que á los pocos meses de casaa era de peor condision que una vaca con cachorros. Pero soniche, que voy á empesar.

Es imposible describir la picaresca fisonomía del *tio Palique* así que principió á puntear la guitarra. Tosió repetidas veces, y por fin con voz acatarrada y temblona destrozó las siguientes coplas:

I.

Ya viene la mas saláa
E toas las moreniyas!
Ya soyen las campaniyas
E su calesa!... ¡churrú!
El sagal se esgañita:
«Coronela!... Coronela!»
Y la calesita vuela
Con la reina der Perú.

II.

Reina, sí, que mi gachona
Es lo mas salao y mono
Cay en er mundo! Su trono
Es er coche darquilé.
Allí ostenta la sandunga
E su cuerpo saleroso...
Juí! too es en eya jermoso
De la chichí hasta er plnré.

III.

Con la mantiya terciáa
Y puesto en jarra su braso
A las ninfas der Parnaso
Esafía su beldá!
Y qué pierna! Jesucristo
Que monáa! Dios la bendiga!
Como fuera yo su liga,
Jaría una atrosiá.

IV.

Esciende ya, peaso é mi alma,
Sarta, airosa moreniya!
Puñaláa! qué pantorriya
Mas enseñao, Jesú!
Mas ya está yena la plasa!
A LOS TOROS, sandunguera!
Que esa grasia retrechera
Naide la tiene cual tú.

V.

Ven, esgalicháa hermosa,
Tu jelente te camela...
No sabe lo que es canela
Er que no probó tu aquel.
Ven á mis brasos, pichona,
Que eres la yema der mundo!
Un chupendi, que me jundo!
Otro, que me sabe á miel!

VI.

Como tú no maborrescas
Soy mas felis que un obispo!
Solo con verte machispo
De amor, beyo serafin.
Sé compasiva, morena,
Que esta no es tierra é moros...
A LOS TOROS!... Á LOS TOROS!
Que ya ha sonao er clarin!

—

Mucho dió que reir á todos el *tio Palique* por el modo de cantar su cancion. Se veia claramente que fermentaba en su estómago el jugo malagueño. Prosiguió haciendo mil locuras, y por fin exclamó:

—Yegó la hora de abrir los cofres. Yo soy ahora el alguasil

que corre la yave—y remedando el clarin de la plaza de toros, hizo la señal de empezar la funcion.

Tomó una llave que antes habia dejado entre todos los efectos que de las alforjas de su leviton habia extraido, y con ella en la mano se aproximó á Juanilla imitando con sus piernas los caracoles que suele hacer un caballo fogoso, y entregó á su hija la llave.

Las ridículas contorsiones del viejo torero provocaron generales risotadas, y en medio de la algazara, exclamó Juanilla:

—Llegó el momento feliz. Nuestra vista va á recrearse con la contemplacion de nuestros tesoros.

Todos se abalanzaron hácia el cofre en cuya cerradura acababa de meter la llave. Diole una vuelta, y cogiendo la tapa del baul, abriole y retrocedió dando un grito de espanto, que fué repetido por todos los concurrentes.

La señora Antonia cayó en el suelo, atacada por una horrible convulsion.

Todos palidecieron. Se les erizó el cabello y temblaban de horror.

¡Dentro del cofre abierto habia un cadáver!!!





CAPITULO XXVI.

EL ESTUDIO DEL PINTOR.

¡Oh divina Pintura, ilusion grata
De los ojos y el alma! . . . .
MELENDEZ VALDÉS.

Il n' est point de serpent ni de monstre odieux
Qui par l'art imité ne puisse plaire aux yeux.
D'un pinceau délicat l' artifice agréable
Du plus affreux objet fait un objet aimable.
BOILEAU.

Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve
Que no perturben deudas ni pesares.
RIOJA.

El primero de marzo de 1824, una hora despues de haber anochecido, estaban la *Bruja* y el duquecito de la Azucena llamando en casa de los padres de Enriqueta, segun dijimos á la conclusion del capítulo XXII de la presente historia.

La *Bruja* tuvo el disgusto de no poder ver á su jóven protectora, porque habia salido con su madre á pasar la noche en compañía de una amiga, y solo estaba en casa el pintor. Manifes-

tole don Eduardo su deseo de que le hiciera el retrato en miniatura; pero el hábil artista le dijo que á causa de tener otra obra entre manos, le era de todo punto imposible emprenderle sin dilacion, y que no podria empezarle antes de ocho dias. Aunque este retardo era molesto al duquecito, consintió en volver al cabo de ocho dias, pues simpatizó desde luego con la natural amabilidad del ilustre artista.

El plazo de los ocho dias habia llegado ya á su término. En los tres primeros ocurrieron las últimas aventuras del infortunado poeta, cuya desastrosa historia era aun objeto de las conversaciones de todos los círculos de Madrid, apesar de haber transcurrido ya cinco dias desde aquel triste cuanto escandaloso acontecimiento.

Desde que la *Bruja* ocupaba la habitacion contigua á la del jardinero del duque de la Azucena, hallábase postrada en cama bastante enferma, consecuencia natural de sus graves padecimientos. Era cuidada esmeradamente por la anciana madre del jardinero, y el mismo don Eduardo la visitaba y consolaba todos los dias con afectuosas muestras de interés.

. . . .

Era el 9 de marzo.

El reloj del Buen Suceso acababa de dar las once de la mañana.

Un sol radiante penetraba por varias ventanas que daban al Norte en una anchurosa estancia de elevado techo, y bañaba con su luz multitud de objetos que revelaban el destino á que estaba consagrado aquel santuario del talento y de la gloria.

Era el estudio del honrado pintor.

Bajos relieves del Partenon alternaban en las paredes con algunos bastidores sobre los cuales campeaban las célebres *Lochas* de Rafael.

Habia además en todos los lienzos vetustos cuadros de los mas famosos pintores antiguos, divididos por escuelas.

La española, la francesa, la inglesa, la alemana, la holande-

sa, la flamenca, la italiana con sus agregadas veneciana, napolitana, florentina, todas en fin las que han dado obras maestras estaban representadas por selectos cuadros de artistas de indisputable mérito é imperecedera y gloriosa remembranza, como Zurbaran, Murillo, Ribera, conocido en Italia por el *Spagnoleto*, Velazquez, Menendez, Juanes, Vernet, Tiziano, Rubens, Allegri, llamado el *Correggio*, Van Dyck, Falcone, Sneyders, Fiorini, Theotocopuli, llamado el *Greco*, Lebrun, Mengs, Teniers, Tintoreto, Veronés y otros.

En ciertos puntos de la sala llamaban la atencion algunas estátuas de yeso, entre ellas el Apolo del Belvedere, la Venus de Médicis, Diana cazadora, Castor y Polus y Laoconte y sus hijos.

Ocupaban el frente de dos ventanas sendos caballetes con cuadros empezados, y sobre una mesa inmediata veíanse paletas de varios tamaños, pinceles y algunos tientos ó varillas para afirmar el pulso.

Una gran mesa, atestada de otros muchos objetos como los libros del Palomino Velasco, las aguas fuertes de Pinelli, las de Rembrant, las estampas de Pusino, alternaba con algunos maniquíes de hombre y de muger, una gran caja-mesa provista de colores y una librería que contenia los mejores tratados de pintura.

Habia tambien entre los referidos objetos, mascarillas, bustos, piés y manos de yeso, un pantógrafo, una cámara oscura y una gran cartera de apuntes; pero lo mas magnífico de aquel sublime conjunto colocado en agradable confusion, era el animado grupo que ocupaba las mejores luces de la sala.

Graciosamente sentada sobre un banco á propósito, veíase una seductora criatura dotada de todos los encantos que puede atesorar la mas celestial belleza, de toda la frescura de la virginidad, de toda la gracia de una candorosa jóven que frisa con la dorada sazon de la adolescencia. Si no alardeaba la blancura del jazmin, no por eso era menos tersa y fina la sedosa tez que cubria sus redondeadas formas. Sencilla y donosamente recogida su cabellera negra como el ébano, permitia brillar en toda su pureza la an-

churosa frente. Dos arcos de azabache acentuaban sus expresivos ojos, cuyas pupilas, fijas siempre en un mismo punto, parecian clavadas en un pequeño óvalo de marfil, entornado de larguísimas pestañas, que sombreaban lijeramente la nevada superficie de las órbitas. Graciosa y diminuta nariz, armonizábase con las sonrosadas orejas, que semejaban destellos de una perfecta miniatura. En el carmin de su boca anidábase todo el hechizo de una sonrisa arrebatadora. La barba se apoyaba muellemente sobre la pulida mano derecha, dando á todo su cuerpo cierto aire de indefinible voluptuosidad. Un ligero ropage colocado con notable inteligencia, parecia haberse desprendido de aquellas celestiales formas, como queriendo prestar un tesoro de perfecciones á la destreza del artista.

Esta encantadora beldad que servia de modelo para el personaje principal de un cuadro mitológico que el pintor estaba trazando... ¿lo creerá el lector?... era Juanilla la hija del torero.

Cinco dias habíanse apenas deslizado desde la terrorífica escena en que encontró un cadáver en el cofre donde iba á buscar sus joyas, y no solo parecia que nada siniestro le hubiese ocurrido, sino que, como se verá por el siguiente diálogo, hallábase esta jóven muy contenta y en posesion de las riquezas adquiridas por los medios referidos en los capítulos anteriores. ¿Qué arcano es este? Tamaña imperturbabilidad en una tierna jóven es misteriosa. ¿Habrá en ella complicidad de asesinato? No lo permita Dios, y ojalá que en el transcurso de la presente historia lleguemos á ver descifrado este espantoso enigma, sin tener que amancillar con mas horribles pinceladas la conducta de una jóven, que al través de su astuta coquetería albergaba en su alma ciertos sentimientos de propia estimacion y noble generosidad.

Juanilla habíase presentado en casa del pintor, ignorante de cuanto habia ocurrido posteriormente á su salida del palacio del poeta, y mientras el pintor atendia á su cuadro, estaba la jóven en alegre conversacion con él.

—De veras, Juanilla—decíale el pintor—me recelaba que



La Bruja de Madrid, por D. W. Ayguals de Izco.

estarías enferma, y como hubiera sabido tu habitacion, hubiera ido á visitarte.

—¿Tanto me quiere usted?—repuso la jóven con acento candoroso.

—Ya se vé que sí. Además, hija mia, para mí no solo eres apreciable por tu buena conducta, sino porque eres una joya preciosa, que si te perdiera, acaso me seria imposible reemplazarla.

—¿De veras?

—Como lo oyes. Tienes las formas de una Venus. Y no vayas á creer ahora que te hablo así por el gusto de requebrarte, nada de eso, Juanilla. Cuando tengo yo mi paleta y mis pinceles en la mano, olvido los efímeros placeres de la sensualidad, y mi fantasía me eleva á otra region de hermosas ilusiones. Ya ves que raras veces entablo conversacion contigo. Hoy adelantaremos poco.

—¿Por qué razon?

—Porque en mi profesion, cuando uno habla no está del mejor talante para pintar.

—Lo siento de veras.

—¿Tanto te repugnan mis requiebros?

—Ya ha dicho usted antes que no lo eran.

—No son requiebros ó lisonjas, porque son la verdad. He dicho que si te perdia no hallaría un modelo tan á propósito como tú.

—Está usted hoy de buen humor.

—Rara vez lo tengo malo.

—Pero hoy me dice usted unas cosas.....

—Vienen rodadas por la conversacion. Y digo que eres un buen modelo, no solo por la belleza de tus formas, sino por la expresion y gracia que naturalmente das á tus posturas.

—¿Con que soy una joya sin reemplazo en caso de que usted me pierda?

—Así lo he dicho antes y lo repito ahora.

—Pues ya puede usted considerarme como perdida.

—¿Cómo así?

—¿No le he dicho á usted al llegar que no habia venido todos estos dias porque estoy de novia?

—¿Pero hablabas de veras?

—Y que no se han de pasar muchos dias sin recibir la bendicion del cura.

—Creí que era todo una chanza.

—Pues no señor, no me chanceo, me caso, me caso.

—Sea en hora buena, hija mia.

—Con un jóven como unas perlas..... y muy rico. Ya se lo dije á usted; solo he venido porque quiero que concluya usted ese cuadro con todo esmero, que procure usted el parecido con la mayor perfeccion, y desde ahora trabaja usted de mi cuenta. Le pagaré á usted el valor del cuadro, y daré á mi marido mi retrato por regalo de boda. Como he creido siempre que va usted á hacer una cosa muy buena, quiero sorprender á mi esposo con un presente digno de él y de mí.

—¿Cómo habia de figurarme que dijeras todo eso con formalidad?

—Pues sí señor, ese cuadro es para mí.

—Muy bien, Juanilla, muy bien; y me esmeraré por dejarte contenta. Mucho siento perder mi precioso modelo; pero si esta pérdida es hija de tu felicidad, me alegro infinito, hija mia, de este inesperado suceso. ¿Con que tan buen partido se te ha proporcionado?

—El mejor del mundo.

—Ya ves como la Providencia premia la virtud. Sigue siempre siendo muger de bien, si quieres que no te abandone la fortuna.

—¿Tan buen concepto merezco á usted?

—Te he tenido siempre por una muchacha honrada.

—Como las demás.

—No por cierto, hija mia.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque desgraciadamente abundan que es una lástima las

jóvenes pervertidas. Todos los dias suceden cosas que no parece sino que vivamos en un pais por civilizar. Ahora mismo no se habla en Madrid mas que de esa espantosa catástrofe que ha consternado á todos. Ya la habrás oido referir.

—No sé nada. ¿Qué catástrofe es esa?

—Ese desgraciado jóven que se suicidó el otro dia..... ¡Si no se habla de otra cosa en todas partes!.....

—Como yo no veo á nadie..... Cuéntemelo usted.

—¡Oh! es horroroso.

—¡Dios mio! Me asusta usted; pues ¿qué ha habido?

—Unas bribonas que sedujeron á un pobre jóven relacionado con todas las familias mas distinguidas de la aristocrácia.....

—¿Qué me dice usted?—interrumpió Juanilla palideciendo.

—Y despues de hacerle contraer mil compromisos y gastar lo que no tenia, le abandonaron.

—¡Qué picardía!—exclamó Juanilla procurando reprimir su confusion.—¿Y quién es ese jóven?

—¿Qué sé yo? dicen que era un gran poeta... Todo el mundo le conocia por don Agapito... Su apellido le ignoro.

—¡Don Agapito!—gritó Juanilla.

—¿Conoces algun caballero de ese nombre?

—No, no por cierto—respondió Juanilla reconcentrando su acerba emocion, y logrando por fin dominarse, preguntó con bastante serenidad:—¿Y no podia haber sido él el seductor?

—Aun cuando así fuese, es muy criminal la conducta de las dos mugeres, que se aprovecharon de su libertinage. El infeliz ya pagó bien cara su culpa.

—¿Pues qué le ha sucedido?

—Creía haberlo dicho ya..... Fué tan desgraciado en el juego como en sus relaciones amorosas, perdió una cantidad que no tenia, entró furioso en su gabinete, y se degolló.

Juanilla lanzó un grito de horror y se cubrió el rostro con entrambas manos.

—He sido un imprudente—prosiguió el pintor dejando la

paleta y los pinceles y aproximándose á Juanilla.—Conociendo tu sensibilidad no debia haberte contado un lance tan horroroso.

—¿Y murió?—preguntó balbuceando la jóven.

—Sí, hija mia—respondió el pintor, y asiendo á Juanilla de las manos, añadió como para consolarla:—pero pierde cuidado que no quedarán impunes las dos bribonas que fueron causa de esta catástrofe. Es probable que ande la justicia en su busca, y como se las encuentre, á buen seguro que no han de ir por la penitencia á Roma.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Vamos, niña, que no hay motivo para esos extremos.

—Es verdad—repuso Juanilla pasándose la mano por la frente que tenia bañada de sudor.—Al fin son personas desconocidas; pero tengo una complexion tan nerviosa... el relato de la menor desgracia me trastorna de un modo que... Permita usted que me vista... y lo dejemos por hoy.

—Sí, hija mia, tampoco tengo yo humor de trabajar. Nada nada, te retiras á tu casa, puede que ya encuentres en ella á tu novio, te dice cuatro galanteos, y se te pasa al momento esa especie de congoja.

—Ya se me ha pasado—dijo la jóven esforzándose por sonreir.—¡Mire usted que me importa á mí todo eso!

Vistiose en breves momentos, porque llevaba un sencillo trage á propósito, sin corsé, y despues de cambiar un afectuoso saludo con el pintor, desapareció por una puerta que daba á la escalera sin precision de pasar por las habitaciones de la casa.

Pocos momentos quedó solo el honrado artista, pues apenas acababa de ausentarse Juanilla, oyose llamar á la misma puerta por donde habia salido.

—¿Si se habrá olvidado algo?—pensó el pintor y fué corriendo á abrir.

La persona que llamaba era don Eduardo, el hijo del duque de la Azucena.

. . . .

Aunque don Eduardo vestia siempre con aquella elegancia que es peculiar del buen gusto, porque tanto dista de la desidia como de la afectacion, habíase ataviado aquel dia con particular esmero, como suele acontecer á cuantos se ponen á discrecion de un retratista, fragilidad humana en la que incurrir suelen hasta las personas que menos adolecen de presuncion. Así es que estaba interesantísimo cuando se presentó en el estudio del aventajado artista, con quien habia simpatizado ya desde la noche en que tuvieron ambos una breve conferencia.

—Creo, amigo mio — dijo con amable franqueza, despues de haber cambiado un saludo con el dueño de la casa—creo que no habré padecido error en la cuenta de los dias transcurridos. Me dijo usted que dejara pasar ocho dias que necesitaba para concluir una obra que tenia entre manos, y que emprenderia inmediatamente mi retrato en miniatura. Este breve plazo, que por cierto me ha parecido á mí interminable, ha cumplido ya, y estoy ansioso de ver como sabe usted justificar el buen concepto que de su habilidad y talento me han hecho concebir los informes de personas inteligentes.

—Efectivamente—respondió el pintor con la sonrisa de la sinceridad—acaban de pasar los ocho dias que han mediado desde que tuve el honor de conocer á usted y darle una promesa, que es para mí demasiado honrosa para que deje de cumplirla, no solo con satisfaccion, sino con el mayor esmero. Solo siento que venga usted sobrado prevenido en mi favor, porque de seguro debe esto perjudicarme, y me temo que el resultado de mis esfuerzos no corresponda á las esperanzas de usted. En cuanto á la ansiedad con que aguardaba usted el término de los ocho dias, me parece muy natural.

—Ya se vé que lo es. El deseo de ver una obra maestra...

—No diga usted eso, por Dios. Desgraciadamente empiezo ya á ser gato viejo, como suele decirse, y no se me oculta el verdadero motivo de esa ansiedad.

—¿Cree usted que hay otro motivo?

—Así lo sospecho.

—¿Me atreveré á preguntárselo á usted?

—Yo soy el que no me atrevo á indicárselo..... Podria usted creer que trato de satisfacer una impertinente curiosidad.

—Puede usted hablar con toda franqueza.

—Prévio este permiso, diré á usted que entre las personas que me han favorecido recurriendo á mi limitada habilidad para obtener su retrato, esceptuando algunos personages de alto coturno, ya entrados en años, que han querido verse reproducidos en el lienzo ó el marfil con todas sus cruces, bandas, placas y bordados para recrear de contínuo su orgullo teniendo siempre á la vista la imágen de su debilidad, algunas viejas presumidas que se hacen retratar de cuerpo entero para eternizar sus gracias, y uno que otro escritor público que piensa ofrecer un gran regalo á la posteridad uniendo su efigie á las obras que nadie lee, los demás, jóvenes simpáticos como usted, suelen todos llevar la idea de hacer con el retrato un amoroso presente al ídolo de sus pensamientos; y está en el órden que en este caso haya ansiedad por poseer la prenda que á semejante destino se consagra.

—¡Muy bien! Todo eso es muy natural, y lo de las escepciones me ha hecho mucha gracia. Solo ha debido usted añadir que cuantos suelen mandarse hacer sus retratos sin mas aliciente que satisfacer su amor propio, tienen por lo general pocos motivos de estar agradecidos á la madre naturaleza. Pero, amigo, en cuanto á mí, no se me puede aplicar del todo la regla de los enamorados, si bien es verdad que mi retrato es para una dama. Ya vé usted que me hallo en una posicion especial.

—¿Dice usted que es para una dama el retrato?

—Para una de las jóvenes mas lindas que hay en Madrid.

—¿Hermana de usted?

—No, sino novia.

—¿Novia..... sin estar usted enamorado?

—Quiere mi padre que me case con ella.....

—¿A disgusto de usted?

—Nada de eso, yo me casaré muy contento, aunque no sea mas que por dar gusto á mi padre.

—¿Pero haciendo un sacrificio?

—No por cierto..... es enlace que por todos estilos me conviene, y aunque no estoy enamorado de la niña, espero amarla como su hermosura y nacimiento merecen..... y me lisonjeo de hacerla feliz.

—Me gusta mucho ese modo de pensar. Pocos jóvenes he visto que discurran con tanto juicio. Mucho deberá amar á usted su novia.

—¿Lo cree usted así?

—¿Cómo no, reuniendo usted cuantas prendas pueda ambicionar una muger? Me dijo usted la otra noche que pertenecia á una de las principales familias de Madrid.

—No fuí yo, amigo mio, sino la pobre muger que tuvo la bondad de acompañarme. ¿Y no sabe usted que aquella muger es una *Bruja?*

—Necedades del vulgo. Pero si es usted rico.....

—Mire usted que lo dijo una *Bruja*—repuso riéndose don Eduardo.

—Rico, de una familia principal..... buen mozo..... Y esto de buen mozo no lo dijo la *Bruja*, que lo veo yo. Verá usted, verá usted que retrato..... ¡Oh! tengo ya empeño en hacer una cosa sorprendente.....

—Eso, eso es lo que yo deseo; pero sin añadir ni quitar. Solo aquello que usted vea..... nada de favorecerme.

—Con que sepa yo copiarle á usted idénticamente, saldrá una cosa admirable. ¿Quiere usted que empecemos?

—Con mucho gusto.

—¿Trae usted marfil?

—No señor.

—Pues elija usted el que mas le guste.

El pintor sacó algunos paquetes de marfiles de varias dimensiones y los entregó á don Eduardo.

—Este tamaño me parece el mas á propósito.

—Corriente. En cuanto á su calidad todos son muy buenos. Ahora tendrá usted la bondad de estarme dos horitas de penitencia.

—¡Dos horas!

—Es preciso para hacer una cosa como usted desea.

—¿Y necesitará usted muchos dias para dejar el retrato concluido?

—No puedo asegurarlo; pero confio no emplear mas de ocho.

—Siempre ocho dias para todo.

—Si fuera yo poeta, no escribiría mas que en octavas. Soy muy aficionado al número ocho.

—Pues los números pares no son de muy buen agüero. El siete, el siete es el guarismo de las grandes cosas.

—¿Ya empieza usted por regatearme los dias?

—De ningun modo. Lo que yo quiero es que salga bien el retrato.

—Tengo confianza de que ha de quedar usted satisfecho, y aunque sean siete, ocho ó acaso nueve, los dias que me ocupe en él, la penitencia de usted no durará mas que tres, esto es, seis horas. Pero si usted quiere un retrato de municion, como suele decirse, con la penitencia de hoy y un par de dias mas que me emplee yo solo en acabarlo, tendrá usted retrato.

—Pero no será parecido.

—Parecido y bien pintado; pero no con la perfeccion que usted apetece.

—No se hable mas de eso. Me allano á los tres dias de penitencia y aunque quiera usted cuatro; pero exijo la perfeccion que usted me ofrece.

—Se me ha escapado esa palabra. Usted sabe que no puede salir nada perfecto de la mano del hombre; pero le prometo á usted esmerarme todo lo posible para dejarle contento.

—Pues manos á la obra.

—Manos á la obra. Hágame usted el favor de sentarse en este sillon.

Don Eduardo tomó asiento en un sillon que el pintor acababa de colocar en sitio á propósito para que las luces produjesen buen efecto. El pintor sentose á su vez junto á una mesa, y estando ya con el pincel en la mano á punto de empezar, dijo á don Eduardo.

—El rostro un poco mas ladeado hácia la derecha. Bien..... así..... así está usted perfectamente. Fije usted la vista en algun objeto determinado. Naturalmente..... sin abrir los ojos mas de lo regular..... Así..... muy bien. Ahora es indispensable esta inmovilidad para sacar los contornos. Despues ya no habrá necesidad de semejante esclavitud.

Mas de media hora hacia que estaba don Eduardo como una estátua, cuando le dieron deseos de echar una ojeada al pintor, y sintió una emocion agradable, al verle embebido en su tarea arqueando las cejas con la expresion del entusiasmo y sonriéndose como satisfecho de su obra.

Alzó los ojos el pintor, y viendo que don Eduardo le miraba, exclamó:

—¡Ah, picarillo! ¿Con que me está usted atisbando?

—Me recreaba en verle á usted saborear su habilidad. Parece que está usted contento.

—Sí, amiguito, no hay como hacer una cosa á gusto. ¡Ea! esos ojos á su sitio... me siento ahora inspirado, y no es cosa de perder los momentos.

Don Eduardo tomó su primera posicion, y la esperanza de adquirir un retrato que en su concepto habia de ser una alhaja sin igual, diole resignacion para aguantarse una hora mas sin moverse.

Esta hora deslizose para el pintor como un breve instante; pero haciéndose cargo de la molestia que debia estar experimentando el duquecito, dejó el pincel sobre la mesa, y frotándose las manos con satisfaccion, exclamó:

—Vamos, basta ya por la primera vez.

Don Eduardo miró su reloj, y repuso:

—No hace mas que hora y media que hemos empezado.

—Pero he adelantado mucho, porque además de la aficion con que hago este retrato, no he visto nunca otra persona de mejor condicion que usted para sacarle bien las facciones. Se ha estado usted como una estátua. Dígole á usted que si no quedo airoso esta vez, tiene usted mil motivos para decir á todo el mundo que soy un chapucero.

—Si usted me diera permiso para ver lo que hay hecho.....

—Es una desventaja para mí..... No hay mas que aguadas... y le parecerán á usted borrones. Sin embargo, no tengo inconveniente en que usted lo vea.

Levantose don Eduardo, aproximose á la mesa, y al mirar el empezado retrato, exclamó con agradable sorpresa:

—¡Cáspita! ¿Y á esto llama usted borrones? Si me parece que me estoy viendo en el espejo.

—Empieza ya á salir el parecido; pero considere usted lo que podrá mejorarse en ocho dias.

—Le aseguro á usted que estoy atónito. A este paso le bastaria á usted media hora para concluirle.

—No sea usted niño. Todo eso es nada en cotejo de lo que está por hacer. Verdad es que se tiene mucho adelantado, que casi puede asegurarse el buen éxito cuando se cogen bien los contornos, y me parece haber estado muy feliz en el comienzo.

—Veo que no han sido exajerados los elogios que me habian hecho de la destreza y talento de usted.

—Todos los artistas tenemos nuestros apasionados y nuestros enemigos. Otros dirán que soy un zote. Así vá el mundo, y no hay mas que hacer lo que se pueda en beneficio del arte y dejar á cada uno con su derecho de disparatar á su guisa.

—¡Oh! no por cierto, los que me han dado buenos informes de usted no han dicho ningun disparate. Ya estoy yo en la inteligencia de que no tiene usted rival en España. Esto ha hecho

nacer en mí el deseo de ver alguna de sus obras. No he aprendido por principios este arte encantador, pero he visitado las mejores galerías de pinturas de París y Lóndres, he admirado varias veces la magnífica y abundante coleccion de nuestro museo, las colecciones de cuadros de los reales sitios, y creo no carecer de la inteligencia suficiente para distinguir las obras maestras. Por los infinitos modelos que adornan este salon, veo que posee usted un tesoro. Aquí hay pinturas de todas las escuelas.

Diciendo esto estaba don Eduardo contemplando los cuadros que cubrian las paredes de aquel vasto recinto.

—Es efectivamente un tesoro que he ido adquiriendo poco á poco. Empecé por heredar algunas pinturas de mi maestro en Roma.....

—¿Ha estado usted en Roma?

—Allí hice mis estudios, y mientras estuve soltero, fuí invirtiendo el fruto de mi trabajo en la adquisicion de obras maestras. Así es, que he vivido siempre apurado, siempre pobre; pero en medio de mis escaseces, entro en mi estudio, y rodeado de los objetos que tiene usted á la vista, exclamo con orgullo: «me tienen por un pobre artista, y aquí me creo yo superior á todos los magnates del orbe.» Salgo de aquí, se desvanecen mis ilusiones y tengo que ir muchas veces en busca de algun amigo que me preste un duro para dar de comer á mi pobre familia.

—¿Es posible que con tanto mérito se vea usted condenado á sufrir escaseces y privaciones?

—Dejemos esa conversacion. Estoy acostumbrado á mi pobreza y me va en ella tan grandemente. *Rodeado de personas que me quieren, la codicia ni los pesares perturban nunca mi sueño.*

—¿Y no me haria usted el favor de enseñarme alguna de sus obras?

—Ahí tiene usted una copia de una de las mejores creaciones de Rafael de Urbino, que hace dos dias he terminado. Es conocido por el nombre de *la Vírgen del Pez.*

—¿Es obra de usted?

—Para concluirla le pedí á usted el consabido plazo de los ocho dias.

—Magnífico grupo. La Vírgen que está sentada en el trono destella por todas partes aquella gracia magestuosa que enamora á todo corazon sensible.

—Rafael fué muy feliz en el dibujo de sus vírgenes.

—¿Y qué me dice usted del niño que tiene en sus brazos? Todo él respira divino candor. ¡Qué frescura hay en los colores! ¡Cuánta delicadeza y perfeccion en los contornos! ¡Con que natural esbeltez tiende la mano é inclina el cuerpo hácia ese jóven! Desearia saber la significacion de las demas figuras.

—El que está leyendo arrodillado en la grada del trono de la Vírgen, es San Gerónimo.

—¡Qué hermosa cabeza! ¡Qué respetable fisonomía!

—Ese jóven hácia el cual se inclina el niño con adorable sonrisa es Tobías, que conducido por el ángel Rafael, aproxímase á la Vírgen y se postra humildemente ante su trono.

—El conjunto es de un efecto admirable; pero á pesar de haberme dicho usted el nombre de las figuras, no sé lo que puede representar el cuadro.

—Se cree que es el reconocimiento de la autenticidad del libro de Tobías, cuya version habia hecho San Gerónimo. Esta es la interpretacion mas admitida entre los conocedores.

—Amigo, le doy á usted el mas cordial parabien.

—Mil gracias, caballerito.

—No olvidaré nunca el buen rato que me há proporcionado esta visita.

—Si esceptuamos la hora y media que ha durado el martirio.

—Se equivoca usted si cree que me ha causado molestia. Yo me hallo bien siempre que estoy cerca de algun artista de mérito, y mas si contribuye mi presencia al ejercicio de su habilidad.

—Es usted muy cumplido, y toda vez que tan apasionado se muestra usted de mis pobres ensayos, quiero enseñarle á usted mi obra predilecta.

El pintor condujo á don Eduardo al otro extremo de la sala, y se paró en frente de un cuadro que estaba cubierto por una cortina.

—Aquí tengo yo una preciosa joya que no enseño mas que á las personas muy inteligentes, ó que simpaticen conmigo. Es un retrato que hice para mi recreo, solo para mi recreo... Es de una jóven á quien quiero mas que á mi vida... á quien adoro.

—Será de su esposa de usted.

—No por cierto.

Entonces sospechó don Eduardo que seria de alguna querida.

Subiose á una silla el pintor y descorrió el cortinage que cubria la pintura en cuestion.

—¡Dios mio!—gritó don Eduardo, y se quedó como en éxtasis contemplando el retrato que tenia á la vista.

—Bien sabia yo el efecto que habia de causarle á usted mi obra maestra.

—¡Qué divina está!—exclamó el duquecito.

—Bien lo sé yo. No volveré á pintar cosa alguna que se le parezca. Cuando el corazon acompaña la mano...

—Es verdad...—dijo para sí don Eduardo...—lo ha dicho antes... la adora... ¡Y será correspondido!... Los celos me desgarran el corazon.

—Está usted meditabundo. ¿En qué piensa usted?

—En que debe usted ser muy dichoso—respondió don Eduardo procurando fingir serenidad.

—No soy desgraciado; pero ¿por qué dice usted eso?

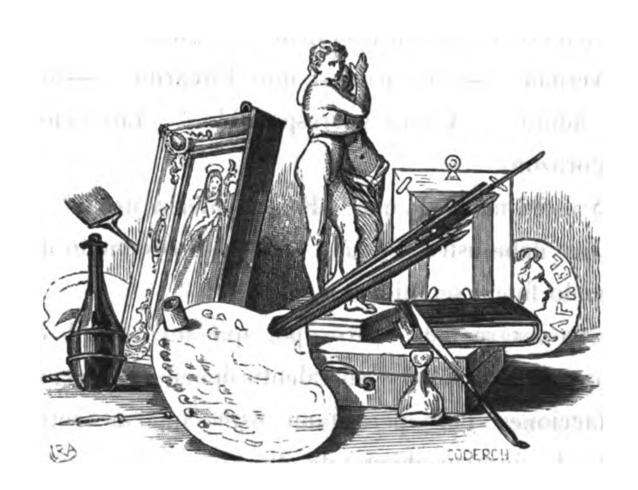
—Porque su habilidad y su talento deben proporcionarle muchas satisfacciones. Pero permítame usted que me retire, se me ha hecho tarde sin apercibirme de ello.

—Espero que mañana será usted puntual.

Don Eduardo contestó á esta indicacion con una forzada sonrisa, y despues de estrechar la mano que bondadosamente le habia tendido el pintor, dijo para sí con amargura:

—¡Cómo palpita mi corazon! ¡Cómo arde mi cabeza!

La vista del retrato de Enriqueta con el mismo trage que llevaba el dia de Santa Cecilia en el café de la *Cruz de Malta* acababa de avivar el fuego de un amor que, aunque estaba como entre cenizas amortiguado, era un amor verdadero, era un primer amor. La idea de que aquella beldad encantadora era la concubina de otro hombre, le desgarró el alma y convirtió en voraz incendio la llama que parecia haberse ahogado en su pecho. Cuando un infortunio lacera tan cruelmente un corazon de diez y ocho años, suele ofuscarse la razon, y no pocas veces la primera idea que ocurre á un celoso frenético es buscar su remedio en la muerte. Don Eduardo, naturalmente melancólico, y aclimatado á los hábitos de Inglaterra donde acababa de pasar su adolescencia, fijó su pensamiento en el suicidio, y con esta horrorosa idea desapareció del estudio del pintor.





CAPITULO XXVII.

LAGRIMAS DE CELOS.

Si á tanto llega el dolor
De sospechas y recelos,
No le llame nadie celos,
Sino rabia del amor.
GALVEZ DE MONTALVO.

Ut vidi, ut perii, ut me malus abstulit error.
VIRGILIO.

Je le vis, je rougis, je palis á sa vue.
RACINE.

Un momento despues de haberse ausentado el duquecito de la Azucena, presentose Enriqueta en el estudio del pintor.

—Padre ¿no quiere usted comer hoy?—le preguntó en tono de candorosa reconvencion.

—Sí, hija mia—respondió el pintor;—mas no creo que sean las dos aun.

—Acaban de dar en este momento; pero como antes de ir á la mesa tiene usted la costumbre de venir á darnos un rato de conversacion, madre extraña que no se acuerde usted hoy de nosotras.

—Enriqueta, primero es la obligacion que la devocion. He

estado trabajando hasta ahora. Apuradamente hoy tengo mucho que contaros. Así será mas animada la conversacion durante la comida.

—¿Pues qué tiene usted que decirnos?

—Eso es, entablemos ahora si te parece un interminable diálogo, y tu madre que tenga paciencia. Ademas, no es cosa del otro jueves lo que he de deciros; pero como tengo la costumbre de contaros minuciosamente lo que me ocurre en vuestra ausencia, hoy he de referiros cuanto me acaba de pasar con un elegante jóven, cuyo retrato tengo empezado.

—¿Ha empezado usted un retrato? ¿Por qué no me le enseña usted?

—Encima de esa mesa está; pero ten cuidado no me le vayas á echar á perder con el resuello y me le rocíes de saliva al hablar.

—¡Ave María! ¡qué advertencias tan originales le ocurren á usted! ¡Ni que ahora bajase yo de la montaña!

—Como de esas cosas suceden todos los dias...

—¡Ay!—gritó Enriqueta con asombro al fijar sus ojos en el marfil. *Palideció de pronto, y un encendido carmin coloreó en seguida su rostro virginal.*

—¿No lo dige?—exclamó el pintor—ya te ha sucedido alguna desgracia.

—¡Dios mio!... ¡él es!... ¡él es!

—¿Qué estás hablando?

—¡Ay, padre mio! Es el jóven del café.

—¿El jóven del café?

—Sí, es Eduardo... es Eduardo... ¡Y me está mirando como aquel dia!

Pocos ó ninguno de nuestros lectores habrá dejado de observar que desde cualquiera parte que se mire un buen retrato, se le ve con la vista clavada en la persona que le contempla, y si está como el duquecito, con la sonrisa en los lábios, se completa la ilusion hasta el extremo de parecer que la pintura está animada, y aun en inteligencia con la persona que le mira. Esto le sucedia á

Enriqueta cuando exclamó: «¡me está mirando como aquel dia!» y la pobre muchacha sintió mas que nunca la vehemencia de su amor.

—¿Estás loca, Enriqueta?

—¡Oh! no señor, no estoy loca..... Es el jóven de los ojos negros..... El corazon no me engañaba cuando me hacia esperar que mi amor seria correspondido.

—¿Qué dices, muchacha?

—Digo que Eduardo me ama como yo á él, y el retrato no es mas que un pretexto para verme. ¡Cuánto habrá padecido! ¡Cuántas gestiones habrá hecho por averiguar donde yo vivo! Porque él no lo sabia, padre, no lo sabia ni tenia el menor indicio de quien yo era, y sin embargo ha encontrado la casa..... y ha venido á verme.

—Ha venido á que le haga el retrato.

—¿No conoce usted que eso es un pretexto?

—Repito que estás loca... Ese caballero es de una de las principales casas de Madrid, y no ha pensado ni soñado jamás en amarte.

—¿Entonces por qué se vale de usted para el retrato? ¿No hay pintores de sobra en Madrid?

—Los mamarrachistas abundan en efecto; pero parece que le dieron buenos informes de mí, y nada tiene de particular que me haya preferido á otros. Enriqueta, es preciso que olvides á ese jóven.

—Eso no puede ser, padre. Y ahora que estoy convencida de que me ama...

—Pues yo sé positivamente que no.

—¿Lo sabe usted de veras?

—Yo sé que ese jóven es muy rico, y que pertenece á lo mas distinguido de la aristocracia.

—Es verdad—murmuró tristemente Enriqueta.

—¿Cómo puedes lisonjearte, hija mia, que un caballero de tan alta alcurnia elija por esposa la hija de un pobre artista? Y

aun cuando fuera verdad lo que tú sospechas..... aun cuando so pretexto de que le haga el retrato sea la intencion de ese jóven verte y enamorarte... por ningun concepto debieras tú corresponder á su degradante amor.

—¿Degradante?

—Sí, hija de mi alma, degradante, porque las preocupaciones de la sociedad hacen vituperable el matrimonio entre una jóven de humilde condicion y el hijo de un noble; y cuando este se enamora de alguna belleza, cuyo nacimiento no está en armonía con los blasones del amante, bien puede aplicarse á este el nombre de seductor, pues no suele ser otra su intencion que engañar á la infeliz que presta oidos á sus ternezas.

—No todos los nobles pensarán de ese modo.

—Es regla general.

—Siempre he oido decir que no hay regla sin excepcion.

—Eso es verdad.

—Pues en este caso me dice el corazon que ese amable jóven es la excepcion de la regla.

—¡Qué ganas tienes de atormentarte!

—No lo crea usted. La certeza de que ese caballero no me ama, sí que seria para mí un cruel tormento.

—¿Pero en qué fundas tus esperanzas?

—En la bondad que destellan sus hermosas facciones.

—Tienes poca experiencia de lo que es el mundo, Enriqueta, y no sabes que muchas veces se oculta un corazon perverso bajo un exterior amable y simpático.

—No me diga usted eso, padre mio.

—Te lo digo para tu bien. No conviene que así te dejes halagar de falsas ilusiones.

—¿Y por qué han de ser ilusiones?

—Porque lo son, hija mia.

—¿Será la primera ocasion en que un jóven rico y noble se enamore de una pobre muchacha?

—Es un fenómeno que acontece muy raras veces.

—Eso es que conoce usted que yo no tengo méritos suficientes para cautivar el amor de ningun hombre—alegó tristemente Enriqueta.

—Estás equivocada, hija mia—repuso el pintor asiendo con cariño la mano de la aflijida jóven.—Por la profesion que ejerzo tengo obligacion de saber distinguir lo bello de lo que no lo es. Llevo un estudio largo y constante de las proporciones que constituyen un todo perfecto y encantador, y no solo veo en tí reunidas estas perfecciones físicas, sino que además estás dotada de talentos y virtudes que yo me complazco en admirar y bendecir, porque me llenan de orgullo. Pero considera, hija mia, que el jóven de quien hablamos ignora las buenas prendas que posees.....

—Me vió en el café, y si, como usted dice, no soy tan mal parecida.....

—Eres muy linda, Enriqueta..... esto es lo que yo digo, y que tú sabes demasiado, picarilla.

—Pues bien, tanto mejor..... Si soy tan linda como usted supone ¿por qué no ha de poder enamorarse de mí un jóven noble y rico?

—Porque los jóvenes de la aristocrácia no buscan belleza, sino títulos que correspondan á su vanidad.

—Usted ha dicho antes que aunque eso es lo mas general, no es imposible que haya tambien quien se enamore de la belleza y de la virtud. Usted dice que poseo estas prendas; ¿y valen tan poco en el mundo que no puedan cautivar el amor de un hombre de bien?

—Cierto es que nada es tan agradable á los ojos de un hombre honrado como la seductora amalgama de las bellezas físicas y morales; pero ¡escasean tanto los hombres de bien!

—Padre mio, don Eduardo lo es..... no lo dude usted.

—¿Qué sabes tú? Es preciso tratar mucho á un sugeto para conocerle á fondo. Y aun cuando sea hombre de bien, pertenece á una categoría que le aleja de la tuya.

—Soy hija de un artista cuyas sienes ostentan una corona

inmarchitable. El nombre de mi padre se pronuncia en todas partes con veneracion y respeto..... Sus obras maestras honran á su patria y la ennoblecen..... y el que así ennoblece á su pais nada tiene que envidiar á los palaciegos. Yo no hago ahora mas que repetir lo que ha dicho usted mil veces, satisfecho de su suerte y orgulloso de su profesion.

—Sí, Enriqueta, lo estoy en efecto y no trocaria yo los blasones adquiridos con mis pinceles con los que solo destellan pueril vanidad.

—Pues bien, usted ha sabido conquistar la verdadera nobleza con su talento y sus virtudes, de consiguiente no es tanta la desigualdad que puede haber entre la familia de ese jóven duque y nosotros.

—Tú hablas como poetisa, Enriqueta; pero el mundo es desgraciadamente muy prosáico y no hay en él mas que un ídolo ante cuyos altares se tribute incienso. Este ídolo es el oro.

—¿Y por qué no ha de ser la gloria?

—Debiera serlo, hija mia; pero el que por conseguirla se afana, en vez de las honrosas consideraciones á que sus desvelos le hacen acreedor, solo alcanza sinsabores y desengaños. Allí donde florece un talento privilegiado, germina siempre la envidia dispuesta á zaherir y calumniar al verdadero mérito.

—Pero la razon le hace justicia. Cuando ese jóven vea su retrato ¿dejará de conocer el mérito del pintor?

—Ya ves que no está mas que empezado, y me ha colmado de elogios.

—Es que la semejanza es perfecta.

—Ha examinado todos mis cuadros y ha hablado de ellos como inteligente.

—¿Y le ha enseñado usted mi retrato?

—¿Cómo no, siendo mi obra favorita?

—¿Y qué ha dicho?—preguntó con marcada curiosidad Enriqueta.

—Me acuerdo muy bien de sus palabras. Lleno de asombro

al descorrer yo la cortinilla que le cubre, ha exclamado: «¡Qué divina está!» Luego se ha quedado triste y meditabundo, y se ha marchado al momento.

—¡Y dice usted que no me ama!—exclamó con alegría Enriqueta.

—¿Por qué dices eso?

—Me ha llamado *divina*.....

—Esa expresion iba, á no dudarlo, dirigida al mérito de la pintura.

—Usted lo creerá así; pero yo estoy cierta que me dirigia á mí esa palabra llena de entusiasmo y de amor.

—¿Sabes, Enriqueta, que eres un diablillo?

—Le he parecido divina en el retrato, como se lo habia parecido antes el original. ¡Cuánto me quiere! ¡Qué apasionado y qué fino!

—¿Si será verdad?

—No lo dude usted, padre, me ama de veras.

—La circunstancia de haber quedado luego meditabundo..... pero ¡qué locura! Yo sé que no te ama.

—¿Lo sabe usted?

—Lo sé de un modo positivo.

—¡Dios mio!

—No te aflijas por eso, Enriqueta. ¿Qué te importa á tí un jóven que está en vísperas de casarse con otra?

—¿Se casa?

—¿No te habia dicho eso? Pues olvidaba precisamente el argumento mas lógico para convencerte de que ni siquiera se acuerda el tal señorito de que tú estás en el mundo.

—¿Cómo sabe usted que se casa?

—Como que me lo ha dicho él mismo; y el retrato que me manda hacer es para su novia.

—¡Cruel!

Al hacer esta exclamacion prorumpió la pobre niña en llanto de amargura.

—¿Qué extremos son esos, Enriqueta?

—No se enfade usted, padre—dijo la inocente jóven sollozando—estas lágrimas son las últimas que vierto por ese ingrato..... Y no son lágrimas de amor, sino de odio..... de aborrecimiento.

—¡Válgame Dios, qué juicio de muchacha este! Ello es que antes por amor y ahora por odio te estás dando tormento por una de las mayores locuras del mundo. Mira, Enriqueta, que me voy á enfadar.

—Tiene usted razon, es una locura darse malos ratos por un amante pérfido.

—¡Qué amante ni qué calabazas! Ese jóven nunca te ha querido ni te es ingrato, ni pérfido, ni hay nada aquí de lo que te estás forjando en esa cabeza de chorlito. Porque te vió un dia en el café y te miró...

—Y me regaló dulces... y nos queria acompañar á casa.....—replicó con candidez Enriqueta.

—Todo eso no prueba nada... y si algo habia de probar...—añadió con acerba expresion el artista—¡Dios te libre, hija mia, de que hubiese en semejantes obsequios alguna idea amorosa!

—¿Por qué razon, padre?

—Porque ya te he dicho antes que, atendida la desigualdad de clases y de riquezas, no es fácil que fuesen honradas las miras de ese caballero.

—¿No dice usted con frecuencia que un artista nada tiene que envidiar al mas elevado personage, y que no trocaria usted sus pinceles por los pergaminos de aquel?

—Así es la verdad, pero tambien te he dicho que ellos, los que poseen títulos y riquezas, no piensan como yo. Engreidos con su *heredada* nobleza, miran con desprecio á los que nacieron en humilde cuna, y seria para ellos un baldon el emparentar con una familia plebeya.

—Tiene usted razon—repuso con rubor y melancolía la desgraciada jóven—nosotros somos plebeyos.

—Así nos llaman los magnates; pero esto debe inspirarnos compasion mas bien que otra cosa. Dejemos que allá se las hayan con sus preocupaciones, y toda vez que ese caballerito de quien hablamos, no ha nacido para tí, cásese en buen hora con la muger que á él le parezca digna de su mano, que por eso no te han de faltar á tí mil pretendientes honrados entre los cuales puedas elegir uno á tu gusto. Por otra parte debes considerar, Enriqueta, que eres aun muy jóven, que tú, hija mia, eres la delicia de esta casa... y que el dia que abandones á tus padres, llenarás su corazon de amargura.

Estas palabras fueron pronunciadas por el pintor con tan viva emocion, que Enriqueta no pudo menos de dirigirle una tierna mirada. Entonces vió la inocente niña que una lágrima surcaba la mejilla de su padre, y lanzándose á sus brazos exclamó:

—¡Padre mio, perdon!

—¿De qué, Enriqueta?—repuso el artista recibiéndola con cariño y procurando finjir serenidad.—Tú, hija mia, no me has ofendido en nada. ¿Qué tiene de particular que desees casarte?

—No, padre, no lo deseo..... no quiero casarme nunca..... no quiero separarme jamás del lado de mis padres.

—Sin embargo, ese jóven del retrato habia merecido tu preferencia..... Por él hubieras dejado á tu cariñosa madre..... á un padre que te ama con idolatría.....

—¡Oh, no!..... ¡nunca!..... Puedo asegurar á usted, padre mio, que no amo ya á nadie mas que á usted y á mi madre.

—¿Y al jóven del retrato?

—Le aborrezco.

—Es lo mismo que si digeras que le adoras. ¡Pobre Enriqueta! Ese jóven te ha trastornado el juicio, y porque se casa con otra estás sufriendo el escozor de unos celos insensatos. Reflexiona, querida mia, que así como la ocurrencia del café no fué bastante significativa para que formases ciertas ilusiones que deben habersete desvanecido como el humo, tampoco te ha dado aquel caba-

llerito el menor motivo para que le consagres un aborrecimiento caprichoso. ¿Qué culpa tiene él de que hayas creido tú que te ama? ¿Te lo ha dicho alguna vez?

—Parecia querermelo decir con sus tiernas miradas.

—Los jóvenes miran siempre con ternura á las muchachas lindas. Tienes demasiado talento, Enriqueta, para dejar de conocer que has andado poco cuerda en tus poéticos sueños dorados.

—Dice usted bien, conozco ahora que he sido una insensata. No debo acordarme ya de ese jóven, sino para desear que sea feliz con la muger que tiene la dicha de merecerle. No le amo ya... ni le aborrezco tampoco..... Si no ha querido hacerme ningun daño ¿por qué aborrecerle? Si no ha pensado nunca en amarme y está en vísperas de ser esposo de otra ¿por qué amarle? Cualquiera de los dos extremos seria una locura. Ese jóven debe serme indiferente.

—¡Viva! ¡Viva la discrecion!—exclamó el pintor dando una palmada de alegría.—Ahora has hablado como una jóven de talento, hija mia, y mereces un abrazo por tu juicioso modo de pensar.

Padre é hija se abrazan en el momento en que se les presenta Cecilia.

—¡Muy bien! Ya me figuraba yo que tendrian ustedes alguna ocupacion urgente—dijo con intencion Cecilia—cuando me dejaban bostezando de hambre en un rincon. Como ustedes están bien entretenidos... ¿Se come ó no se come hoy?

—Allá vamos, celosilla—respondió el pintor sonriéndose.—Cuando tú sepas el orígen de este abrazo, le darás tambien otro. Enriqueta es un modelo de las buenas hijas.

—Eso ya lo sé yo—repuso Cecilia.

—Pues entonces ¿por qué te admiras de que le dé un abrazo?

—A mí no me admira eso; pero cuando es hora de comer...

—Es que si supieras lo que ocurre.....

—Nada, madre—dijo Enriqueta aparentando indiferencia.—Hemos descubierto por una casualidad que aquel jóven que vimos

en el café de la *Cruz de Malta* no me ama ni ha pensado jamás en quererme.

—Eso ya me lo figuraba yo. ¿Y cómo lo habeis averiguado?

—Porque él mismo ha dicho á mi padre que se casa con otra.

—¡A tu padre!—exclamó Cecilia manifestando sorpresa.

—Mire usted—dijo Enriqueta enseñando á su madre el retrato.

—Es él..... no cabe duda..... pero ¿qué significa esto?

—Que ha estado aquí—respondió el pintor—y le estoy haciendo el retrato para su novia.

—¡Y qué guapo es!

—¿No es verdad que sí, madre?—exclamó la enamorada jóven con candorosa inocencia.

—Tiene una cara de bondad que encanta—continuó Cecilia.

—Lo mismo me parece á mí.

—Y unos ojos tan expresivos..... Vamos hija mia, que no tenias mal gusto.

—Eso es—interrumpió Federico—echa ahora á perder lo que hemos adelantado.

—¿Qué mal hay en lo que digo?—repuso Cecilia.

—Ninguno por vida mia—contestó el pintor.—Cuando Enriqueta está determinada á no acordarse mas de ese jóven, vienes tú á prodigarle elogios intempestivos.

—Pero si este caballerito es un arrogante mozo, y tiene unas facciones muy agraciadas y unos ojos hechiceros, ¿por qué no he de poder decirlo?

—Porque es una imprudencia habiéndonos confesado Enriqueta que está enamorada de él.

—Y es muy natural que se haya prendado de un jóven tan interesante.

—Tú estás loca, Cecilia—exclamó algo enojado el pintor.

—Mas loco estás tú, que tratas de negarnos una verdad tan patente—respondió Cecilia.

—No se enfaden ustedes—dijo Enriqueta.

—Pero ¿qué tonterias estás diciendo?—repuso el pintor á su muger.

—Cuanto yo digo, siempre te parecen tonterias. Mas tonteria es el querer negar que este caballerito es un jóven encantador.

—Yo no trato de negar eso; lo que repito es que haces muy mal en prodigarle alabanzas.

—Pues si las merece ¿por qué no he de prodigárselas?

—Porque es una imprudencia.

—Pues no señor, yo no lo tengo por imprudencia; este jóven es un bello sugeto, y además de su mérito personal, has de saber que es muy fino, muy atento, muy amable. ¿No es verdad, Enriqueta?

—Sí señora—respondió con timidez la inocente niña;—pero apesar de eso..... ya no le quiero.

—Avergüénzate—dijo el pintor con aire de reconvencion á su muger.

—¿De qué he de avergonzarme?—repuso Cecilia.

—De que una niña tiene mas juicio que tú. ¿No nos dijo Enriqueta que amaba á ese jóven?

—¿Y qué?

—Que sabiendo que no puede ser su esposo, y que ha de olvidarle para siempre, no se le deben encarecer sus méritos—dijo con imperio el pintor.

—¿Con que no puede ser esposo de Enriqueta?

—¿Ahora me sales con eso?

—Es verdad, me habeis dicho que el retrato es para su novia. Pues lo siento en el alma.

—¿Qué estás diciendo?

—Que siento mucho que un jóven tan perfecto no pueda casarse con Enriqueta.

—¿Qué le hemos de hacer, madre?—Exclamó enternecida la pobre adolescente.—Otra muger será feliz con él. Cásese en hora buena con la que sea digna de él por su posicion social. Nosotros somos pobres..... somos plebeyos.....

—¿Con que se casa?

—Sí señora—contestó Enriqueta con fingida serenidad—se casa, y este desengaño ha tranquilizado mi corazon.

—¿De veras, hija mia?

—Tan de veras—respondió Enriqueta—que si dá la casualidad que le vea algun dia cuando vuelva para proseguir el retrato, he de hacer como si no le hubiera visto en mi vida.

—Con todo—repuso Cecilia—será muy prudente que se evite esa ocasion.

—Al contrario—replicó el pintor.—Toda vez que Enriqueta nos asegura formalmente que su corazon está ya tranquilo, me alegraría de que ocurriese entre los dos alguna entrevista casual. Así acabaría de convencerse Enriqueta de que en los obsequios que aquel jóven os dispensó en el café, no hubo mas intencion de su parte que ser atento y cortés con dos señoras que estaban refrescando solas. Y como ni una ni otra sois mal parecidas.....

—Quita allá—interrumpió Cecilia.

—A buen seguro que si hubiera visto en vosotras dos tarascas..... Y tú, Enriqueta, es muy conveniente que no olvides esta leccion, y que estés prevenida para lo sucesivo. Tú eres muy linda, y eso te lo dirán mil veces al dia, y todos los jóvenes te mirarán con agrado. No vayas ahora á creer por eso que todos quieren casarse contigo.

—Hace usted bien en burlarse de mí—repuso Enriqueta con voz entrecortada por amargos sollozos.—Soy una tonta..... bien merecido lo tengo.

La pobre niña, atormentada por el amor y los celos, aprovechó este instante para desahogar su comprimido corazon y prorumpió en copioso llanto.

—¡Hija mia!... Por Dios, que esto no ha sido mas que una chanza—exclamó conmovido el pintor.—¡Yo burlarme de tí!

—Vamos, Enriqueta—añadió su madre—eso no viene al caso. Todo lo que te ha dicho tu padre es para tu bien.....

—Eso es, no falta sino que ahora tú la regañes—repuso el

pintor reconviniendo á su muger, y abarcando con su brazo derecho la flexible cintura de Enriqueta, le dijo con acento cariñoso: —Vamos, hija mia, vamos al comedor... Ya sabes que yo te quiero mucho..... ¿A qué viene esa afliccion?

Y la inconsolable jóven seguia á su padre llorando amargamente, porque no eran lágrimas de un sentimiento pueril las que brotaban sus ojos; era el acerbo lloro que produce un amor celoso y desesperado... era la *rabia del amor*.

¡Qué agena estaba la infeliz de imaginarse que don Eduardo sufria igual tortura! Acababa de abandonar aquel mismo sitio, tan enamorado y celoso como ella; pero en su loca desesperacion habia concebido una idea espantosa.

¡Infortunados amantes! Aun no os habeis dirigido una sola frase de amor, y vuestros sensibles corazones comienzan por sentir el mas agudo y cruel de los tormentos.

Seguiremos las huellas de don Eduardo, para demostrar á nuestros lectores, que entre el fausto y las riquezas, resuena tambien por las bóvedas de los palacios el dolorido acento del infortunio.





CAPITULO XXVIII.

EL ESPLIN.

> Nous devons espérer en la bonté de Dieu, et nous pourrions en être privés par un coup de pistolet.
> RACHEL DE VARNHAGEN.

> Oh! Christo! se tu soffreste
> Muito mais que a minha dôr,
> Quando o teu calix bebeste
> De venenoso amargor,
> Eu sou fraco, tu és forte,
> Abre-me as portas da morte
> Que não posso já viver!
> Quero-me então confundido
> Ser como um astro perdido
> Que os homens não possam ver!
> A. E. ZALUAR.

Al abandonar el estudio del pintor, dirigiose don Eduardo precipitadamente á su casa con el corazon desgarrado y llena la fantasía de melancólicas ideas.

Encerrose en su cuarto, y dejándose caer sobre un sofá, quedose abismado en tétricas reflexiones.

—¿Qué soy yo en este mundo?—decia para sí el desdichado

jóven.—Un ente de degradacion.... el emblema de la deshonra.... el fruto de un amor criminal. Yo no debí haber nacido... Mi nacimiento ha sido un acto de inmoralidad... un suceso infamante... Tengo que ocultar mi orígen para que la sociedad tolere mi presencia... Esto es insoportable, y si Dios es justo, me dará aliento para poner término á mis infortunios. A la edad mas hermosa y lozana... rodeado de placeres... en medio del fausto y de la riqueza... soy el mas infeliz de los hombres! Hijo del crímen, me parece llevar en la frente la mancilla de mi nacimiento. Hé aquí por qué todos me desprecian. La sociedad ultrajada, tal vez dice ya con indignacion y escarnio: «ese que se apellida el heredero de la casa del duque de la Azucena, no es mas que un huérfano miserable.»

Levantose de repente, y con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, paseábase con celeridad como si no se hallára en su cabal juicio.

A pesar del frio que á la sazon reinaba, ardia su frente y brotaba copiosísimo sudor. Su rostro macilento era de vez en cuando coloreado por un tinte sanguíneo, que á manera de rápida llamarada, realzaba un instante sus mejillas, y desaparecia haciendo mas cadavérica su palidez.

—Estoy demas en el mundo... Soy un objeto de befa y escarnio..... —decia el infeliz pasándose convulsivamente la diestra por las sienes como si quisiera aliviarse de la aglomeracion de tristes pensamientos que abrumaban su cabeza.

Este ademan dejaba en desorden su cabello y añadia quilates á la horrible alteracion de sus facciones.

—Todos me desprecian...—proseguia con la amarga sonrisa de la desesperacion.—Y ella tambien... ella... á quien adoro con frenesía... se complace en hacer mas cruel su desprecio... amando á otro. La rabia me ahoga.

El desventurado jóven volvió á sentarse y prorumpió en acerbos sollozos.

—Siempre sinsabores.... Siempre amarguras.... —dijo enju-

gándose las lágrimas—y en esa sociedad que me repudia porque no soy digno de ella, no encuentro yo una sola alma generosa á quien confiar mis penas. Si mi madre viviera... si estuviera á mi lado..... tendria yo quien me consolara..... porque deben ser muy dulces los consuelos de una madre; pero me la han arrebatado tambien, y no me queda nadie en el mundo. En este momento cayó el duquecito de rodillas, levantó las manos cruzadas en ademan suplicante, dirigió la vista al cielo derramando copioso lloro y con voz entrecortada por el dolor exclamó:

—¡Oh madre mia! no te olvides de este pobre huérfano. Tú que moras en la mansion de los justos..... Tú que has alcanzado el premio con que Dios galardona á los que en este mundo son víctimas de la maldad... intercede en favor de tu hijo, madre mia. Yo no quiero vivir entre tus verdugos que son los mios tambien. Yo aborrezco la vida, y estoy resuelto á darle fin.

Al pronunciar estas palabras, levantose don Eduardo, y á la manera de un frenético se abalanzó á una escopeta cargada, que como cazador tenia en su cuarto.

—Madre adorada—exclamó con dolorido acento—voy á reunirme á tí para siempre..... Voy á disfrutar de tus caricias..... de esas consoladoras caricias que ni un solo recuerdo han dejado en mi mente, ni una gota de bálsamo en mi corazon, porque aun no tenia un año cuando me las arrebataron para siempre. ¡Cuán dulces deben ser las caricias de una madre! No hay cariño comparable al que germina en el seno maternal. ¿Quién puede asegurar que no hay falsía en las demostraciones de afecto de un amigo? ¿Quién garantiza la veracidad del amor de una muger? Desgraciadamente obran con suma prudencia los que desconfian del amor y la amistad, porque el sórdido interés amaestra á los hipócritas en el arte de fingir; pero el que ose decir que cabe el engaño en el corazon de una madre, insulta á la divinidad, calumnia á la naturaleza, es un mónstruo de peor condicion que las fieras, pues estas respetan y aman y exponen su vida en defensa de la que les amamantó en sus primeros dias. Una madre es un don de Dios

para consuelo de todas nuestras amarguras. Es la guia de nuestros primeros pasos..... es el ángel custodio de toda nuestra vida. Es obligacion de un buen hijo amar á su madre con prediteccion á todo lo del mundo... Es obligacion de un buen hijo adorarla como se adora al mismo Dios, porque Dios bendice los vínculos que nos estrechan á la que nos llevó en sus entrañas, á la que nos alimentó de su propia sangre, á la que nos meció cariñosa en su regazo maternal. ¡Ay del infeliz que no ha conocido los desvelos de una madre!

Embebido en estas reflexiones, corria el desventurado duquecito un peligro inmenso. Habia cruzado inadvertidamente las manos sobre la boca del cañon de su escopeta, y tenia la frente apoyada en ellas. En esta posicion acometíanle de vez en vez movimientos convulsivos que fácilmente podian hacer salir el tiro de la mortífera arma y destrozar el cráneo del preocupado jóven.

—Perdona, madre mia—continuaba el duquecito derramando lágrimas de dolor, sin cambiar su posicion azarosa.—Te olvidé un momento, es verdad, te olvidé dando la preferencia á otro amor..... á un amor que en este mismo instante me lacera el alma!..... ¡Madre mia, piedad! ¡Ampara á tu hijo! ¡Recíbeme en tus brazos!

El desesperado jóven pronunció sus últimas palabras con el febril acento de un demente furioso; y mordiendo la boca del cañon de su escopeta aprestose á dispararla con el pié.

Grandes y poderosos eran los motivos que le impelian á este horrible acceso de locura. El orígen de su nacimiento acrecentaba de dia en dia su esplin, enfermedad que con tanta profusion germina á las orillas del Támesis, donde habia sido educado el duquecito. No tenia el menor apego á la vida, y solo se creia feliz cuando ejercia algun acto de generosidad en beneficio de los menesterosos. Su caracter humilde y compasivo contrastaba con la altanería de su padre, que aunque no de índole perversa, incurria en graves deslices porque se dejaba arrastrar de fanáticas preocupaciones. Esta discordancia de sentimientos entre padre é hijo,

aumentaba la tristeza del último, que impelido siempre por sus generosos instintos hacia esfuerzos sobrenaturales para vencerse y procurar la felicidad de su padre. Tambien el heroismo tiene sus límites, y hay ademas cierto móvil soberano que es superior á todo, este móvil es el amor.

La vista del retrato de Enriqueta abrió la grave herida que el desdichado jóven llevaba cicatrizada en su tierno corazon. Esta herida incurable fué profundizada por la aguda saeta de los celos, y la idea de que aquella beldad á quien amaba hacia las delicias de otro hombre, avivó en su pecho toda la ponzoña de su atrabilis hasta llevar por algunos momentos esta espantosa dolencia á su último grado, la locura.

Demente estaba en efecto el pobre don Eduardo en el momento en que iba á suicidarse, cuando oyó recios golpes á la puerta de su cuarto.

Aturdido y sin saber lo que le pasaba ni lo que hacia, llegose maquinalmente á la puerta, y la abrió.

El que habia llamado era el honrado Ambrosio, que se le presentaba á darle cuenta del cumplimiento de algunas órdenes que le habia dado el duquecito relativas á la *Bruja;* pero viendo al duquecito trémulo, macilento, con el cabello en desorden, los ojos desencajados y la escopeta en la diestra, exclamó con sobresalto:

—¿Qué es esto, señorito?

—¿Eh? ¿Qué me preguntas?—balbuceó don Eduardo.

—¡Dios mio! ¿Qué le ha sucedido á usted?

Ambrosio le arrebató la escopeta y la dejó en un rincon.

—Nada—respondió don Eduardo sonriéndose con amargura, y se dejó caer en el sofá.

—¡Válgame Dios! Si se le habrá pegado la dolencia de su padre—pensó Ambrosio, y sentándose al lado del jóven duque, le asió de una mano y le preguntó con solícito y cariñoso afan:

—¿Qué tiene usted, señorito?

—Déjame.

—¿Yo dejarle á usted? ¡Oh! no es posible... Tengo derecho

á saberlo todo..... Usted iba á atentar contra su existencia....

—¡Yo!

—Sí, usted... y para cometer un crímen tan horroroso, usted que es tan bueno, tan prudente, es preciso que tenga una causa muy poderosa. Yo quiero saberla... quiero saberla ahora mismo, porque me asesina la incertidumbre..... y usted no querrá que este anciano se muera de pesar.

El pobre viejo apenas pudo pronunciar sus últimas palabras, ahogadas por el lloro que vertia á raudales.

—¿Lloras?

—¿Sabe usted lo que iba á hacer, señorito?

—Yo quisiera llorar tambien, y no puedo.

—¿Pero que es esto? Desde la desastrosa muerte de su madre de usted, no hay mas que infortunios en esta casa. ¿Qué nueva desgracia es esta?

—¡Mi madre!... ¿Has hablado de mi madre? Sí... sí... háblame siempre de mi madre... Ambrosio, Ambrosio... ¡qué infeliz soy!... Mi madre...

—Era un ángel.

—¡Y no la he conocido!... ¡Madre!... ¡Madre mia!

El duquecito dejó caer su cabeza sobre el pecho del virtuoso anciano, y dió abundante curso á sus lágrimas.

Ambrosio tambien lloraba y ambos permanecieron largo rato sin poder hablar. Por fin el pobre viejo pudo pronunciar entre sollozos:

—Vamos, señorito, ¿no me confia usted sus pesares?

—No tengo nada, Ambrosio.

—¿No tiene usted nada, y está llorando como un chiquillo?

—Y merced á este llanto me siento ya bueno.

—Pues bien, ahora que se siente usted aliviado ¿por qué no me habla francamente? ¿No sabe usted que cuando se confia una pena á una persona que nos ama, se mitigan sus dolorosos efectos? ¿Merece el viejo Ambrosio, el que le ha visto á usted nacer, y le ha cuidado en su infancia, merece semejante reserva? ¿El íntimo

confidente de la madre, no es digno de la confianza del hijo? ¡Ea! Vamos, señorito, anímese usted, dígame francamente lo que le pasa, yo buscaré un remedio á sus males y Cristo con todos. ¿Qué calamidad podia inducirle á suicidarse?

—Todo ello no ha sido mas que un acceso de locura.

—Pero ese acceso puede reprodurse, y...

—Tranquilízate, amigo mio, no se reproducirá. He llorado, he arrojado del corazon la ponzoña que largos años de violenta represion habian aglomerado en él. Desde que tengo uso de razon, sufro una incesante tortura por el bastardo orígen de mi nacimiento, pero nunca habia llorado, y he ahogado siempre mis sufrimientos, procurando engañarme á mí mismo con una resignacion mentida que ha acabado por producir la febril convulsion que ha puesto en peligro mi existencia. Tú me has salvado, querido Ambrosio. Tus tiernas palabras, al hablar de mi malograda madre, han filtrado hasta lo mas recóndito de mi pecho, y con el copioso llanto que me han hecho derramar he lanzado todo el veneno que atosigaba mi corazon. Creia yo, en mi ciego frenesí, que recibiendo la muerte de mi propia mano, saldria de este abominable mundo para unirme para siempre con mi idolatrada madre; pero ahora que he recobrado la razon, conozco por fortuna que no era posible comparecer ante ella, ni ante la presencia del Salvador, despues de haber cometido un crímen espantoso.

—El mas detestable de todos los crímenes—añadió Ambrosio;—pues no solo se usurpa con él una potestad que solo Dios debe ejercer sobre sus criaturas, sino que se dá una prueba de degradante flojedad y cobardia. El hombre que no sabe sufrir con resignacion los azares de la desgracia, solo deja en pos de sí un nombre de ignominia y vilipendio.

—Tienes razon, y me avergüenzo de haber sido tan débil y pusilánime.

—Ademas, señorito, ¿qué motivos tiene usted para desear la muerte?

—Esa es otra cuestion, Ambrosio. Yo no puedo nunca ser

feliz en este mundo y deseo que Dios me lleve al lado de mi madre.

—Lo que su madre de usted quiere, señorito, es que viva usted y procure ser feliz para que lo sea tambien su padre. No ignora usted los horribles padecimientos que el señor duque sufre sin cesar, y si ahora es tan digno de compasion, ¿qué seria de él si llegára á faltarle su hijo, su idolatrado hijo, su consuelo, su esperanza?

—¡Su esperanza!

—Sí, señorito, usted es el único en este mundo capaz de hacer la felicidad del señor duque. ¿Qué mayor dicha para un hijo que la de hacer venturoso á su padre? ¡Hace pocos dias estaba usted tan contento con el proyecto de las dos bodas!...

—Es verdad, es verdad—repuso don Eduardo como si le ocurriera una idea capaz de vengar el agravio que creia haber recibido de la inocente Enriqueta.—¿Tú tambien crees que yo debo casarme con la marquesita, no es cierto?

—Ya se ve que sí. El señor duque me ha enterado bien de todas las ventajas que han de producir estas bodas. Pecho al agua, señorito. La novia es muy linda y de la mas distinguida nobleza. No tiene usted mas que pronunciar el sí de los cofrades, y Cristo con todos. Lo demas es pamplina, señorito. ¿Qué culpa tiene usted del orígen de su nacimiento? El hombre de bien no tiene que avergonzarse de nada. Usted lo es á carta cabal, de consiguiente debe tener la conciencia tranquila y reirse de todo.

—Dices bien—repuso don Eduardo afectando jovialidad—debo reirme de todo.

—Ya se ve que sí. Por otra parte nadie podrá echarle en cara lo que la sociedad califica de deshonra, porque esta misma sociedad le tiene y le tendrá á usted siempre por hijo legítimo y primogénito del señor duque, mayormente al ver que se le proporciona á usted tan brillante casamiento. Todo esto debe alentarle á usted, y mas que todo esto, la idea de que no solo afirma usted su felicidad con estas bodas, sino que hace tambien la de su señor padre.

—Sí... mi padre será feliz.

—Y usted tambien, señorito.

—Yo no puedo serlo.

—¿Por qué no?

—Porque nunca olvidaré el orígen de mi nacimiento.

—Su padre de usted pertenece á la mas elevada aristocracia.

—Pero mi pobre madre...

—Era un ángel, señorito... A pesar de su humilde condicion, era preferible á la mas encopetada señora de la córte.

—¿Tan buena era?

—Un modelo de virtudes.

—Lo creo, Ambrosio, lo creo; pero ¿cómo siendo tan virtuosa prestó oidos á la seduccion? ¿Cómo no resistió á los halagos de mi padre, hasta obligarle á consentir que un ministro de Dios legitimase sus amores?

—Ese era todo su afan; pero era una jóven tierna y candorosa, sin experiencia del mundo, y estaba ciegamente enamorada del señor duque. A una niña enamorada se la engaña fácilmente, y los cortesanos, mas que los demas hombres, tienen singular talento para alucinar á las mugeres. La córte, bien lo sabe usted, señorito, es una escuela de inmoralidad é hipocresía. En ella se aprende á mentir con serenidad...

—Y qué ¿mentia mi padre al declarar á mi madre su amor?

—No por cierto, porque la amaba con locura; pero..... no quisiera faltarle al respeto...

—Explícate, Ambrosio, eres mi amigo, y es demasiado grave la cuestion que nos ocupa para que hagas uso de reticencias que no vienen al caso. Yo sé que amas y respetas á mi padre, sé que te sacrificarias en su obsequio...

—¡Oh! sí, daria mi vida porque fuese feliz.

—De todo eso estoy muy convencido; pero tambien su hijo tiene algun derecho á tu amor, ¿no es verdad?

—Señorito, póngale usted á prueba, y verá usted si hay nadie en el mundo que le ame tanto como el viejo Ambrosio.

—Pues bien, ahora puedes darme una prueba de tu cariño, hablándome con toda franqueza acerca de un asunto del cual depende mi tranquilidad.

—Tendré que ser muy severo contra el señor duque, y aunque lo soy á veces demasiado para reconvenirle á él mismo, no puedo hablar mal de él en su ausencia.

—Esa conducta es propia de tu honradez; pero te hallas ahora en un caso especial, en que puedes... en que debes ser explícito, Ambrosio. Aquí no se trata de denigrar la conducta de tu amo delante de cualquiera. Se trata de decir la verdad á quien no puede vivir sin saberla. Se trata de salvar al mismo hijo del duque. Si crees haberlo hecho frustrando su muerte, estás en un error muy grave, porque mientras germinen en su corazon tenebrosas dudas, pueden volver los accesos de una espantosa frenesía, y no siempre ha de dar la casualidad que te presentes tan á tiempo.

—Por Dios, por Dios, señorito, no pronuncie usted semejantes palabras si no quiere usted que este anciano se muera de pesar.

El pobre Ambrosio volvió á derramar copiosas lágrimas.

—¡Otra vez!—exclamó don Eduardo enternecido.—Vamos, sosiégate, amigo mio..... ¡Si supieras lo que padezco cuando te veo llorar!..... Yo no he querido afligirte..... Conozco la imprudencia de mis palabras; pero al proferirlas no he tenido mas intencion que la de hacerte hablar con franqueza. ¿Tan poco merecedor de tu confianza me juzgas?

—Hablaré con toda claridad si me jura usted formalmente no volver á atentar contra su vida.

—Lo juro por la memoria de mi adorada madre.

—Pues bien—dijo Ambrosio despues de sonarse y pasar el pañuelo por sus ojos—el duque, lejos de engañar á la hermosa jóven que habia cautivado su corazon, la adoraba y estaba decidido á casarse con ella, porque su amor era superior á todas las demás consideraciones.

—¿Y por qué no lo verificó?

—En medio de sus deseos, faltábale valor para contrarestar las preocupaciones de la sociedad.

—¡Malditas preocupaciones! ¡Cuántos crímenes, cuántos infortunios originais!

—Luchando entre el temor y el deseo, fueron deslizándose dias, meses y años, halagando siempre á su amada con el cumplimiento de sus honradas promesas; pero el tiempo que todo lo destruye, desvaneció tambien las mas bellas ilusiones.

—¡Dios mio!.....

—El amor ardiente que empezó por avasallar el corazon del duque, degeneró poco á poco en un afecto vulgar, mientras su amada, que era ya madre, sentíase de dia en dia mas enamorada del padre de un hermoso niño que habia llevado en sus entrañas. ¿Qué mas quiere usted saber, don Eduardo? Aquel hermoso niño era usted.

—Es verdad.....—repuso meditabundo el duquecito.—Sé lo suficiente.....

—Sabe usted lo suficiente para tranquilizar su corazon. Sabe usted que su madre fué un modelo de virtudes, víctima de una credulidad disculpable en una cándida niña. No debe usted avergonzarse, sino envanecerse, de ser su hijo. Si las preocupaciones mundanas hicieron delinquir al señor duque, Dios es mas justo que los hombres y no castiga en los hijos los crímenes de los padres, y los hombres ignoran todo el suceso, sin ver en usted mas que al digno heredero de la casa del duque de la Azucena. Sea usted pues superior á mezquinas aprensiones, olvide para siempre el orígen de su nacimiento, cásese á gusto del señor duque, y Cristo con todos.

—Tan conforme estoy con tu modo de pensar, buen Ambrosio, que hoy mismo haré ver á mi padre la conveniencia de apresurar todo lo posible el doble casamiento.

—¿Y está usted cierto de que no volverá á ocurrirle esa espantosa idea del suicidio?

—No temas la repeticion de semejante locura.

—Si cae usted alguna vez en tan horrible tentacion, acuérdese usted, señorito, que ese crímen le acarrearia la maldicion de su madre.

—¡De mi madre! ¡Dios me libre de ofender su adorable memoria!

—¡Muy bien! ¡Muy bien, señorito! Esas palabras me tranquilizan.

—Y para que se desvanezcan del todo tus recelos, te autorizo á que alejes de aquí mi escopeta. De todos modos renuncio por ahora á la caza.

—Aunque para mi tranquilidad es mas que suficiente su promesa de usted, me llevaré esta maldita escopeta que tan cruel susto me ha dado.

—Haz lo que gustes; pero te repito que deseo vivir y hacer feliz á mi padre.

—Y á su futura esposa de usted, y á este pobre viejo, que se moriria de dolor si usted faltase.

—Ven á mis brazos, Ambrosio. Recibe en ellos una prueba de cariño y de gratitud.

Ambrosio y don Eduardo se abrazaron con ternura y lloraron de alegría.

—¡Gracias á Dios!—exclamó Ambrosio—los desvalidos no han perdido su protector. A propósito, señorito, ¿sabe usted que esa muger á quien usted ha dado hospitalidad en casa del jardinero, me tiene asustado?

—¿Quién, Inés?

—La misma.

—¿Pues cómo así?

—¡Friolera! No ignora usted que yo nada tengo de supersticioso. He visto mucho mundo y poseo por desgracia mas experiencia de la que quisiera. Con todo eso, hoy es el primer dia que he llegado á recelar si será verdad lo que decia el vulgo de esa desgraciada.

—¿Qué decia el vulgo?

—Que es bruja.

—¿Y tú lo crees?

—Oiga usted, necesito apelar á todo mi raciocinio para no creerlo, y con todo me tiene estupefacto lo que pasa.

—¿Pues qué sucede?

—Que esa muger todo lo adivina. Yo he salido lleno de miedo de su cuarto, y quisiera que no me mandara usted mas á él. Y eso que ha recibido mis cuidados con tanto júbilo, que parecia que no sabia como agradecerme la visita. Lloraba, me besaba las manos y ha llegado á arrodillarse á mis piés y regármelos de lágrimas. Yo estaba conmovido. Su rostro repugnante me inspiraba horror. Con todo, he querido darle la mano para levantarla, y he asido su brazo mutilado que me ha hecho estremecer.

—¡Pobre Inés! ¿Y por eso has de juzgar que es bruja?

—No por eso, señorito, sino porque me ha dicho cosas que nadie es capaz de adivinar sino una bruja..... esa muger me ha desgarrado el corazon..... No quisiera verla mas.

—Lo siento. Como eres tan bueno, Ambrosio, pensaba yo que podrias tambien contribuir al restablecimiento de la salud de esa desventurada, y por lo mismo te habia encargado hoy que le prodigases tus cuidados y buenos consejos.

—Yo de buena gana lo haria, señorito; pero esa muger me da miedo, la verdad. Con todo, si usted se empeña.....

—Confio en que tus recelos se desvanecerán. Lo que mas interesa es que mi padre nada sepa de este asunto.

—Ya me lo ha dicho usted esta mañana y le he prometido guardar el secreto. Lo mejor hubiera sido que tampoco me hubiera usted dicho nada á mí.

—No te hablaré mas de esa pobre muger, ya que tanto te molesta.

—Me han molestado sus palabras. Me han lastimado profundamente.

—¿Te ha faltado al respeto?

—Muy al contrario, he dicho que se ha arrojado á mis piés

cuando la he ofrecido mis cuidados. Pero esa muger..... esa muger es una bruja, señorito.

—Respeto los motivos que puedan inducirte á formar esa ridícula creencia. No insistiré en que la vuelvas á ver. Seguiré yo visitándola todos los dias, y ahora mismo quiero tener un rato de conversacion con ella. Esa infeliz que te repugna y espanta, no sé qué atractivos tiene para mí.

—Ahí está, todo eso no es natural, y solo por arte de brujería pueden acontecer tales cosas.

—¡Qué digas tú semejante majadería, Ambrosio!

—No repruebo la conducta de usted, señorito. Haz bien y no mires á quién, dice el refran. Déjeme usted con mi ridícula superstición, que es la primera vez que creo en brujas, siga usted los nobles impulsos de su generosidad, y Cristo con todos.

Ambrosio se retiró llevándose la escopeta del duquecito; este dirigió sus pasos á la habitacion de la *Bruja*, y vió con asombro que habia desaparecido á pesar de sus dolencias.





CAPITULO XXIX.

LA FUGA.

E risonar s'udia per ogni lato
Universal lamento. . . . .
TASSO.

It snows in great flakes.
WALTER SCOTT.

Mientras en el palacio del duque de la Azucena pasaba la escena que hemos referido en el capítulo anterior, no era menos animada y azarosa la que ocurria en casa de Juanilla, la hija del torero, donde se hallaban reunidos con esta jóven, su padre el *tio Palique*, su amante el contrabandista Manolo, y la voluminosa señora Antonia.

Estaban juntos porque era la hora de comer; pero lejos de

pensar en ello, agitábanse como locos, manifestando en sus ademanes el espanto de que se hallaban poseidos. *Todo eran suspiros y lamentos.*

Juanilla acababa de relatarles la desastrosa muerte del poeta, y cuanto le habia dicho el pintor acerca de las gestiones que probablemente estaba haciendo la justicia, para averiguar el paradero de las dos mugeres que habian vivido con don Agapito. Conocian que esta averiguacion debia ser cosa muy fácil, y que en consecuencia era su peligro inminente.

—Vive Dios—exclamaba el *tio Palique* enjarrándose de brazos y meciendo su cuerpo por un suave movimiento de caderas—que naide puede tildarme á mí de haberme visto una sola ves con canguelo, y cudiao que me han acontesío gromas pesaas. Mil veses me he quedao yo plantao delante de too un toraso de güen trapío, y el animaliyo ha tenio la pruensia de najarse por el otro lao por no habérselas conmigo. Dengunito podrá desir que el *tio Palique* sea un mándria; y con too eso, estoy ahora que no me yega la camisa al cuerpo. Ya se vé, de naa sirve la puntiya ni la muleta para safarse uno de las garras de los arguasiles. Son vichos marrajos los de justisia, y se van siempre derechito al bulto. Aquí no valen sircunloquios. Lo mas prudente es tomar el olivo sin tardansa y poner pies en polvorosa.

—Sí, sí, huyamos pronto—dijo tartamudeando de miedo la señora Antonia.

—Eso es, y abandonemos nuestros tesoros—replicó Manolo con ademan de desaprobacion.

—¿Pues qué hemos de hacer?—exclamó Juanilla.

—No hay que alborotarse—repuso Manolo aparentando estar mas sereno que los demas.—Lo que hay que hacer, es trasladarnos con nuestras riquezas á otra habitacion sin dar parte á la policía, á fin de evitar el primer golpe. Una vez fuera de esta casa, ya me valdré yo de mis relaciones para lo demas. La salida de Madrid con nuestros cofres, no me dá á mí el menor cuidado. Este tinglado le manejo yo á las mil maravillas... como que es mi ofi-

cio; pero si nos pillan antes, Dios guarde á usted muchos años, de nada servirán los conocimientos que he adquirido en mi honrada profesion, y no habrá mas que volver á arrastrar la cadena, y tal vez en compañía del catalan de marras.

—A tí nada pueden hacerte—replicó Juanilla.—¿Qué tienes tú que ver con nuestra conducta? ¿No estabas ausente cuando nosotras nos fuimos á vivir en el consabido palacio?

—Es verdad; pero yo me presenté en él.

—Te presentaste en él para sacarme de allí, y todo esto probaria que lejos de tener parte en aquel negocio, le desaprobabas. Ya ves que tú justificarias tu inocencia, y en cuanto á tu madre y á mí, tambien nos seria fácil probar que fuimos seducidas.

—Ni yo ni tu padre dejariamos de ir á presidio, ni mi madre y tú evitariais el que os encerráran en la Casa-Galera.

—Eso seria una infamia—gritó la señora Antonia.

—Todo lo que hay en los cofres—añadió Juanilla—me lo han regalado, y de consigniente nadie tiene que ver con ello. Yo no he dejado nunca de ser una muger honrada.

—De eso puedo responder yo ante toitícos los tribunales, y naide satreverá á negar que mi hija es una donseya como su padre, que en su vida ha dao escándalos ni naa que desir á la vesindá, y si últimamente ha tratao con el difunto que se ha muerto, él podrá desir si ha alcansao de eya algun favor que la deshonre. Además, si el cabayerito que pudre era too un señor de campaniyas, acaso no tiene naa que envidiarle Juaniya por lo que hase á su elevaa alcurnia. Juaniya, hija mia, creo que ha llegao el caso de gomitar toitíco el secreto.

—Como usted guste, padre—repuso Juanilla:—así como así ya dije á usted que no quiero yo guardar secretos con Manolo.

—¿Y se lo has dicho ya?—preguntó el torero.

—Nada le he dicho; pero pensaba aprovechar el primer rato que hubiéramos estado solos.

—Acá toos somos de casa y toos poemos estar en el intríngulis.

—Pero ¿qué intringulis... qué secreto es ese?—preguntó Manolo con marcada curiosidad.

—Naa—dijo el *tio Palique*—que mi hija, aquí donde la veis, no es mi hija.

—¡Cómo! ¿es posible?—gritó asombrada la señora Antonia.

—¿Juanilla no es hija de usted?—exclamó con igual admiracion Manolo.

—Lo es y no lo es—respondió el *tio Palique*.

—Explique usted ese misterio—dijo con ansiedad Manolo.

—No lo es, porque ni mi difunta ni yo la hemos parío, y lo es porque la he prohijao y la quiero como si la hubiera dao de mamar.

—¿Se chancea usted?

—Yo soy hombre de mucha formaliá y de mucha esperensia para gastar chansas pesaas. Juaniya es una güerfana á quien el dos de mayo de 1808, cuando salí á matar franchutes por las cayes de Madrid, encontré entre un monton de cadáveres.

—¡Dios mio!—exclamó la señora Antonia asustada.

El *tio Palique* prosiguió:

—En otra ocasion os contaré detayadamente esta historia. Tengo acá mis motivos para creer que Juaniya es hija de un gran señor.

—Si esto es cierto, no querrá casarse conmigo—replicó Manolo.

—Aunque fuera hija de un monarca, te quisiera siempre—dijo con apasionado acento Juanilla.—Tú si que no me querrás ya porque soy huérfana.

—Eres muger de bien, y eso me basta para amarte siempre.

—En cuanto á honraa, no hay otra en Madrid—dijo el *tio Palique*—y siempre he de tener yo vaniá en que me dé el nombre de padre.

—Nadie está mejor enterado que yo de las prendas de este pimpollo, y por lo mismo es la reina de mis pensamientos—replicó Manolo mirando con amor á Juanilla—pero todo eso no le importa dos cominos á la justicia, y repito que como nos atrape

con todos los regalos del que está en la huesa, ni el *sunsuncorda* nos libra de sus garras.

—¿Pero en qué fundas tú esos temores?—preguntó Juanilla.

—En que los jueces, alguaciles y toda esa chusma de polizontes que hay en Madrid, tienen corazon de fiera.

—Está visto—dijo el *tio Palique*—que nunca habrá güen gobierno en España, mientras no se suprima la justisia.

—¿Pero qué tiene que ver la justicia con nosotros?—exclamó colérica la señora Antonia.

—¿Qué noticia nos ha traido Juanilla?—preguntó Manolo.

—Que el señorito de los regalos se habia degollado—repuso la señora Antonia.—Tanto mejor si se ha muerto. *Requiescat in pace*... Así no podrá reclamar lo que era suyo antes de darlo.

—Y que es probable—añadió Manolo—que la justicia ande buscando á las dos mugeres que vivian en su compañía.

—Así me lo dijo una persona muy respetable—dijo Juanilla.

—¿Y sabia esa persona que eras tú una de las dos susodichas?—preguntó Manolo.

—No por cierto.

—Tanto mejor. Lo que debemos hacer es no despreciar el aviso, ni perder tiempo en inútiles reflexiones. Los tres cofres están llenos de objetos de mucho valor, y es natural que la mayor parte no estén pagados, y los que los vendieron al difunto reclamarán las prendas ya que no se les dá su importe. Hay además una circunstancia que hace mas crítica nuestra posicion.

—¿Qué circunstancia es esa?—preguntó Juanilla.

—Que falta todo lo que contenia el cofre donde encontramos el cadáver—respondió Manolo.—Tú, Juanilla, dijiste que el mocito que estaba ahogado en el cofre era uno de los criados del señorito que se ha degollado.

—Así es, le reconocí al momento. Era un lacayito que apenas tendria doce años.

—Las cuerdas que habia en la chimenea daban á entender que por ella se habian descolgado los ladrones, que serian sin

duda compinches del criadillo, y despues de hecho el robo de uno de los cofres, no sabemos qué motivos tendrian aquellos malhechores para dejar intactos los demás cofres y encerrar á su cómplice en el que estaba vacío.

—Eso es que les faltaria el tiempo para llevárselo todo—dijo la señora Antonia;—y porque tendrian desconfianza del mocito, ó para que les tocase mayor parte del hurto, le zamparon en el cofre. El no tenia herida ninguna.

—Como que murió sofocao—replicó el *tio Palique*—que debe ser una muerte de perendengues. Eso de morir por falta de respirasion es una chansa pesaa que no debe dar gusto á naide, y vale mas espichar de una cornaa, aunque sea en el estógamo como el probe Pepe Hillo. En toavía macuerdo de cuando lo recogió el vicho...

—¿Vá usted á contarnos ahora la muerte de Pepe Hillo?—preguntó con mal humor Manolo.—Dígole á usted que es á propósito la ocasion.

—Y díme, Manolo—exclamó Juanilla—¿estás seguro de que nadie te vió cuando sacaste de casa al lacayito muerto?

—¡Qué pregunta!—respondió el contrabandista.—El chiquillo pesaba menos que una paja. Me le puse debajo del brazo, emboceme en mi pañosa parda, y no paré hasta la callejuela del Gato. Allí lo dejé en medio de la oscuridad, sin que á la ida ni á la vuelta topase con alma viviente; solo oí de lejos un sereno que cantaba las cuatro en punto, por manera que si nos descuidamos un poco, nos pilla el dia sin saber que hacer de aquella víctima, que empezaba ya á echar algun tufillo bien poco agradable. Pero abreviemos los coloquios, y manos á la obra. Es preciso irnos de aquí.

—¿Y á dónde nos trasladaremos?—objetó Juanilla.

—Qué se yo—dijo Manolo.

—Mi prenderia del Rastro es tan reducida... observó la señora Antonia.

—Y en ella correriamos el mismo riesgo—repuso Manolo.

—¿Se me premite echar mi cuartiyo á espaas?—preguntó el *tio Palique.*

—¿Por qué no?—respondió la señora Antonia.

—Con tal de que no nos vaya usted á contar la muerte de Pepe Hillo—añadió Manolo.

—Es que como en antes me habeis metío el resueyo en el cuerpo..., y á mi no me gusta ser hablaor, ni entrometerme donde no me yaman.....

—Pero padre, por Dios, esto le interesa á usted tanto como á nosotros...

—Ya se vé que sí; pero como tu Manoliyo me interrumpe con sus cuchufletas...

—Vamos, hable usted de una vez—exclamó impaciente Manolo.

—Hablaré.

—Es que ha de ser pronto.

—No me seais súbitos.

—Cada momento que se pierde se aumenta el peligro

—Demasiao lo sé.

—Pues vamos á ver.

—Ayá voy.

—Pero sin rodeos.

—Sin rodeos.

—Hable usted pues.

—¿No me interrumpireis?

—No señor.

—Pues soniche.

—Todos escuchamos.

—Es que si me interrumpís, será peor para vosotros.

—Repito que nadie le interrumpirá á usted.

—Es una idea eselente.

—Explíquese usted.

—No hay como la reflision para salir de los apuros. ¡Qué ocurrensia tan felis! Atension.

—Todos estamos atentos.

—Pues digo que me parese ha de gustaros la idea. Ahora vereis si es güeno que haya siempre un hombre de esperensia en una casa.

—Vamos á ver esa idea—dijo Manolo con marcada impaciencia.

—Pues señor, ya se yo en que sitio está la huronera donde podamos escondernos por el pronto, para escabuyirnos dempues.

—¿Dónde está?—preguntaron á la vez con viva curiosidad los tres personages restantes.

—En el cayejon de *Sal-si-puedes*.

—¿En casa de la *tia Pelona?*—exclamó Juanilla.

—Cabalito.

—Yo no voy á esa casa—dijo la señora Antonia.

—¿Por qué rason?—preguntó el *tio Palique*.

—Estimo demasiado mi reputacion para comprometerla en semejante burdel.

—¿Y quién es esa *tia Pelona?*—preguntó Manolo.

—Una vieja de esas que abundan tanto en Madrid, que andan como gavilanes en persecucion de las buenas mozas. ¡Dios me libre de sus garras!—respondió con impertinente coquetería la señora Antonia.

—Es la güena muger que proporsionó á Juaniya las relasiones del señorito degollao—dijo el *tio Palique*—y como que está enteráa del negosio, tambien conviene que la tengamos prevenía, no sea cosa que por ignoransia nos vaya á cometer alguna bestialiá.

—De todos modos conviene ver á esa vieja—repuso Manolo.

—Pues naa—continuó el *tio Palique*—que venga un carro por los cofres, y eyos y nosotros á la caye de *Sal-si-puedes*.

—¿Pero nos recibirá esa vieja?

—Con mil amores.

—¿Y he de ir yo á una casa como esa?—exclamó la señora Antonia.

—O si no, á la Galera, madre—replicó Manolo.

—¡A la Galera!—gritó llorando la señora Antonia.

—No hay mas—repuso el contrabandista;—con que es preciso resolverse cuanto antes.

—¿Quién me ha metido á mí en este berengenal?

—Aquí no hay mas berengenas ni calabasas—alegó el *tio Palique*—que ver de tomar el olivo, antes de que algun vicho de la ganadería munisipal nos ensarte con sus pitones.

—¡Yo ir á parar en un burdel!

—Otras mas encopetaas y yenas de perifoyos no tienen reparo en eyo.

—Pues yo sí, porque mi reputacion es primero que todo. ¡Ay Manolo! Si viviera tu padre...

—Estamos perdiendo el tiempo en lamentos inútiles—replicó Manolo enojado.—Es indispensable que usted se resuelva si quiere que nos salvemos todos. No tenemos otro medio de salvacion que huir de aquí.

—¿Y por qué hemos de huir?—exclamó la obstinada vieja.

—Porque probablemente nos están ya buscando.

—¿Y que nos busquen?

—Es que nos hallarán fácilmente.

—Bueno... que nos hallen, ¿y qué?

—¡Y qué! ¿Está usted en su juicio, madre?

—Ya se vé que lo estoy; pero no parece sino que vosotros esteis empeñados en volverme loca.

—Y usted en perdernos.

—¿Por qué razon?

—Porque si no salimos pronto de esta casa nos echan el guante.

—¡Jesus!—exclamó Juanilla—tiemblo como una azogada.

—¿Pero de qué?—preguntó gritando la señora Antonia.

—Calle usted por Dios—dijo Manolo dando una patada en el suelo.

—Eso es... ni siquiera me permitireis hablar...

—Hable usted cuanto quiera; pero no tan recio, que puedan oirlo en la vecindad.

—Esta casita no tiene vecinos.

—Pero los hay en las casas inmediatas.

—¿Y qué importa que me oigan? ¿Digo yo algo malo? Yo si que no os entiendo á vosotros. Tú, Manolo, me vienes amenazando con la Casa-Galera, y Juanilla está llorando de miedo. No parece sino que hayamos cometido algun crímen; pues has de saber, hijo mio—y aquí empezó la señora Antonia á hablar á gritos y llorando—que tu madre ha sido siempre una muger honrada... que nunca dió ningun motivo de queja al difunto, que Dios haya... y que siempre vivimos en paz y gracia de Dios como dos tortolillas.

—Todo eso está bien—dijo Manolo muy enojado—pero ahora no es ocasion de hablar de tórtolas ni de pichones. Todos sabemos que ha sido usted siempre un modelo de virtudes.

—Pues entonces, ¿por qué quereis meterme en una casa de prostitucion?

—Porque no hay otro medio de escapar de las garras de la justicia.

—Pero ¿qué tiene que ver con nosotras la justicia? Tú vienes perdonado de presidio, y nosotras no hemos cometido el menor crímen.

—Sin embargo, tenemos en nuestro poder grandes riquezas.

—Las hemos adquirido sin prostituirnos.

—El caballero que obsequiaba á Juanilla murió degollado—dijo en voz baja Manolo.

—Pero no le degollamos nosotras—gritó la señora Antonia.

—No grite usted por Dios. Yo mismo extraje un cadáver de uno de los cofres de esta habitacion.

—Tampoco tenemos nada que ver con esa muerte.

—Pero los indicios nos condenan como autores ó cómplices de estos horrorosos sucesos.

—Vámonos, señora Antonia... vámonos...—tartamudeó hor-

rorizada Juanilla.—Yo aprecio tanto como usted mi honor y reputacion; pero considero que corremos un peligro inminente en esta casa, y no tengo inconveniente en ir á cualquier parte. Vale mas ir voluntariamente á casa de la *tia Pelona*, que no que nos lleven á la Galera.

—O á la horca—dijo ya desesperado Manolo.

—¡A la horca!—exclamaron todos, y estalló una espantosa confusion.

Todos se agitaban sin objeto y hablaban á la vez sin comprenderse. Oíanse lamentos, sollozos y hasta blasfemias, que el espanto arrancaba de aquellos miserables.

—Vamos donde querais—dijo por fin la señora Antonia, y en medio de la alegría que causaron estas palabras, alargó el *tio Palique* la mano á la que acababa de proferirlas, y le dijo con mucha sorna:

—Vengan esos sinco, Antoñica. Ya sabia yo que tarde ó trempano habias de seder á la rason. Lo primerico de too es salvar el individuo. Najándonos de este chiquero evitamos el primer empuje, y mañana ó el otro ponemos piés en polvorosa. Esto se yama trastear bien al vicho, y cuando estemos lejos de sus astas, que nos echen galgos. No taflijas porque se haga el ensierro en casa de la *Pelona*. Too el mundo sabe que en una misma toraa hay vichos malos y vichos güenos. Creeme y enjuga esas lágrimas. Soy hombre de esperensia y en disiendo yo: esto es lo que se ha de haser, en toavía no me he equivocao nunca dende que tengo uso de rason. A mí jamás ma gustao el soltar la sin güeso sin nesesiá; pero digo poco y bien hablao. Creeme, que no ta de pesar... Así me hubiese creido el probe Pepe Hillo. Macuerdo que era el onse de mayo...

—Tiene usted razon—interrumpió Manolo—y vamos á casa de la *tia Pelona* sin dificultad.

—¿Qué te parese á tí de mi ocurrensia?—preguntó el torero á su hija.

—Magnífica, respondió Juanilla—toda vez que solo se trata

de pasar un dia ó dos en esa casa, para salirnos luego de Madrid y salvarnos con nuestro tesoro.

—Pues al avío—exclamó el *tio Palique* frotándose las manos de satisfaccion.—Yo tomo la delantera para que cuando yegueis vosotros con los cofres esté prevenía la *Pelona*. El tiempo nos favorese; *está nevando á grandes copos.*

Marchose precipitadamente el *tio Palique*, y media hora despues siguieron la misma direccion hácia la calle de *Sal-si-puedes* Juanilla, Manolo y la señora Antonia, metidos en un carro entoldado cargado de colchones, cofres y otros muebles.

. . . .

Enterada la *tia Pelona* por el *tio Palique* de todo cuanto ocurria, recibió con mucho gusto en su casa á los nuevos huéspedes, prometiéndose que este servicio que prestaba á la amistad, seria generosamente recompensado. Con este aliciente se mostró muy amable y servicial; y para asegurar mas y mas el éxito de la empresa, tuvo la feliz precaucion de manifestar á sus subordinadas, las siete ninfas, comparadas por el infortunado poeta don Agapito con las siete cabrillas ó Pleyades, que podian campar algunos dias por su respeto, hasta que las avisara *á domicilio.*

Los personages que acababan de abandonar la modesta habitacion de la calle de la Gorguera, se instalaron llenos de confianza en los dominios que tenia la *tia Pelona* en la excéntrica calle de *Sal-si-puedes,* y para mayor dicha supieron allí que la dueña de la casa tenia una hermana lavandera, llamada Pepa, que poseía una choza inmediata á San Antonio de la Florida. De tan feliz descubrimiento, pensó el contrabandista sacar gran partido para la salvacion de las consabidas riquezas, y dedicó toda su actividad á echar fuera de Madrid los cofres que encerraban sus esperanzas é ilusiones. Fué tan afortunado tambien en esto, que supo allanar aquella misma tarde todos los obstáculos, y entrada la noche, armado de su trabuco, acompañaba con otros tres compañeros armados tambien de trabucos debajo de sus capas, un carro que salia de Madrid por la puerta de San Vicente.

Hacia un frio extraordinario y no cesaban de caer espesos copos de nieve. Esto no perturbaba el gozo del audaz contrabandista.

El *tio Palique*, la señora Antonia y Juanita debian reunírsele al amanecer en la choza de la hermana de la *tia Pelona*, por cuya razon se acostaron muy temprano.

Cuando la taimada *tia Pelona* conoció que todos dormian, lanzose muy cautelosamente á la calle.

Eran las diez de la noche, y todo Madrid parecia cubierto de una sábana inmensa de blanca espuma.

¿Cuál seria la intencion de la diabólica vieja?





CAPITULO XXX.

LA RESOLUCION.

Enfin je braverai les armes
Du cruel enfant de Vénus;
Je ne verserai plus de larmes.....
Mais, hélas! je n'aimerai plus.
Je n'aimerai plus!... Quoi! sa vue
Ne me fera plus tressaillir!
Je l'entendrai sans être émue
Et sans frissonner de plaisir!

DEMOUSTIER.

No habrá seguramente olvidado el lector, que cuando el jóven don Eduardo se vió libre del arrebato de su esplin, que en tan gran peligro habia puesto su existencia, quiso visitar á la *Bruja*, y quedose asombrado al ver que habia desaparecido de su habitacion, á pesar de los esfuerzos que por contenerla hizo la anciana madre del jardinero.

Verdad es que la pobre Inés sentíase aquel dia muy aliviada, y aunque hacia un frio excesivo y estaba el cielo nublado, no pudo resistir al vehemente deseo que tenia de ver á Enriqueta, su jóven

protectora, de quien nada sabia desde que habia admitido la hospitalidad con que el duquecito habia mejorado su posicion. Lisonjeábase de que la compasiva jóven se alegraria de aquella novedad, y de verla mucho mejor vestida, pues accediendo á las disposiciones de don Eduardo, habia desechado sus asquerosos harapos y llevaba un traje de luto, que lo quiso de burda estameña, con el cual iba perfectamente abrigada, con el rostro oculto en su mantilla, de modo que de nadie fué conocida, ni recibió por consiguiente el menor insulto durante su tránsito por las calles.

Llegó á casa del pintor, cuando Enriqueta, muy aliviada por el llanto que habia vertido, y respetando las justas reflexiones y sanos consejos de sus padres, resuelta al parecer, á no darse tormento por un amor que era verdaderamente una locura, se retiraba á su cuarto despues de haber comido, cansada ya de fingir una tranquilidad que tan distante estaba de su enamorado corazon, martirizado por los celos.

La pobre niña ansiaba la soledad para dar expansion á su comprimida amargura; pero sin embargo, le fué sumamente grata la visita de la *Bruja*, porque enmedio de las tristes reflexiones que enardecian de contínuo su fantasía, no habia olvidado á la infortunada Inés, y su ya demasiado larga ausencia tenia con zozobra á la tierna adolescente. Esta y sus padres, manifestáronse muy complacidos de ver á la pordiosera tan aseada, elogiando particularmente su buena cintura. La instaron para que tomase algun alimento; pero lo rehusó pretextando que habia estado enferma y se sentia aun bastante delicada. Díjoles que ya nada necesitaba porque habia mejorado su posicion, y que sobre este particular tenia muchas cosas que contar á la señorita Enriqueta.

—¡Cuánto me alegro!—exclamó la generosa jóven.—Vamos, vamos á mi cuarto y me lo explicará usted todo.

—Hija mia—interrumpió Cecilia—á tu padre y á mí nos interesa tambien la suerte de esta buena muger.

—¡Hace tanto frio en este comedor!....—dijo Enriqueta.—Ustedes no han comido aun los postres, y luego les gusta estar lar-

go rato de sobremesa. Yo me retiraba ya á mi cuarto..... Nos llevaremos el brasero, y..... la pobrecita viene helada.

—Haz lo que gustes, hija mia—repuso la madre.

—Despues se lo contaré yo á ustedes.

Y pronunciando estas palabras, besó Enriqueta la mano de su padre, dió un abrazo y un beso á su madre, y se dirigió con la *Bruja* á su cuarto, á donde la criada llevó inmediatamente un brasero.

Sentadas Inés y Enriqueta junto á la lumbre, entablose entre las dos el siguiente coloquio:

—¿Con que ha estado usted otra vez enferma?—preguntó Enriqueta.

—Y no estoy aun restablecida—respondió la *Bruja*.

—¿Por qué ha salido usted pues con tan mal tiempo?

—Porque me he sentido hoy mucho mejor, y estaba impaciente por ver á usted.

—Debia usted considerar que una nueva recaida puede serle muy fatal, y si por mi causa se agravasen las dolencias de usted, mi disgusto seria mucho mayor.

—No tema usted que se empeore mi salud. Mi enfermedad ha sido el resultado de una serie no interrumpida de infortunios; pero he tenido estos dias verdaderos consuelos, que van produciendo á su vez felices consecuencias.

—De eso me alegro sobremanera, y si usted se dignase confiarme sus satisfacciones, seria para mí una dicha el poder participar de ellas.

—Parece que el cielo se va apiadando de mí, pues aun cuando la profunda herida que llevo en el corazon es incurable, mitiga su dolor el ver que hay aun en el mundo personas benéficas que se interesan por el bienestar de una infeliz que solo puede pagar tantos afanes con su gratitud.

—Hace tiempo que podia usted haber mejorado su suerte, si se hubiera dignado admitir un asilo en esta casa.

—No me era posible abandonar á mis padres.

—Pero cuando se vió usted sola...

—Tenia además de usted, señorita, otro protector, cuyos beneficios habia siempre rehusado.

—Y tambien los mios.

—Se equivoca usted, hija mia; pues no solo me he alimentado largo tiempo de lo que su caridad de usted se tomaba la molestia de guardarme, sino que aun me sobraba alimento para saciar el hambre de mis padres.

—Padecian hambre—exclamó Enriqueta en tono de reconvencion—y hasta ahora nunca habian proferido sus labios de usted tan horrorosa palabra delante de mí.

—Todo eso ya pasó, señorita. ¿Hemos de hablar de mis desgracias, ó de mis satisfacciones?

—Tiene usted razon, no hablemos sino de cosas agradables.

—Decia pues, que de las dos únicas personas por quienes todavía me es grata la existencia, de mis dos adorados y generosos protectores, solo de uno habia aceptado los beneficios. Era preciso igualarles en el merecimiento de mi gratitud, así como entrambos poseen por igual el amor entero de mi pobre corazon.

—¡Cómo! ¿ama usted á otra persona tanto como á mí?

—No se enoje usted, hija mia; esa persona tiene los mismos derechos que usted á mi cariño y á mi gratitud. Me quiere lo mismo que usted...

—Dudo mucho que sea así.

—Yo no, hija mia; y este solo pensamiento me hace olvidar con frecuencia todas mis desventuras. Conozco el afecto que usted me profesa, porque he recibido de él repetidas pruebas; pero tambien me las ha dado la persona á quien aludo, y hasta ahora habia permanecido yo inexorable á sus proposiciones.

—¿A sus proposiciones?

—Sí, mi querida señorita, hace tiempo que deseaba tenerme á su lado.

—Yo tambien he manifestado á usted mil veces este mismo deseo.

—Es verdad, y tal vez el no poder complacer á los dos, como yo hubiera apetecido, era causa de mi indecision; pero hubo un momento en que no supe resistir á sus benéficas súplicas... y cedí.

—¡Le dió usted la preferencia!—repuso con laudable envidia la generosa jóven.

—No le dí la preferencia sobre usted, Enriqueta, no; porque he dicho antes que los dos han colmado á esta infeliz de beneficios, y quiero á entrambos con igual amor. Viviré en la modesta habitacion que ha tenido la caridad de designarme don Eduardo; pero visitaré á usted todos los dias.

—¡Don Eduardo!—exclamó sobresaltada Enriqueta.

—Es el nombre del bondadoso jóven, á quien Dios ha favorecido con las mismas virtudes que hacen á usted adorable.

—¿Hijo de un duque?—preguntó con vivacidad Enriqueta.

—Del duque de la Azucena—respondió tristemente la *Bruja*.

—¡Dios mio!—gritó la incauta jóven.

—¿Qué tiene usted, señorita?—preguntó la *Bruja* al notar la turbacion de Enriqueta.

—Nada, nada.

—¿Conoce usted á ese jóven?

—Por una casualidad—respondió la pobre niña aparentando otra vez una tranquilidad que estaba muy lejos de gozar.—Mi padre ha empezado el retrato de ese jóven.

—Ahora me acuerdo que vinimos juntos dias atrás á esta casa. Me dijo que tenia precision de ver á su padre de usted. Seria por el retrato. Yo no tuve el gusto de hallar á usted en casa.

—¿Cuándo fué eso?

—Hace ya muchos dias.

—Yo creo que ayer vino aquí ese jóven por primera vez.

—Hace diez ó doce dias que vino conmigo al anochecer. ¿Le ha visto usted?

—No—respondió Enriqueta esforzándose por disimular su agitacion.

—Es un gallardo mozo.

—Parece que está en vísperas de casarse—dijo Enriqueta removiendo con la badila el fuego, en ademan de indiferencia.

—No sé nada, y lo extraño.

—¿Lo extraña usted?

—Extraño que no me lo haya dicho.

—¿Y cree usted que no se vá á casar?—preguntó con interés la celosa jóven.

—Es muy jóven aun.

—Pues parece que el retrato es para su novia.

Enriqueta hacia esfuerzos sobrenaturales para dominar sus celos, y la curiosidad de muger y de enamorada, la impelia doblemente á dirigir á la *Bruja* ciertas expresiones en cuya respuesta buscaba la imprudente niña algun destello de esperanza, y solo encontraba saetas que herian su corazon.

—¡Para su novia!—repuso la *Bruja*.—¿Y dónde está la muger que sea digna de un esposo como ese?

—Es verdad, es preciso que haya nacido en la mas alta aristocracia.

—¡En la aristocracia!—exclamó la *Bruja* con cierta sonrisa indefinible que daba á su mutilado rostro la expresion de una furia.—Los palacios no dan guarida á la virtud.

—¿Olvida usted la elevada posicion social de don Eduardo?

—Es una bella flor que descuella entre abrojos y zarzales.

—¿Y no puede haber otra flor en ese mismo terreno?

—Dios lo quiera así; pero es muy difícil hallar la sinceridad y el amor donde la falsía y la seduccion muéstranse con todos los atavíos de la honradez, y no sueltan su máscara fascinadora, hasta que les impele á ello el placer de saborearse en el dolor de sus víctimas.

—¿Teme usted que ese generoso jóven sea engañado?

—¡Hay tanta desmoralizacion en los círculos aristocráticos!...

—¿No es verdad que debiera buscar en otra parte una compañera que fuese digna de él por sus virtudes?

—He dicho antes que es demasiado jóven para pensar en

eso, y si es cierto que se casa, milagro será que las consecuencias no sean deplorables.

—¡Jesus, que desconfiada es usted!..... Siempre augurando infortunios! Si ese jóven atesora las bellas prendas que tanto pondera usted, es natural que su muger le ame y le haga feliz.

—Si es muger de bien no podrá menos de quererle, de adorarle, porque es tan bueno, tan generoso y compasivo.... Su mayor dicha en este mundo es enjugar el ageno lloro.... Jamás su hermoso corazon se muestra insensible á los padecimientos de los menesterosos.... Toda su ambicion es hacer la felicidad de cuantos le rodean.

—¡Y recela usted que no sea correspondido en sus amores!

—Porque vive en una atmósfera corrompida.

—¿Tiene mas que buscar una muger de humilde condicion?

—Una muger de humilde condicion no pisa nunca impunemente el marmóreo pavimento de los palacios. Si alucinada ó seducida entra en ellos, deja allí su honor, y los lacayos la arrojan á la calle, porque una muger de humilde condicion no debe pensar nunca en merecer el cariño de un magnate, y si por desgracia alcanza sus favores, será bárbaramente deshonrada, y en vergonzosa miseria y cruel abandono, llorará tarde su desvío con lágrimas de sangre.

—¡Dios mio!

—¡Válgame Dios!—exclamó la *Bruja* despues de haber permanecido meditabunda algunos instantes—¡siempre ideas melancólicas! Hemos venido aquí para hablar de mi felicidad, señorita, y no sé que giro hemos dado á la conversacion, que siento mi alma oprimida como nunca. ¡Usted tambien llora! ¿Qué tiene usted?

—Como siempre vaticina usted desgracias...

La infortunada Enriqueta enjugó una lágrima que rodaba por su megilla.

—¿He vaticinado yo algun contratiempo?

—Ha dicho usted que si don Eduardo llegara á casarse con alguna jóven de humilde condicion...

—Eso no puede suceder, hija mia—interrumpió la *Bruja* aparentando jovialidad.—El primogénito de la antiquísima casa de los duques de la Azucena habrá elegido una esposa digna de su elevada alcurnia.

—Así es en efecto.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Me lo ha dicho mi padre, que está haciendo el retrato del duquecito para la novia.

—¿Y á qué familia pertenece la novia?

—A una de las mas distinguidas de la aristocracia.

—Mucho mérito deberá tener.

—Dice que es muy jóven y hermosa.

—¿La conoce su padre de usted?

—Yo creo que no.

—¿Pues cómo asegura que es linda y jóven?

—Eso lo dice don Eduardo.

—De modo que estará de ella muy enamorado.

—¿Lo cree usted así?

—Cuando pondera su belleza...

—Es verdad... y acaso no será tan hermosa como todo eso.

—Tiene usted razon, los enamorados suelen exagerar siempre el mérito de las mugeres á quienes aman. Hasta las feas parecen ángeles á sus apasionados.

—Nada tendria de particular que fuese fea esa señorita, ¿no es verdad? Y acaso tampoco será muy jóven.

—Debe serlo, si su edad ha de guardar proporcion con la del duquecito, que apenas cuenta diez y ocho años.

—Si la novia tuviere diez y seis, seria una edad muy proporcionada ¿no le parece á usted?

—Ya se vé que sí. El hombre siempre debe tener algunos años mas que la muger.

—Dos años mas es una diferencia razonable.

—De todos modos, don Eduardo no debe casarse tan jóven.

—Eso me parece á mí, mayormente siendo tan difícil como

usted supone, hallar una muger digna de él.

—¡Escasean tanto las mugeres virtuosas!...

—Particularmente en la alta sociedad, segun usted dice.

—Y es lo peor de todo, que no puede buscarla en otra parte.

—Siendo así, mejor seria que permaneciera soltero.

—A lo menos algunos años mas.

—Siempre, siempre soltero si ha de ser infeliz.

—Yo no creo que tal suceda.

—¿No cree usted que se case?

—Digo que no creo que sea infeliz.

—Sin embargo, es muy grande el riesgo que corre segun lo que usted ha dicho hace poco.

—¿Qué riesgo?

—El de que sea engañado.

—¿He dicho yo eso?

—Sí señora; y que los palacios no dan guarida á la virtud.

—¡Tengo tantos motivos para odiar á los ricos!...

—¿No dice usted que debe muchos favores á don Eduardo?

—Es cierto.

—Y que es un jóven tan bueno y generoso...

—No lo puedo negar.

—Con todo, usted sabe que don Eduardo es muy rico.

—Por esa misma razon, reflexiono ahora que no es tampoco imposible que haya en la aristocracia alguna jóven, que por sus virtudes sea digna de él.

—Pero siendo tan difícil...

—Pierda usted cuidado, hija mia, Dios protege siempre á la honradez, y no siendo el duquecito uno de esos troneras que tanto abundan en la córte, es probable que haya encontrado una jóven amable y virtuosa...

—¿Y cree usted que se amarán?

—Es natural que se amen.

—¿Y serán dichosos?

—¿Pues no han de serlo, mi querida señorita? Serán muy fe-

lices y vivirán contentos en medio de la abundancia y de las comodidades.

Inés trató de consolar á Enriqueta con las precedentes frases, y profundizó la herida que habian hecho los celos en su pecho inocente.

En este momento presentáronse el pintor y su esposa en el cuarto de Enriqueta.

—Parece que está animada la conversacion—dijo Federico.

—Así, así—respondió la *Bruja* levantándose.

—Quieta, quieta—replicó el artista tomando otra silla.

—Aquí puede sentarse doña Cecilia—dijo la *Bruja*—porque ya no es prudente que me detenga mas.

—¿Se vá usted?—preguntó Cecilia.

—¿Qué le hemos de hacer? El tiempo va de mal en peor, y quisiera estar retirada antes del anochecer.

—En eso hace usted bien. ¿Pero qué novedad es esa?

—¿Cuál novedad?

—Pues ¡no es nada! ¡Y qué elegante!

—¿Se burla usted, doña Cecilia?

—No por cierto. Ya le he dicho á usted antes que parece otra con ese vestido. Bien puedes envidiar su talle, Enriqueta.

—Ya se vé que es airoso—dijo la jóven.

—Celebro ver á ustedes de tan buen humor.

—A ver, vuélvase usted—añadió Cecilia.

—Señora, por Dios...—repuso la *Bruja*.

—Hágame usted este favor.

La *Bruja* se volvió de espaldas á Cecilia, y dió algunos pasos con presuncion.

—Dígole á usted que hay pocas cinturas en Madrid como la de usted—dijo Cecilia.

—Todas las que hemos padecido hambre tenemos la cintura delgada.

—Esa no es delgadez de hambre, sino de estar bien formada. ¿Y que es lo que ha producido tan agradable transformacion de trage?

—La señorita Enriqueta tendrá la bondad de referírselo á ustedes.

—Ha hecho usted muy mal en salir con tan pésimo dia.

—Ya me ha reconvenido por eso la señorita Enriqueta. He celebrado infinito ver á ustedes tan buenos.

—Abríguese usted bien, que hace mucho frio.

Enriqueta acompañó á la *Bruja* hasta la puerta de la escalera, y al volver á su cuarto contó á sus padres la hospitalidad que un generoso jóven habia dado á aquella infeliz, habiendo causado no poca admiracion en los dos oyentes, la casual circunstancia de que fuese don Eduardo el jóven protector de la *Bruja*.

Satisfecha la curiosidad de Cecilia y Federico, retiráronse cada uno á sus quehaceres dejando á Enriqueta sola en su cuarto.

Así que se vió la niña sin testigos, abandonose á su dolor llorando sin tasa, hasta que desahogado su pecho, pudo reflexionar con mayor calma acerca de los medios á que debia apelar para vencer un amor sin esperanza, que bajo ningun concepto podia serle conveniente.

—Todos tienen razon—decia para sí la adolescente.—Estas lágrimas que acabo de verter por un hombre que no las merece, deben ser las últimas, y los últimos tambien estos recuerdos que involuntariamente nutro en mi fantasía. Valor, Enriqueta. Es preciso que la calma y la alegría renazcan en mi corazon. Olvidemos á ese hombre que no me ama... Que si me amase.... aun me haria mas infeliz. Mi padre asegura que su amor no puede por ningun estilo convenirme... Esa muger misteriosa, á quien el vulgo apellida bruja, porque todo lo adivina.... esa muger á quien respeto y amo á pesar de su deformidad y pobreza..... esa muger cuyas caricias me conmueven y cuyos vaticinios me llenan de espanto, augura tambien catástrofes á mi loco amor. Desechémosle pues para siempre de mi pecho. Dios me dará firmeza para llevar á cabo mi resolucion. Veré á ese jóven, y le veré con la misma indiferencia que se vé á un desconocido. Sabré seguir los consejos de mi buen padre: ni amarle, ni odiarle, este es mi deber y le

cumpliré con valor. Solo así lograré recobrar mi tranquilidad. Seria una ingrata si no procurase dar gusto á unos padres que me idolatran. Quisiera morirme primero que darles un qué sentir. ¡Se afanan tanto por hacerme dichosa! ¿Y he de renunciar para siempre á la esperanza de habitar un suntuoso palacio? ¡Pobre de mí! Soy hija de un pintor... Es preciso tambien tener siempre fija en la mente esta idea, porque ella sola basta para desvanecer como el humo las doradas ilusiones que hacen germinar en mi fantasía los delirios de una ambicion insensata. No pasaré jamás de ser la humilde hija de un pintor; pero al lado de mis bondadosos padres tampoco podré nunca ser desgraciada. Resuelvo pues vivir siempre con ellos y espero que Dios protejerá mi resolucion.

Las esperanzas que Enriqueta acababa de concebir de poder vencerse, acrecentábanse por momentos y coincidian con las que alentaba don Eduardo.

Este jóven, despues de vuelto en sí por la presencia del viejo Ambrosio, y no habiendo encontrado á la *Bruja* en su aposento, paseábase por el invernadero del jardin abismado en las reflexiones con que daremos comienzo al próximo capítulo.





CAPITULO XXXI.

INÚTILES ESFUERZOS.

Desea amor olvidar,
Y no quiere que se cumpla,
Porque nunca está mas firme
Que pensando que se muda.
LOPE DE VEGA.

Mientras la *Bruja* y Enriqueta estaban en conversacion segun acabamos de referir en el anterior capítulo, paseábase don Eduardo por el invernadero del jardin del palacio del duque, sumergido en graves meditaciones.

—La sola idea del espantoso crímen que iba á cometer me horroriza—decia para sí.—A estas horas todo hubiera concluido para mí, y reinaria el luto y la consternacion en este palacio. Mi padre... ¿Qué consideraciones debo á mi padre? Verdad es que es el

autor de mi existencia... ¡Magnífico regalo por cierto! Una vida que detesto... que me deshonra y abruma... Pero es mi padre..... es un padre tierno y amoroso..... Yo no puedo dejar de respetarle y corresponder á su cariño sin faltar á los deberes de un buen hijo. Si ha cometido alguna falta él dará cuenta á Dios; pero yo no debo amargar sus dias... ¡Oh!... no, de ningun modo. Mi obligacion es hacerle dichoso..... y sin embargo ¡habia olvidado esta obligacion sagrada! ¡Perdon! ¡perdon, padre mio!

Don Eduardo vertió algunas lágrimas de arrepentimiento, y prosiguió:

—¿Y qué motivos tenia yo para atentar á mi vida? ¡Qué vergüenza! He tenido que sufrir las reconvenciones de un criado..... He tenido que agradecérselas... porque yo no soy mas que un pobre mentecato..... Ahí está ese buen viejo, sin educacion alguna, ni mas talento que el natural raciocinio que Dios ha concedido á sus criaturas... ¡El me ha salvado! ¡El ha arrebatado de mis ojos la venda fatal que me cegaba, y me ha hecho ver el insondable abismo á que mi cobardía iba á precipitarme! Me ha llamado cobarde... y con razon... porque es verdaderamente de cobardes el no saber hacerse superior á las desgracias. ¡Pobre Ambrosio! ha adivinado mi horrible resolucion, y la sola idea de este crímen le ha hecho llorar amargamente. ¿Qué hubiera sido si me hubiera encontrado ya cadáver? Y si de este modo he visto desgarrarse el corazon de un criado, ¿cuál hubiera sido el dolor de mi padre? Me estremezco al pensarlo. No olvidaré jamás tus lágrimas, buen Ambrosio, esas lágrimas que me han dado la vida; pero que sin duda han abreviado la tuya de algunos años. ¡Dios mio! ¡Dios mio! esto me llena de angustia. Un niño puede tener un pesar profundo, pero llora y todo el dolor se desvanece; mas cuando llora un anciano, cuando llora porque ha sentido una herida en el corazon, su lloro le aproxima á la muerte. Es propio de entes desalmados el acibarar los últimos dias de un pobre viejo. Yo debo vivir, debo hoy mas que nunca procurar vivir para hacer la felicidad del virtuoso Ambrosio y para seguir sus consejos. Me ha ha-

blado á nombre de mi madre..... sin duda inspirado por la misma Divinidad..... Me ha dicho que debo sujetarme á los proyectos de mi padre... Es verdad, así seremos todos felices, y mi casamiento vengará el ultrage de una ingrata. ¡Qué digo!... ¡Sin duda estoy loco aun!..... ¡Todavía el recuerdo fatal de la jóven encantadora viene á perturbar mis sentidos! Aquí no ha habido ultrages ni ingratitudes, ni debe haber venganza, ni siquiera amor. ¿He dicho yo alguna vez á esa jóven que la amo? ¿Me ha dado siquiera alguna leve esperanza de ser correspondido? Si nada de esto ha sucedido ¿por qué me quejo? ¿Y por qué he de amarla yo, ni acordarme siquiera de su hermosura? ¡Cuántos deberes iba á atropellar por una loca pasion! ¡Oh! yo sabré vencerla... ó por mejor decir, queda ya vencida desde el momento en que sé quien es esa muger. ¡La querida de un pintor!... Amense en hora buena... Sus amores me son del todo indiferentes... No quiero añadir á mis locuras, la de alentar unos ridículos celos que me degradarian. Mañana, á la misma hora de hoy, volveré tranquilo á casa del pintor, volveré acaso á ver el retrato de esa hermosa niña... Quién sabe si veré á ella misma; pero su vista me será del todo indiferente. Tambien es hermosa la jóven con quien voy á casarme, es hermosa y digna por todos conceptos del papel que represento en la sociedad. Desechemos tontas preocupaciones. Tengo la conciencia tranquila y no debe arredrarme el orígen de mi nacimiento. Así acaba de aconsejármelo Ambrosio... y es la verdad. Este casamiento debe hacerme feliz.

Con estas últimas reflexiones procuraba engañarse á sí mismo el celoso jóven, cuando un criado le avisó que estaba la sopa en la mesa. Regresó al interior del palacio, y se dirigió al comedor, donde le aguardaba su padre.

Deseoso de vencerse, mostrábase don Eduardo risueño y jovial como nunca, durante la comida.

Padre é hijo comian solos, sin mas testigos que Ambrosio, que les servia.

Don Eduardo acababa de sufrir sensaciones sobrado fuertes

para que dejasen de influir en su apetito, así es que por mas esfuerzos que hacia, no le era posible disimular en esta parte su displicencia.

—¿Qué es eso, Eduardo?—le preguntó el duque.—Observo que no comes.

—Me he excedido en el almuerzo—respondió el jóven—y no tengo ahora apetito.

—¿Qué te parece la disculpa?—preguntó el duque al viejo Ambrosio sonriéndose.

—¿Qué me ha de parecer?—dijo el criado—una mala invencion.

—¿De veras?—repuso el duque.

—Ya se vé que sí. ¿No sabemos acá que el señorito ha salido esta mañana sin almorzar?

—¿Qué respondes á eso, Eduardo?

—¿Qué he de responder? Que eso mismo justifica mi disculpa—dijo el duquecito.—No he almorzado en casa, porque estaba convidado en casa de un amigo.

—¿A mí con esas?—replicó el criado.—Desgraciadamente soy perro viejo...

—¿Qué quieren decir tus reticencias, Ambrosio?—preguntó el duque.

—Nada, señor.

—Tú sabes algo... tú sabes sin duda la causa de la displicencia de Eduardo.

—A mí nada se me escapa—repuso el criado.

—¿Y no puedo yo saber lo que ocurre?

—Todo ello es una bicoca... niñerías... cosas de poco juicio...

—¡Ambrosio!—exclamó sobresaltado el duquecito.

—Explícate, Ambrosio—dijo el duque con impaciencia.

—Yo tambien he sido jóven—continuaba con flemática sorna el buen anciano—y cuando la sangre se me enardecia...

—¿Quieres callar?—interrumpió temblando el duquecito.

—¿Qué es eso, Eduardo? ¿Por qué le interrumpes?

—Dirá alguna impertinencia.

—Diré... diré la verdad...—continuó Ambrosio.—La verdad, sí señor, es preciso que la sepa S. E. el señor duque.

—Pues díla sin rodeos—exclamó impaciente el duque.

—Ha de saber V. E.

—No crea usted nada de lo que diga Ambrosio, padre.....—interrumpió de nuevo don Eduardo.

—El señor duque sabe que este pobre viejo nunca miente—dijo Ambrosio.—Ademas, aquí no se trata de nada que no sea muy natural. Todos hemos tenido nuestras fragilidades..... Cada cual es hijo de sus acciones... El que mas y el que menos tiene su alma en su palma, y toda vez que conviene apresurar el negocio consabido, pelillos á la mar, y Cristo con todos.

—¿Qué significa toda esa palabrería?—preguntó el padre.

—Que el señorito está enamorado.

Don Eduardo, que temiendo que Ambrosio iba á revelar lo del suicidio, habia estado hasta entonces angustioso, respiró con libertad, y dijo para sí:

—¡Gracias á Dios!

—¿Ha notado V. E. ese suspiro?—preguntó con sonrisa el buen Ambrosio á su amo.

—En efecto—respondió el duque;—pero ni me sorprende el suspiro, ni la noticia que acabas de darme. Todo ello colma mi satisfaccion, es verdad; pero no me coje de nuevo, ya sabia yo que Eduardo está enamorado de la marquesita.

—Pues si V. E. sabia eso—repuso Ambrosio—¿por qué extraña que no coma el señorito?

—Porque yo estoy en su mismo caso, y te aseguro que el amor me produce el efecto de una copita de ajenjo ó de quina..... me abre el apetito.

—Es que á nuestra edad está ya el corazon gastado, señor duque.

—¡Siempre esa impertinente manía de querer igualar mi edad á la tuya! ¿No sabes tú que me llevas diez años?

—Nueve, señor duque.

—¿Y te parecen pocos?

—¿Quién se acuerda ahora de las edades?—interrumpió don Eduardo en tono de jovialidad.

—Dices muy bien, hijo mio—añadió el duque.—Ahora no debemos hablar mas que de las bodas. ¿De veras, tan enamorado estás de Elisa?

—Deseo que llegue el momento de nuestros enlaces.

—Ya sabes que acordamos celebrarlos en la primavera á fin de gozar de la luna de miel, como dicen los franceses, en alguno de los reales sitios, y evitar de este modo el excesivo calor que sufren los que tienen bastante resignacion para pasar el verano en Madrid. Aunque hace hoy un frio extraordinario, porque el marzo es el mes mas loco del año, el 21 empieza la primavera, con que ya ves que pocos dias son los que faltan para ver colmados nuestros deseos.

—Pues señor—dijo Ambrosio con la franqueza que su honradez, su fidelidad y sus años habian adquirido al lado del duque—no apruebo esa resolucion.

—¿Qué resolucion?—preguntó el duque.

—La de casarse por la primavera, y pasar la luna de miel en el verano.

—¿Por qué razon?

—Porque me parece á mi, que en noches de frio y de nieves como hoy, no ha de ser del todo pesada la cruz del matrimonio; pero ¿quién pasa una noche de verano, con el calor y las pulgas, junto á la inconmensurable camisa de una muger? A mí, á lo menos, se me figura que la luna de miel se me convertiria en luna de almendras amargas durante la canícula. Tocante al invierno... ya muda de especie, porque cuando el frio aprieta, se arrima cada cual á su cada cual... y Cristo con todos.

Riéronse padre é hijo de las picarescas ocurrencias del honrado viejo.

Terminada la comida tomaron café, y despues quedaron solos

junto á la chimenea, y prosiguieron la conversacion en estos términos:

—No puedes tú figurarte, hijo mio—dijo el duque—el placer que experimento al ver que es de tu gusto la esposa que te he proporcionado. Lo que extraño es que todavía no le hayas regalado tu retrato.

—Es que no está concluido, padre—respondió don Eduardo.

—Y acaso no estará empezado tampoco.

—Sí señor, ayer se empezó.

—Mira tú ¡ayer! Sabiendo que Elisa desea poseerlo... Tu cachaza es muy reprensible.... No es á la verdad muy propia de un enamorado.

—¿Qué quiere usted?... Se me han pasado los dias no sé como; pero á lo menos será una joya digna de la persona para quien la destino.

—¿Cómo puedes asegurar eso habiéndose empezado ayer?

—Porque ya tiene la mas perfecta semejanza.

—¿De veras?

—Es cosa que sorprende.

—Siendo así, estará ya muy adelantado.

—Ocho dias me dijo el pintor que necesitaba para dejarlo concluido.

—¿Cómo tanto tiempo?

—Dice que tiene empeño en hacer una obra maestra; y me lisonjeo de que se ha de salir con la suya. Ya quisiera que fueran las once de mañana para ir á su estudio. Si viera usted que coleccion de cuadros tiene tan magnífica..... ¡Y es tan amable y simpático!...

—Pero si está el dia como esta tarde...

—Aunque esté peor.... me meto en la carretela, y allá me voy. Tengo unos deseos de ver mas adelantado el retrato...

—Eso es natural. Ahora conoces que has andado sobrado perezoso en complacer á Elisa. ¿Y cómo te disculpas de la tardanza?

—Echo la culpa al pintor; pero hoy puedo ya dejarla contenta

diciéndole que antes de ocho dias estará positivamente en su poder.

—¿Piensas ir esta noche á casa de la marquesa?

—¿Pues qué, no iremos los dos?

—¡Con la nieve que cae!

—Es verdad, está usted demasiado delicado para ir con tan mal tiempo. Iré yo solo si usted no tiene reparo.

—Ninguno, hijo mio; al contrario, me alegro mucho de que vayas allá. De este modo conocerá Elisa que tu amor es verdadero.

Esta conversacion se prolongó hasta las nueve de la noche, hora en que el duquecito dejó á su padre lleno de satisfaccion, y se fué en carretela al palacio de la marquesa de Verde-Rama.

No parecia sino que efectivamente estaba don Eduardo enamoradísimo de la marquesita, y sin embargo, el móvil de todas sus acciones era Enriqueta. El celoso jóven se figuraba que debia corresponder al amor de Elisa, para no acordarse mas de la que tenia ya otro amante, y lisonjeábase que haciendo semejantes esfuerzos, ahogaria en su orígen una pasion naciente que de ningun modo podia convenirle.

Encontró solas á la marquesa y á su hija, las cuales no dejaron de extrañar la visita en noche tan tempestuosa, pues además de estar nevando de una manera mas propia del mes de enero que del de marzo, soplaba tan recio el vendabal que nadie transitaba por las calles de Madrid.

Despues de cambiarse los cumplimientos de estilo, dijo la marquesa:

—¿Y su papá de usted?

—Acabo de dejarle muy contento calentándose á la lumbre de la chimenea. Ya sabe usted que el estado de su salud es algo delicado, y aunque tenia muchos deseos de acompañarme, no se lo he permitido.

—Ha hecho usted muy bien.

—Alguna vez hemos de mandar los hijos—añadió sonriéndose graciosamente don Eduardo.

—Pero dice usted que se quedaba muy contento.

—Es verdad, muy contento porque yo venia á disculparle.

—Pues siendo así, tambien quedo yo contenta; y hubiera sentido que su salud se hubiera empeorado por una imprudencia.

La conversacion giró mas de una hora sobre varios asuntos indiferentes, pero el que mereció los honores de la preferencia, fué el trágico fin de don Agapito y los motivos que le produjeron. Elisa no dejó de mostrarse conmovida, creyendo que lejos de ser los apuros pecuniarios del poeta, como allí se dijo, los que motivaron su espantoso suicidio, habia sido su inconstancia la causa de aquella catástrofe; y los remordimientos de su conciencia alteraron su bilioso temperamento.

A fuer de muger de talento y experiencia, conoció la mamá que los jóvenes amantes tendrian algo que decirse á solas, y levantándose de su asiento dijo á don Eduardo:

—Usted es de casa, Eduardo, y me permitirá que vaya á dar algunas instrucciones á mis criados.

—Ni debiera usted pedirme semejante permiso—respondió el jóven levantándose tambien é inclinándose con cortesanía mientras la marquesa se alejaba.

Estando solos Elisa y don Eduardo permanecieron un momento sin hablar; hasta que el último preguntó:

—¿Está usted triste, Elisa?

—¿Por qué me hace usted esa pregunta?

—La veo á usted tan pensativa...

—La jaqueca me atormenta un poco.

—Lo siento.

—¿Usted?

—¿Por qué no?

—Porque me parece que le soy á usted bastante indiferente.

—Me asombra ese lenguage. Si fuera eso cierto ¿hubiera yo venido esta noche con el tiempo que hace?

—Como el objeto de la visita ha sido disculpar á su papá de usted....

—Lo he dicho antes, es verdad; pero usted bien conocerá que hay en esta casa otro atractivo mas poderoso para mí.

—No se conoce que haya ninguno. ¿Cuántos dias se pasan sin que se digne usted hacernos una sola visita?

—Hoy está usted de muy mal humor, Elisa... y creo adivinar la causa.

—Acabo de decir que me atormenta un poco la jaqueca; pero lo que es mal humor...

—Sí, mal humor es el que usted tiene... ó por mejor decir... un grave pesar.

—Podrá ser.

—Sí, Elisa, usted amaba á don Agapito.

—¡Yo!

—Usted, amiga mia, y su desastrosa muerte ha debido afectarla.

—Era un buen amigo—repuso con notable emocion Elisa, y una lágrima se deslizó de sus ojos.

—No hable usted mas—replicó don Eduardo.—Sus bellos ojos de usted han vertido una lágrima que revela el estado de su corazon. Ahora no me queda ya duda alguna de que amaba usted á mi desgraciado amigo.

—A lo menos lo merecía mas que usted. Siempre anticipándose á mis deseos....

—¿He dejado yo de satisfacerles alguna vez?

—No alguna vez, sino siempre.

—¡Siempre! Será porque no los habré adivinado.

—El que no adivina los deseos de la persona á quien dice que ama, no sabe lo que es amor. ¿Cuánto tiempo hace que le pedí á usted su retrato?

—Antes de ocho dias estará en poder de usted. ¿Qué culpa tengo yo en que el pintor no haya podido empezarle hasta ayer?

—¿Y no hay mas que un pintor en Madrid?

—No hay mas que uno capaz de hacer una cosa digna de usted.

—Se conoce el afan de usted por complacerme—dijo Elisa irónicamente.

—Ya se vé que sí; pero me parece que no le interesa á usted mucho mi afan.

—Aunque así fuera, no tendria usted derecho á quejarse.

—¿Por qué no?

—Porque no haria mas que pagar desprecios con desprecios.

—Es usted muy injusta.

—Soy demasiado indulgente.

—¿Indulgente y me habla usted de desprecios?

—De los desprecios que usted me prodiga.

—¡Dios me libre de incurrir en semejante grosería! Yo que no acostumbro despreciar á nadie, ¿quiere usted que sea tan descortés con la belleza á quien amo?

—¿Y quién es esa belleza?—preguntó sonriéndose Elisa.

—¿No lo sabe usted?

—¿Cómo he de adivinar los secretos de su corazon?

—No hay necesidad de que usted los adivine, cuando yo le he dicho á usted mil veces que la amo.

—Es verdad, me lo ha dicho usted algunas veces, que en lugar de mil puede que no lleguen á media docena; pero siempre con la misma frialdad que ahora.

—Será que no sé dar expresion á mis palabras... Como yo no soy poeta...

—Si esa frase alude á don Agapito, dá usted una prueba de muy poca generosidad al pronunciarla.

—Pronto ha penetrado usted la alusion. ¿Y por qué arguye poca generosidad?

—Porque tal vez tiene usted la culpa de su desgraciado fin.

—¡Yo!

—Usted—exclamó conmovida Elisa, y quedose triste y meditabunda.

El duquecito, asombrado de semejante inculpacion, permaneció un momento sin hablar, y acodándose luego sobre el brazo iz-

quierdo del sillon que ocupaba junto al sofá donde estaba Elisa, puesta una rodilla sobre otra dijo con serenidad:

—Bien sabe Dios que lejos de sentir el menor remordimiento, haria cualquier sacrificio para que el desgraciado Agapito recobrase la vida.

—Como eso es imposible.....

—Tiene usted razon... es imposible... y lo siento en el alma.

—Su corazon de usted es muy sensible.

—Me vanaglorío de eso.

—Se conoce.

—¿No cree usted que siento la pérdida de mi amigo?

—¿No he de creerlo? ¿Puede usted faltar nunca á la verdad?

—Pues aunque hable usted con ironía, repito que siento mucho la muerte de Agapito, y ahora que veo á usted tan desconsolada, la siento mucho mas. ¿Sabe usted, Elisa, que la acusacion que acaba usted de hacerme es muy grave? ¡Que yo he tenido la culpa de la muerte del pobre poeta! ¿Dónde vamos á parar?—Y sonriéndose añadió:—Si eso llegara á oidos de la justicia, estaria yo fresco.

—¿Se rie usted?

—¿No he de reirme, amiga mia?

—Bien decia yo, se conoce lo mucho que amaba usted á su amigo.

—Confieso que no tanto como usted; pero ¿por qué me acusa usted de haber sido la causa de su muerte?

—Dejemos esta conversacion.

—Le es á usted demasiado dolorosa ¿no es verdad?

—Puede ser.

—Hay recuerdos que desgarran el corazon. Ademas, soy un mentecato en preguntar á usted lo que fácilmente se adivina. Dice usted que yo he dado motivo á que el pobre Agapito se haya suicidado, y funda usted esta grave inculpacion en que le usurpé su felicidad.

—No le entiendo á usted.

—Es imposible que no comprenda usted lo que quiero decir No sabré tal vez expresarme con la claridad y elocuencia que desearia; pero usted tiene sobrado talento para entenderme. Yo sé que el pobre muchacho fundaba su dicha en amar á usted y ser correspondido...

—No he dicho yo nunca eso—exclamó Elisa abriendo y cerrando repetida y precipitadamente su abanico, mueble de grandes recursos para las coquetas españolas, del cual no se desprenden aun cuando haga frio.

—El era quien lo decia, que usted siempre me ha manifestado todo lo contrario. Precisamente porque usted me aseguró que no le amaba accedí yo á los deseos de mi padre, y consentí en que me casaria con usted si usted llegase á amarme. Ahora veo que no me habló usted con sinceridad..... que usted amaba al desgraciado Agapito...

—¿Quién ha dicho eso?

—Usted.

—Yo no he dicho nunca semejante cosa.

—Usted me lo ha dicho al culparme de una muerte, de la cual en todo caso solo usted seria responsable.

—¡Don Eduardo!

—Perdone usted, señorita; pero me ha hecho usted una inculpacion muy grave, y me veo en la precision de tener que defenderme.

—Se defiende usted de una manera poco noble.

—El ataque no ha sido muy generoso. Digo pues, que al culparme del desastroso fin de Agapito me ha dado usted á entender, que yo turbé la felicidad de un jóven á quien usted amaba.....

—Repito á usted por última vez que nunca he dicho yo que le amase.

—Pues si usted no le amaba ¿por qué le es á usted tan sensible su muerte?

—Era un amigo.

—Era un amante de usted, Elisa... un amante á cuya memoria acaba usted de tributar lágrimas de amor.

—¿Y por qué no han de ser de amistad? Pero mas necia yo en buscar disculpas á tan infundadas acusaciones. Amaestrado usted en intrigas amorosas, trata de cubrir con el velo de una razon aparente los desdenes con que me agravia de contínuo. No me ama usted, tal vez por que ya otra muger ha cautivado su corazon, y para justificar el desprecio con que usted me trata, quiere presentarme á los ojos de los demás como una jóven inconsecuente, como una coqueta casquivana...

—Me guardaria muy bien de ofender nunca con semejantes calificaciones su conducta de usted. No porque por ese lado me falten motivos de queja, sino porque sé el respeto que se merece la reputacion de una hermosa.

—Vale mas, amigo mio, que me diga usted francamente: «no la amo á usted.»

—Yo creo que no le harian á usted ninguna impresion desagradable semejantes palabras.

—A lo menos puedo asegurar á usted que no me sorprenderian, porque estoy muy convencida de que expresarian la verdad.

—Se conoce que mide usted mi corazon por el suyo.

—¡Hay tanta diferencia de uno á otro!...

—Demasiado lo sé.

—Diga usted de una vez: ¿cuáles son esas quejas que tiene usted que añadir? Empieza á divertirme esta conversacion.

—Me alegro mucho de haber disipado la melancolía, y toda vez que mis quejas excitan el buen humor de usted, no seré tan poco galante que deje de manifestárselas todas con franqueza.

—Vamos á ver—dijo Elisa riendo.

—En primer lugar—repuso jovialmente el duquecito—creo que no puede ser agradable á ningun enamorado el ver que la belleza á quien ama recibe con agrado las ternezas de otros galanteadores.

—¿Y las recibo yo?

—De todos los jóvenes elegantes que frecuentan esta casa.

—¿Con que todos los que frecuentan esta casa son amantes mios? Vaya, pues no llevo entonces mala escolta de adoradores.

—Yo la veo á usted siempre rodeada de ellos, y por milagro puedo dirigir á usted una palabra. Tengo que aguardar con paciencia que me llegue el turno. Este es el motivo por el cual no son mis visitas muy frecuentes. Soy enemigo de representar papeles ridículos en la sociedad.

—¿Pero cuándo sucede eso?

—Todas las noches de sarao.

—¿Cómo lo sabe usted, si nunca nos honra con su presencia?

—Es que hay cosas que no pueden verse dos veces con calma, y para evitar escenas desagradables...

—Buen modo tiene usted de disculpar sus faltas. ¿Con que si no me visita usted con mas frecuencia, es para evitar escenas desagradables?

—No siempre está uno de buen temple, y si falta la prudencia...

—En usted no puede faltar nunca.

—Se equivoca usted, Elisa, si me juzga muy indulgente.

—¿Ni conmigo?

—Con usted lo he sido ya demasiado... y si no veo enmienda en su conducta...

—¿Qué hará usted?—preguntó Elisa soltando una burlona carcajada.

—Olvidar á usted para siempre—respondió con gravedad el duquecito.

—¡Pobre de mí!—exclamó Elisa sin dejar de reirse.

—Ya sé yo que le importa á usted poco que yo la olvide.

—Mas olvidada de lo que usted me tiene.....

—Mereceria usted que fuese así.

—¿Y quién se lo impide á usted?

—¿Habla usted de veras?

—Hablo del modo que merece el poco miramiento con que usted me trata.

—No creo ser descomedido.

—Ni amable tampoco.

—Nunca parece amable la persona á quien no se quiere.

La vuelta de la mamá interrumpió este coloquio, y volvió á rodar la conversacion sobre asuntos indiferentes hasta que dieron las once.

En este momento se levantó don Eduardo, y previos los saludos que exige la urbanidad, retirose del palacio de la marquesa de Verde-Rama, muy descontento de la conducta de Elisa, particularmente del interés con que habia llorado en su presencia la muerte del infortunado don Agapito, y ansioso de que pasase la noche para hacer su segunda visita al pintor.





CAPITULO XXXII.

LA SORPRESA.

Cum sudore vultus tui
vescires panem tuum.
GENESIS.

A la orilla del Manzanares fundó Carlos III un paseo hermosísimo, que durante el reinado de aquel monarca y el de Carlos IV, habia sido muy favorecido de una elegante y numerosa muchedumbre. Ahora que es mas frondoso por la extraordinaria corpulencia y gigantesca elevacion de los vetustos árboles que le sombrean, la concurrencia es insignificante, sin duda por la comodidad de haber otros paseos no menos agradables y á menor distancia de la parte mas poblada de Madrid.

Este paseo llamado *la Florida* se prolonga desde la puerta de San Vicente hasta la puerta de Hierro, dejando á la mitad la

ermita de San Antonio á la derecha, y á la izquierda la fuente de *los once caños*.

Detras de esta fuente, en una miserable casucha, vivia en 1824 la señora Pepa, lavandera de profesion y hermana de la *tia Pelona*. Aunque pobre, era muger espléndida en cuanto lo permitian sus escasos recursos. Acogió con agrado á Manolo y á sus compañeros, desde el momento en que el contrabandista manifestó que iba allí con recomendacion de la *tia Pelona*, y les improvisó una abundante lumbre que les supo á gloria, como suele decirse, pues habian llegado calados y tiritando de frio.

A falta de sillas para todos, pues no habia mas que una en aquel limitado recinto, que era una denegrida y mugrienta cocina, y con la señora Pepa eran cuatro los personages que estaban en la escena, cediéronla á la dueña de la casa para que acabase de gobernar el fuego, sentándose despues Manolo en ella como gefe de los viajeros, y los restantes interlocutores, que eran dos arrieros, llamado el uno *Lagartija*, y el otro *Mendrugo*, improvisáronse un sofá de un grueso tronco que sacaron de la leñera.

Tomaron asiento, despues de haber arrimado sendos trabucos á la pared y colgado las capas de manera que recibieran de cerca el calor de la lumbre; y agradecido Manolo á la buena acogida que la señora Pepa les dispensaba, dijo:

—Vive Dios que no me ha engañado la *tia Pelona*.

—¿Pues qué te ha dicho esa buena pieza, hijo mio?—preguntó la señora Pepa.

—Me ha dicho que era usted muy complaciente y amiga de hacer favores.

—En este mundo es preciso que nos ayudemos unos á otros.

La señora Pepa frisaba ya con las cincuenta y cinco navidades; y aun que de escasa robustez al parecer, disfrutaba de la mejor salud, y no habia padecido en toda su vida mas enfermedades que las que son propias de la niñez; pero aun no todas ellas las sufrió en sus primeros años, pues cuando tuvo las viruelas, llevaba ya tres décadas y un lustro á cuestas. De resultas de esta

dolencia asaz tardía, perdió las cejas y pestañas; pero conservaba una larga y espesa cabellera rubia, sin ninguna cana, y como si de ella tuviese vanidad, solia llevarla caida sobre la espalda. Era una de esas viejas acartonadas que llevan trazas de ser eternas. En nada se parecia á la *tia Pelona*, sino en el democrático sistema que habia adoptado de tutear á todo el mundo.

—Lo que siento—añadió con amabilidad—es no poseer buenas camas que poder ofreceros, pero tengo un pajar excelente, donde el que quiera dormir podrá pasar la noche tan caliente como junto á esta chimenea.

—Gracias, señora Pepa—repuso Manolo.—Una noche se pasa de cualquier modo, y preferimos no separarnos de este hermoso fuego. Si el sueño nos rinde, nos tenderemos aquí en el suelo. Las capas se van secando, y además de enjutas quedarán luego tan calentitas que dará gusto abrigarse con ellas.

—Como querais—dijo la señora Pepa—y para dar tambien calor al estómago, voy á arreglaros la cena.

—¡Santa palabra!—exclamó *Lagartija*.

—Este demonio no piensa mas que en comer—añadió *Mendrugo*.—Como hay Dios que no me creo seguro á su lado.

—Vive tranquilo, que aunque traganton, soy hombre de paladar delicado y se me indigestan los *mendrugos*.

—Ya se conoce que te alimentas de manjares exquisitos—replicó *Mendrugo* queriendo pagar á su camarada lindeza por lindeza.

—¿Dices eso por que estoy flaco?

—¿Cuántas veces te han puesto de espárrago para sostener el toldo del dia de Corpus?

—Calla, consuelo de pobres, que cuando vas detrás de las mugeres solo hacen caso de tí las hambrientas.

—Y de tí huyen todas porque se asustan de las *lagartijas*.

—Hay lagartijas y lagartijas. Las unas espantan y las otras son el reclamo de las buenas mozas.

—Esas disputas guardadlas para amenizar la cena—inter-

rumpió Manolo.—Lo que interesa ahora es saber qué refrigerio es el que puede proporcionarnos la señora Pepa.

—Pan y vino—dijo con orgullo la vieja—no se le dá mejor á Fernando séptimo.

—Perfectamente—exclamó con alegría Manolo.—Son los principales artículos.

—¿Y qué mas?—preguntó con avidez el voraz *Lagartija*.

—Tengo huevos frescos—respondió la vieja.

—¡Magnífico! ¿y qué mas?

—Bacalao.

—¡Soberbio! ¿y qué mas?

—Sardinas saladas.

—¡Exquisitas! ¿y qué mas?

—Aceitunas, cebolletas, pasas.....

—¡Riquísimos postres! ¿y qué mas?

—¡Ah! olvidábame de lo mejor.

—Vamos á ver.

—Tengo tambien chorizo estremeño picante como un demonio; pero no le podeis comer porque estamos en cuaresma.

—Nosotros somos del resguardo y podemos comerlo como los militares—dijo *Lagartija*.—Y vive Dios que es á propósito para tiempos de nieves. ¿Y qué mas hay?

—¿Qué mas quieres que haya en una pobre chóza?

—¿No hay guindillas?

—Eso no falta nunca.

—Pues entonces—continuó *Lagartija* levantándose y dando saltos de contento—esto es una excelente posada. No hay en Madrid ninguna tan bien provista. ¡Viva la señora Pepa!

Y al hacer esta exclamacion dió un abrazo á la dueña de la casa.

—¿No parece sino que aguardaba usted nuestra visita?—dijo Manolo.

—Nada de eso, hijo mio—repuso la señora Pepa—estaba muy agena de pensar en tan buenos huéspedes; pero todas esas

provisiones que os he citado, las voy cociendo y vendiendo á los transeuntes. Las tengo de manifiesto en una mesita á la puerta, y no dejan de excitar el apetito de alguno que otro de los que pasan. Tambien suelen comprar algo las lavanderas, y los gallegos que conducen la ropa. Como todo ello es baratito, no faltan á Dios gracias parroquianos, y con esto y lo que produce el lavadero se recoge lo suficiente para ir alargando la vida. Ahora falta que me digais como os dispongo la cena. Esta tarde ha quedado bacalao frito sin vender. Si os gusta así, no hay mas que calentarlo.

—¡Bueno!—dijo *Lagartija*.—Con permiso del señor Manolo voy á decir lo que me parece. Se calienta el bacalao frito, y luego mientras le saboreamos, nos hace la señora Pepa una hermosa tortilla con chorizo. Se comen luego las sardinas asadas y las aceitunas y las pasas, y las cebolletas y las guindillas, y.....

—Y las sillas, y las áscuas y los tizones.....—añadió *Mendrugo* en tono de mofa.

—Ya se vé que sí...—prosiguió *Lagartija*—todo nos lo hemos de tragar... todo... menos los *mendrugos*.

—Venga el bacalao frito—exclamó Manolo.—Empecemos por él y veremos luego lo que sea mas conveniente.

La señora Pepa arrimó á la lumbre una vieja sarten que contenia el bacalao en cuestion, y mientras este se calentaba, colocó una mugrientà mesa en medio de la cocina, la cubrió de unos manteles, que por lo asquerosamente manchados, acreditaban el sentido de aquel refran que dice: *en casa del herrero cuchillo de palo*. Colocó encima cuatro platos de barro con sus correspondientes cubiertos de madera, un cuchillo mellado, un gran vaso de vidrio verdoso, y tres botellas. La una contenia aguardiente, la otra vino, y la otra que estaba vacía, servia de candelero, pues en vez de tapon ostentaba una vela de sebo encendida, porque el candil que hasta entonces habia alumbrado aquella reducida estancia desde el clavo donde estaba colgado, lo necesitaba la señora Pepa para hacer sus frecuentes viajes á una pieza inmediata que le servia de despensa.

—Esto está en su punto—dijo la señora Pepa echando el bacalao de la sarten en un plato que colocó sobre la mesa.

—Pero falta lo mejor, señora Pepa—dijo Manolo.

—¿Pues qué falta?—preguntó la vieja.

—El pan.

—¡Ay! es verdad... ¡qué cabeza la mia!

—Y las guindillas—añadió *Lagartija*.

—Voy por todo ello.

Y desapareciendo por un instante, volvió la vieja con un puñado de guindillas y cuatro panecillos que dejó en la mesa.

—Ahora cenará usted con nosotros—dijo Manolo.

—Gracias, hijo mio—respondió la señora Pepa.—Yo ayuno toda la cuaresma, y he hecho ya mi colacion. Mientras os comeis el bacalao, me entretendré en haceros la tortilla con chorizo.

—¡Bien por la señora Pepa!—exclamó *Lagartija*.

—¿Y quién releva al pobre *Tuerto* que está en el carro?—dijo Manolo.

—Es verdad—exclamaron á un tiempo *Mendrugo* y *Lagartija*.

—¿Y para qué teneis á ese hombre en el carro?—preguntó la señora Pepa.—¿Temeis que os roben algo? En esta casa nada corre peligro.

—Así lo creo—repuso Manolo—pero como el carro está en el corral, cuyas paredes tienen tan poca elevacion...

—Y quién ha de cargar con unos cofres que pesan tanto?—objetó *Mendrugo*.

—Anda pues, *Lagartija*—dijo Manolo—tú que eres el mas ligero, díle al *Tuerto* que suba.

—Llévate el candil—añadió la vieja.

Tomó *Lagartija* el candil, y desapareció corriendo.

Pocos momentos despues oyéronse gritos de

—¡Señora Pepa! ¡Señora Pepa! *¡Mendrugo!* ¡Señor Manolo!

Mendrugo y Manolo se levantaron sobresaltados.

—Sosegaos—dijo la señora Pepa.—Ya sé yo lo que es eso.

—¿Que es?—preguntó Manolo.

—Nada, que se les habrá apagado el candil y no darán con la puerta.

Cogió la señora Pepa la botella-candelero y fué á recibir á los que llamaban. Apenas se presentaron los tres en la cocina, abalanzose el *Tuerto* al fuego sin decir una palabra. Estaba medio muerto de frio.

—Está la noche horrorosa—dijo *Lagartija*.—Nieva mas que nunca y sopla un viento de mil demonios. A lo mejor nos hemos quedado á oscuras.

—Caliéntate un poco—dijo Manolo al *Tuerto*—y ven á cenar.

—Yo no me muevo de aquí—respondió el *Tuerto*.—Si el fuego del infierno es tan agradable como este, no tengo inconveniente en morir en pecado mortal.

—Calla, blasfemo—dijo en tono de reconvencion la señora Pepa.

—Haz burla de esas cosas—añadió *Lagartija*—y verás si salta un chispazo y te da en el otro ojo, como te quedas ciego.

—Lárgueme usted un pedazo de bacalao, buena vieja—exclamó el *Tuerto* con insolente franqueza.

—¡Vieja! ¿no tengo yo mi nombre?—replicó algo enojada la señora Pepa.

—¿Se enfada usted por eso?—dijo riéndose el *Tuerto*.—Tambien me puso á mí un bonito nombre el cura de mi parroquia al mojarme la crisma, y de nada me sirve. Todo el mundo me llama el *Tuerto*. ¿Cuál es su gracia de usted, prenda?

—Pepa—respondió con gravedad la dueña de la casa.

—¡Juy!—exclamó el *Tuerto* con picaresco ademan, y se puso á cantar esta sobajada copla:

Por una Pepita muero,
Pepita y no de melon,
Por una Pepita ingrata
Que me roba el corazon.

Con esta copla y el modo de cantarla provocó la hilaridad general, é hizo tanta gracia á la señora Pepa, que cogió la mejor tajada de bacalao y se la llevó en un plato al *Tuerto*, y dándole al mismo tiempo uno de los panecillos, exclamó:

—Toma, resalao, que me gustas por tu buen humor.

—Dios se lo pague á usted, buena vieja.

—¿Otra vez, tuerto maldito?

—Perdone usted, señora Pepa, ha sido una equivocacion. De ningun modo quiero yo disgustar á usted... porque es usted... es usted... un cuervo...

—Este hombre está loco.

—No estoy loco, Pepita de mi alma... Y digo bien, es usted un cuervo como aquel que tenia la habilidad de dar de comer no sé á que santo..... me parece que fué á San Felipe Neri ó á San Pascual Bailon.

—No fué sino á San Pablo—replicó la vieja.

—Para mí todos los santos son iguales. ¡Qué rico está este bacalao! Ya se vé, esta noche hace tanta hambre como frio, y el fuego y la cena vienen de perilla. Señora Pepa cuando me caiga la lotería le he de comprar á usted unas cejas de terciopelo.

—Mejor harás en comprarte el ojo que te falta.

Este coloquio y las risotadas con que los compañeros del *Tuerto* celebraban sus chistes, no impedian que la señora Pepa batiese los huevos para hacer la tortilla con chorizo, que pocos momentos despues estuvo ya en sazon de poder ser comida.

—Señora Pepa—dijo Manolo—despues del atracon de bacalao que estamos haciéndonos, tenemos bastante con esa tortilla, aceitunas aderezadas con cebolla, aceite y vinagre; y las ricas pasas para postres.

—¿Y no quereis sardinas?

—Eche usted media docena en las ascuas—respondió *Lagartija*.—El asarlas es operacion de un minuto.

—¡Qué gloton!—exclamó *Mendrugo*.

—Pues dice bien—repuso la señora Pepa asando las sardinas.

—Esto se hace en un abrir y cerrar de ojos. Apuradamente es el manjar mas á propósito para saborear buenos tragos.

—Ande usted, Pepita—añadió con truanería el *Tuerto*—que si ellos no quieren yo me las zamparé todas.

—Están muy saladas—dijo la vieja.

—Eso es precisamente lo mejor que tienen—repuso el *Tuerto*, y cantó esta otra copla:

Sal, salero resalao,
Sal á la ventana, sal;
Que quiero ver, salerosa,
La sandunga de tu sal.

—Me gusta este mocito por su buen humor—dijo la señora Pepa mirando al *Tuerto* con agrado.

—Y á mí me placen las doncellas generosas—exclamó con aire picaresco el *Tuerto*.

—Es que yo no soy ya doncella—murmuró tristemente la vejancona.

—¿No es usted doncella, alma mia?

—Hace cuarenta años que me casé.

El *Tuerto* suspendió la masticacion de su bacalao para entonar esta seguidilla:

Yo mocita y el mozo...
¡Válgame Dios!
Quiso darme un abrazo
Y ajó mi flor.
Así la rosa
Cuando el viento la besa
Pierde las hojas.

—¡Cáspita y lo que sabes, *Tuerto!*—dijo la señora Pepa.—Para todo tienes un estribillo que aplicar. ¡Y cantas como un gilguero!

—Es que como anda para ciego—objetó *Mendrugo*—y está ya á la mitad del camino, estudia coplitas para tener oficio cuando se le cierre la otra ventanilla.

—Si llega ese caso—replicó el *Tuerto*—me dedicaré á ven-

der romances. Casi me alegraria de volverme ciego.

—¿Por qué razon, hijo mio?—preguntó la señora Pepa.

—Para no ver la cara de *Mendrugo*—respondió el *Tuerto*—que es mas feo que el hambre y la peste.

—¡Bien dicho!—exclamó *Lagartija* soltando una carcajada.

—¡Señor Manolo!—gritó el *Tuerto*.

—¿Qué hay?—respondió el contrabandista.

—Las afueras de mi cuerpo se han calentado á las mil maravillas, merced al calor que despide esta consoladora lumbre; pero la procesion anda por dentro de la iglesia.

—Te entiendo: quieres un trago para calentar el estómago.

—Cabalito.—Y cantó lo siguiente:

El que no bebe vino
Es una rana
Que debe zambullirse
Dentro del agua.
¡Bendito sea
El tufillo que arroja
Cuando chorrea!

—Toma—dijo Manolo dando un vaso de vino al jovial trovador.

—¡A la salud de Pepita!—exclamó el *Tuerto*, y despues de una regular libacion, entregó el vaso á *Lagartija*, que le dió otro sorbo, y pasó á *Mendrugo* que le apuró dando un respingo de satisfaccion y arrojando al suelo las pocas gotas que en el vaso quedaban.

La señora Pepa oyó con agrado el bríndis, y queriendo hacer una mueca de coquetería, lució sus encias enteramente desiertas.

—¿Qué tal el vino?—preguntó á sus simpáticos huéspedes.

—Riquísimo—respondió Manolo.

—Pues el bacalao no le va en zaga—dijo *Mendrugo*.

—Está soberbio—respondió *Lagartija*—y lo siento en el alma.

—¿Por qué?—preguntó aturdida la vieja.

—Porque no quisiera ser nunca de la misma opinion que *Mendrugo*.

—Todo está muy bueno, todo es excelente—añadió el *Tuerto*.

—Pues mas os va á gustar la tortilla—dijo rebosando engreimiento la amable vieja.

El *Tuerto* se puso inmediatamente á cantar:

Dios bendiga la gracia
De mi manola,
Que para batir huevos
Se pinta sola.

—¡Silencio!—exclamó Manolo interrumpiendo al cantor antes de que dijera el estribillo.

Calló el *Tuerto* y reinó profundo silencio que alternaba con un rumor extraño.

—¿Qué ruido es ese?—Preguntó Manolo en ademan de escuchar con atencion.

—El huracan que sopla mas recio que nunca—contestó *Mendrugo*.

—Qué ha de ser eso el huracan—repuso el *Tuerto;*—mas bien parecen gruñidos de cerdo.

—Callad todos...—dijo á su vez *Lagartija*.—Hace rato que oigo ese rumor... Escuchemos.

En medio de la general quietud y ansiedad estalló una estrepitosa carcajada de la señora Pepa, que pareció acompañada por una *cromática* ejecutada con alguna trompa ó serpenton.

—¿Qué demonio es eso?—preguntó con mayor asombro Manolo.

—Esos son los ronquidos de mi marido—respondió la señora Pepa riéndose nuevamente á carcajadas.

—¡Cáspita!—exclamó el *Tuerto*—ni un padre provincial mete esa bulla. No iba yo tan fuera de camino al sospechar que gruñia algun marrano.—Y cantó lo siguiente:

El cura de mi lugar
Suele dar tales ronquidos,

Que cuando duerme la siesta
Se rompen todos los vidrios.

—Y le vamos á despertar con nuestros gritos—dijo Manolo.

—Ca, si es mas sordo que una tapia—alegó la señora Pepa.

—¿Y puede usted dormir al lado de ese terremoto?—preguntó *Mendrugo* á la lavandera.

—Estoy tan acostumbrada.....

—Será todo un hombron ¿verdad usted?—preguntó *Lagartija*.

—No es muy alto; pero es el mas gordo de estas cercanías...

—Bien decia yo que gruñía algun marrano—repitió el *Tuerto*.—¿Y de qué le sirve á usted esa mole?

—Se sienta junto á la mesita de los comestibles, y cuida de su venta cuando yo estoy lavando. Es bastante mas viejo que yo y me temo que espiche el dia menos pensado.

—¿Y llorará usted mucho cuando eso suceda?—preguntó el *Tuerto*.

—Allá lo veremos. Hijos mios, estas sardinas están ya en su punto.

—¿Quiere usted seguir mis consejos, señora Pepa?—dijo Manolo.

—¿Por qué no?

—Pues lo mejor que puede usted hacer ahora, es dejarnos acá todas las provisiones de boca y marcharse á acurrucar junto á ese angelito que está berreando porque se le ha dejado solo.

—En efecto—añadió *Mendrugo*—nos deja usted un par de botellas mas de vino con todos esos adminículos, y se larga á tender la raspa, junto al amado consorte.

—Como querais—dijo la señora Pepa.—Botellas no hay mas en casa; pero os dejaré la mayor vasija que tengo, llena de vino.

Hízolo así la espléndida lavandera, y despues de dar las buenas noches á sus huéspedes, se retiró á su madriguera conyugal.

Ya habrá notado el lector que los cuatro compinches reunidos en la cocina de la señora Pepa, eran gente de buen humor, y si

la intemperie, el frio, el cansancio y el hambre no habian alcanzado turbar su jovialidad, ¿cuál deberia ser esta despues de un rato de reposo junto á una lumbre vivificadora, saboreando una apetitosa cena, en la que no escaseaba el vino ni el aguardiente? Estos dos activos agentes de la ebullicion empezaban ya á producir sus naturales efectos, por manera que la alegría que reinaba en aquel reducido recinto, iba ya tomando un carácter alarmante para Manolo, á quien, para cualquier contratiempo que pudiese ocurrir, conveníale conservar la serenidad de sus subordinados. Con este motivo, tan pronto como se consumieron los comestibles, procuró que no se prolongase la conversacion de sobremesa, á fin de evitar que fumando y bebiendo llegasen sus camaradas á un estado repugnante de embriaguez que podria frustrar sus planes.

—¡Ea! basta ya de jarana—dijo poniéndose en pié.—Hemos cenado bien y hay que arreglar ahora el turno del servicio. Tenemos el carro abandonado, y no deja de ser una imprudencia. Es preciso que haya uno allí perenne de centinela. Anda tú, *Lagartija*, dentro de una hora te relevará *Mendrugo*, y de este modo seguireis turnando hasta que llegue mi familia, que será al amanecer para proseguir el viaje.

—Corriente—dijo *Lagartija* tomando la capa y el trabuco—pero que haya puntualidad en el relevo.

—Pierde cuidado, ya estaré yo tambien en vela—repuso Manolo—y llamaré á *Mendrugo* dentro de una hora. Los demás tenderse por ahí, y procurar dormir.

—¿No seria mejor—replicó el *Tuerto*—pasar todos la noche en vela, charlando y bebiendo?

—Eso es precisamente lo que yo no quiero—respondió en ademan imperativo Manolo.—Ya habeis bebido en demasía y os prohibo que deis un solo sorbo. Si ocurre alguna novedad, el que esté de centinela dará un silbido, pero no disparará su trabuco sino en el caso de una sorpresa.

Sujetáronse todos á los mandatos de su gefe, y acabó de pasar la noche sin novedad.



La Bruja de Madrid, por D. Wenceslao Ayguals de Izco.

A las cinco de la madrugada, cuando apenas asomaban los primeros albores, levantose la señora Pepa; pero se abstuvo de entrar en la cocina por no incomodar á los que dormian en ella.

A las cinco y media era ya de dia. El viento habia cesado, y las nubes desaparecido.

Manolo, abrigado en su capa, se asomó á una ventanilla que daba al camino ó paseo de *la Florida*. No se veia una alma. Todo estaba cubierto de nieve. La ermita de San Antonio ofrecia un panorama verdaderamente romántico. Su aspecto religioso daba mayor solemnidad á la calma universal en que todo yacia. Los gigantescos árboles, despojados aun de su verde pompa, ostentaban en la parte superior de sus ramas la blancura de la nieve, que producia un contraste magnífico con la negra corteza.

Hasta las seis y media no aparecieron en casa de la señora Pepa los individuos á quienes con tanta impaciencia aguardaba Manolo.

La señora Antonia, el *tio Palique*, su hija y la *tia Pelona*, que quiso acompañarles hasta la choza de su hermana, habian tenido que alquilar un carro. A la puerta de la casa pagaron al carretero, regresó este á Madrid, y los nuevos huéspedes se juntaron con sus dignos compañeros en medio de un indefinible regocijo.

La infatigable y servicial señora Pepa no habia perdido el tiempo, y tenia ya preparada una gran cazuela de callos, con cuyo obsequio sorprendió agradablemente á sus huéspedes, gritando:

—¡A almorzar todo el mundo!

No se hicieron de rogar los concurrentes, y rodearon la mesa con grande algazara.

—Falta el *Tuerto*—dijo *Lagartija*.

—Está de centinela en el corral—repuso Manolo.—Ya le guardaremos su racion.

—¿Y la *tia Pelona?*—preguntó Juanilla.

—Es verdad—dijo la señora Antonia mirando á todas partes. —Tampoco está aquí.

En este momento se oye un prolongado silbido.

Manolo, *Mendrugo* y *Lagartija* se dirigen precipitadamente al corral sin hablar una palabra.

Pocos momentos despues suena un tiro. A este tiro siguen algunos mas y se oye otro silbido y la voz de Manolo que grita:

—¡Al *Puente verde!*

El *tio Palique*, la señora Antonia y Juanilla huyen azorados y se dirigen al *Puente verde*.

Al otro lado del rio les aguardaba Manolo gritando con desesperacion:

—¡Todo lo hemos perdido!

—¿Qué ha sido eso?—preguntó Juanilla llena de miedo.

—¿Qué ha de ser?—respondió pateando Manolo—que esa maldita vieja nos ha vendido.

—¿La *Pelona?*—preguntó el *tio Palique*.

—La misma.

—Si esa muger no puede ser cosa buena—exclamó la señora Antonia.

—¿Pero por qué hemos de huir?—objetó Juanilla.—Nadie tiene derecho á despojarme de prendas que son mias.

—Fíate de eso y verás cómo te llevan á la horca.

—¿Por qué razon?

—Porque nos atribuirán la muerte del lacayo de marras.

—Nadie podrá probar una muerte que no hemos hecho.

—Pero justificarán la que acabo de hacer ahora.

—¿Has hecho una muerte?—preguntó horrorizada la señora Antonia.

—Sí—contestó Manolo—he tenido el gusto de castigar á la maldita vieja. La he destrozado la cabeza de un trabucazo.

—¿Y si te prenden?

—Me ahorcarán.

—Pues huyamos... huyamos...—exclamó Juanilla.—Piérdase todo con tal de que tú te salves.

Y aquellos miserables emprendieron la fuga.

En efecto, la *tia Pelona*, codiciosa de alguna recompensa, ha-

bia delatado á sus amigos, y de acuerdo con el que capitaneaba una partida del resguardo, le abrió la puerta falsa del corral.

La desgraciada pagó cara su traicion, pues fué víctima de la venganza de Manolo, y cayó muerta á la misma puerta del corral.

Así acabó la ruin vieja su carrera de infamia y prostitucion; y los miserables que tan bellas esperanzas habian concebido, tuvieron que abandonar unas riquezas por ruines medios alcanzadas, y huir mas pobres que nunca á mendigar el sustento en tierras extrañas, perseguidos y deshonrados.

No parece sino que la Providencia quiera enseñar á la sociedad por estos ejemplos, que los tesoros mal adquiridos no enjendran dicha duradera, que no hay propiedad mas legítima que la que obtiene el hombre *con el sudor de su frente*, que están escritas por la mano infalible de Dios estas sacramentales palabras: TRABAJAD SI QUEREIS SER FELICES..... TRABAJAD SI AMBICIONAIS UNA CÓMODA POSICION SOCIAL; PERO SI OS ENRIQUECEIS EN LA HOLGANZA CON EL FRUTO DE AGENOS AFANES, LA SOCIEDAD TIENE DERECHO Á DESPOJAROS DE LO QUE NUNCA OS HA PERTENECIDO, Y HACEROS SUFRIR TODO EL RIGOR DE LA EXPIACION.





CAPITULO XXXIII.

INDIFERENCIA Y AMOR.

> Aunque en aparente calma
> Disimulan su dolor
> Ambos sienten en el alma
> Todo el fuego del amor.
> ***

El 10 de marzo amaneció sereno y apacible, como hemos indicado en otro capítulo; pero era aun extraordinario el frio que reinaba, y la nieve de los tejados que se disolvia al calor del sol, hacia el tránsito por las calles tan molesto como en dias de lluvia, y mas aun por estar el piso cubierto de nieve, que iba transformándose en asqueroso y resbaladizo fango.

Desde muy temprano habia salido el pintor á paseo por el Buen Retiro, embozado en su capote aguadero de barragan, con el lapicero entre los dedos y su cartera debajo del brazo, á fin de copiar las preciosas vistas que suele ofrecer el campo despues de

una recia nevada. Sacó en efecto algunos cróquis; pero la intensidad del frio le hizo volver á su casa antes de lo que hubiera deseado.

A las once entró en su estudio despues de haber tomado un ligero almuerzo, y se puso á trabajar en el retrato de don Eduardo.

Apenas habia dado la primera capa en el fondo, llamaron á la puerta que, como sabe ya el lector, habia en aquel salon que daba paso á la escalera.

Levantose Federico á abrir, y sorprendiose de ver al duquecito.

—¡Cáspita!—exclamó el pintor sonriéndose.—Eso es ya ser mas que puntual. Si no hubiera usted venido hasta el medio dia, hubiera terminado el fondo.

—¡Cómo! ¿estaba usted ocupado en mi retrato?—preguntó don Eduardo despues de hacer un afectuoso saludo con la cabeza, al que correspondió el pintor con una ligera inclinacion, estrechando la mano que el recien llegado le presentó.

—Mire usted—contestó Federico conduciendo á don Eduardo hácia la mesa en que estaba el marfil.

—En efecto, todavía está húmedo el color del fondo.

—Y hasta que esté seco no podemos hacer nada en él; pero es cosa de pocos minutos. Entre tanto, fumaremos un cigarro si á usted le parece.

El duquecito sacó una linda petaca de concha y oro, y la presentó abierta al pintor. Federico tomó un puro, y despues de echarle una detenida mirada examinadora, le aproximó á su nariz, y dijo:

—¡Rico cigarro! De estos no los hay en Madrid, á lo menos para el consumo de los pobres artistas.

—Es habano.

—Ya se conoce que es legítimo. Fumaré ahora uno de papel, y guardaré este para despues de comer. No me atrevo á ofrecerle á usted de los mios.

—Mil gracias—repuso el duquecito con simpática amabili-

dad.—No puedo yo fumarlo de papel, ni permitir que lo fume usted tampoco. Me quedaré yo con uno de los mios, y puesto que no he de volver á fumar hasta que esté en casa, guarda usted los restantes, y cuando se acaben ya sabe usted donde tiene un estanco grátis.

—¡Oh! de ningun modo. Esto seria abusar.....

—Déjese usted de aprensiones, y guarde usted esos cigarros. Un fumador jamás desaira semejantes regalos.

—No sé si merezco el título de fumador, pues apenas fumaré media docena de cigarros al dia, y esos de papel.

—Pues desde hoy en adelante los fumará usted puros. El papel es muy pernicioso para el pecho.

—Tomaré la mitad para que no atribuya usted á desprecio mi resistencia.

—Entonces creeré que me hace usted medio desprecio.

—Pues los tomaré todos si usted se empeña.

Y al decir esto vació el pintor la petaca y se la presentó á don Eduardo.

—¿Qué es esto?

—Que le dejo á usted exhausto.

—¿Y dónde guarda usted sus cigarros?

—Los envolveré en un papel.

—Eso es, para que se rompan. No sea usted niño y guarde esa petaca.

—¿Esta petaca tambien?—preguntó asombrado Federico.

—Sea ella una memoria de buena amistad y de admiracion al mérito.

—Perdone usted, no debo...

—¿Qué es lo que no debe usted?

—Abusar de su generosidad.

—¡Me gusta la aprension! Sea usted condescendiente.

—Pero.....

—Nada, nada..... guarde usted esa petaca.

—De ningun modo.

—¿Por qué razon?

—Porque me bastan los cigarros para tener una memoria de usted.

—Los cigarros se consumen pronto. Además, bien ha de tener usted donde llevarlos.

—He dicho antes que en un papel.

—Para que se estropeen. No sea usted terco, si quiere usted darme una prueba de amistad.

—Repito que.....

—Es inútil la oposicion, y vamos á reñir si no se allana usted á mis deseos.

—Todo menos reñir.

—Pues no se hable mas de semejante bicoca.

—Me confunde usted—repuso el pintor notablemente conmovido;—pero no debo admitir...

—¿Un leve testimonio de afecto?—interrumpió don Eduardo, y añadió sonriéndose:—No olvide usted mi categoría de novio... Estos son dias felices... dias de regalos... Y es tan insignificante el que tengo yo el honor de ofrecer á usted, que toda resistencia de su parte me mortifica.

—Siendo así, acepto esta joya—dijo el honrado artista con tierna emocion—y la conservaré toda mi vida como cosa predilecta.

—Gracias, amigo mio.

—Yo debo dárselas á usted.

Y estos dos hombres honrados estrecharon otra vez sus manos generosas.

Al admitir el regalo del duquecito, concibió el pintor no exigirle nada por el retrato, y valerse de todos los medios para no quedar vencido en esta lucha de noble desprendimiento.

¡Qué venganza tan hermosa! Creia don Eduardo que el pintor era el hombre que le habia robado su felicidad... Creia que era el amante de una muger á quien adoraba; pero reconocia en él grandes virtudes y un talento envidiable... veia en su frente el hermo-

so laurel del eminente artista, y olvidaba sus celos para rendir un homenage de amor y de admiracion al verdadero mérito. Este solo rasgo, este rasgo sublime de abnegacion, constituye la mas bella apologia del duquecito.

Tiró el retratista del cordon, y en pos de una vibracion argentina y sonora, presentose ligera como una sílfide y hermosa como un ángel, una tierna jóven, cuyo lindo rostro destellaba la expresion de la mas pura alegría.

Esta jóven, sencillamente pero con elegancia y donosura vestida, era Enriqueta.

—¿No está la criada?—preguntó Federico.

—Acaba de salir—respondió Enriqueta.

—Pues tú misma, haz el favor de traernos lumbre.

Enriqueta desapareció. Así ella como don Eduardo supieron aparentar la mas completa serenidad al verse en este momento, pues solo se cambiaron un leve saludo por no faltar á las leyes de la urbanidad; pero con cierto aire de indiferencia que no solo ocultaba su recíproca pasion, sino que hacia semejar que no se habian visto nunca, por manera que cada uno de los dos amantes acabó de convencerse del desamor del otro. ¡Y los dos estaban tan interesantes!.... ¡Los dos tan elegantemente vestidos!.... ¡Los dos se amaban con frenesí!

Regresó á poco rato Enriqueta á la sala con un braserillo de laton que por lo limpio y brillante parecia de oro.

Enriqueta iba á dejar sobre la mesa el braserillo; pero su padre le dijo:

—Al señor.

Entonces don Eduardo se adelantó á recibirlo de la mano de la candorosa jóven; pero fuese efecto de su natural turbacion, ó torpeza en aquel crítico momento de parte del duquecito, el braserillo cayó en el suelo.

—¡Muchacha!—gritó el pintor.

—Ha sido culpa mia—dijo con amabilidad don Eduardo.—Bien dicen que gato con guantes no coge ratones. Sin embargo,

ahora me servirá el guante para recoger el fuego sin quemarme.

Y al decir esto se apresuró el duquecito á ponerle otra vez en el braserillo.

Enriqueta huyó riéndose con graciosa coquetería de la escena que acababa de pasar, por lo cual ni remotamente llegó á recelar don Eduardo que aquel incidente hubiese tenido su orígen en una turbacion misteriosa, que á haber reparado en ella, hubiérale parecido sin duda asaz significativa. Creyó que el braserillo habia caido casualmente, y al ver de nuevo la alegría con que acababa de retirarse la hermosa niña, convenciose de su indiferencia. Esta conviccion diole todavía mas aliento para llevar á cabo su propósito de olvidar un amor que por ningun concepto podia serle ventajoso; pero este amor imprudente acababa de recibir en aquel momento un nuevo impulso con la vista de Enriqueta, cuyos encantos le parecieron al duquecito mas seductores que nunca. Con todo, quiso dominarse, y á fin de distraer su imaginacion, déspues que hubo encendido el cigarro, púsose á contemplar un excelente cuadro de Mengs, tarareando una alegre cancion.

Esta impasibilidad aparente, juzgola verdadera el pintor, y no le cupo ya la menor duda de que Enriqueta era para el duquecito un objeto del todo indiferente.

—Cuando usted guste—dijo Federico al simpático jóven—seguiremos la tarea.

—¿Sin dejar el cigarro?

—No estorba. Ahora están ya á mi gusto los contornos, y no hay precision de una inmovilidad perfecta. Hoy no le será á usted tan pesada la penitencia, pues tambien podemos entablar alguna conversacion. Procuraremos no animarla mucho, á fin de que no contenga los progresos del pincel. Vea usted de tomar la misma posicion de ayer.

Así lo hizo don Eduardo, y el retratista estuvo largo rato confrontando el retrato con el original. Luego tomando agua con el pincel lo llevó á la paleta de marfil, y empapándole en el color que necesitaba, dió comienzo á su trabajo.

—Verdaderamente no le aguardaba á usted hoy—dijo el artista.

—¿Por qué causa?

—Como está el piso de las calles en tan mal estado...

—Tengo abajo el coche que me ha traido. Le he hecho meter en un portal de ahí en frente.

—De ese modo ya se puede salir de casa en dias malos. Los artistas no hemos podido aun llegar á hacer uso de ese mueble en España. Esta mañana he querido ir al Retiro á ver el efecto de la nieve, y me he puesto perdido.

—¿Y con tan mal piso ha salido usted al campo á pié?

—Y he pasado un rato delicioso.

—¿Delicioso andando por la nieve con tanto frio?

—Iba bien abrigado.

—Pero los piés.....

—Verdad es que la humedad ha penetrado por mis botas nuevas. Yo tengo la costumbre de ponerme el mejor calzado cuando llueve; pero de nada me ha servido hoy, porque me parecia tener los piés en un charco.

—Pues eso es malísimo para la salud.

—Conozco que no puede ser muy bueno; pero ¿qué quiere usted? Como nunca he padecido de reumas ni de ninguno de esos achaques que suelen ser el preludio y martirio de la vejez.....

—Sin embargo, esas son imprudencias cuyos efectos tardan á veces en dejarse sentir, y cuando uno conoce el disparate que ha cometido, ya es tarde para aplicar el remedio. Vale mas evitar la enfermedad.

—¿Y cómo se evita?

—No pisando humedades.

—¿Y quiere usted que hubiese renunciado al placer de observar los portentos de la naturaleza?

—Nunca es mas bella la naturaleza que en un dia hermoso y sereno, cuando el sol brilla con todo su explendor.

—Es efectivamente un espectáculo magnífico el que ofrece el

campo en un apacible dia, particularmente cuando la primavera esparce por el suelo sus riquísimos dones. Semejante panorama nos llenaria de asombro si no estuviéramos avezados á disfrutarle de contínuo. En efecto, los bellísimos cuadros que ofrecen, por ejemplo, los primeros albores de un dia sereno al descorrer el tenebroso velo de la noche, los amenos vergeles cuyas matizadas flores abren su corola como para aspirar los halagos de las brisas, las cascadas que se despeñan cristalinas y dividiéndose en mil arroyuelos serpentean entre las verdes plantas, sobre las cuales vagan las mariposas, mientras los pajarillos se desperezan y saltan de rama en rama por los copudos árboles; la suntuosa granja del poderoso ornada de estátuas marmóreas, soberbias columnatas, anchurosos estanques, fuentes, obeliscos y prolongadas alamedas; la humilde choza del pobre labrador; el monte que se distingue en lontananza con los perezosos bueyes que pacen ó las cabrillas que retozan; todos estos son bellísimos modelos para los pinceles de un hábil artista, y estos mismos modelos toman diferentes formas y ofrecen cada momento un nuevo espectáculo á la vista, segun el punto de donde se les observa, variando sin cesar su claro-oscuro, siempre arrebatador y sublime. Cuando el sol les hiere de lleno, por todas partes destellan animacion, vida y gozo indefinible; cuando les cobija la luna bajo su velo de plata, respiran una melancolía deliciosa.

—¡Bravísimo, amigo mio! Bien dicen que la pintura es hermana de la poesía.

—Es la misma poesía. Los poetas la cultivan con la pluma y nosotros con los pinceles.

—Ha hecho usted una amena descripcion de las bellezas del campo.

—Pues bien, todas esas bellezas que podemos admirar de contínuo, toman un extraordinario aspecto despues de una gran nevada. Cubiertas las superficies de blanquísima espuma, ofrecen un espectáculo nuevo, no menos asombroso y sublime, espectáculo que como todas las maravillas que nos rodean, revelan la divina

mano del Criador. Este panorama no todos los dias le tenemos á la vista como los demás, y seria una culpable negligencia en todo pintor estudioso, no aprovechar las raras ocasiones en que Dios nos favorece con tan magnífico modelo.

—¿Y ha trazado usted hoy algun paisage?

—He copiado algunos puntos de los que me han parecido mas pintorescos.

—Luego me los enseñará usted ¿no es verdad?

—Cuando estén mas en limpio, porque ahora solo veria usted borrones, y no quiero perder el buen concepto que ha formado usted de mí, y que tanto me honra.

—Tambien decia usted lo mismo del retrato, y sus borrones de usted me dejaron atónito. Volviendo á la cuestion, yo no desapruebo de ningun modo que salga usted al campo en dias de nieve, lo que sí digo es, que es una imprudencia ir á pié.

—Los pobres, amiguito mio—repuso el pintor sonriéndose—cometemos muchas imprudencias por ese estilo; pero ¿qué le hemos de hacer? Cuando los medios no alcanzan.....

—¡Qué me dice usted!

—Digo que en este mundo la verdadera imprudencia es ser pobre.

—¿Pero tanto lo es usted que no tenga para pagar el alquiler de un coche?

—Yo no tengo mas que lo que me produce mi trabajo, y es tan poco en estos tiempos, que es preciso apelar á todo el rigor de la economía para pasar esta vida miserable.

—¡Y con tanto mérito!

—Yo no tengo mérito ninguno; pero aun cuando lo tuviera, en España no es circunstancia á propósito para medrar.

—Es cierto: aquí se desprecia el talento..... cuando no se le persigue, cuando no se le veja y castiga como un delito.

—Es la pura verdad. No me llevé yo mal susto doce años atrás.

—¿Pues que le sucedió á usted?

—¡Friolera! querian..... nada menos que zambullirme en la inquisicion.

—¡En la inquisicion!

—Lo que usted oye.

—¿Y por qué?

—Por una Venus que pinté entonces.

—¡Qué vergüenza! ¿Y en qué fundaban la acusacion?

—En que la habia pintado en cueros; y como yo no he visto nunca ninguna Venus con basquiñas...

—¿Pero se hicieron cargo por fin de la razon?

—El partido frailuno, que era el que estaba entonces en candelero, no atendia á razones: obraba por el feroz instinto de la venganza.

—Lo mismo que ahora. ¿Y qué le sucedió á usted?

—Afortunadamente vino la Constitucion como llovida del cielo para salvarme, y se fastidiaron mis enemigos.

—¿Les conocia usted?

—Como yo no deseo, ni creo haber hecho nunca mal á nadie, me ha parecido siempre que no tengo enemigo alguno.

—¿Es usted un artista eminente y no quiere que haya en el mundo quién le envidie?

—Ya voy abriendo los ojos.... verdad es que algo tarde; pero.... A ver, tenga usted la bondad de poner la cara un poquito mas ladeada hácia la derecha... Así, así está bien. ¿Con que, en resumidas cuentas, usted no es aficionado á los dolores reumáticos?

—¿Por qué me hace usted esa pregunta?

—Como le veo á usted tan dispuesto á no mojarse los tobillos...

—Pues si me hubiera sido imposible valerme de algun carruage, hubiera venido á pié.

—¡Y quiere usted hacerme creer que no está enamorado!

—Estoy ansioso de poseer el retrato.

—Para presentarlo á la futura esposa ¿no es verdad?

—Para que vea una cosa de mérito.

—El objeto es complacerla.

—Verdad es.

—Y el afan de complacer á una dama, no hay duda que puede ser muchas veces mera galantería; pero en el caso presente lleva consigo todas las trazas de ser amor.

—No me empeñaré en negarlo. Ayer dige á usted que solo trataba de dar gusto á mi padre. Tal vez fuí demasiado ingrato contra la marquesita mi novia, y hoy me apresuro á corregir mi falta, confesando que sus gracias y hermosura no me son tan indiferentes como de mis palabras podia usted haber colegido.

—Si no por sus palabras, por sus obras conocia yo que se casa usted muy á gusto.

—Ya se vé que sí. Me prometo ser muy feliz con la esposa que deberé á los desvelos de mi buen padre.

Don Eduardo no era franco en esta ocasion. Decia lo que estaba muy lejos de sentir, porque se figuraba que la conversacion que tenia con el pintor llegaria á oidos de Enriqueta, y parecíale que así vengaba sus desdenes.

Este coloquio se prolongaba, intercalado con largos ratos de silencio; pero el duquecito seguia manifestándose cada vez mas contento de su próximo enlace; y añadida esta circunstancia á la indiferencia que Enriqueta habia manifestado al verle, creyó el pintor que no tendria consecuencias deplorables aquel infundado amor de su hija, que tan alarmante habíase presentado en un principio.

—Hemos terminado ya—dijo el artista despues de una hora de trabajo.

—¿El retrato?—preguntó con sorpresa el duquecito.

—La tarea de hoy.

—Y por cierto que ha sido muy corta—repuso don Eduardo mirando el reloj.

—¿Qué hora es?

—La una menos cuarto. Ha trabajado usted una hora, y me

dijo que necesitaria usted de mí dos horas cada dia en los tres primeros.

—Es lo que me figuraba; pero como he tenido la suerte de coger la semejanza sin borrar cosa alguna, he adelantado bastante. ¿Qué le parece á usted?

El pintor enseñó al duquecito el retrato.

—¡Oh! ¡muy bien!—exclamó el interesado contemplando su imágen con marcada satisfaccion.—Mucha delicadeza en el miniado.... mucha frescura en el colorido.... ¡Qué deseos tengo de verle ya listo!

—Entonces será otra cosa, porque precisamente los últimos toques son los que dan mayor realce á una pintura. Mañana otra horita de penitencia, y luego trabajaré yo solo un par de dias.

—¿Y lo dejará usted concluido?

—No enteramente, porque para los últimos toques será bueno tenerle á usted presente.

—Quiere decir, que mañana conmigo... uno, luego dos usted solo... son tres... y otro conmigo... cuatro... ¿Cuatro dias son los que faltan, no es eso?

—Cuatro dias cabales.

—Cuatro, y dos que hemos invertido ya, son seis. Hemos ganado dos dias.

—Y sin perjudicar el éxito—repuso con vanidad de artista el honrado Federico;—pues este está completamente asegurado. Me lisonjeo de que no habré hecho cosa mejor en ese género.

—Milagro será que de resultas de mi retrato no tenga usted que hacer el de la novia. Le tengo ya, y aunque se le parece bastante, le juzgo de escaso mérito. Lo traeré para que usted le vea. Espero que en tal caso no tendria usted dificultad en tomarse la molestia de ir á la casa de la interesada.

—Ninguna, y aun cuando no lo acostumbrase haria por usted, no solo eso que es ventajoso para mí, sino cualquier sacrificio.

—Gracias, amigo mio—dijo el duquecito levantándose y dando la mano al pintor, que tambien acababa de ponerse de pié.

—Hemos simpatizado, y espero que nada podrá alterar nuestra amistosa correspondencia.

—Es muy honrosa para mí, y nó seré yo á buen seguro quien rompa tan bellos lazos.

—Me llamo Eduardo—añadió el duquecito.—Soy hijo único del duque de la Azucena. Vivo en la plazuela del Angel. Allí tiene usted una casa y un verdadero amigo á su disposicion.

—Ignoraba su alta gerarquía;—repuso el pintor—pero habia admirado en usted otra nobleza mas elevada aun que la de su distinguida alcurnia..... la nobleza de sus generosos sentimientos. Esa es la que le envidio.

—Un artista del mérito de usted, nada tiene que envidiar á nadie. La gloriosa aureola que embellece su frente, es un blason de nobleza adquirida por el talento, y esta nobleza es muy superior á la que cualquier necio pudiera haber heredado. Le aseguro á usted con toda formalidad que estoy en la inteligencia de ser yo el favorecido en la amistad que acabamos de contraer.

Con estas sinceras demostraciones y los cumplimientos de estilo, separáronse el pintor y el duquecito. Este último con mas aliento que nunca para llevar á cabo su resolucion de casarse con la marquesita de Verde-Rama, estimulado por la idea de no perturbar los amores y la felicidad del hombre que habia sabido cautivarle un cariño privilegiado. No podia sin embargo olvidar la escena de la noche anterior, y la impertinente lágrima que habia tributado su futura esposa á la memoria de otro amante.

Mientras el duquecito, embebido en estas reflexiones, dirigíase en su coche á su palacio, lleno de gozo Federico apresurose á hacer su visita á su esposa y á su hija, segun la costumbre de todos los dias, antes de comer.

—Un abrazo, hija mia—dijo el pintor al presentarse en una salita donde Cecilia y Enriqueta estaban ocupadas en labores propias de su sexo.

—Con mucho gusto—respondió Enriqueta corriendo con alegria á abrazar á su padre.

—¿A qué viene ahora ese paso de comedia?—preguntó Cecilia de un modo partícular que revelaba su celosa condicion.

—¡Oh! este abrazo le tiene muy merecido—añadió el pintor dirigiendo la palabra á su muger.

—¿Cómo así?

—Yo soy muy buen fisonomista—exclamó Federico.—Ya se vé, he pasado mi vida copiando al hombre en todas sus emociones.....

—¿Y qué significa eso?—preguntó Cecilia.

—Que estoy adivinando lo que pasa en el corazon de Enriqueta.

—¿De veras?

Enriqueta, sin contestar, bajó la cabeza sonriéndose.

—Has de saber, Cecilia, que Enriqueta está ya enteramente desengañada.

—¿De qué?

—De aquellos ridículos amores.

—Eso ya lo sé yo... No faltaba mas sino que...

—Tú no sabes nada.

—Pues bien claro nos ha dicho ella misma que no le conviene ese caballerito... que ya le es de todo punto indiferente.

—Nos habia dicho eso, y no dudaba yo que así era la verdad; pero hoy tengo una prueba mas del buen juicio de Enriqueta.

—¿Una prueba mas?

—Sí.

—Si no mudan ustedes de conversacion—interrumpió Enriqueta ruborizada—me voy de aquí.

—¿Por qué, hija mia?—dijo el pintor.—Tu conducta es muy laudable.

—¿Pues qué ha sucedido?—preguntó impaciente Cecilia.

—Nada, madre—respondió Enriqueta.—He llevado el braserillo con lumbre para que..... aquel caballero encendiese el cigarro.

—¡Tú!

—No estaba la criada...

—¿Y qué?

—Que se han visto—dijo frotándose las manos de alegría el pintor;—pero con una indiferencia..... Vamos, he conocido que no han nacido el uno para el otro. El está muy enamorado de su novia, segun me ha manifestado hoy, y me parece que tú tampoco te acuerdas de él para nada.

—Así es—murmuró Enriqueta con toda la púrpura de la grana en su rostro.

—No te ruborices por eso, hija mia.

El pintor que se jactaba de buen fisonomista, no conoció que el carmin que acababa de colorear las mejillas de Enriqueta, era un destello de los celos que desgarraban su corazon.

—Y no habeis dejado de darme un buen susto—añadió Federico.—Cuando se cayó el braserillo, dige para mí: «escena romántica tenemos;» pero ví luego que tú te reias de la torpeza del duquecito, y que él recogia el fuego con mucha serenidad, y con sus guantes pagizos.

—¡Qué lástima! Yo hubiera preferido quemarme los dedos.

—Pues él no ha sido de tu parecer. Se conoce que puede arrojar el dinero á la calle.

—¿En qué?

—En que me ha dado un cigarro.

—Valiente regalo por cierto.

—Es que despues me ha hecho quedar con todos los de la petaca.

—Que valdrán juntos seis ú ocho reales.

—Y por último se ha empeñado en que me guardase tambien la petaca.

Al pronunciar estas palabras, la sacó el pintor de su bolsillo y la entregó á su muger, que al verla no pudo menos de exclamar:

—¡Qué bonita es! ¿No es verdad Enriqueta que es muy bonita?

—Muy preciosa—dijo Enriqueta, y dirigiendo la palabra á

su padre añadió: — pero usted no debiera haberla admitido.

—Me he resistido hasta el punto de parecer grosero.

—¿Y por qué no habia de aceptar una cosa de tanto valor?

—¿Qué nos importan á nosotros las riquezas de ese jóven?— repuso Enriqueta.

—¿Y valdrá mucho dinero? — preguntó Cecilia.

—Como que es de concha y oro — respondió su marido.

—¿Sabes que es una lástima que un jóven tan rico, tan guapo y generoso no se case con Enriqueta?

—Por esa misma razon que es demasiado rico no le conviene.

—Desengáñate, Federico, la riqueza conviene á todo el mundo.

—Segun y conforme.

—Además, ese caballerito es muy buen mozo.

—¿Y qué nos importa á nosotros que lo sea?

—Y muy amable al parecer, muy honrado y liberal.

—Ya se vé que sí.

—Capaz de hacer la felicidad de la muger que tenga la fortuna de ser su esposa.

—Eso no lo dudo yo.

—Por eso digo que es una lástima no se case con Enriqueta.

—¿Y cómo ha de casarse con Enriqueta el hijo único del duque de la Azucena?

—Como se casan todos los cristianos: yendo á la iglesia y recibiendo la bendicion del cura.

—Las hijas de los artistas no estan destinadas á ser esposas de los hijos de los grandes señores.

—El amor iguala todas las categorías.

—Pero si te acabamos de decir que entre ese jóven y Enriqueta no hay amor ni cosa que lo valga...

—Pues esa es la lástima precisamente, porque hubieran hecho una excelente pareja.

—Siendo él hijo de un duque, mejor pareja hará con la hija de una marquesa.

—¿Con que es hija de una marquesa su novia?

—Así parece.

—¿Y se manifiesta muy enamorado de ella?

—Muchísimo. Se conoce que todo su afan es complacerla. Está impaciente por ver concluido el retrato para regalárselo en prueba de su amor, y me ha confesado que cifra en este enlace toda su felicidad.

Al oir esto, el mas encendido carmin coloreó por un instante las virginales mejillas de Enriqueta, que permanecia mostrándose indiferente á este coloquio, y con el corazon desgarrado por los celos, exclamó aparentando tranquilidad:

—¡Jesus, qué pesados están ustedes con esa conversacion!

—¿Te molesta, hija mia, que hablemos de ese jóven?

—No me agrada mucho que digan ustedes ridiculeces.

—Dice bien Enriqueta—exclamó el pintor.

—¿Pues de que ridiculez hemos tratado?

—Sí señora—repuso con el furor de los celos Enriqueta—seria una cosa muy ridícula que yo amase á ese hombre.

—¿Pero no manifestabas tú que le amabas?—dijo Cecilia.

—Fué una locura momentánea—respondió Enriqueta—porque llegué á figurarme que estaba ese jóven enamorado de mí. Despues he conocido mi necedad, y me ruboriza la sola idea de haber pensado en amarle.

—¿Con que de veras no le amas?—preguntó á Enriqueta su madre.

—Seria preciso estar demente para amar á un hombre enamorado de otra muger, con quien está en vísperas de casarse.—Y soltó la infeliz una carcajada.

Al dar Enriqueta esta contestacion, parecíale que efectivamente odiaba á don Eduardo; pero no era así. Sus severas expresiones eran hijas de un resentido amor que no sabia como vengarse, y apelaba al desprecio como para aliviar la honda herida que martirizaba su corazon. Enriqueta mentia creyendo que decia la verdad. Envidiaba la suerte de una rival á quien aborrecía sin cono-

cerla, y en los momentos en que pretendia hacer mas ostentacion de la indiferencia con que miraba el casamiento del duquecito, estaba mas ciegamente apasionada de este interesante jóven. No se atribuya pues á refinada hipocresía la conducta de Enriqueta. Esta candorosa jóven desconocia todo sentimiento de baja y villana ralea; pero tenia celos, esos celos que suelen ser mas iracundos cuanto mas ardiente es el amor que los produce, esos celos que perturban los sentidos, que enloquecen á sus víctimas, y no es extraño que en un acceso de su dolencia, asomára en sus inocentes lábios la sarcástica risa de un frenético.

—Ya ves, Cecilia—dijo el pintor lleno de gozo—como Enriqueta se ha curado enteramente de sus insensatas preocupaciones. Solo falta ahora que seas tú tan razonable como ella, y no hables mas de unos amores que afortunadamente han sido pasajeros como una leve llamarada fosfórica. La tranquilidad y la alegría han renacido en esta casa.

—Es decir que tendremos que contentarnos con nuestra pobre posicion—repuso tristemente Cecilia.

—Yo estoy muy contento con ella—dijo orgullosamente el artista.

—Ahora ganarás mucho dinero.

—¿Por qué razon?

—Siendo tan generoso don Eduardo...

—¿Qué nueva tontería vas á decir?

—Dios sabe lo que te dará por el retrato.

—Nada.

—¿Cómo nada?

—A mí nadie me aventaja en generosidad.

—¡Bien, padre mio, bien!—exclamó Enriqueta.

—Eso es, muy bien—repuso Cecilia.—Si sacamos el mismo provecho de todos los retratos, me parece que se convertirá en agua de cerrajas el proyectado viaje á Roma.

En este momento oyose un recio y prolongado campanillazo.

—¡Vaya un modo de llamar—exclamó Cecilia.

—¿Quién será ese impertinente?—dijo el pintor.

Entre el murmullo de varias voces, distinguiose la de la criada que gritaba:

—¡Señor! ¡Señor!

El pintor, su muger y su hija corrieron hácia la puerta; pero un grupo horroroso les interceptó el paso.

Dos lacayos conducian en sus brazos á un jóven sin sentidos, manchado de sangre.

Este jóven exánime era don Eduardo.

—¡Muerto!—gritó Enriqueta horrorizada, y se abalanzó al cadavérico jóven. Cogiole la helada mano, y la inundó de lágrimas de amor y desesperacion.





CAPITULO XXXIV.

ESPERANZAS HALAGÜEÑAS.

Du bist krank, ach! geh'zurück,
Geh'zurück nach deiner Kammer.
GRILLPARZER.

Tendido el duquecito en la mejor cama que habia en casa del pintor, que era la del dormitorio de los dos esposos, habiendo tenido antes Cecilia buen cuidado de poner en ella ropa limpia con la prontitud que requeria aquel funesto incidente, los hombres que le desnudaron, pues para esta operacion se habian retirado Cecilia y Enriqueta, observaron que don Eduardo tenia una pequeña herida en la cabeza, y fué preciso colocarle de modo que nada rozase con ella.

Todas estas operaciones las ejecutaron los celosos criados del duquecito con el auxilio del pintor, en menos tiempo del que se necesita para referirlo, y una vez abrigado ya, entraron en la alcoba Cecilia y Enriqueta, que no habian perdido el tiempo, pues

habiendo visto manchas de sangre en el chaleco blanco de don Eduardo, suponian que tendria alguna herida y para lo que pudiera convenir prepararon hilas y vendas.

Advertidas por los criados de que la herida estaba en la cabeza, mientras Cecilia cortaba con mucho esmero los cabellos ensangrentados que cubrian la herida, Enriqueta aproximaba á la nariz del enfermo, una punta de su propio pañuelo, empapado en vinagre.

Entretanto habia corrido la criada en busca del facultativo de la casa que era médico-cirujano.

—Esto no es mas que un desmayo—dijo uno de los dos lacayos—porque la herida es al parecer muy leve.

—Parece que va volviendo en sí—gritó con marcada alegría Enriqueta.

—¿Pero cómo ha sucedido esto?—preguntó el pintor.

—Como tiene el señorito ese génio tan vivo—respondió uno de los lacayos—nos ha llamado, y viendo que tardábamos mas de lo que él queria, cuando salia el coche de un portal de enfrente, le hemos visto atravesar corriendo la calle, y al dar un salto para no pisar la nieve, se ha resbalado sin duda, y ha sufrido una caida atroz. Queria levantarse, y ha vuelto á caer desmayado despues de haber llevado la mano á su herida. Este es el motivo, sin duda, de las manchas de sangre que tenia en el chaleco.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?—dijo con acento muy débil el duquecito.

—Está usted entre personas que le aprecian—respondió Enriqueta.

—¡Dios mio!... Esta voz...

—Es la de una amiga de usted.

—¿Usted aquí, señorita? ¡Oh! sin duda estoy soñando.

—¡Animo, don Eduardo!—exclamó el pintor. Todo eso no vale nada.

—¿Pero dónde estoy?

—En casa de un buen amigo.

—¿Qué es esto?—añadió el duquecito incorporándose en la cama.—Me duele la cabeza.

Cecilia, que habia ya cortado el peloton de cabellos que cubria la herida, viendo que el duquecito dirigia á ella su mano, se la sujetó sonriéndose bondadosamente.

—¿Tambien usted...—dijo el duquecito, que habia recobrado ya todo su conocimiento.—¿Tambien usted á mi lado?

—Tambien yo—respondió con dulzura Cecilia.—¿Se acuerda usted de haberme visto algun dia en otra parte?

—Sí, me acuerdo bien, la ví á usted en el café de la *Cruz de Malta* en compañía de esta señorita, que me dijo usted era hija suya.

—Tiene usted buena memoria—repuso Cecilia.

—Hay cosas que no se olvidan nunca—dijo con misteriosa intencion el duquecito, y cruzó una amorosa mirada con Enriqueta.

—¿Con que conocia usted á mi esposa?—preguntó con jovialidad el pintor.

—¿Es su esposa de usted esta señora?

—Y que no la trocaria yo por la misma Venus de Médicis.

—¿Luego esta señorita es hija de usted?—añadió trémulo de gozo el duquecito.

—Y tengo el mayor orgullo en ser su padre.

—Bien puede usted tenerlo—exclamó el duquecito con toda la expresion del amor.—Pero ¿cómo estoy aquí? ¿Qué significa esto?

—Esto significa—respondió el pintor—que los que tienen el genio demasiado vivo, no deben salir de casa cuando están las calles cubiertas de nieve.

—Ahora caigo...

—No, ahora no; pero lo que es antes se ha llevado usted una buena caida.

—Quiero decir que me acuerdo ahora de eso, aunque muy confusamente. Iba en busca del coche...

—Y se ha resbalado usted, y se ha roto la crisma.

—Es verdad, me duele mucho la cabeza.

—Pues la herida parece insignificante—dijo Cecilia.—Ya puede usted decir misa.

—¿Cómo así?—preguntó sonriéndose don Eduardo.

—Está usted tonsurado. Yo misma me he tomado la libertad de hacerle á usted la corona. Ya no puede usted casarse.

—Mala noticia para un novio—añadió riendo el pintor.—Mientras mi muger le cortaba á usted los cabellos, Enriqueta le volvia el conocimiento mojando su pañuelo en vinagre y haciéndoselo oler!

—¡Cuánta bondad! Nunca olvidaré los cuidados que se han dignado ustedes prodigarme—exclamó enternecido don Eduardo; —pero ahora estoy ya bueno y con el permiso de ustedes me levantaré.

—No podemos dar nosotros ese permiso—dijo el pintor.

—¿Pues quién?

Precisamente en este momento se presentó el facultativo.

—El señor—respondió Federico señalando al recien llegado.

—¿Quién es el señor?

—Uno de mis buenos amigos, y uno de los mejores facultativos de Madrid—respondió en voz baja el pintor.

—¡Otra fineza!—exclamó don Eduardo.

—¿Manda V. E. algo?—preguntó uno de los lacayos.

—Que andeis mas listos cuando pida el coche—dijo en tono de reconvencion el duquecito.

Los dos lacayos se ausentaron, y el facultativo se aproximó al lecho del herido, saludando cortesmente.

Enteráronle de cuanto habia ocurrido, examinó la herida, tomó el pulso al duquecito, y declaró que su visita era enteramente inútil, porque á pesar de las graves apariencias primeras, ni tenia calentura el duquecito, ni la herida ofrecia el menor cuidado. Hízole tomar, no obstante, un cordial y aplicó cierto bálsamo á la herida, vendándole despues la cabeza. Por fin se despidió diciendo á don Eduardo que aquello no habia sido mas que un desmayo

producido por el trastorno de la cabeza al recibir el golpe, que no tenia necesidad ninguna de guardar cama, y que podia regresar á su casa sin el menor cuidado cuando gustase.

Habíase ya secado el barro del traje que llevaba don Eduardo cuando se cayó; y uno de los dos criados del mismo duquecito lo cepilló y dejó enteramente limpio. La criada de la casa habia lavado el chaleco, y haciéndole secar junto á la lumbre, le aplanchó en un instante.

Vistiose don Eduardo, y en nada se le hubiera conocido su contratiempo si no lo revelára el vendaje de su cabeza.

Despidiose de los tres individuos que formaban aquella amable familia, mostrándose muy agradecido á las bondades que se le habian prodigado, y metiéndose en el coche, fué conducido al palacio paterno.

Cuando el duque de la Azucena vió á su hijo con el vendaje,

—¿Qué es eso, hijo mio?—le preguntó sobresaltado.

—No se asuste usted, padre, que no es nada—respondió don Eduardo.

—No me engañes; por Dios. ¿Has tenido algun desafio?

—¡Jesus, qué disparate!

—¿Pues qué es eso?

—Que me he resbalado en la nieve, y he dado un golpe en la cabeza.

—¿De veras?

—Los lacayos han presenciado mi caida. Ellos le dirán á usted lo que ha ocurrido, toda vez que duda usted de la veracidad de mis palabras.

—No quiero ofenderte con mis dudas, al contrario, como eres tan bueno, me temo que me calles la verdad para evitarme un disgusto.

—Pues tranquilícese usted, que no hay mas que lo que acabo de decir.

—Si alguna vez te desafian, hijo mio, acuérdate de que tienes un padre que se moriria de dolor si tú le faltases. Supongo

que no tendrás mas que alguna contusion insignificante.

—Una pequeña herida.

—¡Herida!

—Sí señor; pero muy leve. La ha visto ya un buen facultativo y me ha dicho que no era nada. Le ha puesto un parchecito y la ha vendado.

—¿Pero dónde ha ocurrido eso?

—Afortunadamente á la puerta de la casa del pintor que me saca el retrato.

—No parece sino que esté maldecida esa casa. El primer dia que fuiste habia salido el buen retratista á paseo: volviste, y aplazó para no sé cuantos dias despues el dichoso retrato. Ahora necesita un siglo para terminarlo. Con haberte roto hoy la cabeza, y con que te entregue despues un mamarracho, vive Dios que tendrás que agradecerle al buen pintor.

—¡Oh! es verdad, mucho tengo que agradecerles á él y á su familia.

—Pues á mí me es antipático sin conocerle.

—Si le conociera usted, no sucederia así. Además de un talento privilegiado como artista, es tan bondadoso..... y lo mismo su muger y su hija. ¡Con qué interés me han cuidado al verme herido!

—Podrán ser muy honrados y aprecio mucho cuanto hayan hecho por tí; pero el gefe de esa familia, como retratista te repito que es un posma. ¿Y cómo te sientes de la cabeza? ¿Quieres que mandemos un recado á nuestro facultativo?

—¿Para qué? Lo que desearia es quedarme solo en mi cuarto. Necesito tranquilidad para acabar de ponerme bueno.

—¿Quieres meterte en la cama?

—No señor, me sentaré en mi cómodo sillon y me estaré quieto hasta la hora de comer.

—Y yo te haré compañía.

—Perdone usted, padre; pero no quiero que se moleste.

—¡Molestarme á tu lado!

—Bien sabe usted que su compañía me es sumamente grata; pero tengo la cabeza... así... como atolondrada y no me conviene hablar.

—Guardaremos silencio como dos padres trapenses.

—Es imposible; estando usted á mi lado, no podremos dejar de entablar conversacion.

—Como quieras; vete á tu cuarto y quédate solo hasta la hora de comer.

—Un rato de sosiego me dejará enteramente restablecido.

Don Eduardo ansiaba el momento de estar solo para meditar acerca del importante descubrimiento que acababa de hacer. Sentado en una silla de su cuarto, decia lleno de júbilo:

—No es su querida, no... Es hija suya... es hija de un artista pundonoroso, de un genio privilegiado que honra á la patria que le dió el ser. ¿Podré yo aspirar á la mano de esa niña tan cándida como hermosa? Mi padre me dirá con desprecio: «*es la hija de un pintor.*» No, no, mi padre no podrá decirme eso, porque sabe que podria responderle: «¿Y quién soy yo?» Me dirá: «es de una familia pobre;» pero esa es una razon que me favorece. Yo he de buscar una esposa que atesore virtudes, toda vez que las riquezas me sobran. Verdad es que mi padre es á veces esclavo de rancias preocupaciones; pero me idolatra, y cuando vea que no hay felicidad para mí sin el amor de aquella candorosa niña... Mi padre podrá darme su consentimiento; pero el amor de aquel angel...... ¡Oh! yo sabré conquistarle. Ella es tan compasiva como hermosa... Hoy mismo me ha prodigado testimonios de ternura... Conocerá que la amo con delirio.... y corresponderá á mi amor. ¡Insensato! ¿Qué digo? ¿Cómo ha de dar mi padre su consentimiento para este enlace? ¿Cómo ha de consentir su excesivo orgullo que el heredero de sus blasones admita por esposa á la hija de un artista? ¿Cómo ha de permitir que se rompan de improviso unos vínculos en los cuales cifra él su ventura y la mia? ¿Cómo faltar á los compromisos contraidos, á la palabra empeñada, á las seguridades que hemos prodigado á la marquesa de Verde-Rama?

¡Soy un niño! Dejábame llevar de bellas ilusiones.... ¡y olvidaba mi deber! ¡Válgame Dios, qué infeliz soy! ¿Sacrificaré mi amor á los deseos de mi padre... y arrastraré una existencia llena de torturas... y haré infeliz á mi esposa y á cuantos me rodean?... ¡Ah! no... jamás. El corazon avasallado por los encantos de aquella niña hechicera, me vaticina que este amor ha de ser correspondido... Yo no debo abandonar á una beldad peregrina, para dejarme dominar por otra muger que no me ama... que delante de mí tributa lágrimas de amor á la memoria de otro amante. Esto seria una degradacion horrible, y un padre no tiene derecho para inmolar el corazon de su hijo. Cuando considero las preocupaciones que ciegan al autor de mis dias, el hielo de la desconfianza se difunde por mis venas; pero mi padre no es cruel.... me ama con idolatría... Esta idea consoladora alienta á su vez mis lisonjeras ilusiones. Esta idea es la que triunfará al fin, porque un padre no puede nunca holgarse en la infelicidad de su hijo.

Con estas hermosas esperanzas siguió don Eduardo halagando sus deseos, por manera que nunca se le habia visto mas placentero y jovial.

Comió aquel dia con buen apetito y siguió muy alegre; pero no quiso ir á casa de la marquesa de Verde-Rama, pretestando que á fin de quedar al dia siguiente enteramente restablecido de la herida y poder salir sin vendaje, preferia aquella noche acostarse temprano. Este coloquio entablose en el comedor junto á la chimenea.

—Pues entonces iré solo así que haya entrado la noche—dijo el duque—y antes de las once estaré de vuelta. ¿Qué quieres que le diga á tu novia?

—Nada—respondió con frialdad don Eduardo.

—Bien poco es. ¿Y no quieres que te disculpe?

—¿De qué?

—De no ir esta noche á verla.

—No tengo yo eso por una falta.

—En un enamorado es una falta grave no visitar todos los

dias al objeto de su amor. Pero me parece que penetro tus deseos.

—Mis deseos son de que no hable usted de mí en casa de la marquesa.

—Extraña manía... ¿Y por qué?

—Porque no hay necesidad de que me nombre usted para nada.

—¿Cómo que no?

—Como que es así.

—Cuidado que tienes unas rarezas... ¿Y si te nombran ellas?

—No me nombrarán.

—Preguntarán á lo menos por tu salud.

—¿Qué les importa mi salud?

—¿Pues á quien le ha de importar si no le importa á tu novia?

—Elisa tiene otras cosas en que pensar.

—Yo estoy seguro de que no piensa mas que en su amante.

—O en sus amantes.

—¿Qué es eso?

—Dejemos esta conversacion.

—Pero ¿qué hablas de amantes?

—Nada, nada...

—Elisa no ama á nadie mas que á tí.

—Podrá ser.

—Demasiado lo sabes tú.

—Usted lo dice.....

—Lo digo con fundamento.

—¿Quién se lo ha asegurado á usted?

—Su madre.

—De todos modos le agradeceré á usted que no me disculpe, ni manifieste el motivo por el cual me veo obligado á quedarme esta noche en casa.

—Ya sé yo porque no quieres que hable de tí.

—Por mil razones.

—Pero la principal...

—La principal es no molestar á Elisa con...

—No digas mas. Lo habia adivinado. No quieres que sepan lo de la caida por no asustar á Elisa. Sin embargo, repito que me preguntarán por tí y me será preciso dar alguna contestacion.

—Diga usted que ignora los motivos por los cuales no voy esta noche.

—Se alarmará igualmente la pobre Elisa.

—No importa.

—Sospechará alguna infidelidad.

—Tanto mejor.

—¡Ah, picarillo!... ¿Esas tenemos? ¿Con que ya sabes tú que el hacerse de desear es un aliciente mas para ser querido? ¿Ya sabes que conviene á veces dar márgen á alguna sospecha para que los celos acrecienten el amor? Con todo, Eduardo, es preciso que seamos compasivos, y cuando conocemos que se nos ama de veras, no debemos abusar de nuestro predominio.

—Es que yo dudo mucho que Elisa me ame.

—¿Dudas? ¿Pues qué ha sucedido?—preguntó con sobresalto el duque.

—Nada.

—Ello algo ha de ser, Eduardo, pues nunca te habia oido una expresion tan chocante como la que acabas de pronunciar.

—No sé si Elisa me ama, porque no me ha dado ninguna prueba de ello.

—Pero te lo ha dicho ella misma.

—¡Lo dice á tantos!

—¡Eduardo! ¿Qué lenguage es ese?

—El de la verdad. He conocido que Elisa es muy coqueta.

—¿Deliras?

—No deliro; padre, no... Si Elisa me tuviese amor se portaria de otro modo.

—¿Sabes, hijo mio, que me llenas de sobresalto? Si no me asegurases que la caida ha sido insignificante, recelaria...

—¿Qué, padre?

—Que te ha trastornado el juicio.

—Nunca le he tenido mas completo.

—¿Pues cómo tienes valor para hablarme de tu novia en los chavacanos términos que lo haces?

—Es demasiado grave este asunto para que le oculte á usted la verdad.

—Y te atreves...

—A decirla á un padre que desea verme feliz.

—Por esa misma razon que todos mis anhelos se reducen á verte dichoso, concebí el proyecto de los dos casamientos.

—Tal vez bastaria uno solo para hacer la felicidad de usted. Si la marquesa de Verde-Rama llega á ser esposa de usted, yo la respetaré y amaré como á una madre.... yo seré tambien dichoso viendo que usted lo es; pero su hija...

—¿Qué vas á decir?

—Su hija no hará mi felicidad.

—¡Eduardo!—gritó el duque con sorpresa y enojo.

—Si usted se enoja, callaré; pero faltaré de este modo á la sinceridad con que debo manifestarle cuanto ocurre.

—Aquí no debe ocurrir nada que se oponga á mi proyecto—prosiguió el duque algo colérico.

—Guardaré silencio—dijo respetuosamente don Eduardo.—Pensé que mi franqueza seria del agrado de usted... Me he equivocado... y lo siento, porque no tengo en el mundo mejor amigo que mi padre.

—Y eso es precisamente lo que te da audacia para insolentarte conmigo.

—¡Oh, no! ¡Dios me libre de faltarle á usted en lo mas mínimo al respeto! Siempre ha tenido usted la bondad de alentarme á depositar todos mis pesares en su amor paternal... Mil veces me ha dicho usted que no solo me ama como padre, sino que desea tambien el título de tierno amigo, y esta consoladora bondad ha hecho siempre mis delicias.

—Tienes razon—repuso con adusto ceño el duque—he sido siempre demasiado bondadoso...... Te he permitido confianzas que te han viciado hasta el extremo de hacer mofa de mi autoridad.

—No por cierto... siempre la he respetado—dijo el duquecito con cierta expresion indefinible.—Si alguna vez no me siento con fuerzas suficientes para obedecer á mi padre, antes de faltar á sus mandatos sabria hacerme saltar la tapa de los sesos.

—¡Eduardo!—gritó aterrado el duque.

—¡Padre!—exclamó su hijo, y fijó su vista humildemente en el suelo.

Fatídico silencio siguió á las precedentes exclamaciones.

El duque de la Azucena aproximose pausadamente á su hijo, asiole una mano y en tono que revelaba la angustia de su corazon balbuceó las siguientes palabras:

—¿Tendrias valor para matarte?

—Primero que ofender á usted.

—¿Y crees tú que no podria ofenderme semejante hazaña?—prosiguió hondamente conmovido el duque.—¡Ingrato!

—No lo seré nunca á los beneficios de usted—respondió llorando el duquecito.

—¿De veras, Eduardo?

—Obedeceré á usted siempre... aunque exija de mí un sacrificio.

—Abrázame, hijo mio.

Despues de haberse abrazado padre é hijo, prosiguió el duque en ademan cariñoso:

—Te quiero demasiado, hijo mio, para exigir nunca de tí el mas leve sacrificio. Muy al contrario, bien sabes tú que todos mis desvelos tienden á proporcionarte la mas brillante posicion social. Quiero verte rodeado de fausto, de grandeza, de comodidades... proporcionarte una madre cariñosa y una esposa digna de tí por todos conceptos... y.... no lo dudes Eduardo... Elisa atesora cuantas dotes puedas apetecer. Jóven, hermosa, rica, de elevada

alcurnia, de modales distinguidos, llena de talentos y virtudes.... amable...—Y despues de un breve silencio añadió el duque:—¿No respondes, Eduardo?

—Temo disgustar á usted—contestó con timidez su hijo.

—¿Pero, qué diablo de novedad ha ocurrido?

—¡Siento yo tanto dar á usted la mas leve desazon!...

—Vamos, háblame con franqueza... quiero saberlo todo.

—¿No se enojará usted?

—Espero que no habrás cometido ninguna imprudencia.

—Puedo asegurar á usted que la culpa no está de mi parte; pero estoy cierto de que Elisa no me ama.

—Seria un infortunio horrible.

—No entiendo por qué.

—Porque todos mis planes fracasarian.

—¿Pero no bastaria para la dicha de usted su enlace con la marquesa?

—Nos hemos comprometido á celebrar juntas las dos bodas.

—Pero no teniendo nosotros la culpa de que Elisa no me ame, de ningun modo falta usted á sus compromisos, y me parece que no seria difícil hacer un arreglo amistoso.

—Todo lo que no sea solemnizar los dos matrimonios destruye mis bellas ilusiones.

—¿Y cree usted que esas ilusiones llegarian á realizarse casándome á mí con una muger que me aborrece?

—¡Aborrecerte Elisa!

—Recelos tengo de que es así; pero quiero suponer que se limita á no amarme: ¿puede en este caso hacerme dichoso?

—Ahora conozco—exclamó el duque sonriéndose—que ha sido necedad mia el haberme incomodado por tus rarezas. No debia haber tomado formalmente las quejas de un amante celoso.

—¿Cree usted que tengo celos?

—Sí, Eduardo, y no lo siento.

—Pero si estos celos fueran fundados...

—Siempre le parecen fundados al amante que se cree ofen-

dido. Lo cierto es que tú estás locamente enamorado, y por eso incurres en semejantes ridiculeces.

—Perdone usted, padre; pero...

—No me digas nada mas.

—Sin embargo, no quiero engañar á usted, y debo...

—Debes poner juicio, y no desconfiar así de tu novia.

—No es desconfianza, sino seguridad de que no me ama.

—¿En qué fundas esa seguridad?

—¿En qué?

—¿No lo dige? Ya no sabes que alegar. Pues bien, yo responderé por tí. Estás celoso por que Elisa es extremadamente bonita, y todos los jóvenes mas elegantes procuran halagarla. Estás celoso porque es muy amable, muy bien educada, y lejos de alejarles con groserías, recibe con agrado los cumplimientos que se le prodigan... Estás celoso porque la ves siempre con la sonrisa en los lábios, aun cuando la rodeen importunos galanteadores. Estás celoso...

—Perdone usted si le interrumpo, padre; pero cuando una jóven se porta de ese modo en presencia del que ha de ser su marido, no creo que...

—¡Ah! ¡ah! ¡ah!... Lo que yo digo... celos... celos y nada mas. ¡Bravísimo, hijo mio! Estás enamorado como un niño..... como lo que eres; y así que te convenzas de que Elisa te ama, te juzgarás el mas feliz de los mortales. No creas que apruebe la conducta de Elisa; pero es niña tambien, y hace las cosas sin malicia alguna. Ya veo yo que todo se arreglará fácilmente.

—Mucho lo dudo.

—Bah! bah!... Ese temor es propio de todos los enamorados. Yo sé, hijo, que Elisa te ama.

—¿Y si por casualidad se equivocára usted?

—No es posible.

—¿Pero si fuese cierto que Elisa no me amase?

—Seria una desgracia, antes lo he dicho.

—¿Y se empeñaria usted en que me casára con ella?

—Te he repetido mil veces que no trato de sacrificarte. Pero ¿sabes en lo que pienso, Eduardo?

—¿En qué?

—En que estás loco.

—¿Por qué razon?

—Porque estás diciendo unas cosas muy extravagantes.

—Cosas que pueden suceder.

—Pero que no suceden ni sucederán. Repito que estás celoso por alguna de esas infundadas sospechas con que los enamorados suelen atormentarse. Eso es muy propio de tus diez y ocho años. Si frisaras ya con los cincuenta como yo, es bien seguro que no hilarias tan delgado.

—Cuando V. E. guste—dijo un criado que se presentó en aquel momento—la carretela está lista.

—Tráeme el sobre-todo y el sombrero.

El criado obedeció y salió del comedor despues de haber ayudado á su amo á ponerse el leviton.

—A Dios, hijo mio...—dijo el duque.

—A Dios, padre...—contestó don Eduardo besándole la mano.

El duque añadió riendo:

—Que no me vuelvas á representar la comedia del celoso don Lesmes. *Tú estás loco..... estás enfermo..... retírate, retírate á tu cuarto.*

Quedose don Eduardo solo junto á la chimenea, y como era natural, volvió á sumergirse en las reflexiones que absorvian toda su atencion.

—«Te he dicho mil veces que no trato de sacrificarte.» Esta frase asegura mi felicidad. Los lábios de un padre amoroso acaban de pronunciarla, é infiltrándose en mi alma ha hecho el efecto de un bálsamo de salvacion. *No trato de sacrificarte...* pues bien, él sabrá que seria para mí un sacrificio el enlazarme con una muger á quien no amo.... que seria para mí un sacrificio renunciar á la mano de la angelical criatura á quien adoro... y por no sacrificarme aprobará mi amor... le bendecirá... y será mi dicha completa.

Pero ¿me ama Enriqueta? Así me ha dicho su padre que se llama. ¡Enriqueta!... Este nombre me parece encantador desde que sé que es el suyo. Cuando sepa lo mucho que yo la adoro, no podrá dejar de amarme, porque seria preciso tener el corazon de hiena para no corresponder á una pasion tan pura, tan santa como la que me inspira.... y una paloma sin hiel como es ella, no podrá holgarse en verme morir de dolor. ¡Oh! sí..... es cierto, la mas leve ingratitud.. un solo desden de esa niña, desgarraria mi corazon.

La presencia de un criado interrumpió las meditaciones del duquecito.

—¿Qué ocurre?—preguntó este al recien llegado.

—El caballero, en cuya casa han curado á V. E. esta mañana, ha preguntado por su salud y manifiesta deseos de ver á V. E.

—Que pase adelante—dijo el duquecito, y levantándose precipitadamente dirigiose á recibir al distinguido artista, al bondadoso padre de Enriqueta.





CAPITULO XXXV.

EL SECRETO.

.....su cristiandad, su hermosura, merecian hacerla señora del universo: no os admire, señor, lo que ois, creed lo que os digo, que no será novedad disparatada casarse un título con una doncella hija-dalgo, en quien concurren todas las virtuosas partes que pueden hacer á una muger famosa. Esto quiere el cielo, á esto me inclina mi voluntad, por lo que debeis al ser discreto, que no lo estorbe la vuestra.
CERVANTES.

La inesperada visita del pintor fué tan grata al duquecito, que al verle no pudo menos de abrazarle con ternura. Esta demostracion de sincero cariño, que rara vez encuentran el mérito y la honradez en los palacios, acabó de avasallar al distinguido artista, que desde el primer instante que vió á don Eduardo, habia simpatizado con él en términos que le amaba ya sinceramente, pero este

afecto creció de punto con el trato, y aquel solemne momento del abrazo, causole una emocion indefinible, y lloró de gozo como el padre que siente latir junto á su corazon el corazon del hijo que le acaricia.

—Siéntese usted aquí, amigo mio—dijo don Eduardo al pintor, mostrándole uno de los dos sillones que habia junto á la chimenea.—Aquí á mi lado.

—Con mucho gusto—repuso el pintor;—pero advierto á usted que esta visita será muy breve.

Los dos personages tomaron asiento.

—Muy breve, eso es, apenas acaba usted de llegar y me habla ya de retirarse.

—Es que no acostumbro á salir por la noche. En casa no hay mas que mugeres y no es prudente dejarlas solas. Además, el objeto de mi visita se ha logrado ya..... y de un modo sumamente satisfactorio para mí. Le veo á usted bueno y alegre, esto me hace creer que no se resiente usted de la caida.

—No, amigo mio, no me resiento de nada.... muy al contrario, la caida que he sufrido esta mañana ha sido el primer paso que he dado en la senda de mi felicidad.

—Dios me libre de esos pasos que le hacen rodar á uno por el suelo,—respondió sonriéndose el pintor—y de una dicha que empieza por un chichon en la cabeza.

—Pues me ha proporcionado los ratos mas deliciosos que he disfrutado en mi vida. He visto á una familia honrada, afanarse en rededor de mi lecho, por volverme la salud.... prodigarme los mas afectuosos cuidados....

—¡Quiere usted callar! Cualquiera hubiera hecho lo mismo en iguales circunstancias.

—He tenido tambien la fortuna de reconocer á dos interesantes personas, que habian cautivado ya mi atencion en otra parte. ¡Qué feliz debe ser usted con una esposa tan buena y una hija tan amable y candorosa!

—En efecto, soy muy feliz á su lado. Ambas se disputan el

placer de adivinar mis deseos para satisfacerlos aun antes de que yo los manifieste; pero como en el mundo no hay gozo completo, mi dicha vá contínuamente mezclada de una triste idea que la debilita.

—¿Es posible?

—Sí, amiguito mio, cada vez que pienso en la edad de mi Enriqueta, en que dotada de hermosura, de virtudes y de talentos, no es difícil que logre cautivar el corazon de algun hombre, me estremezco. La idea de separarme de ella me lacera el alma.

—Pero esa tierna niña estará muy lejos de pensar en el caso que usted supone.

—Ayer mismo me decia que no se casaria nunca por no tener que separarse de mi lado y del de su mamá. Esto lo dicen todas las niñas cuando aun no saben lo que es amor.

—Eso quiere decir que el corazon de esa niña está aun tranquilo.

—Así lo creo yo; pero está en la edad de la adolescencia....

—¿Y qué? Una niña inocente y educada con esmero, seguirá siempre los consejos de sus padres, y aun cuando llegue algun dia á sentir las emociones de amor, ¿tan incauta ha de ser que ni las paternales amonestaciones, ni sus propias virtudes, ni su talento alcancen á inducirla á elegir un jóven digno de ella? Enriqueta hallará sin duda el esposo que merece, y en este caso, no debe usted llorar la pérdida de una hija, porque no seria perderla el depositarla en los brazos de un hombre que la hiciera feliz. Créalo usted, amigo mio, en vez de perder á una hija, adquiriria usted un hijo mas, que tambien se esmeraria por proporcionar á usted todo linage de satisfacciones.

—Yo no me hago ilusiones, don Eduardo. Mucho deseo, y está de mas el decirlo, que cuando llegue el caso de que Enriqueta se case, tenga la fortuna de encontrar un buen marido; pero le aseguro á usted que tiemblo al pensar en ello.

—¿Por qué razon?

—En primer lugar por lo que he dicho antes: no podré acos-

tumbrarme á su ausencia, y luego por la dificultad que hay de acertar en la eleccion, cuando son muy raros en el dia los jóvenes de juicio. Disimule usted que diga esto en presencia de un jóven inmejorable. Esto le hace á usted mas digno de merecer la general estimacion.

—La excepcion que hace usted en favor mio me honra sobremanera; pero yo creo que no le será tan difícil á Enriqueta hallar un marido que sepa apreciar lo que ella vale.

—Una muchacha pobre, hija de un artista que no puede proporcionarla un buen dote, vale muy poco en estos tiempos de egoismo.

—Su belleza...

—Su belleza podrá cautivar las miradas de los hombres, pero los corazones solo se rinden al dinero.

—El candor, el talento, las virtudes...

—Son cosas muy buenas cuando el metálico las acompaña; pero sin este requisito las mira el mundo con desprecio.

—Yo creo que en el mundo habrá de todo. Concedo que la mayoría de los hombres está por *lo positivo* como se dice entre egoistas, mas no hemos de ser tan severos contra nuestros semejantes que los califiquemos á todos de libertinos, interesados, inmorales ó hipócritas.

—Pero como precisamente todas estas clases abundan por desgracia mucho mas que la de los hombres de bien...

—¿Qué importa? Ya confiesa usted que hay hombres de bien, y en este caso será fácil elegir uno para su hija de usted.

—Esa facilidad es la que yo no conozco. Por lo general acostumbran los hombres á fingirse honrados, y hay hipócritas que llevan su maestría hasta el extremo de engañar al mas lince.

—Me choca oirle á usted hablar á guisa de misántropo..... Usted que atesora un carácter altamente amable y social.....

—Cuando se trata de elegir novio para Enriqueta, soy verdaderamente misántropo... Quisiera que no hubiese hombres en el mundo para que nadie la arrebatára de mi lado.

—¿Y si se le presentára un jóven que simpatizára con usted?

—Debe simpatizar primero con Enriqueta.

—Es verdad... Supongamos que mereciese el cariño de la hija y del padre...

—Si se presentára un jóven así...

—Y le dijera á usted que ama á su hija...

—Entonces...

—Que no ambiciona mas dicha que la de casarse con ella...

—No basta simpatizar á primera vista. En ese caso que usted supone, me informaria de las prendas morales del pretendiente.

—¿Y si fueran del agrado de usted?

—Quisiera saber su posicion social.

—¿Si nada le dejára que desear por ese lado?

—Todo lo supone usted muy liso y llano, amigo mio, y en mi concepto, nada hay tan difícil como el acierto en estas materias.

—Elude usted la contestacion—repuso el duquecito sonriéndose.

—Perdone usted; pero creo haber respondido á todo.

—A mi última pregunta de un modo evasivo.

—Si tiene usted la bondad de repetirme su última pregunta, procuraré responder de manera que no se me pueda tildar de desconfianza hácia una persona á quien verdaderamente aprecio.

—Gracias por tan señalada honra; y deseoso de corresponder dignamente á su afectuosa confianza, reasumiré en una las preguntas que acabo de dirigirle. Tal vez tachará usted de impertinente mi curiosidad.

—De ningun modo.

—El interés que me inspira una familia honrada á quien he debido señalados favores...

—¡Señalados favores!

—No olvidaré nunca el esmero con que se me ha tratado esta mañana. Pero vamos al caso. Si se le presentára á usted un jóven honrado, que ocupara en Madrid una excelente posicion social,

que amase á su hija de usted, que deseára casarse con ella con la precisa condicion de no separarla del lado de sus padres...

—Podria eso suceder muy bien, y algunas veces me ha ocurrido que si hallara yo algun jóven de mi profesion, que fuese muy hábil, por supuesto, y tuviera todas esas circunstancias que usted ha indicado, podriamos pasarlo muy grandemente juntos, y aun tendria yo un colaborador en mi estudio, un compañero, un hijo que podria ser el descanso de mi vejez; pero estas ilusiones se me desvanecen al momento. El muchacho tendria tambien padres.... y... vaya usted á buscar paz doméstica habiendo suegras de por medio.

—Aun no ha contestado usted á mi pregunta. ¿Daria usted su consentimienlo al jóven honrado que deseára casarse con su hija y vivir en compañía de usted?

—Con suegra no admitiria la última condicion.

—Sin suegra.

—De ese modo no podria negarle mi aprobacion; pero esté usted en la inteligencia, don Eduardo, que los jóvenes virtuosos como usted, por ejemplo, son plantas exóticas que raras veces se ven en nuestro clima.

—Dígame usted, toda vez que tolera y aplaude mi curiosidad: ¿su esposa de usted no es feliz?

—A lo menos procuro yo por todos los medios que lo sea.

—Pues bien, así como la esposa de usted ha encontrado una de esas plantas exóticas tan apreciables, ¿por qué no ha de haber otra para Enriqueta? Amigo mio, las almas generosas simpatizan en este mundo y se atraen recíprocamente. Grande es el mérito de su bija de usted; pero no me parece difícil hallar un hombre que sepa apreciarle en todo su valor y consagrar su vida á hacerla feliz.

—Dios quiera que se cumplan esos bellos vaticinios—dijo el pintor levantándose.

—¿Qué es eso?

—Que no puedo ya detenerme mas. En casa estarán con cui-

dado por mí... y tambien por usted. Las he dejado muy desazonadas por lo ocurrido esta mañana.

—¿A quién?

—A mi muger y á mi hija. Voy á llevarles la satisfactoria noticia de que está usted enteramente restablecido.

—¿Tanto les interesa mi suerte? Pues bien, les dirá usted que estoy mejor que nunca—y riendo añadió:—y que yo mismo les llevaré mañana el parte sanitario; pero no puedo consentir que se vaya usted tan pronto. Siéntese usted otro ratito. He de confiarle á usted un secreto.

—¡Un secreto!

El pintor volvió á sentarse.

—Tal vez le molestará á usted esta detencion; pero no debo dejar escapar el momento feliz que sin duda me ha deparado la Providencia.

Diciendo esto sacó don Eduardo una nueva petaca é hizo tomar un puro al pintor.

—Amigo—dijo este encendiendo el cigarro—yo hubiera podido empezar á lucir ahora su regalo de usted, pero Dios me libre de llevar por la noche tan preciosa joya en el bolsillo.

—¿Por qué?

—¿Estamos en Madrid y me pregunta usted por qué?

—Ya comprendo que teme usted que se la roben; pero en el mismo estanco donde, segun he dicho esta mañana, se le proveerá á usted siempre de buenos cigarros grátis, hallará usted al mismo precio cuantas petacas necesite.

—¿Es usted tan generoso con todo el mundo?

—No todos son amigos predilectos como usted.

—Me confunde tanta bondad.

—Sí señor, esta mañana nos hemos declarado íntimos amigos, y quiero darle á usted una prueba, de que aunque nacido en un palacio, hay sinceridad en mis palabras. Lo que voy á revelar á usted, nadie lo sabe aun... quiero inaugurar nuestra verdadera amistad con una confianza.

—Me honra usted demasiado—repuso ruborizado el pintor.

—Dejémonos de cumplimientos que disuenan entre amigos. ¿No ha notado usted en mí algo de particular?

—He notado una cosa que me sorprende.

—Vamos á ver ¿que es lo que le sorprende á usted?

—Que desde la caida de esta mañana gasta usted muy buen humor.

—¿No vé usted como se confirma lo que dije antes? Aquella caida ha sido mi primer paso en la dicha de mi porvenir.

—No le entiendo á usted.

—Pues hablaré con toda claridad: estoy resuelto á no casarme por ahora.

—¿Trata usted de prorogar su enlace?

—Trato de no casarme nunca con la muger que se me habia destinado.

—¿Por qué razon?—exclamó sobresaltado el pintor.

—Porque era un sacrificio que hacia en obsequio de mi padre.

—¿Y sabe su padre de usted semejante resolucion?

—Todavía no; pero me ha dicho hoy que por ningun concepto quiere que me sacrifique.

—¿Pero no me decia usted esta mañana que ansiaba el momento de celebrar sus bodas?

—Tenia mis motivos para hablar en aquellos términos.

—Yo me figuré que estaba usted muy enamorado....

—Tal vez; pero no de la jóven con quien pretende mi padre casarme.

—Pero esa mudanza tan repentina....

—Ha sido consecuencia de la caida de esta mañana—respondió sonriéndose el duquecito.

El pintor se estremeció creyendo adivinar el enigma que encerraban las palabras de don Eduardo, y á fin de evitar una declaracion á la cual no hubiera sabido que responder en aquel momento, dijo en tono de gravedad:

—Piense usted bien, amiguito mio, en los resultados que pue-

da originar semejante retractacion. Ignoro hasta qué grado raya el compromiso; pero si no hay un motivo muy poderoso...

—Que no amo á la novia —interrumpió el duquecito.

—Considere usted sin embargo, que segun lo que usted me ha dicho, es una jóven muy hermosa y de la mas distinguida aristocracia. Que le conviene á usted por todos estilos, y que su padre de usted cifra en este enlace las mejores esperanzas.

—He dicho á usted todo eso, es verdad; pero ahora sé de un modo positivo que me seria muy funesto ese matrimonio, y confio evidenciar fácilmente á mi padre los motivos por los cuales me es absolutamente imposible complacerle.

—Y tal vez le dará usted un disgusto.

—Mayor disgusto fuera para él verme en lo sucesivo desgraciado por no manifestarle ahora con franqueza mis verdaderos sentimientos.

—Pero ¿cómo puede usted recelar que ese enlace le sea tan siniestro, cuando esta mañana se manifestaba usted muy complacido, y ansioso de que se realizase?

—Esta mañana era víctima de un cruel error, y en mi desesperada situacion, lisonjeábame de que los vínculos que iba á contraer podrian contribuir á desterrar de mi pecho otro amor, que ahora ya no es dable extinguir.

—¡Otro amor!—balbuceó el artista lleno de zozobra.

—Sí, mi buen amigo, otro amor al que me es absolutamente imposible renunciar.

—¿Y se lisonjea usted de ser en él correspondido?

—Hasta ahora habia estado en la creencia de que la jóven por quien suspiro no podria nunca pertenecerme.

—¿Cómo así?

—Creia que amaba á una persona mas digna por todos conceptos que yo de ser amada.... á una persona á quien yo mismo profeso un cariño filial, un respeto profundo; pero esta persona adorable por sus talentos y virtudes, en cuyo obsequio dominaba yo mi pasion, ansiando que fuese feliz con la muger á quien ado-

ro, no puede ser ya mi rival. Mi acalorada imaginacion, fascinada por los celos, ha ultrajado la virtud de una jóven tan pura como encantadora, y la beldad que en mi frenética envidia creia yo que era la dama de un hombre por quien no vacilaria un momento en dar toda mi sangre, es su hija.

—¡Don Eduardo!

—Sí, es su hija.... y yo ¡insensato! he ofendido su candor, he ofendido la honradez de su padre con indignas sospechas. ¡Perdon! ¡perdon!

Don Eduardo se arrojó á los piés del artista.

—¿Qué hace usted, don Eduardo?... Pueden sorprendernos...

—¡Oh! no me levanto de aquí sin oir alguna palabra de consuelo... algun acento de esperanza...

—Esos extremos de nada sirven, don Eduardo—repuso el artista pasándose el pañuelo por los ojos.—Levántese usted, y hablemos con calma.

El duquecito volvió á sentarse y prosiguió con voz conmovida:

—Sí, mi querido amigo, amo á Enriqueta, la adoro como se adora á la Divinidad y no tengo otra ambicion en este mundo que la de merecer su cariño y la bendicion de su padre.

—¡Válgame Dios!... Hace un momento que hemos inaugurado una amistad que parecia eterna, y veo que trata usted ya de romper sus dulces vínculos.

—No por cierto... todo mi afan es hacerles indisolubles. Si tengo la fortuna de que Enriqueta me ame... si usted consiente en que sea mi esposa, tendrá usted en mí, no solo un amigo, sino un hijo que se esmerará en proporcionar á usted y á su digna esposa un porvenir agradable.

—Yo no dudo que sean esos los deseos de usted, don Eduardo; pero su distinguida posicion en la sociedad, levantaria mil obstáculos á su realizacion.

—Si usted y Enriqueta no me abandonan, no veo obstáculo alguno que pueda ser superior á mi voluntad.

—Tiene usted un padre.

—Que desea la felicidad de su hijo.

—Y que creeria deshonrarle casándole con la hija de un pobre pintor.

—De un artista de mérito.

—Que no pertenece á la aristocracia.

—Yo no reconozco sino una sola aristocracia verdadera: la del talento.

—Si fuera general esa opinion; la mayor parte de los magnates serian plebeyos. Desengáñese usted, don Eduardo, Enriqueta no debe aspirar á la honra de ser esposa de usted.

—¿Por qué razon?

—Porque se lo prohiben las costumbres sociales.

—Diga usted las preocupaciones de los orgullosos.

—Será así; pero son las que rigen la alta sociedad.

—Rigen entre los miserables que se dejan dominar por ellas, pero yo sabria despreciarlas.

—Y seria usted el ludibrio de la córte.

—Nada me importaría.

—Pero sí á su padre de usted, y no se expondrá nunca á que su hijo degrade su alta nobleza.

—Las virtudes que Enriqueta atesora añadirian quilates de brillo á mi nobleza, lejos de amancillarla.

—En el concepto de usted; pero no en el de los engreidos cortesanos que miran con desprecio á las masas populares. Ellos criticarian de un modo acerbo la conducta de usted.

—Y yo me reiria de su extravagante censura.

—No siempre está el ánimo en disposicion de reirse, y si usted se viera contínuamente zaherido, si conociera que hacian de usted una mofa sangrienta, si notára que alguno se atrevia á vulnerar el honor de la muger que habia usted elegido por esposa....

—Le arrancaria el alma.

—Pues todos los dias tendria usted que andar luchando con sus detractores... Todos los dias estaria temblando la pobre Enri-

queta por el inminente peligro que amagaria sin cesar la existencia de su esposo. Los duelos se sucederian con frecuencia. Calcule usted si es posible de este modo proporcionar á mi hija las felicidades que le desea.

—Supone usted lances que, á no dudarlo, están muy lejos de suceder.

—Extraño que diga usted eso cuando sabe mejor que yo lo que pasa en la alta sociedad.

—En la alta sociedad hay grandes vicios, hay preocupaciones, hay crímenes si usted quiere, como los hay tambien por desgracia en las clases media é ínfima del pueblo. El gérmen principal de estos excesos, está acaso en la antipatía que reina entre pobres y ricos. Es preciso pues que todos los hombres de bien trabajemos por reconciliar estas dos clases. Declaremos guerra á las preocupaciones que las dividen, y no tardará el dia en que nos abracemos todos como hermanos. Concedo que el orgullo de los palaciegos es insultante; pero afortunadamente no todos adolecen de este grave defecto, y no han faltado algunos aristócratas que han emparentado con personas de humilde condicion.

—Son casos excepcionales.

—Pero no tan raros como usted cree. ¿Y qué ha sucedido? Se les ha criticado en un principio; pero si se ha visto despues que la persona elevada á mayor categoría ha sabido lucir en ella por sus bellos modales, todos han olvidado el orígen de su nacimiento y se la ha mirado con respeto y estimacion. Así le sucederia á Enriqueta, si lograse yo la dicha de ser correspondido y que aprobase usted nuestro amor.

—Todo eso no basta; es preciso tambien el consentimiento del señor duque su padre de usted.

—Mi padre desea mi felicidad, y cuando sepa que solo puedo alcanzarla con estos vínculos, accederá á mis deseos.

—Siento no poder participar de esa esperanza..... Conozco demasiado lo que son los palaciegos, don Eduardo, y desgraciadamente son muy pocos los que se parecen á usted. El orgullo ger-

mina entre sus oropeles, y á pesar de cuanto acaba usted de alegar en su defensa, miran como á míseros esclavos á los que hemos nacido en humilde cuna. Su padre de usted no podrá aprobar que su único hijo, el heredero de sus blasones, el que iba á contraer un brillante matrimonio con una señorita de la mas elevada aristocracia, escandalice á la córte con un acontecimiento degradante para él, como seria el despreciar la hija de una marquesa por una niña nacida entre la plebe. Ni su padre de usted ni yo podemos consentir esta escena de escándalo, que tambien los pobres, amigo mio, tenemos nuestro orgullo, orgullo mas noble y generoso que el que surge de una ridícula vanidad. El orgullo de los pobres tiene su orígen en la virtud, y un padre virtuoso no debe consentir que su hija sea el ludibrio de los círculos aristocráticos. Reflexione usted bien, amigo mio, sobre la desigualdad de fortunas y clases entre usted y Enriqueta, y no se precipite en un asunto que es de inmensa gravedad.

—He reflexionado mucho sobre una pasion que hace tiempo nació en mi alma para no separarse mas de ella, pero usted me dice ya que no puede aprobar mi amor, y en este caso..... buscaré mi remedio en la muerte.

El duquecito pronunció tan conmovido las últimas palabras, y con tan amarga expresion, que el artista se estremeció.

—¡Don Eduardo!—exclamó asiéndole de la mano.

—Vale mas morir que arrastrar una vida penosa.

—Usted debe vivir y ser dichoso, amigo mio.

—Sin Enriqueta es imposible.

—La novia que le destina su padre es tambien hermosa, tiene todos los atractivos de Enriqueta, y es ademas digna de usted por su nacimiento.

—Pero no la amo.

—La amará usted si experimenta sus virtudes.

—¡Sus virtudes!

—Por Dios, don Eduardo, no se deje usted avasallar por una pasion insensata.

—¡Y usted se apellidaba mi amigo!

—Amigo verdadero que gustoso sacrificaria su bienestar al placer de ver á usted feliz.

—Palabras huecas.

—No soy cortesano, don Eduardo, y digo siempre la verdad.

—Si fuera verdad que desea usted verme feliz, le seria fácil satisfacer su deseo protejiendo mi amor.

—Me lo prohibe mi dignidad.

—Lo comprendo todo, tiene usted formado un concepto altamente desfavorable de los palaciegos, y no me juzga usted digno de la mano de Enriqueta.

—Es precisamente lo contrario, mi buen amigo; usted frisa con una altura inaccesible para una familia plebeya.

—Ya sabe usted que me rio de las preocupaciones ridículas.

—Sea usted prudente, don Eduardo. Yo se lo pido, se lo ruego con encarecimiento, medite usted con calma acerca de los inconvenientes que ofrece ese amor; atendido su compromiso de usted, la desigualdad de clases, y sobre todo, las preocupaciones de la sociedad. Si á pesar de todo logra usted el consentimiento de su padre, ¿qué mayor dicha pudiera haber para mí que ver á mi hija esposa de tan virtuoso jóven, de tan cumplido caballero?

—Esas palabras me vuelven la vida—exclamó radiante de gozo don Eduardo.—Estoy seguro de convencer á mi padre; pero antes quiero conquistar el amor de Enriqueta, y cuando obtenga, aunque no sea mas que una leve esperanza de ser correspondido, consultaré la voluntad de mi padre y me lisonjeo de alcanzar el apetecido triunfo.

—Y en este caso, solo en este caso, puede usted contar con mi consentimiento y mi bendicion.

El pintor se levantó y cogió su sombrero y su capa en ademan de irse.

—¿Se vá usted ya?—dijo don Eduardo, y él mismo se dió contestacion.—Sí, sí, son cerca de las nueve. Abajo tiene usted la carretela á su disposicion.—Y ayudando al pintor á ponerse la

capa, añadió con alegría:—Ahora ya me ha dado usted esperanzas que auguran mi completa felicidad.

—Advierto á usted que nada diré á Enriqueta de lo que hemos hablado. No quiero yo influir en lo que ha de ser una decision exclusiva de su libre albedrio.

Don Eduardo acompañó al pintor hasta la puerta de la escalera, á pesar de la oposicion que manifestó este para que aquel no se incomodase, mandó conducirle en carretela á su casa, y ambos se separaron con la fantasía preocupada por las mas bellas ilusiones, pues la certeza con que el duquecito habló de obtener el consentimiento del duque, halagó sobre manera al padre de Enriqueta.





CAPITULO XXXVI.

LOS ELOGIOS.

> Es muy linda, muy graciosa, muy humilde..... Y sobre todo, ¡aquel candor!..... ¡aquella inocencia!..... Vamos, es de lo que no se encuentra por ahi..... Y talento..... si señor, mucho talento...
>
> MORATIN (Don Leandro.)

A consecuencia de la conversacion que tuvo don Eduardo con el pintor, y de la promesa que este le habia hecho de consentir en su enlace con Enriqueta, siempre que el duque aprobase esta union, el enamorado jóven habia concebido las mas bellas esperanzas, porque se lisonjeaba de convencer á su padre, fundándose para ello, en el tierno cariño que le habia merecido siempre. Con esta idea fascinadora acostose aquella noche poco despues de la vi-

sita del pintor, sin que el buen Ambrosio lograse hacerle tomar otro alimento que una taza de caldo.

Largas horas pasó el duquecito sin poder dormir; pero estas horas lejos de hacérsele pesadas, deslizáronse para él rápida y agradablemente, porque todo su espíritu hallábase arrobado por la consoladora mágia de felices ilusiones.

Rindiole por fin el sueño; pero este sueño no fué mas que una continuacion de sus dorados pensamientos, que bullendo toda la noche en su acalorada fantasía, arrullaban dulcemente su enamorado corazon.

Despertó al despuntar la aurora, y despertó en él la ansiedad. Todo su afan era mirar el reloj y maldecir la insoportable lentitud con que el tiempo se arrastraba. Tomó un libro para distraer su impaciencia, y no pudo fijar su atencion en la lectura.

A las ocho saltó del lecho, y quitándose el vendaje de la cabeza, notó con satisfaccion que la herida se limitaba á una costrita insignificante, y estaba hácia el lado derecho, donde el pelo del rededor al que habia cortado la muger del artista, era bastante crecido y naturalmente rizado, de manera que sin venda ni parche podia muy bien disimular aquella efímera avería, tanto mejor cuanto que ni el sombrero le causaba en ella molestia alguna.

Deseoso de abreviar el tiempo, embozose en su capa y se dirigió á la habitacion de la *Bruja*, que como sabe ya el lector, tenia su entrada por la calle de Atocha, y por el jardin del duque; pero rara vez se servia el duquecito de esta última por no atravesar la habitacion del jardinero.

Serian las nueve cuando el duquecito llamó á la puerta de la pobre mutilada. Ella misma salió á abrirle y no pudo menos de sorprenderse al ver á su generoso protector cuando menos le esperaba, pues solia hacerle su cotidiana visita mas tarde.

—¿Usted aquí, señorito, á estas horas?

—¿Qué tiene de particular?—replicó don Eduardo.

—Como nunca ha venido usted á verme tan temprano...

—Vengo á pagar una deuda.

—¿Una deuda?

—Sí, amiga mia. Le debo á usted la visita de ayer.

—Es verdad, ayer no le ví á usted, y he pasado una noche cruel.

—¿Por qué razon?

—Me temia que le habria sucedido á usted alguna desgracia. ¡Oh! Dios no lo permita; pero si alguna vez le ocurre á usted algo que le impida el venir á ver á esta infeliz, mándeme usted algun recado... No me deje usted abandonada á mis temores.

—¿Qué tiene usted que temer?

—Yo nada, cuando le tengo á usted presente. Siéntese usted, señorito.

Don Eduardo tomó asiento y haciendo lo mismo la *Bruja* junto á su protector, añadió:

—Pero cuando viene usted á verme algo mas tarde de lo que acostumbra, pierdo el sosiego y recelo siempre alguna desgracia. He estado dos dias privada de los momentos mas felices que tengo en el mundo.

—Bien sabe usted que no fué culpa mia si anteayer no tuvimos nuestra acostumbrada conferencia. Yo vine como siempre, y por cierto extrañé mucho no hallarla á usted en casa con el mal tiempo que hacia, mayormente cuando estaba aun muy delicada su salud de usted. Tengo que reñir á usted muy formalmente sobre este particular.

—Eso es, aquel dia me regañó por usted la señorita Enriqueta; solo falta que ahora me riña usted por ella.

—¿Por la señorita Enriqueta?

—Ya se vé que sí, manifestóseme sobremanera resentida porque admití la hospitalidad que usted me ha dado en esta habitacion, despues de haber rehusado el vivir en compañía de aquella amable jóven, á pesar de sus repetidas instancias y las de sus padres.

—Con que esa Enriqueta.....

—Es una protectora mia que tiene los mismos derechos que

usted á mi amor y reconocimiento. Me parece haberle hablado á usted otra vez de esta niña adorable. Es la hija del pintor á cuya casa acompañé á usted dias atrás.

—Me acuerdo ahora que me habló usted de una jóven, á quien debia algunos favores.

—No algunos, sino muchos son los beneficios que me ha prodigado la señorita Enriqueta. Precisamente no estaba en casa cuando fuimos juntos, y hacia tiempo que nada sabia de ella y tenia muchas cosas que decirle..... En una palabra, me sentia tan buena anteayer, que no pude resistir al deseo de ir á verla. La señora Cipriana me hizo mil reflexiones para contenerme.

—¿La madre del jardinero?

—La misma. Esa buena anciana que no me ha abandonado un momento en mi última indisposicion, trató en vano de impedirme que saliera de casa; pero no pude complacerla, y al dirigirme á casa de la señorita Enriqueta, encargué á la buena viejecita que se quedase en mi habitacion hasta mi regreso, á fin de que no la encontrase usted cerrada. Volví al anochecer y supe que precisamente aquella tarde se habia usted acordado mas temprano de mí.

—Y extrañé mucho su ausencia.

—¿Pero se enfadó usted?

—Un poco.

—¡Válgame Dios! ¡cuánto lo siento! Y tal vez por eso no vino usted ayer.

—Ciertos enfados no son para durar tantas horas.

—Es verdad, y me alegro mucho de que ya no esté usted enojado conmigo. Del mismo modo se le pasó el enfado á la señorita Enriqueta. ¡Son ustedes tan buenos los dos! Le hice ver los inmensos motivos de gratitud que tenia yo para amar á usted lo mismo que á ella, y se convenció de que habia hecho bien en admitir la hospitalidad con que usted me ha socorrido, así como se convence usted ahora del poderoso motivo que tuve anteayer para salir de casa.

—Siempre fué imprudencia exponerse á una recaida.

—Eso mismo dijo la señorita Enriqueta; pero usted y ella se han equivocado solemnemente, pues desde entonces me siento mucho mejor; y eso que no he pasado muy buena noche.

—¿Por qué razon?

—Ya le he dicho á usted antes el motivo. Hacia dos dias que no le veia á usted. El primero tuve yo la culpa; pero el segundo.... la verdad, me hacia temer alguna desgracia.

—No concibo esos temores.

—Son muy naturales.

—Pero no en usted.

—¡No en mí! ¿Soy acaso insensible?

—No insensible—repuso don Eduardo sonriéndose—pero es usted adivina, y debe saber cuando ocurre alguna desgracia ó algun suceso feliz.

—Quiero seguir su buen humor de usted, señorito—dijo tambien con jovialidad la *Bruja*—y toda vez que dice usted que soy adivina voy á probarle que tal vez tiene usted razon.

—¿De qué modo?

—Adivinando cosas que usted no ha tenido á bien confiar á mi cariño.

—Deseoso estoy de oir á usted.

—Empezaré por darle á usted el parabien.

—¡El parabien!

—Todos los novios suelen recibirle con agrado.

—¿Y cómo sabe usted que yo soy novio?

—Por lo que ha dicho usted antes, porque soy adivina.

—Pues vamos á ver, ¿y con quien voy á casarme?

—Con una señorita de la mas distinguida aristocracia.

—En efecto, ese es el proyecto de mi padre.

—¡Y nada me habia usted dicho! ¿Cree usted que tan indiferente me es su bienestar?

—El casamiento no se ha verificado aun.

—Pero median ya compromisos que le hacen inevitable.

—Inevitable seria cuando hubiera dado el sí delante del sacerdote. ¿Sabe usted si venia la otra tarde para hablar á usted de este asunto? Nunca me hubiera casado sin consultarlo antes con usted; pero... ya se vé... no estaba usted en casa porque hay otra persona á quien ama usted con prediležccion.

—Con prediležccion no, señorito; la amo lo mismo que á usted. No amo á nadie mas en este mundo.

—Y esa persona merecerá sin duda mas que yo el afecto de usted. Supongo que no será tan reservada, y acaso habrá descubierto á usted el estado de su corazon.

—Es verdad, me habla siempre con la mayor franqueza.

—Y habrá contado á usted todos sus amores.

—Me lisongeo de que los confiaría á mi amistad si los tuviese; pero la pobre señorita no piensa mas que en dar gusto á sus padres, en dibujar y hacer versos.

—¿Tan buena es?

—Es un conjunto de perfecciones. Hermosa como una rosa de mayo, reune á los hechizos de que la dotó naturaleza, talento aventajado, sentimientos nobles y generosos, virtudes sublimes que la hacen adorable á cuantos la rodean. *Es de lo que no se encuentra en la córte.*

—Siendo así, será esa niña un tesoro para el hombre que tenga la fortuna de amarla y ser correspondido. ¿Cree usted que hará la felicidad de su esposo?

—Si no la engaña algun malvado, si el hombre que se case con ella es virtuoso, tendrá en la señorita Enriqueta un ángel que endulzará todos los momentos de su vida.

—¿Lo cree usted así?

—Estoy cierta de ello: la muger que ha sido buena hija no puede menos de ser buena esposa.

—¿Luego está usted en la inteligencia de que esa señorita no adolece del menor defecto?

—Yo me guardaré mucho de decir eso.

—¿Cómo así?

—Como que nada hay en este mundo que sea perfecto.

—¿No acaba usted de decir que esa jóven es un conjunto de perfecciones?

—Bien sabe usted mejor que yo, que esa expresion se usa cuando se quiere ponderar las bellas prendas de una persona; pero tambien debe usted conocer que no existe ninguna por buena que sea, que carezca absolutamente de ciertos lunares, leves si se quiere; pero que no dejan de empañar el brillo de su mérito.

—¿Y cuáles son los lunares de esa preciosa niña?

—Yo no le conozco mas que uno, y aun este es de un orígen recomendable.

—¡Recomendable!

—Sí señor, es un destello de su bondad.

—Siendo así ¿por qué le califica usted de defecto?

—Porque lo es, señorito, lo es á no dudarlo.

—Explíquese usted.

—La señorita Enriqueta me ha confesado que es ambiciosa.

—¡Ambiciosa!

—Sí, amigo mio, muy ambiciosa; quisiera ocupar una brillante posicion en la sociedad.

—La hija de un célebre artista, cuyo glorioso nombre se pronuncia en todas partes con entusiasmo y se oye con respeto, nada tiene que envidiar á la hija de un potentado.

—Envidia sus riquezas.

—Eso no es ambicion, es codicia; y me pasma verdaderamente que sea codiciosa una niña tan buena, tan llena de candor é inocencia.

—Es que no apetece riquezas para hacer de ellas un vano alarde, sino para ejercer la beneficencia, para consolar á los desvalidos, para enjugar las lágrimas de los desgraciados, para socorrer á las familias menesterosas y holgarse en labrar la felicidad agena.

—Conozco ahora que tiene usted razon, y toda vez que la ambicion de esa niña nace de un orígen laudable, de un orígen

santo y benéfico, es digna de que la Providencia atienda á sus deseos. ¿No piensa usted lo mismo que yo?

—Nadie merece cual ella ocupar una posicion brillante en la sociedad; pero es inútil esperar que así suceda.

—¿Por qué razon?

—Porque pertenece á una clase humilde.

—¿Y qué?

—Su padre es un pobre artista... su marido será pobre tambien.

—¿Por qué no ha de aspirar á casarse con algun jóven que por su posicion social satisfaga los deseos que tiene esa generosa criatura de prodigar beneficios á los menesterosos?

—Si aguarda á que se le proporcione tan ventajoso partido, bajará con palma al sepulcro.

—Tal vez no.

—Desengáñese usted, don Eduardo; si por casualidad hay entre los artesanos alguno que otro que á fuerza de trabajo y economías haya logrado atesorar riquezas, no se deja fascinar por la belleza de una niña pobre.

—¿Y por qué ha de limitarse á buscar su compañero en las clases de humilde condicion?

—¡Ay de la muger que se afana en busca de un hombre!

—Es verdad, he dicho una tontería. Enriqueta no debe nunca ir en pos de ningun hombre. Sus virtudes la elevan á grande altura, y desde ella puede elegir á quien sea digno de su mano.

—¡Elegir! Las muchachas sin dote no eligen, se contentan con el primero que las solicita, con tal de que les parezca hombre de bien.

—Pero á Enriqueta no le han de faltar pretendientes de todas categorías.

—Pretendientes pobres.

—O ricos tal vez.

—¡Ricos!... ¡Ricos, dice usted!

—¿Por qué no?

—Porque los ricos no reconocen méritos ni virtudes en los pobres, y cuando finjen amor á una jóven de humilde condicion no tratan mas que de satisfacer su criminal apetito, para vanagloriarse luego de la deshonra de su víctima.

—Siempre ese maldito rencor á los ricos. He de poder poco, ó he de lograr que se reconcilie usted con ellos.

—Lejos de lograrlo, desgarrará usted mi corazon cada vez que lo intente. Si le merezco á usted alguna compasion, no me hable nunca de los ricos.

—Descúbrame usted la causa de ese ódio que les profesa, y me allanaré á su voluntad.

—No soy yo sola quien odia á los ricos..... Todos los pobres tenemos sobrados motivos para aborrecerles, porque nos insultan con su lujo, porque nos desprecian, porque nos arrojan de sus palacios...

—¿Deberé recordar á usted de nuevo mis beneficios?

—Los tengo muy presentes.

—Le consta á usted que hay palacios en donde se da un asilo hospitalario á la pobreza.

—Sí; pero contra la voluntad de su dueño.

—¿No me reconoce usted por dueño de esta casa?

—Su padre de usted no daria en ella hospitalidad á ningun desvalido.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque los palaciegos son insensibles.

—Algunas obras de caridad se ejercerán tambien en los palacios.

—Solo medra en ellos la falsía.

—Sea usted razonable, Inés.

—La falsía... la maldad...

—¿Cree usted que yo soy un malvado?

—¡Usted!...

—Soy palaciego tambien.

—Es verdad; pero...

—¿Se turba usted?

—He dicho mil veces que es usted una excepcion de la regla general. No me martirice usted mas, por Dios, tomando la defensa de esos insolentes verdugos.

Al pronunciar estas severas palabras, la *Bruja* temblaba como si quisiera acometerla algun accidente. Asustado el duquecito se apresuró á calmarla, diciéndole con amabilidad:

—Tranquilícese usted: hablemos solo de la señorita Enriqueta.

—Sí, sí,—dijo la *Bruja* sonriéndose—siempre de Enriqueta y de usted. Nadie mas me interesa en este mundo. Ahora se casará usted pronto con esa señorita, que me han dicho que es muy hermosa. Usted la hará muy dichosa y yo disfrutaré de una nueva delicia en las horas de mi soledad. Dirigiré mis oraciones al Todo-poderoso para que bendiga este enlace y le colme de felicidades.

—Gracias, Inés, gracias... pero... ¿y la señorita Enriqueta?

—La señorita Enriqueta es ahora el consuelo de sus padres, no creo que ningun hombre haya logrado hacer latir su tierno corazon. Cuando llegue este caso, confio en la justicia de Dios que no abandonará á tan adorable criatura, y es de esperar que halle un esposo que sabrá apreciar tantas virtudes.

—Sí, le hallará, le hallará—dijo con pasion don Eduardo.—Y un esposo que satisfará todas sus ambiciones... que le proporcionará una posicion brillante en la sociedad.... que le dará título y riquezas...

—¿Qué dice usted, don Eduardo?—exclamó la *Bruja* sobresaltada al oir el apasionado acento del duquecito.

—Las palabras de usted en elogio de esa candorosa niña me han infundido aliento..... Mi resolucion es ya irrevocable..... aun cuando mi padre me niegue su consentimiento.

El duquecito salió precipitadamente del cuarto de la *Bruja* dejando á esta infeliz como petrificada. Despues de algunos momentos de profunda meditacion, levantó la cabeza y dirigió la azorada vista á todas partes.

—¿Habrá sido un sueño?—exclamó temblando convulsivamente, y empezó á agitarse como una loca gritando:—¡Don Eduardo! ¡Don Eduardo!..... Sí.... estaba aquí..... No es sueño, no... Aun me parece que oigo sus horrorosas palabras... «hallará un esposo que le dará títulos y riquezas.» Esto ha dicho.... y es él... es él sin duda el que quiere hacer dichosa á Enriqueta! Él rico y noble..... ella pobre y plebeya..... ¡Desgraciados! estais malditos de Dios..... malditos para siempre..... No hay felicidad para vosotros..... Llanto..... el llanto de la desesperacion..... este llanto que vierto yo dia y noche, comenzará en breve á amargar todos los instantes de vuestra vida. ¡Dios mio... qué angustias!... No parece sino que el hielo de la muerte circule por mis venas..... Si pudiera llamar..... Las fuerzas me abandonan..... ¡Ay!... yo... fa... llez... co.

Y la desventurada cayó en el suelo yerta y exánime.





CAPITULO XXXVII.

UNA DEUDA DE GRATITUD.

> Sa splendeur m'avait touché; je restais enveloppé de ses rayons. Elle ne pouvait plus les retirer de moi, pas plus que le soleil ne peut reprendre ceux dont il a une fois inondé la nature. Je sentais qu'il n'y aurait plus ni nuit ni froideur dans mon cœur, dussé-je vivre un millier d'années, car elle y luirait toujours comme elle y luisait dans ce moment.
>
> LAMARTINE.

> Amor mi strugge'l cor.
>
> PETRARCA.

El duquecito de la Azucena salió de la habitacion de la *Bruja*, con la fantasía ardiente y el corazon palpitante de amor. Las palabras de aquella misteriosa muger, á quien respetaba como á un ser sobrenatural que habia cautivado su aprecio y veneracion, los elogios que acababa de oir de las virtudes que atesoraba Enriqueta, impulsáronle á dirigirse á casa del pintor, sin aguardar la hora convenida para la continuacion del retrato.

Eran las once cuando don Eduardo subia precipitadamente la escalera de la casa del artista; pero en vez de llamar á la puerta del estudio de este, segun tenia de costumbre, dirigiose á la otra

que daba entrada á las demás habitaciones, como para dar á conocer que el objeto de aquella visita no era el retrato, sino el cumplimiento de un deber de gratitud á las señoras de la casa.

El pintor estaba ausente, Cecilia ocupada en sus quehaceres domésticos; y Enriqueta, que acababa de salir del tocador, exhalaba suave perfume, apenas perceptible, á la manera que el nevado jazmin embalsama dulcemente las brisas del vergel. Pura como la misma inocencia, linda como un destello de la Divinidad, ostentaba virginales encantos al traves de la melancólica expresion que velaba ligeramente su rostro angelical. Habíase ataviado con esmero, porque su padre, cumpliendo con el encargo del duquecito, habia dicho que la herida de este jóven no habia tenido la menor consecuencia desagradable, y que no era cosa de detenerle ni un solo dia en casa.

¡Pobre Enriqueta! queria esforzarse por olvidar á un hombre que se hallaba en vísperas de ser esposo de otra muger, y el recuerdo de este hombre estaba fijo en su mente, y su imágen fascinadora ocupaba el lugar predilecto de su tierno corazon. ¡No queria amarle y le adoraba! ¡No queria dar pávulo á su pasion; y se esmeraba por agradar al interesante duquecito, de quien no creia ser amada, ni en su concepto podia serlo nunca, porque aquel jóven alimentaba otro amor mas digno de su distinguida posicion social!

Embebida siempre en sus tristes y amorosos pensamientos, la incauta niña parecia holgarse en acibarar su amargura, y si alguna vez apelaba al dibujo ó á la poesía para distraer sus melancólicas reflexiones, nada hacia con destreza, y con la pluma ó el lapicero en la mano quedábase á lo mejor como en éxtasis, pensando solo en los atractivos del jóven de los ojos negros.

En esta singular posicion estaba sentada delante de un paisage empezado, cuando sonó ruido de pisadas que se aproximaban á la sala donde estaba la enamorada niña.

—Mi padre;—dijo Enriqueta volviendo en si—y verá que nada he adelantado tampoco hoy.

Al decir esto fijó toda su atencion en el paisage y comenzó á dibujar.

—Señorita, vengo á estorbar sin duda—exclamó el duquecito presentándose en la sala.

Enriqueta se estremeció, é involuntariamente dejó caer el lapicero de su mano.

Don Eduardo se apresuró á recogerlo, y entregándolo á Enriqueta continuó:

—Si por desgracia es intempestiva mi presencia...

—No señor—balbuceó Enriqueta;—pero... como creia estar sola...

—Está usted con un buen amigo.

—Ya sé.... que es usted amigo de mi padre.

—Amistad que me honra muchísimo. ¿Por qué no continúa usted su obra? Está muy bien ese pais, es de mucho efecto y dibujado con suma delicadeza.

—¿Se burla usted?

—Bien sabe usted que digo la verdad. Se conoce que tiene usted buen maestro.

—Mi padre.

—Lo supongo, y ciertamente me ha sorprendido tanto la habilidad de la discípula como el talento de su director.

—Ya se ha divertido usted bastante con mis pobres mamarrachos—dijo Enriqueta sonriéndose, y levantose para arrinconar su dibujo.

—Mamarrachos que estoy cierto no sabrian dibujar muchos de los que pasan en Madrid por excelentes pintores.

—Me permitirá usted que vaya á llamar á mi madre.

—Tendré muchísimo gusto en ponerme á sus órdenes, pues la visita de hoy nada tiene que ver con el retrato; es una deuda de reconocimiento que me apresuro á satisfacer á su mamá de usted, lo mismo que á usted, señorita; pero antes quisiera me concediera usted un breve momento de audiencia.

—Podrá usted decirme lo que guste delante de mi madre.

—Desearia que primero se dignara usted oirme sin testigos.

—Nada tengo que oir de usted, veo que está usted completamente restablecido de la caida de ayer, y esto me basta.

—¡Pues qué! ¿no le es á usted indiferente mi salud?

—Hubiera sido una desgracia—repuso Enriqueta con maliciosa sonrisa—que se hubiera usted lastimado en vísperas de su casamiento.

—El casamiento á que usted se refiere, señorita, no se verifica ya.

Estas palabras, que el duquecito pronunció en tono solemne, llenaron de admiracion á Enriqueta.

—¡Es posible!—exclamó sin saber disimular su alegría—¿no se casa usted ya?

Preocupada Enriqueta con lo que acababa de oir, olvidó que estaba sola con el jóven á quien amaba, y en ademan de natural franqueza, sentose inocentemente como aguardando la explicacion de aquella inesperada novedad.

Don Eduardo tomó asiento junto á la cándida niña, y respondió:

—Me casaria de buena gana, señorita; pero no con la novia que mi padre queria proporcionarme.

—¿Quiere usted decir con eso que no la ama?

—Ni la amo, ni la amé nunca.

—¿De veras?—replicó con alegría la incauta adolescente.

—¿Lo duda usted?

—Si usted me lo asegura...

—Lo digo con toda formalidad.

—Siendo así, tendré que creerlo; pero...

—Hable usted con franqueza.

—Me habian dicho que la amaba usted mucho.

—¿Su padre de usted?

—Tal vez.

—Se lo dí á entender así.

—Es una contradiccion...

—Son estos asuntos muy graves para que falte en ellos á la

verdad. Repito á usted que no la amé jamás, y que solo me casaba con ella por complacer á mi padre.

—¿Y por qué ahora no trata usted de complacerle?

—Eso deseo, señorita, complacer á mi padre; pero sin sacricar mi corazon.

—Es un deseo muy justo, deseo que seguramente verá usted cumplido desposándose con la señorita para quien destina usted el retrato que hace mi padre.

—Ese es precisamente el sacrificio que ya no me es posible consumar.

—¿Llama usted sacrificio á un matrimonio que hace pocos dias apetecia usted?

—Fingia apetecerle.... Queria engañarme á mí mismo lisonjeándome de que el enlace que mi padre me propuso me haria olvidar otro amor sin esperanza.

—¿Otro amor?

—Sí, amable Enriqueta, ví un dia en el café de *la Cruz de Malta* á una hermosa niña que estaba tomando café con su madre; y su hermosura, sus gracias, su modestia, me hicieron palpitar de amor.

Enriqueta bajó los ojos ruborizada, y jugueteando maquinalmente con los lazos que pendian de su cintura, repuso con timidez:

—Sin duda haria usted muchas gestiones para averiguar la casa de aquella señorita.

—Quise hacerlas; pero no tenia antecedente alguno y no supe como empezar.

—El primer paso, creo yo, debia haber sido acompañar á aquellas señoras á su casa.

—Esa fué mi intencion; pero las mismas personas, ó por mejor decir la madre me negó terminantemente su permiso. Insistí en mi empeño y se desechó siempre mi compañía. Me infundia tanto respeto aquella señora, no por su edad, sino por los destellos de modestia y virtud que se desprendian de todos sus ademanes y pa-

labras, que temí agraviarla y ofender al mismo tiempo á su preciosa hija, dejando de obedecer á su mandato. Además, ignoraba yo si aquellas amables personas se dirigian á su casa, si mi presencia podia irrogarlas algun disgusto, y no me atreví á ser imprudente. La casualidad, ó mejor dicho mi fortuna, cuando despues de haber perdido ya toda esperanza me habia allanado á cierto proyecto de matrimonio, en el cual fundaba mi padre grandes venturas, hizo que entrase en la casa paterna de la encantadora jóven. Hablé con su padre, y deduje de ciertas expresiones, que no es del caso ahora reproducir, que aquella niña por quien yo suspiraba y á quien amo aun y amaré toda mi vida con delirio, correspondia á otro amor. Este cruel desengaño laceró mi alma, y me propuse hacer todo linage de esfuerzos para vencer mi pasion. Esto explica el deseo que aparentaba yo de que mis bodas se realizáran cuanto antes. Fingia este deseo delante del padre de la niña á quien adoraba, porque en el frenesí de mis celos creia con esto vengar un agravio, que por ningun estilo podia existir, pues aun cuando la señorita en cuestion hubiese amado á otro, no habia yo adquirido el menor derecho para acusarla de ingratitud.

En el tono con que hizo el duquecito la precedente explicacion habia aun mas ternura que en sus palabras. Así es que Enriqueta las oyó extasiada de placer, y cobró aliento para proseguir aquella conversacion, la mas deliciosa de cuantas habia tenido en toda su vida.

Aquella modesta criatura que por su índole candorosa y tímida no hubiera consentido jamás que ningun hombre entablara conversacion con ella sin la presencia de su madre, habia olvidado, como hemos dicho antes, que estaba sola y escuchaba con arrobamiento peligrosas frases de amor. Su natural orgullo, su desmedida ambicion, que no la abandonaba un momento, veíase halagada al creerse preferida por un arrogante mozo, título de Castilla, á una jóven hermosa de la mas alta aristocracia.

Lejos de extrañar el lenguage de don Eduardo, pareciale ra-

zonable, y como si conversara con algun jóven de condicion igual á la suya, le interrumpió con familiar sonrisa:

—¿Y sabe usted ya que esa señorita no ama á otro?

—Solo sé que fué una equivocacion mia el obstáculo que se me habia figurado invencible. Ignoro si algun mortal mas feliz posee la dicha que yo ambiciono... Si así fuese... me moriria de pesar.

Esta última frase pronunciola don Eduardo con tan marcada emocion, que Enriqueta no pudo contener la suya, y una lágrima de amor reveló á don Eduardo que habian sido comprendidas todas sus palabras y que podia lisonjearse de ser correspondido.

—¿Se compadece usted de mí, hermosa Enriqueta?—preguntó con ansiedad el duquecito.

—Sentiria que fuese usted desgraciado; y como su padre de usted pretende casarle con una jóven á quien usted no ama, recelo....

—¡Oh! si lograse yo interesar á la hermosa que idolatro, si llegára solo á merecer una leve esperanza de ser correspondido... nada habria que recelar. De todos modos mi casamiento con la hija de la marquesa de Verde-Rama no se verifica ya. Hoy mismo participaré á mi padre esta mi resolucion. Si soy amado de la beldad por quien vivo, mi padre se convencerá de que las virtudes de una hermosa, valen mil veces mas que todos los títulos y riquezas del nacimiento mas ilustre; pero si tengo la desgracia de no ser correspondido en mi amor, buscaré en el sepulcro mi tranquilidad.

—¡Siempre la muerte!... Eso es...—exclamó Enriqueta sollozando.—Ya es la segunda vez que habla usted de morirse.

—¡Adorable Enriqueta!—dijo don Eduardo con exaltacion al ver el llanto de la inocente niña.—Es verdad, hablo de la muerte... porque... es preciso decirlo... yo no puedo vivir sin el amor de usted. Usted es el ídolo de mi corazon, y esas lágrimas que empañan el hermoso brillo de sus ojos, me prueban que no es usted indiferente á la pasion que me devora. ¿Me ama usted, Enriqueta?... ¿Me ama usted?

Enriqueta no pudo contestar.

—¡Pobre niña!—continuó enternecido el duquecito.—¡Soy un loco... un ingrato! La aflijo á usted en recompensa de los afanes con que ayer mismo supo usted volverme la vida.

—Es verdad,—balbuceó entre sollozos Enriqueta—es usted un ingrato..... Las lágrimas que ayer vertí por usted.... Las que derramo en este instante son mas elocuentes que las palabras... ¡Y me pregunta usted si le amo!...

—¡Perdon! ¡perdon, ángel mio!

En este momento apareció de improviso Cecilia y don Eduardo se levantó y la salió al encuentro para evitar que reparase en el llanto de su hija. Esta se levantó igualmente y se dirigió á donde habia dejado su dibujo, entreteniéndose en guardarlo en una gran cartera, todo á fin de dar tiempo á serenarse en lo posible de las emociones que acababa de sentir, ó disimular á lo menos el llanto que humedecia aun sus bellos ojos.

—¿Usted aquí?—exclamó con alborozo Cecilia.—¡Y no haberme hecho avisar! Parece que está usted enteramente bueno.

—Me siento mejor que nunca—respondió el duquecito, despues de haberse inclinado en ademan de respeto ante la dueña de la casa.

—Mucho me alegro. Ya nos dijo Federico que estaba usted anoche como si tal cosa hubiera nunca acontecido; pero buen susto nos dió usted.

—De eso estábamos hablando.

—Enriqueta ¿qué haces ahí?

—Estoy guardando mis dibujos.

—¿Por qué no enseñas el paisage á este caballero?

—Le ha visto ya.

—Le he admirado—dijo con amable galantería el duquecito.—Se conoce que esta señorita ha heredado el talento de su padre.

—Pues si viera usted que décimas compone...

—¿Poetisa tambien?

—Es un estuche ahí donde usted la vé. Mira, Enriqueta, re-

cítale alguna de tus composiciones al señor. Aquella fabulita que le gusta tanto á tu padre... de Cloris cuando se pincha un dedo.

—Cuidado, madre, que tiene usted unas ocurrencias...—contestó ruborizada Enriqueta.

—Deje usted que haya entre nosotros mas franqueza—replicó don Eduardo—y verá usted como esa señorita tendrá la bondad de leerme sus poesías. Mi complacencia seria extremada si pudiese ahora oir las inspiraciones de una musa tan amable; pero no quiero que mi insistencia sirva de mortificacion.

—Me avergüenzan ustedes de modo—exclamó Enriqueta, coloreada como si acabasen de nacer en sus mejillas sendas amapolas,—que tendré que retirarme de aquí si no mudan ustedes de conversacion.

—Eso, señorita, de ningun modo,—dijo don Eduardo—no queremos privarnos de tan preciosa compañía. Contendré mi impaciencia hasta que me crea usted digno de alguna confianza, y toda vez que molestan á usted los elogios que sus talentos merecen, será preciso que me concrete al objeto de mi visita.

Mientras hablaba don Eduardo, madre é hija sentáronse en un sofá y el duquecito en una silla inmediata.

—El objeto de la visita de usted—replicó Cecilia con su acostumbrada naturalidad—será la continuacion del retrato para la novia.

—No señora, hoy no hay retrato—dijo el duquecito.

—¿No está Federico?

—Aun cuando estuviera su esposo de usted, no entro hoy en su estudio. Esta visita es para ustedes: he venido á darles las gracias por los bondadosos cuidados que ayer se dignaron prodigarme.

—¡Quiere usted callar!—exclamó Cecilia.—¿Pues hicimos acaso cosa alguna que no se hubieran apresurado á hacer en cualquier casa donde le hubiese á usted ocurrido semejante desgracia?

—Tal vez se me hubiera auxiliado—repuso don Eduardo;—pero es imposible que se hubiera hecho con mayor esmero. Cuan-

do volví del desmayo y me ví rodeado de personas amables, que se afanaban todas por darme la salud, cuando ví á esa encantadora niña—el duquecito miró tiernamente á Enriqueta—con lágrimas de compasion en los ojos, mientras usted misma, señora, con la délicadeza de una madre y el acierto de un hábil cirujano, separaba de mi herida el ensangrentado cabello, sentí una emocion indefinible, un consuelo que no puedo explicar. En aquel feliz momento recobré mi salud, y quedaré eternamente agradecido á las personas que tan generosamente me prodigaron sus bondades.

—¡Y qué susto nos dió usted!—repitió Cecilia.

—¿Con que tanto se asustaron ustedes?

—Enriqueta fué la primera que le vió á usted, y sin duda se figuró que estaba muerto al verle pálido, sin sentidos, y por añadidura manchado de sangre..... Lo cierto es que la pobre niña lanzó un grito que nos hizo estremecer á todos, y como una loca le cogió á usted la mano..... y.....

—¡Oh!.... no olvidaré nunca lo que debo al buen corazon de esta señorita—repuso conmovido don Eduardo—y ojalá pueda consagrar todos los momentos de mi vida á hacerla feliz.

—Eso es precisamente lo que le está á usted prohibido.

—Tal vez no—exclamó Enriqueta con aire de triunfo.

—¡Quieres callar!—dijo la madre.—Este caballerito acaba de contraer compromisos muy sagrados que le impiden dedicarse á labrar la dicha de muger alguna que no sea su esposa.

—En esa parte estoy de acuerdo con usted, señora—replicó el duquecito, y cruzó con Enriqueta una mirada que expresaba la conformidad de pensamientos.

—¿Lo oyes?—preguntó Cecilia á su hija.

—Y me place oirlo—respondió Enriqueta con amable sonrisa.

—No lo dudo—añadió Cecilia.—Tambien yo me alegro de que el señor haga un buen casamiento y se esmere en proporcionar á su esposa toda suerte de felicidades. Tengo entendido que las merece tanto por sus virtudes como por su hermosura.

—No está usted mal informada—repuso el duquecito.—La

jóven á quien adoro es por todos estilos un modelo de encantos.

Enriqueta bajó la vista con rubor, mientras su madre llena de curiosidad preguntaba á don Eduardo:

—¿Y qué edad tiene? ¿qué facciones? ¿qué estatura? ¿Viste con mucha elegancia?

—Señora, me pregunta usted tantas cosas á un tiempo que no sé si acertaré á contestar debidamente. A lo menos tendré que ser muy lacónico, pues si hubiera de ser minucioso en la narracion de sus perfecciones, seria cosa de no acabar. Su edad enlazará apenas diez y seis abriles, sus facciones son el emblema del candor y de la inocencia, y no se puede hacer justicia á sus hechizos sin que los cubra dulcemente el velo de ruborosa modestia. Sus bellos ojos son entonces la expresion de su alma generosa. Todo su aspecto es encantador, y un talle flexible y esbelto, que el mismo Cupido podria ceñir con sus diminutas manecillas, da realce al conjunto de tantas perfecciones, que no necesitan perlas, rubíes, topacios ni cuantas galas ha inventado el orgullo para fascinar al hombre. La jóven á quien adoro se basta á sí misma para ser la reina de la hermosura sin apelar á los recursos del tocador. Sin embargo, en medio de su natural sencillez, sabe ataviarse con gentil donosura, sin esa aglomeracion de brillantes adornos que solo prueban vanidad y mal gusto.

—Dígole á usted, que si no hay exageracion en el retrato, pocas jóvenes habrá en Madrid que puedan competir con su novia—exclamó Cecilia.

—No hay ninguna, señora—respondió el duquecito.

Enriqueta sintió en este momento una emocion que no supo disimular, y notándola su madre, creyó que los extremados é impertinentes elogios que don Eduardo prodigaba á la novia, molestaban á su hija, y queriendo vengarla, dijo:

—Pues con todo eso no la cambiaria yo con mi Enriqueta. Su novia de usted podrá ser lo que usted quiera; pero mi hija no tiene porque envidiar nada á nadie. Ven acá, hija de mis entrañas, y dáme un abrazo.

Madre é hija se abrazaron.

—Yo no envidio á nadie—dijo Enriqueta.

—Y haces bien, pues por mucho que el señor pondere los atractivos de su novia, sabemos lo que son los enamorados.

—Señora—alegó el duquecito—es preciso que se persuada usted, de que por ningun concepto he querido rebajar las gracias de esta señorita. Bien conoce ella misma que solo trato de hacer justicia al mérito.

—Sin embargo—repuso Enriqueta—creo que hay mucha exageracion en los elogios que ha tributado usted á la jóven á quien adora.

—Eso es la pura verdad—añadió Cecilia.—Todo lo que el señor ha dicho no prueba mas sino que está muy enamorado.

—Tambien es cierto—contestó el duquecito.

—Mas vale así—exclamó con alegría Enriqueta.

Cecilia se convenció en este momento de que el duquecito era del todo indiferente á Enriqueta, pues si los elogios que aquel prodigaba á su novia habian, en el concepto de la madre, mortificado á la hija cuando oyó esta decir que no habia en Madrid nadie que competir pudiese con tan extraordinaria beldad, la alegría con que Enriqueta oia confesar á don Eduardo su frenético amor, tranquilizó enteramente á la madre, y siguiendo las inspiraciones de su carácter jovial, dijo al duquecito:

—¿Y cómo se atreve usted á casarse?

—Yo, señora.....—tartamudeó aturdido el jóven duque.

—Sí, señor, usted..... despues de haber contraido otro compromiso mas sagrado que todos.

El tono con que dirigió Cecilia esta objecion al duquecito atesoraba la apariencia de la mas grave formalidad.

Enriqueta palideció al oir las misteriosas exclamaciones de su madre, y dijo para sí:

—¡Qué será esto, Dios mio!

—Sépalo usted—continuó en ademan severo la buena Cecilia—usted no puede casarse.

—¡Yo!..... ¿por qué razon?—preguntó lleno de asombro don Eduardo.

—¡Qué pronto ha olvidado usted su nuevo estado!

—¡Mi estado!..... Si usted no se explica.....

—Es preciso que haga usted voto de castidad.....

—Ahora conozco que se chancea usted—dijo sonriéndose el duquecito.—¿Y por qué me dice usted eso?

—¿No sabe usted que ayer fué tonsurado?

—Verdad es, pero la coronilla ha desaparecido ya.

—¡Cáspita! pues no le crece á usted poco el pelo en un solo dia. Ello es que no se conoce nada. Como le tiene usted naturalmente rizado.....

Enriqueta, pasado el primer susto, riose del buen humor de su madre. Don Eduardo no quiso mostrarse menos jovial, y en tono zambrero dijo á Cecilia:

—Vamos, decida usted de una vez, amiga mia, si puedo ó no puedo casarme.

—Toda vez que la coronilla ha desaparecido, y que segun se vé no es usted aficionado al solideo ni á la capucha, cásese usted en gracia de Dios.

—¿Y usted, Enriqueta, no me dá algun consejo sobre este particular?

—Yo solo puedo aconsejar á usted que siga los impulsos de su corazon.

—¿Pero se alegrará usted si me caso?

—Si es á gusto de usted, muchísimo.

—¿Pues no se ha de alegrar?—interrumpió Cecilia.—Tanto Enriqueta como yo deseamos que se case usted con la persona á quien ama, y que viva usted muy feliz con ella.

—Esto es decir que me dá usted su consentimiento.

—Mi consentimiento ¿para qué lo necesita usted?

—Es indispensable.

—¿De veras?

—Sin él no se verificarán mis bodas.

—¡Viva la gente de buen humor! Pues señor, ya que necesita usted mi consentimiento, desde ahora se lo concedo, y tambien mi bendicion como si la novia fuera mi hija.

—Gracias, amiga mia, gracias..... Basta ya de bromas.... el asunto de que se trata es muy formal, y faltaria yo á mi deber si no le declarase que estoy enamorado...

—Pues ¡poquitas veces me ha dado usted la misma noticia en gracia de Dios!

—Es que la encantadora jóven de quien estoy enamorado.... es.....

Sonó de repente un recio campanillazo á la puerta de la escalera.

—Ya está aquí Federico—exclamó Cecilia.—Este modo brusco de llamar, suele ser siempre el de los amos de casa.

Un minuto despues se presentó una doncella y dijo:

—Un criado de este caballero dice que ha de darle un recado muy urgente.

—Ignoro lo que pueda ser—murmuró el duquecito encogiéndose de hombros.—Espero me permitan ustedes.....

—Vea usted, vea usted sin cumplimientos—repuso en tono jovial Cecilia—si es algun recado de la novia.

Don Eduardo siguió á la doncella.

A la puerta de la escalera le aguardaba el jardinero Andrés.

—¿Qué es eso?—le preguntó don Eduardo.

—Venga V. E. corriendo—respondió Andrés temblando como un azogado y pálido como un difunto.

—¿Está mi padre enfermo?

—No señor; pero aquella pobre muger á quien dió V. E. hospitalidad...

—Acaba.

—Está muerta.

—¡Muerta!—gritó horrorizado el duquecito.

—Yo la he visto primero que nadie. Estaba tendida en medio de su cuarto.

—¿Pero cómo sabes que estaba muerta?

—Porque no me ha contestado.

—¿Y no podia ser ocasionado por un desmayo su silencio?

—Es que me ha parecido que está asesinada.

—¡Asesinada!

—La he visto tendida sobre un charco de sangre, y como no ha respondido á mis voces, he llamado á mi madre y me he salido precipitadamente en busca de V. E.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! — exclamó con desesperacion don Eduardo. — ¡Ni un solo dia de felicidad! Corramos.

Y sin despedirse de Cecilia y Enriqueta, tomó la capa y el sombrero que habia dejado en la antesala, y azorado como un loco siguió los pasos del jardinero.





CAPITULO XXXVIII.

EL LLORO DE PLACER.

Wie glücklich bin ich!
KOTZEBUE.

Quem me dera ser a rosa,
Que amorosa
Beijar os zophyros vem,
Ser a pomba que suspira,
Que delira,
Delira junto ao seu bem.
A. DE SERPA

Cecilia y Enriqueta aguardaban con impaciencia el regreso del duquecito, y viendo que tardaba, llamaron á la doncella.

—¿Y ese caballerito?—preguntó Cecilia.

—Hace ya rato que se ha ido con el criado que ha venido en su busca—respondió la doncella.

—¿Se ha ido?—exclamó admirada Enriqueta.

—Han hablado un momento, muy por lo bajo, en el último tramo de la escalera. El señorito ha dado despues algunos gritos como si regañase al criado, y se han ido precipitadamente.

La doncella se retiró.

—¡Qué cosa tan rara!—dijo Enriqueta cruzando con su madre una mirada de asombro é inquietud.

—No deja de ser extraño en tan cumplido caballero esa desaparicion á la francesa—repuso Cecilia;—pero ¿qué sabemos nosotras si el recado que ha recibido no le permitia la menor dilacion?

—Para decirnos «queden ustedes con Dios» poco tiempo necesitaba.

—Eso es verdad; pero tambien debemos tener presente que los enamorados son medio locos. Habrá recibido alguna esquelita de su novia, en que tal vez le dice que le aguarda con impaciencia; y el afan de complacer al ídolo de sus pensamientos, le ha hecho olvidarse enteramente de nosotras.

—¡Qué desacertada anda usted!—exclamó sonriéndose Enriqueta.

—¿Por qué razon?

—Porque el duquecito no tiene ya novia.

—¡Que no tiene novia! Pues poquitos elogios ha hecho de ella. Se conoce que está enamorado como un cadete.

—¡Como un cadete dice usted! Yo creo que está enamorado como un jóven de juicio.

—Buen juicio ese..... sin hablar mas que de la hermosura de su novia... ponderando siempre sus talentos, sus virtudes, sus gracias..... Y dale con que es tan jóven como linda... Esas cosas no las dice ningun hombre de juicio delante de otras mugeres.

—¿Por qué, si cree él que es la verdad?

—Porque no siempre debe decirse la verdad.

—Usted me ha dicho mil veces que no hay vicio peor que el de mentir.

—Y lo repito ahora, nada hay mas despreciable que una persona avezada al ejercicio de la mentira; pero entre la mentira y la verdad hay un prudente silencio, del cual debe hacerse uso cuando la verdad es insultante. ¿Qué pensarias tú si oyeras que un

hombre cualquiera acometiese á una pobre muger que encontrase por la calle, y porque fuera tuerta y fea, le dijera con descaro: «señorita, es usted un mónstruo de la raza de los cíclopes»?

Riéndose Enriqueta de la ocurrencia de su madre, respondió:

—Diria que el tal hombre no tiene educacion.

—Pues lo propio pudiéramos decir de don Eduardo.

—Pero yo no creo que don Eduardo nos haya calificado de la raza de los cíclopes.

—Poco menos que eso. Cuando se pondera con exceso á una jóven delante de otra, es hacer un insulto á esta última.

—Yo no soy de ese parecer, madre mia.

—Porque no tienes experiencia de lo que es el mundo. ¿Y si no, á qué venia cierta risita irónica y misteriosa que acompañaba las palabras del duquecito? No sé como no le he dicho una desvergüenza.

—Hubiera usted hecho muy mal, madre.

—Puede agradecerlo á mi buena índole, pues otra madre menos prudente no hubiera tolerado semejantes insolencias.

—¿De qué insolencias habla usted?

—¡Ahí es nada! ¡Llevar la sandez hasta el extremo de afirmar que no hay en Madrid belleza alguna que pueda competir con la de su ídolo!.....

—¿Y esa tontería le ha disgustado á usted?

—Muchísimo, porque siempre que vamos las dos á paseo ¡estoy tan ufana de llevarte á mi lado!..... Conozco que todos admiran tu hermosura y tus gracias..... Los hombres te acechan por todos lados, y dejando aparte los piropos que te prodigan, porque es costumbre en los mas descarados echar flores á todas las mugeres, oigo á veces á otros que mirándote con respeto, dicen con mucha formalidad á sus compañeros: «¡qué linda es!»

—¿Y por qué no ha de decirlo el duquecito de la jóven á quien ama?

—Hubiera podido pasar que se hubiera limitado á decir que es inda, y aun en este caso exigia la buena educacion que hubiera

añadido: «mejorando lo presente.» Pero eso de poner en las nubes el mérito de su futura..... con tan ridículos extremos... mirándote á tí de una manera burlona...

Enriqueta soltó una carcajada al oir hablar á su madre en los precedentes términos.

—Bien haces, hija mia—añadió la madre—en reirte de las extravagancias de ese caballerito. Creerá él haber puesto una pica en Flandes; pero ha de saber que para nada nos hacen falta sus elogios..... y que por mucho que pondere los encantos de su novia, no han de eclipsar los tuyos, Enriqueta. Y lo mas chistoso es que probablemente será alguna esfinge horrible su adorado tormento.

—¿Y por qué no ha de ser una jóven tal como nos la ha retratado?

—Porque no hay en el mundo cosa mas imbécil que un enamorado, y por lo regular, cuando pondera el mérito de su amada, no pronuncia mas que sandeces.

—Pues dígole á usted que sentiria muchísimo que al duquecito le sucediera otro tanto.

—¿Cómo así?

—La verdad, madre, cuanto ha proferido don Eduardo en alabanza de la jóven que merece su amor, me ha causado un verdadero placer.

—Lo comprendo, tienes mas filosofía que yo, y en eso te pareces á tu padre. Como andas siempre con librotes.....

—No entiendo á usted.

—Quiero decir, que como tienes mas talento que yo, has tomado el lance por via de diversion, y las palabras con que el buen caballerito ha quemado mi sangre, á tí te han hecho gracia.

—Puedo asegurar á usted que han llenado mi corazon de consuelo.

—Pero ¿de qué podian consolarte los exajerados elogios que dirigia á su novia?

—De todas mis amarguras.

—Tú quieres volverme tarumba, Enriqueta.

—Hablo á usted con toda formalidad, mi querida madre, las palabras que el duquecito ha pronunciado en nuestra presencia, han inaugurado mi ventura.

—Ahora lo comprendo todo..... Tienes razon, hija mia, ese frenético amor de don Eduardo..... ese afan de enaltecer las prendas de su amada, ha debido arrancar para siempre de tus ojos la venda que les cegaba, y en pos de tan patente desengaño, ese atolondrado señorito, será de hoy en adelante para tí, no una persona indiferente, sino casi despreciable.

—Si viera usted mi corazon, no hablaria á buen seguro de ese modo.

—¿Qué quieres decirme?

—Que amo á don Eduardo.

—¡Enriqueta!—gritó asombrada Cecilia.

—Le adoro, madre mia, con mas vehemencia que nunca.

—¿Estás loca?

—No, madre, no estoy loca..... Seria yo una criatura detestable si no consagrase á ese amable jóven un amor eterno.

Enriqueta se consideraba la mas feliz de las mugeres, desde la tierna conferencia que acababa de tener con su amante, y en aquellos deliciosos momentos complacíase en prolongar un enigma que la buena Cecilia no acertaba á descifrar.

—Sin duda te chanceas—respondió esta sonriéndose.

—No me chanceo, mi querida madre, amo con delirio á don Eduardo, y cuando sea mi esposo.....

—¡Muchacha! ¿qué estás hablando?—exclamó Cecilia interrumpiendo á Enriqueta. Esta contestó con amabilidad y muy formalmente:

—Digo que cuando sea esposa del primogénito del señor duque de la Azucena, me afanaré no solo para hacerme digna de la categoría á que me elevará este enlace, sino para hacer dichoso á mi Eduardo, que por su parte, estoy muy segura de ello, no tendrá mayor gusto que el de satisfacer todos mis caprichos.

—¿Tú, esposa de ese jóven que tan enamorado se muestra de su novia?

—Así lo espero, y si mis ilusiones se desvanecen... no sé lo que será de mí.....

—¡Bravísimo!—exclamó riéndose Cecilia.—Haces muy bien en burlarte de las sandeces de ese presumido jóven. ¡Se figuraria él que te habia de acoquinar entonando himnos de alabanza á su novia!

—Eso es precisamente lo que me ha causado mas grata sensacion.

—Pues á mí no, la verdad..... me han indignado sus exageraciones.

—¿Qué sabe usted si son exageraciones?

—¿No he de saberlo, hija mia?..... Exageraciones tontas..... muy tontas..... y que no venian al caso.....

—En cuanto á eso... tampoco opino como usted.

—Estás hoy empeñada en contradecirme.

—Porque dice usted cosas muy chocantes.

—¡Yo!

—Ya se vé que sí.

—Alabo tu franqueza, hija mia; pero mas me chocan á mi todas tus expresiones.

—Pues digo bien... Usted supone que los elogios que hizo el duquecito de la persona á quien ama no venian al caso.

—Por supuesto que no.

—Yo digo que sí.

—¿Y en qué lo fundas?

—¿En qué?

—Si señora... ¿en qué lo fundas?... vamos á ver...

—En que usted le preguntó si era jóven y bonita, y si vestia bien... y... ¿qué se yo?

—Creo que tienes razon—repuso Cecilia algo turbada.

—¿No he de tenerla?

—Bien... le hice esas preguntas... ¿y qué?

—Hubiera sido muy descortés si no hubiese contestado á ellas.

—Hay mil modos de contestar.

—Probablemente habrá contestado lo que le habrá en conciencia parecido la verdad.

—Ha contestado como una persona sin modales.

—Es raro que diga usted ahora eso, cuando siempre me ha ponderado la finura de ese jóven.

—Cuando nos pagó el café, la tarde que fuimos á *la Cruz de Malta*, estuvo muy atento... El otro dia tambien...

—No sé á qué dia alude usted.

—Al dia en que regaló una petaca á Federico.

—Eso fué ayer.

—Pues bien, *ayer maravilla fuí, y hoy sombra mia no soy.*

—Hoy me ha parecido á mí mas cortés y amable que nunca.

—¡Muy amable!... Venir á prodigar impertinentes alabanzas á su novia, y largarse sin saludar... no hay duda que es el mocito un dechado de finura y cortesania.

—Su brusca despedida tampoco puedo yo aprobarla.

—Ya no faltaba mas, sino que te empeñases en sostener que era una cosa muy elegante y de buen tono, el marcharse de una visita sin saludar á las personas con quien se acaba de tener conversacion. Y si estas personas pertenecen al bello sexo, como dicen los hombres, sube de punto la buena crianza del que incurre en tan groseros desaires.

—He dicho que no podia aprobar ese proceder; pero tampoco le calificaré, como usted, de grosero, sin oir antes al delincuente. Sabemos que un criado ha venido á llamarle, y puede ser de tal naturaleza el asunto que le haya participado...

—Defiendes muy mala causa, Enriqueta.

—Será así; pero á mí se me figura que don Eduardo no puede hacer nada mal. ¡Como le quiero tanto!...

—¿Otra vez?

—Encuentro gran placer en repetirlo, madre, le quiero mucho, mucho...

—Baste ya de bromas, Enriqueta, y habla con toda formalidad.

—Tiene usted razon; ya es hora de que sepa usted con toda formalidad que don Eduardo quiere casarse conmigo.

—¡Contigo!

—Lo que usted oye.

—¿Pues entonces, á qué viene mostrarse tan enamorado de la otra?

—¿De qué otra?

—De la señorita con quien pretende casarle su papá.

—A esa señorita no la quiere nada.

—¿Cómo que no?

—Nada... absolutamente nada.

—Pues ¿y los exagerados elogios?...

—Iban dirigidos á la jóven á quien ama.

—Y esa jóven...

—Soy yo.

—¿Tú?

—¿No ha conocido usted el retrato? Diez y seis años... muy linda... muy amable y virtuosa... y... ¿qué se yo? Todo aquello que ha dicho el duquecito.

—Quita allá ¡tonta! ¡mas que tonta!...

—Sí, sí... ya verá usted pronto quien tiene razon.

—¿Pero no conoces que todo aquello iba dirigido á su novia?

—Repito á usted, madre, muy formalmente, que el duquecito no tiene ya novia.

—¿De veras?

—Lo que usted oye.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Porque me lo ha dicho él mismo.

—Me dejas aturdida. ¿Y no se casa ya?

—A lo menos con quien su padre queria casarle.

—¡Qué me dices! ¿Y por qué no trata de dar gusto á su pa-

dre casándose con una jóven tan rica, tan noble y bonita como dicen?

—Porque ama á otra.

—¿Y quién es esa otra?

—Yo... ya se lo he dicho á usted antes.

—¡Ave María Purísima!

Enriqueta, que, como llevamos dicho, desde la amorosa declaracion de don Eduardo se creia la mas dichosa de las mugeres, no podia reprimir su jovialidad, y al notar el asombro de su madre, prorumpiendo en grandes carcajadas le preguntó:

—¿De qué se pasma usted?

—Ya veo que estás hoy de buen humor—dijo Cecilia afirmándose en que su hija se chanceaba.—Mas vale así.... porque ya me tenia aburrida tu incesante tristeza. Te doy el parabien, hija mia.

—Y yo lo recibo con mil amores—alegó Enriqueta—pues ese parabien supone que aprueba usted mi enlace con el primogénito de los duques de la Azucena. *¡Qué dichosa soy!*

—Mi parabien supone que apruebo tu jovialidad, y deseo que continues esa broma delante de tu padre, porque no dudo que le hará la misma gracia que á mí. Esto prueba que ya se han desvanecido enteramente aquellas ilusiones insensatas que te habias forjado. Y supuesto que tú misma haces ahora burla de tu ridícula pasion, espero que no volverás á incurrir otra vez en semejantes extravagancias. Pero aquí llega tu padre.

—¡Cáspita! Me he descuidado un poco—dijo el pintor jadeando.—Por fortuna veo que aun no ha venido don Eduardo. Dejadme tomar asiento, que estoy cansadísimo.

Federico se sentó entre Cecilia y Enriqueta en un mismo sofá.

—Pues amigo, estás en un error—repuso Cecilia.

—¡Hola! ¿Con que me equivoco en decir que estoy cansado?

—No es eso, digo que te equivocas en creer que no ha parecido por acá don Eduardo. Sí señor, nos ha hecho una visita; y por cierto que ha estado muy fino, muy galante y cortés... menos al hablarnos de su novia, y á la despedida.

—Lo comprendo, se habrá incomodado por mi tardanza—exclamó con disgusto el artista.—Habrá sentido mucho que se retarde un dia mas el retrato.

—Quiá, quiá, quiá—repuso Cecilia riéndose,—muy al contrario: nos ha dicho que venia por nosotras, y que por lo que atañía al retrato se habia propuesto hacer hoy novillos.

—Pues ¿cómo dices que se ha ido enfadado?

—Tampoco te he dicho eso.

—¿Pues qué has dicho? Explícate con claridad de una vez.

—Te he ponderado la finura de ese jóven... exceptuando ciertas impertinencias y su brusca despedida.

—¿Pues cómo se ha despedido?

—A la francesa.

—Nada tiene de particular, ha vivido largos años en el extrangero... pero todo eso son simplezas. ¿Y qué me dices tú, hija mia?—continuó el pintor asiendo afectuosamente la mano de Enriqueta.—¿Cómo estás tan silenciosa?

—Apuradamente está hoy de un humor envidiable—repuso Cecilia.—¡Lo que me ha hecho reir con sus ocurrencias! Cuéntale, cuéntale, hija mia, el triunfo de tu pasion. Has de saber, Federico, que don Eduardo no se casa ya con aquella señorita marquesa, porque está enamorado de Enriqueta.

—Ya lo sé—respondió el pintor con grave formalidad,—me lo dijo anoche.

—¡Dios mio!—exclamó Cecilia—¿estais de acuerdo para volverme el juicio?

—¿Lo oye usted?—dijo con alegría Enriqueta.

—¿Pero es cierto lo que hablais?—preguntó Cecilia.

—Es extraña esa pregunta—replicó el pintor—habiendo oido las explicaciones del duquecito.

—Yo nada he oido—repuso Cecilia.

—Pues ¿cómo sabes que ha triunfado el amor de Enriqueta?

—Porque me lo ha dicho ella, pero me figuraba que era una chanza.

—No, madre mia—alegó Enriqueta en apoyo de lo que ya habia manifestado antes á su madre.—Don Eduardo me ha sorprendido aquí sola dibujando...

—Es verdad que me ha celebrado mucho tu paisage.

—Continúa, Enriqueta—dijo impaciente el pintor.

—Nada—prosiguió la candorosa niña—me ha dicho que se casaria conmigo... si su padre y ustedes lo aprobaban.

—¡Nada!—repitió con marcado júbilo Cecilia.—¡Pues es una friolera!

—Calla—exclamó el pintor.—Deja que hable Enriqueta.

—¿Qué quiere usted que diga?—añadió con timidez la inocente jóven.

—Quiero que me digas—replicó su padre—si correspondes tú al amor de ese caballerito.

—¿No lo saben ustedes ya?—exclamó con rubor Enriqueta.

—Es verdad—repuso en tono grave el pintor.—Le amas con pasion, y no has dejado nunca de amarle. Conozco ahora, que si has disimulado algunos momentos tu amor, ha sido solo por no desagradar á tus padres.

—Es cierto—confesó con adorable sinceridad aquella inocente.—Siempre estoy dispuesta á sacrificarme primero que dar á ustedes un pesar; pero *conozco que debe ser muy feliz la que suspira junto al bien que adora.*

—Gracias, hija mia,—respondió el pintor enternecido, mientras su virtuosa Cecilia se enjugaba una lágrima de júbilo y de ternura.—Pero has de saber, Enriqueta, que lo mismo tu madre que yo solo ambicionamos tu bienestar, tu dicha... de ningun modo sacrificar tu corazon. El duquecito, hija mia, te adora, y no cabe duda que tú le correspondes. La distancia de vuestros nacimientos no es acaso tan grande como parece. Eres hija de un artista honrado, y la nobleza del ingenio y de la virtud, son superiores á los vanos títulos que surgen de una necia vanidad. Solo hay un obstáculo que se opone por ahora á vuestra dicha; pero don Eduardo se lisonjea de vencer este obstáculo; y si tal sucede

tendré el mayor placer de mi vida en verte enlazada á un jóven tan digno por todos conceptos de tus virtudes. Créelo, Enriqueta. Quizás no me aventajas tú en amor á don Eduardo. Es jóven con quien he simpatizado desde el primer instante que le ví, y al conocer sus generosos sentimientos, sus bellísimas dotes, empecé á amarle... y le amo ahora con aquella predileccion con que se quiere á un hijo. Te digo esto, Enriqueta, para que te penetres bien de la satisfaccion que yo tendria en presenciar un enlace tan á mi gusto; pero ínterin el duquecito no obtenga el consentimiento de su padre, no puede verificarse este casamiento, hija mia, y tú has de ser la primera que te has de oponer á su realizacion.

—Eso no sucederá—exclamó Cecilia.—¿Qué ha de hacer el señor duque sino dar su consentimiento? Yo os doy ya mi bendicion desde ahora, hijos de mi alma; y no cabe duda que os bendecirá tambien el señor duque. ¿Pues dónde ha de ir á buscar mejor esposa para su hijo?—Y abrazando y besando á Enriqueta, añadió entre sollozos:—¡Bendita seas!

Madre é hija abrazadas, prorumpieron en tierno llanto. El pintor no pudo contener sus lágrimas, y despues de un corto, pero solemne instante de silencio, pasose el pañuelo por los ojos, y exclamó:

—¡Ea! baste ya de lloro. No olvides, Enriqueta, mis prevenciones.

—Las seguiré fielmente,—dijo la dócil niña—y por mas que ame á don Eduardo, nunca será mi esposo sinó consiente en ello su padre.

—Muy bien. Dios te protejerá, hija mia, porque su inmensa bondad jamás abandona á los buenos hijos.

Dejemos á esta virtuosa familia solazándose con sus hermosas esperanzas, y pasemos al palacio del duque de la Azucena, á fin de saber en que ha parado la sangrienta catástrofe de la pobre *Bruja*, y como se conduce el duquecito para hacer á su padre la atrevida declaracion de que, á pesar de los compromisos pendientes, desprecia la mano de la jóven mas hermosa, mas rica y noble de to-

da la aristocracia, para enlazarse con la humilde hija de un pobre pintor.

Atendido el estado en que se hallaban las relaciones de las dos familias que iban á estrechar sus vínculos por medio de un doble enlace, atendidas las felicidades que de la realizacion de este proyecto aguardaba el duque, y el carácter altanero de este cortesano que miraba siempre con insolente desprecio á las clases plebeyas, el paso que se habia propuesto dar el duquecito era mas peligroso de lo que él mismo se imaginaba. El capítulo siguiente nos patentizará esta dolorosa verdad.





CAPITULO XXXIX.

LA PROHIBICION.

Ramper avec bassesse en affectant l'audace,
S'engraisser de rapine en attestant les lois,
Etouffer en secret son ami qu' on embrasse,
Voilà l'honneur qui regne à la suite des rois
* * *

C' est en effet dans les Cours que des hommes sans honneur parviennent souvent aux plus hautes dignités.

VOLTAIRE.

Cuando llegó don Eduardo á la habitacion de la *Bruja*, supo con gran satisfaccion que aquella desgraciada no habia muerto; pero la encontró postrada en cama, sumergida en un profundo letargo, del cual despertaba á largos intervalos para prorumpir en palabras inconexas y con tanta dificultad articuladas que las mas formaban solo sonidos ininteligibles. Estos accesos de delirio, no eran sin embargo signos alarmantes en el concepto del facultativo, el cual tranquilizó el desasosiego de don Eduardo, asegurándole que si bien era verdad que los padecimientos de aquella

pobre muger debian ser muy graves segun todos los síntomas y acabarian por degenerar en una fiebre contínua y lenta que la iría consumiendo, por de pronto no corría el menor peligro su existencia, y era probable que con la medicina que acababa de recetarle volvería dentro de breves horas á su estado normal.

Este relato que en otra ocasion hubiera afligido sobre manera á don Eduardo, llenole entonces de consuelo, porque se habia imaginado que era cierta la muerte de aquella desdichada, y á pesar del triste vaticinio del médico, lisonjeábase de que á fuerza de cuidados y buenos alimentos, llegaria á restablecerse completamente la salud de la enferma. Repitió sus órdenes para que nada le faltase, y que tuviese siempre alguna muger de confianza á su lado dia y noche, además de la señora Cipriana, anciana madre del jardinero, cuya edad no le permitia ciertos quehaceres, y mucho menos pasar las noches en vela; y se retiró con la satisfaccion que deja siempre en un pecho generoso el ejercer la beneficencia.

No estrañará ahora el lector que el jardinero hubiese creido asesinada á la *Bruja*, si tiene presente, que cuando abandonó repentinamente su estancia don Eduardo, manifestándose enamorado de Enriqueta, se sintió aquella misteriosa muger acometida de un accidente que le produjo un vómito de sangre, y cayó sin sentidos en el suelo, donde por fortuna la encontró el jardinero cuando acababa de ocurrir aquella desgracia; por manera que la *Bruja* pudo ser inmediatamente socorrida por la madre del jardinero, mientras este, que la creyó muerta, fué primero á informarse de los lacayos donde podria hallar al duquecito, y se dirigió despues á casa del pintor.

Eran las dos de la tarde cuando llegó á su casa don Eduardo, y halló á su padre sentado junto á la lumbre de la chimenea del comedor.

—¡Bravísimo!—exclamó el duque al ver entrar á su hijo.—¡Ayer en cama con la cabeza rota, y hoy de picos pardos! Esta mañana al levantarme me he apresurado á hacerte una visita; pero el pajarillo habíase escapado ya de la jaula á pesar de su he-

rida. He retardado mi desayuno, y viendo por fin que no venias, no he querido exponerme á las tristes consecuencias del hambre. Puedes aun probar ese jamon, que está muy rico; pero si comes demasiado ahora, no vas á tener apetito luego á la hora de comer.

—No tengo mas que sed—repuso el duquecito, y aproximándose á la mesa bebiose un vaso de agua.

—Que te va á hacer daño.

—El agua de Madrid es muy buena.

—Lo que es para afeitarse, es mejor que la cerveza y el Valdepeñas—añadió en tono festivo el duque.

Mucho celebró don Eduardo el buen humor de su padre, y creyó que no podia presentársele ocasion mas propicia para declararle su resolucion de no casarse con la marquesita, y sus amores con la hija del pintor.

—Nada te pregunto de tu herida—continuó el duque—porque veo enteramente abolida la diadema de lienzo que coronaba tus sienes.

—Ya le dige á usted ayer que no era nada—repuso don Eduardo.

—Pues entonces ¿por qué no me acompañaste anoche á casa de la marquesa?

—Aunque la herida era insignificante, me dolia la cabeza y necesitaba reposo.

—Pues no te vayas haciendo el desdeñoso con Elisa. Ayer conocí que no le hacen mucha gracia esos desaires. Crees tú que aparentando cierta indiferencia se te va á mostrar mas apasionada, y me temo que no andas acertado en esa conducta. La marquesa notó al momento tu falta cuando me presenté; pero lo que es Elisa, manifestose muy resignada y contenta sin hacer ni una sola vez mencion de tí.

—No lo extraño..... ¡Simpatizamos tan poco!

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que ni ella me ha querido nunca, ni yo la considero digna de mi amor.

—¿Sabes, Eduardo, que me da risa el oirte decir esos disparates con tanta formalidad?

—Puede usted creer que digo lo que siento.

—¿Con que..... de veras no la amas?

—No señor.

—¿No la amas, y sientes ahora no haberla complacido inmediatamente como debias, entregándole tu retrato? ¿No la amas, y te vas sin desayunarte y enfermo á casa del retratista para que concluya cuanto antes tu miniatura á fin de dar gusto á Elisa?

—No, padre, no... Ya es tiempo de que hable á usted francamente: yo no amo ni puedo amar á Elisa.

—¡Eduardo!—exclamó el duque tomando un aspecto grave.

—No debo engañar á usted. Seria corresponder con ingratitud al cariño que usted me profesa. Impelido yo por los deseos de complacerle, sacrificaba mi corazon para hacer á usted feliz; pero he reflexionado que mil veces me ha dicho usted que no exige de mí semejante sacrificio, y el consumarle seria no solo desobedecer á usted, sino hacerme yo desdichado para siempre, engañar á usted y labrar con la mia la desgracia de una muger á quien no puedo amar. Las consecuencias de todo esto serian horrorosas, y es imposible que alcanzasen el sosiego de usted.

—¡Eduardo!—exclamó el duque procurando contener su despecho—¿hablas con formalidad?

—Bien puede usted conocerlo por el dolor que me causa el tener que hacerle esta desagradable manifestacion.

—Tú has perdido el juicio sin duda, Eduardo. ¿Ignoras el valor de una palabra empeñada? ¿No sabes que nuestros enlaces están aplazados para dentro de breves dias?

—Todo lo sé, padre mio, y por eso me apresuro á desengañarle antes de que tantos infortunios se consumen.

—¿Infortunios en unos casamientos de los cuales dependen tu felicidad y la mia? ¿Has olvidado ya las ventajas que ellos nos producian? Has olvidado que la marquesa está enterada del fatal

secreto de tu nacimiento, y que su venganza podria serte muy funesta?

—Usted me ha ponderado mil veces las virtudes de la marquesa, y una muger virtuosa no se vengará tan villanamente.

—Pero si villanamente se la engaña, si se la provoca.....

—Por no engañarla me he decidido yo á declarar hoy la verdad. Además, Elisa no me ama, y me limito á decir que no me ama sin alegar las pruebas que tengo de esta aseveracion, porque no quiero ofenderla haciendo una pintura poco honrosa de su comportamiento. Rodeada siempre de galanteadores, admite con agrado sus galanteos, haciéndome representar un papel ridículo delante de una sociedad que todo lo observa, y de todo saca partido para ejercer el sarcasmo y la maledicencia. Yo mismo la ví tributar lágrimas á la memoria de uno de sus amantes, y reprendiéndola de esta falta, holgarse en confesar el amor que le habia dispensado y la preferencia que le merecia á mis obsequios, obsequios que desdeña ostensiblemente, usted mismo lo ha dicho hace poco, y este desden es hijo del desamor. Padre mio, yo no puedo amar á esa muger, no puedo ser su esposo.

—Haz lo que gustes—repuso con acento adolorido el padre;—pero lejos de evitar esos infortunios que supones acarrearian nuestros proyectados enlaces, si ves que se divulga el secreto de tu nacimiento... que todos te miran con desprecio insultante... si ves que mis males se agravan... que sucumbo á la violencia de mi dolor..... no preguntes nunca la causa á nadie... mi hijo, un hijo por cuya felicidad me he desvelado continuamente, se huelga en prepararme este horrible porvenir.

—No, padre mio, no—replicó enternecido Eduardo—yo no quiero de ningun modo originarle á usted el menor pesar; pero si es cierto que tambien se interesa usted por mi dicha, espero que se apiadará usted de mí. Otra razon hay aun mas poderosa que cuantas acabo de alegar para que desista usted de su empeño.

—¡Otra razon! Será sin duda para desgarrar del todo mi pecho. Gózate en atormentarme.

—Si mis palabras le son á usted tan acerbas, guardaré silencio.

—Habla, no importa ya que profundices la herida que has hecho en mi corazon.

—Amo á otra muger.

—¡Amas á otra! ¿Será sin duda mas digna que Elisa de tu amor?

—¡Oh! sí, padre mio, es preferible por sus virtudes.....

—Lo creo así, por sus virtudes... y por sus riquezas.....

—Es pobre—dijo el duquecito clavando la vista en el suelo.

—¡Es pobre!—exclamó con sarcástica sonrisa el duque.—¡Es pobre, y crees tú, insensato, que te ama! ¡Es pobre, y no conoces que ambiciona tus riquezas!

—No es capaz de albergar tan ruines sentimientos.

—Ya se vé—continuó el duque con amarga ironía—es una muger tan virtuosa, que para probar su indiferencia á las riquezas y comodidades mundanas, elige para esposo el jóven mas rico de Madrid. Esa niña desinteresada será tambien hija de padres muy honrados.

—Sí señor.

—Que pertenecerán sin duda á la aristocracia mas distinguida.

—Sí señor, su padre es un modelo de honradez, y pertenece á la aristocracia del talento. Es un célebre artista.

—¡Un artista!—gritó colérico el duque.—¿Y tienes audacia para provocar así mi indignacion? ¿Y no te avergüenza la sola idea de aspirar á tan degradantes vínculos?

—Padre mio—repuso con exaltacion don Eduardo—esas expresiones agravian á una muger que ha cautivado ya mi corazon, que le avasalla y reina en él como ídolo predilecto de todos mis amores, y nadie tiene derecho á ultrajarla porque es pobre.

—¡Insolente!—gritó furioso el duque.

—Lejos de avergonzarme de amar á una joven candorosa, hija de un honrado pintor, la prefiero á todas las bellezas de la

alta aristocracia... y no creo degradarme por ningun concepto; porque en la virtud y en la gloria adquirida por el talento, veo yo mas nobleza que en todos los pergaminos de que hacen ostentacion los orgullosos, que en todos los blasones de necios cortesanos, que acaso deben su elevacion á detestables intrigas.

—¡La hija de un pintor! ¡Soberbia esposa para el hijo de un título de Castilla! ¿Y te atreverias á presentarte con ella en la córte?..... ¿A llevarla hasta los salones régios en dias de besamanos?

—¡Y ojalá todos los magnates que en tales ocasiones rodean el trono albergasen los sentimientos de honor que un artista honrado ha sabido inspirar á su hija!

—¿Tambien crees tú, como los constitucionales, que cuantos vivimos cerca de S. M. el rey nuestro señor, no somos mas que una horda infame de criminales egoistas?

—En todas partes hay hombres de bien, y tengo orgullo en que mi padre sea un dechado de ellos; pero usted mismo confesará que en los régios palacios es donde menos abundan, porque en ellos intrigan los ambiciosos para medrar á toda costa. Allí se arrastran como viles insectos los mas altivos señores. Allí se abrazan como amigos, hombres que se profesan un rencor inextinguible. Allí se prodiga la lisonja, se ejerce la mentira, se urde todo linage de crímenes; mientras en la humilde morada del laborioso artesano destella por todas partes la virtud.

—Ahora lo comprendo todo—repuso el duque mordiéndose los labios de ira.—En casa de ese retratista holgazan te han seducido. Una familia oscura y plebeya ha logrado fascinarte. Abreviemos razones, Eduardo, yo no tengo tiempo ni humor para oir necedades. Has de saber que lejos de consentir yo en tu deshonra...

—La pobreza no deshonra nunca—replicó don Eduardo.

—¡Silencio!—gritó iracundo el duque.—Soy tu padre, y te mando que me escuches y obedezcas sin replicar. Lejos de consentir yo en tu deshonra, te recuerdo la distancia que hay de tu ele-

vada posicion social, á la plebeya condicion de ese miserable artista.

—Grande es en efecto—respondió el duquecito concentrando su cólera—la distancia que hay entre la legítima hija de un benemérito artista y un despreciable huérfano, hijo del crímen.

La sentida expresion con que don Eduardo pronunció estas crueles palabras aterraron al duque, y no sabiendo que replicar, aproximose á su hijo en ademan amenazante, y asiéndole del brazo balbuceó iracundo estas terminantes palabras:

—Eduardo, esa plebeya jóven no será nunca tu esposa. Te prohibo que vuelvas á pisar su casa. ¡Ay de tí si desobedeces mis mandatos!

El duque se retiró á su aposento, y don Eduardo, despreciando la amenaza de su padre, corrió á casa del pintor con el objeto que se verá en el capítulo que sigue.





CAPITULO XL.

ESPERANZAS PERDIDAS.

> Or giudicate s'altra pena ria
> Che causi Amor, puó pareggiar la mia.
> ARIOSTO.
>
> Y el llanto y la alegria
> En un vaso nos da la suerte impia.
> MELENDEZ.

A consecuencia de las seguridades con que el duquecito habia halagado al pintor y á su hija acerca del consentimiento de su padre para que se celebrase con toda satisfaccion el matrimonio consabido, reinaba entre aquella virtuosa familia un júbilo difícil de expresar. La buena Cecilia amenizó la conversacion durante la comida con sus acostumbrados chistes, y cuando ya la criada se habia retirado despues de dejar en la mesa los postres, que se componian de higos secos y almendras tostadas, exclamó Cecilia:

—¡Uf qué peste! estos postres son muy plebeyos, y hoy es preciso que haya dulces en nuestra mesa.

—Llama á la criada, y que los traiga—dijo Federico aprobando la ocurrencia de su muger.

—En la mesa de la novia de un duque no están bien los higos secos. ¡Fuera los higos secos! Y luego venga café..... Es preciso que hoy se tome café en esta casa, con sus correspondientes copas de noyó, ron y marrasquino. A la novia le gusta mucho el café y debe tomarlo hoy en celebridad de haber flechado á su novio el dia de Santa Cecilia tomando café.

—Es verdad—añadió inocentemente Enriqueta—aquel dia vimos por primera vez á don Eduardo en el café de la *Cruz de Malta*.

El pintor tocó ligeramente su vaso con la hoja de un cuchillo, á sus repetidas vibraciones presentose la criada.

—Anda, bájate al café de Lorenzini, que te den un cucurucho de los mejores dulces, y que suban cuatro cafés, ron, noyó y marrasquino.

—¿Cuatro tazas, dice usted?—preguntó la doncella.

—¿No somos cuatro en esta casa?

—Es que á mí no me gusta el café—replicó la criada.

—Le cargas bien de leche y azúcar—objetó Cecilia—y verás que rico. Anda, no seas zalamera.

La criada desapareció, y como el café de Lorenzini estaba inmediato á la casa del pintor, no tardó en regresar con el cucurucho de dulces, acompañada de un mozo que dejó en una mesa las tazas, las copas, el café, la leche, el azúcar y los tres frasquitos de licor.

El pintor pagó al mozo, y este desapareció quedando la criada con el encargo de bajar luego las tazas y demás efectos.

—Llévate la cafetera y ponla junto á la lumbre mientras comemos estos dulces—dijo Cecilia á la criada.

—Toma—añadió el pintor, y dió á la misma algunos dulces.

—Mil gracias, señor—repuso la doncella, y obedeció el mandato de su ama.

—Vengan acá los dulces—dijo con imperio Cecilia apoderán-

dose de un plato en el cual acababa de verterlos el pintor.

—Golosa—repuso este al notar la avidez con que su esposa buscaba al parecer los mas exquisitos.

—No tanto como te figuras—replicó Cecilia.

—Ya lo veo—dijo el pintor—y vas apropiándote los mejores.

—Ya se ve que sí—respondió Cecilia;—pero podrias tacharme de golosa cuando fueran para mí.

—¡Ah! ya lo comprendo, los vas á dar á Enriqueta.

—No por cierto. Enriqueta y tú los elegireis á vuestro gusto.—Y guardando en el cucurucho que habia quedado vacío, los dulces que acababa de separar, añadió:—Estos son para mi querido yerno; se los quiero regalar yo misma, y espero que Enriqueta no se pondrá celosa por este leve obsequio.

—Me avergüenza usted con esas cosas—contestó Enriqueta.

—Mucho celebro tu buen humor, Cecilia—exclamó Federico;—pero das ya por tan positivo el casamiento de Enriqueta con el duquecito, que si por desgracia su padre no le aprueba, no solo va á ser mayor tu disgusto, sino el de Enriqueta, á quien lisonjeas demasiado con una felicidad que todavía es dudosa.

—Si es dudosa para tí—prosiguió Cecilia—para mí no lo es.

—No hay duda que don Eduardo debe conocer á fondo los sentimientos de su padre—repuso Federico—y cuando él se lisonjea de que aprobará este enlace, es probable que así suceda; pero...

—No perturbes ahora nuestra alegría con tus impertinentes *peros*—dijo Cecilia á su esposo, y dirigiendo la palabra á Enriqueta, añadió:—¿Qué te dice á tí el corazon, hija mia?

—El corazon me dice que el duquecito me ama como yo á él;—respondió Enriqueta;—pero cuando imagino que falta el consentimiento de su padre, no dejo de sentir cierta desconfianza que me estremece.

—Y esa desconfianza te la ha inspirado tu padre—repuso en tono de reconvencion Cecilia,—tu padre, que siempre ha de ha-

blar mas de lo que es necesario; pero este momento no es á propósito para regañar. Pronto veremos quien se lleva la razon.

—Mucho celebraré que seas tú, mi querida Cecilia—alegó con amabilidad el artista, y llamó á la criada para que sirviese el café.

Diose otro giro á la conversacion durante la permanencia de la criada en el comedor, y volviose luego á entablar sobre el mismo asunto.

—Díme, Federico,—preguntó con mucha formalidad Cecilia—¿cuando Enriqueta sea duquesa, piensas proseguir manejando tus pinceles y salpicándote de almazarron?

—¡No que no! Si dejára yo mis pinceles me moriria á los ocho dias—respondió el artista.

—¡Ya!... pintarás por aficion como otros muchos señores—replicó su muger,—porque Enriqueta no permitirá que vivas del trabajo.

—¡Oh! si llego alguna vez á ser rica—exclamó con angelical sinceridad la jóven—tendré un placer en proporcionar á mis padres una suerte feliz. Yo no lo seria si dejaran ustedes de participar de todas mis comodidades.

—Lo que me ha de gustar á mí mas—dijo Cecilia frotándose las manos—es ir en coche, y si alguna vez vamos juntas en la misma carretela, dirán las gentes: esa de la izquierda.... porque yo quiero, hija mia, que tú ocupes siempre la derecha... dirán: esa de la izquierda es la duquesa madre.

—¿Sabes que vas perdiendo el juicio, Cecilia?—exclamó el pintor riéndose de las salidas de su muger.

—¿Por qué?

—Porque dices locuras de á fólio.

—¿Y es locura el que la madre de una duquesa arrastre coche?

—Si tiene la fuerza de una yegua normanda...—contestó en tono de mofa el pintor.

—Ríete cuanto quieras; pero lo cierto es que he de ir en car-

retela cuanto antes. Ya no quiero ir á Roma á que el cocinero del papa me enseñe á guisar los macarrones.

Esto excitó la hilaridad de Enriqueta y de su padre.

—Quiero quedarme en Madrid con mi hija, para dar envidia á cuantos nos conocen...—continuó Cecilia—y á mas de cuatro burlones, de esos que tanto abundan, que tal vez al vernos ahora modestamente vestidas, estarán diciendo: esas que pasan son la muger y la hija de un pinta-monas.

—Tú has bebido demasiado marrasquino, Cecilia—objetó con jovialidad Federico al oir la calificacion de *pinta-monas.*

—Pues mira, aun he de apurar una copita entera de noyó á la salud del duquecito de la Azucena..... de mi yerno.... Y quiero que me acompañeis en este brindis.

—Con mucho gusto—repuso Federico llenando las tres copas.—Con este brindis terminaremos la sesion, que no ha dejado de ser interesante y divertida. ¡Ea! para que Dios proteja los virtuosos amores de don Eduardo y Enriqueta, y que el consentimiento y la bendicion paternal del duque, unida á la nuestra, labren la felicidad de los dos esposos.

—¡Viva!—gritó Cecilia.

Y tocando las tres copas bebieron los interesados.

Enriqueta se levantó de repente y abrazó y besó con entusiasmo á sus padres. Corrieron lágrimas de gozo por las megillas de aquellas virtuosas gentes, y dulcemente conmovidos abandonaron el comedor.

El pintor se retiró á fumar, paseándose por el espacioso salon de su estudio, uno de los riquísimos puros que le habia regalado don Eduardo. Cecilia acudió á algunos de sus quehaceres, y Enriqueta se quedó sola en la sala cuyos balcones daban á la Carrera de San Gerónimo. Permaneció un rato contemplando la animacion de la calle, y no interesándole nada de cuanto estaba viendo, echó mano de su recurso predilecto. Cogió el primer tomo de las poesias de Melendez, abriole por donde quiso el azar, y en la página 220 leyó los siguientes versos:

«Nada por siempre dura.
Sucede al bien el mal: al albo dia
Sigue la noche oscura;
Y el llanto y la alegría
En un vaso nos dá la suerte impia.

Trueca el árbol sus flores
Para el otoño en frutos, ya temblando
Del cierzo los rigores,
Que aterido volando
Vendrá, tristeza y luto derramando.»

De repente sonaron pasos que distrajeron la atencion de Enriqueta. Alzó la frente, y vió con asombro en su presencia al duquecito de la Azucena, pálido y tembloroso.

—¡Usted aquí, don Eduardo!—exclamó la inocente jóven esforzando su voz con el deseo de que la oyesen sus padres.

—Sí, hermosa Enriqueta—contestó el duquecito visiblemente conmovido—vengo á jurar á usted amor inextinguible, á saber si es cierto que usted me ama.

—La agitacion de usted... su extremada palidez... la ansiedad con que me dirige usted una pregunta á la cual he contestado esta mañana de modo que ninguna duda ha debido dejarle del amor que le profeso, son circunstancias que no comprendo, y me llenan de zozobra. ¿Qué sucede, don Eduardo?

—Que mi padre acaba de mandarme un imposible.

—¡Un imposible! ¿Persiste acaso en que se case usted á disgusto?

—No lo sé; pero eso no puede mandarlo ni me seria dable obedecerlo.

—¡Dios mio! ¿Tendria usted valor para negar la obediencia á su padre?

—Le tendria en ese caso.

—¡Y seria yo la causa de ello!

—Seria su injusticia.

—Pero si cree que no soy digna de usted...

—Hará un agravio á las virtudes que usted atesora.

—Pertenezco á una familia pobre.

—Pero honrada.

—No soy noble, y su padre de usted está empeñado en casarle con una jóven de alta gerarquía. Usted no debe desobedecer sus mandatos.

—Un padre no tiene facultades para sacrificar á sus hijos. Si yo obedeciera un mandato opresor que uniera mi suerte á la de una persona aborrecida, profanaria el templo de Dios, mentiria ante sus altares, engañaria al sacerdote lo mismo que á la infeliz que recibiera mi mano de esposo; y esta conducta sacrílega... ni el cielo debe permitirla, ni observarla un hombre de honor. Por eso pregunto á usted de nuevo si me ama, adorable Enriqueta, porque el amor de usted es un escudo invencible contra el cual se estrellarán todas las tentativas de cuantos se opongan á mi resolucion. He resuelto ser esposo de usted, y lo seré si usted me alienta con una sola palabra. ¿Me ama usted, Enriqueta?

—Yo soy una pobre niña, don Eduardo, y mal puedo alentar á usted, cuando para corresponder á su amor necesito el consentimiento de mis padres.

El pintor habia oido, en efecto, la voz de Enriqueta, cuando saludó al duquecito diciéndole «¡usted aquí, don Eduardo!» y oia la conversacion de los dos enamorados detrás de una puerta inmediata. Detúvose allí, no para satisfacer una pueril é indigna curiosidad, sino porque seguro de que su hija triunfaría por sí sola de la crítica situacion en que se hallaba, no quiso que su presencia fuera causa de que se quedase el duquecito sin un desengaño que añadia inmensos quilates á la virtud de la candorosa adolescente.

—No, señorita, no... Esa réplica—objetó el duquecito—es digna de su candor de usted; pero bien sabe usted que nadie manda en los impulsos del corazon.

—¿Y de qué serviria que confesase yo ahora el amor que le profeso á usted, si nunca seré su esposa sin la aprobacion de mis padres?

—¡Y qué!—exclamó lleno de angustia don Eduardo—¿no

aprueban sus padres de usted nuestra union?

—Yo creo que seguirán el ejemplo del de usted.

—Mi padre, amable Enriqueta, tiene buen corazon; pero adolece de las preocupaciones que reinan entre los de su posicion social. Fanatizado con sus principios de nobleza, ha oido con desagrado mi primera explicacion.

—¡Dios mio!—exclamó Enriqueta, y no pudo contener sus lágrimas.

—¿Llora usted, hermosa niña? Esas lágrimas desgarran mi pecho de orgullo y de pesar á la vez. Veo en ellas un testimonio de que no es usted ingrata al afan que me devora, y un destello del dolor que por mi causa usted padece. Usted me ama Enriqueta y no quiero ya saber mas. Con esta seguridad, podré menos infeliz cumplir el mandato de mi padre.

—¿Y se casará usted?...

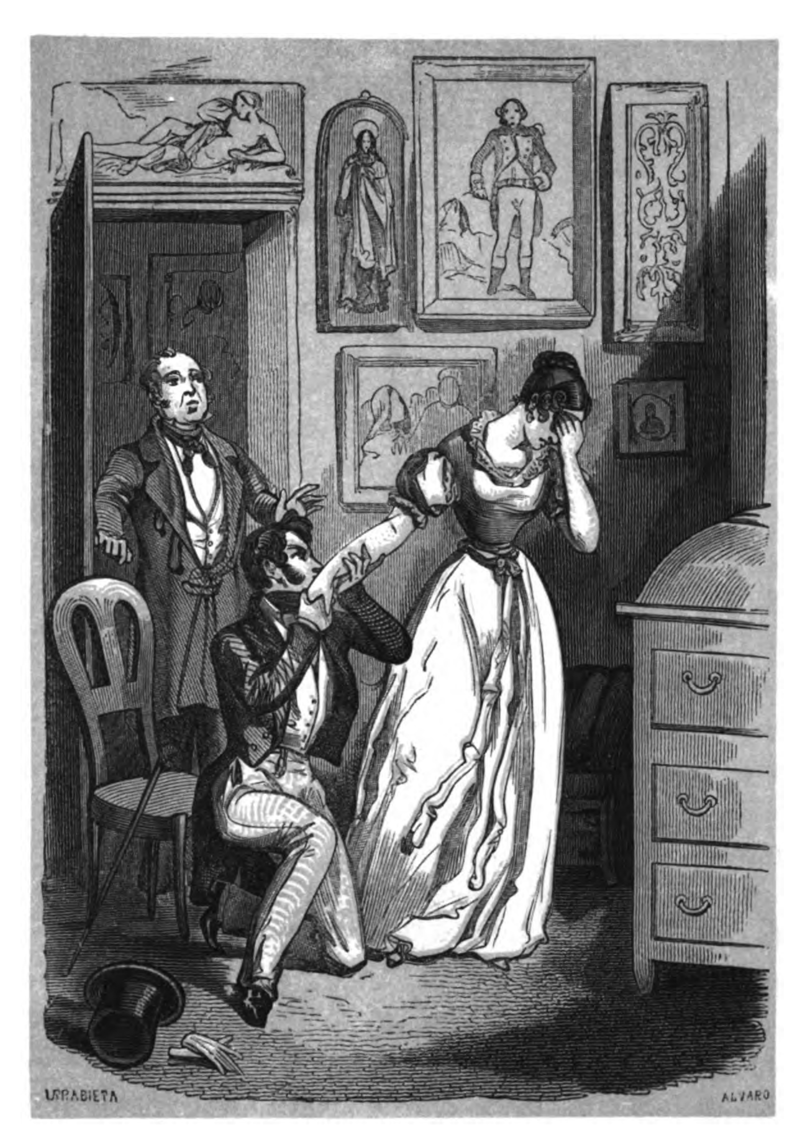
—Con mi adorada Enriqueta—exclamó el enamorado jóven interrumpiéndo á su amada con resolucion.—Mi padre no me ha mandado hasta ahora, ni creo que me lo mande, casarme con la marquesita. Sin embargo, ha lacerado mi alma con otro mandato horrible. Me ha prohibido venir á esta casa. Juzgue usted Enriqueta.....

—Siendo así—dijo Enriqueta sollozando—me es imposible corresponder al amor de usted.

La pobre niña dió algunos pasos como para ausentarse. Don Eduardo se arrojó á sus piés, y asiéndola de la mano exclamó con acento dolorido:

—¡Enriqueta!—Y se levantó al momento viéndose sorprendido por el pintor, murmurando para sí:—*No hay pena alguna de cuantas causa el amor, que asemejarse pueda á la que estoy sufriendo.*

—Señor don Eduardo,—exclamó el pintor presentándose con toda la magestad de un padre virtuoso—usted no está bien en la casa de un pobre artista, espero que obedecerá usted á su padre, evitando el roce de una familia del pueblo. Yo por mi parte no



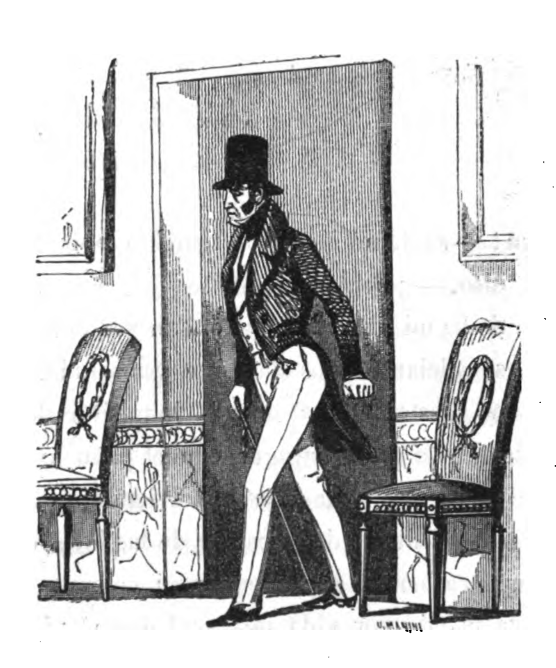
La Bruja de Madrid, por D. W. Ayguals de Izco.

puedo tampoco incurrir en el desagrado de un aristócrata como su excelencia el señor duque de la Azucena, y de acuerdo con su voluntad, prohibo á usted tambien la entrada en este humilde albergue. Aquí vive una familia honrada cuya pobreza pudiera empañar los blasones del señor duque.

Enriqueta besó respetuosamente la mano de su padre y se retiró.

Don Eduardo, trémulo y lleno de rubor no acertaba á hablar; mas cuando, recobrado un poco de la profunda impresion que acababan de hacerle las sarcásticas palabras del pintor, iba á dirigirle algunas frases de respetuosa afeccion, dejole aterrado un grito amenazante que resonó de improviso en aquella estancia.

Era la voz de su padre. El jóven volvió la azorada vista hácia la puerta, y vió bajo el dintel al orgulloso aristócrata, que invadia furioso y altanero la habitacion del artista.





CAPITULO XLI.

EL ARTISTA Y EL MAGNATE.

Soy hijo del génio, y pertenezco
á la aristocrácia del talento.
LARRA.

¡Muy bien! — exclamó el duque temblando de cólera cual si estuviera convulso. — ¡Perfectamente!

— ¡Dios mio! ¡mi padre! — gritó á su vez don Eduardo.

El duque se adelantó pausadamente sin saludar al artista, á quien dirigió no obstante una mirada inquisitorial, se quitó el sombrero únicamente para enjugar con el pañuelo el copioso y frio sudor que de su frente manaba, y volviendo á cubrir su cabeza, con desprecio del dueño de la casa y de las leyes de urbanidad, dijo de una manera brusca que revelaba su cólera:

— ¡Se luce usted, por vida mia, caballero! ¿Ignora usted lo que hace poco le he mandado?

— No señor — contestó respetuosamente el duquecito.

—¿Pues cómo le encuentro á usted en esta casa?

—Debo grandes atenciones á la familia que la ocupa, y me he apresurado á participarle la resolucion de usted, para despues obedecerla sumiso sin aparecer ingrato á los ojos de mis bienhechores.

—¡De sus bienhechores de usted!

—Sí señor, ayer mismo salvaron tal vez mi vida.

—¡Oh! no cabe duda que los remedios que le prodigaron fueron eficaces—repuso el duque con irónica intencion.—La caida fué por cierto muy peligrosa, cuando á las pocas horas ya estaba usted enteramente sano.

—Dios solo sabe lo que hubiera sido de mí sin los buenos cuidados que se me dispensaron en esta casa.

—Bien se conoce que en esta casa le tratan á usted con mucho esmero. Yo supongo que no habrá en ello ninguna mira de egoismo... supongo que no será el ánimo de estas honradas gentes abusar de la inocencia de usted para tenderle un lazo que satisfaga su ambicion y le degrade á usted hasta el último extremo...

—V. E. no supone mas que la verdad, señor duque—exclamó el pintor.

—¿Y quién le ha dado á usted permiso para entrometerse en esta conversacion?—dijo con orgullo el duque.

—En mi casa, señor duque—repuso con entereza el pintor—no necesito yo permiso de nadie para decir la verdad, y decirla tan alto como cuadre á mi deseo. Si en los palacios se aplica una mordaza al que ose proferirla, no sucede así en la morada del pobre artista. Si V. E. está acostumbrado á no prestar oido mas que á la vil lisonja, erró V. E. el camino al introducirse en una casa pobre y plebeya, donde el hálito de la mentira no emponzoña su atmósfera jamás. Antes de invadirla debia considerar que tal vez era V. E. quien necesitaba aquí *un permiso*, el permiso de su dueño para llegar hasta este recinto.

—Ya lo oyes, insensato—dijo el duque á su hijo con sarcástica sonrisa, lanzando una mirada de desprecio á Federico.—Ya lo

oyes. Te honra por cierto el lenguage de ese hombre á quien apellidas tu bienhechor. Bien se conoce que ha recibido una educacion esmerada.

—La educacion que he recibido de mis padres y que procuro dar á mis hijos, tiene por base la virtud, nunca la ambicion. Nos enseña á ser francos, liberales, respetuosos, nunca falaces, hipócritas ni lisonjeros. Nos enseña á enorgullecernos de vivir con el fruto de nuestros afanes, y compadecer las preocupaciones de los magnates que nos miran con insultante desden. Nuestra educacion no apadrina la ridícula vanidad, pero es suficiente á darnos á conocer los sacrosantos derechos del hombre.

—¡Digna educacion por cierto!—replicó el duque soltando una carcajada burlona.—Esa ha sido siempre la educacion de que han hecho alarde los gefes de las soeces turbas del populacho. Esa educacion levantó en Paris el cadalso de Luis XVI y erigió la sangrienta guillotina que diezmó la Francia.

—Lo que V. E. guste—repuso el pintor riéndose de la necedad que acababa de proferir el duque.—Solo añadiré para concluir amistosamente esta controversia, que una de las primeras reglas de la buena educacion, entre los plebeyos, es respetar como un santuario el asilo de la honradez, y no poner en él la planta sino con el sombrero en la mano; pero como la educacion de los palaciegos se amolda al capricho del mas poderoso, no solo perdono á V. E. su distraccion, sino que como dueño de la casa le permito que siga desempeñando el papel de *caballero cubierto* no sea que le coja un mal aire...

—Considere usted que es mi padre—advirtió el duquecito interrumpiendo al pintor.

—Por esa consideracion—respondió sonriéndose el artista—le acabo de conceder el título de *caballero cubierto.*

—Gócese usted, caballerito, gócese usted ahora en esos chavacanos insultos—dijo el duque á su hijo por lo bajo rebosando ira.

El duquecito iba á pronunciar algunas palabras en sentido

conciliador; pero colérico su padre no se lo permitió y le mandó imperiosamente salir de allí.

Al ver el pintor que el duque se quedaba aun con él, aproximole una silla diciendo:

—Toda vez que se digna V. E. favorecer mi casa prolongando su visita, me manifestaria una nueva bondad de su amable carácter si se dignára tomar asiento.

—Estoy bien así—contestó bruscamente el duque.

Él, que tan elegante y cortés era en los aristocráticos salones, vió su palaciega urbanidad vencida por la de un plebeyo, cuyas picantes ironías tenia que sufrir por no provocar un *lance de honor*, que atendida la humilde cuna del adversario hubiera sido *de deshonra* para el altanero aristócrata, y hubiera puesto en evidencia por todo Madrid, los malhadados amores de su hijo con la hija de un artista. Procuró pues contener su cólera y proceder de otra guisa mas razonable.

—Mi hijo está loco—dijo el duque quitándose como por casualidad el sombrero; y atusándose el pelo, añadió:—Está loco de atar.

—No soy yo de esa opinion—replicó el artista.

—Es un tronera.

—Tampoco me lo ha parecido.

—No ha tenido usted el tiempo suficiente para conocer sus mañas.

—Bastan pocos momentos para conocer á fondo á un hombre de bien.

—Es usted muy cándido.

—Podrá ser.

—Nadie se parece tanto al hombre de bien como el hipócrita.

—Tambien podrá ser eso; pero extraño que haga V. E. tan poco favor á su propio hijo.

—Desgraciadamente le hago justicia.

—La verdad, señor duque—dijo sonriéndose con bondad el pintor.—Ahora no es V. E. franco.

—¿Por qué razon?

—Porque un buen padre no habla nunca mal de sus hijos, y tengo noticias de que es V. E. un buen padre.

—Por ser demasiado bueno sufro mil sinsabores.

—Esos sinsabores no se los dá á V. E. su hijo.

—Mi hijo y los que protegen sus extravíos.

—¿Alude á mí esa inculpacion?

—¿No está usted abogando por un hijo desobediente?

—No señor; lo que yo digo es que no tiene V. E. á su hijo en el mal concepto que supone.

—Repito que es un hipócrita.

—Porque ahora está V. E. enojado con él.

—Su mala conducta es causa de mi enojo.

—No encuentro nada reprensible en su conducta.

—Lo creo—exclamó con ironía el duque—y es verdaderamente una lástima que yo no la apruebe.

—Tal vez—dijo con dignidad el pintor.

—Pues yo no puedo aprobarla ni la aprobaré nunca.

—Nos separamos de la cuestion, señor duque. Lo que yo repito es que don Eduardo es un modelo de virtudes.

—¿Y cree usted que seria un buen esposo para su hija, no es verdad?

—Yo creo que cualquiera muger que alcance un marido tan virtuoso como don Eduardo, debe considerarse feliz.

—Y deseando usted la prosperidad de su hija, protege sin duda unos amores que ninguna persona sensata aprobaria.

—Padece V. E. un error, señor duque.

—¡Un error!

—Un error sobrado grave. Estoy muy lejos de proteger semejantes amores.

—¿Cómo se atreve usted á negar lo que veo por mis propios ojos?

—V. E. no ha visto aquí nada que merezca censura ni que justifique su aserto.

—He mandado á mi hijo que no volviera á poner los piés en esta casa, y sin embargo estaba aquí..... en compañía de usted..... Tal vez aguardando á su querida.

—¡Señor duque!—gritó el pintor desazonado; y recobrando su calma añadió sonriéndose:—perdono á V. E. la intencion con que ha proferido su última palabra.

—Hace usted muy bien—continuó con sarcástica expresion el duque.—¿Qué mas puede apetecer un pobre pintor que casar su hija con el rico heredero de un título de Castilla? Es cosa muy natural que cada uno procure hacer su negocio, y seria una necedad en usted el dejar escapar tan buena proporcion. Un marido noble y acaudalado no es cosa de encontrarle á cada esquina, y toda vez que mi hijo se muestra tan enamorado de la niña en cuestion, todo está corriente. Es preciso confesar que seria este un buen partido para la interesada, ¿no es cierto?

—No seria del todo malo—respondió el pintor imitando el tono irónico del duque.

—Pues yo le digo á usted que la haria infeliz.

—¿De veras?

—Hablemos con toda formalidad, señor mio—añadió en tono grave el duque.—Mi hijo es un libertino.

—¡Señor duque!

—Le conozco bien.

—No le conoce V. E. cuando habla en tales términos... que me avergüenzo yo de oirlos.

—Tiene la habilidad de fingir á las mil maravillas el carácter que mas conviene á sus ideas, y así logra no solo seducir á las incautas jóvenes, sino engañar á sus mismos padres. Nada le arredra cuando se trata de satisfacer sus gustos ó caprichos, y despues que ha logrado sú objeto, sepárase de la familia en cuyo seno ha derramado el gérmen del dolor y de la deshonra.

El duque hacia su retrato de cuando era jóven por querer hacer el de su hijo. Tal vez obraba así de buena fé, creyendo que todos los jóvenes de la aristocracia adolecian de iguales defectos.

En general era así la verdad; pero don Eduardo era una escepcion de la regla, como decia la *Bruja*, y el retrato que de él hizo su padre en nada absolutamente se le parecia.

—Ese proceder es detestable—repuso el pintor á las injurias con que calumniaba un padre á su propio hijo.

—Harto lo sé—añadió el duque,—y esta es la causa de mi enojo, y de haberme apresurado á evitar las fatales consecuencias que podrian irrogarse de unos amores que ni usted ni yo podemos aprobar, porque supongo que no me he equivocado al creer que es usted el padre de la jóven á quien mi hijo trata de seducir.

—Soy, en efecto, padre de una jóven cuya belleza y virtudes forman mi delicia. Sé que don Eduardo la ama, y no me parece que sea su intencion tan perversa como V. E. supone.

—Tengo entendido que está usted haciendo el retrato de mi hijo.

—Con este motivo me ha cabido el honor de conocerle.

—Pues bien, ese retrato está destinado á la muger que dentro de breves dias debe ser su esposa. Todo está preparado para la solemnidad del casamiento, y esta sola circunstancia es una prueba evidente de que en cualquier otro amor de Eduardo no puede haber buena fé. Esta conducta, que con mucha razon ha calificado usted hace poco de detestable, no solo causaria la deshonra de su hija de usted, sino el rompimiento de otras relaciones en las cuales cifro yo la felicidad de mi hijo, y por consiguiente la mia. Si usted es hombre sensato, como no dudo, conocerá desde luego que seria degradante para el hijo único de la casa de los duques de la Azucena, el que eligiera por esposa á la hija de un pintor, no porque deje de conocer yo que hay virtudes entre los artistas, sino porque los blasones de mi alta nobleza no pueden consentir semejante alianza, sin empañar su brillo é incurrir en el desprecio de toda la aristocracia de Madrid. Todo esto suponiendo que mi hijo esté verdaderamente enamorado y desee ser esposo de su hija de usted, locura que estoy muy lejos de imaginar, pues no veo en tales obsequios mas que una de esas calaveradas muy frecuen-

tes entre los jóvenes del dia, que despues cuestan acerbas lágrimas á las familias que se dejan fascinar por las falaces perspectivas de un porvenir halagüeño y deslumbrador. Hecha esta sincera aclaracion, me lisonjeo de que conociendo usted la diferencia que va de un humilde pintor á un duque de los mas ilustres de la córte, no solo desistirá usted de sus naturales deseos de proporcionar á su hija por semejante casamiento una posicion brillante, sino que se opondrá á él, como inmoral, como ridículo, como precursor de escándalos é infortunios.

—¿Ha concluido V. E., señor duque?—preguntó el pintor despues de una breve pausa.

—Aguardo la contestacion de usted.

—Mi contestacion será breve; pero llena de franqueza. En esta parte imitaré el ejemplo que acaba V. E. de darme. Debo empezar por deshacer la equivocacion en que V. E. ha incurrido suponiendo que fascinado yo por deseos de grandeza, ambiciono un casamiento para mi hija que le proporcione un porvenir deslumbrador. Yo solo ruego á Dios que mi hija tenga la suerte de hallar por esposo un hombre de bien que la ame y la haga feliz. Y tan distante estoy de esa bastarda ambicion, que V. E. encuentra muy natural, tan cierto es que no se me oculta la inmensa diferencia que hay entre un duque y un artista, tan lejos he estado siempre de insistir en que el hijo de V. E. sea esposo de mi hija, que un momento antes de que honrase V. E. esta casa acababa de prohibir á don Eduardo la entrada en ella.

—¡Es posible! ¿Será cierto lo que oigo?—repuso asombrado el duque.

—Creo haber dicho á V E., que aquí no acontece lo que en los palacios. Por los ángulos de una humilde, pero virtuosa morada, no resuena jamás la mentira, porque los pobres artistas se elevan por su talento, no por el ejercicio de la torpe lisonja. Pero vamos al caso. El hijo único del excelentísimo señor duque de la Azucena, ha sido hoy despedido de esta casa por su dueño, por un pobre pintor que ha prohibido al esclarecido vástago de V. E.

el pisar este recinto de pobreza; pero de virtud y honor. V. E. se ha permitido calificarme de ambicioso, y no me quejo por cierto de semejante calificacion. Soy ambicioso, es verdad, muy ambicioso; pero ha de saber V. E., y esto lo digo alto y con la frente erguida, que no es mi ambicion como la de esos miserables hidrópicos sedientos de oro y de vanos títulos...

—¡Caballero!—gritó el duque interrumpiendo al artista.

—Tenga V. E. la bondad de escuchar sin interrumpirme. Yo imito la franqueza con que V. E. ha hecho uso de la palabra, dígnese V. E. imitar mi resignacion en escuchar. Soy ambicioso, repito; pero mi ambicion es pura, como hija del génio y del entusiasmo, es en una palabra, la santa ambicion de gloria que embelleció los nombres de Miguel Angel y Rafael con la aureola de la inmortalidad.

—Me basta saber que no consiente usted en el casamiento en cuestion—replicó impaciente el duque.

—No consiento en él—prosiguió el pintor—porque reconozco esa diferencia notable, esa desigualdad inmensa de clases.

—Es una verdad—repuso en tono de triunfo el duque,—la aristocracia...

—La aristocracia mas respetable para la sana razon es la del talento. Entre un sábio artista y un orgulloso magnate, hay la misma distancia que entre el ente racional y el autómata. El primero es el hombre de la inteligencia, del trabajo, de las virtudes. El segundo es un maniquí que se mueve al impulso de la rastrera adulacion, un títere que se lanza á la escena cuando toca su alambre la intriga de los palaciegos. Y esos holgazanes presuntuosos que tanto boato ostentan en sus marmóreos salones aristocráticos, califican á las masas trabajadoras de *asquerosa plebe*, y su necia vanidad olvida que en todas sus galas, en todo ese lujo que constituye su grandeza, se vé la mano del virtuoso jornalero, y no tienen los presuntuosos magnates mas parte en ellas, que la de haberlas comprado con el oro tal vez por malos medios adquirido. Esas magníficas galerías de selectas pin-

turas, esos soberbios espejos, esas preciosas lucernas y vistosos cortinages, esas matizadas alfombras y aterciopelados doseles, esos relojes, mesas, ricas sillerías y cuantos adornos engalanan sus salones, así como los costosísimos trages y brillantes aderezos que realzan la belleza de sus mugeres ó de sus concubinas, todo es obra de las masas populares. Hasta esos mismos palacios que tanta grandeza cobijan, están construidos por los haraposos jornaleros á quienes los aristócratas desprecian é insultan. Tienen á mengua el rozarse con los hombres del trabajo, y para ostentar grandeza, para cautivar la admiracion, para elevarse á la mayor altura, no tienen otro medio que rodearse de preciosos objetos, inventados, creados, elaborados por los plebeyos. Y si separais á esos magnates de sus palacios porque sus palacios son obra de la plebe, si les arrebatais sus carrozas, y cuantos objetos de lujo les rodea, si les despojais de sus propios trages, porque todo es obra de la asquerosa plebe, quedará el orgulloso palaciego reducido al miserable emblema del hombre salvage, mientras la plebe escarnecida y despreciada, esa plebe que constituye el pueblo trabajador, puede exclamar con la frente erguida: «Hombres de la ignorancia y del bastardo orgullo, humillaos ante nosotros, supuesto que nada sois sin nuestra inteligencia, y reconoced la superioridad inmensa que lleva el hombre útil, el sábio, el artista y hasta el infeliz jornalero, al que no tiene mas mérito que haber heredado mucho oro, y unos ridículos pergaminos que prolongan de generacion en generacion la vanidad de los necios.» Esta es, señor duque, la distancia que noto yo entre un duque y un artista, y por la cual me es imposible admitir al hijo de V. E. por esposo de mi hija.

—He tenido la paciencia de oir cuantos disparates acaba usted de ensartar—contestó el duque disimulando su ira—así como se oyen con sonrisa las sandeces de un loco. Me basta saber que está usted decidido á no admitir á mi hijo en su casa, que le ha prohibido el entrar en ella, y que desaprueba los obsequios que empezaba á rendir á su hija de usted. Me retiro tranquilo; pero no sin hacer á usted antes una importante advertencia.

—He escuchado atentamente cuantas V. E. se ha dignado dirigirme.

—Pues ahora añado—dijo el duque con misteriosa solemnidad—que si aquí se me engaña, estoy en posicion ventajosa para proporcionar á un liberal como usted, el galardon que por sus máximas de moderna cultura pueda merecer.

—Jamás me intimidaron las amenazas, señor duque—respondió sonriéndose el pintor;—y en cuanto á ese recelo del engaño, diré á V. E. por tercera vez, que en el asilo de la pobreza y de la virtud, no resuena la mentira.

Desapareció el duque dejando al honrado pintor triste y meditabundo.

Mientras pasaba la escena que acabamos de referir, deshacíase en amargo llanto en su dormitorio la infortunada Enriqueta, sin que las palabras de consuelo que una madre cariñosa le prodigaba, alcanzasen mitigar su dolor.

No era menos acerba la situacion de don Eduardo. Los dos jóvenes se amaban mas que nunca. Sabido es que los obstáculos acrecen las pasiones. Así les sucedió á estos infelices amantes. Víctimas de ese horroroso cisma que enciende entre POBRES Y RICOS la falta de fraternidad, veráseles luchar contra todo linage de infortunios. Ahora empieza el verdadero interés de nuestra historia. Dos jóvenes que se adoran, dos almas candorosas avasalladas por una pasion frenética, han jurado amarse eternamente, y á esta fogosa pasion se oponen con inflexible energía las preocupaciones de la sociedad. ¿Vencerán estas preocupaciones? ¿Triunfará el amor? La lucha será terrible, y no dejaria de ofrecer escenas de un interés inmenso, si atesorásemos para describirla la mágia arrebatadora del sublime Cisne escocés. Nuestras sienes arden... nuestro corazon palpita en este momento, preocupado ante los magníficos cuadros que aglomera la fantasía. Todos ellos interesantes... Ternura... amor... recelos.... esperanzas.... y siempre entre obstáculos.... Los males sucediéndose á cada momento... La felicidad allá en lontananza; pero dudosa... precedida de acerbo

lloro.... ¡Dios mio! ¿Padece siempre la virtud? No... sigue la ley de la naturaleza... Los goces alternan con los pesares, el júbilo con el llanto, y este contraste sublima el panorama fascinador que se presenta á nuestros ojos. ¿Sabrá copiarle nuestro inexperto pincel? ¿Seremos dignos historiadores de la pasion de nuestros héroes? Si en la continuacion de la historia de sus amores, acertamos á granjearnos la indulgencia que el público nos ha prodigado hasta ahora, y producen nuestras tareas algun fruto en pro de la humanidad inclinando los ánimos de POBRES Y RICOS á una honrosa reconciliacion, quedará satisfecho nuestro deseo.



FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.



COLOCACION

DE LAS LÁMINAS SUELTAS CORRESPONDIENTES AL TOMO PRIMERO.

ASUNTOS.	COLORES.	PÁGINAS.
El dos de mayo.	Amarilla.	16
La aparicion de un ángel.. . . .	Azul.	121
Danza de brujas..	Fuego.	212
El pintor.	Rosa..	324
San Antonio de la Florida. . . .	Verde.	421
El pintor sorprendiendo á los dos amantes.	Lila.	528

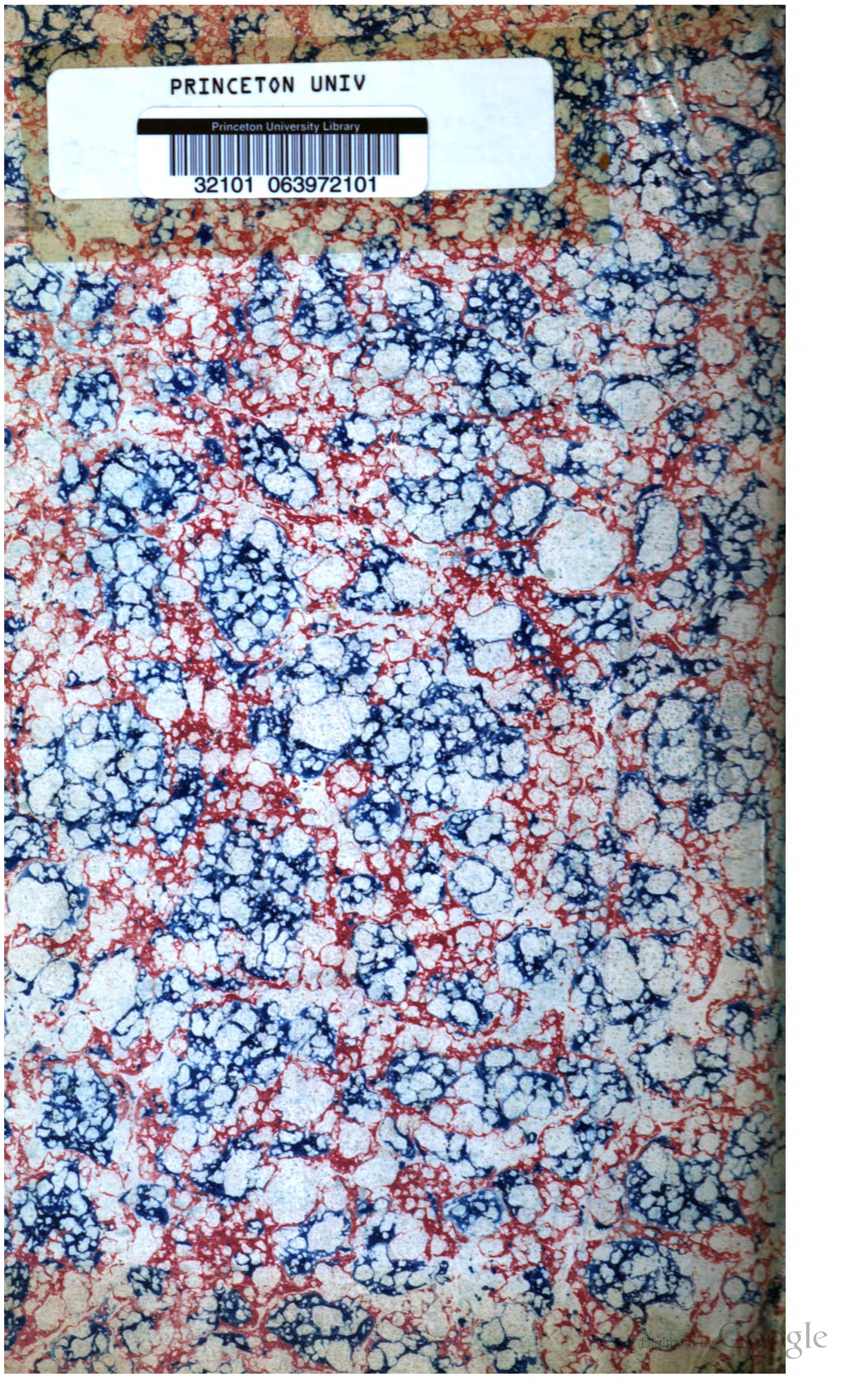
NOTA. Ademas de las precedentes láminas, se ha repartido una que representa la *Bruja* salvando á una jóven de un incendio, iluminada color de fuego. Esta lámina corresponde al tomo segundo, y en el guion del mismo se indicará á su tiempo su colocacion.

FÉ DE ERRATAS.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
44	14	extimulábase al hijo	estimulábase al hijo
77	25	al efeto habia	al efecto habia
90	1	la edad	alguna mas edad de la
97	Epígrafe	vengence.	vengeance.
103	6	inúlil	inútil
118	5	coplitas.	coplitas de Chiclana.
236	4	entasiasmo	entusiasmo
249	20	Dice	—Dice
292	3	Monoliyo	Manoliyo
295	7	Monolo	Manolo
295	20	Le ha dicho	Le he dicho
308	28	Monolo	Manolo
355	6	mundo. En	mundo. *Y en párrafo aparte.* En
359	6	reprodurse	reproducirse
372	32	reducida... observó	reducida...—observó
444	31	pintor. Todo	pintor.—Todo
502	34	inda	linda

NOTA. Hay ejemplares sin las precedentes erratas, y otros que solo adolecen de parte de ellas por haberse reparado y corregido algunas antes de concluir la tirada. Puede tambien haber pasado alguna desapercibida, cuya correccion sabrá suplir el discreto lector.




PRINCETON UNIV
Princeton University Library
32101 063972101

